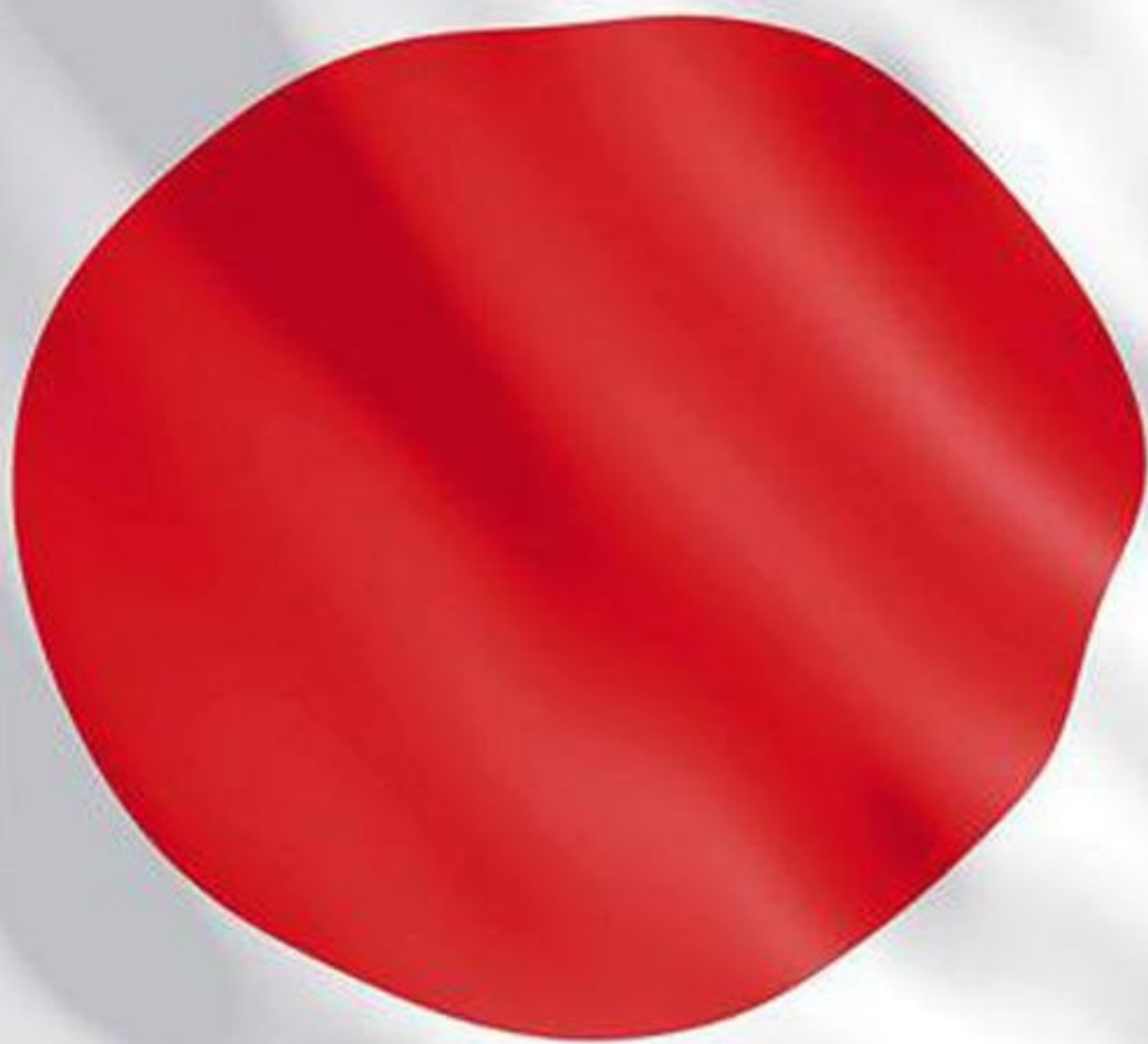


JAMES ELLROY

Perfidia



Lectulandia

Seis de diciembre de 1941. Estados Unidos se encuentra al borde de la Segunda Guerra Mundial. La última esperanza de paz salta por los aires cuando los escuadrones japoneses bombardean Pearl Harbor. Hasta ese momento, Los Ángeles ha sido un refugio inestable para los ciudadanos americanos de origen japonés, pero ahora la locura de la guerra y una creciente escalada de rencor se apoderan de la ciudad.

En este ambiente de miedo y sospecha, el hallazgo de los cuerpos sin vida de una familia nipona de clase media pondrá sobre el tablero a una multitud de personajes: el astuto y ambicioso capitán del departamento de policía William H. Parker, el brillante químico forense japonés Hideo Ashida, una jovencísima y atrevida Kay Lake, el exboxeador Lee Blanchard, el policía Bucky Bleichart y el detective de homicidios irlandés Dudley Smith, todos ellos viejos conocidos de las novelas anteriores de Ellroy.

Con este libro, Ellroy regresa a los escenarios de su ciudad natal y al universo de su ya legendario Cuarteto de los Ángeles, pero si la acción de este ciclo novelístico transcurría entre 1946 y 1959, la del nuevo cuarteto, que arranca con *Perfidia*, da comienzo en 1941 y recorrerá los años de la Segunda Guerra Mundial.

Lectulandia

James Ellroy

Perfidia

ePub r1.1

Titivillus 07.07.15

Título original: *Perfidia*
James Ellroy, 2014
Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lisa Stafford

No envidies al hombre violento,
ni elijas ninguno de sus caminos.

Proverbios 3,31

Quinta Columna. *f.* Expresión coloquial muy común en Estados Unidos en el año 1941. El término surgió en la reciente Guerra Civil española. Partían hacia el frente cuatro columnas de soldados. La Quinta Columna se quedaba en casa y practicaba el sabotaje industrial, la difusión de propaganda y otras formas de subversión menos detectables. Los quintacolumnistas procuraban mantenerse en el anonimato; por ese carácter ambiguo y/o no identificado se los consideraba igual de peligrosos, o más, que las cuatro columnas que participaban en la guerra día a día.

Reminiscenza.

Hace ochenta y cinco años me extravié durante una ventisca en la pradera. Quedé cautivada por el frío, y sigo estándolo hasta el día de hoy. He sobrevivido al decreto, y ahora descubro que me da miedo morir. Ya no puedo provocar aguaceros por pura fuerza de voluntad como en otro tiempo. Debo recordar aún con mayor vehemencia.

Fue un delirio febril por aquel entonces. Sigue siendo un delirio febril ahora. No moriré mientras viva dentro de esta historia. Corro al Aquel Entonces para ganar momentos Ahora.

Veintitrés días.

Libelo de sangre.

Un policía llama a la puerta de una joven. Las banderolas de los asesinos, arremolinadas.

Veintitrés días.

Esta tormenta.

Reminiscenza.

BOLETÍN RELÁMPAGO

GERALD L. K. SMITH / K-L-A-N RADIO, LOS ÁNGELES / EMISORA PIRATA / TIJUANA, MÉXICO /
VIERNES, 5 DE DICIEMBRE DE 1941

El Aparato de Control Judío decretó esta guerra, y ahora, la queramos o no, es nuestra. Dicen que no hay mejor noticia que la ausencia de noticias, pero esa máxima es anterior al prodigioso invento de la radio, capaz de dar *todas* las noticias —buenas y malas— a la velocidad de un cohete. Lamentablemente, esta noche las noticias son *todas* malas, porque los nazis y los japos han entrado en un delirio de destrucción de mil demonios, y la guerra, aunque no la merezcamos ni la deseemos, viene derecha hacia nosotros.

Comunicado: En verano Adolf Hitler incumplió su acuerdo con el Jefe Rojo, Iósif Stalin, e invadió el inmenso páramo de la repugnante Rusia Roja. Ahora las tropas de la hoz y el martillo están haciendo salchichas con los robustos soldados de *der Führer* en las afueras de Moscú; pero los rumbosos nazis *ya* han hecho trizas Gran Bretaña a golpe de bomba y tienen media Europa Central sometida al yugo nacionalista nórdico. A Hitler le queda *aún* brío de sobra para enfrentarse en buena lid con la infantería de Estados Unidos, cosa que de fijo ocurrirá en algún punto no muy lejano del futuro de nuestra gran nación. ¿Os hierva la sangre de ambivalencia, amigos míos? No queremos esta guerra, pero de ahogados, al río.

Comunicado: El ilustre Benito Mussolini, Il Duce, flaquea en la campaña del norte de África, pero no lo deis por vencido. Los italianos son más amantes que guerreros, según dicen: lo suyo es más bien la *grand opéra*. Eso es verdad, desde luego, pero esos bambinos, esos entusiastas del *bel canto*, constituyen *aún* una amenaza estratégica en el teatro de operaciones del sur de Europa. Sí, negros nubarrones se forman en el este. Negros nubarrones *asoman* por el oeste, lamento decir, representados por esos *presuntos* enemigos nuestros que ahora mismo más prestos a la acción están: los japos.

¿Os desborda ahora mucho más la ambivalencia, amigos míos? Al igual que yo, habéis abierto vuestros fervorosos brazos al Comité América Primero. Pero los avispones infieles de Hirohito surcan ahora los mares, y eso no me gusta un pelo.

Comunicado: El Departamento de Estado acaba de emitir un parte. Convoyes japoneses viajan ahora con rumbo a Siam, y se prevé la invasión de un momento a otro.

Comunicado: La población civil huye de Manila, capital de Filipinas.

Comunicado: El presidente Franklin «Doblez» Rosenfeld ha enviado un mensaje personal al emperador de Japón. Dicho mensaje es un ruego y a la vez una advertencia: deponga las hostilidades, o asuma el riesgo de una intervención de

Estados Unidos a gran escala.

El Tío Sam está sulfurándose. El archipiélago de Hawái es posesión *nuestra* y puerta en el Pacífico al territorio continental de Estados Unidos. Esos exuberantes atolones que se suceden en línea recta hacia nosotros están ahora en las miras japonesas. Esta guerra inmerecida, injustificada y no deseada viene hacia nosotros, la queramos o no.

Comunicado: El presidente Rosenfeld quiere saber por qué los diablillos de Hirohito están concentrándose en la Indochina francesa.

Comunicado: Radio Bangkok ha difundido avisos de un posible ataque furtivo japonés contra Tailandia. Los enviados nipones celebran consultas con el secretario de Estado Cordell Hull en este preciso momento. Los japos sisean con lengua bífida: por un lado, afirman que quieren la paz y, por otro, el ministro de Asuntos Exteriores japonés Shigenori Togo arremete contra Estados Unidos por negarnos a entender los «ideales» nipones y por expresar continuas protestas contra los *presuntos* pogromos japoneses en Asia oriental y el Pacífico.

Sí, amigos míos, empieza a ser *sion*iversalmente obvio: esta guerra urdida por los comunistas viene hacia *nosotros*, la queramos o no.

Ningún estadounidense en su sano juicio desea participar en una guerra extranjera en defensa de los judíos. Ningún estadounidense en su sano juicio quiere enviar muchachos estadounidenses a un incuestionable peligro. Ningún estadounidense en su sano juicio niega que *esta* guerra no puede mantenerse lejos de *nuestras* costas a menos que la eludamos y la circunscribamos a territorio *extranjero*. En esto sé lo que me digo, amigos míos, qué demonios: mi apostasía es tal que me pongo rojo de vergüenza.

Esta guerra no la empezamos *nosotros*. Esta guerra tampoco la empezaron Adolf Hitler ni ese encopetado de Hirohito. Los *apparátchiki* del Control Judío guisaron este *borsch* rojo y enemistaron a quienes antes eran amigos, en todo el mundo. ¿Os hierva la sangre de ambivalencia, amigos míos?

Sí, la guerra viene hacia nosotros, aunque no la queramos ni en pintura. Y Estados Unidos *nunca* elude una pelea.

PRIMERA PARTE

LOS JAPOS

(6 - 11 de diciembre de 1941)

6 de diciembre de 1941

HIDEO ASHIDA

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 6 DE DICIEMBRE DE 1941

9.08 horas

Ahí: la farmacia Whalen, en la esquina de la calle Seis con Spring. Objeto de cuatro delitos recientes. CP 211: robo a mano armada.

Esa tienda tenía la negra. Cuatro atracos en un mes auguraban un quinto. Seguramente era el mismo malhechor. Trabajaba solo. Se cubría la cara con un pañuelo y llevaba una fusca de cañón largo. Siempre robaba estupefacientes y el dinero de la caja.

La Brigada de Robos y Atracos andaba escasa de efectivos. Un cretino con una máscara de Hitler había asaltado tres tabernas en Silver Lake. Era un 211 con agravante por lesiones. El cretino en cuestión cruzaba la cara a los camareros con la pistola y magreaba a las clientas. Le pirraba usar el arma. La emprendía a tiros con las gramolas y las botellas de los estantes.

Robos y Atracos estaba desbordada. Ashida montó el chisme de activación por tensión y eligió esa farmacia como lugar de prueba. Había creado el prototipo cuando era estudiante de secundaria. Su primer lugar de prueba fueron las duchas del instituto Belmont. Lo utilizó para fotografiar a Bucky después de un entrenamiento de balones...

Un coche torció hacia el norte por Spring. El conductor vio a Ashida. Como cabía esperar, prorrumpió:

—¡Japo de mierda!

Ray Pinker reaccionó. Como cabía esperar, prorrumpió:

—¡Vete al carajo!

Ashida permanecía atento al suelo. El hilo disparador cruzaba la calle hasta el bordillo opuesto, frente a la farmacia. El malhechor, el muy cretino, había aparcado en el mismo sitio las cuatro veces. El hilo iba conectado a una cámara revestida de goma dura, provista de un sistema de activación por tensión. Accionaban el engranaje, por contacto, las ruedas del coche en el momento de aparcar. Un obturador y un *flash* se disparaban y fotografiaban la matrícula posterior. Los carretes de película iban guardados en tubos recubiertos de goma. Bastaba una sola carga para todos los coches de un día.

Pinker encendió un pitillo.

—Esto es un tiro al aire. Somos criminólogos civiles, no policías. Ya sabemos que el puñetero artilugio funciona. ¿Por qué seguimos aquí, pues? Tampoco es que nos bonifiquen por hacer otro trabajo.

Ashida sonrió.

—Ya conoce la respuesta a eso.

—Si la respuesta es «No tenemos nada mejor que hacer» o «Somos científicos con una vida personal de pena», tienes toda la razón.

Pasó un autobús en sentido sur. Un mexicano formaba anillos de humo con la boca desde su ventana. Vio a Ashida. Prorrumpió:

—¡Puto japo!

Pinker tiró la colilla. Cayó cerca del autobús.

—A ver, ¿cuál de vosotros nació aquí? ¿Cuál de vosotros *no* cruzó a nado ilegalmente el Río Grande?

Ashida se enderezó el nudo de la corbata.

—Repítalo. Estaba exasperado la primera vez que lo ha dicho, y por tanto sé que era una respuesta sincera.

Pinker esbozó una sonrisa.

—Eres mi protegido, y por tanto eres *mi* japo, con lo cual tengo un interés personal en ti. Eres el único japo al servicio del Departamento de Policía de Los Ángeles, lo cual te hace aún mucho más único y aumenta mucho más mi caché.

Ashida se echó a reír. Un DeSoto del 38 se detuvo frente a la farmacia. Las ruedas tocaron el hilo, la lente se abrió, el *flash* se disparó. Se apeó un hombre alto. Tenía los ojos pequeños y castaños, el pelo oscuro, peinado a lo Bucky Bleichert. Ashida lo observó entrar en la farmacia.

Pinker cruzó la calle y, agachado, toqueteó la ranura del *flash*. Ashida escudriñó a través del escaparate y siguió los movimientos de aquel hombre. El cristal distorsionaba sus facciones. Ashida lo *convirtió* en Bucky. Cerró los ojos, parpadeó, abrió los ojos y lo transformó. Ahora el hombre exhibía la desenvoltura de Bucky. Más que andar, *flotaba*. Sonrió y enseñó unos dientes enormes de conejo.

El hombre salió. Pinker corrió de nuevo a la otra acera y obstruyó la visibilidad de Ashida. El coche se marchó. Ashida parpadeó. El mundo perdió su minuto de esplendor encarnado en Bucky Bleichert.

Se reacomodaron. Pinker se apoyó en una farola y fumó sin parar. Ashida, inmóvil, percibió el zumbido del centro urbano de Los Ángeles.

La guerra se avecinaba. El zumbido giraba exclusivamente en torno a eso. Ashida, nacido en Estados Unidos, era el segundo hijo de una familia japonesa. Su padre era peón ferroviario. Tomaba hidrato de terpina como si fuera agua y se dejó la vida poniendo raíles de ferrocarril. Su madre vivía en un piso de Little Tokyo; era proemperador y hablaba japonés solo para mortificarlo. La familia tenía en propiedad unas tierras de labranza en el valle de San Fernando. Al frente de la granja estaba su hermano Akira. En esa zona las explotaciones agrícolas eran en su mayor parte de

japoneses de segunda generación, conocidos como *nisei*. Para la cosecha, recurrían a ilegales mexicanos. Era una práctica habitual entre los *nisei*. Era vergonzoso, era prudente, era mano de obra barata. Dicha práctica rayaba en servidumbre voluntaria. Dicha práctica garantizaba la solvencia a la clase agraria *nisei*.

Dicha práctica implicaba connivencia. La familia sobornaba a un capitán de la Policía del Estado mexicana. Los pagos libraban de la deportación a los espaldas mojadas. Akira aceptaba la práctica y la aplicaba sin sondeo moral. Eso permitía a Hideo, el hijo segundo, vivir ajeno al negocio familiar y cultivar su pasión por la criminología.

Este tenía títulos superiores en química y biología. Se había doctorado por Stanford a los veintidós años. Poseía conocimientos de serología, dactilografía, balística. Entró luego en el Departamento de Policía de Los Ángeles, donde llevaba un año. Quería colaborar con su legendario químico jefe. Era un protegido en busca de mentor. Ray Pinker era un pedagogo en busca de discípulo. Así se forjó el vínculo. Las funciones asignadas pronto se desdibujaron.

Pasaron a ser colegas. Pinker era admirablemente ciego en cuestiones de raza. Comparaba a Ashida con el hijo número uno de Charlie Chan. Ashida decía a Pinker que Charlie Chan era chino. Pinker contestaba: «Para mí eso es griego».

Árboles navideños con nieve artificial bordeaban Spring Street. Estaban cubiertos de excrementos de pájaro y hollín. Un muchacho voceaba el *Herald* frente a la farmacia. Anunció el titular a voz en cuello: «¡FDR en un desesperado intento final de negociación con los japoneses!».

—El puñetero chisme funciona —dijo Pinker.

—Lo sé.

—Eres un genio del carajo.

—Lo sé.

—El violador aquel sigue actuando. Los de la Brigada Central Antivicio sospechan que es policía militar. Se cepilló a otra mujer hace dos noches.

Ashida asintió con la cabeza.

—La primera víctima opuso resistencia y le arrancó parte del brazalete. Llevaba la camisa del uniforme debajo de la chaqueta de paisano. Tengo una muestra de fibras en mi laboratorio en el piso de mi madre.

Pinker dio un buen repaso a una rubia enorme colgada de un marinero. El marinero miró de reojo a Ashida.

—Bucky Bleichert tiene un combate mañana por la noche en el Olympic. La primicia es que peleará unas cuantas veces más y luego se incorporará al departamento.

Ashida se sonrojó.

—Conocí a Bucky en el instituto.

—Ya lo sé. Por eso te lo digo.

—¿Contra quién pelea?

—Un tal Junior Wilkins, un zopenco. Elmer Jackson lo trincó por estafa. Compinchado con un predicador negro, timaba a la gente con la promesa de volver a África.

Un cupé Ford del 37 aparcó delante de la farmacia. Ahí: las ruedas tocaron el hilo, la lente se abrió, el *flash* se disparó a su debido tiempo.

Pinker tosió y volvió la espalda a Ashida. Un hombre se apeó del coche. Llevaba un sombrero de fieltro y un abrigo con el cuello levantado. Ashida sintió un hormigueo. *No* hacía frío para *abrigo*.

Pinker carraspeó y tosió. Estaba casi doblado por la cintura. El hombre se cubrió la cara con un pañuelo.

Ashida se estremeció.

Era perfecto. Era ideal. Pinker no vio al hombre. Tenían la matrícula. Ashida podía dejar que el delito se perpetrara. Podía llevar a cabo su estudio forense desde el inicio.

El hombre entró en la farmacia.

Ashida consultó su reloj. Eran las 9.24.

Pinker se volvió y encendió un pitillo. Ashida escrutó a través del escaparate de la farmacia. El hombre recorrió el pasillo de los dentífricos. Ashida consultó su reloj con disimulo.

El hombre se agachó y se perdió de vista. 9.25, 9.26, 9.27.

—Mi mujer opina que es por el polvo que flota en el aire —comentó Pinker—, pero yo le digo que es solo exceso de flema.

El hombre salió corriendo de la farmacia. Llevaba en la mano una bolsa de papel y una pistola semivisible. Derribó al voceador de periódicos. Cogió el coche y se largó a toda pastilla.

—Joder —dijo Pinker.

Se le cayó el pitillo de los labios.

El voceador corrió hacia la farmacia. Pinker corrió hacia una cabina de teléfono. Ashida corrió hacia el chisme.

Sacó la llave, lo abrió y se arrodilló muy cerca. Examinó el negativo en el alimentador. Ahí estaba, tenue y borrosa: «Cal KFE-621».

Un coche se detuvo al ralentí. Al volante iba un Shriner, con fez y todo. Vio a Ashida y contrajo el rostro. Ashida se irguió y cerró los puños. El coche se alejó.

—«¡FDR en un desesperado intento final de negociación con los japoneses!».— El voceador fijó la mirada en Ashida y gritó con tono más penetrante.

Ahí: una sirena de policía a las 9.31.

Ashida permaneció inmóvil. Un modelo K dobló la esquina y se detuvo con un frenazo a corta distancia del chisme. Ashida los vio en primer plano. Reconoció a los dos hombres: Buzz Meeks y Lee Blanchard.

Se aparearon. Meeks trabajaba en la Sección de Robos y Atracos de la Jefatura. Blanchard trabajaba en la Patrulla Central. Meeks vestía un traje recién planchado.

Blanchard vestía uniforme, y había dormido con él puesto.

—¿Qué tal, chico? —dijo Meeks—. ¿Cómo es que has llegado antes que nosotros?

—¿Qué tal, Hirohito? —dijo Blanchard.

Meeks agarró a Blanchard por la corbata y, de un tirón, lo obligó a doblar la cabeza. Blanchard se sonrojó.

Ashida señaló el chisme.

—El señor Pinker y yo estábamos probando este dispositivo. La farmacia es una víctima propiciatoria, y por eso la hemos elegido como lugar de prueba. Las ruedas de los coches activan una cámara que hay oculta en ese tubo. Nos hemos tropezado con el atraco por pura suerte. La matrícula del sospechoso es KFE-621.

Meeks guiñó el ojo y se agachó junto al chisme. Blanchard subió al coche y dio el aviso. Meeks era un veterano de los tiempos de la gran sequía y un extractor de películas del Oeste. Llegó al cuerpo de policía cuando estaba al mando James Edgar Davis, alias «Dos Pistolas». Actuó como recaudador en las extorsiones del alcalde Frank Shaw. El jurado de acusación defenestró a Shaw y al jefe de policía Davis. Meeks eludió los catorce cargos que se le imputaron.

Blanchard era expúgil, peso pesado. Con los ahorros del boxeo se compró una casa por encima de Sunset Strip. En el año 39 resolvió un caso, un gran atraco a un banco, y se forjó así cierta reputación como policía. Andaba ajuntado con una mujer, Kay algo. Esos apaños estaban prohibidos con el actual jefe de policía, C. B. Horrall. El jefe sentía debilidad por Lee y hacía la vista gorda. Meeks y Blanchard atraían los rumores como imanes. El más extendido: Lee hacía buenas migas con Ben Siegel y el sindicato judío.

La farmacia era ahora una olla de grillos. Las voces reverberaban en el escaparate. Ashida miró hacia el interior. Pinker tenía agrupados a los testigos.

Meeks se hurgó los dientes y admiró el chisme. Blanchard salió del modelo K.

—El coche lo han robado en East Slauson, delante de un salón de billar. En la comisaría de la calle Setenta y siete han tomado nota de la denuncia a las 8.16. Tiene que ser un negro. No hay blanco que sobreviva al sur de Jefferson.

Meeks consultó su reloj.

—Avisa a Tráfico. Diles que difundan un comunicado, y diles que carguen un poco las tintas. Oleada de crímenes a manos de un solo hombre, armado y peligroso. Píntalo como si fueran palabras mayores.

Blanchard formó el signo de la victoria de Churchill. Meeks se miró en el escaparate y se atusó el pelo. Ashida entró en la farmacia.

Se grabó en la cabeza el plano de planta. Memorizó las fisonomías de los testigos. Calculó geoméricamente las distancias. Lo recorrió todo con la mirada, los detalles se acumularon, percibió olores corporales impregnados de adrenalina.

Dos farmacéuticos en bata blanca. El encargado, con traje y corbata. Dos clientas ya ancianas. El farmacéutico gordo tenía un forúnculo en el cuello. El farmacéutico

flaco tenía tembleque. Una anciana era obesa. El dibujo de sus venas denotaba arteriosclerosis.

Los testigos estaban apiñados. Meeks se situó detrás del mostrador de la entrada, de cara a ellos.

—Soy el sargento Turner Meeks, y soy todo oídos.

El encargado dijo:

—Ha entrado y ha ido derecho a la sección de fármacos. Llevaba antifaz e iba armado, pero dudo que fuera el mismo que nos atracó las otras veces. Este era más alto y delgado.

Los farmacéuticos movieron la cabeza en gestos de asentimiento: sí, jefe, lo suscribimos.

—¿Y qué ha pasado después? —preguntó Meeks.

—Nos ha puesto en fila y nos ha robado las carteras. Luego nos ha obligado a acompañarlo por el primer pasillo, donde las pastillas, ha robado un frasco de fenobarbital y ha disparado al techo.

Ashida sintió un hormiguo. Ahí: el detalle insólito.

—El señor Pinker y yo estábamos en la acera de enfrente. Habríamos oído el disparo.

El farmacéutico gordo negó en redondo.

—La pistola llevaba silenciador. Sobresalía de la punta del cañón.

Ashida se acercó a la sección de fármacos. Observemos la caja registradora, las tabletas de chocolate Hershey y las postales de Navidad. Marcó una venta por valor de un dólar. El cajón del dinero se abrió. Las casillas estaban repletas de billetes de uno a veinte.

Intuición.

El malhechor tenía más interés en la droga que en el dinero. El robo de las carteras era secundario. Se las apropió para encubrir el móvil principal.

Anomalía.

¿Por qué robar solo un frasco de fenobarbital? Ese acto se contradecía con el arquetipo de ladrón drogadicto.

Ashida saltó por encima del mostrador y recorrió el primer pasillo. Ahí: ningún casquillo de bala expulsado. Ahí: *dos* opciones.

El ladrón lo recogió o el arma era un revólver.

Ahí: el balazo en el techo. Limaduras de metal en el suelo, justo debajo: fileteado de silenciador desprendido.

Se arrodilló y lo examinó. Los contornos estaban chamuscados por el calor generado en la boca del cañón. El fileteado formaba pequeñas volutas.

Ashida regresó al mostrador de la entrada. Pinker tenía su equipo de pruebas. Meeks descorchó una botella de licor de la tienda y la hizo circular. Blanchard saqueó el estante de los chicles. Meeks se llenó los bolsillos de condones.

La botella corrió de mano en mano. Ashida la rehusó. Los farmacéuticos echaron

generosos tragos. Las ancianas, entre risitas, tomaron unos sorbos.

—Ya hay novedades de Tráfico. Han abandonado el coche a tres calles de aquí. De momento tenemos las huellas de unas manos enguantadas en el salpicadero.

Meeks encendió un pitillo.

—¿Ese hombre ha tocado algo dentro de la tienda? ¿Pueden ayudarme con eso? El farmacéutico gordo carraspeó.

—Ha rozado el expositor de los tebeos al salir. Es posible que se le haya enganchado el abrigo, diría yo.

Pinker puso cara de «Ya mismo». Ashida captó y, agachándose, pasó por delante de los testigos. El expositor estaba lleno a rebosar de tebeos del *Ratón Mickey y Tarzán*. Ashida lo hizo girar dos veces. Nada y nada. Sí... ahí.

Hebras de color rojo vivo, prendidas de uno de los brazos.

Fieltro de lana, muy tupido. Le resultaba *familiar*.

Ashida sacó una pluma y un sobre de pruebas. Desprendió las hebras, las metió en el sobre y lo cerró. Escribió en la solapa: «CP 211 / Farmacia Whalen / 10.09 horas, 6-12-41».

Más risas cerca de la entrada: Blanchard y Meeks hacían el papel de Hermanos Ritz. Ashida olfateó el sobre. Olió la tela a través del papel. Estableció el enlace sináptico.

El policía militar presunto violador. Las fibras de su brazalete. Acaba de violar a otra mujer, dice Pinker. El muy idiota merodeaba por ahí, dispuesto a violar, con el brazalete puesto.

En el abrigo del ladrón no había nada rojo. Los brazos del expositor quedaban a la altura de la cintura. Era un abrigo sin solapas en los bolsillos. Las hebras de tela quizá procedían de algo que asomaba de un bolsillo. En casa de su madre tenía fibras con las que comparar. Podía confirmar si se correspondían o descartarlo.

Oyó el silbido: el te necesito *ahora mismo* de Pinker.

Ashida localizó la procedencia del sonido. Pinker estaba de nuevo en la sección de fármacos. Había sacado la cámara de registrar pruebas. Tomó tres instantáneas del orificio de bala, tres más de las limaduras del silenciador.

—Este asunto me intriga. No ha aterrorizado a los testigos con el arma, no ha robado el dinero de la caja, ha descerrajado un tiro porque sí.

Ashida asintió.

—Es como si estuviera probando el silenciador. ¿Y por qué ha robado un *único* frasco de fenobarbital?

Pinker asintió.

—Me gusta esa teoría de la prueba de disparo. Salta a la vista que era un silenciador de fabricación casera, porque, con un único tiro, hay ya restos quemados del fileteado. Después de ocho o diez quedará inservible.

—Bien observado, y según el encargado, no era el mismo atracador que en las ocasiones anteriores. Fueran cuales fuesen sus móviles primario y secundario, ha

elegido una víctima propiciatoria.

Pinker recogió las limaduras y las metió en un sobre.

—Probablemente hay un altillo entre el cielo raso y el tejado.

El techo era de placas de cartón yeso sueltas. Ashida saltó y, de un golpe, desalojó la placa contigua a la que presentaba el balazo. Pinker formó un estribo con las manos. Ashida tomó impulso y se asomó al hueco.

El altillo se componía de tablonos mohosos y telarañas. Ashida se encaramó. Olía a pólvora residual. Se irguió y se enredó en una telaraña. Se la sacudió y sacó la linterna de bolsillo. El haz iluminó enjambres de insectos y una rata que se escabullía. Ahí: seis fragmentos de bala disgregados.

Ándate con cuidado. Has estado presente desde el inicio. Está tu deber oficial... y estás Tú.

Stanford, año 1936. Introducción a las Ciencias Forenses: «Todo auténtico investigador clínico sucumbe y se guarda pruebas. La práctica crea una simbiosis entre *eso* y *tú*».

Consultó su reloj. Sujetando la linterna con los dientes, extrajo otro sobre. En el anverso anotó: «CP 211 / Farmacia Whalen / 10.16 horas, 6-12-41». Metió dentro cuatro fragmentos de bala. Se guardó los otros dos en el bolsillo.

La rata se revolvió cerca de él. Ashida se sacudió el polvo y se descolgó por el hueco. Cayó ágilmente. Vio a Buzz Meeks observar con interés los estantes de estupefacientes.

—Fíjate en esto, chico.

Ashida miró. Premio: cuatro hileras de frascos colocados en perfecto orden. La quinta hilera: *desordenada*. Botellines de paregórico, a todas luces revueltos.

—Según uno de los farmacéuticos, el ladrón solo ha robado fenobarbital.

—Sí, y le creo —dijo Meeks—. Pero el farmacéutico flaco está como un flan y lleva el cuello de la camisa empapado. Sospecho que es adicto.

—Sí. Ha aprovechado el atraco para robar un botellín de paregórico. Solo ha cogido lo que podría haberse llevado encima el ladrón, y lo que podía esconder él mismo.

Meeks le guiñó el ojo.

—Vaya si tienes razón, Charlie Chan.

—Soy japonés, sargento. Ya sé que no distingue usted la diferencia, pero no soy un puñetero chino.

Meeks sonrió.

—A mí me pareces americano.

Ashida se sintió abrumado. Ante los halagos siempre temblaba como una...

Lanzó un vistazo a la entrada. Pinker espolvoreaba la puerta. Blanchard gorroneaba cuchillas de afeitar al encargado. El farmacéutico yonqui estaba blanco como el papel. Contraía las manos; le bailaba la nuez.

Meeks se acercó a él y lo agarró por la corbata. La corbata hizo de traílla. Tirando

de él, Meeks lo llevó a la sección de fármacos y lo empujó contra Ashida. El yonqui se meó en el pantalón. Ashida lo empujó contra el mostrador y se inspeccionó por si lo había manchado.

El yonqui entró en convulsiones. La mancha de orina se propagó. Meeks echó mano de la porra que llevaba al cinto.

—¿Has guindado un frasco de paregórico? ¿Es una costumbre tuya?

—Uno por semana, jefe. Estoy reduciéndolo. Si miento, que me lleve el viento.

—Tienes treinta segundos para convencerme de que no estabas compinchado con el ladrón. Te quedan veintinueve segundos desde ahora.

El yonqui juntó las manos en un gesto de súplica.

—Yo no, jefe. Estudié farmacia en el San Juan Bosco. De pequeño fui a los dominicos.

Meeks cogió un frasco de paregórico del estante. El yonqui se lamió los labios.

—Si llegas a conocer a algún trafica, ¿a quién vas a darle el cante a cambio de material incautado? ¿Quién es tu papaíto, de Oklahoma de pura cepa?

—El s-s-s-sargento T-T-Turner M-M-Meeks. Ese es mi papá... si miento, que me lleve el viento.

Meeks le lanzó el frasco. El yonqui lo atrapó al vuelo y se fue zumbando por el pasillo.

—Eres muy escrupuloso, Ashida. No me explico por qué te fascina tanto un trabajo como este.

El grupo próximo a la entrada suspendía la sesión. Blanchard abrazó a las ancianas. El encargado sacó de pronto una cámara y tomó unas instantáneas. Fotografió a Pinker, con su pincel dactilográfico, y al Gran Lee, en pose de boxeador. Meeks se acercó e intercambiaron unos puñetazos en una parodia de pelea. Las ancianas chillaron.

Todos se despidieron en la acera. Ashida se arregló la chaqueta del traje y esperó a que los demás se dispersaran. Pinker, Blanchard y Meeks se hallaban junto al chisme. Blanchard y Meeks tenían cara de estar pensando «Joder».

Ashida salió y se aproximó. Un coche patrulla dobló hacia el norte rozando el bordillo. Pinker, Blanchard y Meeks se cuadraron.

—¡Ahora ojo! —dijo Pinker.

—Whisky Bill —dijo Meeks.

—Ese chupacirios, el muy cabrón... —dijo Blanchard.

Un capitán uniformado se apeó e inspeccionó el chisme. Llevaba gafas. Era de estatura media, moreno y esbelto. Con toda probabilidad se trataba del capitán William H. Parker.

Ashida también se cuadró. Parker examinó el hilo disparador. Pinker, Blanchard y Meeks permanecieron en posición de descanso.

Parker tocó el hilo con la puntera del zapato.

—Es innovador, pero las aplicaciones prácticas más amplias escapan a mi

comprensión. Pongan remedio a eso describiendo con todo lujo de detalle la génesis creativa y el funcionamiento mecánico. Quiero tener el informe en mi mesa mañana a las nueve.

Ashida y Pinker asintieron.

Parker miró a Meeks.

—Tiene usted un sobrepeso ofensivo. Pierda quince kilos en los próximos treinta días, o le pediré al jefe Horrall que lo someta al «Régimen del Marido Gordo», recientemente alabado en *Ladies' Home Journal*.

Meeks asintió.

Parker miró a Blanchard.

—Bájese las mangas. Ese tatuaje de la sirena es repugnante.

Blanchard se bajó las mangas.

Parker se tocó el reloj.

—Ahora son las 10.31. Quiero en mi mesa un informe sobre el coche robado, con una sinopsis del atraco, dentro de cincuenta y nueve minutos.

Pinker asintió. Ashida asintió. Blanchard y Meeks ídem de ídem. Parker subió a su coche y se marchó.

—Whisky Bill —dijo Meeks.

—Perdió dinero en mi combate contra Jimmy Bivens. No me lo perdona —dijo Blanchard.

—El combate estaba amañado. Deberías haberle avisado —dijo Pinker.

10.32 horas

Semiorugas del ejército avanzaban por Spring. Los seguían obuses tirados por camiones. El convoy se prolongaba manzanas y manzanas. En la radio no hablaban de otra cosa. Elementos de fortificación para las fábricas de pertrechos militares y para Fort MacArthur.

Los conductores de los vehículos saludaban a los vecinos. Los peatones se detenían para aplaudir. Los hombres se quitaban el sombrero, los niños vitoreaban, las mujeres lanzaban besos.

El fragor del tráfico era tremendo. Ashida atajó por la calle Cuatro en dirección este y por Broadway hacia el norte. Los transeúntes le echaban miradas.

Se sintió incorpóreo. Había infringido la ley a fin de observar la ilegalidad de un acto delictivo desde su inicio. Sucumbió a la patología criminal. Empezó un experimento. ¿Acaso el acceso precoz y la empatía a distancia le permitirían comprender mejor a los delincuentes?

Introducción a las Ciencias Forenses. Sabía que llegado el momento sucumbiría. Reconocería el caso en cuanto este se adueñara de él. Esa simbiosis: *eso y tú*.

Aprovechó una oportunidad de manual. Primero tenía que determinar la patología

de un atraco prosaico e informar de sus conclusiones. Sus conclusiones podían ser útiles a la causa mayor de la criminología forense. Sus conclusiones podían no ser útiles para nada. Se sentía impulsado a actuar. Era un japonés prototípico. Los hombres japoneses habían nacido para encarnar el concepto de *Acción*.

Ashida torció hacia el este y llegó a Little Tokyo. Se le desaceleró el pulso, se le relajó la respiración. Pasó por su lado un coche de policía. El conductor lo reconoció y lo saludó.

Su madre vivía en un piso de una casa sin ascensor en una esquina de San Pedro con la calle Dos. Los rellanos apestaban siempre a anguilas asadas. Él disponía de su propio apartamento frente al instituto Belmont.

Lo tenía a rebosar de equipo de laboratorio. Lo que no cabía allí abarrotaba su antigua habitación en casa de su madre. Mariko veía con buenos ojos sus intrusiones. Le permitían mortificarlo a su antojo.

Ashida entró en el edificio, sacó la llave y abrió la puerta. La casa estaba en silencio. Mariko había salido, probablemente a empinar el codo y sembrar discordia. Fue a su antigua habitación y se encerró.

Estantes repletos de manuales. Frascos con productos químicos y cubetas. Matraces, mecheros de Bunsen, una placa calefactora. Un espectrómetro y tres microscopios fijados a una mesa.

Ashida colocó los fragmentos de bala en la mesa y cogió su manual de identificación balística. Acercó una lupa a los fragmentos y examinó las marcas y hendiduras.

El arma de fuego alemana por excelencia. La Luger de 9 milímetros.

La Luger tenía un extractor de cerrojo corredizo. El cartucho vacío siempre trazaba un lento arco. Un tirador hábil podía atrapar el casquillo al vuelo.

Identificó la bala a título personal. Se había reservado dos fragmentos. Entregó a Ray Pinker los cuatro restantes. Pinker los identificaría o no.

Pinker no era tan apto como él en la identificación de balas. Estaba investigando este indicio probatorio por su cuenta.

A continuación las fibras.

Pinker sabía que se había quedado con las fibras del expositor. Pinker sabía que tenía ahí las fibras del brazalete. Compartían ese indicio. De momento era hipotético.

Ashida sacó los dos juegos de fibras. A simple vista eran similares. Las colocó en el portaobjetos bajo su microscopio comparador.

Subió la platina. Examinó las muestras para comprobar afinidades de textura y color. *Casi, casi, acércalo aún más*. Sí: las fibras del expositor y las del brazalete procedían de la misma clase de tela.

Podía hervir el tejido y absorber el tinte con papel secante. Podía someterlo a pruebas químicas. Las pruebas conllevaban sus propios errores sistemáticos. Los resultados no serían concluyentes.

Se crispó al oír el ruido de una llave en la cerradura. Entró en la sala de estar.

Mariko tenía el aliento a alcohol de las once de la mañana.

—Hola, madre —dijo.

Ella le contestó en un japonés inarticulado. Ashida inclinó la cabeza y trató de cogerle la mano. Su madre la retiró y esgrimió una revista.

Una de esas publicaciones de tres al cuarto en las que se ofrecían «novias por catálogo». Elija una fotografía y encargue una mujer joven. Se la mandaremos desde Japón. Adjunte quinientos dólares para el coste del pasaje en barco. Se garantiza que todas las novias son fértiles y sumisas.

—Ya te lo he dicho, madre. No pienso casarme con una quinceañera salida de un burdel.

—Tú ya muy mayor para estar soltero. Vecinos empezar a sospechar.

—Los vecinos me traen sin cuidado. Akira está soltero. ¿Por qué a él no lo agobias?

Mariko pasó al pidgin sin transición alguna. Lo aprendió en los campamentos ferroviarios, allá por 1905. Lo hablaba para desdoro de la educación de su hijo.

—Habla en inglés normal, madre. Llevas aquí treinta y seis años.

Mariko se dejó caer en el sofá.

—Franklin «Doble» Rosenfeld claudicar ante ministro Togo. «Inminente rendición de Estados Unidos ante China», decir Chiang Kai-shek.

Ashida se echó a reír.

—Andas un poco confusa con la geopolítica, madre. Te preguntaría dónde has oído eso, pero mucho me temo que me lo dirías.

Mariko dejó escapar una risita.

—Padre Coughlin. Frente Cristiano. «No a guerra por banqueros judíos», decir Gerald L. K. Smith. Lindy Afortunado *ichiban*. Cruzar Atlántico en vuelo en solitario, aterrizar a pies de Hirohito.

Ya bastaba.

Ashida fue a la cocina. El Ten High de Hiram Walker estaba junto al escurridor. Ashida sirvió un *bourbon* doble y se lo llevó a Mariko. Ella se lo echó entre pecho y espalda y le entró la risa. Dio unas palmadas en el sofá.

Ashida se sentó.

—Dime algo que no sea un disparate. Haz como si yo fuera Akira y tuviéramos asuntos del negocio que tratar.

—Ganancias de granja aumentar dieciséis por ciento trimestre pasado. Contable judío encontrar forma de deducir sobornos a capitán Madrano. Decir: «Cuidados y alimentación de espaldas mojadas buena deducción».

Ashida le tocó el brazo.

—Las partes de la oración, madre. No te comas los artículos. Siempre lo haces cuando has bebido.

Mariko le hincó un dedo en el brazo.

—¿Así mejor? Leer sobre Bucky Bleichert en el *Herald*. Decir que Bucky

Bleichert tener pronto un combate, pero no decir que amigo de mi hijo ser un blandengue que solo lucha contra zánganos a los que poder ganar. No decir que mi hijo considerar a su madre quintacolumnista, pero padre de Bucky sí quintacolumnista, porque ser de Federación Germano-Americana.

Un golpe bajo. Se emborrachaba, se hacía la tonta, atacaba a traición.

—No hables así de Bucky, mamá. Sabes que no es verdad.

—Bucky ser un gallina. Dar miedo pelear con chico mexicano. Padre de Federación. Bucky blandengue.

Ashida se levantó y volcó una lámpara de pie. Mariko se llevó dos dedos a los labios y saludó a lo «*Heil Hitler*». Ashida se desvió bruscamente hacia su habitación y cerró de un portazo.

Ahora en la habitación el calor era excesivo. La temperatura aumentaba la presión de sus sustancias químicas, y emanaban vapores. Encendió el ventilador y telefoneó a la línea directa de la sala de Robos y Atracos.

El timbre sonó tres veces. Oyó:

—Aquí Meeks, y soy todo oídos.

—Soy Hideo Ashida, sargento.

—Ah, y eres la eficiencia en persona, viendo la hora que es. ¿Llamas para decirme algo que no sepa?

—Pues sí.

Meeks carraspeó.

—Entonces dilo, porque soy todo oídos.

—La fibra encontrada en el expositor concuerda con la fibra del brazalete. *Es* la misma tela, y por tanto existen muchas probabilidades de que la fibra proceda de un brazalete del ejército. Puede ser o no ser *exactamente* el mismo brazalete usado por el mismo hombre, pero sin duda es la misma tela, y por el orden cronológico de los delitos, el violador es sospechoso del atraco.

Meeks dejó escapar un silbido.

—Bueno, creo que debo informar de esto a Dudley Smith. Ya verá él cómo prefiere actuar Jack Horrall.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Ashida.

—Bueno, tú planteas una posible acumulación de delitos, violación y robo a mano armada, y la probabilidad de que algún maníaco de las fuerzas armadas ande suelto. Según parece, ese fulano se la está buscando, y a lo mejor nosotros nos apuntamos un tanto con los militares si impedimos que el asunto llegue a consejo de guerra.

Ashida tragó saliva.

—¿O a juicio civil?

—Ya veo que lo has pillado, chaval. La señora Ashida no crio hijos tontos.

Ashida dejó caer el auricular. El ruido de la sala de la brigada le llegó desde el suelo.

Él eligió este mundo de hombres. Está aprendiendo sus códigos y costumbres. Es insoportablemente emocionante.

DIARIO DE KAY LAKE

[RECOPIADO E INSERTADO CRONOLÓGICAMENTE POR EL MUSEO DE LA POLICÍA DE
LOS ÁNGELES]

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 6 DE DICIEMBRE DE 1941

11.23 horas

He empezado este diario movida por un impulso. Una escena extraordinaria se desarrolló cuando yo estaba sentada en la terraza de mi habitación independiente. Dibujaba la vista del lado sur y oí abajo, en el Strip, un retumbo de motores. Inmediatamente me levanté y anoté la fecha y la hora exacta. Presentí lo que ese retumbo presagiaba, y no me equivoqué.

Una fila de vehículos blindados avanzaba estruendosamente hacia el oeste por Sunset, objeto de una enfervorizada atención y acompañada de aplausos. Esa legión tardó diez minutos largos en pasar. El ruido era atronador, los vítores más aún. La gente paraba el coche para salir y saludar a los jóvenes soldados. Eso desbarajustaba la circulación, pero a nadie parecía importarle. Los soldados estaban encantados con semejante demostración de respeto y afecto. Agitaban las manos y lanzaban besos; cinco o seis camareras del Dave's Blue Room salieron corriendo y les entregaron cajas de bebidas alcohólicas. Alguien exclamó: «¡Estados Unidos!». Fue entonces cuando lo supe.

Se avecina la guerra. Voy a alistarme.

Siempre hago lo que digo que voy a hacer. Expreso formalmente mi intención y actúo a partir de ese punto. Voy a escribir en el diario todos los días hasta que el actual conflicto mundial concluya o el mundo vuele en pedazos. Abandonaré mi cómoda existencia y solicitaré destinos oficiales cerca del frente. Ahora llevo una vida de diletante. Mi compulsiva dedicación artística al dibujo es el intento de capturar realidades confusas de una colegiala. Mis estudios de piano y mi creciente destreza con los nocturnos más sencillos de Chopin son para mí un impedimento en la búsqueda de una verdadera causa. Esta encantadora casa no mitiga en modo alguno mi desazón psíquica; la indulgencia de Lee Blanchard más que nada me desconcierta. Este diario es una invectiva contra la pasividad y el desasosiego.

Siempre me he sentido superior a mi entorno. Esta casa es una clara prueba de ello. Yo elegí todas las reproducciones de expresionistas alemanes y todos los

muebles de madera clara. Soy una pueblerina de Sioux Falls, Dakota del Sur... y una arribista de gran talento.

Ahora entro en mi habitación independiente. En las paredes tengo mi obra arrogantemente expuesta, intercalada entre los Klee y los Kandinsky. Hay una docena de dibujos de un peso semipesado que se llama Bucky Bleichert. Tiene el cuerpo ávido de un joven y unos enormes dientes de conejo. Lo he dibujado muchas veces, desde los asientos más cercanos al cuadrilátero en el Olympic. Bucky Bleichert es una celebridad local que entiende el carácter efímero de la celebridad y no concibe el boxeo como una verdadera causa. Su circunspección en el cuadrilátero es una delicia. Nunca he hablado con Bucky Bleichert, pero estoy segura de que lo comprendo.

Porque yo fui en otro tiempo una celebridad local. Corría el mes de febrero del 39. Yo tenía diecinueve años. Todo guardó relación con el atraco a un banco y su supuesta solución.

Esta casa. Refugio hace unos años, trampa ahora.

Esta casa me la proporcionó el atraco, no el dinero que Lee ganó con el boxeo e invirtió prudentemente. Contra la opinión generalizada, Lee Blanchard no es un inversor sagaz. Ni es mi amante, en el sentido habitual de la palabra. Entró en mi vida para facilitarme el destino... sea cual sea. Ahora lo sé.

Sioux Falls era un destino insuficiente. Los frentes fríos del invierno y las olas de calor del verano dejaban muertos a su paso. Los indios abandonaban las reservas cercanas y se mataban a puñaladas en las tabernas clandestinas. Elementos del Ku Klux Klan sacaron a un negro de la cárcel del condado por la fuerza. Estaba acusado de violar a una chica blanca corta de alcances. Los del Klan improvisaron un tribunal tendencioso. La chica no tenía luces para condenar o exonerar al acusado. Lo inmovilizaron sobre un nido de hormigas rojas en pleno agosto. Lo mataron las hormigas o el sol del verano. A ese respecto la rumorología local estaba dividida.

Los protestantes despreciaban a los escasos católicos del pueblo. Durante la Depresión surgieron grupos nativistas. Los metodistas disentían de los luteranos y los baptistas, y viceversa. En 1934 se desencadenó una guerra de pastos a causa de reses de concurso. Resultaron muertos catorce hombres cerca de la línea divisoria del estado de Iowa.

Mis padres y mi hermano mayor eran personas conformadas y de buen carácter. Su único pecado era la falta de imaginación. Yo fingía ser una más entre ellos a fin de vivir dentro de mí sin estorbos. Vivía para leer, dibujar y vagar. La gente hablaba de mí. Me daba por soltar ocurrencias subidas de tono en la iglesia.

No sentía el menor afecto por mi familia. Eso me horrorizaba un poco. Quería fugarme a Los Ángeles y llegar a ser alguien allí. Conseguí un empleo en una librería y robé los ingresos de caja de un mes. Dejé a mis padres una formularia nota de despedida.

Corría el mes de noviembre del año 36. Yo tenía dieciséis años. El viaje en autocar al oeste me deparó tormentas de polvo y una riada cerca de Albuquerque. En

la línea divisoria de California había apostados matones armados. Les pagaban por impedir la entrada de indigentes llegados de Oklahoma. Eran policías de Los Ángeles.

Alquilé un catre en una residencia femenina de Hollywood y trabajé de camarera en el Simon's, un autorrestaurante en Miracle Mile. Llevaba patines y ejecutaba espectaculares piruetas por diversión y por las propinas. Las otras chicas me detestaban y propalaron el rumor de que era prostituta. Me despidieron. Me entregué a una vida bohemia sin norte.

La Depresión ya amainaba; las privaciones y la iniquidad seguían claramente presentes. Vagué por Los Ángeles con mi bloc de dibujo. Plasmé imágenes polémicas de los conflictos de la clase obrera de la ciudad. Leí a Karl Marx, me creí solo un tercio de lo que decía y asistí a numerosas *soirées* izquierdistas. Adopté la izquierda como un accesorio de moda. Carecían de la grandeza que con el tiempo yo había empezado a considerar un derecho de nacimiento.

Adoraba a los hombres y enloquecía de deseo reprimido. Eso me empujó a sucesivas aventuras con jazzistas poco dignos de confianza. El sexo no era lo que imaginé. Era tensión, olor y alianzas prosaicas poco convenientes. Fue una revelación dulce y triste, y se truncaron todas mis esperanzas.

Presté dinero a sucesivos amantes y apuré los ahorros obtenidos con mi trabajo en el autorrestaurante. Me expulsaron de la residencia femenina y me lo tomé con estridente buen humor. Comí en los comedores de beneficencia y dormí en un saco en Griffith Park. Me aseaba diariamente en la YWCA y nunca fui por ahí desarreglada. Era inocencia y delirante audacia a partes iguales. Era inmune al peligro, y los hombres me desconcertaban de tal modo que era incapaz de evaluarlos más allá de mi propio deseo.

Bobby De Witt era batería de un grupo de *jazz*. Era la viva imagen de lo que se conoce como «galanteador». Lucía pantalones de franela de cintura alta y americanas informales de dos tonalidades; se mantenía en contacto con sus compañeros de dormitorio pachucos del reformatorio Preston. Me sorprendió dibujándolo. Quise creer que reconoció mi talento y mi aplomo a lo Norma Shearer. En eso me equivoqué. Lo único que reconoció fue mi propensión a la extravagancia.

Bobby tenía una casita en Venice Beach. Yo tenía mi propia habitación. A fuerza de dormir me sacudí los efectos de meses de arduos días al aire libre y noches en exceso calurosas y en exceso frías al aire libre. Comí hasta abandonar los límites de la desnutrición y me planteé qué hacer a partir de ese punto.

Entonces Bobby me sedujo. Creí que lo seducía yo a él. Me equivocaba. Vio que yo echaba alas y decidió cortármelas.

Al principio Bobby me colmó de atenciones. Eso empezó a cambiar poco después de Año Nuevo. Su negocio prosperó. Me enganchó al láudano y me obligó a quedarme en casa para atender el teléfono y concertar las citas entre las chicas y sus «clientes». La cosa fue a peor. Me empujó al hábito de la droga y, mediante coacción,

me incluyó en su cuadra. La cosa fue a peor.

«Batería de un grupo de *jazz*» siempre es sinónimo de «traficante de droga» y «chulo». En la parte posterior de los muslos tengo las cicatrices que lo demuestran.

Corría el invierno del 39. Mi momento de celebridad local estaba a la vuelta de la esquina. La prensa y la radio tienen su versión. El Departamento de Policía de Los Ángeles tiene la suya. Ambas versiones afirman lo siguiente: Kay Lake conoce a Lee Blanchard en el juicio contra Bobby De Witt.

No fue así. Conocí a Lee antes del golpe del Boulevard-Citizens.

Nos conocimos en el Olympic Auditorium. Bobby me autorizó a salir de la casa-burdel de «permiso». Por entonces hacía ya más de un año que estaba poseída del furor por Bucky Bleichert e iba a todas sus peleas.

Bucky noqueó a su adversario en el sexto asalto. Al final abandoné el pabellón sin prisas junto con el resto del público. Lee se presentó. Lo reconocí: era exboxeador. No sabía que era policía.

Hablamos. Lee me cayó bien. Me esforcé en disimular mi profunda disipación. Regresé apresuradamente a casa, a mi láudano y mi esclavitud blanca. Lee me siguió hasta Venice Beach. Esa noche no me di cuenta.

Vinieron después otras dos veladas pugilísticas. Coincidí con Lee en las dos. Me había seguido desde la casa hasta el Olympic. En aquel momento no me di cuenta.

Lee me lo sonsacó todo con mucha delicadeza. Descubrió lo que escondían mis mentiras y eufemismos y montó en cólera. Me dijo que tenía en perspectiva la posibilidad de un buen negocio. Insinuó que podría «tomar cartas en mi situación».

Llegó el 11 de febrero de 1939. Los periódicos presentaron con exactitud los hechos tangibles. El banco estaba en Hollywood, en una esquina de Yucca con Ivar. Cuatro hombres se apoderaron de un furgón blindado que iba con destino allí. Como táctica de distracción se recurrió a un motorista caído. Los asaltantes redujeron y durmieron con cloroformo a tres guardias de seguridad. Sustituyeron seis sacas de dinero por seis sacas llenas de jirones de hojas de listín telefónico.

Se apretujaron en la parte de atrás del furgón blindado. Se pusieron uniformes de guardias de seguridad y fueron al banco. El director vio las sacas llenas de jirones de papel y abrió la cámara acorazada. Lo dejaron grogui de un golpe de porra y añadieron el dinero de la cámara a su recaudación. Encerraron a los cajeros en la cámara y salieron por la puerta principal.

Un cajero había activado la alarma. Acudieron cuatro coches patrulla que estaban en las inmediaciones. Se produjo un tiroteo. Dos atracadores resultaron muertos, dos atracadores escaparon. Ningún policía salió herido ni sufrió daño alguno.

Los dos atracadores muertos fueron identificados como «matones de fuera de la ciudad». La identidad de los dos atracadores fugitivos no llegó a conocerse.

Todo eso los periódicos lo presentaron con exactitud. *Todo* eso los periódicos lo presentaron con exactitud durante las dos semanas siguientes. En el *Herald* apareció un titular el 28 de febrero: DATO APORTADO POR POLICÍA EXBOXEADOR PERMITE RESOLVER

La versión oficial:

El agente Lee Blanchard hiló varios datos. Informantes y «conocidos del mundillo del boxeo» proporcionaron «el escabroso trasfondo». Señalaron a Bobby De Witt como el «cerebro oculto tras el golpe del Boulevard-Citizens».

Era mentira, por supuesto. El «cuarto hombre» quedó sin identificar, por supuesto. Yo sé quién es. El público y el Departamento de Policía de Los Ángeles lo ignoran.

La versión real:

Lee Blanchard organizó el golpe del Boulevard-Citizens. Yo lo sabía ya entonces; lo sé ahora. Lee y yo nunca hemos hablado del tema. Sencillamente compartimos el conocimiento del mismo modo que no compartimos la cama.

Bobby fue juzgado en junio. Lo declararon culpable a partir de pruebas amañadas. Lee Blanchard es mucho más sagaz e inteligente de lo que aparenta. A Bobby lo condenaron a cadena perpetua, sin derecho a libertad condicional antes de diez años. El *Herald* publicó un artículo de interés humano. La conclusión era un tanto retorcida: LA CHICA DE LA BANDA SE ENAMORA... ¿DE UN POLICÍA! ¿IRÁ AHORA POR EL BUEN CAMINO... HACIA EL ALTAR?

Asistí al juicio y atestigüé contra Bobby. Reduje el consumo de láudano para asegurarme una interpretación desgarradora en el estrado. El fiscal presentó una alegación trillada. El relato de mi degradación fue la formulación de cargos, la exposición final, el escrito de sentencia a modo de decreto de condenación eterna. Me presté a la mentira de que conocí a Lee en el juzgado.

No fuimos camino del altar. Lee compró esta casa para los dos. A Bobby De Witt lo mandaron a San Quintín. Lee intentó torpemente hacer el amor conmigo unas cuantas veces descorazonadoras y dio por concluida esa parte de nuestra unión. Vivo del salario de Lee en la policía y de sus supuestos ahorros del boxeo. Estudio para obtener titulaciones en la Universidad de California en Los Ángeles; mi profesor de piano califica de virtuosismo mi Chopin de principiante. Me acuesto con hombres por capricho: porque quiero y porque necesito extinguir el poder de Bobby De Witt. Traigo hombres aquí, a la casa que Lee Blanchard compró para mí. Lee no muestra resentimiento. Duerme en el cuarto de camastros de la Unidad Central de Investigación casi todas las noches. Desea con toda su alma el traslado a la Unidad Central. Está subyugado por un policía arteramente brutal llamado Dudley Smith, y quiere unirse a su cuadrilla de gorilas.

Tengo mi mundo de diletante y ese otro mundo más cautivador de delincuentes y policías. Habito esos dos mundos como si fuera uno solo y ciertamente hago gala de un aplomo a lo Norma Shearer. Me recreo en mi privilegiada posición de pertenencia. La génesis fue Bobby De Witt. Él me introdujo en este mundo. Eso se lo debo.

Bobby me presentó a una madama de un servicio de acompañantes, una tal Brenda Allen. Brenda me ayudó a dejar el hábito de la droga. Hemos seguido en

contacto. Tomamos café, charlamos y fumamos hasta la ronquera. Brenda organiza la actividad de sus chicas por medio de una centralita telefónica y atiende a una selecta clientela. Su amante es un sargento de la Brigada Antivicio llamado Elmer Jackson. Elmer es divertido y chistoso; facilita con total desenfado esa clase de prostitución exclusiva consentida por la policía. El jefe Jack Horrall saca tajada, un siete por ciento.

Adoro mis dos mundos. Me atrae mucho más el mundo de polis y delincuentes. Pagué un altísimo precio por acceder.

Otro convoy pasa por el cruce de Sunset con Doheny. Siento el retumbo por todo el cuerpo.

Paul Robeson actúa en el Philharmonic Hall el lunes por la noche. Quizá vaya. Puede que estén allí algunos de mis viejos amigos izquierdistas. A lo mejor alardeo de mi celebridad local con ellos y afirmo que Stalin es tan malo como Hitler. Puede que incluso monte una escena.

Me aburro. Me paso la vida ocupada en naderías. Lee me comunicó un rumor que corre en el edificio municipal: Bucky Bleichert ha solicitado el ingreso en el Departamento de Policía.

Espero que le vaya bien. Iré a su graduación en la Academia y lo dibujaré de azul policía. Este domingo por la noche es su combate de despedida. Estaré allí para capturar el último puñetazo que lance. En los periódicos vienen saliendo caricaturas del emperador Hirohito. Los dibujantes siempre lo presentan con los dientes enormes de Bucky.

No estoy ya en el radio de acción del convoy. El retumbo ha abandonado mi cuerpo.

No existe nada anterior a este momento. Se avecina la guerra. Voy a alistarme.

WILLIAM H. PARKER

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 6 DE DICIEMBRE DE 1941

13.02 horas

Otro puto convoy. Embotellamiento en Pico con Crenshaw.

Un cruce importante. Los seis carriles cortados. Bocinazos de los civiles al volante de sus automóviles: en parte fervor, en parte frustración.

Parker consultó su reloj. Ya llegaba con dos minutos de retraso. Iba a reunirse con Carl Hull en la comisaría de Wilshire. Carl mantenía al día los archivos del Departamento relacionados con la Quinta Columna. Carl era mitad agente de inteligencia, mitad poli.

Un tipejo en moto saltó por encima del enganche de un semioruga y se alejó como una exhalación en sentido oeste. Con esa acción infringió cuatro leyes del código de circulación. El aviso sobre el coche recién usado en el atraco le había representado una hora. El chisme de ese chico, Ashida, compensaba.

Los soldados aplaudieron el salto. El tipejo les hizo un corte de mangas.

Parker se bajó del coche. El convoy llegaba hasta Olympic por el norte y hasta Washington por el sur. Tráfico cruzado, vehículos pesados, cretinos del ejército saltándose semáforos en rojo.

La sirena no le serviría de nada. El bullicio de la calle habría ahogado el sonido. Los elementos de fortificación iban destinados a las fábricas de pertrechos militares. Dos obuses iban destinados a la Douglas Aircraft. Su antiguo jefe estaba al frente de la policía apostada en la fábrica. James Edgar Davis, alias «Dos Pistolas», tendría dos armas más.

Estaba inmovilizado en medio del tráfico. Estaba inmovilizado en la *División de Tráfico*. Era el Hombre que Aspiraba a Ser Jefe. Estaba inmovilizado en todos los frentes.

Era de Deadwood, Dakota del Sur. Era hijo de la Santa Madre Iglesia y del sentido de la justicia de un pueblo minero. *Será* jefe. Truncará la línea sucesoria protestante. Implantará rigurosas reformas. Ese afán reformista suyo tan desabrido era de inspiración divina. *Será* jefe. Ha estado preparando el terreno durante años.

Es William H. Parker Tercero. Bill Parker Primero fue coronel del Ejército de la Unión y fiscal. Bill Parker Primero ordenó el cierre de burdeles y fumaderos de opio. Bill Parker Primero obtuvo un escaño en el Congreso en 1906. Murió de cirrosis a los

sesenta y un años.

Bill Parker Primero padecía La Sed. Línea sucesoria: Bill Parker Segundo y Tercero la heredaron.

Su mote en el Departamento de Policía es «Whisky Bill». Tiene su gracia, pero es incompleto. No refleja su conducta en el contexto de ese padecimiento.

No probó la bebida durante los años de la Ley Seca. Por entonces el alcohol era *ilegal*. En 1933 llegó la derogación. Ha bebido esporádicamente desde entonces.

Deadwood. Contrajo La Sed allí.

Deadwood lo *formó* en igual medida que Los Ángeles lo *forjó*. Acabó el instituto en el año 20. Fue el más inteligente de su promoción. Su madre se divorció de Bill Parker Segundo en el 22 y se trasladó a Los Ángeles. Él la ayudó en la mudanza y ya se quedó allí.

Los Ángeles era cien veces más grande que Deadwood y cien veces más corrupta. Trabajó de acomodador en un cine y de taxista. El ambiente pecaminoso de Los Ángeles lo sublevaba. La magnitud del lugar lo atraía.

Pasó por un matrimonio adolescente catastrófico. Su esposa era una fulana. Él le hizo verdaderas atrocidades. No puede dar el nombre de la mujer. Confesó sus atroces actos a un sacerdote y recibió la absolución.

Obtuvo la anulación matrimonial y volvió a casarse. Helen Schultz fue una esposa elegida con prudencia: era expolicía. Su primera mujer fue el sueño sórdido de un borracho. Helen era la integridad en estado puro.

Él llevó un taxi y estudió derecho. Se incorporó al Departamento de Policía de Los Ángeles en el año 27. En este la corrupción era nauseabunda. Matones *protestantes* controlaban el Departamento. Se mordió la lengua y fue subiendo en el escalafón. Se convirtió en el esbirro de Davis Dos Pistolas. El tipo no era trigo limpio. Él se prestó a sus maquinaciones. Oyó cosas que no debería haber oído e hizo cosas que no debería haber hecho. Su brutal ambición se fraguó a partir de este siniestro descenso.

Inició su ascenso. Empezó por el título de derecho y un pasmoso resultado en las pruebas de acceso al colegio de abogados. Jim Davis le enseñó la ley desde una perspectiva desprovista de moral. Alteró la ley para ponerla al servicio de su trayectoria profesional.

Jim Davis y el alcalde Frank Shaw fueron destituidos. Fletcher Bowron salió elegido alcalde. Bowron era un reformista de cortos alcances y nula competencia. Bowron llegó y puso en la calle al jefe de policía Art Hohmann. El jefe Art protestó cuando Fletch nombró a Horrall, alias «Llámame Jack». Llámame Jack, como jefe de policía, se distinguía por «no ver, no oír». Mantenía limpia la fachada. Utilizaba a recaudadores y esbirros como mediadores. El capitán William H. Parker permanecía congelado en el puesto. La lista de ascensos era un témpano de hielo. Recurrió a sus conocimientos jurídicos para conseguir el deshielo.

Elaboró documentos legales. Reforzó los estatutos de la administración pública,

restringió la influencia política y apuntaló la autonomía de la policía. Encargó la introducción de medidas a juristas de orientación reformista. Eran hombres de paja y mantuvieron su nombre al margen de todo aquello. Las primeras medidas modificaron la Carta Municipal y, por votación, se convirtieron en leyes. Una última medida otorgó inmunidad de funcionario público al jefe de policía. Ahora la ley protegía a Horrall Llámame Jack. Protegería a Parker algún día.

El Departamento de Policía de Los Ángeles era un nido de víboras. Faccionalismo endémico, policías en el papel de caudillos feudales. En el edificio municipal había micrófonos por todas partes. La Unidad Central de Investigación estaba llena de puestos de escucha instalados en cuartos del servicio de limpieza y dispositivos de grabación sujetos con masilla a repisas y lámparas. Los policías hablaban a la ligera, los policías vigilaban. Los policías listos hacían sus llamadas ilícitas desde cabinas.

Como Dudley Smith.

Los dos se controlaban mutuamente. Jugaban a la urbanidad. En ese sentido, su común catolicismo era muy útil. Tenían una cena mensual con el arzobispo Cantwell. Llámame Jack permitía a Dudley trapichear con droga entre los negros del lado sur. Llámame Jack suscribía las nauseabundas teorías de Dudley respecto a la sedación racial. Dudley era seguidor de Coughlin y del Comité América Primero. Había nacido en Irlanda. Aborrecía a los ingleses. Se refocilaba con los bombardeos de Londres a manos de los nazis.

Parker se apoyó en su coche patrulla. Ahora el tráfico en sentido norte permanecía detenido hasta Adams. Los soldados jaleaban a las chicas del instituto Dorsey. Una de estas se levantó la falda y enseñó las bragas. Fue un disloque.

Tráfico inmovilizado. Inmovilidad en la División de Tráfico.

Él estaba al frente de la Unidad de Investigación de Accidentes. Era un trabajo aburrido, un trabajo crucial, no un trampolín para la promoción profesional. La eclosión de Los Ángeles continuaba. La eclosión del automóvil eclosionaba de manera exponencial. A más coches, más accidentes de coche, más heridos y víctimas mortales.

El año anterior Llámame Jack lo mandó a la Universidad de Northwestern. Se matriculó en una academia para altos cargos de la policía de tráfico. Sus profesores auguraban un «apocalipsis de la siniestralidad automovilística». En el campus veía con frecuencia a una joven. Era alta, pelirroja, de unos veinticinco años. Preguntó por ella a unos cuantos estudiantes. Le dijeron que era enfermera diplomada y estudiaba biología. Se llamaba Joan algo más. Era de un rincón perdido de Wisconsin. Le gustaba beber.

Eran las 13.14 horas. El convoy era infranqueable. Alto ahí: se caló un semioruga en sentido norte.

Enhebra la aguja. Golpea el punto reflejo.

Parker subió al coche y encendió las luces de colores y la sirena. En la acera unos

niños pequeños chillaron. Pisó el acelerador y, con un chirrido, se coló por el resquicio. Llegó a la comisaría de Wilshire a las 13.16.

Aparcó y corrió escalera arriba. Los policías jóvenes miraron boquiabiertos al capitán cuando este pasó desaladamente.

Carl Hull tenía un despacho enfrente de la sala de revista. Estuvo al frente de la Brigada Anti-Rojos y la reformó. El Departamento contrataba matones rompehuelgas. Hull puso fin a esa práctica y asumió su empleo de archivero.

Parker entró en el despacho. Hull estaba sentado a su mesa con los pies en alto. Un mapa bélico cubría dos de las paredes. Los alfileres azules y rojos indicaban la posición de las tropas en Europa. Los alfileres amarillos indicaban el avance de los japoneses en el Pacífico.

—Llegas con diecisiete minutos de retraso.

Parker se sentó a horcajadas en una silla.

—El robo de un coche y un atraco a una farmacia me han entretenido.

—Sobre eso me ha llegado un runrún.

—Cuenta.

Hull cebó la pipa.

—El cauce es la Unidad de Investigación. Ese chico del laboratorio, el japo, ha llamado a Buzz Meeks. Tiene una fibra que coincide con la del brazalete de aquel policía militar violador.

—¿Concluyente?

—No, y así se lo ha dicho el chico a Meeks.

Parker tamborileó en las tablillas del respaldo de la silla.

—¿A quién se lo ha dicho Meeks?

—A Dudley Smith.

—Y Dudley ha acudido a Lláname Jack, que le ha dicho: «Ocúpate tú, Dud».

Hull encendió la pipa.

—Sí, y en un mundo ideal yo preferiría que se siguiera el procedimiento debido.

Parker encendió un pitillo.

—Pese a lo mucho que desprecio a los violadores y los atracadores, también yo lo preferiría.

Un soplo de brisa alabeó el mapa bélico. Parker examinó los alfileres del frente ruso. Los rojos, que oponían resistencia, se aglomeraban ante los azules, que avanzaban. Era casi una derrota aplastante.

—Después de la guerra estaremos enfrentados a los rusos, Carl.

—A menos que intercedamos cuando Hitler les chupe la sangre.

Parker movió la cabeza en un gesto de negación.

—Ahora son nuestros aliados. Los necesitamos para ganar *esta* guerra, que para nosotros ni siquiera ha empezado.

Hull sonrió.

—Stalin pretenderá un reparto de bienes en Europa oriental. Tendremos que

renunciar a ciertos territorios y quedarnos con unas cuantas posesiones estratégicas.

Parker señaló el mapa.

—El conflicto será en gran medida ideológico, pues. Ha sido así desde la puñetera revolución. Ellos nos odian; nosotros los odiamos. Una alianza momentánea no va a acallar el hecho de que en el mundo no hay espacio suficiente para nosotros dos.

Hull hizo girar un cenicero.

—Estás llevándome a tu terreno, William.

Parker sonrió.

—He aquí mi pregunta, pues: ¿predices una guerra de ajedrez territorial entre Estados Unidos y Rusia en cuanto se declare la paz?

—Sí, así es —dijo Hull.

—En ese caso te consideraré testigo favorable y sacaré provecho de esa concesión. ¿Opinas que nuestra Quinta Columna local posee la inteligencia y la visión de futuro necesarias para iniciar sus actividades subversivas *antes* de nuestra inevitable entrada en el actual conflicto mundial?

Hull señaló el mapa.

—Sí. Saben que Hitler no puede librar una guerra en dos frentes y ganar, igual que lo sabemos nosotros. Cargarán las tintas en el hecho de que la sangre rusa ha allanado el camino de nuestra victoria, nos retratarán como panfascistas e ingratos, y a partir de ahí recurrirán a todos los tópicos habidos y por haber.

Parker sacó un folleto de tamaño bolsillo.

—Escucha unas citas textuales sacadas de aquí: «Una draconiana política estadounidense de agresión contra Rusia, nuestro valeroso aliado actual, en cuanto se gane la guerra»; «Escalada de la histeria bélica y encarcelamiento masivo de súbditos japoneses inocentes con motivación racial, obra del Departamento de Policía de Los Ángeles y el FBI actuando en connivencia».

Hull apretó el tabaco de la pipa.

—Abogado del diablo, William. Los federales tienen en efecto una lista de japoneses subversivos, y nos utilizarán a nosotros si se requiere algún tipo de detención. Ahí la lógica de esos cabrones es impecable.

—Su lógica es engañosa, sediciosa, falsa y vergonzosamente difamatoria. Estos mangantes se las dan de antifascistas, y sin embargo ofrecen ayuda y consuelo a nuestro común enemigo fascista por medio de la elaboración y la publicación misma de este panfleto. Y por si necesitas más confirmación de la lógica corruptamente tortuosa de todo ello, el panfleto lo imprimió el mismo taller que imprime los panfletos de incitación al odio de Gerald L. K. Smith.

Hull fijó la mirada en los mapas de las paredes. Parker le echó el panfleto al regazo. Hull lo hojeó.

—Yo sé quién escribió esto. Tengo memorizados su estilo prosístico y su vocabulario.

—Cuenta.

—Es una mujer. Una mujer mundana, a falta de descripciones menos benévolas, y está al frente de una célula roja. Va de gran señora entre ciertos guionistas y actores. Acuden a las concentraciones, pronuncian discursos y arman barullo. Los federales tienen a un informante en la célula. Es un psiquiatra de Beverly Hills al que todos los rojos le cuentan sus penas. Tengo un amigo en los federales que me pone al corriente de los cotilleos del buen doctor. Te enseñaré el expediente si dejas de llevarme a tu terreno y te sinceraras.

Parker cabeceó.

—Antes dame algún nombre. Vamos, Carl. Soy tu superior.

Hull se rio.

—El médico se llama Saul Lesnick. Su hija cumplía condena en Tehachapi por homicidio imprudente con vehículo a motor. Los federales la soltaron a condición de que él actuara como soplón.

—¿Y los otros?

—La mujer se llama Claire De Haven. Sus principales acólitos son un actor marica, Reynolds Loftis se llama, y su enamorado, Chaz Minear.

A Parker no le sonaron de nada. El Impulso lo asaltó de pronto como surgido de la nada. Vamos, revoca La Promesa. Una copa no va a matarte.

—Esos rojos están difamando a nuestro Departamento de Policía, Carl. Eso no podemos tolerarlo.

—Algún día serás tú el jefe de policía, William. Espero ese día con impaciencia, y serviré orgullosamente bajo tu mando. Pero de momento me contentaría con una explicación.

Parker se puso en pie.

—Infiltraremos a alguien en la célula. Nuestro propio informante. Alguien a quien podamos presionar con algún medio de coacción.

Hull abrió un cajón y sacó cuatro fotografías. Parker se inclinó sobre la mesa.

Hull extendió las fotos.

—Hace unas semanas examiné los expedientes de los servicios de vigilancia. Estas fotos me llamaron la atención. Pensé que quizá fueran útiles en algún momento, así que podríamos considerarlo un azar afortunado.

Cuatro instantáneas tomadas furtivamente. Fotos de grupo. Dos reuniones a puerta cerrada; dos concentraciones al aire libre. Fechas: entre mediados del 37 y otoño del 38. El rostro de una mujer joven marcado con un círculo, cuatro veces.

Tenía el pelo oscuro. Miraba *algo* con atención. Ofrecía un aspecto provocativo.

—¿Quién es?

—Katherine Ann Lake, veintiún años. He aquí un indicio: su novio era el policía uniformado presente en tu aviso de atraco de hace unas horas.

Eso sí le sonó. Provocativa... *sin duda*.

El golpe del Boulevard-Citizens. El persistente rumor: Lee Blanchard organizó el atraco y le cargó el muerto a un incauto. Blanchard presuntamente mantenía una

estrecha relación con Ben Siegel. «Bugsy» estaba ahora en la cárcel del Palacio de Justicia. Presuntamente despachó a un hampón llamado Greenie Greenberg. Fue un ajuste de cuentas entre bandas judías: noviembre del 39.

Siegel no tardaría en salir. El principal testigo de la fiscalía saltó por una ventana. El mes pasado: Coney Island, Nueva York. El matón de una banda, Abe Reles, muere a causa de una caída. Está bajo la custodia de agentes del Departamento de Policía de Nueva York. Improvisa una cuerda con unas sábanas e intenta escapar. Se precipita desde una altura de ocho plantas.

Katherine Ann Lake. La chica que Blanchard conoció en el juicio por el robo. La imponente testigo estrella de la fiscalía.

Parker observó las fotos.

—Blanchard es un mangante. Ya habrás oído los rumores.

Hull tosió.

—Sí, y les doy crédito. Si estás pensando en el atraco al Boulevard-Citizens como medio de coacción con la chica, no vas muy desencaminado.

—Él quiere unirse a Dudley y sus chicos. Ya habrás oído los rumores —dijo Parker.

—He aquí una cosa que no habrás oído —dijo Hull—. La Brigada de Información del Departamento de Policía de Nueva York situó a Blanchard en Coney Island justo antes de que el testigo del juicio de Siegel saltara. Los polis lo reconocieron de su época de boxeador.

Parker observó las fotografías. La resolución era alta. La tal Lake tenía unos ojos oscuros de mirada intensa.

DUDLEY SMITH

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 6 DE DICIEMBRE DE 1941

14.16 horas

Rueda de reconocimiento.

Cinco sospechosos de violación, cuatro víctimas de violación, un espejo polarizado en medio. Una tarima y las escalas de estatura marcadas en la pared.

Sillas para los testigos presenciales. Ceniceros de pie. Un desconcertante cartel en la pared.

Mostraba banderas y águilas dispépticas. Era un anuncio de bonos de guerra. Promovía la intervención en esta guerra de inspiración judía.

Dudley era pro Comité América Primero. Le encantaban los programas semanales del padre Coughlin. Disfrutaba con las diatribas de Gerald L. K. Smith. Compartía el apellido con el pastor Smith pero no tenían lazos consanguíneos. El pastor era abominablemente antipapista.

—Las mujeres violadas están en la habitación de al lado —dijo Mike Breuning—. Todas sostienen que pueden identificar al individuo, así que por ese lado estamos de suerte. Los participantes en la rueda de reconocimiento están entre bastidores. Son todos policías militares de la compañía de Fort MacArthur, y todos coinciden con la descripción del sospechoso.

Dick Carlisle hizo crujir los nudillos. Elmer Jackson hojeó su bloc de notas. Había colaborado en el caso del violador en serie desde el principio.

Dudley lo observó mientras leía. Sí, tenía el pálpito de que las violaciones guardaban relación con el atraco a la farmacia de esa mañana. Ese lumbreras japonés del laboratorio tenía razón: las fibras encontradas en el expositor no situaban al violador con *total certeza* en la farmacia. La *posible* acumulación de dos delitos era intrascendente. La violación tenía efectos devastadores en las mujeres. Era un delito equiparable al asesinato. Así se lo dijo a Llámame Jack. Llámame Jack contestó: «Ocúpate tú, Dud».

Elmer mordió el extremo de un puro. Elmer controlaba una red de putas con Brenda Allen. Los teléfonos de la Brigada Antivicio estaban intervenidos. Todo el mundo conocía los trapos sucios de todo el mundo. El edificio municipal era un gran puesto de escucha.

Carlisle encendió un pitillo. Breuning permaneció inmóvil. Elmer blandió el puro.

—Hemos tenido cuatro incidentes. Todas las víctimas describieron al hijo de puta como un individuo de alrededor de veinticinco años, rubio, de estatura media. Estos hombres que tenemos aquí concuerdan con ese retrato, y todos tenían permiso las noches en que se produjeron los incidentes. Además, todos habían tenido conflictos a montones con mujeres antes de alistarse. Como *modus operandi*, tenemos lo siguiente. Las cuatro víctimas iban de paseo, solas, por el lado oeste de Los Ángeles. El violador las abordó, las amordazó y las llevó en coche a cuatro solares distintos de la zona. Y he aquí lo delirante: el violador les pega dos veces, se pone una goma y, mientras está en plena faena, se echa a gritar como si le doliera algo.

Dudley sonrió. Breuning se inclinó hacia ellos. Dudley lo rodeó con el brazo.

—Muchacho, llama a la enfermería de Fort MacArthur. Consigue los nombres de todos los soldados tratados por sífilis y purgaciones en los últimos seis meses, tanto en la compañía de la policía militar como en el resto del cuartel. Haz listas por separado y ven a informar dentro de media hora.

Breuning se fue zumbando.

—¿De qué va eso, jefe? —preguntó Elmer.

—Una intuición y una hipótesis, muchacho. Pongamos que el brazalete de policía militar fuese una treta para eludir la identificación, porque llevar un elemento identificatorio como ese en sucesivas violaciones equivale al suicidio. Pongamos que tiene un pique con alguna mujer en particular desde hace tiempo porque le contagió algo. Pongamos que es un chico listo con conocimientos científicos. Sabe que podemos determinar su grupo sanguíneo a partir del pus o la emisión seminal. Pongamos que, por alguna razón endiabladamente insondable, quiere que las violaciones le causen dolor.

Elmer puso cara de «¿Eh?» Carlisle puso cara de «Ah, sí, ya veo».

Dot Rothstein hizo entrar a las mujeres. Dot era celadora en la oficina del *sheriff*, una marimacho de cuidado. Metro ochenta y dos, ciento diez kilos. Los polis se erguían en su presencia.

Las cuatro mujeres presentaban esa apariencia de maestra de escuela que atraía al violador. Acudían a una rueda de reconocimiento vestidas como para ir a misa. Carlisle repartió pitillos y fuego.

La sala se llenó de humo. Las mujeres miraron en dirección a la tarima e hicieron muecas. La Dot se largó.

—Todas ustedes son mujeres magníficas y valientes por someterse a este suplicio —dijo Dudley—, así que haremos lo posible para que sea breve. Van a entrar cinco hombres y se quedarán de pie en la tarima, debajo de los números pintados en la pared del uno al cinco. Ustedes pueden verlos, pero ellos a ustedes no. Si ven al hombre que las agredió tan vilmente, tengan la amabilidad de decírmelo.

Las mujeres tragaron saliva en bloque. Elmer accionó un interruptor en la pared. Cinco soldados subieron a la tarima y se colocaron de cara a la sala. Vestían uniformes caqui y brazaletes rojos. A grandes rasgos coincidían con las

características del violador.

Dos mujeres los miraron con los ojos entornados. Una mujer derramó unas lágrimas. Una mujer se puso las gafas. Observaron a los hombres de la tarima. La tensión del momento creció y chisporroteó. Todas negaron con la cabeza.

Elmer pulsó el interruptor. Los soldados abandonaron la tarima. Las mujeres se arracimaron en torno a un cenicero y apagaron los pitillos.

—No era ninguno de esos, sencillamente —dijo una.

Otra se frotó los ojos y añadió:

—Tenía un aspecto más malévolo.

Otra asintió.

—Tenía una expresión malévola en los ojos —coincidió la última.

Dudley sonrió. Dudley les tocó los brazos. Con eso quería decir: «Tranquila, tranquila».

Breuning volvió. Tenía la respiración entrecortada. Y la camisa mojada. Agitaba una foto de archivo.

Dudley se acercó. Breuning se asomó a la puerta.

—Un solo caso. Es un cabo de la policía militar, y concuerda con la descripción. Tenía pase de pernocta en las fechas de los cuatro incidentes, y recibió tratamiento médico *después* de la última violación. El capitán al mando de la policía militar me ha dicho que fue sospechoso de una serie de violaciones en Seattle, pero el ejército lo aceptó de todos modos. Ahora está de permiso. Es un obseso de las carreras de caballos, y hoy se celebra la Oak Tree Meet en Santa Anita. Tengo su matrícula.

Dudley cogió la foto. Aaaaaah: Jerome Joseph Pavlik. Joven, rubio, *malévolo*.

Tenía cerca a dos mujeres. Les enseñó la foto. Las mujeres la examinaron.

Una se echó a llorar. La otra chilló.

Dudley sacó dos dijes en forma de trébol. Era oro de catorce quilates. Los compraba a granel a un joyero judío.

Atrajo a las mujeres hacia sí. Colocó los dijes en sus manos.

—Ya me ocuparé yo —dijo.

14.46 horas

La última carrera era a las 15.30. Se accedía a Santa Anita por una de las salidas de la autovía de Arroyo Seco. Iban con el tiempo muy justo.

Atravesaron a todo correr el garaje del edificio municipal. Breuning tenía un Ford trucado. Subieron y salieron a toda pastilla.

Breuning iba al volante. Dudley ocupaba el asiento delantero. Carlisle ocupaba el trasero, con tres escopetas de cañones recortados.

Eran de calibre diez y doble cañón. Estaban adaptadas para cartuchos de cazar osos, con posta triple cero.

Tomaron por Main Street y atajaron a través de Chinatown. Enseguida llegaron a la autovía.

Breuning pisó a fondo. La aguja del velocímetro llegó a ciento treinta. Dudley fumaba y miraba por su ventanilla. Vio un accidente en los carriles en sentido sur.

Marcas de neumáticos en el suelo, luces de emergencia, colisión. Impacto: un camión de plataforma de la Armada y un flamante Cadillac. Los conflictos del tráfico. Lo llevó a pensar en Bill Parker, alias «Whisky Bill». Dudley conocía bien sus trapos sucios.

No deberías haberte permitido ese matrimonio de juventud. ¿Creías que me pasaría inadvertida tu mala conducta?

Whisky Bill había vuelto a casarse. Su segunda unión era rutina pura y simple. El propio Dudley tenía mujer irlandesa y cuatro hijas. Tenía una quinta hija ilegítima en Boston. Esta ahora contaba diecisiete años. Mantenían correspondencia frecuente y cruzaban llamadas telefónicas.

Elizabeth Short. Su hija con una mujer casada llamada Phoebe. Una arpía de mal carácter que tenía a su vez sus propias hijas.

Todas las hermanas Short se parecían a Phoebe. Eso enmascaraba la sangre paterna de Beth. Phoebe era mayor que Dudley. Él tenía solo diecinueve años cuando se emparejaron. Era un recluta irlandés sin experiencia de la vida.

Joe Kennedy vivía en Boston. Joe era asquerosamente rico y hacía donaciones a causas irlandesas. Joe le financió la tramitación de la nacionalidad. A cambio Dudley le pagó con trabajos de matón.

Beth sabía que él era su padre. Lo quería y se aferraba a su imagen de policía duro. Él acababa de mandarle un billete de avión. Ella quería ver Los Ángeles en Navidad. Su última carta lo inquietó. Beth hacía alusión a «algo espantoso» ocurrido el año anterior. Tenía un amigo ciego que se llamaba Tommy Gilfoyle. Debía telefonar a Tommy e indagar acerca de ese «algo espantoso».

La familia.

Los hombres audaces la necesitaban. Los condicionantes eran mínimos. El compromiso era risible. Las alegrías eran muchas. La familia era una atadura necesaria. Sin ella, el demonio que Dudley llevaba dentro enloquecería. Whisky Bill no tenía hijos. Iba por ahí desbocado en su pudibunda demencia.

La circulación era escasa en la autovía. Breuning tomaba de prisa las curvas cerradas. La aguja del velocímetro se disparaba en los tramos rectos.

Dudley consultó su reloj. Eran las 14.54. La penúltima carrera empezaba a las 15.00. En general los forofos de la hípica se marchaban antes de la última carrera.

Lincoln Heights quedó rápidamente atrás. En lo alto de las colinas rodaban una película de vaqueros. Vieron pasar, desdibujado, un tiroteo. Dudley reconoció a un hombre en taparrabos. Un apache: un corredor de apuestas de poca monta que había cumplido condena tres veces en Big Q.

Dudley fumaba. Dejó vagar el pensamiento.

Estaba pluriempleado: trabajaba también para Columbia Pictures. Era el guardián de la moralidad de Harry Cohn. Las estrellas de cine se desmadraban. Los *führers* de los estudios las controlaban con rígidos códigos de conducta. Las infracciones constituían incumplimiento de contrato. Ha puesto en evidencia a actores de la acera de enfrente. Ha puesto en evidencia a no pocos borrachos y yonquis. Tiene en nómina a una legión de botones y putas para informarlo de indiscreciones. Está elaborando el gran libro de recortes de prensa de Hollywood en acción.

A Bette Davis le encantarán las fotos que le ha sacado furtivamente. El viernes por la noche ella estará en el Shrine. El *Examiner* organiza allí el sarao navideño para sus reporteros. Él irá para provocar un encuentro casual.

Unos espaldas mojadas labraban en unos campos situados por encima del lugar del rodaje. Probablemente los había suministrado Carlos Madrano. Carlos. *El Capitán*, de la Policía del Estado de México. Buen amigo de Llamame Jack y Davis Dos Pistolas. Carlos compartía la antipatía de Dudley por los rojos y los judíos. Para Carlos, los japos eran unos parientes molestos de *der Führer*.

Dudley examinó la foto de archivo. El violador se parecía a Lee Blanchard en pequeño.

Aaaaah, Leland. ¿Todavía te preocupa lo de Coney Island, aquel 12 de noviembre? Te encantaría unirme a mi cuadrilla, pero ¿tienes los redaños para un trabajo así?

Ben Siegel quería ver a Abe Reles muerto. Lee Blanchard estaba en deuda con Ben, por el golpe del Boulevard-Citizens. Los chicos del sindicato judío sobornaron a dos agentes del Departamento de Policía de Nueva York. Se dejaron abiertas las puertas de una habitación de hotel.

Le echaron un somnífero en la comida. Fue un trabajo rápido de dos hombres. Blanchard improvisó la cuerda para la fuga: un eufemismo para referirse a la soga. Él mismo se encargó de izarla.

El *Daily News* de Nueva York capturó el momento: ¡EL CANARIO MUERE EN LA CAÍDA! ¡SABE CANTAR PERO NO SABE VOLAR!

El viaje en tren de regreso a casa fue incómodo. Blanchard lloriqueó y se pasó todo el trayecto borracho. El muchacho había vuelto con Ben S. Benny compró el contrato de Lee y le aconsejó que tuviera la prudencia de tirarse a la lona alguna vez. Lee se negó, Lee estaba en deuda con Benny, Lee se comportó irreflexivamente en el golpe del Boulevard-Citizens. Benny tenía cuenta en el Boulevard-Citizens y jugaba al golf con el director. Benny estaba mal de la cabeza y lo obsesionaba la respetabilidad. Ese asunto fue toda una pifia.

Breuning salió de la autovía. Eran las 15.01. Carlisle cargó las escopetas. Atajaron por South Pasadena. Llegaron a Arcadia y Santa Anita en dos minutos exactos.

La sierra de San Gabriel se alzaba por detrás del hipódromo. El contorno de las crestas encuadraba las gradas y la tribuna. Dos terceras partes del aparcamiento

estaban vacías. El sistema de megafonía atronaba. Los caballos de una carrera enfilaron la recta final.

Breuning recorrió los pasillos del aparcamiento. Dudley y Carlisle permanecieron atentos a las matrículas. Los vítores sofocaron el sonido del sistema de megafonía. Los forofos de la hípica abandonaban la tribuna y se dirigían hacia sus coches.

—Ahí —dijo Carlisle.

Sí: un sedán Oldsmobile del 36. Verde bosque / antena de látigo/California ADL-642.

Breuning entró en una plaza vacía de un golpe de volante y dejó el coche al ralentí. Dudley fumaba un pitillo tras otro. El gentío se dispersaba entre las hileras de coches. Un hombre y dos mujeres se separaron del resto en dirección a ellos. Sí: Jerome Joseph Pavlik y un dúo de putas de Chinatown.

—Fulanas tong —dijo Carlisle.

—De las Cuatro Familias, y protegidas —añadió Breuning—. El jefe chino juega al mahjong con Lláname Jack.

Daba la impresión de que estaban como cubas. El violador vestía un uniforme caqui desvaído. Las fulanas vestían abrigos de pieles apolillados.

Se subieron al Oldsmobile.

—Síguelos —ordenó Dudley.

El Oldsmobile salió del aparcamiento derrapando. Breuning se situó detrás. Llevaban una buena cogorza. No se darían cuenta. Breuning iba pegado a su parachoques, muy pegado.

Dos coches en caravana. Calles residenciales, Fair Oaks Boulevard. La autovía, dirección sur.

El Oldsmobile coleaba y zigzagueaba. Breuning aflojó la marcha. Un Packard se interpuso entre ellos. La antena de látigo continuaba a la vista.

Carlisle envolvió las escopetas con una manta.

—*Bon voyage*, encanto —dijo Breuning.

El Oldsmobile se desvió por la salida de Alameda, en sentido sur. Chinatown se hallaba justo enfrente. La Pagoda China de Kwan estaba muy cerca.

El Oldsmobile topó con la acera y se detuvo. Las putas salieron a trompicones. Les costaba mantenerse en equilibrio. Se guardaron fajos de billetes en las ligas y lanzaron besos al violador. Haciendo eses, se alejaron por un callejón situado detrás de un fonducho chino.

Carlisle repartió las escopetas. Jerome Joseph Pavlik se apeó de su coche y, hecho un cuero, contempló el mundo. Miró embobado hacia un solar, en el chaflán. Crecían allí palmeras y hierba alta.

Tambaleante, entró en el solar. Se acercó a una palmera y se sacó la polla. Acometió una meada de plusmarca mundial.

—Ahora, muchachos —dijo Dudley.

La calle estaba tranquila, sin un alma. Fueron derechos al solar. Tierra blanda

encubría el ruido de sus pasos. El violador se balanceaba y rociaba la hierba.

Llegaron hasta él desde atrás. No oyó un carajo.

—Esas excelentes chicas ya nunca serán las mismas de antes —dijo Dudley—. Con esto evitaremos más sufrimiento.

El violador empezó a volverse. Comenzó a decir:

—¿Cómo dice?

Se accionaron seis gatillos. El violador voló por los aires. Esquirlas de hueso se llevaron por delante frondas de palmera. Un salpicón residual manchó las gafas de Carlisle.

Sonoras detonaciones se superpusieron. Observemos esas reverberaciones por el impacto de las postas en la madera. Las campanas de una iglesia dieron las 15.30 durante toda la escena.

15.31 horas

Dragones de ojos saltones flanqueaban la Pagoda. Por la noche sus lenguas se iluminaban y se movían. El tío Ace Kwan era el jefe del tong de los Hop Sing. Su restaurante atendía a blancos y a chinos con papilas gustativas de blanco. Los polis de Los Ángeles comían allí de balde.

Dudley cruzó el restaurante. El alcalde Bowron y el fiscal McPherson tenían las narices hundidas en *chow mein*. Fletch B. era un dinámico impulsor cívico y un zoquete por los cuatro costados. McPherson era un beodo narcoléptico y aficionado a la carne negra. Frecuentaba el Casbah de Minnie Roberts y siempre se lo montaba con dos monadas negras a la vez.

Una puerta escondida en un entrante de la pared conducía al sótano. Dudley bajó por la escalera. Empujó un panel. Este se deslizó y se abrió. Los efluvios lo asaltaron de inmediato.

Un fumadero de opio. Luces tenues y veintitantos jergones. Boles de agua, tazas y cucharones. Chinos descarnados en paños menores, chupando pipas.

Dudley contó las cabezas. Aaaaah, dieciséis adictos a la deriva.

Dudley cerró el panel. El sótano evocaba los laberintos subterráneos de la Guarida del Lobo. Paredes de cemento, moho, puertas de hierro forjado. El despacho de Ace Kwan: un búnker de las SS.

Llamó y entró. El tío Ace estaba acuclillado ante la caja fuerte empotrada en el suelo. Era un hombre de sesenta y seis años, con la delgadez de un tísico. Llevaba un gorro de Papá Noel. Evocaba la atrocidad y la alegría navideña.

—¿Cómo andamos, Dudster?

—Renqueamos, mi hermano amarillo.

—¿Y eso?

—Al otro lado de la calle, en el solar, hay un blanco muerto. Tus muchachos

deberían echarle un poco de cal viva y montar guardia hasta que la tierra lo absorba.

Ace se sentó con las piernas cruzadas. Poseía una elasticidad extraordinaria. Ese era un rasgo propio de infieles.

—Al muchacho se lo ha visto por última vez con dos putas tong.

—¿Hop Sing?

—Cuatro Familias. Quizá también te convenga retirar el sedán verde. No quiero que una nimiedad entre blancos como esta cause molestias a tu clientela.

Ace inclinó la cabeza.

—Los de las Cuatro Familias han faltado al respeto a mi sobrina predilecta. Son unos indeseables.

—¿Llamo a capítulo a los responsables? No me gustaría que hubiera otra refriega.

Ace se puso en pie.

—No, pero mi hermano irlandés me honra con el ofrecimiento.

Dudley inclinó la cabeza. Ace señaló una puerta lateral y puso cara de «Estás en tu casa». Dudley abrió la puerta. Ace se esfumó. Los chinos eran sigilosos y tenían un gran sentido del decoro.

Era su habitación secreta. El jergón, el bol, el cucharón. Goma comprimida en un platillo para pan. Como siempre, La Pipa.

Colgó la chaqueta del traje y la pistolera en una percha de la pared. El jergón tenía las dimensiones aptas para acomodar a un hombre alto. Dudley cebó la pipa y la encendió.

La goma empezó a arder, la llama prendió, el humo pasó por la boquilla. Se le hundieron los hombros. Desaparecieron sus extremidades.

Ahora las volutas. *Nunca se sabe qué vas a ver.*

Sí, ahí está.

Dublín. Grafton Street, 1921. Los miembros del Negro y Caqui provistos de escopetas cargadas con balas de goma. Apuntan a los riñones. Aún le duele cuando se encorva.

Una concentración. Patrick Pearse a pleno pulmón.

«Irlandeses e irlandesas, en nombre de Dios y de las generaciones de muertos de las que Irlanda recibe su condición de nación, este país, por mediación de nosotros, llama a sus hijos a servir a su bandera y luchar por la libertad».

Una parroquia. Un alijo de armas en el dormitorio de un sacerdote. La culata de un fusil llega a sus manos. Ahora está en la calle. Tiene el ojo en la mira del cañón. El rostro de un soldado británico estalla.

Está en Sackville Street. El impacto del retroceso remite. Saquea la tienda de un protestante. Patrick Pearse le alborota el pelo.

«Ahora, con el apoyo de sus hijos exiliados en América, aprovecha la ocasión».

Joe Kennedy sonrío. Tiene maletines repletos de dinero. Los hombres del Ejército Ciudadano Irlandés lo saludan. Miembros del Negro y Caqui asesinan a Patrick Pearse. Hay un pelotón de fusilamiento. Tiene una diana prendida en el pecho.

Joe Kennedy dice: «Eres un chico listo. Deberías venir a América. La Ley Seca es una licencia para robar. Podrías hacer estraperlo para mí».

Está en Canadá, eso es el lago Erie, está en una gabarra atracada. Empuña un subfusil Thompson. La cubierta está llena de cajas de *whisky*.

Boston. Una casa regia. Una criada yanqui lo mira con desdén. Él lleva de la mano a Jack, de seis años.

Joe Kennedy dice: «Dud, cierto banquero judío me la ha jugado en un negocio. Ocúpate tú, ¿quieres?».

No tiene extremidades. La goma todavía arde. Sabe cuándo avivar la llama. El tiempo es un cinematógrafo. Se proyecta a través de los ojos en el fondo de la cabeza.

Se le fue la mano en la paliza al judío. No debería haberlo matado. Joe Kennedy está que trina.

«Tu futuro está en Los Ángeles, hijo. Puedo colocarte en el cuerpo de policía. Podrás tirarte a estrellas de cine y hacer diabluras».

Está muy ufano con su impecable uniforme azul. Golpea a un carterista con un listín telefónico. Jack Horrall brinda por él a la mesa del arzobispo Cantwell. Está en el despacho de Harry Cohn. Harry da unas palmadas a un busto de Benito Mussolini. Está frente a una mansión de Bel-Air con una cámara. Dispone de una vista interior a través de una ventana. Cary Grant participa en un *soixante-neuf* hombres.

Photoplay, Screen World: un remolino de páginas de revista. Bette Davis: radiante por algo que dijo él.

Cambio de escena. Un documental de viajes contenido en un solo instante. Está en Coney Island, en el hotel Half Moon. Iza al canario. No llores, Lee Blanchard; eso no es de hombres.

Documental de viajes. Otra vez en Boston. Ahora el joven Jack Kennedy es alférez en la Armada. Tiene que venir en Navidad. Quiere tirarse a estrellas de cine.

Jack empieza a cantar, en español. Su voz desentona con la melodía. Fundido a Trocadero. Cuelga una pancarta: ¡DAMOS LA BIENVENIDA A 1938!

Está sentado a una mesa con Ben Siegel y el *sheriff* Biscailuz. La orquesta de Glenn Miller toca «Perfidia». Bette Davis baila con un joven afectado.

La luz entró a raudales. La imagen del cinematógrafo dio una sacudida. Se cerró un obturador y eso puso fin al documental.

Se sentía ya las extremidades. Vio su chaqueta y su arma en una percha.

Apareció una china. Le sirvió un aperitivo. Tres benzedrinas y té verde.

Dudley se levantó. La habitación conservaba un resplandor.

—¿Qué hora es, por favor?

—Las 18.42.

«Perfidia» terminó con un acorde desafinado. Bette Davis le lanzó un beso.

18.43 horas

Bucky llegaba tarde. Los fines de semana siempre se dejaba caer por el laboratorio. Se entrenaba en el gimnasio de Main Street. La Comisaría Central estaba a un paso de allí.

En el laboratorio no había un alma. La mayoría de los químicos trabajaba de lunes a viernes. Ashida trabajaba toda la semana, noche y día.

El capitán tenía su despacho justo al lado. La voz de Elmer Jackson llegaba por un respiradero. Empinaba el codo en compañía del capitán Bergdahl. Comentaban con Dudley Smith la rueda de reconocimiento por el caso de las violaciones.

Las víctimas habían identificado al violador a partir de una foto de archivo. Elmer dijo:

—Puede que sea el mismo individuo que ha atracado la farmacia esta mañana, pero probablemente el fiscal tendrá que encausarlo en una mesa de autopsias.

Bergdahl se echó a reír. Ashida preparó un microscopio y los fragmentos de bala de la farmacia. Ray Pinker había llevado a cabo *sus propias* pruebas. Dejó su informe en la mesa de Ashida. Su conclusión: Browning 9 milímetros, equipada con recogecasquillos.

Incorrecto. El texto comparativo de Pinker estaba desfasado. *Ahora asegúrate. Repite tú mismo la prueba.*

Acercó la platina. Observó las mismas características que esa mañana. Dejémoslo en que es concluyente. Una bala de Luger había atravesado una placa de cartón yeso.

Bergdahl hizo un chiste. El respiradero amplificó su voz. Ja, ja: «Come San Chin, el soplapollas chino».

—Es bueno, pero ya lo había oído —dijo Elmer.

—¿Usted los distingue? A los japoneses y los chinos, quiero decir. Tengo un amigo en los federales. Según él, tienen una lista de japos sospechosos, por si entramos en esta guerra y hay que organizar redadas. Desde mi perspectiva de hombre blanco, no veo la diferencia entre unos y otros.

Ashida sacó la llave y abrió su cajón de instrumental. Allí guardaba sus fotografías.

Ahí aparece Bucky. En cuclillas con su calzón de boxeo. Es alto. Es esbelto. Sus músculos, más que sobresalir de manera definida, se funden entre sí. Es luterano alemán, y lleva una estrella judía en el calzón. Esta expresaba un sentimiento

antinazi.

Se desplazaba de puntillas lateralmente sin trastabillar jamás. Poseía un poderoso izquierdazo cuando fintaba. Mariko decía que tenía «los dientes de Tojo». Su padre pertenecía a la Federación Germano-Americana.

Tenía los ojos pequeños y muy hundidos. Su sonrisa iluminaba salas enteras.

Ahí está. Esas sonoras pisadas: sube los peldaños de dos en dos.

Ashida cerró el cajón de las fotos y echó la llave. Bucky entró y acercó una silla. Vestía pantalón de franela y su cazadora con la letra del Belmont. La B de color verde se ponía en baloncesto y atletismo.

Se dieron la mano.

—¿Es verdad? —preguntó Ashida.

Bucky sonrió.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Según Ray Pinker, es vox pópuli, lo cual probablemente significa que lo sabe todo el mundo menos yo.

—Me han dado el visto bueno para incorporarme a la academia en mayo. He aprobado todos los exámenes, y me han dicho que la inspección de antecedentes es puro formulismo.

Ashida sonrió.

—Preferías esperar antes de decírmelo. No querías gafarlo, y por eso pensaste que era mejor esperar hasta saberlo con seguridad.

Bucky se meció en la silla.

—O hasta después del combate de mañana. Yo estaré muerto de hambre e invitaré a cenar. Nos pesan a las doce del mediodía, y tendré los nervios de punta hasta que haya acabado todo. Ya no bajo de peso tan fácilmente como antes. Sigo por encima de los ochenta y un kilos.

—Date un baño de vapor en Shotokan —dijo Ashida.

—Ni hablar. Tengo un pase para el Jonathan Club. El fiscal me ha dejado una nota en el gimnasio: «Hijo, apuesto por ti».

Ashida se dio una palmada en las rodillas.

—Yo podría contarte más de una cosa sobre él.

—Ya lo he oído todo. Se presentó borracho a un combate de Lee Blanchard, con dos chicas de color.

—Conque Junior Wilkins, ¿eh? —dijo Ashida—. No es un combate de despedida muy prometedor.

—No, pero puedo ganarlo.

Ashida entrelazó los dedos.

—¿Has leído la columna de Braven Dyer? Decía que eludes a Ronnie Cordero.

Bucky dio un respingo.

—No pienso colgar los guantes tras una derrota, Hideo.

—No perderías.

—Me haría picadillo. Soy tan capaz de tumbarlo a él como de tumbar a Joe Louis.

—Lamento que lo hayas interpretado mal. Yo no quería...

Bucky le quitó importancia con un ademán.

—Me he encontrado con Jack Webb. Vende trajes en Silverwood. Dijo que los hombres de la Unidad Central de Investigación compran allí a precio de mayorista.

—Jack es muy aficionado a dar jabón a los polis. Siempre está trayendo café y tabaco a los hombres de la Unidad Central.

Bucky se acarició la B de Belmont.

—Los Sentinels para siempre. Jack debería hacernos precio de mayorista. Lo elegimos presidente de la clase.

De buenas a primeras Ashida dijo:

—Tienes una admiradora.

—¿Quién es? ¿Y qué le pasa?

—La he visto en tus combates. Siempre te está dibujando.

Bucky enseñó los dientes.

—Me reservo para Carole Lombard. ¿Crees que se prenderá de unos dientes así?

He ahí el rubor. Como siempre. Bucky tiene la gentileza de no verlo nunca.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 6 DE DICIEMBRE DE 1941

19.03 horas

El Strip es un enjambre de soldados. El Dave's Blue Room, el Bit O'Sweden y el Trocadero reparten bebidas alcohólicas gratis en la acera. Acabo de escuchar un boletín informativo. Están apostando las tropas en la base naval de Chavez Ravine, Fort MacArthur en San Pedro y Camp Roberts, cerca de San Luis Obispo. Los Ángeles es el centro de asignación de destino; la artillería que ya ha atravesado la ciudad ha sido enviada a las instalaciones de defensa costera y a las fábricas aeronáuticas Lockheed, Boeing, Douglas y Hughes. El exjefe Jim Davis está al mando del destacamento de policía destinado en la Douglas; se explayó durante diez minutos largos sobre la necesidad de proteger los centros de producción civiles del sabotaje de la Quinta Columna y los ataques desde globos aerostáticos. Davis es un absoluto chiflado local; el año pasado en la fiesta de Navidad de la Unidad Central lo vi hacer diana en un cigarrillo que Lee sostenía entre los labios.

He empezado mi diario esta mañana. Lo veo ya como un remedio contra la pasividad. Recorro con la mirada mi habitación independiente; lo primero que veo son mis dibujos de Bucky Bleichert. Identifican mi necesidad de entablar relación con hombres de manera anónima y abstracta. Escribir sobre Bucky me obliga a verlo bajo una luz más crítica.

Lee Blanchard desprecia a Bucky, por su «estilo de maestro de danza» y sus «adversarios blandengues y previamente seleccionados». Quiero a Bucky por todo aquello en que no se parece a Lee, porque estoy en deuda con Lee de maneras confusas y mi necesidad de Lee es directamente proporcional a nuestra historia común.

Hace unas horas hemos tenido una pelea espantosa. Guardaba relación con el comportamiento reciente de Lee. Desde hace ya un mes actúa como si estuviera dolido. Se queda a dormir cada vez más a menudo en el cuarto de camastros de la Unidad Central de Investigación, y pasa cada vez más tiempo con la «mascota» de la Unidad Central, un tal Jack Webb, un vendedor de ropa para caballero muy deseoso de complacer. A mediados de noviembre Lee desapareció durante una semana, y para explicar su ausencia adujo que había «trabajado como señuelo» en la investigación de un robo. Me lo creí, pero solo brevemente. Esta tarde, por puro capricho, he

registrado los cajones de la habitación independiente de Lee. He encontrado un billete de tren de ida y vuelta a Nueva York, del 8 al 15 de noviembre.

He estado dándole vueltas al asunto. Lee ha venido a casa y se ha quitado la ropa de paisano para ponerse el uniforme. Ha anunciado su intención de pasar la noche en el edificio municipal. En ese momento me he encarado con él.

Le he exigido una explicación por el billete y su conducta reciente. Ha sido en ese momento cuando él se ha encarado *conmigo*. Ha dicho: «Te crees que eres una mujer independiente, pero vives a *mi* costa y follas con otros en *mi* casa mientras *yo* me encargo de las facturas. Eres una diletante y un parásito, y si desapruebas mi comportamiento, lárgate de *mi* casa de una puta vez».

Dicho esto, Lee ha salido hecho una furia de *su* casa, ha subido a *su* coche y se ha marchado para vivir en *su* mundo, un mundo en el que yo me subsumo. Un mundo en el que caí, y del que quiero más.

Brenda Allen, Elmer Jackson y el vicio consentido por la policía. Lee y su lealtad aduladora a Dudley Smith. Bobby De Witt en San Quintín y las cicatrices en mis piernas. La deuda que Lee tenía o *no* tenía con Ben Siegel, que en estos momentos está a la espera de salir en libertad de la cárcel del Palacio de Justicia. El atraco al banco que Lee planeó en gran medida como misión para salvarme. El *deus ex máchina*: una niña se esfuma en 1929.

La hermana pequeña de Lee, Laurie, de doce años. Lee, por entonces, tiene quince. Laurie desaparece. Estaba jugando en un parque y de pronto se había ido para siempre. En principio Lee era el responsable de vigilarla. En lugar de eso estaba tirándose a una chica ligera de cascos del barrio.

Lee carga con la culpa. No ha tocado plenamente a una mujer desde entonces. Por eso me proporciona un hogar cómodo y no hace el amor conmigo. Es un castigo padecido y un castigo infligido. Me enfurece y me hace llorar. Por eso quiero tanto a Lee y me niego a abandonarlo. Por eso me acuesto con otros hombres en su propia casa.

Se oyen los noticiarios de la noche a todo volumen en las radios de las dos casas contiguas a esta; oigo con toda claridad los dos boletines informativos. FDR despotrica contra Japón por sus viles agresiones. El padre Coughlin despotrica contra FDR y la hegemonía judía.

Los dos merecen la posteridad. La guerra da a los hombres algo claro y sencillo que hacer. Hay una reyerta en el Strip. Las radios son un leve zumbido bajo el griterío.

Lee Blanchard participó en cuarenta y nueve combates como profesional y urdió un audaz atraco. Él merece la posteridad como yo nunca la mereceré. Eso me da rabia.

Yo solo tengo una percepción devastadora. Las mujeres escriben diarios con la esperanza de que sus palabras atraigan el destino.

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 6 DE DICIEMBRE DE 1941

19.49 horas

El locutor del noticiario se despidió. Lo sustituyó un castor parlante que anunciaba dentífrico. Parker cerró su puerta de un puntapié.

En la División de Tráfico no había un alma. El desbarajuste en el tránsito tenía patas arriba toda la ciudad. Él era el único hombre de servicio. A nadie más le importaba.

La división disponía de su propio edificio. En la esquina de la calle Uno con Figueroa, a seis manzanas del edificio municipal. Era creación suya. Comprar un almacén viejo y reformarlo. Crear autonomía. Limitar el acceso a Jack Horrall.

Parker rezó. Rogó a Dios valor para no beber esa noche. Rogó a Dios que lo guiara en su incursión.

Estaba crispado. La Sed lo atormentaba. La Patrulla de Los Ángeles oeste había detenido a dos soldados por conducir bajo los efectos del alcohol. En el cruce de Pico con Bundy había tres semiorugas averiados. Mandaron a diez hombres de la División Central. La Central mantenía una dotación mínima para el turno de noche.

Parker ordenó su escritorio. Parker miró los expedientes colocados en su cartapacio.

El expediente interno de Lee Blanchard. Los expedientes facilitados por Carl Hull: Claire De Haven, Reynolds Loftis, Chaz Minear, Saul Lesnick. El resumen de los sospechosos de sedición elaborado por Carl con relación a Katherine Ann Lake.

Mujer blanca, estadounidense. 9-3-20 Sioux Falls, Dakota del Sur. Procedente de las praderas, como él.

Carl llamaba a Claire De Haven la «Reina Roja». No había expedientes sobre los demás miembros de la célula. Los «miembros secundarios» iban y venían. La Reina movía de aquí para allá sus peones. No sabía que el doctor Lesnick era un topo al servicio de los federales desde hacía tiempo.

Primero Blanchard: un expediente breve, tres hojas.

Informe de aptitud: clase B. Ninguna alusión a los posibles informantes en el golpe del Boulevard-Citizens. Nada sobre la presunta amistad entre Blanchard y Benjamin Siegel, alias «Bugsy». Cuatro demandas por lo civil. Los demandantes acusaban a Blanchard de palizas brutales en celdas de la cárcel. Las demandas fueron desestimadas: los demandantes eran pervertidos y yonquis.

Ninguna sorpresa. Ninguna idea nueva. Su antigua intuición confirmada. Estaba

claro que Blanchard no era trigo limpio.

La Reina y sus peones principales: un asunto más siniestro.

Parker leyó por encima los expedientes. Enseguida captó la esencia. Daba la impresión de que las percepciones del doctor Lesnick en su papel de topo eran válidas. Claire De Haven se dedicaba a la extorsión. Reynolds Loftis y Chaz Minear eran homosexuales. La Reina Roja poseía fotos incriminatorias.

Iban vestidos de mujer en un baile de homosexuales. Los informes del desalojo por parte de los hombres del *sheriff* corroboraban la imagen. Loftis y Minear habían sido detenidos repetidamente en redadas de sarasas. Las detenciones se remontaban a 1940. Loftis y Minear frecuentaban lugares de reunión de maricas y se congregaban con otros degenerados.

La Reina Roja los tenía dominados. Decía a Loftis en qué películas debía actuar y a Minear cómo elaborar sus guiones. Carl incluía una muestra de los diálogos. Era quintacolumnismo en estado puro.

En las películas de guerra: soldados rusos condenan la penosa situación de los negros en Estados Unidos. En las películas de gánsteres: los hampones se mofan de la autoridad y ensalzan el abominable encanto de una vida en estado de abandono. En las comedias: personajes refinados dejan caer agudezas izquierdistas y denigran a Adolf Hitler. Al criminal Stalin ni se lo menciona.

Parker encendió un pitillo. El expediente de la tal Lake era de dieciséis páginas, repletas de fotografías.

Aquí aparece la señorita Lake en mítines de rojos. Abundan las pancartas. Causas dudosas, multitudes de desharrapados.

¡JUSTICIA PARA LOS CHICOS DE SCOTTSBORO! ¡RECORDAD A SACCO & VANZETTI!
¡ROOSEVELT, PEÓN DE WALL STREET! ¡PAN EN TODOS LOS PLATOS YA!

La muchedumbre presentaba un aspecto desaliñado. La señorita Lake iba bien vestida y muy peripuesta. Ella se *acicalaba*.

Eran nítidas fotos en blanco y negro. Parker tuvo la sensación de que ella siempre vestía de rojo. En una concentración contra el Ku Klux Klan lucía un casquete. Los hombres se apiñaban en torno a ella. No era una mujer de una belleza clásica. Sabía aprovechar lo que tenía.

El casquete *debía* de ser rojo. Ella parodiaba sus propias inclinaciones. Se distanciaba de las causas que defendía.

Sacaba sobresalientes en la Universidad de California en Los Ángeles. Estudiaba música, literatura y ciencias políticas. Sus profesores introducían comentarios en sus informes académicos. Mencionaban la «lucidez» de sus exámenes de fin de trimestre. Dos profesores destacaban el nivel de su trabajo titulado «Beethoven y Lutero: el arte y Dios en ellos». Lo difundió una publicación de prestigio.

Carl Hull consiguió una lista de los libros que sacaba de la biblioteca. Parecía representativa. Biografías de sesgo izquierdista. Poesía romántica. Monsergas propagandísticas sobre la situación de la clase obrera.

Cuñas, fulcros, coerción.

Un azar afortunado.

¿Qué *hacía* esa joven con un poli como Lee Blanchard, un matón? El asunto del Boulevard-Citizens no era explicación suficiente. Carl Hull vio atestiguar a la señorita Lake en el juicio contra Bobby De Witt. El fiscal fue a la deriva hasta que ella subió al estrado. La señorita Lake prestó juramento entre sollozos. A partir de ahí el desenlace estuvo cantado.

Había hecho dos llamadas desde el despacho de Carl. Primero se puso en contacto con el FBI. Quería hablar con el supervisor del doctor Lesnick en los federales. El hombre en cuestión se había ido de pesca a Oregón. Tuvo que hablar, pues, con el agente especial Ward Littell.

Un azar afortunado.

Conocía a Ward de la iglesia. Ward era exseminarista y tenía algo de defensor de causas perdidas. Ward no sabía nada de Lesnick. Ward le filtró un dato.

Los federales se disponían a investigar las escuchas telefónicas del edificio municipal. La maniobra tendría lugar a principios del 42. El exjefe Hohmann había delatado al Departamento. Fletch Bowron nombró jefe de policía a Jack Horrall. El zoquete de Hohmann quería recuperar el cargo. Los teléfonos pinchados y los puestos de escucha eran un secreto a voces. Fletch y Lámame Jack eran falsos reformistas. Jack estaba metido en la mierda hasta el cuello. Jack tenía más mano que Jim Davis el Loco.

A continuación llamó a Sid Hudgens. Sid escribía para el *Mirror-News*. Sid confirmó las palabras de Ward Littell.

Art Hohmann era informante de los federales. El muy cabrón era un pleiteador desbocado. ¿Acaso *tú* no lo serías, Bill? Jack el Gordo está en su poltrona.

Cuñas, fulcros, coerción.

Eran las 21.05. Parker cogió el teléfono y llamó a la Unidad Central.

—Homicidios, sargento Ludlow.

—Aquí Bill Parker, de Tráfico.

—Ah, sí. ¿Capitán?

—¿Está por ahí Lee Blanchard?

—Sí, capitán —respondió Ludlow—. Está echándose una siesta en el sofá de Dudley Smith.

—No lo despierte —ordenó Parker—. Y no le diga que he llamado.

Ludlow dijo algo entre dientes. Parker colgó. La foto del equipo de vigilancia lo miraba radiante.

El casquete de la señorita Lake era rojo. *Tenía* que serlo.

21.07 horas

Parker cogió el coche y se encaminó hacia el oeste por la calle Uno. Recorrió el dial

de la radio, de noticiario en noticiario. No se hablaba más que de *japos*.

Los japos enfilan rumbo a Siam; los japos enfilan rumbo a Filipinas. FDR sigue manteniendo tensas conversaciones con enviados japoneses. Hirohito, el jefe japo, hace pedorretas.

Parker apagó la radio. La calle Uno desembocaba en Beverly Boulevard. Las luces navideñas titilaban en los jardines y perfilaban los marcos de las puertas. Una valla publicitaria de Schenley reavivó La Sed. Una valla publicitaria de Maytag lo puso a cien.

Una familia se maravillaba ante una cocina de gas encendida. La madre se parecía a la pelirroja de Northwestern. Joan no sé qué. Una rompehogares. Se escondía de Helen y se encendía por la *pelirroja*.

Parker dobló al norte por La Cienega. El Strip era una fiesta. Esquivó un camión de plataforma parado que repartía máscaras antigás. Unos marineros borrachos se ponían las máscaras y brincaban. Dos infantes de Marina se enzarzaban a puñetazos delante del Mocambo. Tropezaron y volcaron un árbol de Navidad artificial.

Hacia el norte por Wetherly Drive. El nido de amor de Lake y Blanchard, calle arriba a media manzana.

Funcional y elegante. Estéticamente ajardinado. No era la casa propia de un policía. Demasiado cara, demasiado *buena*.

En el camino de acceso Parker vio aparcado un Packard descapotable. Se detuvo detrás. En la casa había luz. Bocanadas de humo de tabaco se elevaban por encima de una terraza alta.

Parker se apeó y se desperezó. Se arregló el nudo de la corbata y se reacomodó la pistolera. Cruzó el porche y llamó al timbre.

Respondieron unas pisadas. Ella abrió de par en par.

Lo miró fijamente. Vestía un pantalón de tela de gabardina y una camisa blanca de hombre. Iba muy puesta para estar en casa.

—Bill Parker, señorita Lake. Esperaba poder robarle unos minutos.

Ella consultó su reloj. Era de oro macizo. Calzaba zapatos Oxford bicolores. Llevaba el pelo recogido con un broche de concha.

—Son las 21.41, capitán.

—Sí, ya sé que es tarde. Si molesto, puedo volver mañana.

Ella avanzó hacia él. Adoptó la pose de quien pretende obstruir el paso.

—¿Tiene que ver con Lee, pues? Eso que lleva en la manga es una insignia de la División de Tráfico. ¿Ha habido un accidente?

Tenía el dedo de las praderas. Parker notó que ella notaba el dedo de él. Ella podía perderlo o modificarlo. Era la viva imagen de la *Afectación*.

—El agente Blanchard está bien, señorita Lake. Se trata de otro asunto muy distinto. Espero despertar su curiosidad lo suficiente para que me escuche.

Ella se hizo a un lado. Él entró. El salón era un plató de cine. Paredes de color malva, sillones de orejas, *chaise longues* tubulares. Piezas de arte con mensaje

izquierdista y un mueble bar cromado.

—Tiene una casa preciosa, señorita Lake.

Ella cerró la puerta.

—Lee fue un boxeador de éxito. También contó con buenos asesores financieros.

—Ben Siegel es un lince en cuestiones de dinero. No me cabe duda que asesoró personalmente al agente Blanchard.

Ella se apoyó en la puerta. La pose disimuló un mohín. Por un instante: falsa apariencia de niña temeraria y sofisticada.

—Todos hemos oído los rumores, capitán. Algunos de nosotros sabemos que no son ciertos.

Parker señaló una silla.

—¿Me permite?

Ella asintió y se acercó al mueble bar. Parker se sentó. Ella sirvió sifón en dos vasos y le llevó uno. Acercó una silla idéntica.

Entrechocaron los vasos.

—Por lo que venga a continuación —brindó ella.

Parker tomó un sorbo.

—¿Cómo lo sabía? Dígamelo.

—Asistí a la comida de Pascua que el alcalde Bowron ofreció al arzobispo Cantwell. Había barra libre. Usted vaciló entre una selección de bebidas alcohólicas y la bandeja de refrescos. Al final tomó agua con gas. Le vi en la cara una expresión de desilusión y alivio a la vez.

—¿Siempre observa usted con tanta atención los momentos intrascendentes? —preguntó Parker.

—Sí. Y usted intuye que soy así, y por eso ha venido.

Parker empezó a sudar.

—¿Es usted de Sioux Falls?

—Sí. Y usted es de Deadwood.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Me lo dijo Elmer Jackson.

—¿Es usted amiga del sargento Jackson?

—Sí.

—¿Conoce los rumores que corren sobre él?

—Sí, y sé que son ciertos, en igual medida que los rumores sobre Lee no lo son.

El sudor se le acumuló en el nacimiento del pelo. La muchacha, la muy puñetera, se dio cuenta. Cruzó el salón y abrió la ventana.

Entró la brisa. Llegaban los bocinazos de Doheny. La muchacha, la muy puñetera, adoptó una pose relajada.

Estallaron fuegos artificiales. Él disfrutaba de una vista panorámica. Algarabía ilegal del ejército. Explosiones de color rojas, blancas y azules.

—Se avecina la guerra —dijo ella.

—Sí. ¿Qué opina al respecto?

—Yo veo los grandes acontecimientos como oportunidades. Quizá no sea esa mi mayor virtud.

Parker sonrió.

—¿Por ejemplo?

Ella se sentó y cruzó las piernas. Los calcetines cortos desentonaban con los Oxford bicolores. Era una manera intencionada de decir «Jódete».

—Por ejemplo, la Gran Depresión. Me permitió salir de Sioux Falls.

—¿Qué opina de la campaña en el frente oriental?

—Detesto a los alemanes y tengo sentimientos encontrados con respecto a los rusos, si es ahí adonde quiere llegar.

Parker se palpó los bolsillos en busca de tabaco. La muchacha se llevó una mano al bolsillo y le lanzó su propio paquete. Él cogió un cigarrillo y devolvió el paquete, también lanzándoselo.

Encendieron sus respectivos pitillos. Siguió un silencio de dos segundos. Se oyeron los zumbidos de los fuegos artificiales ilegales.

—No me ha preguntado a qué he venido.

—Estaba usted despejando embotellamientos. Estaba usted en el barrio y se le ha ocurrido pasarse por la casa de una mujer a quien no conocía.

—¿Ha terminado?

—No. Antes ha telefoneado a la Unidad Central. Quería asegurarse de que el agente Blanchard dormía en el sofá del sargento Dudley Smith.

Parker se agarró a la silla y miró alrededor en busca de un cenicero. La muchacha aplastó su colilla y le entregó el suyo. Las manos de ambos temblaron y se rozaron.

—¿Ha terminado?

—No, pero he aquí una respuesta alternativa. Hoy es sábado por la noche, y ha pensado que quizá yo no tenía ningún plan.

—¿Y por qué iba yo a pensar eso?

—¿Porque *usted* no tiene ningún plan? ¿Porque los rumores circulan en los dos sentidos? ¿Porque ha leído algún expediente sobre mí y ha hecho extrapolaciones?

Se sucedieron las detonaciones de los fuegos artificiales. Sunset Boulevard se iluminó. Varias parejas bailaban en un camión de plataforma.

Se miraron fijamente. La muchacha fue la primera en parpadear. Se inclinó al frente y arrancó el cenicero del regazo de Parker.

Él dio un respingo. Las gafas le resbalaron por la nariz. La muchacha señaló en dirección a la ventana.

—¿Qué celebran?

—La oportunidad.

—Ya. Eso sí me lo creo.

—¿Me enseña la casa?

Ella se puso en pie y simuló una reverencia. Parker la siguió. Vaya afectación:

«Fíjate».

Arte quintacolumnista expresado con elegancia. El cubismo confluye con la opresión. Asombroso: ahí vivía un *poli*.

Subieron por la escalera. El pasillo del piso de arriba presentaba unas paredes de un rojo intenso e iluminación empotrada en el suelo. Había dibujos a lápiz pegados con cinta adhesiva al rojo. Hileras de mendigos en comedores de beneficencia, cuerdas de presos, obreros en huelga y cargas policiales.

Ella entró en una habitación y pulsó un interruptor. La luz encuadró una naturaleza muerta: el rincón de un *poli*.

Una cama sin hacer. Un uniforme tirado y artículos de papelería en desorden. Un 38 Especial, esposas, una porra de muelle. Recortes enmarcados de los tiempos del Gran Lee en el boxeo.

La muchacha volvió a pulsar el interruptor. La habitación quedó a oscuras. Se detuvo en el pasillo excesivamente iluminado y lo miró. Adoptó una *pose*. *Él cayó en la cuenta*.

Ella estudiaba a las estrellas de cine y fotos al azar. Tomaba imágenes prestadas para mostrarse coherente. Se le daban extraordinariamente bien las apariencias. Sin ellas era maleable.

El cabello castaño rojizo, las paredes de un rojo intenso, la iluminación con focos. Ahora va a girar sobre los talones, eso sin...

Ella giró sobre los talones. Se dirigió a una puerta al otro lado del pasillo. Él la siguió.

La puerta estaba cerrada. Tenía un ojo de cerradura acoplado al pomo. Esa anomalía lo desconcertó.

Se detuvo junto a la muchacha. Ella sacó una llave y abrió la puerta. Era su habitación privada. Le había dado las pistas y se lo había reservado para el final.

Paredes de color rosa, mesa de dibujo con caballetes. Un piano vertical adosado a una pared. Bustos de Beethoven y Lutero.

Retratos a lápiz dispuestos en un estante. El tal Bucky Bleichert, ese peso semipesado tan escurridizo.

Parker lo señaló.

—Ha solicitado plaza en el departamento.

—Lo sé —dijo Kay Lake.

—¿Por qué él? Tiene usted a su propio boxeador.

—No está siendo sincero, capitán. Si va a decirme que echar un polvo está prohibido por el reglamento de la Policía de Los Ángeles, se lo explicaré de manera más provocadora.

Parker salió a la terraza. Sunset Strip era una fiesta. Soldados borrachos confraternizaban delante del Trocadero. Armaban jolgorio y agitaban bengalas. El tráfico era un caos y no lo arreglaría nadie hasta el final de los tiempos.

Se apoyó en la barandilla. Kay Lake salió y se acercó a él. Parker tenía una

sensación de mareo.

Ella le dio un pitillo y lo encendió. Se encendió otro para ella.

—A veces me quedo aquí bajo la lluvia. Hay unos cambios de color magníficos.

Parker la miró. Olía a sándalo. Se había perfumado en el dormitorio. Afectación, apariencias: había percibido su propio sudor.

—¿Cuáles son sus planes inmediatos, señorita Lake?

—Voy a alistarme.

—¿En qué sección?

—La que tenga los uniformes más estilosos.

Parker sonrió.

—¿Está decidida?

Ella agitó el pelo.

—A menos que usted me ofrezca algo más tentador.

Parker tiró la colilla por encima de la barandilla. Cayó en el capó de su coche de policía y destelló.

—Hay teléfonos pinchados y puestos de escucha por todo el edificio municipal. Necesito que transcriba usted las grabaciones de las escuchas en la Unidad Central de Investigación. Tendrá que hacerlo allí mismo.

Kay Lake desplegó una sonrisa radiante.

—*No está siendo sincero, capitán.* Yo diría que hay algo en esas grabaciones que quiere usted que yo oiga, y que tiene que ver con la amenaza que se reserva para más adelante.

Parker se sonrojó.

—Puede empezar el lunes por la mañana.

Ella negó con la cabeza.

—Si se asegura de que Lee no me verá, empezaré esta misma noche.

Estallaron fuegos artificiales justo por encima de sus cabezas. El Strip se iluminó y el resplandor pasó de blanco a rosa.

—He visto una fotografía suya. Llevaba usted un casquete, y me preguntaba si era rojo.

Kay Lake entró en su habitación y volvió a salir de inmediato. Llevaba el casquete puesto.

Posó en la puerta. El casquete era de un inconfundible azul policía.

22.56 horas

Lee Blanchard roncaba. Ese muchacho vivía con una nena preciosa. Asombrosamente dormía en el edificio municipal.

Los ronquidos retumbaban en Homicidios. Por lo demás, la sala de la brigada estaba en silencio. Sin teletipos, sin barullo de teléfonos.

Dos chicos acababan de enloquecer. Un negro llamado Jefferson había despachado a un negro llamado Washington. Una negra llamada Lincoln había precipitado el suceso. Dudley desestimó el caso.

—Ahí os quedáis, muchachos. El Dudster estará a vuestro lado en el espíritu de la justicia imparcial.

Blanchard roncaba. El cubículo de Dudley era pequeño. Se oía el eco. Jack Webb, apoyado junto al teletipo, se hurgaba la nariz.

Dudley escribió una carta a Beth Short. «Aplicáte con más disciplina en tus estudios, mi extraordinaria hija. Trae a ese amigo ciego tuyo, Tommy Gilfoyle, cuando vengas a finales de este mes. Te mandaré otro billete de avión. Quiero ver cómo le describes una película, ese magnífico truco tuyo».

Seguía aún bajo los efectos de las benzedrinas. Un chico de los Hop Sing montaba guardia junto al vertido de cal y el violador borboteante. Envió rosas rojas a las cuatro mujeres violadas. Adjuntó un tierno saludo.

Blanchard roncaba. El muchacho era un cornudo permanente. Los rumores reverberaban.

Dudley cogió el *Screen World*. Las hojas estaban manoseadas. Había leído el artículo sobre Bette Davis un billón de veces. El papel estaba hecho jirones. La cara de Bette tenía un manchurrón de tinta.

Harry Cohn encontraba a Bette distante. Ella se negaba a dejar la Warner para pasarse a Columbia. Harry dijo:

—No lo entiendo, Dud. Esa mujer debe de ser antisemita.

—Todas las buenas mujeres lo son —afirmó Dudley—. Pero ¿no sois judíos *todos* los magnates del cine?

Harry soltó una carcajada. Harry era un hombre blanco honorario. Llevaba Columbia con el puño prieto. La doctora especialista en raspados de los estudios era una lesbi llamada Ruth Mildred Cressmeyer. Ruthie era propietaria de un antro de esclavas tortilleras, que regentaba a medias con Dot Rothstein, celadora de la Oficina

del Sheriff. Ruthie la pifió en un raspado a la nena negra de Bill McPherson y perdió su licencia para ejercer la medicina. El hijo de Ruthie, Huey, organizaba atracos y asistía a reuniones de la Federación Germano-Americana. Huey era informante de Dudley. Huey esnifaba pegamento. Huey era un psicópata extraordinario.

Sonó su teléfono. Brilló el botón rojo: el teniente Thad Brown.

Descolgó.

—¿Sí, Thad?

—Necesito un favor. No tiene mayor importancia, pero Blanchard y usted son los únicos hombres de que dispongo.

—Cuenta con ello.

—Hemos recibido una queja por exceso de ruido en una fiesta en Highland Park: avenida Cuarenta y cinco, 2108. La comisaría del barrio está desbordada, y la Central anda escasa de efectivos. Ese caos en el tráfico provocado por el ejército tiene ocupado a medio turno de noche.

Dudley anotó la dirección. La comunicación de Brown se cortó con una ráfaga de interferencia estática. La Bella Durmiente se removió.

—Arriba con alegría, muchacho. Tenemos trabajo.

Blanchard se frotó los ojos. Dudley le dio un café. Blanchard bostezó como un perro.

Dormía con la chaqueta del traje puesta. Necesitaba un afeitado. Era un insatisfecho crónico. En el 39 dio un osado golpe y rescató a una doncella de moral dudosa. Desde entonces no había hecho una mierda.

Dudley cogió su pistolera. Guio a Blanchard a través de la sala y lo observó mientras se quitaba las telarañas. Bajaron en ascensor al garaje y cogieron un modelo K. Tomaron por Main, en sentido norte.

El reloj del salpicadero marcaba las 23.41. Blanchard *bosteeezó* y abrió la entrada de aire de su lado.

—Benny no tardará en salir.

—Sí, muchacho, lo sé.

—Seguramente montará una fiesta.

—Se ha librado de la cámara de gas. Esa es una hazaña digna de celebrarse.

Blanchard encendió un pitillo.

—Se ha librado, sí, gracias a nosotros.

—No me obligues a tirarte de la lengua, muchacho. Completa el pensamiento que deseas expresar.

Blanchard se estremeció.

—Todavía veo su cara. La del canario, quiero decir. A veces tengo pesadillas.

Dudley bajó el cristal de la ventanilla. El aire fresco avivaba el efecto de la benzedrina.

—Tranquilo, muchacho. Mejor será que reserves tus remordimientos para quienes los merecen.

Blanchard tragó saliva y tiró la colilla. Dudley tomó por Broadway a través de Chinatown. Evitaron la autovía y tomaron por Figueroa en sentido norte. Reminiscencias del pasado: el instituto Nightingale.

Primavera del 38. Un maniaco sexual retiene como rehén a la profesora de gimnasia de las chicas. El maniaco la obliga a desnudarse en las duchas. Él entra sigilosamente y le vuela los sesos al maniaco. Envía flores a la rehén todas las navidades.

Atravesaron Mextown. Los noctámbulos jugaban a los dados delante de las cantinas. Atajaron por la avenida Cuarenta y cinco. Los cholos se esfumaron. Allí la calle era blanca y limpia.

Casas con armazón de madera, vistas de la autovía, un refugio de blancos. Esa fiesta ruidosa: más adelante, a la derecha.

En la casa todas las luces estaban encendidas. La música sonaba a todo volumen. Infantes de Marina e integrantes de la sección femenina de la Armada pegaban la hebra en el porche. Un suboficial servía ponche de una sopera. Los soldados agitaban banderines estadounidenses ensartados en palos.

Dudley aparcó. Blanchard se bajó y se desperezó.

—La poli —avisó alguien.

Alguien apagó la música.

Blanchard se acercó al porche. La jarana se interrumpió. Blanchard puso cara de «Chsss». Se oyeron risas nerviosas alrededor.

Un infante dijo:

—Yo a usted lo vi pelear contra un charol en Tijuana.

Blanchard saludó con una inclinación de cabeza. Una soldado le ofreció ponche. Blanchard lo despachó en un par de tragos y puso cara de «¡Uau!». En algún sitio las campanas de una iglesia dieron las doce de la noche.

Dudley se apeó del coche. Se desvaneció el eco de las campanadas. Le pareció oír algo.

Era un sonido débil y agudo. No era un ruido callejero procedente de Figueroa.

Blanchard cautivó a los palurdos. La soldado le rellenó la taza. Ese ruido penetrante. Como una superposición de violines.

Situémoslo: una casa a la derecha. Una construcción con armazón de madera. Cuidada. Dos plantas, porche cubierto. Sacó la linterna y se acercó. Unas siluetas cruzaron el porche.

Coyotes. Bestias de voz aguda.

Blanchard volvió haciendo eses hacia el coche. Dudley atravesó el jardín e iluminó el porche con la linterna. Los coyotes lamían el resquicio de la puerta.

La luz los espantó. Se dispersaron. Tenían el hocico teñido de un color rojo brillante.

Consultó su reloj. Eran las 00.02. Blanchard lo vio y se aproximó. Dudley subió al porche.

Alumbró el resquicio. En efecto: sangre.

Salía por el resquicio. *Sangre* semicoagulada.

Blanchard accedió al porche de un salto. Despedía un tufo a ron barato. Dudley puso cara de «Chsss». Blanchard siguió con la mirada el haz de la linterna y le entró desazón.

Dudley sacó la pipa.

—Echa abajo la puerta. Ojo dónde pisas.

Blanchard eligió el punto menos sólido, a la altura de media jamba. Bastó una embestida para hacer saltar el cerrojo. La puerta se abrió de par en par. Salió una bocanada de hedor.

Un despliegue de sangre y carne.

—Entra, muchacho. Arrímate a la pared y busca un interruptor. Usa el pañuelo. Ojo dónde pisas, y no toques nada.

Blanchard se tapó la nariz y entró. Hábil como era, se pegó a la pared y avanzó de lado. La habitación de la entrada presentaba la oscuridad de plena noche. Blanchard pisó madera noble.

Luz.

Un plafón, bombillas potentes, una luz blanca que iluminó lo siguiente:

Un salón. Una alfombra persa de pared a pared. Empapada de sangre, *inmersa* en sangre. Sangre de cuatro infieles muertos. Una familia amarilla: papá, mamá, hija, hijo.

—Japos —dijo Blanchard.

Estaban en posición supina. Estaban eviscerados. Estaban totalmente destripados. Sus vísceras desparramadas por el suelo. Yacían los cuatro al través. Parecían haber sido colocados en esa *posición*. Cuatro espadas impregnadas de sangre yacían junto a ellos.

Hojas largas y curvas. Gruesas empuñaduras de cuero. Espadas tradicionales japonesas.

Blanchard salió tambaleante. Dudley lo oyó vomitar, se arrimó a la pared y circundó el salón. Observó a los japos.

El papá rondaba los cincuenta y se mantenía en forma. Bronceado, manos recias: japo de extracción campesina. La mamá, regordeta, era de la misma edad que el papá. El hijo tenía unos veintidós o veintitrés años. Era musculoso. Llevaba un insolente corte de pelo a lo hispano. La chica era esbelta, de unos dieciséis años.

Tradición japonesa. Seppuku, harakiri, suicidio ritual. El deshonor impone la autoaniquilación.

Blanchard asomó a la puerta. Le temblaban las rodillas. Una música movida empezó a sonar en la casa contigua.

—Avisa a la Unidad Central y al laboratorio —ordenó Dudley—. Informa al teniente Brown de lo que hemos encontrado y deja un mensaje al jefe Horrall para que actúe a su discreción. Haz venir a Ray Pinker, y pídele que traiga al joven y

brillante doctor Ashida.

Blanchard habló a través del pañuelo.

—¿Y si peinamos el vecindario? O sea, si preguntamos de puerta en puerta.

—No viene al caso, muchacho. Diría que se trata de un suicidio. Pídele a Pinker que llame al depósito de cadáveres y avise a Nort Layman. Tiene mucho ojo para determinar la causa de la muerte.

—¿Y la comprobación de antecedentes? ¿Se ocupará usted?

Dudley se sentó en cuclillas en la estrecha franja de suelo desnudo.

—No son criminales en el sentido clásico de la palabra. Con los infieles trastornados que aparentemente se adhieren a las leyes del hombre blanco no se hace «comprobación de antecedentes». Coge al dueño de la casa de al lado y averigua qué sabe. Llama al empleado de guardia del Registro de la Propiedad. Averigua quién es el dueño de esta casa y cuánto hace que la tienen los japos en alquiler o propiedad.

Blanchard se marchó. Dudley sacó el bloc y la pluma.

Dibujó el salón. Midió a ojo la alfombra y las franjas de suelo desnudo. Dibujó un sofá y dos sillones. Las patas estaban impregnadas de sangre hasta la mitad de su altura. Calculó unos cinco centímetros.

Decoración de las paredes:

Fotos en sepia de japos muertos hacía mucho tiempo y un mapa de Japón enmarcado. Una apariencia de cordura en la vida familiar.

Un comedor lindaba con el salón. Dudley dibujó la mesa, las ventanas y las sillas. La sangre derramada no llegaba por poco al comedor. La alfombra del salón la había absorbido toda.

Tenían las bocas abiertas. Murieron intentando tomar aire. Se colocaron ellos mismos en esa posición, uno al lado del otro.

Tendió la mano e hincó el dedo en el brazo del papá. Estaba rígido. El rígor mortis ya se había iniciado.

Entró en la cocina. Estaba toda alicatada de blanco.

Los platos se hallaban amontonados en un escurridor. Comida japonesa en la nevera. Verdura, arroz, anguilas y calamares.

Dudley dibujó la cocina y el lavadero. Suelo de linóleo, lavadora, tendedero interior. Ropa húmeda colgada de las cuerdas. *¿Por qué hacer la colada el día que uno se suicida?*

Subió por la escalera y se detuvo en el pasillo del piso de arriba. Dos habitaciones, a la izquierda. Una habitación, a la derecha. En las paredes, retratos de japoneses muertos hacía mucho tiempo.

Entró en la habitación de la izquierda más cercana. Era la de la chica. Era puramente femenina al estilo *japonés*.

La chica dormía en una esterilla de bambú. La chica tenía una maceta con un bonsái en su mesa. Tenía peluches de ojos oblicuos. Sus armarios contenían kimonos y la indumentaria normal de una estudiante.

La puerta que comunicaba con la habitación contigua estaba asegurada con un candado. Eso le chocó. Salió al pasillo para ir a la habitación contigua. Era puramente masculina al estilo *japonés*.

El chico muerto ofrecía cierto aspecto de rebeldía. Lucía ese corte de pelo a lo hispano. Pongamos: la chica cerraba con candado la puerta entre las dos habitaciones para que él *no* entrara.

Las puertas del pasillo tenían cerradura. Dos cerrojos significaban que ella podía encerrarse *dentro*.

La habitación del chico: rebeldía, y algo más.

Dos palos de golf apoyados en un rincón. Un banderín del instituto Franklin por encima de la cama. Cómicos desperdigados. Observemos los espías nazis en las portadas.

Una jarra junto a la cama. Emanaba un tufillo a meados.

Las habitaciones de la señorita y el señorito no tenían váter. No estaba garantizada la intimidad de quienes allí cohabitaban.

Dudley registró el armario y la cómoda. Se reveló lo siguiente:

Ropa masculina inocua. Un jersey con la inicial del Franklin. Cuatro trajes a la última moda. Más cómicos. Dos navajas plegables. Revistas de chicas desnudas y suspensorios forrados.

Examinó los suspensorios. Constituían el forro banderines japoneses y ropa interior femenina. Se correspondía con la ropa interior de la hermanita.

Quedaba una habitación: el dormitorio de los papás.

Entró. Echó un vistazo al baño. Vio cuatro cepillos de dientes en un soporte. Por encima del lavabo, en una repisa, vio brillantina de la que usaban los pachucos.

Echó un vistazo al dormitorio. Vio un papel pegado con cinta adhesiva a la pared.

Dos líneas. Caracteres japoneses. La evidente nota de suicidio.

El armario estaba hasta los topes. La mamá llevaba kimonos. El papá prefería los petos y la indumentaria propia de un caudillo japo. Había una cómoda encajada en el armario. Dudley abrió el cajón superior.

Observemos: fajos de yenes japoneses y marcos alemanes. Observemos: un panfleto titulado «El opresor de Los Ángeles».

Dudley lo hojeó: ocho páginas. Era una sarta de idioteces polémicas. El «señor Autor Anónimo» arremetía contra el furor antijaponés. Achacaba la culpa a «fakkkcciones kkkorruptas de la maquinaria política de Los Ángeles». Al servicio de la causa: «polis kkkorruptos del Departamento de Policía y la Oficina del Sheriff». Vapuleaban al alcalde Fletch Bowron. El *sheriff* Gene Biscailuz recibía un buen varapalo. El exjefe Jim Davis y el jefe C. B. «Jack» Horrall se llevaban la peor parte. El autor despotricaba contra los judíos, los ingleses y los chinos.

Entró Blanchard, con el bloc y una Lucky Lager en mano. Abajo ya había metido la pata. Tenía los zapatos manchados de sangre.

—La familia se apellida Watanabe. El papá se llama Ryoshi. La mamá se llama

Aya, y los hijos se llaman Nancy y John. La casa está a nombre del papá. Tiene una explotación agrícola en el Valle, igual que todos los japos que no se dedican a la venta ambulante de baratijas o tienen un pesquero en San Pedro. El vecino de al lado dice que son japos decentes que se mantienen a distancia de los blancos y llevan una vida reservada, y supuestamente son los únicos japos de Highland Park.

Fuera se oyeron portazos. Dudley fue a la habitación de Johnny y miró por la ventana. Los pasajeros de dos coches: Ray Pinker, Nort Layman. El joven Ashida y el teniente Thad Brown.

Corrieron hacia la casa. De abajo llegó un atronador «Joder». Entró Blanchard, el muy aprensivo. Toqueteó los cómics de Johnny. Eructó la Lucky Lager.

Dudley le quitó la botella.

—Vete abajo y haz subir al japo. Mueve el culo, Leland.

Blanchard salió pitando. Dudley entró en la habitación de los papás. Dudley observó la nota:

いま迫り来たる災厄は われらの招きたるものに非ず
われらは善き市民であり かかる事態を知る身に非ざれば

Entró el japo. Era la 1.30. Iba acicalado y tenía los ojos muy despiertos.

—¿Sabe leer en japonés, doctor Ashida?

—Sí, sargento.

Dudley le señaló la nota. Ashida la observó.

—«El inminente apocalipsis no es obra nuestra. Hemos sido buenos ciudadanos y no sabíamos que se avecinaba esto».

7 de diciembre de 1941

1.31 horas

—Una nota de suicidio, seguramente —dijo Dudley Smith.

—Sí, es muy probable.

—¿Es usted *nisei*, doctor Ashida?

—Sí, sargento.

—¿Tiene usted algún conocimiento derivado de su extracción cultural que pueda servir para ilustrarme a este respecto?

Había algo en la posición de los cuerpos que resultaba anómalo. La casa se veía demasiado ordenada. A menudo el caos doméstico precipitaba el seppuku. Debería haber más desorden.

—La nota, más que reconocer la deshonra o la vergüenza, la justifica —dijo Ashida—. El «inminente apocalipsis» es ambiguo. En los suicidios en grupo japoneses, las notas suelen ser más concretas y poner de relieve el concepto de recuperación de la honra.

Dudley Smith sonrió. Era alto y estaba en forma. Tenía los ojos castaños y pequeños. Su sedoso acento irlandés seducía a los sospechosos. A eso seguía la cámara de gas.

—Agradezco sus comentarios. Tengo la intención de quedarme en esta habitación y reflexionar sobre ello mientras usted presta sus servicios abajo.

Ashida inclinó la cabeza y se dirigió a la escalera. Percibió el hedor: efluvios de fluidos viscerales en el aire estancado. Bajó al salón. Blanchard y Brown se mantenían a cierta distancia de la alfombra. Pusieron cara de «Aagh» y encendieron sendos pitillos.

Ray Pinker fotografió los cadáveres. Nort Layman examinó los cadáveres. Calzaba unas botas de goma que le llegaban a las rodillas. Iba bien preparado para la podredumbre líquida.

—La chica me gusta —comentó Blanchard—. Si estuviese vivita y coleando, le echaría un clavo.

—Puede que esto vaya para largo —dijo Brown—. ¿Crees que Ace Kwan podría mandarnos algo de manduca?

—Los Hop Sing y las Cuatro Familias andan otra vez a la greña —contestó Blanchard—. Ace bastante ocupado está ya.

—Dudley tiene tratos con Ace —dijo Brown—. Él nos conseguirá algo para jalar.

—No le diga a Ace que tenemos aquí a unos japos muertos. Los japos y los chinos mantienen una enemistad histórica.

Dos empleados del depósito de cadáveres entraron cargados de cubiletes para muestras de sangre. Layman anotó la hora y la fecha en etiquetas adhesivas. Los hombres del depósito llevaban guantes de goma y portaban paletas metálicas. Layman señaló a los fiambres.

—Despejen el camino alrededor. Sellen los cubiletes con cinta. Conserve la sangre en frío, para que yo pueda echar un vistazo a las células.

Los hombres del depósito se pusieron manos a la obra. Recogieron cuajarones de sangre y los envasaron de cualquier manera. Layman les lanzó otros cuatro cubiletes. La sangre estaba ya totalmente cuajada. Se desprendía semiseca.

Un hombre abrió un camino hacia Ryoshi Watanabe. Un hombre abrió un camino hacia Johnny. Llenaron seis cubiletes de sangre. Se ensartaron los cubiletes en los brazos por las asas y, cargando con ellos, abandonaron la alfombra.

—Joder —exclamó Blanchard.

Layman se acercó a los cadáveres. Cogió las espadas. Las dejó en la alfombra. Dio la vuelta a los cadáveres y les bajó los pantalones, las faldas y la ropa interior. Pinker le lanzó cuatro termómetros unidos por una goma elástica. Layman los insertó en los rectos y cronometró los segundos con su reloj de pulsera.

Ashida los cronometró con su propio reloj. Layman retiró los termómetros y miró las temperaturas. Hizo una seña a los hombres del depósito: «Ya podéis ir». Se largaron a su coche fúnebre a toda prisa.

Layman tosió.

—Calculo que llevan muertos unas diez horas. Como están destripados, la comida de los intestinos podría haberse dispersado parcialmente entre la sangre, sobre la alfombra. Si consigo determinar la fase de la digestión, podré precisar más la hora de la muerte.

Los hombres del depósito entraron cuatro camillas metálicas con ruedas. Tenían los bordes manchados de sangre. Pinker, de pie junto a los cadáveres, sacó fotos de los cuerpos en posición prona.

—Es un suicidio —dictaminó Brown—. He hablado con el jefe. Ha dicho que despachemos el asunto y lo aparquemos.

Entró Dudley Smith.

—Me inclino a pensar que es un suicidio, pero ya lo determinaremos a su debido tiempo.

Los hombres del depósito se apoyaron en las camillas. Con una seña, Layman les indicó: «Adelante». Trabajaron en cadena. El hombre más cercano a los fiambres los levantaba. El otro hombre los agarraba y los balanceaba. Layman los extendía en las camillas, boca arriba.

Ashida observó. Ashida tragó saliva y habló.

—La práctica del *seppuku* conlleva una comida ritual poco antes del

destripamiento. El doctor Layman debería poder determinar la cantidad de comida presente en el aparato digestivo.

Layman se echó a reír.

—Este chico me cae bien. Podría llamarme «Nort», pero me llama «doctor».

Pinker se echó a reír.

—Él también es doctor. Nada menos que por Stanford.

Blanchard hizo un gesto masturbatorio. Dudley Smith guiñó un ojo a Ashida.

Este sintió agitación. Le flojearon las piernas. Ocho hombres blancos lo miraban.

Se acercó a las camillas. Se calzó unos guantes de goma. Los hombres del depósito lo miraron como preguntando: «¿Quién es este tipejo?».

Ashida dio la vuelta a Ryoshi. Sí: intuición confirmada. Ashida dio la vuelta a Johnny. Sí: otra vez. Ashida dio la vuelta a Aya y a Nancy. Sí: otra vez, otra vez.

Tenía la palabra. Lo miraban atentamente ocho hombres blancos.

—Vemos marcas de vacilación justo por debajo de las incisiones de entrada. No es de extrañar, dada la enormidad del acto. Lo anómalo es la similitud de las marcas, dado que presuntamente las cuatro personas se evisceraron ellas mismas. En los casos de *seppuku*, las marcas de vacilación suelen ser incisiones rectas y descendentes. En estos cuatro casos, los desgarrones se desplazan lateralmente, como si estas personas forcejearan o se resistieran al impulso de matarse, de un modo que no refleja mediante pruebas ninguna publicación criminológica.

Pinker y Layman se acercaron. Ashida señaló las marcas en Nancy y Johnny. Layman apartó escamas de sangre. Pinker dejó escapar un silbido.

—El chico tiene razón —dijo Layman.

—Detecto algo anómalo en la posición de los cuerpos. He visto fotos de *seppuku* en grupo en manuales japoneses. Invariablemente, los miembros de una misma familia intentan abrazarse entre sí mientras mueren, a pesar de que su intención original era quedarse uno al lado del otro. Los cadáveres siempre aparecen amontonados.

Dudley Smith encendió un pitillo.

—Digamos que atribuimos las marcas de vacilación al papá. Temía que su mujer y sus hijos flaquearan en el último momento y fueran incapaces de hundir la hoja. Él les guio la mano, los mató, dispuso los cadáveres y se mató él. Vaciló él mismo porque el acto de matar a su familia lo había alterado.

—Sí, es verosímil —contestó Ashida.

Brown se encogió de hombros.

—Estamos ahondando más de la cuenta. Ha sido un suicidio, por Dios.

Blanchard soltó una carcajada.

—Esto vale un artículo de última página en el *Mirror*: «Japos muertos en Highland Park. El Emperador llora».

Dudley Smith terció:

—Pídele disculpas al doctor Ashida, Leland. Basta con que digas: «Lo siento,

señor».

Blanchard se miró los zapatos.

—Lo siento, señor —dijo Blanchard.

Ashida se miró los zapatos. Layman sacó una petaca. Pinker la aceptó, echó un trago y la hizo circular. A Ashida le llegaron los posos.

Uno de los hombres del depósito se rio. Brown se rio. Ashida se rio. Dudley señaló las espadas y los fiambres.

—Les tomaremos las huellas y llevaremos a cabo comparaciones. Necesitamos establecer qué mano tocó qué arma.

Pinker movió la cabeza en un gesto de negación.

—Las empuñaduras son de cuero rugoso. Ese material no retiene las huellas.

—Espolvoreen las hojas —dijo Layman—. Quizá encontremos algo.

Ashida abrió su estuche de pruebas. Encima: polvo dactilográfico, tinta dactilográfica, pincel dactilográfico, tarjetas dactilográficas.

Dejó el estuche en la camilla de Ryoshi. Examinó los cuatro pares de manos. Los cadáveres presentaban ya rígor mortis. Tenían los dedos contraídos. Así posiblemente sería difícil hacer rotar el dedo para estampar las huellas.

Pinker abrió su propio estuche. Layman cogió las espadas. Dudley se acercó y se situó junto a Ashida. Cruzaron una mirada. Pareció telepática.

Ashida agarró la muñeca izquierda de Ryoshi. Dudley dobló los dedos y los partió. Los huesos se troncharon con un chasquido audible. Ashida consiguió una superficie de impresión estable.

—Joder —dijo Blanchard.

—Ahora no te me andes con remilgos, hijo —intervino Brown.

Ashida entintó los cinco dedos. Ashida hizo rotar las yemas en una tarjeta dactilográfica y consiguió una estampación perfecta.

—Madre mía —dijo Blanchard.

Pinker y Layman se ocuparon de las espadas. Dudley rompió los dedos de la mano derecha a Ryoshi. Ashida los entintó, los hizo rotar y consiguió una estampación perfecta.

En el salón subió la temperatura. Ashida empezó a sudar. Dudley partió los dedos a Aya. Dudley partió los dedos a Johnny y a Nancy. Los huesos se troncharon con un chasquido. Las astillas traspasaron la piel.

Ashida entintó los dedos. Ashida hizo rotar los dedos. Ashida consiguió una estampación perfecta. Dudley le guiñó un ojo. Ashida sintió su propio rubor.

Pinker y Layman sostenían en alto las espadas. Estaban espolvoreadas, desde la empuñadura hasta la punta. Pinker dijo:

—No hay huellas latentes. Solo manchas borrosas y huellas de guante de piel suave.

Blanchard dejó escapar un silbido.

—Joder, es un homicidio.

—No necesariamente —dijo Brown.

—Alguien podría haber tocado las hojas con unos guantes puestos —apuntó Pinker.

—Revuelve la casa, Leland —ordenó Dudley—. Buscamos unos guantes de piel suave. No guantes de trabajo de piel tosca ni guantes de mujer. Ahora partimos de supuestos.

Blanchard salió pitando. Brown sacó una petaca. Layman la aceptó, echó un trago y la hizo circular. Dudley se la entregó a Ashida. Este echó un trago. El alcohol desencadenó la inspiración.

—Existe una tradición samurái conocida como «suicidio cómplice». Los patriarcas deshonrados emplazaban a amigos íntimos o sacerdotes sintoístas para ayudarlos a matarse ellos y a matar a sus familias. Eran quienes en realidad hundían la hoja.

—Está pensando que eso explicaría las marcas de vacilación y la posición de los cadáveres —dijo Brown.

—Sí, pero falta un detalle. El cómplice siempre deja retratos de la familia junto a los cuerpos.

Brown cabeceó.

—¿Qué hago yo aquí? Soy un policía de alto rango.

Layman cabeceó.

—Con lo revuelto que está el mundo ahora, nada necesitamos menos que un homicidio de japos.

Dudley sonrió a Ashida.

—Como aislacionista a ultranza, debo coincidir.

Arriba resonaron unas fuertes pisadas. A continuación se oyeron rozamientos.

—¡No hay guantes de piel! —informó Blanchard a voz en cuello—. ¡He encontrado guantes de tela, eso es todo!

Ashida notó los efectos del alcohol. El salón estaba atestado. Hombres blancos con el aliento cargado. Humo de tabaco. Cuatro japoneses muertos.

—Una cosa más. Los cuatro miembros de la familia vestían prendas de lana suave de cintura para arriba. Si el señor Watanabe prestó ayuda en los suicidios de los otros tres, tuvo que situarse detrás de ellos para empuñar las espadas, y por tanto tal vez dejara fibras de tela distinta en la parte posterior de los otros. Una *quinta* persona, un cómplice en el suicidio o un homicida, podría haber dejado fibras de tela distinta en las cuatro personas, incluido el señor Watanabe.

Se sucedieron gestos de asentimiento. Sí, lo captamos... *pero*.

Pinker lanzó una linterna a Ashida. Alineó las camillas y colocó a los fiambres de costado. Los hombres del depósito retrocedieron. Ashida se puso a ello con las dos manos ocupadas: linterna y lupa.

Empezó por Nancy. Esta vestía una blusa fina de lana con copos de nieve bordados. Ahora de cerca. Sí, ahí: fibras de una tela distinta, más claras. Ásperas,

teñidas de un color vivo. Sí: lana de Shetland malva.

A continuación pasó a Aya. Su blusa era de una mezcla de algodón y lana. Ahora de cerca. Sí: fibras idénticas, en la parte superior de la espalda.

Ashida sudaba copiosamente. Se secó las manos en la chaqueta del traje y volvió a empuñar sus herramientas. Johnny vestía una camisa de franela. Ahora de cerca. Sí: fibras de lana de Shetland malva, con florituras.

Ryoshi vestía una chaqueta de punto fina. Ahora de cerca: confirma o refuta la tesis...

Sí. Fibras de lana de Shetland de color malva, por toda la espalda.

Ashida se enjugó la cara.

—Hay fibras idénticas en los cuatro. Son fibras de un jersey muy corriente, así que la conclusión está clara: es lana de Shetland teñida de malva.

Entró Blanchard. Se lo veía más contento que unas pascuas. Se había llenado los bolsillos de cómics.

Dudley lo cogió por banda.

—Revuelve otra vez la casa, muchacho. Busca prendas de lana de Shetland de color malva. El malva es un tono morado claro, por si las dudas.

Blanchard se dio media vuelta.

—Quiero fotografías —dijo Dudley—. Creen una perspectiva de toda la casa. Veamos si hemos pasado algo por alto.

Pinker revolvió en su estuche. Sacó *flashes* y película. Ashida revolvió en su estuche. Sacó unas pinzas y un sobre. Escribió en la solapa: «Watanabe/Avenida 45, 2.17 horas, 7/12/41».

Pinker tomó fotografías posteriores. Sacó primeros planos de las fibras, en los cuatro cadáveres. Brown y Layman salieron al porche y encendieron sendos pitillos.

Ashida desprendió las fibras con las pinzas y las metió en el sobre. Blanchard trajinaba ruidosamente en el piso de arriba.

—¡He buscado en todos los cajones y armarios! —informó a voz en cuello—. ¡No hay nada que se le parezca!

Dudley observó trabajar a Ashida. Ashida extraía fibras con las pinzas. Las repartió en cuatro sobres. Pinker blandió su cámara. Significaba: «Marchando». Ashida cogió su estuche de pruebas.

Tanda de fotos.

Pinker tomó las instantáneas. Ashida cargaba con la película y los *flashes*. Actuaban deprisa. Dudley los seguía. Disparaban, recargaban, disparaban. Los *flashes* usados le quemaban las manos a Ashida. Los echaba al interior de su estuche.

Tanda de fotos.

Salón, comedor, cocina. Una galería de servicio y ropa húmeda en un tendedero.

El detalle mosqueó a Ashida. *¿Por qué hacer la colada en un día como este? ¿Descarta ese detalle el seppuku en buena lógica?*

Tanda de fotos.

De allí fueron al pasillo. Foto del suelo, foto de la pared, foto del techo...

Ashida bajó la mirada. Pinker alzó la mirada. Advirtieron limaduras de metal en el suelo. Advirtieron un pequeño orificio, justo encima de ellos.

—*El suelo* —dijo Ashida.

—*El techo* —dijo Pinker.

Dudley lo vio. Miró arriba y abajo.

—Eso me resulta interesante —comentó.

Ashida se acuclilló junto a las limaduras. Tenían que ser el fileteado residual de un silenciador. Se parecían a las limaduras del atraco a la farmacia.

—Sargento, ¿ha leído mi informe sobre el 211 en la farmacia?

—Sí, doctor. La exposición era brillante y abundaba en hipótesis. Según usted, es posible que el malhechor que rozó el expositor de libros no fuera el policía militar violador.

Ashida asintió. Recogió las limaduras y las metió en un sobre. Escribió en la solapa: «Watanabe / Avenida 45, 2.42 horas, 7-12-41». Pinker señaló el techo. El orificio tenía el diámetro de una *bala*.

Dudley puso cara de «Ustedes primero». Subieron a toda prisa por la escalera. Cubría el pasillo una alfombra alargada. Dudley la cogió por el ángulo más cercano y tiró. La alfombra voló.

Dudley la echó a un lado. Ahí, en una tabla del suelo: dos fragmentos de bala.

Ashida fue el primero en llegar. Se arrodilló muy cerca. Aproximó su lupa.

Los fragmentos concordaban con los fragmentos de la farmacia. Se correspondían con total o casi total seguridad. No era una coincidencia.

Pinker se arrodilló muy cerca.

—Es una Luger equipada con recogecasquillos. He leído tu último informe, Hideo. Sé que has vuelto a verificarlo en el laboratorio. Solo hay una discrepancia. Esta bala tenía que proceder de un lote de munición distinto. Podría aplastar estos fragmentos con la mano.

Dudley se arrodilló muy cerca. Cogió los fragmentos y los aplastó. Metal en polvo se escurrió entre sus dedos.

Bajó. Pinker se quedó boquiabierto. Ashida *creyó* entenderlo. Le trajo a la memoria su conversación con Buzz Meeks. Le trajo a la memoria la luz verde en el caso del violador del ejército.

Pinker permaneció boquiabierto. Ashida bajó. Oyó voces en la cocina. Se arrimó a la pared del pasillo.

—Quizá sea nuestro asesino, quizá no —dijo Brown—. *Probablemente* lo único que tenemos es el mismo hombre con un arma de fuego que *probablemente* es la misma en dos ubicaciones distintas en el mismo día. Quizá es un violador, quizá no. No nos consta que fuera él quien dejó esas fibras en la farmacia. Sí, eran fibras del brazalete de un policía militar, pero ¿y qué? Si piensan que nos hallamos ante una acumulación de delitos, violación / robo / homicidio, es muy posible que tengan

ustedes razón... pero, desde luego, también pueden estar metiendo la pata hasta el cuello.

—No puede ser una acumulación de delitos —dijo Dudley—. Nort Layman nunca la caga con la hora aproximada de la muerte.

—Póngame al corriente de la situación a grandes rasgos, Dud —dijo Brown.

—Identifiqué al violador a partir de una foto de archivo —respondió Dudley—. Jack Horrall me dio luz verde. Mis chicos y yo matamos a ese hombre ayer a las tres y media de la tarde. Él no podría haber matado a los japos.

Ashida se estremeció. Se desencadenó otra inspiración. Introducción a las Ciencias Forenses: «Las intuiciones sí formarán un todo coherente».

Deutsches Haus, calle Quince Oeste. Ese informe de la Brigada Antisubversión. Es un lugar de reunión de pronazis. Presuntamente trafican con Lugers y silenciadores.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / DOMINGO, 7 DE DICIEMBRE DE 1941

3.07 horas

«... y Llámame Jack tiene un arreglo permanente con Brenda. El Departamento de Policía dispone de un salón privado en el Myke Lyman's Grill, donde los mandos se esconden de sus mujeres y reciben a gachís. Brenda envía a una chica, una vez por semana. Se la mama a Jack mientras él habla por teléfono con Gene Biscailuz. Tratan de traslados de presos de una cárcel a otra, de quién se responsabilizará del destacamento que acompañe el convoy cuando Roosevelt pase por la ciudad, todas esas gilipolleces. Escucha esto: otra de las chicas de Brenda se la mama al *sheriff*, simultáneamente. En todo esto hay un mensaje, pero no sé hasta qué punto deseo saber cuál es».

Bajé la palanca y prescindí del resto de la conversación. El dispositivo es el no va más. Un alambre fino pasa por dos bobinas en un aparato poco más o menos del tamaño de un gramófono pequeño. Las palancas desplazan el alambre centímetro a centímetro de uno a otro lado; llevo puestos unos auriculares que contienen el sonido. La anterior conversación es un ejemplo representativo de las que he estado oyendo desde la una de la madrugada. Estoy sola en un cuarto del servicio de limpieza, en un pasillo vacío e inaccesible dos plantas por encima de la Unidad Central de Investigación. Es un espacio reducido, de unos tres por tres metros. Tengo una mesa, una silla, un cenicero, un paquete de tabaco y un termo con café que me ha proporcionado el capitán William H. Parker. Tengo solo una muy vaga idea de por qué estoy aquí.

Se me ha asignado un «secreto a voces». Supuestamente hay docenas de estos «puestos de escucha» repartidos por todos los pasillos cerrados y rara vez utilizados del edificio municipal. La práctica de pinchar teléfonos se inició bajo el reinado de Jim Davis. Los policías pinchan teléfonos para averiguar qué piensan o traman otros policías. Los micrófonos graban llamadas telefónicas internas aquí en el edificio municipal, y llamadas a la fiscalía, en el Palacio de Justicia, a tres manzanas de aquí. Los policías supervisan las llamadas una vez por semana y elaboran registros en clave de las llamadas entrantes y salientes. Hay una montaña de dichos registros en el suelo junto a mi escritorio; las estanterías contienen cajas de grabaciones que se corresponden con los números en clave asignados a las llamadas en los registros. Es

una práctica de una arrogancia y una irresponsabilidad asombrosas, perpetrada por hombres de una arrogancia y una irresponsabilidad asombrosas. ¿Cómo sabía el capitán William H. Parker que yo estaría aquí como pez en el agua?

La conversación anterior lleva la etiqueta «DH116 a BF014», 12-6-39. Estoy segura de que significa «División de Homicidios a Brigada contra el Fraude». Tengo instrucciones del capitán Parker de identificar las conversaciones incriminatorias, consignar los números en clave y las fechas, y explicar resumidamente lo fundamental de lo que se ha dicho. Se sonrojó cuando le pregunté por qué eligió *este* puesto de escucha. Contestó que lo eligió porque los registros indicaban llamadas de las brigadas de Robos y Homicidios, así como de la Brigada Central Antivicio. La explicación me pareció poco sincera. El capitán Parker está tendiéndome una trampa. Quiere que haga algo que le sirva para fomentar sus devotas ideas de justicia y promover su carrera. Cree que oíré algo que me pondrá en sus manos. Hasta ese momento sabe que estaré entretenida.

Así pues, son las 3.32 y estoy desvelada. El capitán Parker me coló furtivamente en un montacargas, para asegurarse de que no me veían Lee ni nadie de la Unidad Central que me conociera. Lee probablemente duerme en el sofá de Dudley Smith. Yo estoy aquí, escuchando a escondidas charlas secretas de 1939.

Rebobiné la bobina, la guardé en su caja y cogí otra. Lleva la etiqueta «DA 214 a LPUCI 442», 6-10-39. Es una llamada fácil de identificar: División de Allanamientos a línea principal de la Unidad Central de Investigación.

El autor de la llamada entabló conversación con el receptor de la llamada. Es Bob Denhom, de Allanamientos. Llama a Jim Yardis, de la Unidad de Empeños. «Jim, tengo una pista sobre el abrigo de pieles de aquella judía».

«Cierta moreno» se fugó de Chino y pilló un coche en San Berdoo. Se dirigió a Los Ángeles y se marcó un 459 en una casa de South Gate. Dejó unas huellas bien claras, así que ya lo teníamos. Pusimos el coche en la lista de vehículos buscados. El moreno entró en una casa a un paso de Miracle Mile. Se llevó el abrigo de pieles de la judía y se la peló encima de su camión. Empeñó el abrigo en la zona centro y empezó a empinar el codo en un bar de travestis de South Main. Había una orden de busca contra él por robo de vehículo, fuga y un 459 con perversión. La acumulación de delitos exigía una «cacería del moreno». Dieron con él dos agentes de uniforme mientras inspeccionaban una taberna. El moreno salió por piernas. Los agentes liquidaron al «puto moreno».

La conversación prosiguió; la cronometré: diecisiete minutos y cuarenta y dos segundos. Los cotilleos sobre policías eran la nota dominante. Me enteré de qué polis se follaban a las mujeres de qué polis y oí especulaciones sobre la calidad del folleteo. Llámame Jack acabaría con la mierda hasta el cuello tarde o temprano; el teniente Thad Brown o el capitán Bill Parker ascenderían entonces al puesto de jefe. El agente Larry Linscott, alias «el Lagarto», poseía un pene de sesenta centímetros. El fiscal Bill McPherson se dormía en las reuniones del consistorio y disfrutaba de la

compañía de prostitutas negras.

Rebobiné el alambre, devolví la grabación a su sitio y cogí otra. No reconocí las letras en clave; la fecha era el 9-4-41. Acoplé el alambre al carrete vacío y accioné la palanca. Reconocí las voces de inmediato: Llámame Jack Horrall y el alcalde Fletch Bowron.

Hablaban de la agresión japonesa a las Filipinas. Bowron decía: «Vamos a entrar en guerra, Jack». Horrall decía: «Señor alcalde, tiene más razón que un santo. Yo me opongo a la intervención, pero eso cae de su peso».

Bowron decía: «Es todo este planteamiento sobre los japos lo que me preocupa. Los federales tienen una lista de detención kilométrica. Un coronel del Cuarto Mando de Interceptación me contó que el ejército tiene planes para el confinamiento a largo plazo de todo aquel mínimamente japo al que le echen el guante». Horrall decía: «Por lo que a mí se refiere, un japo es un japo. Son un clan, y nunca se sabe qué les ronda por la cabeza. Son... ¿Cómo se dice?».

Bowron decía: «¿Inescrutables?». Horrall decía: «Sí, eso. ¿Quiere saber mi opinión? Son todos quintacolumnistas. Todos respiran, beben y comen Quinta Columna, eso cuando no están comiendo anguilas cocidas». Bowron se echaba a reír y decía: «Véalo desde este punto de vista. Van a llegar a nuestras manos muchas propiedades confiscadas, y eso equivale a ingresos en concepto de alquileres si los japos siguen en chirona hasta el Armisticio. Los Ángeles es una meca del turismo; es lugar de paso de muchos militares, y todos necesitan alojamiento mientras están aquí».

Horrall imitaba el sonido de una caja registradora. Bowron decía: «Eso mismo pienso yo. Y no piense que quiero aprovecharme de la guerra, porque podemos ceder a los japos un diez por ciento o algo así mientras matan el tiempo. Me aseguraré de que nos les falte tabaco y chocolatinas».

Horrall chasqueaba la lengua y decía: «O anguilas asadas». Bowron se reía y le entraba un ataque de tos. Horrall decía: «Dudley Smith sería el hombre ideal para poner en práctica un asunto así. Es el más listo del Departamento». Bowron decía: «Yo me decantaría por Bill Parker. Es aún más listo, y tendría el buen criterio de verlo como un paso en su carrera hacia el cargo de jefe».

La grabación se enturbió a causa de la interferencia estática. Oí fragmentos: «¿Quién tiene el fondo de reptiles?», «¿Quién se queda con la gachí?», «¿Quién se alistará si entramos en esta guerra maquinada por los judíos?», «¿Padecerá el Departamento de Policía escasez de efectivos?», «¿Firmará FDR un proyecto de ley para tiempos de guerra?».

La grabación terminó; rebobiné el alambre y la dejé en su sitio. Quedaba una caja. Llevaba el número «3», en referencia a tres extensiones. Los rótulos indicaban: sección administrativa de la Unidad Central, Brigada Central Antivicio y División de Carteristas. Fecha: 14/8/39.

Acoplé el alambre de la nueva bobina al carrete vacío y accioné la palanca. Las

palabras iniciales eran confusas; se adivinaban acentos sureños. Intuí las voces antes de oírlas realmente. Intuí también la intención de William H. Parker.

Brenda Allen y Elmer Jackson eran de Mississippi. Llámame Jack permitía que Brenda utilizara los teléfonos de la sección administrativa. Lee jugaba a las cartas con un teniente de la División de Carteristas.

Lo supuse al instante; resultó ser verdad. *Fue emocionante*. El capitán William H. Parker sabía que lo sería.

Corría el mes de agosto del año 39. El juicio por el golpe del Boulevard-Citizens concluyó en junio. Oí ráfagas de interferencia estática y «atraco» y «juicio» más de una docena de veces. De pronto surgieron en la grabación voces claras.

Elmer decía: «Sé que compraste esa casa para Kay».

Brenda decía: «Debe de haberte quedado dinero, encanto. Podrías invertir en nuestro servicio».

Lee decía: «Yo no me dedico a la trata de putas».

Elmer decía: «No seas tonto, hombre. Todavía estás en deuda con Ben Siegel. Podrías cederle una parte del negocio».

Brenda decía: «Benny ahora mismo no está en su mejor momento, amigo mío. Ese banco era su amuleto. Fue una tontería por tu parte echarlo a rodar».

Lee decía: «Soy tonto, eso lo admito. Y tienes razón: aún debo favores a Benny. Pero yo no me dedico a la trata de putas».

El alambre se salió del carrete. Empecé a recolocarlo; me temblaban las manos y tiré el termo al suelo. El café se derramó sobre el alambre. Lo sequé con la falda, volví a ponerlo en el carrete y accioné la palanca. Un ruido como de succión distorsionaba un largo intercambio. Surgió de él la voz de Brenda.

Decía: «Ben siempre estará pidiéndote favores».

Elmer decía: «Si estás en deuda con Ben, te hará matar a alguien por él. Hijo, recibirás esa llamada tarde o temprano».

Apagué el aparato. Las lágrimas rodaron por mi cara y salpicaron la mesa.

Lee y yo teníamos una costumbre. Inventábamos falsos titulares de prensa y nos los esgrimíamos mutuamente cuando pretendíamos expresar nuestros puntos de vista en una discusión. Parker confiaba en que yo atara cabos a partir de esa grabación. Ahora yo conocía ya el motivo del viaje de Lee a Nueva York. Salió en la radio y los periódicos. *Estos* eran algunos titulares que esgrimir:

¡TESTIGO EN EL JUICIO CONTRA SIEGEL CAE DE UNA VENTANA! ¡EL CANARIO SABE CANTAR PERO NO SABE VOLAR!

3.39 horas

Un caos:

Cruce de Wilshire con Barrington. Colisión en cadena de tres coches. Cabrestantes, grúas, tráfico desviado.

Un *jeep* se empotró con un Cadillac que invadía el carril contrario. Un DeSoto del 38 lo embistió por detrás. Marcas de neumáticos, vidrios rotos, luces de emergencia. Seis heridos trasladados al Saint John.

Estaban *todos* borrachos. El soldado había pillado una cogorza en el Dave's Blue Room. Los civiles estaban todavía como una cuba después del partido entre los Trojans y los Bruins. El soldado tenía instinto de perro de caza. Compartió ambulancia con una rubia despampanante. Ella le pasó su número de teléfono.

Parker se hallaba en el cruce. Los cabrestantes desengancharon los vehículos. Los operarios de las grúas acoplaron las cadenas y se llevaron los coches.

¡Puf!: estás solo. ¡Puf!: este es tu propio mundo a las 3.40.

Apagó las luces de emergencia. Con los pies arrastró los cristales rotos hacia un desagüe. Pasó lentamente un Plymouth a su lado. Una pelirroja al volante. Era una Joan de Northwestern fallida.

Dejó a la señorita Lake a la 1.00. A esas horas ya lo habría oído. Habría captado la amenaza implícita, eso seguro.

Carl lo puso sobre la pista de ese puesto de escucha en concreto. Carl había oído una grabación del año 39. Los amigos de la señorita Lake estaban de palique. Pegaban la hebra con el mangante de su amante. Carl definió la conversación como «un medio de coacción significativo».

Los coches sorteaban los cristales rotos y pasaban como exhalaciones junto a él. Se sentó en el bordillo de Wilshire y encendió un pitillo.

Contuvo el impulso de beber con una oración. Estaba demasiado tenso para dormir. Podía quedarse cavilando en el porche trasero de su casa e ir a la primera misa. Allí estaría Dudley Smith. El arzobispo propondría tomar un café y un trozo de pastel.

Parker cerró los ojos. Se oyó el portazo de un coche. Un hombre carraspeó y escupió jugo de tabaco: Parker conocía ese sonido.

Abrió los ojos. Jim Davis se acercó. Se le abría mucho la chaqueta. El muy idiota aún llevaba dos enormes revólveres.

—No me lo digas. Estabas escuchando los avisos de la emisora de la policía, y has supuesto que me encontrarías aquí.

Davis se apoyó en una farola.

—Tengo una radio de primera. La mejor amiga del insomne, como sin duda tú ya sabes.

Parker tiró la colilla.

—Los insomnes suelen encontrarse. A estas horas de la noche el mundo se encoge.

—Sí. Y el mundo se encogió cuando trabajabas para mí. Yo tenía por ayudante a un poli-abogado listo en la época en que organicé mis tretas más viles.

Parker se puso en pie. Davis se aproximó. Echó al frente la barriga y avanzó con sus dos pistolas por delante.

—¿Cuánto acumulaste, Jim? La Policía del Estado de México te pagaba un dólar por cada espalda mojada que pasaba por Los Ángeles en sus camiones. Permitiste al Dudster vender droga a gente de color, y todo debía de ir sumándose.

Davis retrocedió.

—Eso es intrascendente, hijo. Por fuerza vamos a entrar en esta guerra en nombre de los banqueros judíos, y yo me he agenciado dos obuses enormes para mi fábrica de aviones.

Parker se echó a reír.

—Quizá no lleguemos a eso.

Davis escupió jugo.

—La vieja gitana que adivina el futuro leyendo las hojas del té dice que está claro como el agua.

Parker cabeceó.

—Es difícil tenerte antipatía, Jim. No debería serlo, pero lo es.

Davis se echó a la boca otro rollo de tabaco. Era de algún rincón perdido de Texas. Combatió con la infantería en 1916. Hablaba chino fluidamente. Medió en la última tregua de los tong Hop Sing. Echó al Ku Klux Klan de Los Ángeles y acogió a los Camisas Plateadas.

—No me quitabas el ojo de encima, hijo. Sin ti allí, habría organizado muchas más viles tretas. Estaré presente para pregonárselo al mundo cuando jures el cargo de jefe.

4.41 horas

Parker volvió a casa. Todo estaba en absoluto silencio. Helen dormía. Faltaban tres horas para la misa de ocho.

Se sirvió un *bourbon* triple y salió al porche trasero. Daba al estanque de Silver Lake. Las luces de las casas bordeaban el agua. Doce luces, el preamanecer.

Tomó un sorbo de *bourbon*. Por favor, Dios mío: solo una.

Pensó en la señorita Lake. Pensó en Joan de Northwestern. Una vez la vio en pantalón de montar y botas. Tiraba al plato a orillas del lago Michigan.

Parker encendió la radio. Los noticiarios le resultaron chirriantes. Buscó la emisora de la policía. Oyó el aviso de un robo con violencia en una taberna. Conocía a los inspectores presentes en el lugar de los hechos.

Trabajo de policía: un círculo cerrado. Todos nos arrodillamos en el mismo banco.

Un atraco a mano armada en Compton. Un allanador se daba a la fuga en Watts. Espectadores frente a una casa en Highland Park. Probablemente un suicidio. El sargento D. L. Smith y el agente L. C. Blanchard *in situ*.

Parker tomó un sorbo de *bourbon*. Círculo cerrado: el Dudster, el concubino de la señorita Lake. Jim Davis alias «Dos Pistolas» por ahí suelto.

El *bourbon* le supo mal. La habitual quemazón se le antojó tibia. Salió al aire un aviso de la Oficina del Sheriff.

Valley Boulevard, 4600. La franja de condado en la parte alta de Lincoln Heights. Atropello y fuga, cuatro víctimas, marca y modelo del vehículo sospechoso desconocidos. Primer parte: 5.47 horas.

Parker tiró el contenido del vaso. En marcha. Si vas allí, no beberás.

5.48 horas

Cogió su coche particular. Ubicación: un tramo con arcén frente a unos almacenes. Grandes naves industriales y nada más.

El lugar del accidente estaba acordonado. Tres vehículos de la Oficina del Sheriff, una ambulancia, cuatro bicicletas aplastadas. Unos ayudantes del *sheriff* interrogaban a tres chicos magullados. Un hombre mayor en una camilla. A un lado, los auxiliares médicos.

Parker se detuvo al otro lado del cordón. Sus faros enmarcaban el punto donde se produjo la colisión. El estado de las bicicletas explicaba el accidente.

Son cuatro. Avanzan en fila india. El hombre mayor lleva a los chicos a una excursión antes del amanecer. En última posición una bicicleta de adulto. Es la que presenta mayores daños. Las tres bicicletas de delante están *deformadas*. No presentan los efectos de una *embestida* por detrás.

No hay señales de frenazo en el asfalto. Ni marcas de una maniobra para esquivarlos. Los chicos, más que ser arrollados, recibieron el impacto de refilón. Las bicicletas tenían abolladuras de izquierda a derecha. El coche los tocó de refilón desde la izquierda y siguió a toda velocidad.

El arcén era mitad tierra y mitad asfalto. Los neumáticos del lado derecho podrían haber dejado huellas. Quizá los moldes de escayola revelaran la marca y el modelo.

Las bicicletas iban adornadas con banderines del Club Ciclista de Santa Mónica.

Parker se apeó y se quedó junto al cordón. Los chicos tenían edad de estudiantes de instituto. El parloteo de unos y otros se superponía. Salieron de SaMo High a las 4.15. Jim Larkin era su guía. Era inglés. En la guerra del 14 fue espía o algo así. Se dirigían al lago Arrowhead. Esperaban que el señor Larkin estuviera bien.

Larkin tenía las piernas aplastadas. Larkin tenía la clavícula rota. Larkin temblaba a causa de la conmoción.

Un ayudante del *sheriff* hizo una seña a los hombres de la ambulancia. Estos cogieron la camilla y se pusieron en marcha. Cayó un objeto del bolsillo de Larkin. Los hombres metieron la camilla en la ambulancia y se fueron.

La ambulancia emitió su ululato, Código 3. Los chicos le dirigieron gestos de despedida. Uno se echó a llorar. Parker rezó el rosario.

Amaneció. Parker se acercó al cordón y cogió el objeto caído. Era una cache de pistola con incrustaciones de nácar. Unas piedras rojas engastadas formaban una esvástica en relieve. Por su forma, la cache parecía de Luger.

Parker la tiró y volvió a casa. Se había cumplido su objetivo: ahuyentó La Sed.

Conservaba el regusto del *bourbon* en la boca. Tenía la garganta seca a causa de una quemazón rancia. Hizo una incursión en la nevera y bebió zumo de naranja a tragos. Prometió rezar por Jim Larkin.

La puerta del dormitorio estaba abierta. Oyó roncar a Helen. Sonó el teléfono. Entró en el salón y descolgó al tercer timbrado.

—¿Sí?

La señorita Lake dijo:

—La amenaza no era necesaria. Aceptaré lo que tenga para mí.

6.49 horas

Lee Blanchard dijo:

—Los nativos están inquietos.

—¿Le extraña? —preguntó Nort Layman—. Un día los vecinos están vivos y coleando y al día siguiente salen con los pies por delante debajo de una sábana.

—El viento ha levantado la sábana de Nancy —intervino Thad Brown—. Han podido echarle un buen vistazo.

—Estaba para comérsela —comentó Blanchard.

—Sí, para quien le guste el pescado crudo —dijo Ray Pinker.

El porche estaba atestado: Blanchard, Brown, Layman, Pinker, Ashida.

Dudley observó a los agentes de uniforme que mantenían a raya a la gente. Numerosos mirones se habían congregado en la calle. Contemplaban absortos la casa y tenían ataques de nervios.

Los fiambres salieron con el sol ya en el cielo. Los madrugadores salieron a tiempo de ver el espectáculo. Ahora el rumor del *harakiri* corría como la pólvora. Oyó *japos* seis mil veces. Vio que Ashida se lo tomaba con estoicismo.

Los mirones miraban y parloteaban. Los hombres sostenían a sus hijos en alto. La casa estaba acordonada. Ocho agentes de uniforme mantenían tirante el cordón. El cándido Jack Webb se hallaba entre los nativos. Cargaba con un aparato de radio e interrogaba a la gente.

Se han suicidado unos japos. ¿Y eso a quién coño le importa? Como dirían ellos: no hay vale, no hay *lopa*. ¿Dónde están Charlie Chan y el señor Moto? Es domingo por la mañana: esto sin duda es mejor que ir a misa.

La casa apestaba a arroz frito. Ace Kwan les mandó el desayuno. Dudley apenas lo tocó. Tiraba aún de la benzedrina del día anterior.

Aquel era un caso confuso. Jerome Joseph Pavlik no podía haberse cargado a los japos. Estaba bajo una pila de cal a la hora de producirse las muertes. El orificio de bala y los fileteados de silenciador podrían no ser una verdadera pista. Pavlik podría no ser el atracador. La pista de la fibra del brazalete podría no significar nada. Las fibras del expositor podrían no proceder del atracador.

El atracador *probablemente* pegó el tiro en la casa. Allí no había armas de fuego. Nort Layman realizaría la prueba de la parafina con los japos muertos. El orificio de bala parecía reciente. Los fileteados de silenciador eran de un tiro reciente. Nort

sabría si los japos habían disparado alguna arma últimamente. Lo más revelador: la nota pegada a la pared.

Dudley examinaba un cuaderno en el porche. Contenía una lista de comprobaciones y tareas realizadas. El caso sería sonado y se alargaría.

Una camioneta de Helms se acercó a la gente. Los mirones se apiñaron alrededor para hacerse con un café y una pasta. Un cretino señaló el porche y exclamó a voz en grito:

—¡Puto japo!

Ashida no se inmutó. Un muchacho inquebrantable: siempre sereno.

Blanchard dijo:

—Deberíamos estar interrogando a los vecinos.

—La causa de la muerte, muchacho —intervino Dudley—: esa es nuestra mayor prioridad.

Brown tocó con el codo a Dudley. Entraron y se quedaron muy cerca el uno del otro. Los restos del desayuno seguían allí.

—Este caso es una puta mierda —dijo Brown—. Es una mierda que el Departamento de Policía de Los Ángeles y la ciudad de Los Ángeles no quieren ni necesitan.

—Sí, en eso le doy la razón —coincidió Dudley.

El cretino exclamó:

—¡Puto japo! —Su voz resonó en toda la casa.

—¿Y bien? —preguntó Brown.

—Lo ideal sería archivarlo, declararlo «suicidio, caso cerrado», y dejar que esos infieles se pudran en el infierno por sus pecados domésticos.

—¿Qué pecados? —preguntó Brown—. Eran simples trabajadores.

—A mí me da que esta familia era más original que eso. Si seguimos adelante, lo mantendré informado.

Brown agarró un rollo de huevo.

—¿Y qué sería lo menos ideal?

—En mi opinión, daríamos una buena imagen si la solución del caso fuera un asesinato entre japos, y así tendríamos tiempo para preparar las navidades con nuestras familias.

El cretino exclamó:

—¡Puto japo!

Blanchard entró y fue derecho hacia la manduca.

Brown asintió.

—Un asesinato entre japos. Suena bien.

Dudley quitó el plato a Blanchard.

—Los comentarios racistas de ese muchacho podrían ofender al doctor Ashida. Haz el favor de llevártelo a un sitio aislado y sacudirle el polvo.

7.17 horas

Ashida se hallaba en el porche, en cuclillas junto a la ventana. Oyó la orden de Dudley. Blanchard cogió un rollo de huevo y se marchó.

Salió. Pasó por debajo del cordón. Ashida recorrió rápidamente el camino de acceso hasta la calle y observó.

Blanchard se abrió paso entre el gentío. Los muy majaderos vieron que la cosa pintaba mal y se echaron atrás. Ashida observó. Atraía miradas severas como un imán.

Blanchard embistió al hombre de los insultos. El hombre tropezó y cayó. Blanchard lo agarró de un brazo y lo llevó a rastras hasta detrás de un coche patrulla.

El hombre hizo aspavientos. El gentío se dispersó. Ashida se puso de puntillas y observó. Blanchard pateó al hombre. Ashida oyó crujir de huesos.

Fracturas múltiples. Esternón dislocado. Probable conmoción cerebral.

El hombre se quedó lívido. Blanchard le pisó la cabeza y ahogó posibles gritos. Ashida desvió la mirada. Ray Pinker lo vio y se tocó el reloj de pulsera.

Ashida se acercó. Otro mierda gritó:

—¡Puto japonés!

Pinker se subió a su coche. Ashida subió también. Echó un vistazo por el retrovisor lateral. Vio a Blanchard limpiarse la sangre de las manos.

Arrancaron. Los polis de patrulla les franquearon el paso. Ashida se sentía aturdido.

—Debería estar en la iglesia —dijo Pinker—. Le prometí a mi mujer que empezaría a ir.

—Dudley mató al violador —dijo Ashida.

Pinker asintió.

—Que podría no ser el atracador. Y los disparos, las balas y el fileteado del silenciador observados en los dos lugares no implican de manera *concluyente* al atracador de la farmacia en los *posibles* homicidios.

Ashida asintió.

—Sí, pero es una pista significativa.

Pinker tomó por Figueroa en sentido sur.

—En mi opinión, es un homicidio —dijo Ashida.

—Me inclino a pensar eso mismo.

—Van a darle carpetazo. Brown lo dejará en manos del jefe Horrall, que a su vez...

—... lo dejará en manos del borracho de McPherson y el alcalde Bowron. Esto no pasará de ser un quebradero de cabeza de un solo día.

Llegaron al centro. Tomaron hacia el este y al poco rato estaban ya en la Comisaría Central. Cargados con sus estuches de pruebas, fueron al laboratorio. Pinker cogió un formulario.

Escribió: «7.49 horas, 7-12-41». Bebieron café recalentado y trabajaron.

Examinaron el fileteado del silenciador. Sumergieron en tintura el fileteado del atraco y el de la casa y analizaron las dos muestras bajo lentes de gran aumento. La tintura resaltaba los componentes metalúrgicos. Llegaron a la siguiente conclusión:

Los fileteados eran *parecidos* pero no *idénticos*. Se empleó un silenciador distinto en cada ubicación. Un mismo individuo fabricó los dos silenciadores. Dicho individuo: con aptitudes pero sin formación.

Tardaron dos horas y media en realizar las pruebas. Pinker anotó «10.16 horas, 7-12-41» en el formulario. Las pruebas plantearon preguntas.

¿Dicho individuo *hizo* los dos silenciadores y disparó en una de las ubicaciones o en las dos? ¿Dicho individuo *vendió* uno de los silenciadores o los dos? ¿Se los vendió al atracador y/o a un miembro o un conocido de la familia Watanabe?

Ese trabajo mortificaba a Ashida. Estaba crispado. El día anterior cruzó una línea. Retuvo pruebas en la farmacia. No podía prever el caso Watanabe.

Este caso aumentaba el riesgo de quedar al descubierto. Este caso aumentaba las posibilidades de reunir sus propias pruebas. Estaba alerta a causa de la crispación. Recibió la llamada a la 1.00. No estaba ni remotamente cansado.

A continuación: los fragmentos de bala y el polvo de bala.

Dudley desmenuzó los fragmentos en la propia casa. Ellos podían desmenuzar los fragmentos de bala hallados en la farmacia y teñir con tintura el polvo procedente de ambas ubicaciones. Podían buscar concordancias o anomalías.

Pinker arrancó otro formulario. Ashida anotó en lo alto: «10.22 horas, 7-12-41». Pinker desmenuzó los fragmentos encontrados en la farmacia con un torno de mesa.

Tiñeron las dos muestras y las secaron. Colocaron el polvo en dos portaobjetos y los fijaron a un microscopio. Observaron las características al máximo aumento.

Dos balas. Formaciones metalúrgicas y del grano de polvo similares. En ambas ubicaciones se disparó una Luger. Pequeñas discordancias indicaban el uso de munición distinta. Los fragmentos de bala agrietados de la casa indicaban munición defectuosa.

Ashida anotó «10.39 horas, 7-12-41» en el formulario. Pinker se entretuvo con el microscopio

—Voy a volver a la casa. Aquí hay algo que no cuadra. Uno no hace la colada el día que lleva a cabo el *seppuku*.

—No infrinjas ninguna norma. Espera a que Nort Layman nos dé una orden.

—El violador muerto me tiene preocupado. Es el peón de Dudley si se establece que se trata de un homicidio, y necesitan un sospechoso conveniente que tenga vínculos probatorios con el delito. Pueden declararlo sospechoso *desaparecido* y presentar cargos contra él a título póstumo.

Pinker sonrió.

—Eres un alumno aventajado. Estás aprendiendo muy deprisa las pautas del Departamento de Policía de este hombre.

Ashida sonrió.

—Los dos disparos procedían de Lugers. Dudley ha encontrado marcos alemanes en la casa.

—Las Lugers dan pena. ¿Sabes quién las compra? Nazis repelentes que frecuentan la puñetera Deutsches Haus.

Ashida sintió un hormigueo. *Él* ya había establecido el lazo con la Deutsches Haus.

Pinker abrió el armero y sacó una Luger. Era de acero azul. Las cachas eran de nácar blanco. Tenían esvásticas negras y rubís engastados.

Ashida examinó la boca del cañón. Conocía las dimensiones de las estrías y los campos del ánima. Se había aprendido de memoria los manuales de balística en la universidad.

Pinker insertó una bala en la recámara y se acercó a la galería de tiro. Encajó el brazo en el soporte y disparó. Las pantallas acústicas ahogaron la detonación.

—Es una pipa de relumbrón. Es para coleccionistas y agentes de inteligencia retirados que nunca han visto acción.

Ashida recorrió la galería hasta el recogedor. Recuperó dos fragmentos de bala.

Pinker alzó la vista al techo.

—Puñeteras Luger. No valen para una mierda.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / DOMINGO, 7 DE DICIEMBRE DE 1941

11.02 horas

Domingo, desayuno tardío en compañía de Elmer y Brenda. Decoroso, excepto por la conversación.

Brenda tiene una casa preciosa en Laurel Canyon. El mobiliario puede verse en *Secreto de vivir*. Harry Cohn se solaza con las chicas de Brenda, y le dio acceso libre a los almacenes de Columbia.

Una criada mexicana sirvió unos huevos rancheros. Elmer preparó unos *gin fizz*. Gary Cooper se folló a Barbara Stanwyck en el sofá en cuyo borde yo estaba sentada. Brenda juraba que el rumor era cierto.

Me sentía incorpórea. Era por falta de sueño más que por lo que había oído en el edificio municipal. Lee Blanchard, Ben Siegel y Abe Reles. La convicción del capitán William H. Parker de que yo estaría ya a punto para incitarme. Me tenía por una mujer dispuesta a salir en defensa de su hombre y hacer cualquier cosa con tal de encubrir sus fechorías. En eso estaba muy equivocado.

—Lee atendió un aviso con el Dudster —dijo Elmer—. Es la comidilla. Cuatro japoneses en Highland Park.

Brenda echó una buena dosis de salsa picante a sus huevos.

—Ya estás hablando de trabajo.

—Un buen anfitrión entretiene a sus invitados, cariño —dijo Elmer—. El trabajo es el único tema de conversación que divierte a la señorita Katherine Lake.

Me eché a reír y jugueteé con la comida en el plato. Brenda y Elmer tenían diez años más que yo. *Ellos* eran profesionales; *yo* era la seminovia de un poli. Esa diferencia resultaba molesta. Nuestra relación se remontaba a los tiempos de Bobby De Witt y el golpe del Boulevard-Citizens. Ahí empezaron a germinar los secretos a voces y las verdades inexpresadas. Yo quería venderme para quitarme de encima el hedor de Bobby: Brenda no me lo permitió. Dijo: «Vives según esas descabelladas ideas juveniles que sacas de los libros y las películas. ¿Qué clase de amiga sería yo si te consintiera llevar demasiado lejos semejantes disparates?».

Elmer me entregó un cóctel. Me pregunté hasta qué punto tendría información actualizada acerca de Lee y Ben Siegel. «Bugsy» está ahora cómodamente instalado en una *suite* del «ático» de la cárcel del Palacio de Justicia. Los ayudantes del *sheriff*

hacen las veces de botones, lacayos y chóferes de las aspirantes a actriz que lo visitan. Cortinas de terciopelo ofrecen intimidad a Ben y sus invitadas nocturnas. Su puesta en libertad es inminente. El «salto del cisne» de Abe Reles echó por tierra las acusaciones de la fiscalía contra él.

Elmer sonrió y agitó la colilla del puro. Él y yo tenemos una extraña telepatía y a menudo da la impresión de que uno sabe lo que piensa el otro. Siempre guarda relación con el «trabajo».

—Lee ya saldó sus deudas con Benny Siegel —dijo él.

—Sí, ya lo suponía —dije yo.

Brenda apagó el pitillo en un platillo para el pan.

—Cuéntalo todo, querida. No seas calentabraguetas.

—No, primero tu amante —contesté.

Elmer se repantigó en un sillón y agarró a Brenda. Ella cayó en su regazo y puso cara de «¡Ups!»

—Thad Brown llevó a Dudley Smith y Lee en coche a Union Station. Pocos días después leyó los periódicos y ató cabos.

—¿Y tú cómo lo has deducido? —preguntó Brenda.

Con un gesto simulé cerrarme los labios con una cremallera.

—*Suéltalo*, hermana —dijo Elmer—. No seas calentabraguetas.

Adopté una actitud remilgada.

—Hay un capitán de Tráfico que sabe mucho sobre Lee.

Elmer rodeó a Brenda con un brazo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque el capitán William H. Parker me está cortejando.

Brenda dejó escapar una risotada.

—Querida, ese meapilas, el muy hijo de puta, no corteja a las mujeres en ninguno de los sentidos clásicos de la palabra.

Encendí un cigarrillo.

—Querrás decir que no acepta sobornos, ni hace confesar a los sospechosos a golpes, ni se tira a tus chicas en la trastienda del Mike Lyman's Grill, donde he quedado con él a la una.

Brenda quedó horrorizada. Elmer quedó atónito y dijo:

—Kay, ¿cómo sabes que Whisky Bill Parker sabe tanto sobre Lee?

Formé un anillo de humo con los labios y lo lancé imperiosamente a gran altura.

—Porque Parker me corteja y me coacciona. Porque me ha mandado a transcribir grabaciones en el edificio municipal antes de contarme sus intenciones. Porque tú, Brenda y Lee mantuvisteis una conversación muy imprudente el día 14 de agosto de 1939. Hablasteis de vuestro «servicio», del atraco al Boulevard-Citizens y de la deuda de Lee con Ben Siegel. Elmer, tú llegaste a decir: «Si estás en deuda con Ben, te hará matar a alguien por él».

Elmer apuró su copa. Brenda agitó las flores de un acónito artificial.

—¿Crees que William H. Parker es incapaz de hacer una extrapolación y llegar a la conclusión de que Lee y Dudley Smith mataron a Abe Reles? —pregunté—. ¿Crees que William H. Parker no sabe que la mitad de los teléfonos de la Unidad Central de Investigación están pinchados? ¿Sinceramente te crees tan listo como William H. Parker?

Brenda extrajo un paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta de Elmer.

—No me lo puedo creer. De verdad te cae bien ese hijo de puta.

Sentí que me ruborizaba.

—No más llamadas desde el edificio municipal —dijo Elmer.

Brenda encendió un cigarrillo y lanzó su propio anillo a gran altura.

—Las habladurías nunca llegan solas, amigos míos. Una de nuestras chicas recibió cierta información de un agente del FBI cliente suyo, un tal Ward Littell.

—Suéltalo, hermana —dijo Elmer—. ¿Quién es ahora la calentabraguetas?

—Los federales van a por el Departamento —explicó Brenda—, exclusivamente a través de las grabaciones de los teléfonos pinchados. Art Hohmann dio a conocer la existencia de los puestos de escucha y toda la pesca.

—Destruí la grabación que os he descrito —dije.

—Hay un montón más, amiga mía —dijo Brenda—. ¿Tú eres capaz de recordar lo que dijiste en determinada conversación telefónica de hace dos años? *Ajá, no puedes.*

Elmer hizo crujir los nudillos.

—Se lo contaré a Jack Horrall. Retirá las grabaciones que contienen los trapos sucios y dejará la paja a los federales.

Oí el murmullo de una radio en la casa del vecino. Un locutor hablaba casi a voz en cuello. El ruido era insistente y de altos decibelios.

Brenda se levantó del regazo de Elmer y se alisó el vestido.

—Cielo, ten la bondad de dejar muy claro a la hermana Lake quién es Whisky Bill.

Elmer se inclinó hacia mí.

—No sientas el menor aprecio por ese papista de mierda —dijo—. Es tan implacable como Dudley Smith; estuvo metido en la mierda hasta el cuello con Jim Davis; conseguirá el puesto de jefe llueva o truene, y si no lo consigue, hundirá al Departamento por puro despecho. Utiliza a la gente y luego la tira como si fueran putos Kleenex. Fue un esbirro y un extorsionista. Es un puto santurrón que se pilla unas cogorzas de cuidado, habla con Dios y mueve los labios mientras lo hace. Organizó el «Bloqueo de Vagabundos» bajo las órdenes de Dos Pistolas, molió a palos a desdichados que venían de Oklahoma escondidos en vagones de mercancías y los mandó a los campos de lechugas de Kern County, donde los puñeteros hacendados pagaban a Davis un pavo por hombre al día. Recaudaba el dinero en los tiempos en que Carlos Madrano, de la Policía del Estado de México, y Davis proporcionaban espaldas mojadas a las granjas japonesas de aquí a Oxnard. Huye,

hermana. Lo que ese hombre tenga planeado para ti no es algo que te convenga.

—Amén —dijo Brenda.

La radio sonaba ahora a todo volumen. Preferí no responder a la perorata de Elmer. Me acerqué a la ventana y miré.

En la casa de al lado, un hombre me vio. Teníamos las ventanas abiertas de par en par. El sonido de la radio era ensordecedor. Alargó el brazo y la apagó.

—Los japoneses han bombardeado Pearl Harbor —dijo.

11.34 horas

Salí corriendo. Elmer y Brenda se desdibujaron. Las radios atronaban por todas partes. Era un grito airado.

Cogí mi coche y me puse en marcha, en dirección sur. El tráfico era fluido. Encendí mi propia radio. En las noticias todo era *guerra*.

Fue un ataque furtivo. Escuadrones de la aviación japonesa bombardearon Hawái a primera hora de esa mañana. La base naval de Pearl Harbor fue víctima de una brutal agresión. La Flota del Pacífico estaba diezmada.

Numerosas bajas. Buques de vital importancia hundidos. La base de la fuerza aérea Hickam atacada. Soldados abatidos por fuego de ametralladora en el cuartel de Schofield. Honolulu bajo asedio. Enviados japoneses de doble cara. La inminente declaración de guerra de Roosevelt.

Torcí al este por Beverly. El quiosco de Fairfax estaba desbordado. Los voceadores se adentraban entre el tráfico y anunciaban a voz en cuello:

—¡Todavía no hay prensa!

Sabía que huía. No sabía adónde iba. Sí sabía de quién huía. Oía el eco de las acusaciones de Elmer contra William H. Parker.

La noticia se propagaba. Vi a hombres colocar banderas en escaparates. Vi a hombres en las azoteas con prismáticos y rifles. Los coches de policía me adelantaban a toda velocidad, Código 3. El cuadro vivo de la calle cobró sentido. Me indicó adónde ir. Apagué la radio y pisé el acelerador.

Coches patrulla cambiaban de sentido en los carriles dirección oeste y enfilaban a toda prisa hacia el este. Me acerqué al centro de la ciudad. Unos polis tenían a una docena de chicos japoneses tendidos en el suelo boca abajo frente al instituto Belmont. Los cacheaban, los pateaban y les apuntaban a la cabeza con escopetas.

Crucé el puente de la calle Uno y entré en un aparcamiento. Un empleado exclamó:

—¡Los japoneses han bombardeado Pearl Harbor!

Le lancé las llaves y *corrí*.

El edificio municipal estaba sitiado. Unos coches patrulla ocupaban el jardín orientado al sur. Policías armados con metralletas flanqueaban las puertas.

Corrí. La gente se apiñaba en la acera de la calle Uno y tenía encendidas las radios de los coches. Giré al norte por Spring. Sí, ya estaban ahí: hombres en la escalinata del edificio federal.

La cola llegaba hasta la acera, veinte en fondo. Los hombres se habían movilizado en cuestión de minutos nada más conocerse la noticia. Había hombres jóvenes, hombres mayores y estudiantes de instituto. Un chico driblaba con una pelota de baloncesto. Oí *japos* y *guerra* diez mil veces.

Me puse en la cola. Era la única mujer. Los hombres parloteaban y me sonreían. Oí *chica* junto con *guerra* y *los japos*. Un sedán de apagado color verde oliva se detuvo junto a la acera. Salieron un capitán de la Infantería de Marina, un comandante del Ejército de Tierra y un teniente de la Armada. Los hombres de la cola los vitorearon. Subieron por la escalinata al trote y se detuvieron ante la puerta del edificio.

La puerta se abrió de par en par. Tres marineros sacaron mesas y sillas. Las colocaron de cara a la multitud. El capitán y el teniente se sentaron. Un marinero hizo la V de Victoria. El comandante extrajo del bolsillo una bandera japonesa y escupió en ella. Los hombres de la cola vitorearon.

El comandante lanzó la bandera a la multitud. Un chico la cogió, escupió en ella y la pasó hacia atrás. El chico siguiente escupió en ella y arrancó un trozo de tela. Los vítores se fundieron en un fragor continuo. La bandera recorrió la cola, hecha jirones y empapada en saliva.

La bandera llegó a mí. Escupí en ella, la tiré al suelo y la pisoteé. Los vítores se intensificaron hasta convertirse en rugidos.

Dos hombres jóvenes y altos me levantaron y, con los brazos extendidos, me sostuvieron en volandas. Floté sobre la multitud, en mi propio remolino. El mundo entero confluyó en mí.

—¡*Estados Unidos!*— exclamé, alzando la voz tanto como pude.

El fragor subió y subió de volumen. Los automovilistas silbaban y agitaban los brazos. Todos los hombres de la cola me miraban y me saludaban marcialmente mientras yo seguía en mi remolino.

Los dos hombres altos y jóvenes me bajaron; los besé en cuanto mis pies se posaron en el suelo. La cola empujaba hacia el puesto de alistamiento. Ahora llegaba ya a la calle Uno. Los hombres, impulsivamente, saltaban de los coches al pasar, se acercaban corriendo y se sumaban a la cola.

La cola avanzaba centímetro a centímetro hacia la escalinata; estábamos apretujados; nos movíamos como un único cuerpo, todos conectados. El tiempo enloqueció. Encendimos cigarrillos. Circularon petacas. Se superpusieron las conversaciones. Fui enterándome de más detalles. El recuento de bajas iba en aumento. Se hundieron grandes buques de guerra. *Tenemos que atajar esta mierda de raíz.*

La cola avanzó. Los automovilistas hacían sonar el claxon y nos vitoreaban. Yo

observé el uniforme del capitán de Infantería de Marina. El verde oscuro en contraste con el caqui quedaba de maravilla. *Semper Fi*. A la mierda el capitán William H. Parker y sus planes velados. Decidí alistarme en la Infantería de Marina de Estados Unidos.

Repartieron impresos entre los hombres que me precedían y les dijeron que volvieran para los posteriores trámites. Yo estaba ronca de vitorear y de fumar más de la cuenta. El comandante del Ejército de Tierra me pidió que me acercara con una seña. Por lo visto, algo le hacía gracia.

—Lo siento, encanto —dijo—. Todavía no admitimos a chicas.

—Estoy dispuesta a ir ahora mismo —contesté.

El comandante cruzó miradas con los otros oficiales. Todos parecían encontrarlo gracioso.

El hombre de la Armada dijo:

—Nosotros no hacemos las reglas, hermana.

El infante de Marina dijo:

—En las cantinas van a necesitar voluntarias. Baile con los chicos y así se marcharán contentos.

—Deme uno de esos impresos —insistí—. Volveré mañana. De aquí a entonces las reglas habrán cambiado.

Detrás de mí se oyeron abucheos y silbidos. El hombre de la Armada puso cara de «Callad ya». Empecé a decir algo. Una bola de papel me alcanzó en la cabeza por detrás.

—¡Corte ya, señora! —gritó un hombre.

—¡Su turno se ha acabado! ¡Denos una oportunidad a nosotros!

Me di la vuelta. Me alcanzó otra bomba de papel. Estalló un coro de pedorretas.

El comandante pasó con el pulgar las hojas de una pila de copias en papel carbón con fotos adjuntas. Encontró una hoja en particular y puso cara de «Ajá». La sostuvo en alto. Me vi en una instantánea.

—Hay aquí una notificación sobre usted por actividades subversivas, señorita Lake. Ciertas reuniones a las que asistió.

Los hombres me apartaron a empujones de la escalinata y se burlaron de mí. Les lancé una mirada colérica y me encaminé hacia la acera. Una bola de papel rebotó en mi falda. Los hombres se llevaron los pulgares a la nariz y emitieron sonidos porcinos. Me detuve y les lancé una mirada aún más colérica. Eso provocó risas. Dos hombres me escupieron. Cerré los puños y me dirigí hacia ellos. En ese momento *presentí* algo.

Me limpié los salivazos de la blusa. Ese Algo se interpuso ante mí.

Era un chico-hombre. Medía un metro noventa y cinco y la ropa parecía quedarle pequeña. Vestía un traje de lana marrón, una camisa blanca y una pajarita de cuadros escoceses.

Los escupidores lo miraron. Él les agarró las cabezas, se las entrechocó y acto

seguido les asestó un rodillazo. Oí los chasquidos de huesos rotos y vi manar sangre a borbotones como si tuvieran una sola cara.

Los escupidores gritaron. La cola de alistamiento se dispersó. Los reclutadores se pusieron en pie y sencillamente se quedaron *mirando*.

Enseguida el chico-hombre me cogió del codo y me guio. Enseguida estábamos ya en la acera y doblábamos la esquina. Enseguida estábamos sentados en la cafetería del Palacio de Justicia.

Donde una camarera se acercó rápidamente y dijo:

—¡Los japos han bombardeado Pearl Harbor!

Donde el chico-hombre sonrió y dijo:

—¡No jodas!

La camarera hizo un mohín y se alejó. Yo dije:

—Me llamo Kay Lake.

—Scotty Bennett —se presentó el chico-hombre.

Cogí la cafetera y llené dos tazas. Me temblaban las manos. Dije:

—Por la victoria.

Entrechocamos las tazas. Había una radio instalada en la pared encima de nuestra mesa. En la emisión todo era «¡Japos!» Scotty Bennett quitó el volumen.

—Vaya día, ¿eh? Se lo contaremos a nuestros niños.

Me reí.

—¿A «nuestros» niños, o a los niños en general?

Se rio.

—Hoy es uno de esos días en que no se puede descartar nada.

Hacía calor. Me desaté el pañuelo y me desabotoné la rebeca. Mi cuerpo se relajó. Examiné al chico-hombre.

Era un par de años más joven que yo. Tenía el pelo castaño claro, rizado, y la mejor sonrisa juvenil del mundo. Nadie ponía nunca en duda su pose. Así de asombrosa era su sola presencia.

—¿A qué se dedica, señor Bennett?

—Me disponía a alistarme en la Infantería de Marina cuando la he conocido a usted.

—Eso mismo hacía yo.

—¿Y qué ha pasado?

—Todavía no aceptan mujeres. Y hace unos años fui a alguna que otra reunión socialista, lo cual no me ha beneficiado en absoluto.

Scotty Bennett sonrió.

—Deberían admitirla igualmente. No ganaremos esta guerra si no dejamos atrás nuestras rencillas.

Encendí un cigarrillo.

—¿A qué se dedicaba antes de tomar la decisión de alistarse?

—Hace tres meses solicité plaza en el Departamento de Policía de Los Ángeles,

pero descubrieron que no había cumplido aún los veintiuno. ¿Y usted a qué...?

—Mi novio está en el Departamento. ¿Le interesa el boxeo? Se llama Lee Blanchard.

Un chico hábil: levantó los puños e imitó a «La Gran Promesa Blanca de Southland».

—¿Ha visto pelear a Lee?

—Hizo papilla a aquel mexicano del labio leporino. Yo estaba a cuatro filas del cuadrilátero.

Exhalé un anillo de humo. Un chico ágil: alargó el brazo y disipó la voluta en el aire.

—¿Me acompañará cuando vaya a hablar con el reclutador?

—Sí. ¿Me promete no rescatar a ninguna mujer más?

Scotty Bennett se persignó sobre el corazón. Un chico rudo: no creas que no te veo venir.

—Bucky Bleichert combate esta noche en el Olympic. ¿Le apetece ir? —dije.

—Sí. Cómo no.

—Lee se queda a dormir en el edificio municipal la mayoría de las noches.

Un chico malo: imitó a mi pseudoamante encajando un rechazazo.

—Mi padre llegó de Escocia en 1908. Es pastor, y siempre dice: «Los caminos del Señor son inescrutables». Creo que acabo de entender a qué se refiere.

Le toqué la mano. Nuestras rodillas se rozaron bajo la mesa.

14.09 horas

Ella llegaba tarde.

Una hora y nueve minutos.

Le había dado plantón.

Tenía la trastienda toda para él. La trastienda era la sala de recreo privada del Departamento de Policía. El Mike Lyman's Grill abría las veinticuatro horas. La trastienda ídem de ídem.

Mike Lyman adoraba a los polis. He aquí la razón. Buzz Meeks dejó seco a un cholo que le enseñó la minga a la mujer de Mike. Mike, agradecido, les consagró la trastienda.

Fotos picantes en las paredes, una barra completa, un teletipo de la policía. Una línea privada de teléfono y una cama plegable para el ñaca ñaca. Las chicas de Brenda Allen tenían carta blanca. La trastienda permanecía abierta toda la noche. Atendía a una clientela policial de alto rango.

Parker alargaba entre las manos su cuarto *bourbon* doble. Llevaba aislado desde las 8.00. Misa. El maldito teléfono no paraba de sonar. Él hacía como si no lo oyera. La Lake sabía que estaba allí. No lo sabía nadie más.

La misa fue problemática. El arzobispo Cantwell tenía resaca y propuso una copa para ponerle remedio. Él accedió. La copa se convirtió en cuatro. Cantwell habló y habló de Dudley Smith. Los putos irlandeses se mantenían unidos. Dudley faltó a misa. Dio plantón a Cantwell.

Dud tiene cuatro japoneses muertos, Su Eminencia. Probablemente ha sido un *harakiri*. Bueno, William, da por hecho que esos se pudren en el puto infierno.

Bebió con Su Eminencia y fue a confesarse. Encontró un confesionario y esperó. Reconoció la voz de monseñor Hayes.

Su confesión fue dispersa. Confesó sus ofensivos actos en el Departamento de Policía. Confesó que se había encaprichado de Joan, la de Northwestern.

Te absolvo ergo sum. Monseñor Hayes estuvo parco. Era un irlandés aislacionista, como Dudley y Cantwell. Se acercaba la hora del programa dominical del padre Coughlin.

Parker alargaba su copa. Estaba medio encogorzado. La Lake llegaba ya con una hora y *doce* minutos de retraso. El puto teléfono seguía sonando.

Una y otra vez. Ahí está otra vez. Ocho timbrazos, diez, doce...

Parker agarró el auricular. Estática en la línea. Habló Llámame Jack.

—¿Está usted ahí, Bill? Ya no sabía adónde más llamar.

—Estoy aquí, jefe.

—Bien. Pátese por aquí ahora mismo.

—¿Por qué?

—¿Es que no se ha enterado?

—¿Enterarme de qué, jefe?

—Los putos japos han bombardeado Pearl Harbor.

Soltó el auricular y echó a correr. Sintió evaporarse el alcohol. Salió corriendo por la puerta. Subió corriendo por la calle Ocho hasta Broadway y atajó hacia el norte. Cubrió toda la distancia en un único sprint.

En las tiendas las radios sonaban a todo volumen. Delante de una sombrerería un corrillo escuchaba, todos con la mano ahuecada en torno al oído.

Chirridos, zumbidos, estática, crepitación, silbidos.

Hawái, ataque furtivo, Flota del Pacífico hundida.

Millares de muertos, Pearl Harbor, Pearl Harbor.

Infame, atroz, cobarde. Instigado por la Quinta Columna.

Japos, japos, japos, japos, japos.

Parker subió corriendo por Broadway. Los faldones de su chaqueta flameaban. Se sujetaba el sombrero firmemente en la cabeza. Lo adelantaron camiones del *Herald*. Los voceadores plegaban los ejemplares de la edición especial en la parte de atrás. Llegó a la Seis, la Cinco, la Cuatro, la Tres, la Dos. Miró al este. Ahí está Little Tokyo. Ahí están los matones del *sheriff* con equipo antidisturbios, arremolinados en la acera.

Calle Uno arriba. Un revuelo en el jardín del edificio municipal. Polis y policías militares con armas antidisturbios. Coches patrulla y *jeeps*, aparcados morro con morro. Reflectores antiaéreos orientados hacia el cielo.

Parker sostuvo en alto su placa. Tropezó con el cable de un reflector y siguió corriendo hacia la puerta. Un policía militar le dirigió un saludo y se hizo a un lado.

El vestíbulo era un hervidero de polis y periodistas sobreexcitados por la guerra. Se encaminó hacia un montacargas y pulsó el cinco. Las puertas se cerraron. Recuperó el aliento. Con la purga del sudor se le pasó la borrachera.

El montacargas llegó a la quinta planta. Se arregló la corbata y se abrochó la chaqueta. Llegó al despacho del jefe, ya en condiciones.

Una secretaria hacía malabarismos con los teléfonos. En la centralita estaban todas las luces encendidas y todas las clavijas conectadas. Parker cruzó una puerta lateral y se encontró con el aforo completo.

Jack Horrall, el *sheriff* Biscailuz, el alcalde Fletch Bowron. El fiscal Bill McPherson: traspuesto, a lo narcoléptico.

Llámame Jack se hallaba sentado tras su escritorio. Parker acercó una silla. Un teletipo tableteaba. Jack echó el brazo hacia atrás y arrancó una hoja.

—Esto es del Cuarto Mando de Interceptación. En la costa se ha decretado un oscurecimiento a lo largo de veinticinco kilómetros, desde San Pedro, Terminal Island y Fort MacArthur por el norte hasta el límite sudoccidental de la jurisdicción de la policía municipal. Los cazas japoneses podrían atacarnos en cualquier momento, y no conviene proporcionarles objetivos costeros iluminados que bombardear. El oscurecimiento se aplicará en horario nocturno, todos los días hasta nuevo aviso. Las únicas divisiones del Departamento de Policía de Los Ángeles afectadas serán San Pedro y Venice, porque son las únicas zonas que dan al mar. Mañana se realizarán dos pruebas de oscurecimiento formales en toda la ciudad, de cinco a siete de la mañana y de cinco a siete de la tarde. Se exigirá a todos los residentes de Los Ángeles que bajen las persianas de sus casas y conduzcan sin encender más que las luces de posición de sus coches. Los emplazamientos de artillería de Fort MacArthur y Terminal Island están ya operativos, y en esa zona toda la franja costera se encuentra bajo la vigilancia de observadores antiaéreos.

Fletch B. puso cara de «¡Uau!». McPherson se revolvió y roncó. Biscailuz le lanzó un cojín.

El despacho daba vueltas. Parker se echó una pastilla para la tos a la boca. Lláname Jack añadió:

—Los federales llegarán de un momento a otro. Hay que organizar una redada para detener a unos japos subversivos.

—He mandado a unos cuantos chicos a Little Tokyo —dijo Biscailuz—. Están allí ya preparados. Todos sabíamos que la guerra se nos echaba encima, pero no imaginaba un ataque contra *nosotros*.

—Esos soplapollas... —dijo Bowron—. Lamentarán este puto día, no lo duden.

—Cabrones amarillos —dijo Biscailuz—. Yo esperaba una guerra entre blancos. Nosotros contra los boches, en territorio extranjero. Aquí empezamos ya con mal pie, joder.

—Gene tiene razón —dijo Bowron—. Los boches se han pasado de rosca con los judíos, pero tampoco es que...

Jack lo interrumpió.

—¿Tampoco es que pueda reprochárseles?

Biscailuz se echó a reír. Bowron *rugió*. Parker chupeteó su pastilla para la tos. *guerra: los boches, los japos.*

El teletipo escupió más papel. Sonó el teléfono de Jack. Jack pulsó el botón de filtrado de llamadas y señaló a Parker.

—Voy a poner en marcha una Brigada de Extranjería. Quiero que mi Departamento intervenga en la mierda esta de los japos desde el primer momento. Reuniré a unos cuantos hombres duros para que trabajen en colaboración con los ayudantes de Gene y los federales. Bill Parker será el enlace, y supervisará en nombre del Departamento todas las operaciones relacionadas con el oscurecimiento. Vamos a hacerle sudar tinta, Bill, pero sé que está más que capacitado.

—Cuenta conmigo, jefe. Es un honor, y sacaré tiempo para el trabajo de donde sea.

Bowron se rio.

—Es tinta en su currículum, Bill. Quedará bien cuando vaya a por el puesto de Jack.

Jack se rio.

—No hable de mí cuando estoy todavía presente en el despacho.

Biscailuz se rio.

—A Bill no le importa asumir más trabajo. Le da una excusa para esconderse de su mujer durante más tiempo.

—Zanjemos este asunto —dijo Jack—. Mi sección del Moose Lodge cuenta con todo un talonario de entradas para el partido del Rose Bowl, así que tenemos que poner a buen recaudo a esos japoneses antes de Año Nuevo.

Bowron y Biscailuz se carcajearon. Parker chupeteó otra pastilla para la tos. Entraron tres hombres. Parker los reconoció.

Federales. El jefe en Los Ángeles, Dick Hood. El agente especial Ed Satterlee. Ward J. Littell, el defensor de causas perdidas.

Intercambiaron presentaciones, acompañadas de apretones de manos y palmadas en la espalda. Jack dispuso sillas plegables. Los federales se sentaron a horcajadas. Jack abrió un humidificador y repartió puros, lanzándolos.

Bowron repartió varios ceniceros de pie. La panda prendió sus cigarrillos. El despacho se llenó de humo, al momento.

—Hablemos de las redadas. Fuera de Tokio, esta es la capital japonesa del mundo conocido.

—Aclaremos antes los aspectos legales, señor Hood —intervino Littell—. Los tres agentes presentes en este despacho somos abogados, como lo es también el capitán Parker.

Hood se sacudió la ceniza del chaleco.

—Al grano, Ward.

—Me preocupa el criterio empleado para la identificación de extranjeros enemigos, aparte de la diferenciación racial. Roosevelt va a declarar la guerra a Japón mañana, y a Alemania e Italia en algún momento de la semana que viene. Los japoneses son fácilmente identificables; los alemanes y los italianos no tanto. No nos conviene hostigar a japoneses inocentes, y no podemos negar el hecho de que los extranjeros alemanes e italianos de nacimiento o por ascendencia son potencialmente más peligrosos, debido a su mayor grado de anonimato.

Parker sonrió. La consulta de Ward era perspicaz, tanto jurídica como moralmente. Los presentes se quedaron de una pieza.

—Yo no distingo los japoneses de los chinos, lo cual invalida las preocupaciones del señor Littell —dijo Jack.

—Yo tampoco —dijo Biscailuz.

—Pregúntenle al tío Ace Kwan —dijo Bowron—. Él se lo aclarará.

—Ace nos enviará la cena a las cinco —dijo Jack—. Le consultaremos esas sutiles cuestiones raciales por medio del repartidor.

Satterlee meneó la cabeza.

—Me asombra, Ward. ¿Cómo entró en el FBI una persona con tantos escrúpulos?

Littell echó una bocanada de humo a Satterlee. Bowron y Biscailuz se desternillaron. Jack dijo:

—El único criterio para la detención de quintacolumnistas extranjeros es el hecho constatado de que los putos japos han bombardeado territorio estadounidense esta mañana temprano y han matado al menos a dos mil americanos, y los putos alemanes e italianos no. Y como he dicho hace un momento, Los Ángeles está de putos japos hasta la puta bandera, así que vamos a dejarnos de puta palabrería y hablemos de cuál es la mejor manera de prevenir un posible sabotaje.

—¡Eso, eso! —dijo Llámame Jack.

—Dicho en plata, pero con buen tino —dijo Bowron.

—El agente especial al frente del caso Dick Hood no tiene pelos en la lengua —dijo Biscailuz.

Satterlee abrió su maletín y sacó un fajo de carpetas. Hood las cogió y las repartió.

—Dieciséis páginas con nombres de japos, caballeros. Cuando era ya evidente que entraríamos en guerra con Japón, recopilamos una lista de quintacolumnistas conocidos y sospechosos para su posible detención. Estos japos son conocidos fascistas, miembros de hermandades sospechosas y en general manzanas podridas que idolatran al emperador. Verán que la lista se divide en tres categorías: A, B y C. En la A figuran los japos considerados más peligrosos, y se ha decidido su detención inmediata.

El despacho era una única nube de humo enorme. Llámame Jack entreabrió una ventana. Entró el ruido de la calle. Parker oyó «japos, japos, japos».

Hojeó la carpeta. La lista A abarcaba ocho páginas. Ahí, en la página cuatro: «Watanabe, Ryoshi y familia / agricultor / Highland Park».

Hood aplastó la colilla del puro.

—El secretario de Guerra Stimson ha emitido un comunicado. Ordena la incautación de las propiedades de todos los subversivos de la lista A. El comandante de Fort MacArthur ha habilitado bloques de celdas en la penitenciaría de Terminal Island como centro de detención. En San Pedro hay una morterada de pesqueros japoneses fondeados, y el ejército se prepara para remolcarlos a puerto e inspeccionarlos.

Littell y Satterlee cruzaron miradas. El teletipo expulsó una hoja mecanografiada y una serie de carteles de busca y captura. Llámame Jack los examinó.

—Esto es para usted, Bill. Según parece, el edificio federal está desbordado por la cantidad de hombres que quieren alistarse. El fiscal del estado lo considera un regalo

del cielo para fugitivos interesados en huir del país, y por eso me manda listas de delincuentes a quienes se busca con carácter prioritario. Vaya a echar un vistazo a las caras, ¿quiere? Mandaré unos cuantos uniformados para que se reúnan con usted abajo. Si ve a alguno de los individuos de los carteles, deje el trabajo duro a los uniformados.

Parker asintió y sostuvo en alto la lista A. Señaló el nombre de Ryoshi Watanabe. Taladró a Llárame Jack con la mirada.

—Anoche, jefe. Los japos muertos de Highland Park. He oído un parte por la radio. El caso está en manos de Dudley Smith, y es homicidio o suicidio.

Llárame Jack se encogió de hombros.

—Parece suicidio. De eso me informó directamente el Dudster. En este preciso momento Nort Layman está realizando las autopsias. No tardaremos en tener más datos.

—Un homicidio entre japos no nos vendría mal —dijo Parker—. Puede que el señor Littell tenga algo de razón. Pongamos que cierta gente la toma con nosotros por las redadas. Estamos en guerra, y aun así concedemos plena atención a esos japos muertos.

Llárame Jack cerró los ojos. Parker le leyó las ondas cerebrales.

Está sopesando los pros y los contras. El asunto le viene grande. Quiero su puesto. Dudley y yo tendemos a chocar. Probablemente quiere tener atado en corto a Dud. Le tiene más miedo a él que a mí.

Llárame Jack abrió los ojos.

—Encárguese usted de la supervisión del caso, Bill. Ya sé que está muy ocupado y que en realidad lo suyo no es la investigación, pero...

—Lo haré —contestó Parker.

El reloj del edificio municipal dio las 3.00.

—Faltan dos horas para la cena —dijo Bowron.

—No me vendría mal una copa —dijo Hood—. Y no me extrañaría que el jefe Horrall tuviera una botella.

Llárame Jack sonrió.

—La tengo, si me llama Jack.

—Dios santo, hay que ver con los putos japos —dijo Biscailuz.

15.01 horas

Bajó en el montacargas. Ocho agentes de uniforme lo esperaban ya en el vestíbulo. Llevaban cascos y portaban bombas de gases lacrimógenos. Iban preparados para la insurrección japonesa.

Parker se sintió como un tonto. Él llevaba su traje de misa y un 38 de cañón corto. Atajaron por el jardín del lado sur. Los jeeps y los semiorugas arrancaban la hierba.

Un encargo absurdo. Diez caras en diez carteles. Delincuentes de tres al cuarto: violación, atraco a mano armada, agresión con lesiones. Un pachuco y nueve hijos de puta blancos de la más baja ralea. Probabilidades absurdas: esos capullos no intentarían alistarse en la vida.

Doblaron hacia el norte por Spring Street. El edificio federal estaba justo al frente. Parker parpadeó. Lo asaltó un fragor.

La cola de alistamiento bajaba por la escalinata y seguía por la acera hasta la esquina. Se congregaban allí dos mil hombres. Cantaban. Era «God Bless America».

Parker corrió hacia allí. Se le cayeron los carteles. Se le empañaron los ojos. Le resbalaron las gafas. Los uniformados se rezagaron. El equipo antidisturbios les impedía correr más deprisa. No podían seguirle el paso.

Parker corrió. Las voces lo atraían. Reverberaban a un volumen cada vez mayor. Subió por la escalinata. Se olvidó del motivo por el que estaba allí. Los antidisturbios lo alcanzaron y se limitaron a quedarse allí parados.

Unas voces discordantes lo asaltaron. Parker miró alrededor y vio un revuelo. Un chico blanco, enorme, arremetía contra tres chicos blancos que estaban dando una paliza a un japo menudo. Una mujer blanca pateaba a un chico blanco tirado en los peldaños.

El japo salió corriendo. El chico blanco enorme usaba los puños y los codos. Parker se quedó allí mirando. El himno entonado por dos mil voces era cada vez más disonante. La mujer blanca se volvió hacia él.

Era Kay Lake.

Ella lo vio.

Adoptó una pose, en medio de aquel caos.

Parker corrió escalinata arriba.

Kay Lake lo saludó con la mano y desapareció.

15.16 horas

Cuatro japos en mesas del depósito de cadáveres. Efluvios cáusticos. Un gran hedor en una sala pequeña.

Dudley estaba allí con Lee Blanchard y Nort Layman. Fumaban para ahogar el hedor. El depósito colindaba con Chinatown. Fuera, los chinos armaban jaleo.

Tocaban tambores. Tiraban petardos. *Celebraban* el ataque. Los chinos odiaban a los japos, y viceversa. Esa noche Chinatown sería una fiesta.

—Putos japos —dijo Blanchard.

—Putos chinos —dijo Layman—. Me duele la cabeza de oír esos putos tambores.

Dudley bostezó. Estaba cansado. Llevaba en pie desde la mañana del día anterior. Mató a un hombre. Fumó opio y tomó benzedrina. Escribió una carta paternal a Beth Short. Pulió su plan para conocer a Bette Davis. Le cayó el puto caso de los japos. Los putos japos bombardearon Estados Unidos en una guerra urdida por los judíos.

Blanchard expulsó el humo sobre Ryoshi Watanabe.

—Eh, papá. Que le den por culo a tu emperador y que te den por culo a ti.

Dudley se echó a reír. Layman se dio una palmada en las rodillas. Fuera estallaban los petardos.

Blanchard expulsó el humo sobre Nancy Watanabe.

—Ábrete de piernas, nena, a ver ese coño.

—Tú estás mal, Leland —dijo Layman.

—Me gusta cuando no se mueven —contestó Blanchard.

Fuera tiraron un trueno. Con la explosión tembló el cristal de la ventana. Dudley se llevó la mano al arma.

—Lamentablemente, este interludio cómico debe concluir. Por favor, Norton, informe de sus hallazgos.

—En espera aún de los resultados de toxicología y cualquier otra prueba más compleja que se me ocurra —respondió Layman—, yo diría que es un homicidio o un homicidio-suicidio, y creo que la primera opción es la más probable. La sangre de las víctimas estaba mezclada, así que ha sido difícil determinar los grupos sanguíneos individuales. He encontrado porciones sueltas de A negativo, y los hijos tuvieron que heredar el grupo sanguíneo de la madre o el padre, con lo cual todo es aún más confuso. Los bordes de las heridas eran irregulares, lo que indica una oscilación de la hoja y una vacilación natural y/o coacción en el momento de la incisión. La prueba de

la parafina en las manos ha dado negativa, así que no podemos atribuir a ninguno de ellos el orificio de bala en el pasillo del piso de arriba, al menos en las últimas cuarenta y ocho horas. De momento yo diría lo siguiente: hasta la fecha han pasado por mis manos cuatro suicidios japoneses con espada, y este caso no concuerda con mis datos empíricos. Y he aquí lo más raro: he encontrado residuos aceitosos en sus pies y los he analizado. Era aceite de gamba.

Blanchard tiró la colilla. Cayó en un salpicón de sangre y chisporroteó.

—Si es un asesinato, ya es tarde para empezar con los interrogatorios casa por casa. Ahora todo el mundo está obsesionado con los bombardeos y nadie se acordará de si vio algo justo antes de que los despacharan.

—En eso tienes razón —coincidió Layman—. Los grandes acontecimientos inducen una pérdida de memoria colectiva. Y lo que más nos afecta: ¿a quién le importa? A mí me interesa este caso por su lado puramente científico, pero ¿a quién le preocupan cuatro japoneses muertos el día que entramos en guerra con Japón?

La nota de suicidio. El «inminente apocalipsis». Era evocador y grandilocuente. ¿Era un augurio?

Dudley le dio vueltas. Blanchard tenía razón. Un interrogatorio casa por casa sería inútil. Jack Webb estuvo en la calle con la gente del barrio. Sus estúpidas charlas radiofónicas serían el «interrogatorio casa por casa». Ese enfoque era *absolutamente* inútil.

Sonó el teléfono mural. Parpadeó una luz azul: llamada de la policía.

Dudley cogió el auricular.

—Sargento Smith.

—Aquí Jack Horrall, Dud.

—Sí, jefe.

—Vaya día, ¿no?

—Un día para no olvidar, señor, desde luego.

—Espero que no tenga previsto alistarse.

—Pues sí, señor —respondió Dudley—. Veo un magnífico porvenir para mí en los servicios de inteligencia del ejército, y tengo un amigo influyente que me conseguiría un cargo.

—¿Joe Kennedy?

—Sí, señor.

Llámame Jack soltó un silbido. Saturó la línea.

—De momento, eso queda descartado. No admito discusión, hasta que esta guerra vaya a más o se calmen los ánimos, y sepamos cuál es la postura del Departamento de Policía de Los Ángeles ante todo esto.

—Sí, señor. Y hablando de eso...

—Hablando de eso, ¿qué impresiones tiene Nort del caso Watanabe hasta el momento?

Fuera estallaron más truenos. Dudley se tapó la oreja libre con la mano ahuecada.

—Se decanta por el homicidio, señor.

—Pues en ese caso intentaremos sacarle peras al olmo, demostrar lo imparciales que somos. He hablado con el alcalde Bowron. Teme una posible reacción si nuestros chicos empiezan a pagar el pato por las redadas de todos esos supuestos japos leales. ¿Ve adónde quiero ir a parar, muchacho?

—Sí, señor. Las implicaciones son muy claras.

—Bien. Ahora vivimos en un mundo cien por cien japonés, y quiero arrimarme al sol que más calienta.

—¿El sol *naciente*, señor?

Llámame Jack soltó una carcajada.

—Esa sí que es buena, Dud. Tengo unos chicos aquí en mi despacho. Les repetiré el chiste.

Unas moscas se abatían sobre los fiambres con un zumbido. Nort las roció con aerosol. Cayeron muertas sobre Aya Watanabe.

—No deje de hacerlo, señor.

—No se lo tome a mal —dijo Llámame Jack—, pero he encargado a Bill Parker que supervise la investigación. Es un animal político muy hábil, y quiero que los dirija a usted y a sus chicos con guante de seda.

Dudley encendió un pitillo.

—Whisky Bill no sabe lo que es un guante de seda, señor. Es un chupatintas, no un inspector. Su único objetivo es sacarlo a usted del puesto y llegar a jefe, y pone su considerable habilidad al servicio de su propia promoción personal.

Llámame Jack eructó.

—Parker se queda. Y no se preocupe, no los agobiará. Lo tengo al frente de los oscurecimientos y las redadas, y lo he nombrado también enlace con el ejército. Estará demasiado *cansado* para agobiarlos.

—Sí, señor —respondió Dudley—. No me cabe duda de que el capitán Parker y yo llegaremos a un pacto de no agresión.

—Eso, eso —dijo Llámame Jack.

—¿Puedo proponer un cuarto hombre, para sustituir a Dick Carlisle y Mike Breuning? Yo elegiría a Lee Blanchard. Ha estado conmigo desde que recibí el aviso.

—Ni hablar. Es patrullero, y estoy formando una Brigada de Extranjería para ayudar a los federales en las redadas. Ese trabajo le viene que ni pintado a Blanchard.

Reverberó una música festiva. Los chinos vociferaban en su jerigonza. Dudley miró por la ventana. Pasaban dragones de papel como flechas.

—Sí, señor. Aun así, solicito...

—Le asigno a Buzz Meeks. Siempre da la talla cuando las cosas se ponen feas.

Un ruido de fondo enturbió la línea. La comunicación petardeó y se cortó.

—¿Cómo es que los chinos detestan tanto a los japoneses? —dijo Blanchard—. A mí me parecen todos iguales.

15.36 horas

Los nativos estaban inquietos.

Dudley salió del depósito. Era el único blanco en Chinatown. Se paseó y disfrutó del espectáculo.

Fuegos artificiales, dragones, balbuceo de infieles. Chicos tong con timbales. Los muchachos del Hop Sing llevaban pañuelos rojos. Los chicos de las Cuatro Familias los llevaban azules. Marcaban el compás al ritmo desenfrenado de Gene Krupa.

Muñecos con la imagen de Tojo colgaban de las farolas. Tipejos tong les lanzaban hachas. Las plumas del relleno se arremolinaban en el aire.

Dudley entró en la Pagoda. Una radio clamaba a todo volumen: «¡GUERRA!». Los camareros extendieron banderas japonesas en el suelo a modo de esterillas. Los concejales prorrumpieron en vítores.

Thad Brown sorbía sopa de *wonton*. Vio a Dudley y lo saludó con la mano. Dudley le guiñó el ojo y bajó al sótano.

El tío Ace había redecorado su despacho. Había enmarcado y colgado fotos nuevas. FDR aparecía junto al actor blanco que hacía el papel de Charlie Chan.

—Hoy es un gran día, Dudster. El hombre chino y el caucásico estadounidense se aunarán para exterminar a la bestia japonesa.

Dudley inclinó la cabeza.

—Sí, pero no debemos perder de vista a nuestros *Kameraden* alemanes. Siguen siendo nuestra primera línea de defensa contra los rojos y los judíos.

Ace inclinó la cabeza.

—Noto cansado a mi hermano irlandés. ¿Puedo sugerirte un té tonificante?

Dudley sonrió y acercó una silla. Ace sacó un hervidor, unos polvos y tazas. Aaaaah, ya: benzedrina y *ma huang*.

El aroma tonificaba. Ace sirvió dos tazas. Dudley tomó un sorbo y se abrió paso a través de unas cuantas telarañas.

—He estado pensando —dijo Ace.

—¿Sí, hermano amarillo?

—La locura del ataque a Pearl Harbor nos ofrece oportunidades para explotar a la bestia japonesa. Podemos esconder aquí en Chinatown a quintacolumnistas fugitivos y cobrarles por ello cantidades exorbitantes. Podemos explotar el prejuicio natural del hombre blanco hacia el hombre amarillo y aprovechar su incapacidad para distinguir los rasgos diferenciadores de la fisonomía oriental. Para los hombres blancos, somos todos iguales. Veo dinero en esa carencia.

Dudley tomó un sorbo de té.

—Estás muy astuto y clarividente en este día aciago. Y me atrevería a pensar que tienes que pedirme un favor.

Ace tomó un sorbo de té.

—Ese chico de las Cuatro Familias ha vuelto a tratar mal a mi sobrina. Espero que mi represalia no engendre una guerra.

Las telarañas se disiparon. Los circuitos de Dudley se reconectaron.

—Mataré al chico. Después negociaremos una tregua. Jim Davis me servirá de intérprete.

Ace señaló un panel disparejo en la pared. Parecía recién barnizado. Una bandera china pendía torcida.

—Quiero enseñarte una cosa. Tengo nuevas ideas respecto a ciertas reformas que hice. Sígueme, por favor.

Dudley se puso en pie. Ace abrió el panel. Un agujero oscuro descendía hacia el subsuelo.

Una escalera, barandillas empotradas, luces en el techo. Ace inclinó la cabeza y puso cara de «Tú primero».

El descenso era de diez metros. Una alfombra roja cubría la escalera. Los peldaños acababan en un pasillo *larguíííísimo*. Unas bombillas colgadas se mecían e iluminaban el camino.

Un generador zumbaba. El laberinto contaba con calefacción y aire acondicionado. Había habitaciones a ambos lados, con las luces ya encendidas. Tenían ese aspecto magnífico de las casas piloto.

Habitaciones con butacas y sofás. Habitaciones con cocinas completas instaladas. Habitaciones con mesas de juego y muebles bar. Habitaciones provistas de camas y mirillas de burdel.

Compartimentos secretos en las paredes. Puestos de observación con cámaras ocultas. Cámaras de cine apuntadas hacia espejos polarizados.

Treinta habitaciones. Una decoración chic de tiempos de guerra. Un Statler Hilton para ojos oblicuos. Una meca del juego y un plató de cine porno. Chop suey siempre caliente. Un fumadero de opio a mano.

Ace se inclinó ante Dudley. Dudley se inclinó ante Ace. El té le llegó al fondo de la cabeza.

—Las obras están recién acabadas —dijo Ace—. Al principio lo planeé como un lugar de esparcimiento para hombres. Ahora lo veo como un lujoso escondite para bestias japonesas que huyen de la cárcel. Anoche organicé aquí una partida de *fan-tan*. Fue rentable. Ahora estamos en guerra, lo que significa que los ricos necesitarán entretenimiento. ¿Te imaginas a la alta sociedad y las estrellas de cine codeándose aquí con bestias japonesas y otra chusma?

Dudley se echó a reír.

—Sí, hermano amarillo, me lo imagino.

—Tu amigo Harry Cohn se dejó aquí diecinueve de los grandes. Si conmigo ha perdido esa suma, ¿cuánto crees que habrá perdido con tu amigo el señor Siegel?

Dudley le guiñó el ojo.

—Ciertamente. ¡Qué pérdidas tan rentables!

Ace empezó a parlotear. Con el té de alto octanaje siempre se disparaba. Se deslizó hacia el pidgin. Farfulló como el pato Donald.

Aaaaaaah, sí: los japos.

Redadas de japos, japos encadenados, japos recluidos en celdas de lujo. Japos muertos en el depósito de cadáveres. Hideo Ashida, ese japo de inteligencia asombrosa.

16.11 horas

Ashida detuvo el coche ante la casa. Ray Pinker llevaba una escopeta. La acera estaba acordonada. Los patrulleros mantenían a raya a los mirones.

Un tomate alcanzó el parabrisas. Ashida accionó el limpiaparabrisas y retiró parte de la pulpa. Alguien vociferó:

—¡Muerte a los japos!

Un tomate alcanzó el techo. Ashida y Pinker cogieron sus estuches de pruebas y, agachándose, pasaron por debajo del cordón. El porche era jugo de tomate. Polis expertos en escaqueo y su mascota holgazaneaban. Mike Breuning, Dick Carlisle, Buzz Meeks, Jack Webb.

Tomando el fresco. Allí instalados con un botellín de Old Crow.

Estrecharon la mano a Pinker. Breuning y Carlisle hicieron como si Ashida no estuviera. Meeks le guiñó el ojo.

—¿Qué hay, Hideo? —preguntó Jack—. Tu gente, por así llamarla, te ha metido en un buen lío, ¿eh?

Ashida hizo una presa de cabeza a Jack. Jack se rio y lo apartó a manotazos. Meeks señaló hacia la calle. Pues sí: *un buen lío*.

La turbamulta se componía en su totalidad de palurdos del barrio. Unos cuantos majaderos acarreaban cajas de tomates. Unos cuantos majaderos quemaban banderas japonesas. Marineros y mujeres de la Armada bailaban briosamente. En un gramófono sonaba Count Basie a todo volumen.

Un tomate alcanzó el buzón.

—Empiezo a estar hasta la coronilla —dijo Meeks.

—No puedes echárselo en cara —dijo Breuning.

—Claro que puedes —afirmó Jack—. ¿Qué han hecho los Watanabe aparte de morir? ¿Qué ha hecho Hideo aparte de trabajar para este cuerpo de policía del hombre blanco?

—Tú no eres policía, chico —dijo Carlisle—. En eso no te confundas.

—Déjalo en paz —intervino Breuning—. Al Dudster le cae bien, y solo es medio judío.

Jack dio un respingo. Un tomate alcanzó la barandilla del porche. La pulpa salpicó la chaqueta a Meeks.

—Atentos —dijo Carlisle—. Uno no ve un espectáculo así todos los días.

Meeks arremetió.

Corrió derecho hacia la turbamulta. Arrancó el cordón. Los uniformados se echaron atrás y le dejaron hueco. Embistió contra un corrillo de marineros, con saña.

Sacó la porra del cinto y empezó a repartir reveses. Entró con saña y siguió con saña. Iba a por las *caras*. Golpeó narices, golpeó bocas, golpeó cráneos. Los marineros se quedaron de una pieza. Sus compañeros mirones observaron inmóviles.

Ashida observó. Meeks poseía un manejo de la porra legendario. Su porra se distinguía por las gruesas costuras y el plomo recubierto de cuero.

Meeks se abrió paso con saña. Meeks agarró cuellos y acercó caras.

Ashida observaba. Los mirones chillaban y salían por piernas. Los marineros apaleados se cubrían la cara y se alejaban a rastras y a trompicones. Un hombre tenía un puñado de dientes en la mano. Un hombre vomitaba sangre.

Los majaderos se achantaron y se fueron. Meeks cogió un envoltorio de helado y limpió la porra. El gramófono seguía sonando. La orquesta de Erskine Hawkins ofrecía una estridente interpretación de «Uproar Shout».

La aguja se salió del disco. Ashida contuvo la respiración. Jack repartió pitillos.

Se pasaron el botellín. Meeks regresó al porche. Cogió el botellín, lo apuró y lo tiró. Breuning empezó a quejarse. Meeks lo apartó de un empujón, y Breuning se cayó de culo.

Ashida entró en la casa. Todavía olía a descomposición. Pinker entró. Firmaron en el registro y abrieron los estuches de pruebas.

La alfombra del salón estaba enrollada y atada. En la mesa del comedor se amontonaba la comida enviada por Kwan.

Aquí había algo más. Tenía que haberlo.

Pinker puso cara de «Uf».

—¿Cómo lo llevas? Ese chico, Webb, tiene razón. Tampoco es que hayas hecho nada.

—Estoy preocupado por mi madre —dijo Ashida—. Está ahí en casa, en la esquina de la calle Dos con San Pedro, y el FBI y la Oficina del Sheriff se presentarán en cualquier momento. Mi hermano está en la granja del Valle. Creo que por ahora no corre peligro.

Pinker le tocó el brazo.

—Ah, me olvidaba de decírtelo: me ha llamado Bill Parker. Supervisa el caso por orden de Lláname Jack, y dice que quiere que participes. He aquí la parte sorprendente: ha mandado a un vigilante a casa de tu madre para que monte guardia, un tal Littell, federal. Según Parker, ese hombre no tiene nada contra los japoneses. Ha hecho buenas migas con tu madre, y enseguida se han puesto a jugar al pinnacle.

Ashida sonrió.

—Whisky Bill.

Pinker sonrió.

—No es santo de mi devoción, pero cuida de aquellos que le dan resultados.

—Pues hablando de eso...

—Sí, hablando de eso.

Sacaron las cámaras y los *flashes*. Se separaron y cubrieron el piso de abajo. Ashida gastó nueve carretes. Se ocupó de la cocina y la galería de servicio. Fotografió el tendedero y la ropa colgada. *¿Por qué hacer la colada el día que uno planea suicidarse?*

Pinker fotografió el salón y el pasillo de la planta baja. Ashida recogió fibras y las guardó en sobres. Sacaron el equipo dactilográfico y las tarjetas dactilográficas con las huellas de los Watanabe. Espolvorearon todas las superficies donde era previsible el contacto.

Un trabajo de mierda. La parte de atrás de los muebles, los alféizares, las repisas. Manchas y borrones. Ningún fragmento de calidad probatoria ni huellas completas.

Ashida se sentía aturdido. Llevaba en pie desde el día de la Creación. Retuvo pruebas en la farmacia. Vio a Bucky y le cayó este caso. Su patria ancestral y su país acababan de entrar en guerra. Su mundo entero acababa de volar por los aires.

Jack Horrall improvisó a toda prisa una «Brigada de Extranjería». Vio a sus componentes en el primer pase de revista en la Comisaría Central. «Brigada de Extranjería» significaba «Brigada de Matones». Eran todos hombres duros.

Rompehuelgas, miembros del Comité América Primero, exmilitantes del Ku Klux Klan. En medio de esa gente Lee Blanchard y Elmer Jackson eran unos angelitos. Llámame Jack se proponía desarrollar la *gestalt* «a por los japos».

El informe Munson era ya agua pasada. Había saturado la prensa japonesa el mes anterior. FDR envió a Curtis Manson a la costa. Este visitó los enclaves japoneses y describió lo que vio. Calificó a los *nisei* de «estadounidenses patéticamente leales». Los *issei*, nacidos en Japón: «Devotamente proestadounidenses, habida cuenta de que huyeron de Japón». Los *kibei*, educados en Japón: «Horrorizados por el auge del fascismo en su tierra natal».

Ashida aplicó el pincel dactilográfico. Ashida encontró dos huellas completas. Las comparó con las de las tarjetas y determinó que eran de Aya Watanabe. Espolvoreó la repisa de una ventana del salón. Consiguió una huella completa y examinó las tarjetas. No encontró curvas ni circunvoluciones coincidentes.

Alzó la voz.

—Señor Pinker, tengo una.

Pinker se acercó y observó detenidamente la repisa. Era la huella del índice de la mano derecha de un hombre adulto. Era necesario levantarla totalmente.

—Dudley y Lee Blanchard han usado pañuelos dentro de la casa, pero no sé qué han hecho Breuning, Carlisle, Meeks y ese amigo tuyo, Jack.

—Deberíamos tomarles las huellas para descartarlos. Nos ahorraremos posteriores confusiones.

Pinker asintió y salió al porche con su estuche. Ashida se aproximó y se quedó rondando cerca de la puerta. Pinker dispuso tarjetas dactilográficas en la barandilla

del porche y entintó los dedos a los chicos.

Ahora la avenida Cuarenta y cinco estaba en calma. El porche apestaba a residuos de tomate.

Pinker tomó las huellas a Carlisle. Breuning dijo:

—Ahora vamos a estar bajo el control del puto Bill Parker. Es un bolchevique. Elmer Jackson me ha llamado hace unas horas. Parker tiene a una mujer transcribiendo las grabaciones del dictógrafo en la Unidad Central.

Meeks entregó un Kleenex a Carlisle. Carlisle se limpió las manos. Meeks dijo:

—Elmer le irá con el soplo a Jack Horrall.

—Ya lo ha hecho —dijo Breuning—, pero ya conoces a Jack. Pensará que puede sortear cualquier plan de Parker.

Pinker tomó las huellas a Breuning. Carlisle dijo:

—Parker debería andarse con cuidado. También él sale en las grabaciones. Me lo dijo Dud.

Breuning se limpió las manos en los pantalones.

—Pearl Harbor ha dado un nuevo color a las cosas.

—Sí, un color amarillo —dijo Meeks.

Carlisle esbozó una sonrisa burlona.

—¿Por qué crees que estamos trabajando en este caso de mierda? ¿Crees que no tiene nada que ver con la política?

Ashida volvió a entrar. Roció la huella desconocida con ninhidrina y la levantó con cinta adhesiva transparente. Pinker entró con las nuevas tarjetas dactilográficas. Ashida las colocó bajo su lupa. Ninguna coincidía. Eso significaba que había una huella desconocida.

Volvieron a separarse. Pinker espolvoreó los estantes del armario. Ashida espolvoreó los armarios de la cocina y marcó los manchurroneos de grasa. Reparó en dos cerdas de escoba prendidas bajo el cajón inferior. Dirigió la linterna hacia el suelo.

Iluminó unos cristales rotos: una pequeña pila de esquiras.

Las recogió y las examinó. Advirtió una pátina untuosa en las esquiras y las olfateó. Olían a aceite de pescado.

Puntos rojos en los cristales: posiblemente sangre seca. Metió las esquiras en un sobre y escribió en la etiqueta: «Watanabe / Highland Park / 17.21 horas, 7-12-41».

La cocina apestaba a rollos de huevo pasados. La comida china le revolvía el estómago. Fue al piso de arriba y registró las habitaciones de Nancy y Johnny. Dudley había comentado a Ray Pinker que las habitaciones le parecían «suggerentes».

Ashida revolvió las habitaciones. Ashida vio por dónde iban los tiros.

Nancy había puesto un candado en la puerta que comunicaba su habitación con la de Johnny. Johnny coleccionaba revistas obscenas. Y cómics de nazis. Johnny tenía suspensorios forrados. Componían el forro banderas japonesas y ropa interior de Nancy.

Ashida se los pasó por la cara. El olor lo excitó. Tembló. Volvió a dejarlos en el cajón.

Se dirigió a la habitación de Ryoshi y Aya. Vio el panfleto incitador en la cómoda. Lo puso en un sobre y escribió en la etiqueta: «Watanabe / Highland Park / 17.34 horas, 7-12-41».

Ahí: la nota en la pared.

Ashida estudió los caracteres y su disposición en la hoja. Entró Pinker. Ashida le tradujo el texto.

—«El inminente apocalipsis no es obra nuestra. Hemos sido buenos ciudadanos y no sabíamos que se avecinaba esto».

—Tenemos ante nuestros ojos un *post hoc, ergo propter hoc*. Tenemos a cuatro japoneses muertos el día antes del ataque de Japón contra territorio estadounidense. ¿Es a eso a lo que se refiere la nota?

Ashida negó con la cabeza.

—«Apocalipsis» podría significar suicidio en grupo o un inevitable conflicto mundial, sin conocimiento previo del ataque concreto de esta mañana. «Apocalipsis» podría guardar relación con las posibles repercusiones para determinados miembros de la familia o para la familia en su totalidad. La nota es absolutamente ambigua.

—Exacto —dijo Pinker—. Y la verdadera duda es si la nota se escribió bajo coacción o no, porque la opinión general es que se trata de un homicidio.

—Exacto —dijo Ashida—. Los caracteres son vacilantes, es caligrafía masculina, y el señor Watanabe debía de estar ciertamente bajo presión si planeaba el *seppuku*. Pero los caracteres son *sumamente* vacilantes, incluso para lo que suele verse en las notas de suicidio de manual.

—Podríamos considerarlo una variante. Es el equivalente a las marcas de vacilación dejadas por las espadas al penetrar en los cuerpos.

Ashida examinó la textura del papel. Era grueso y contenía tela. Impregnó de polvo el pincel dactilográfico. Lo deslizó por la nota y retrocedió para verla con más luz.

Manchas y borrones. Una parcial desdibujada. Una parcial *muy fragmentada*: medio oculta bajo la huella de un guante suave.

Pinker la señaló.

—Ahí. La huella de guante indica que alguien guiaba la mano del autor de la nota. He ahí la coacción, en la propia hoja.

Ashida vio un bloc en la cómoda. Se acercó y examinó la primera hoja. Era una lista de la compra. Los caracteres se parecían a los de la nota en la pared. Era la letra de un varón adulto. No se advertían fluctuaciones que indicaran posible presión.

Pinker se aproximó.

—Idéntica. Tiene que ser de Ryoshi.

Se acercaron a la nota adherida a la pared. Un soplo de brisa cruzó la habitación. El polvo dactilográfico se dispersó en el aire.

—Considerémoslo coacción —dictaminó Ashida—. Si fue así, y el asesino no era japonés, corrió el riesgo de que el señor Watanabe escribiera una nota a la policía que el propio asesino no podía leer.

Pinker sonrió.

—Sé lo que quieres decir, pero debes ser tú quien lo diga.

—Deduzco que el asesino es japonés —declaró Ashida.

Pinker inclinó la cabeza con afectada solemnidad. Ashida sonrió e inclinó también la cabeza.

Fuera volvió a sonar de pronto el gramófono. El padre Coughlin inició una arenga cargada de odio, con música de laudes gaélicos de fondo. Pinker alzó la vista al techo y se fue a la planta baja. Ashida salió al pasillo.

Haz el ejercicio del manual. Deja que tus pensamientos se dispersen y se reagrupen. Deja vagar la mirada y púsala.

Quédate quieto. Es una práctica budista, 2000 a.C. Tus infames compatriotas desconocen esas tradiciones. Eres uno de ellos. Naciste en el seno de la clase samurái y te forjaste en la Reforma. Las costumbres japonesas te formaron. Los fanáticos luteranos te educaron. Eres visión rígida y espíritu sin ataduras a partes iguales. Deja que esta casa del horror te hable.

Ashida se quedó quieto. Pensó en el combate de Bucky de esa noche. Vio a Bucky en las duchas del Belmont. Su antiguo chisme de activación por tensión fotografiaba a hombres desnudos furtivamente. Su nuevo chisme tomaba fotografías en la esquina de la calle Seis con Spring. Aquel hombre frente a la farmacia. Un Bucky fallido. Apuesto, pero no adorable, y...

Ashida parpadeó. De pronto se encendió una bombilla.

Reparó en un estante del pasillo. Encima había diversos objetos de jade. Vio un frasco encajado detrás de un pequeño templo de jade. Observemos la etiqueta raída.

Ashida agarró el frasco. En la etiqueta se leía «Paregórico». No se distinguía el nombre de la farmacia.

Ayer la farmacia Whalen. El malhechor revuelve los frascos de un estante. Dichos frascos: PAREGÓRICO.

Dos delitos el mismo día. Los detalles coincidentes se reagrupaban.

Ashida recuperó el estuche de pruebas y espolvoreó el frasco. Las manchas indicaban *no más reagrupación de detalles*.

Permaneció en el pasillo. Oyó la cháchara de los chicos de Dudley. Desplazó la mirada. Vio motas de polvo y un bicho en la pared.

Las paredes, el techo. Pintura descascarillada, telarañas, un momento...

Anomalía. Discordancia. Irregularidad de alerta roja.

Observemos las lamas de madera del techo, dispuestas transversalmente. Observemos las juntas paralelas. Las juntas alteran la disposición natural del grano de la madera. Están sombreadas y son apenas visibles. Forman un cuadrado de medio metro por medio metro.

Ashida brincó y apuntó con las manos. Golpeó el centro del recuadro. El recuadro saltó hacia atrás, sujeto a una bisagra interior. Una escalera abatible se desplegó hasta el suelo.

Peldaños de metal con apoyos de goma. Un mecanismo insonoro, bien engrasado.

Ashida subió. Dio un ligero tirón y la escalera se replegó. El recuadro se deslizó y volvió a encajarse en su hueco. El mecanismo funcionaba por medio de engranajes y pistones neumáticos.

Una habitación. Algo menos que un desván. Algo más que un altillo.

Se irguió cuan alto era. Sacó la linterna y recorrió el espacio con el haz. Ninguna ventana. Paredes de madera contrachapada lacada. Una mesa, una silla.

En la mesa: una radio de onda corta y un libro de registro. La radio estaba conectada a una grabadora de cinta.

En la habitación hacía frío. Se le condensó el aliento. Era una tarde fresca. El aliento no tenía por qué condensarse. Probablemente era una habitación insonorizada. Los paneles aislantes retenían el aire frío.

Encendió la radio. El sintonizador se iluminó de verde. Los números del dial eran incomprensibles. Accionó el botón del volumen: *Ahora cuidado*.

Un hombre vociferaba en japonés. Denostaba a Estados Unidos. Era la «Tierra de los Ciempiés Blancos». Encomiaba el divino triunfo de esa mañana del emperador en Hawái.

Las bobinas de cinta giraban. Ashida examinó la conexión. Era en extremo compleja. Sí, sin duda: las voces radiofónicas activaban el mecanismo de arranque de la grabadora. Imanes y señales de radio: una mecánica asombrosa.

Ashida pulsó un botón situado en un entrante por debajo de las bobinas. Otra voz japonesa pronunciaba palabras instigadoras. Daba la hora y la fecha: 14.00 horas de ayer. Cronología: la familia Watanabe murió noventa minutos más tarde.

El hombre aullaba. Era propaganda de perro rabioso. Hablaba el japonés de un nativo. Ashida hablaba un híbrido estadounidense. Se le escaparon algunas frases. El contenido era en esencia claro. El hombre describía los preparativos del ataque.

Ashida escuchó en japonés. Ashida perdió palabras en el traslado cerebral al inglés.

Humedeció la ropa de sudor. Se le aceleró el pulso. El aliento le salía caliente y se convertía en vapor frío. El hombre denostaba a Estados Unidos. Era «una nación mestiza que morirá bajo los cascos del Japón imperial».

La catilina degeneró en sonidos animales. Ashida apagó la radio. La luz del sintonizador se desvaneció hasta quedar reducida a simples puntos. Pulsó los botones de la grabadora. Las bobinas retrocedieron y avanzaron y repitieron las palabras del demente. Sí, la emisión del día anterior era la única grabación existente.

Apagó la grabadora. Contuvo la respiración y recitó el «Gloria». «Gloria al Padre, y al Hijo, y al...»

No recordaba las palabras en inglés. Acabó en japonés. El ritmo del corazón se le

apaciguó. Contuvo la respiración y examinó el libro de registro.

Treinta páginas. Caracteres japoneses. Entradas con fechas de tres meses atrás. Con toda seguridad *esto*: emisiones de la radio de onda corta, transcritas.

Preparativos para el ataque. Soliloquios sobre el honor masculino. Un tratado sobre el trance erótico de la muerte del kamikaze.

«Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre...»

No recordó el resto. Cerró el libro. Iluminó las paredes con la linterna. Vio muescas en un panel de la pared y presionó en un borde.

El panel crujió y se abrió, dejando a la vista un armario. Ashida desenchufó la radio y la grabadora y los metió allí. Enrolló los cables eléctricos y dejó encima el libro. Cerró la puerta y se apoyó en ella.

Se deslizó pared abajo hasta quedar sentado en el suelo. Apoyó la cabeza en las rodillas y respiró hondo cien veces. La habitación dio vueltas al ritmo de sus espiraciones y por fin recuperó su posición natural. Sujetó la linterna con los dientes y sacó el cuaderno y la pluma.

Escribió un resumen del caso. Ahora era *su* caso. Estas eran notas que nadie vería jamás.

«Familia Watanabe en la lista A-1 de quintacolumnistas elaborada por el FBI. (Cap. W. H. Parker se lo dijo a R. Pinker.)

»Radio de onda corta escondida en la casa / conocimiento previo del ataque a Hawái.

»Disparos y fragmentos de bala casi idénticos en farmacia Whalen y la casa.

»Moneda alemana y japonesa en la casa.

»Fracos de paregórico desordenados en la farmacia/frasco de paregórico desechado en la casa.

»Deutsches Haus: lugar de reunión profascista. Se sabe que allí se vendían Lugers ilegalmente».

Oyó algo fuera. El sonido traspasó la insonorización. El gramófono, en la calle. Instrumentos de viento, de metal y de madera, unos amortiguados y los otros casi inaudibles. Una versión lenta de «Perfidia».

Ashida se puso en pie. Sintió la calma sintoísta. Abrió la trampilla y soltó la escalera. Ahora el pasillo le pareció chillón. Lo tenía todo para él solo.

Bajó por los peldaños y empujó la escalera hacia arriba. La trampilla se deslizó hasta encajarse en su hueco. «Perfidia» se apagó. Oyó reír a Jack Webb fuera en el porche.

Bajó. Ray Pinker lo acorraló.

—¿Has encontrado algo más?

—No —contestó Ashida.

—Estoy famélico. Y no propongamos el restaurante de Kwan, porque esto aún huele al desayuno.

Ashida sonrió.

—¿Dudley llevará el caso tal como quieren Horrall y Bowron?

Pinker impregnó de polvo su pincel dactilográfico.

—Eso, a menos que el devoto Bill Parker pille una curda y se le crucen los cables.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / DOMINGO, 7 DE DICIEMBRE DE 1941

19.13 horas

Fiebre bélica.

Las peleas preliminares pasaron, ante la total indiferencia del público. El himno nacional arrancó más aplausos que los tres combates juntos. Una enorme bandera sujeta a una viga de metal ondeaba sobre el cuadrilátero. En el Olympic Auditorium se oía un bullicio continuo. Nadie hablaba de boxeo. Todos hablaban de la guerra.

La conversación resultaba imposible; tal era el fragor. Aun así, todos hablaban entre sí y unos a otros. Habíamos ido allí para estar en compañía de otra gente y conmemorar ese momento. Éramos estadounidenses de ronda por la ciudad. Estábamos sobreexcitados, indignados y orgullosos.

Scotty y yo ocupamos unos asientos a cuatro filas del cuadrilátero. Los pesos gallo mexicanos no nos interesaban en absoluto. Manteníamos las cabezas muy juntas y cuchicheábamos; cogí a Scotty del brazo y él apoyó una mano en mi rodilla.

Habíamos pasado el día en la escalinata del edificio federal y en la cafetería de la esquina. Intercambiamos anécdotas personales y acudimos en ayuda de un joven japonés que pretendía alistarse. Scotty obtuvo su documentación para la Infantería de Marina. Yo alcancé a ver al capitán William H. Parker y lo despedí imperiosamente con un gesto.

Ahora ese hombre era una presencia irritante. Elmer Jackson lo había acusado resumidamente. Ciertas dudas me inquietaban. Socavaban ese *je ne sais quoi* propio del arranque de la guerra.

¿Informaré Elmer al jefe Horrall de mis responsabilidades en la transcripción de las grabaciones? ¿Qué sabe concretamente Parker sobre mí? ¿Delatará Will Parker a Lee por el asesinato de Abe Reles? ¿Y eso lo sabe solo por los datos desdibujados de las escuchas telefónicas o por algo más? ¿Contrariará Parker a Dudley Smith por ese asunto? ¿Qué quiere Parker de mí?

Scotty me dio un apretón en la rodilla y deslizó la mano por debajo del dobladillo de mi falda. Le di un apretón en el brazo y me reí. Dijo algo; no lo oí; le contesté algo y no oí mi propia voz. Scotty olía a mi humo y su propia colonia de aroma a lima. Deseaba dibujarlo como dibujaba a Bucky. Contuve la respiración en espera del combate principal y la llegada de Bucky al *ring*.

Scotty había cogido prestado el coche de su padre para ir a alistarse y lo había dejado en un aparcamiento de Bunker Hill. Volvimos a recuperar nuestros coches y fuimos en caravana, cada uno en el suyo, hasta el Olympic. En el camino pasamos por delante de la Comisaría Central. En ese momento salía la recién formada «Brigada de Extranjería». Elmer y Lee se hallaban entre los polis que blandían escopetas de repetición. Los vimos encaminarse hacia el este, en dirección a Little Tokyo. Un modelo K entró en el aparcamiento. Dos polis sacaron de dentro a tres chicos japoneses y los obligaron a entrar a empujones por la puerta de los calabozos.

Una marcha militar interpretada por una tuba sonó por el sistema de megafonía y distorsionó el vocerío. Oí revuelo y miré alrededor. Bob Hope acompañaba a una docena de marineros al cuadrilátero.

Todos nos pusimos en pie y los vitoreamos. La música se apagó o se fundió con los vítores: no supe muy bien si lo uno o lo otro. Bob Hope cogió el micrófono del *ring* y ensartó una sucesión de chistes. Nadie lo oyó. No queríamos oírlo. No podíamos dejar de vitorear y vivir el momento.

Hope desistió y saludó a la muchedumbre agitando los brazos. Nuestros vítores pasaron a ser patadas en el suelo y silbidos. Hope se llevó a los marineros del cuadrilátero y los acompañó hasta una fila de asientos del fondo. Unos policías lo llevaron al vestíbulo. Su actuación duró menos de tres minutos.

Todos nos sentamos. Cogí a Scotty de las manos y las mantuve apoyadas en mi regazo. Vi a un apuesto joven japonés entrar en el pabellón e ir a la segunda fila. Llevaba en la cazadora la letra del instituto Belmont; atrajo muy diversas miradas, que oscilaban entre la curiosidad y la hostilidad manifiesta.

La gente miraba, la gente cuchicheaba, la gente clavaba los ojos en él sin empacho. La gente murmuraba «japo» y abucheaba.

El micrófono volvió a descender desde las vigas. El presentador entró en el cuadrilátero.

El bramido previo al combate principal ahogó toda invectiva posterior; el japonés ocupó su asiento. Gritos y palmadas rítmicas se impusieron a las presentaciones. Yo ya conocía los datos de memoria.

Diez asaltos, en la categoría de los pesos semipesados. Wardell «Junior» Wilkins, «la Sensación Sepia», 22, 4 y 16. Y, ahora, aún invicto con 35-0, ¡Bucky Bleichert, «el Astuto», de Glassell Park!

Le di un apretón en la mano a Scotty y entrelacé mis dedos con los suyos. Un negro larguirucho salió al trote y, agachándose, accedió al *ring*. Lo recibió una andanada de abucheos. Los pocos negros en la sección de espectadores de color le dedicaron los únicos vítores.

El árbitro y los segundos saltaron al cuadrilátero. El joven japonés volvió la cabeza y echó una ojeada atrás pasillo arriba; nuestras miradas se cruzaron por un instante. Siguió mirando atrás. Volví la cabeza y seguí la línea de su mirada. Bucky salió de pronto del vestuario y danzó de puntillas.

Llevaba su bata verdinegra del Belmont. Enseñó sus dientes de conejo y alzó un guante para saludar a su difunta madre en el cielo. Se me cortó la respiración, como siempre. Bucky pasó junto a nuestra fila. Se detuvo en el segundo pasillo y tendió una mano enguantada. El japonés le tocó el guante. Bucky le sonrió. Al hombre se le anegaron los ojos en lágrimas.

Algunos espectadores lo vieron y lo abuchearon. Bucky pasó por debajo de la cuerda inferior del cuadrilátero y enseñó los dientes al público. Sentí miedo por él y anhelo por él, como siempre. Siempre me afecta de la misma manera.

Un segundo le colocó el protector en la boca y le quitó la bata. *Mío*: el tierno chico luterano con la estrella judía en el calzón.

El árbitro dio sus instrucciones. Bucky y la Sensación Sepia entrechocaron sus guantes. Alcé los ojos hacia Greta Heilbrunner Bleichert, pese a mi desdén por esas paparruchadas celestiales.

Sonó el *gong*. Bucky trazó un círculo; Wilkins atacó. Bucky le sacaba por lo menos doce centímetros. Lanzó un golpe corto al tejido cicatricial por encima de los ojos de Wilkins y se mantuvo fuera de su alcance.

Le di un apretón en la mano a Scotty. Quería decir: «Ahora quédate quieto». Bucky se movía de fuera adentro. Estaba «tomándole el pulso a su adversario» antes de la «presentación en la cita a ciegas». Estaba «midiendo» a Junior Wilkins para «pillarlo con la guardia baja y darle un rechazazo». Lee Blanchard me enseñó la estrategia y la jerga del boxeo.

Wilkins lanzó un directo. Bucky lo esquivó con un desplazamiento lateral y asestó un gancho de izquierda al cuerpo. A Wilkins le flaquearon las rodillas. Bucky soltó un doble corto. A Wilkins se le abrió la cicatriz de la ceja derecha y la sangre le corrió por la mejilla.

Sonó el *gong*. Wilkins ya jadeaba. Bucky retrocedió con paso ágil hasta su rincón y saludó al japonés con la mano.

—El tizón no se tiene en pie —dijo Scotty.

De tanto apretar se me había dormido la mano. Separé mis dedos de los de Scotty y me llevé su palma a la mejilla. Scotty desplegó su deslumbrante sonrisa juvenil.

Sonó el *gong*. Me volví otra vez hacia el cuadrilátero. El japonés me distraía. Imitaba las fintas de Bucky mientras lo observaba. Era una imitación del todo concurrente.

Wilkins salió al centro del *ring* con la ceja embadurnada de coagulante; Bucky se la castigó con un golpe corto tras otro. Vi la determinación en él. Reconocí esa expresión. Era la certidumbre que sustituía al recelo. A Wilkins se le abrió la herida y chorreó sangre; Wilkins se la tocó con el guante. Parpadeó justo cuando no debía. Bucky lo midió con miras a un rechazazo aprovechando que estaba con la guardia baja y se lo asestó.

Wilkins se desplomó. Se dio de cabeza contra la lona y escupió el protector. El árbitro agitó los brazos para dar por finalizada la pelea y alzó la mano de Bucky.

Bucky saludó al japonés. El público se puso en pie y aplaudió. Wilkins se dio la vuelta y se levantó como pudo.

Bucky lo abrazó. Periodistas y fotógrafos pasaron por debajo de las cuerdas e invadieron el *ring*. Me taparon la vista. Me flaqueaban las piernas; intenté levantarme y volví a caer en el asiento. Scotty me ayudó a ponerme en pie. Nos unimos a la rápida marcha en dirección al aparcamiento.

Scotty mantenía el brazo en torno a mí. Observé que los demás lo observaban y advertí que se detenían. Las mujeres sentían curiosidad. Hombres hechos y derechos poseídos de gran distinción recelaban de un chico de veinte años.

Me volví y lancé un beso furtivo a Bucky. El japonés me distrajo. Era el único que seguía en su asiento.

20.43 horas

Scotty me llevó a mi coche. Salí al cruce de la calle Dieciocho con Grand, anticipándome a la aglomeración posterior a la velada. Scotty me siguió en el suyo. Tomamos por Washington en sentido oeste y La Cienega en sentido norte. Probablemente Lee había salido con la Brigada de Extranjería o estaba en la Pagoda China de Kwan. Di por supuesto que no vería su coche en nuestro camino de acceso.

Scotty se mantuvo pegado a mí e inició un juego infantil con los faros. Era una especie de código morse: luces largas y cortas, encendiendo y apagando. Observé por el retrovisor e intenté interpretar el sentido. Creo que pretendía deletrear «Te quiero».

Doblamos hacia el oeste por el Strip y hacia el norte por Wetherly. El coche de Lee no estaba. Aparqué en el camino de acceso y dejé hueco a Scotty. Pensé en Bucky y en un nuevo dibujo que haría de memoria.

Nos apeamos de los coches. Scotty resbaló en el asfalto húmedo y tropezó conmigo. Lo sujeté. Apoyó las manos en mis hombros. Dijo:

—Joder, Kay. ¿Cómo es posible que seas tan encantadora conmigo?

—No quiero que este día termine —dije—. No quiero que ganemos la guerra hasta que yo haya aprendido unas cuantas cosas.

Scotty me tocó la raya del pelo.

—Tengo intención de ganar la guerra yo solo. Me lo tomaré con calma hasta que tú lo consideres oportuno.

—¿Qué intentabas decirme con los faros?

—Cosas de adolescentes en su primera cita. Quería soltarlo antes de que yo me vaya al centro de instrucción y tú sigas con tu vida.

Le toqué la mejilla.

—Todavía no, por favor.

—¿Voy a tener que pelearme con Lee Blanchard esta noche? Él era un peso pesado, y no sé bien si estaría a su altura.

—Calla. Eso son ideas pueriles.
—Tengo muchas de esas.
—Estamos en guerra —dije—. Tienes todo el derecho.
Entonces nos besamos. Al inclinarnos, pensé en Bucky.

21.21 horas

La subida al piso de arriba fue una sucesión de tanteos y pasillos en penumbra. Mi habitación estaba a oscuras; las sombras ocultaban los dibujos de Bucky Bleichert. Nos desplomamos en la cama y nos besamos todavía vestidos. Nos desnudamos lentamente. Instantáneas, chasquidos de obturador, descubrimiento.

Scotty vio las cicatrices de mis piernas. Las besó, pero no hizo ningún comentario. Era demasiado alto para mi cama. Los faros de los coches, al pasar, asaeteaban los retratos de Bucky y le arrancaban imaginarios gemidos. Le hablé de Sioux Falls. Me habló de su equipo de fútbol, en el instituto Hollywood, y de todas las peleas en que había participado. Omití a Bobby De Witt, el láudano y la prostitución bajo coacción. Reveló que conocía por la prensa el caso del Boulevard-Citizens. Elogié el detalle de que no lo mencionara de buen comienzo.

Dieron las doce de la noche. Hicimos el amor y charlamos. Scotty era tierno y apasionado. Se esmeró en complacerme y lo consiguió. Un chico encantador: gracias por pasar este día conmigo.

Pensé en Bucky. Scotty me habló de una chica que lo acompañó en una visita a Escocia, la tierra de su familia. Su madre murió allí de lupus. Corría el año 1938. Tenía solo cuarenta y tres años.

Se quedó dormido, entre mis brazos. Yací inmóvil y exhalé anillos de humo como halos por encima de la cama. Amaneció; el sol iluminó a Bucky, con Scotty dormido a mi lado. Despertamos y nos vimos desnudos. En silencio observamos lo que nos habíamos perdido en la oscuridad. Nos vestimos y tomamos café en la cocina.

Lo acompañé a su coche. Nos abrazamos y nos dimos un beso de despedida. Scotty se marchó. Me quedé mirándolo mientras descendía en dirección a Sunset Boulevard.

Era un día frío y nublado. Eché una ojeada hacia la acera de enfrente. Allí estaba el capitán William H. Parker, de pie junto a un Ford del 39.

8 de diciembre de 1941

7.37 horas

Ella lo vio y fue derecha hacia él. Tenía el pelo alborotado. Se le había corrido el carmín por los besos.

Se plantó ante él. Él vio la ropa del día anterior y percibió su aroma a *boudoir*.

—Buenos días, señorita Lake.

—Es usted un miserable *voyeur*. Dígame qué demonios quiere de mí o desaparezca de mi vida.

—Su vida amorosa no me interesa.

—Falso. Le interesa y lo atrae, porque llama a las puertas de las mujeres en plena noche y las extorsiona, porque es eso lo que lo pone caliente, porque, como es sabido, vive atrapado en un matrimonio sin amor, y se reconcome de aburrimiento y de ese *algo* repulsivo, esa comezón, que impulsa a los hombres brutales como usted.

Parker se apoyó en su coche. Le daba vueltas la cabeza.

—No diré «¡Aparta, que me tiznas!», como dijo la sartén al cazo. No negaré que tiendo a mirar y observar. No diré que su vida amorosa no me intrigue.

Ella cerró los puños.

—Maldito sea, capitán. Maldito sea por jugar conmigo.

—¿O quizá por *verla*? ¿O por darme cuenta de algo que quiere usted que se vea, porque se reconcome en sus actitudes estúpidas y sus ideas vacuas, y en esa ridícula convicción suya de que es más lista, más fuerte y mejor que cualquier otro ser humano en la puta viña del Señor?, ¿y no es una lástima que nadie más lo sepa?

Ella dio un paso hacia él. Los brazos de ambos se rozaron. Ella notaba calor en el cuerpo.

—Añada «todavía», capitán. Diga «que nadie más lo sepa todavía». Porque eso de darse cuenta es una calle de doble sentido. Porque usted puede ir a la guerra, y yo no. Porque usted puede encerrar a criminales para saciar su mezquina necesidad de orden, y yo no. Porque usted puede ascender a jefe de policía, gobernar en su pequeño mundo y hacer bailar a la gente a su antojo, como el tirano incontrolado que es... pero, haga lo que haga, no infravalore el hecho de que también yo lo veo a usted.

Parker retrocedió.

—¿La he convencido, pues, de que Lee Blanchard tiene las manos más sucias de lo que usted imaginaba?

—A su manera burdamente manipuladora y retorcida, sí. Las grabaciones me permitieron atar cabos, como usted ya preveía. Pero como sé desde hace tiempo que Lee es capaz de cualquier cosa, la verdad es que tampoco me he sorprendido tanto.

No flaquees, Katherine. Confirma mi fe en tus redados de niña boba.

—Espero que no vaya a plantearle a Blanchard ninguna de las extrapolaciones que quizá usted haya hecho a partir de las grabaciones.

Kay Lake dio un paso atrás.

—Espero que no me pregunte qué he deducido y que no someta a Lee a ninguna medida disciplinaria.

Parker asintió.

—Doy por sentado que ha hablado usted de mí a sus amigos el sargento Jackson y la señorita Allen, y que les ha descrito la tarea que le asigné.

—Así es, pero debo decirle que quedaron desconcertados. Y dudo seriamente que los planes que ha concebido usted para mí, sean cuales sean, afecten a Brenda y Elmer, o a la prostitución consentida por la policía. Yo diría que no tienen nada de que preocuparse, y creo que debería usted autorizarme a decírselo a ellos para mayor tranquilidad suya.

Parker asintió. Empezó a lloviznar. El viento agitó el cabello de la chica.

—Usted sabe y ve mucho. Me asombra la manera en que sus actos delatan su capacidad de percepción y la presentan como una niña temeraria fuera de su elemento.

Kay Lake se echó a reír.

—Esa sí es una percepción sagaz, viniendo de un hombre que se propone ahogarme.

Parker consultó su reloj. El Bit O'Sweden estaba a un paso de allí, en Sunset. Dudley llegaría a las 9.00.

La lluvia arreció. Parker abrió la puerta del lado del conductor. Kay Lake se sentó al volante. El paquete de tabaco de él estaba en el salpicadero. Ella se sirvió un pitillo.

Parker ocupó el asiento del lado del acompañante. La lluvia azotaba el parabrisas e impedía ver la calle.

—No transcribiré más grabaciones, ni creo que usted quiera que lo haga. Los dos sabemos que debemos dejar a Brenda, Elmer y Lee fuera de esto, sea lo que sea «esto».

Parker dio una sacudida al paquete de tabaco para extraer un pitillo. Kay Lake le entregó el suyo para que lo encendiera.

—En realidad no era necesario recurrir a un medio de coacción, ¿verdad? Es usted ya bastante ligera de cascos para aceptar lo que le ofrezca.

Kay Lake abrió la entrada de aire. Tenía el pelo mojado. Las mechadas claras entreveradas en el castaño rojizo resplandecían.

—Ponga a prueba mis límites, capitán. Aunque quizá le sorprenda, existen.

Parker sonrió.

—¿*Ahora*, señorita Lake?

—Sí. *Ahora* sería un momento tan bueno como cualquier otro.

Parker dijo:

—Va a infiltrarse usted en una célula de la Quinta Columna de Hollywood. Es un grupo en extremo sedicioso y merece ser aplastado. Sus miembros han sido investigados por el Comité de Actividades Antiestadounidenses del estado de California y en la actualidad difunden propaganda contraria a Estados Unidos y contraria más concretamente al Departamento de Policía de Los Ángeles, y se oponen aún más concretamente a los posibles malos tratos y encarcelamiento de japoneses presuntamente inocentes, tanto nacidos en el extranjero como nacidos aquí, aspecto mucho más pertinente desde el ataque de ayer. Cabe pensar que sí se llevará a cabo una investigación imparcial del contingente japonés en Los Ángeles. Se hará con criterio, y es muy probable que se produzcan algunas detenciones. Los miembros de esa célula no tienen escrúpulos y, desde un punto de vista ideológico, su postura es descabellada. Embadurnarán nuestro país y el cuerpo de policía al que pertenezco a grandes brochazos de pintura roja. Acatarán la disciplina del Partido Comunista e intentarán promover los planes de la Rusia soviética tan pronto como los Aliados ganen esta guerra, cosa que inevitablemente ocurrirá, y la invasión comunista mundial cobre forma como principal amenaza contra la seguridad interna de esta nación y del mundo libre.

—Es una empresa delirante y presuntuosa —dijo Kay Lake—. Es tan cuestionable como necesaria le parece a usted.

—No se detenga ahí.

—En su ecuación, no ha incluido el sesgo racial pandémico. Como yo ya lo he advertido, lo insto a tenerlo en cuenta.

Parker tiró la colilla. Kay Lake tiró la suya. Sus rodillas se rozaron. Puta lluvia. El coche era una sauna.

—¿Acaso su preocupación por nuestros ciudadanos japoneses la disuade de aceptar la misión?

—No.

—¿Estoy traspasando sus límites de algún modo?

—No.

Parker señaló en dirección al asiento trasero.

—Informes de la Policía de Los Ángeles, el FBI y la Brigada Antisubversión sobre Claire De Haven, Reynolds Loftis, Chaz Minear y cierta chusma secundaria. Vamos a crear un retrato reprobable de ellos. Vamos a procurar que se los acuse de sedición y/o traición y vamos a procurar que su célula sea aniquilada por medios coercitivos. A usted le corresponderá tender la trampa. Usted será una chivata, una soplona, un topo, una delatora. Si esos apelativos la ofenden, *c'est la guerre*. Será usted una informante. Recabará información incriminatoria y me dará el parte a mí.

Es usted una joven díscola con un pasado delictivo traumáticamente accidentado. Estoy seguro de que la Reina Roja la encontrará irresistible.

—Es un matriarcado —dijo Kay Lake—. Ese aspecto me gusta.

—Paul Robeson actúa en el Philharmonic Hall esta noche. Usted asistirá, sin compañía. Coincidiera allí con Claire De Haven y cualquiera de esos individuos afectados de los que ella se rodea. Desviará la conversación al terreno de la psicoterapia. El psiquiatra del Partido Comunista en Los Ángeles es un tal Saul Lesnick. Es informante federal. Atiende las necesidades psíquicas de la señorita De Haven y sus esclavos. Y simultáneamente revela la escasa amplitud de esas necesidades a su supervisor en el FBI. El doctor Lesnick es también un informante bajo *coacción*, y un hombre en extremo sensible a las mujeres jóvenes. Hará usted todo lo posible por conocer al doctor Lesnick. No le diga que es también informante. Quiero que actúe en connivencia con usted sin saberlo.

Kay Lake abrazó el volante. El color castaño de sus ojos quedaba discordante. No casaba con su pelo rojizo.

—Dígame en qué está pensando —instó Parker.

—No puedo hablar de tan emocionada como estoy —respondió ella.

8.53 horas

Fue a pie hasta Sunset. Fue a pie para tener ocasión de observar a Kay Lake furtivamente. Ella cruzó la calle en dirección a su porche. Él oyó una radio. Ella sintonizó el discurso de Roosevelt ante el Congreso.

En el Bit O'Sweden hacía un calor sofocante. Las camareras llevaban faldas con peto. Parecían animadoras nazis desplazadas ocho mil kilómetros. Jarras de cerveza colgaban de ganchos en las paredes. La decoración tenía connotaciones hitlerianas.

Parker ocupó una mesa junto a la vidriera. El cielo se despejó un poco. Árboles navideños artificiales flanqueaban el Strip. Nieve de imitación cubría la acera.

Pasó una pelirroja alta. Se parecía a Joan, la de Northwestern. Era una teniente de corbeta.

El uniforme azul, los galones dorados en las mangas. Ese andar, a lo mejor es...

Parker salió corriendo. La mujer había desaparecido. Un Dodge del 36 se apartó del bordillo.

Volvió a entrar. Una camarera oronda y curvilínea le llevó café. Empezó a llover otra vez. Pasó un camión del *Herald*. La ampliación del titular en el panel lateral rezaba: ¡GUERRA!

Parker tomó un sorbo de café. El reloj de pared dio las nueve. Dudley Smith se acercó a la mesa.

Se estrecharon la mano.

—Buenos días, señor —dijo Dudley.

—Buenos días, sargento —dijo Parker.

Protocolo. En el trabajo lo respetaban. Camaradería católica. En presencia del arzobispo Cantwell se llamaban «Bill» y «Dud».

—Ayer faltó a misa —comentó Parker—. Su Eminencia se sulfuró.

—Fue un homicidio poco oportuno, señor. Recé una novena por los japoneses muertos, en reconocimiento de la fiesta de guardar. Por cierto, anoche me quedé despierto hasta tarde redactándole un primer sumario. Lo envié a su despacho en Tráfico.

Parker removió el café.

—Lo he leído esta mañana, así que estoy ya al corriente de todo, supongo. Perdió un tiempo vital de cara a los interrogatorios puerta por puerta. ¿Esperaba el dictamen de Nort Layman?

—Sí. Mandé a Mike Breuning y Dick Carlisle anoche ya con retraso. No consiguieron nada. Los japoneses muertos eran personas muy reservadas. Tenían un trato educado y correctamente distante con sus vecinos blancos. Los visitaban otros japoneses muy de vez en cuando. No colgaban farolillos japoneses en su jardín para celebrar fiestas paganas ni practicaban esos misteriosos comportamientos que los occidentales esperamos en nuestros hermanos japoneses. Nadie notó nada sospechoso cerca de la casa durante la franja horaria del sábado por la tarde en que se cometieron los presuntos homicidios, y dados los acontecimientos de ayer, yo diría que los vecinos blancos de Highland Park no se desvivirán por escarbar en su memoria en busca de esos recuerdos enterrados que a veces asoman y permiten resolver casos de asesinato.

—¿Verificación de antecedentes? —preguntó Parker.

—Está pendiente —contestó Dudley—, pero diría que no servirá de nada. Los padres nacieron en Japón; los hijos nacieron aquí. No eran cristianos, así que no hay certificados de familia, nacimiento, defunción, bautismo o matrimonio en ninguna de las iglesias japonesas más céntricas de Little Tokyo. Nuestro brillante colega el doctor Ashida examinó la quincalla religiosa presente en la casa y determinó que los japoneses muertos eran del credo sintoísta. Como dijo anoche el sargento Turner Meeks, Buzz: «Me gusta la anguila asada como al que más, pero para mí esto es griego».

Parker sonrió.

—¿Verificación en el registro de la propiedad?

Dudley encendió un pitillo.

—Inviabile, de momento. Son propietarios de una casa y de unas tierras en el Valle, pero el secretario de la Guerra, Stimson, ha promulgado una orden de incautación federal que afecta a las propiedades de todos los japoneses incluidos en la lista de subversivos A-1, en la que, según me ha informado Ray Pinker, figuran nuestros japoneses muertos. Con el país en su actual estado de agitación, diría que salvar los trámites burocráticos federales para acceder a los registros correspondientes nos llevará cierto tiempo.

Parker encendió un pitillo.

—Los hijos. Su descripción de los dormitorios era muy gráfica.

Dudley hizo girar el cenicero.

—Dudo que la implícita degeneración de la relación entre los hermanos afecte al caso, pero ese cauce ya está explorándose. Los dos jóvenes muertos estudiaban en los institutos Nightingale y Franklin, y los sargentos Breuning y Meeks despertaron anoche a los secretarios de esos mediocres centros de enseñanza y los frieron a preguntas acerca de los japonesitos muertos. Según las descripciones de los secretarios, eran «buenos chicos», «chicos callados», «chicos que no confraternizaban con chicos blancos» y «chicos que sacaban calificaciones medias e iban a la suya».

Parker se quedó cavilando. Parker miró por la vidriera. Lluvia, lluvia y lluvia.

—¿El atraco a la farmacia, los disparos en las dos ubicaciones, los fileteados de silenciador?

—Verificaremos los registros de venta de armas y las denuncias de robos —dijo Dudley—, pero nos toparemos con el consabido hecho de que solo uno de cada seis compradores de armas cumple las leyes estatales en lo referente al registro de armas de fuego y registra realmente su adquisición. Con eso, y con las circunstancias también consabidas de que los japos tienden a comportarse como un clan, de que los japos venden armas única y exclusivamente a otros japos, y de que el autor del atraco que se cometió anteayer en la farmacia era a todas luces blanco. Aunque, eso sí, nuestros japos muertos me despiertan ciertas dudas. Dicho lo cual, añadiré que el homicidio es casi siempre un círculo racial cerrado, y no veo a un atracador blanco como sospechoso lógico en un caso de asesinato con un suicidio ritual simulado.

Parker movió la cabeza en un gesto de negación.

—El asunto quema. Tenemos en Little Tokyo a cuarenta y tres agentes operativos, entre federales, ayudantes del *sheriff* y miembros de nuestra Brigada de Extranjería. Aparte de la guerra, nada importa un carajo a nadie, ¿y por qué iba a importarles?

—¿Por qué, ciertamente? —convino Dudley.

—Volvamos a esas «certas dudas». Estoy pensando en el panfleto de incitación al odio y las divisas del Eje que se encontraron en la casa.

Dudley movió la cabeza en un gesto de negación.

—La procedencia de esa clase de panfletos es endemoniadamente difícil de localizar. Los apartados de correos que constan en ellos a menudo son direcciones postales que los incitadores al odio y los pornógrafos usan para enturbiar el rastro de su inmundicia. Es una forma de connivencia que requiere la colaboración de los carteros de barrio, y esas investigaciones resultan problemáticas incluso para los inspectores de correos más avezados.

Carl Hull conocía bien los panfletos de incitación al odio. Lo telefonaría e indagaría. Debía darle las gracias por lo de Kay Lake.

—Las divisas —dijo Parker.

—Sí, eso también a mí me parece interesante —admitió Dudley.

—Política.

—Sí, «política».

—La lista A-1.

—Sí. En mi opinión, deberíamos empezar por ahí. Iré a Terminal Island. La policía militar de Fort MacArthur tiene allí bajo custodia a una auténtica fuerza invasora de japos.

—Es nuestro primer paso lógico —dijo Parker.

—«Un círculo racial cerrado» —repitió Dudley—. Nos guía ese concepto. Debemos permanecer abiertos y, aun así, ceñirnos a él.

—Usted es el experto en homicidios, sargento. ¿Qué probabilidad hay de que el sospechoso no sea japonés?

—Una probabilidad mínima, señor.

Parker miró por la vidriera. Lluvia, lluvia, lluvia. Titulares de la guerra, guerra en la radio. En las mesas «muerte a los japoneses» era el tema de conversación.

—El asunto *no* quema en absoluto. Los japoneses han hundido el *Arizona*. Ahora se dirigen hacia las Filipinas. No se puede llevar un caso de homicidio en este clima.

Dudley sonrió. Le brillaron los ojos.

—Esto tiene mal pronóstico, señor. Haré cuanto esté en mis manos, pero no soy optimista. Al final descubriremos que el origen de los homicidios fue una grave fechoría en el Japón feudal. Un caudillo japonés se folló a la cabra de otro caudillo japonés sin pedir permiso. La transgresión se ha enconado durante siglos. Finalmente ha tenido su desenlace en la avenida Cuarenta y cinco, en Highland Park, el día antes de que los japoneses cometieran un grave error y bombardearan nuestra magnífica flota en Pearl Harbor.

Parker se echó a reír.

—Ate corto a sus chicos. No incriminen falsamente ni maten a nadie. Este caso no lo merece.

9.46 horas

Dudley salió. Parker pateó el suelo para que la sangre volviera a circularle por las piernas. Tenía calambres continuamente.

Lluvia, lluvia y lluvia. Bebe, aíslate del mundo, vuelve a subir por Wetherly. Duerme la mona en el coche. Puede que ella esté en el porche. Puede que ella adopte alguna pose.

Parker pidió un *bourbon* doble. Sintió el ardor del primer sorbo. Brindó por los muertos de Pearl Harbor y repasó el simulacro de oscurecimiento.

Había cogido su coche de policía. Circuló con los faros apagados. El oscurecimiento se prolongaba de 5.00 a 7.00 horas. Supervisó las dos divisiones del

Departamento situadas en la franja costera. Fue por la carretera de la costa desde San Pedro hasta Venice y vio el amanecer en el mar. No había farolas ni semáforos encendidos. Las luces de las casas y las luces de los coches estaban apagadas. Los observadores antiaéreos permanecían apostados en la playa. Ningún avión japonés rondaba cerca ni avanzaba como una exhalación hacia ellos. No disponían de ningún resplandor por el que orientarse ni objetivos que buscar.

Se dirigió tierra adentro e inspeccionó alguna que otra casa. Estaban a oscuras conforme a las ordenanzas. Escrutó a través de las rendijas de las persianas. Vio rayas de luz y oyó radios. FDR denigraba a los japos, una y otra vez.

Veintitantas casas, todas a oscuras conforme a las ordenanzas. Remontémonos a Deadwood en 1916.

Voyeur. Así lo llamó la Lake. En el año 16 él tenía catorce años. Fisgoneaba a través de las rendijas de los burdeles mientras su padre combatía en la guerra del 14. William H. Parker Segundo volvió a casa con La Sed. Se remontó a William H. Parker Primero, después de la tregua de la guerra de Secesión. Dos capitanes del ejército. Antietam y el Argonne. La guerra engendra La Sed.

Parker miró por la vidriera. La camarera oronda y curvilínea le llevó otra taza y otra copa. Parker pensó en Joan y la Lake. Alimentó La Sed y vio fundirse sus rostros.

LOS ÁNGELES / LUNES, 8 DE DICIEMBRE DE 1941

11.17 horas

Visita al bloque de celdas número 9 de Terminal Island. Es el sitio de moda entre los japos en San Pedro.

Cuatro galerías. Doce celdas en cada una. Doscientos dieciséis hombres y cuarenta y dos mujeres.

Dudley llevó a Mike Breuning, Dick Carlisle y Buzz Meeks. Ensayaron el guión de los interrogatorios por el camino. A los chicos les había entrado la fiebre bélica. Dudley se opuso a sus planes de alistamiento.

—Somos la vanguardia del frente civil, muchachos. Tenemos muchos asuntos en los que entrometernos antes de correr en busca de la gloria.

Se apropiaron de un puesto de guardia. Echaron una ojeada a las listas de subversivos. Los policías militares haraganeaban por allí. Había una pasarela contigua al puesto. Los japoneses estaban apretados como sardinas, seis por celda. Se los veía cabizbajos y jodidos.

—Este trabajo da pena. La acción está en las Filipinas. ¿A quién coño le importa quién mató a los putos Watanabe?

—Jack Webb quiere incorporarse a la Aviación —dijo Carlisle—. Estará bombardeando Tokio antes de que resolvamos este caso.

—Hay submarinos japoneses frente a la costa, hasta Santa Bárbara por el sur —dijo Meeks—. Lo han dicho en la KFI esta mañana.

Miró por encima la lista A. Los Watanabe figuraban en ella. Eran «simpatizantes fascistas conocidos». Se mencionaba a dos allegados conocidos.

Hikaru Tachibana, alias «Tachi». Nacido el 29-4-03, en Kioto, Japón. Presunto espía japonés. Trincado cerca de la fábrica de Douglas Aircraft en Santa Mónica. Fecha: 12-3-40. En su posesión: una minicámara cargada con película infrarroja.

Se dictaminó su posible deportación y quedó en libertad bajo fianza. Se inició el proceso judicial. Tachibana no compareció. Según rumores, se había fugado a México.

«Visto con frecuencia en la explotación agrícola de Watanabe (Valle de San Fernando) antes de su desaparición».

AC n.º 2: James Namura, alias «Jimmy el Japo». Nacido el 9-11-07, Los Ángeles. «Delincuente y profascista conocido». Graduado en el reformatorio Preston, timador, traficante de droga. Trapicheaba marihuana en el instituto Nightingale.

«Visto con frecuencia en la explotación agrícola de Watanabe (valle de San Fernando) a principios de 1941».

—La marca junto al nombre de Namura significa que lo tienen aquí detenido —explicó Breuning—. Y los hijos de Watanabe iban al Nightingale.

—Ve a buscar al sargento de planta —dijo Dudley—. Pide que lleven al señor Namura a la sala de interrogatorio ante la que hemos pasado de camino aquí.

Breuning se largó.

—Hay federales por todo Little Tokyo —dijo Carlisle—. Están metiendo a los japoneses en las cárceles de nuestras divisiones. He hablado con uno de la Brigada de Extranjería. Dice que los hombres del *sheriff* han empezado a vaciar el *paddock* de Santa Anita. Según cálculos de Llárame Jack, nuestra capacidad de alojamiento quedará desbordada la semana que viene.

Meeks escupió jugo de tabaco al cenicero.

—Yo esto no lo veo bien. La mayoría de esos capullos solo quieren comer anguilas asadas y echarle un casquete a la parienta. Este jaleo que se ha armado no tiene razón de ser.

Carlisle ardía *leeeeentamente*. Breuning silbó y agitó las manos. Se encaminaron con toda parsimonia hacia la sala de tormento.

La puerta tenía un espejo polarizado. Dentro: una mesa y sillas fijadas al suelo. En la mesa: un grueso listín telefónico. Junto a la mesa: James Namura, alias «Jimmy el Japo», sentado en el borde de una silla.

Observemos el corte de pelo, a lo cola de pato, y la esvástica tatuada. Observemos la mirada de yonqui.

Entraron y cerraron con llave. Se quedaron de pie junto a la mesa. Jimmy el Japo dejó escapar una risita. Dudley hizo una seña a los muchachos.

—Acordaos de Pearl Harbor —dijo Meeks.

Breuning y Carlisle agarraron a Jimmy el Japo y lo lanzaron contra la pared.

Chocó y rebotó. Era delgado. Sonó igual que el golpe de un matamoscas. Breuning cogió el listín telefónico y se lo estampó en la cabeza. Jimmy el Japo se enroscó, como un ciempiés.

—Ya basta —dijo Meeks—. El señor Namura es ciudadano estadounidense.

—Y una mierda —contestó Carlisle—. Esto es un juicio sumarísimo, y el condenado es él.

Jimmy el Japo se meó encima. El lago formado en el regazo se extendió hasta las rodillas.

Breuning alzó el listín. Dudley le bajó el brazo y se arrimó a él para hablarle en un susurro.

—Pide al sargento de planta que localice el parte de detención del señor Namura. Debería incluir un inventario de los objetos hallados en su vivienda. Buscamos fenobarbital, paregórico, dinero del Eje, panfletos de incitación al odio, una Luger con silenciador y herramientas para fabricar silenciadores.

Breuning ahuecó el ala. Meeks arrojó a Jimmy el Japo a la silla otra vez. Carlisle le arreó con el listín. Le saltó un diente de oro. Este cayó a la mesa y rodó.

Jimmy el Japo dejó escapar una risita. Dudley hizo una seña a Carlisle y Meeks. Carlisle ofreció un pitillo a Jimmy el Japo. Meeks le ofreció su petaca. Jimmy el Japo chupó de la teta.

Observemos el estremecimiento de gratitud. Observemos la palpitación de las venas, ahora lenta.

Dudley se sentó a horcajadas en una silla.

—Un allegado conocido suyo, Ryoshi Watanabe, y su familia fueron asesinados el sábado por la tarde. El método empleado para el homicidio fue un *harakiri* simulado. Ando buscando al chivo expiatorio japonés idóneo, y los recientes acontecimientos geopolíticos me han convencido de que usted cumple los requisitos. Ahora su trabajo consiste en disuadirme. Empiece por exonerarse. Luego facilíteme la información básica sobre la familia Watanabe. Entreténgame con sus conocimientos y percepciones, o morirá en la sala verde de la cárcel de San Quintín dentro de tres meses.

Jimmy el Japo chupó *bourbon*. Su palidez de infiel se tiñó de rojo.

—Yo estaba en una fiesta de graduación en Preston. Un chico que conozco se embolsó una pasta jugando al káiser. Pillamos a unas nenas de Tulare y nos las follamos.

—¿Dónde os las follasteis? —preguntó Carlisle.

Jimmy el Japo dejó escapar una risita.

—¿Dónde va a ser? En la raja.

—El lugar, muchacho —dijo Dudley.

A Jimmy el Japo le entró la risa tonta.

—En el Sleepytime Lodge, a un paso de la Ciento uno. Es un chanchullo que se tienen montado los guris del Preston. Cuelan ganado en las fiestas de graduación. Se llevan tajada: las chicas apoquinan el veinte por ciento.

—¿A qué hora entrasteis en la habitación? —preguntó Meeks.

—A eso de las doce del mediodía, texano. Yo a usted lo he visto en el cine, ¿sabe? Siempre es el gordo del caballo pinto que nunca dice nada.

Dudley sonrió.

—El sargento Meeks hizo carrera como extra en películas del Oeste antes de entrar en la policía. Tuvo un magnífico papel con diálogo en *Tiroteo en Crested Butte*.

Jimmy el Japo empinó la petaca.

—Yo una vez salí en un cortometraje. Fue en Tijuana. Le dimos mosca española a una mexicana, y menuda calentura pilló. Chingó conmigo, con dos frijoleros y con un dóberman que se llamaba Rex.

—¿A qué hora dejasteis la habitación de la pensión? —preguntó Meeks.

—Rex tenía una polla enorme. Parecía una vara de zahorí.

Carlisle blandió el listín telefónico. Jimmy el Japo se encogió en actitud burlona.

—Nos fuimos de la pensión a eso de las nueve. Guindamos un DeSoto del 36 en un motel de la estatal 99 y vinimos a Los Ángeles. En el Hindenburg Park nos encontramos con una concentración de la Federación Germano-Americana y nos pusimos a cien con las *fräuleins* y la cerveza. Las nenas y mi socio se abrieron con el DeSoto. Yo me fui con un nazi, un tal Fritz, que me llevó en su coche. Nos fumamos un petardo y hablamos de la cuestión judía. Me dejó en casa a eso de la una. Aún estaba dormido cuando se presentaron los federales. «¡Los tuyos han bombardeado Hawái, mangante!», me dijeron. «¿Y a mí qué me cuenta? ¿Qué tengo yo que ver con eso?», dije.

Entró Breuning. Hizo una seña a Dudley: «Nanay, *nein nyet*».

—Danos nombres —dijo Carlisle—. El de tu socio, el de las chicas, el apellido del nazi.

Dudley, con mímica, le indicó que cortara y dijo:

—Los Watanabe, muchacho. ¿Qué puede decirnos de ellos?

Jimmy el Japo hizo un gesto: «Quiero fumar». Carlisle le dio un pitillo. Jimmy el Japo apuró la petaca y se la lanzó a Meeks.

—Ryoshi era miembro de la mitad de las hermandades de la Costa Oeste. Ya me entiende, esa panda de chiflados con sus ideas feudales y sus mandangas de la madre patria. Lo conocí en el instituto Lincoln, durante un campeonato de atletismo. Tomábamos té *ma huang* y rajábamos sobre los acontecimientos mundiales. Ryoshi perdía el oremus cuando hablaba del emperador, la eugenesia y la erradicación de los chinos. Le obsesionaba la idea de la hegemonía japonesa en el mundo. Yo le decía que solo necesitábamos Asia, que ya se ocuparía el Führer de los rojos y los judíos, y que se dejara de joder con Estados Unidos. Me da vergüenza, jefe. Yo no tengo nada contra el blanco americano. Pearl Harbor no fue idea mía.

Dudley sonrió.

—Es usted un testigo encantador, señor Namura. Sea tan amable de seguir con su interesante disertación sobre la familia Watanabe.

Jimmy el Japo se balanceó en la silla.

—Era un fulano muy reservado, ese Ryoshi. Iba a reuniones aquí y allá, pero en cuanto a quién veía y qué sabía... de eso nunca soltaba prenda. Estaba convencido de que ganarían la guerra los chicos de Hitler y Tojo, y cambió todo su dinero estadounidense por marcos y yenes, lo cual quizá fuera un tanto prematuro, teniendo en cuenta las últimas noticias sobre el frente ruso. En la administración de la granja escatimaba al máximo, y el invierno pasado me llevó allí un par de semanas para controlar a sus esclavos. Todos sus recolectores eran espaldas mojadas. Se los proporcionaba la policía estatal mexicana. Ryoshi me dijo que el jefe era un tal Carlos Madrano, capitán de la Policía del Estado. Traficaba con heroína en Baja California y era allí un capo del hampa o algo así. Lo vi una vez. Y cómo vestía: todo un figurín. Camisa negra, pantalón de montar, botas altas. Era muy fascista, ándale pues.

El Gran Carlos, acertadamente observado. Tratante de espaldas mojadas: no era noticia. ¿Heroína? Sí era noticia.

Dudley hizo una seña a los chicos. Sacaron sus cuadernos. Breuning asumió el cambio de tercio.

—¿Y la madre? ¿Qué cuentas de ella?

—¿Hay algo que contar? Iba en kimono e inclinaba la cabeza a todas horas. Salía de las habitaciones caminando hacia atrás. Cojeaba porque Ryoshi la obligaba a vendarse los pies.

—¿Y esas hermandades? ¿Qué tenemos en cuanto a nombres? —preguntó Meeks. Jimmy el Japo se echó a reír.

—Nada, porque no hablo japonés. Entiendo las tradiciones y la política, pero esos tipos de las hermandades se quedaron en la Edad Media. ¿Qué sentido tiene establecer un nuevo orden mundial si no das cabida a una nueva generación? Es lo que ya he dicho antes. Ryoshi conocía a esos tipos e iba a esas reuniones, pero se lo tenía todo muy callado.

—¿Primos, tíos, otros allegados conocidos? —preguntó Carlisle.

—Nada, jefe. Ryoshi y yo tomábamos té y rajábamos sobre los acontecimientos mundiales, pero ahí se acababa *nuestra* confraternización. Yo trabajé en la granja y vi asomar las narices por allí a *El Fascista*, pero, aparte de eso, no participaba en la vida privada de los Watanabe.

—Hikaru Tachibana. ¿Te suena de algo? —preguntó Breuning.

—De nada, jefe. No me suena de nada.

—Tú pasabas marihuana en el Nightingale —dijo Meeks—. ¿Les pasabas a Johnny y Nancy?

—*Nein, mein Herr*. Unos estupas me zurraron de lo lindo en el 37, así que dejé ese chanchullo y me metí en política. Como tapadera, tengo un tenderete en Alameda. Si les interesa comprar banderas del sol naciente o brazaletes nazis, avísenme.

—Johnny y Nancy. Suelta lo que sepas.

—¿Hay algo que soltar? Nancy era una pelma. Llevaba kimono en casa y calcetines cortos en el instituto. Johnny era un estirado. Le habían metido en la cabeza toda esa palabrería de la extrema derecha y vestía como un cholo, pero no era más que un blandengue. Era un tanto degenerado. Espiaba a Nancy. Decía que tenía una buena pelambreira.

—Lugers provistas de silenciador —dijo Meeks—. ¿Qué es lo primero que te viene a la cabeza?

Jimmy el Japo bostezó.

—«De pena», eso es lo primero que me viene a la cabeza. Armas... yo no voy de ese palo, texano. Si me está preguntando por esa clase de arma o por *cualquier* otra clase de arma y los Watanabe, lo único que puedo decirle es: «No lo sé» y «Eso no cuadra con el trato que teníamos».

—No se te ha notado muy sorprendido cuando te hemos dicho que han matado a

la familia —dijo Breuning.

Jimmy el Japo se rascó los huevos.

—Hoy día ya no me sorprende nada. Estoy durmiendo la mona, y los federales echan abajo la puerta de mi casa y me acusan de quintacolumnista. ¿Cómo que quintacolumnista? Yo vendo baratijas fascistas, le pego al opio y persigo gachís. Sí, me va el emperador, pero si tengo que elegir, me quedo con los Estados Unidos de toda la vida.

Dudley se dio una palmada en las rodillas.

—Señor Namura, se ha exonerado usted a mi entera satisfacción. Muchachos, ¿hay consenso?

Los chicos asintieron. Jimmy el Japo dijo:

—Una cosa más.

—Adelante, muchacho. Escuchamos.

—Ryoshi me dijo que *El Fascista* y «un blanco» eran los propietarios de la casa de Highland Park. Se trataba de una especie de «propiedad fantasma», registrada «extraoficialmente», toda esa mandanga subrepticia. *El Fascista* y el blanco compraban propiedades de japoneses y «tenían grandes planes», aunque a ese respecto Ryoshi no entró en detalles.

Ryoshi figuraba en la lista A-1. El Departamento de la Guerra dio orden de confiscar todas las propiedades de los elementos incluidos en A-1. Los registros de la propiedad serían ahora información reservada de los federales. Carlos Madrano estaba a partir un piñón con Lláname Jack. No se podía apretar las tuercas a *El Fascista*...

Todavía.

Dudley se puso en pie.

—Procuraré que lo dejen en libertad, señor Namura. A cambio, le pediré que intente determinar quiénes son los dueños contrastables de esas propiedades japonesas. Me llamo Dudley Smith, y puede ponerse en contacto conmigo en el edificio municipal.

Jimmy el Japo le dirigió el saludo «*Heil Hitler!*» Dudley se lo devolvió.

Breuning y Carlisle se carcajearon. Meeks lanzó una mirada recelosa a Dudley. La mirada recelosa de Oklahoma: muy severa.

—*Mein Führer* —dijo Jimmy el Japo.

Dudley inclinó la cabeza.

—Me honra, muchacho. Pero debo insistir en que lo deje ya.

LOS ÁNGELES / LUNES, 8 DE DICIEMBRE DE 1941

13.07 horas

La granja estaba al nordeste, a cierta distancia. El informe de Dudley contenía un mapa. Los Watanabe cultivaban lechugas y coles. Un rótulo tallado en madera indicaba el límite de la finca.

日本への門

«Puerta de entrada a Japón»: tallado en caracteres *kanji*.

Ashida paró junto a la cerca y dejó el coche al ralentí. El extremo oriental del Valle era territorio agrícola japonés. Las tierras de labranza se extendían hasta la sierra de San Gabriel. Los componentes del suelo sustentaban el cultivo de hortalizas.

Los Watanabe estaban muertos. Sus braceros seguían trabajando. Mexicanos esqueléticos. Un trabajo deslomante. Hunde el azadón, arranca esas raíces.

Espaldas mojadas. Probablemente bajo la supervisión de Carlos Madrano. El Capitán suministraba los trabajadores a la granja de Ashida. La exigua remuneración de estos aseguraba un mínimo margen de beneficios. El Capitán proporcionaba esclavos a la mayoría de las granjas de la zona este del Valle. Mantenía estrechos lazos con el Departamento de Policía.

Los policías estatales mexicanos actuaban como capataces de los esclavos de Watanabe. Vestían uniforme caqui almidonado y gorra a lo SS. Los federales andaban por ahí metiendo en el trullo a *nisei* e *issei*. Los policías estatales lucían indumentaria fascista.

Ashida se apeó del coche. Lo asaltó un olor: anómalo, nítido.

Era aceite de pescado. Había percibido ese mismo olor en unos cristales rotos en casa de los Watanabe. Leyó el informe de la autopsia de Nort Layman. Dejaba constancia de la presencia de aceite de gamba en los pies de las cuatro víctimas.

Un capataz reparó en él. Llevaba al cinto una pipa enfundada y una porra. Ashida subió al coche y pisó el acelerador. No podía hablar con los trabajadores. Dudley se enteraría.

なぜこのことが気になるのか。¿A ti esto qué más te da?

Estaba pensando en su lengua materna. En realidad era su *segunda* lengua. Era estadounidense por derecho de nacimiento. Era japonés por código racial. La respuesta era esta:

理由を知らなければならぬからだ。Necesito saber por qué.

Recorrió las carreteras circundantes. Vio el mismo montaje cuatro veces. Granjas

japonesas, negreros de la policía estatal, cuadrillas de jornaleros consumidos. En la granja de su propia familia, Akira era el único capataz. Sospechaba que la presencia de capataces de la policía estatal mexicana obedecía a una nueva orden de Madrano: «Trabajo muy difícil».

Las carreteras serpenteaban hacia el sudoeste. Pasó entre campos de zanahorias. Braceros flacos se agachaban y arrancaban raíces. Más adelante surgió una discordancia. Recolectores saludables, sin fascistas a la vista.

Se detuvo junto a la cerca. Un japonés haraganeaba al otro lado de la alambrada. Llevaba pantalón corto y salacot. Permanecía apoyado en un azadón.

Ashida probó a usar su lengua materna. De entrada le sonó desarticulada.

どうも、芦田という者です。

—¿Conoce a Ryoshi Watanabe? Tiene una granja cerca de aquí.

El hombre hablaba japonés. Pulverizaba los sustantivos y prescindía de los verbos copulativos.

—No he visto a Ryoshi últimamente. Un hombre poco hablador. Vendió la granja. No sé a quién.

Ashida sostuvo en alto su carnet de identificación. El hombre fijó en este una mirada inexpresiva. No sabía inglés. Ashida recurrió a su lengua materna.

—Soy químico y trabajo para la policía. ¿Cuándo vendió Ryoshi su granja? ¿Qué puede decirme de su familia y sus amigos?

Sonaba distorsionado. Tenía oxidada la lengua materna.

El hombre masculló en japonés. Ashida interpretó a tientas sus palabras.

—La familia, muy reservada. Vendió la granja hace poco. No recibió dinero. Recibió un porcentaje de la cosecha.

Ashida construyó una respuesta. Empezó a hablar y le faltaron las palabras. El hombre escupió a sus pies y se alejó.

Una brisa removió el polvo. Este se elevó de los surcos del campo y se arremolinó. Ashida subió al coche. Su propia granja estaba cerca de allí.

Avanzó entre nubes de polvo. La carretera era medio visible. Resbaló en la grava a lo largo de todo el camino.

Sus propios ilegales presentaban un buen estado físico. Disponían de un barracón con calefacción y libraban los domingos. Akira era su capataz. Policías estatales mexicanos con camisa negra: prohibidos.

Ashida aparcó junto a la cabaña. La brisa cesó. Las nubes de polvo hicieron ¡puf!

Akira se acercó. Llevaba Coca-Colas. Ashida salió del coche y aceptó una.

Entrechocaron las botellas.

—Mariko me está volviendo loco. No se da cuenta de que el mundo ha cambiado.

—El FBI tiene una lista. Sus agentes y la policía municipal han organizado redadas.

—Si hay una lista, ella está incluida. Me ha llamado esta mañana. Estaba medio trompa, y esta vez no se lo reprocho. Llaman a las puertas y se llevan a familias

enteras. Han echado el candado a la mitad de las puertas de su rellano. Eso se ha alargado toda la noche.

Ashida tomó un sorbo de Coca-Cola. Estaba tibia. La tiró a un cubo de basura.

—Un agente cuida de ella. Lo mandó un capitán del Departamento de Policía. Quiere tenerme contento, por ahora. Estoy trabajando en un homicidio múltiple.

Akira tiró su Coca-Cola.

—El agente especial Ward J. Littell. Mariko repetía su nombre una y otra vez. Ese hombre sabe cómo ganarse a la vieja, eso hay que reconocerlo. Bebió y jugó con ella al pinacle hasta las dos de la madrugada.

Ashida sonrió.

—Solo la llamas «Mariko» cuando te enfadas con ella.

—Piensa que el padre Coughlin es el Papa. Llama al presidente «Franklin Doble Rosenfeld». Me ha dicho que Pearl Harbor es un «campamento sionista».

Ashida tocó el cubo de basura con la puntera del zapato.

—¿Ha ocurrido algo fuera de lo normal con el capitán Madrano? ¿Ha intentado alguien comprar esta granja?

Akira negó con la cabeza.

—No, Madrano proporciona los esclavos, eso es todo. Se embolsa su parte, dice «Gracias» y vuelve al mes siguiente con la mano tendida. Y *nadie* quiere estas tierras. El mantillo apesta, y las cosechas son de segunda.

El viento levantó el polvo. Ashida volvió a subir al coche. Akira se inclinó junto a la puerta del conductor.

—Estamos con la mierda al cuello, Hideo. El maldito emperador descorcha la botella en Tokio, y nosotros la pagamos aquí en Los Ángeles.

—Tengo un asunto entre manos —dijo Ashida—. Podría ser beneficioso para el Departamento. Si beneficio al Departamento, harán el esfuerzo de beneficiarnos a nosotros.

Akira se echó a reír.

—¿*En serio?* ¿Confías en ese cálculo como confiarías en una fórmula química sacada de un manual? Eres el único japonés del Departamento, ¿crees que tendrás inmunidad como funcionario en medio de todo esto?

Una ventada sacudió el coche. Los guijarros golpetearon el parabrisas.

—Ese tal Littell contó a Mariko que el FBI va a llamar a declarar a Bucky Bleichert. Creen que conoce los trapos sucios de algún que otro *nisei* subversivo. Se sabe la vida y milagros de Mariko. ¿Crees que no se irá de la lengua? ¿Crees que no utilizarán su entrada en el cuerpo de policía para sonsacárselo?

Belmont. Las duchas. Los chasquidos de la cámara activada por tensión. Bucky bajo los chorros de agua.

Ashida negó con la cabeza. La grava arremolinada se le metió en los ojos.

—Nuestra madre siempre le ha tenido antipatía a Bucky. Dramatiza: no tiene sentido de la proporción.

—Ya no hay proporción que valga —dijo Akira—. Eso se acabó con Pearl Harbor.

14.21 horas

Vio palabras sueltas en caracteres *kanji*. Rebotaban en el parabrisas. Arrancó y recorrió la carretera circundante.

Se sentía como un peregrino recién desembarcado. No hables japonés; habla inglés.

Debo ser indispensable. Debo ser esencial para la policía de Los Ángeles. Debo actuar con audacia. Debo secundar la justicia y garantizar la seguridad de mi familia, cueste lo que cueste, exija lo que exija.

Por pistas de tierra hasta la calzada de asfalto. Por el puerto de Cahuenga hasta Hollywood. Banderas a media asta. Decoración navideña. Sin luces de colores: sería una infracción del código de oscurecimiento.

Ashida tomó por Sunset en sentido este. Mantuvo las ventanillas subidas. El coche lo aislaba del exterior. Los automovilistas podían verlo y exclamar: «¡Japo!».

En ese preciso momento cayó en la cuenta. En la casa había pasado algo por alto. Algo muy evidente. Algo que el asesino pasó por alto.

Se sentía intranquilo. El laboratorio se le antojaba una bola y un grillete. Evitó Figueroa y atravesó Chinatown. Vio chicos tong con pañuelos de colores. Vio al alcalde Bowron y al *sheriff* Biscailuz frente al restaurante de Kwan.

Los chinos odian a los japos. No les faltan razones. La Masacre de Nankín: 1937. Soldados japoneses decapitan a recién nacidos chinos.

Chinatown colindaba con Little Tokyo. Los chinos del barrio están exultantes; los japoneses del barrio están desolados. Hay cuatro japoneses muertos en Highland Park.

La cercanía engendra combustión. Ahora no queda *ningún* japonés en Highland Park.

Daba la sensación de que el crimen se circunscribía a un conflicto racial. Daba la sensación de que el crimen se encuadraba en un espacio geográfico.

Ashida atajó hacia el sur por Alameda. Bajó la ventanilla y respiró un poco de aire fresco. Una lata golpeó el parabrisas. Se saltó un semáforo en rojo y siguió lentamente hacia Little Tokyo. En el límite este vio sedanes de los federales aparcados en doble fila.

Siguió lentamente por la calle Dos. Banderas de Estados Unidos adornaban los escaparates. Ventanas rotas, candados en las puertas, avisos de propiedad confiscada. Hombres blancos con trajes oscuros en los que se dibujaba el bulto del arma. Una redada frente a la pescadería Saji.

Cuatro guris de la Brigada de Extranjería. Seis chicos japoneses. Lee Blanchard

tirando al suelo billeteros y llaves de coche. Thad Brown y Elmer Jackson armados con escopetas.

Siguió lentamente y pasó por delante del edificio de su madre. Fuera estaba la viuda Nakamura, esposada. Un furgón de la oficina del *sheriff* ocupaba la acera. Mariko estaba en la escalera de incendios de su piso. La acompañaba un federal alto. Reían y bebían cócteles.

Un japonés corría hacia el oeste. Se sujetaba un peluquín ensangrentado y una porción de cuero cabelludo. Cal Denton lo perseguía. Cal Denton era tristemente famoso. En otro tiempo ejerció de guardaespaldas de Davis Dos Pistolas, y mató a patadas a un proxeneta negro.

Ahí está el capitán Bill Parker. Mide marcas de neumáticos en la calle. Se lo ve agotado. Se lo ve necesitado de una copa.

Ashida pasó por delante de un edificio envuelto en crespón rojo, blanco y azul. Un letrero en una ventana rezaba: COMITÉ ANTI-EJE. En los años treinta era un estanco. Estaba vacío los sábados. Ahora es un centro de reunión patriótico.

Ashida siguió lentamente por Main Street y torció al este por la calle Uno. Empezó a anochecer, muy *despaaaaaacio*. Una sirena ahogó el bullicio callejero. 16.55: faltaban cinco minutos para el simulacro de oscurecimiento.

Se detuvo junto a la acera. El sonido de la sirena se prolongó. Lo cronometró con su reloj. Las repeticiones se interrumpieron a las 16.59.

Se apagaron las luces de las ventanas. Se corrieron las cortinas. Se cerraron los postigos. Los automovilistas prescindieron de los faros y encendieron las luces de posición. Los semáforos se atenuaron.

Una oscuridad relativa, una oscuridad mayor, una oscuridad total. En la calle un silencio acorde. El tráfico disminuyó. La gente entró en sus casas. Los federales montaron en sus coches federales y se marcharon.

Algo cobró forma en su cabeza. No lo dijo ni lo vio ni lo pensó. Sencillamente lo supo.

El lugar estaba a dos kilómetros y medio al sudoeste. Encendió las luces de posición y circuló por callejones. No hay neón, ni luz en los edificios. Ahora el mundo es oscuro y uniforme.

Unas siluetas cruzaron las calles Tres y Seis. Era algo apenas iluminado. Tenían que ser coches.

Avanzaban demasiado despacio. Ashida avanzaba demasiado despacio y se sentía fundirse con el resto. Dobló al oeste por Wilshire. Los semáforos apenas brillaban. Giró hacia el sur en Union y casi se empotró contra un camión. El lugar estaba justo allí, en la calle Quince.

Ningún sonido, ninguna luz. *Wilkommen*, Deutsches Haus.

Ashida aparcó y miró. Ningún sonido, ninguna luz. Oyó una colisión de coches en algún sitio.

La espátula para sangre seca podría servirle. La linterna, sin duda.

Las cogió. Se acercó y llamó a la puerta con el puño. El cristal de la ventana contigua vibró.

El mundo es oscuro y uniforme. Aquí no hay nadie. Es un simple 459.

Sabes que está mal. Sabes que debes reunir pruebas unilateralmente. Sabes que debes producir tus propios resultados cuantificables.

Ashida introdujo la espátula en el ojo de la cerradura. Ahora considérala un escalpelo. Tantea los pines, clic, clic.

Lo hizo. La cerradura estaba bien engrasada. La hoja de la espátula era flexible.

Espera a oír los clics. Desplaza la hoja. Una vez más, así...

Se oyó el chasquido de la cerradura. La puerta se abrió.

Ashida entró y cerró la puerta. Sostuvo la linterna entre los dientes. El desván en casa de la familia Watanabe, ahora esto.

Trazó un arco con la linterna. El haz alumbró lo siguiente:

Banderas con la esvástica en las paredes. Fotos enmarcadas en lo alto de las estanterías. Hitler con camisa parda, Hitler en pantalón corto, Hitler con el pelo muy alborotado.

El *Mein Kampf* en los estantes. El mismo tostón en inglés y en alemán. Libros encuadernados en tela sin título en el lomo.

Ashida cogió un libro y lo hojeó. Todo eran fotografías.

Hombres estragados con pijamas a rayas. Soldados alemanes sosteniendo cabezas cercenadas. Cerdos alimentándose en una pila de cadáveres.

Volvió a colocar el libro en su sitio. Sintió un mareo. *La linterna por delante, respira mientras caminas.*

Entró en un despacho. Tenía una superficie de poco más de un metro cuadrado. Observemos los estantes atestados de baratijas.

Llaveros de Hitler e Hirohito. Casquetes judíos con hélices de juguete. Fichas de póquer con la esvástica grabada.

Una mesa y una silla giratoria. Seis cajones.

Probó a abrir los cajones. Estaban cerrados. No había llaves en el escritorio. Hincó la espátula en los ojos de las cerraduras. Tenía las manos bañadas en sudor, se le escurría la espátula, reventó el cierre de un cajón.

Estaba vacío. Habían quedado las marcas de la herramienta. Delataban el allanamiento.

Respiró hondo. Siguió con lo suyo. Introdujo la hoja en la ranura, tiró, escarbó, jaló, sacudió, empujó, hizo palanca. Tenía las manos resbaladizas. Se las enjugó en la chaqueta del traje. El sudor le empapaba los puños de la camisa.

Ahí: dos, tres, cuatro, cinco, seis cajones forzados. Ahí: sécate la cara, emborróna las huellas, contén la respiración.

Le dolía la mandíbula. Le dolían los dientes. La linterna se le desplazaba en la boca.

Registró los cajones. Tres estaban vacíos. El cuarto contenía un grueso fajo de

marcos alemanes. El quinto contenía una bolsa de terciopelo con cierre de cordón.

La cogió y la dejó en el escritorio. El peso lo excitó. Tiró del cordel y vació la bolsa en el escritorio. Cayeron cuatro toscos silenciadores y cuatro Lugers.

Automáticas de acero azul. Cachas de nácar con esvásticas de ónice.

Tocó las pistolas. Acarició las pistolas. Se acercó las pistolas a la mejilla. Devolvió las pistolas y los silenciadores a la bolsa y ciñó el cordón.

Buscó documentos. Listas de miembros, recibos, registros de transacciones.

Miró debajo del escritorio. Fue a ver en el baño contiguo. Revolvió los cachivaches de los estantes. Hizo demasiado ruido.

Nada. Ningún documento, ningún...

Lo asaltó un estado de agitación y vértigo. Cogió la bolsa y echó a correr. Sintió las extremidades desconectadas. Tropezó con estanterías y volcó bustos de Hitler. Volvió a salir por la puerta. Eran las 18.29. Seguía el oscurecimiento. El mundo seguía oscuro y uniforme.

Los coches circulaban a paso de caracol por la calle Quince. Las nubes ocultaban la luna. Daba la impresión de que Los Ángeles se hallaba sumergida. El *Herald* matutino mostraba el titular SOUTHLAND SE PREPARA PARA UN ATAQUE DE SUBMARINOS JAPONESES.

Su coche era un submarino. El asiento delantero era la cabina. Cogió por Union hasta la calle Seis y desde allí siguió hasta Grand. Otros submarinos pasaron cerca. El agua era muy densa. Todos maniobraban muy despacio.

Se sentía aún desconectado. Consultó el reloj del salpicadero: 18.38, 18.39, 18.40. El mundo se reiluminaría a las 19.00.

Por Grand hasta la calle Uno, al este hasta la comisaría.

El edificio estaba bajo el agua. Aparcó y guardó la bolsa en el estuche de pruebas. Entró por la puerta trasera. La luz atrapada le quemó los ojos.

Ante el mostrador de recepción se apiñaban los *japos* y los matones de la Brigada de Extranjería. Lee Blanchard mantenía a un chico sujeto por el cuello.

Ashida se encaminó hacia el laboratorio. Las luces estaban apagadas. Pulsó un interruptor de la pared y activó las bombillas del techo. Las persianas estaban pegadas a los cristales con cinta adhesiva.

Ashida se encerró por dentro. Nadie se daría cuenta. Era el japo nocturno. No tenía vida personal. Siempre trabajaba hasta altas horas de la noche.

Despejó espacio en una mesa. Sacó las Lugers y los silenciadores. Abrió el cajón y recuperó sus dos juegos de fotos. Las colocó junto al alijo de la Deutsches Haus.

Dos instantáneas de fileteado de silenciador teñido. Instantánea n.º 1: la farmacia. Instantánea n.º 2: la casa de la familia Watanabe.

Raspó los silenciadores de la Deutsches Haus para desprender parte del fileteado. Sumergió las muestras en una cubeta de tinte de anilina. Las secó con cuidado y las examinó bajo un microscopio con los aumentos al máximo.

Confirmado. *Sí*: los mismos componentes metalúrgicos. *Sí*: las mismas pequeñas

discordancias. *Sí*: su anterior conclusión, actualizada.

Los silenciadores empleados en la farmacia y en la casa eran distintos. Se habían fabricado con el mismo metal. La Deutsches Haus era el lugar de procedencia de los silenciadores empleados en ambas ubicaciones.

Se oyeron bocinazos. De fuera llegaron exclamaciones de júbilo. Ashida consultó el reloj de pared. 19.00 horas, en punto.

Retiró la cinta adhesiva de las persianas. El centro de Los Ángeles estaba iluminado. Las luces de los edificios, las luces de neón, las luces de los coches. Los automovilistas tocaban el claxon y exhibían la V de victoria.

Abrió el cajón de la munición y sacó cuatro balas. Cargó las Lugers de la Deutsches Haus y enroscó los silenciadores. Preparó la galería de balística y dispuso las pistolas. Listo, apunta, fuego.

Cuatro pistolas, cuatro silenciadores. Cuatro disparos, cuatro detonaciones amortiguadas. Constatación visual n.º 1:

El fileteado de los silenciadores se desprendía con un solo disparo. Se ensortijaba y caía como los fileteados de la farmacia y la casa.

Ashida examinó las fotos de la farmacia y de la casa. Ashida recuperó y examinó las balas recién disparadas.

Constatación.

Las balas nuevas se deterioraban de manera idéntica.

La Deutsches Haus, la farmacia Whalen, la casa de la familia Watanabe. Lugers con idénticos defectos de funcionamiento. Probables imperfecciones en el percutor y el eyector. Balas deformadas y bifurcadas. Un robo a mano armada descarado. Un sacrificio ritual simulado. Armas de la Deutsches Haus disparadas en ambas ubicaciones.

Debo ser indispensable. Debo continuar actuando con audacia y de manera unilateral.

Ashida se acordó de Bucky. Ashida se acercó una pistola nazi a la mejilla.

Estamos en guerra.

El mundo es oscuro y uniforme.

Los coches son submarinos.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / LUNES, 8 DE DICIEMBRE DE 1941

19.57 horas

El público está tenso y preparado para la ocasión. Hemos entrado en guerra contra un enemigo fascista. Un negro estadounidense con aureola izquierdista y encanto de esnob pronto saldrá a escena y refrendará nuestro buen gusto ilustrado. Estoy a seis filas del escenario, en una butaca contigua al pasillo. Soy la joven sin compañía que luce el deslumbrante vestido rojo de lana. Esto no será tan divertido como el combate de Bucky Bleichert de anoche. No he venido con Scotty Bennett. Bucky, desnudo salvo por el calzón, no saludará al público con los brazos en alto ni enseñará sus enormes dientes de conejo.

Estoy aquí para promover los pretenciosos planes del capitán William H. Parker. La Reina Roja y sus consortes varones ocupan asientos en la fila de delante. Los reconozco por las fotos incluidas en los expedientes que el capitán Parker me ha dado esta mañana. Claire De Haven es muy aristocrática. El temblor de las manos y la pátina de humedad en el cuello denotan la adicción a la droga mencionada en su expediente. Es una mujer alta y atractiva de treinta y tantos años, una debutante que después de la universidad sintió atracción por la izquierda y, para asombro de la izquierda, perseveró. A ambos lados: el actor homosexual Reynolds Loftis y su amante, Chaz Minear. Los dos constituyen el núcleo de la célula de la Reina Roja. Son finolis, venenosos, pagados de sí mismos. Estoy tan cerca de ellos que oigo su conversación y tan cerca de la realidad geopolítica que simpatizo cautamente con sus objetivos. Los «miembros secundarios» de la célula de la Reina están sentados a la derecha de ellos tres. Son una borrosa presencia en la chuleta facilitada por el capitán Parker, esa clase de hombres prestos a condescender, a ir en busca de copas y a encender cigarrillos. La Reina ofrece grandes fiestas en su casa de Beverly Hills. Con frecuencia los invitados de sexo masculino acaban en su cama. Los subalternos vacían ceniceros, llevan los vasos a la cocina y cierran puertas y ventanas mientras su reina fornicia.

Se me ha proporcionado un prontuario acerca de su disipación. Estupefacientes, promiscuidad, curas de desintoxicación en una clínica de Malibú dirigida por un cirujano plástico de dudosa reputación. Brillante, el capitán William H. Parker. Leyó el expediente sobre mis actividades subversivas, evaluó mi participación en el caso

del Boulevard-Citizens y percibió el extravagante carácter de mi relación con Lee Blanchard. Comprendió que soy una más entre estas personas y por consiguiente me horrorizan tanto que las engañaré, las traicionaré y las destruiré. Somos los dos de la pradera de Dakota, el capitán Parker y yo. Vemos el libertinaje que anida dentro de nosotros, y nos abandonamos a él y lo rehuimos de forma inconstante. Conmigo, el capitán Parker extrajo conclusiones morales arriesgadas. Dio por sentado que yo arremetería contra la Reina movida por un sentido de autovindicación. Está totalmente en lo cierto.

Ahora hablan en voz alta; se advierte hostilidad en su tono. Alrededor oigo el murmullo de las conversaciones. Son los previsibles comentarios previos a la subida del telón. ¿Cuándo iniciará FDR el llamamiento a filas a gran escala para la guerra? ¿Cuál será el contingente y quién quedará exento? Los japoneses han invadido Filipinas, el recuento de víctimas mortales en Hawái aumenta. La Reina y sus consortes muestran desdén hacia la charla circundante. Su propia charla es más elitista. Versa sobre el «encarcelamiento masivo ilegal» de «japoneses inocentes». Es parloteo irritante en medio de una concentración para la promoción de bonos de guerra. Ilustra muy claramente quiénes son... porque yo sé que la razón está de su lado.

Esta tarde he pasado en coche por Little Tokyo. Lee se ha incorporado a la Brigada de Extranjería, así que tenía que ir allí a ver cómo estaba el panorama. He visto detenciones, confiscaciones, japoneses sumisos engrilletados. Lee recorría la calle Dos blandiendo una porra. He visto al japonés en quien me fijé durante el combate de Bucky Bleichert: observaba la escena desde su coche tal como hacía yo. Fijaba la atención de una manera mil veces más intensa que el hatajo de melindrosos que ahora yo tenía sentados en la fila de delante.

Las luces del teatro empezaron a apagarse; parecía un bis del oscurecimiento. Yo me alejaba de Little Tokyo en el coche cuando ha sonado la sirena a las 17.00 horas. El anochecer natural y la oscuridad impuesta por ley han generado un caos contenido. He visto dos accidentes de coche en menos de un minuto; he presenciado una reyerta en Pershing Square. La exigua luz ha propiciado el altercado, de eso estoy segura. Se han enfrentado facciones derechistas con pancartas. Eran los católicos partidarios de Coughlin contra los matones protestantes nacionalistas de Gerald L. K. Smith. Blandían las pancartas y los puños hasta que ya no veían a quiénes golpeaban.

Las luces de la sala se apagaron del todo. Las sustituyeron las candilejas del escenario. Subió el telón. Una mujer pálida, con un descomunal instrumento de cuerda a cuestas, se acercó a una silla. Agradeció los discretos aplausos. Paul Robeson salió al escenario, saludó con una inclinación y se quedó inmóvil bajo la luz de un foco. Los espectadores prorrumpieron en clamorosos aplausos. Claire De Haven, con una seña, indicó a sus esclavos que se pusieran en pie. La gran mayoría del público lo interpretó como el permiso para levantarse.

Yo me quedé sentada. El momento era contrario a la subversión. Robeson inclinó

la cabeza y levantó las manos. Me siento honrado, y ahora sentaos. La Reina y sus esclavos fueron los primeros en obedecer. El resto del público se sentó y calló. La acompañante musical tañó un preludio. Robeson acometió «Ol' Man River».

El negro alto con potente voz de bajo. El aclamado lamento de los esclavos en los espectáculos de Broadway. Los izquierdistas diletantes. La chica díscola de Sioux Falls. El capitán de policía trastocado y su pogromo antirrojos.

Me entró la risa.

Sencillamente se me escapó. Se abrió paso a través de mi calculada actitud. La gente más cercana me oyó. Percibí expresiones ceñudas de reproche en la oscuridad.

Robeson exprimió al máximo la canción e inició un *crescendo*. ¡El trovador de la clase obrera y exalumno de Princeton se dedica ahora al espectáculo! ¡Los blancos de clase acomodada y los quintacolumnistas de pacotilla enloquecen!

Me entró la risa. Se oyó por encima de la ovación. Un hombre puso cara de «¡Chsss!» Me reí aún más sonoramente. Tenía nueve años y hacía el payaso en la iglesia, el domingo después del desplome de la Bolsa.

El público arrancó en una aclamación y se apaciguó lentamente. Robeson respondió con las obligadas inclinaciones de cabeza. Una señorona me fulminó con la mirada. Yo la repelí con un mínimo gesto. Robeson siguió con la tonada obrera «Joe Hill».

Me impacienté. Mi misión era entablar contacto con los rojos, nada más. Me parecía insuficiente. Un negro educado en Princeton ensalzaba la revuelta de clase; una mujer frágil con carreras en las medias tañía un laúd descomunal. Me reí tapándome la boca. La señorona susurró: «Calladita, niña».

Pobre Joe Hill. Lo condenaron injustamente y liquidaron los poderes fácticos. Pero no temáis: su mensaje perdura. Mantuve la mano ante la boca. Robeson se embebió de adulación y siguió con *Otelo* de Verdi. Ahora era el moro atormentado. Pasó de recitador trotskista a blanco maquillado de negro milanés. Me apreté la mano contra la boca. Percibí la mirada molesta de Claire De Haven.

Cerré los ojos para no soltar el trapo directamente. Las imágenes desfilaban por mi cinematógrafo interno. Elaboré el diálogo. Auguré el resultado y supe que no me equivocaba.

Robeson aplicó el tormento. Pensé en el japonés presente en el combate de Bucky Bleichert y me puse en pie.

—*Ningún ser humano merece disfrutar de un espectáculo en un mundo en guerra y en una ciudad que participa en acciones represivas contra personas inocentes, sin más justificación que la atrocidad perpetrada por sus compatriotas.*

Estaba planteado como polémica; estaba expresado de viva voz, casi a gritos. El moro prosiguió con su canto. La acompañante soltó el laúd. La gente se revolvió, siseó, cuchicheó, chistó, abucheó. Se encendieron las luces de la sala. Tomé conciencia de un movimiento individual. Una mancha apareció en mi visual, pero no reaccioné. La Reina Roja fue la primera en ponerse en pie y *Mirarme*.

—*Ningún ser humano merece disfrutar de un espectáculo mientras la policía y los agentes federales acosan y detienen ilegalmente a ciudadanos americano-japoneses inocentes en un clima de histeria racial y reacción desproporcionada a una agresión fascista y...*

Al cabo de un instante:

El moro loco calló y *Me Miró*.

Todas las luces de la sala se encendieron.

Todos los consortes de la Reina se pusieron en pie y clavaron sus miradas en mí.

Abucheos, vocerío, amonestaciones confusas... en aumento hasta convertirse en fragor.

«¡Condenada bolchevique!» «¡Condenada fascista!» «¡Lárgate de aquí, mala puta!»

Respondí a voz en cuello; el fragor ahogó mi voz; un acomodador me agarró del brazo. Cerré el puño y le asesté un golpe en la cara. Lo alcance en la punta de la nariz y noté el crujido. La sangre le saltó a los ojos.

Todo el mundo se puso en pie. El acomodador se tambaleó y emitió quejidos de dolor. *Todo el mundo me miró*. Su censura a gritos llenó la sala. Miré a Claire De Haven a la cara mientras un grupo de hombres corría hacia mí. Hombres con uniformes absurdos: me cogían, me agarraban, me levantaban en volandas mientras yo forcejeaba.

Los hombres se me llevaron. Me lo pasé bien mientras ocurría. Seguí representando mi papel y, retorciéndome, opuse resistencia. Subimos por un pasillo y salimos al vestíbulo. Me agité y me golpeé la cabeza en el marco de una puerta. Vi la hora en un reloj de pared: 20.19.

20.20 horas horas

El reloj del hotel Biltmore marcaba las 20.20. Abrí los ojos en el asiento trasero de un coche patrulla. Lo vi todo del revés. Pershing Square, el Biltmore, el Philharmonic Hall. Un zumbido al ponerse en marcha el coche patrulla.

No reconocí a los dos policías; me esposaron durante mi breve desvanecimiento y ahora no me prestaban la menor atención. El conductor fue en dirección norte por Hill Street. La Comisaría Central estaba a un minuto; Lee tenía allí su base; yo era conocida de un policía conocido. Mi actuación me llevó a *eso*. Yo esperaba un firme traslado al vestíbulo y un cara a cara con la Reina Roja. No pensaba que me detendrían y correría el riesgo de alertar a Lee.

Entró un aviso por la radio de dos vías; los polis comentaron algo entre dientes sobre un allanamiento en Bunker Hill. La Comisaría Central quedaba de camino; el poli del asiento del acompañante consultó el reloj y dijo al conductor que acelerara.

Siguieron sin prestarme atención; llegamos a la comisaría en menos de un minuto.

El conductor dejó el coche al ralentí ante la puerta de los calabozos. El acompañante me llevó adentro y me encerró en una celda de la sección de mujeres.

Era la celda central de una hilera de cinco; dispuse de alojamiento individual. Las otras celdas estaban ocupadas por mujeres japonesas. Cuatro por celda, cada una equipada con solo dos literas e inodoros a la vista. No se miraban entre ellas. No daban la menor señal de conocerse fuera de esos calabozos. Eran mujeres jóvenes, mujeres viejas, mujeres de edades intermedias. No conversaban. No mostraban camaradería ni conmiseración. Registraron la presencia de la chica blanca con un vestido de color rojo vivo y sintieron la vergüenza que ella no sentía por sí misma.

Me volví. Me senté en la litera inferior y bajé la vista. En ese momento lo entendí.

Eran un colectivo. Adoptaban una fachada por solidaridad. Eran aplomadas y serenas en igual medida que los integrantes del colectivo de la Reina Roja eran personas desasosegadas y estridentes.

El *Mirror-News* estaba parcialmente encajado bajo el colchón. Leí la primera sección.

La guerra en el Pacífico. El frente ruso. Los japos en un delirio de ocupación de islas. Un artículo de Sid Hudgens sobre Bucky Bleichert en la página ocho.

El titular era: ¿VESTIRÁ BUCKY DE AZUL? Seguía una sarta de insidias a dos columnas.

Sid resumía la pelea de despedida de Bucky y ponía de relieve su inminente incorporación a la policía de Los Ángeles. Pero ¿depende dicha incorporación de que él «sucumba al fisgoneo» de los agentes federales y facilite «información capciosa» sobre «japos confabulados» que se alinean con ese «demonio infiel de Hirohito»? El artículo describía la trayectoria deportiva de Bucky en el instituto Belmont y su amistad con compañeros verdinegros de la «comunidad de ojos oblicuos». Concluía con una puntilla muy propia de Sid: ¿Acaso no es Bucky hijo de inmigrantes alemanes y por tanto también él sospechoso potencial de tendencias quintacolumnistas? «*Quo vadis, Herr Bleichert?*»

Arrugué el periódico y lo tiré. Cerré los ojos para apartar de mi vista la hilera de celdas y a todas aquellas mujeres japonesas. Ellas seguían allí inmóviles y seguían despreciándome por mi delirio egomaniaco.

Tenía hambre. Quería cenar un buen filete y fumarme un cigarrillo. Quería ver a Scotty Bennett quitarse la camisa. Quería bailar con Bucky uniformado de azul.

Una mujer a una celda de distancia ahogó un sollozo. Mantuve los ojos cerrados y recé por ella. Me abandono a la oración cuando el mundo se me antoja incomprensible y solo el recurso a lo incomprensible tiene sentido. La Reforma, la pradera, la solidaridad. La guerra y la estrella judía en el calzón de *herr* Bleichert.

El colchón se acomodó a mi forma. Mi oración desalojó una porción de tierra de debajo de mí y me precipité en espiral. Sin sueños, por favor. Sin hijos de pastores escoceses, sin guerra, sin moros locos...

7.38 horas

—Estuvo usted sensacional, señorita Lake. Eclipsó a Paul Robeson.

Ladeé la cabeza y abrí los ojos. Las mujeres habían desaparecido.

—¿Las han puesto en libertad? Estaban aquí cuando me dormí.

El capitán Parker abrió mi celda. Iba de uniforme y se lo veía extenuado. Me lanzó un paquete de tabaco y un mechero.

—¿Sus compañeras de calabozo? Las han trasladado a la cárcel de Lincoln Heights. El sargento de guardia me ha dicho que usted no se ha enterado de nada porque dormía.

Encendí un cigarrillo.

—¿Usted dónde estaba sentado?

—Dos filas por detrás de usted. Supe que tramaba algo ya la primera vez que se rio.

—¿Por qué no me ha sacado de aquí antes?

—Porque sabía que le gustaría la experiencia.

—Tenía razón.

—Creo que nuestro próximo... —dijo Parker.

Lo interrumpí.

—No le permitiré que se aproveche de mí utilizando algún asunto relacionado con Lee Blanchard. Puede acusarlo del atraco al Boulevard-Citizens o de los asesinatos que quizá haya cometido o quizá no al servicio de Ben Siegel, según considere usted oportuno.

Parker se apoyó en los barrotes.

—¿Qué pretende decirme?

—Que no dé por sentado que me plegaré a la coacción. Que no dé por sentado que haré cuanto me exija sin compensación.

Parker se dio una palmada en las rodillas; le lancé el tabaco y el mechero. Él encendió un cigarrillo y expulsó un anillo de humo a mayor altura de la que alcanzaría jamás esta chica.

—¿Qué pretende decirme?

Desplegué el periódico del día anterior. La página ocho estaba arrugada, pero era legible. Señalé con el dedo las columnas centrales y le entregué el diario.

Parker leyó el artículo. Aplastó el cigarrillo en una bisagra de la reja y sonrió.

—Ahora me acuerdo de esos dibujos que vi en su casa. Diría que está usted muy enamoriscada.

—¿Es cierta la información del artículo?

—Sí. Por lo visto, el señor Bleichert tiene trato con ciertos japoneses de reputación dudosa. Ignoro quiénes son, pero los agentes federales no tardarán en interrogarlo. Los resultados del interrogatorio determinarán sus posibilidades de cara

a la incorporación al cuerpo.

Tiré mi colilla al inodoro.

—Me gustaría observar el interrogatorio.

—Déjelo en mis manos.

—Quiero que Bucky lo consiga.

—Quid pro quo. Llame a la consulta del doctor Lesnick y pida hora para este miércoles a las dos. Se cruzará con la Reina cuando ella salga de allí. Tengo la casi total certeza de que ella se acordará de lo ocurrido anoche y atribuirá el encuentro al azar.

Me eché a reír. ¡Claire, querida! Estoy resuelta a aniquilarte, pero primero dime una cosa: ¿dónde te has comprado ese *precioso* vestido que llevabas en el sarao de Robeson?

9 de diciembre de 1941

7.49 horas

Parker salió de los calabazos. Lo invadió de nuevo el agotamiento. Llevaba en pie desde el bombardeo japonés en Pearl Harbor.

No exactamente.

Se había echado alguna cabezada en el coche patrulla. Le había entrado una modorra etílica en su nuevo despacho. Jack Horrall le había asignado un espacio en la Unidad Central de Investigación. Ahora era el «planificador de emergencia en tiempos de guerra» del Departamento de Policía.

Incluía sus responsabilidades en Tráfico. Era una manera de reconocer su afán de trabajo intenso. Era el enlace con las fuerzas armadas. Recopilaba los teletipos sobre asuntos bélicos. Supervisaba las actividades de la Brigada de Extranjería y la mantenía a raya. Daba cuerda a Dudley Smith y el caso Watanabe.

Debía conseguir que la prensa se hiciera eco del caso. Sid Hudgens podía contribuir a eso. Sid estaba endeudado hasta el cuello con Llámame Jack por sus timbas. El muy maleable Sid.

Parker se acercó a la sala de revista. Había pasado cinco minutos con Kay Lake. Ese breve rato lo había tonificado y a la vez exprimido. Ahora se había quedado solo en su trato con ella.

Carl Hull lo había llamado la noche anterior. Se había alistado en la Armada. Llámame Jack le concedió una excedencia para incorporarse a filas.

Entretanto:

—Me salgo de este trato tuyo, William. Me parece imprudente e inoportuno. Ahora estamos en una guerra real, y se basa en mucho más que ideología. Los rojos son aliados nuestros, y han estado muriendo en gran número y desangrando a Hitler. Suscribo tu predicción de conflicto ideológico para cuando ganemos *esta* guerra... y desde luego habrá que proscribir a los rojos dentro del país. Pero *¿actualmente?* *Actualmente*, esta operación tuya parece una cruzada delirante. Y para serte franco, la idea de esa alianza entre tú y la señorita Lake me inquieta.

Colgó. Lanzó el auricular. Este chocó contra un mapa de accidentes de tráfico colgado en la pared y se hizo añicos.

En las paredes de la sala de revista colgaban pizarras, cubiertas todas ellas de papel de embalar. Había entrado a las cinco y escrito su alocución con tiza. Intercalaría jerga oficial aquí y allá. Quedarían impresionados.

Entró. Se le habían adelantado. Llámame Jack se fumaba un caliqueño matutino. Gene Biscailuz llevaba dos revólveres. Fletch Bowron apestaba a perfume. Bill McPherson dormitaba.

Parker recorrió el perímetro de la sala y arrancó el papel. Resplandecieron seis pizarras.

—Bill ha madrugado —comentó Jack.

—Bill nunca duerme —comentó Biscailuz.

—Bill se ha olvidado de cómo es la cara de su mujer —comentó Bowron.

—Bill se olvidó de esa cara el día que Adán se tiró a Eva —apostilló Jack.

Biscailuz se echó a reír. Parker golpeó con el dedo la pizarra n.º 1.

—Estamos en guerra, caballeros. Nadie podrá decir que la ciudad de Los Ángeles no se la toma en serio. Y si parezco cansado, no soy el único.

—Tengo *hambre* —dijo Biscailuz—. ¿Y si pedimos a Ace Kwan que nos mande unos huevos *fu yung*?

—Anoche pillé una cogorza en el restaurante de Kwan. Ace me mandó a casa en taxi —dijo Jack.

Bowron se dio una palmada en las rodillas.

—Adelante, Bill. Deslúmbrenos.

Parker cogió un puntero y se desplazó de pizarra en pizarra. Su letra en mayúsculas formaba líneas perfectamente rectas. Aclaró las abreviaturas y se explayó con la jerga oficial.

—El gobernador Olson ha ordenado el internamiento inmediato de todos los súbditos japoneses y sus presuntos simpatizantes. El fiscal general Warren prevé sabotaje industrial. La guardia estatal patrulla ahora las líneas de alta tensión y los acueductos en todo el estado. El alcalde de Nueva York, Fiorello H. La Guardia, ha sido designado director del Departamento de Defensa Civil de Estados Unidos. Viajará hoy a Los Ángeles, acompañado de la señora de Franklin D. Roosevelt. Recibirán los partes de los oficiales de la guardia estatal.

Una pizarra menos. Un pez gordo de la ciudad adormilado. Tres peces gordos de la ciudad alertas.

—Ya han sido detenidos cuatrocientos de los japos de la lista A. Cuarenta y dos agentes federales los interrogan. Los japos están retenidos en la penitenciaría de Terminal Island, la prisión militar de Fort MacArthur, la cárcel del Palacio de Justicia, la cárcel de Lincoln Heights y los calabozos de las seis divisiones geográficas del Departamento de Policía de Los Ángeles. En el puerto de San Pedro están abordándose, registrándose y remolcándose hasta los muelles los barcos de pesca japoneses sospechosos. Se han desplegado lanchas torpederas de la Armada para que patrullen desde Santa Bárbara por el norte hasta la frontera mexicana por el sur. Existen muchas probabilidades de que haya submarinos japoneses rondando por esas aguas.

Tres pizarras menos. Parker utilizaba un tono monocorde y camuflaba su dejo de

la pradera.

—Las baterías de defensa costera cuentan con dotación las veinticuatro horas del día. Las carreteras de la costa se han cerrado a todo tráfico no militar. El Consejo de Supervisores ha declarado el estado de emergencia por guerra.

Cuatro pizarras menos. Sin hipo ni pifias del orador.

—Los Ángeles está en alerta de oscurecimiento a todas horas. Los simulacros de ayer por la mañana y por la tarde fueron un éxito. No se produjo un aumento notable del índice de delincuencia en la ciudad, y los accidentes de circulación aumentaron solo en un seis por ciento. Se llevará a cabo un simulacro de oscurecimiento en toda la ciudad el miércoles por la noche. La franja horaria, entre el anochecer y el amanecer, proporcionará a las autoridades municipales valiosos datos estadísticos.

Cinco pizarras menos. Ahí está ya a la vista la línea de meta.

—En lo concerniente al caso Watanabe: ayer me reuní con el sargento Dudley Smith. El sargento Smith presentó un amplio primer sumario. El sargento Smith y otros tres inspectores trabajan en el caso con dedicación exclusiva. Yo mismo me pondré en contacto con Sid Hudgens, el periodista del *Mirror-News*, y lo animaré a informar de la investigación bajo una luz elogiosa. El caso Watanabe puede convertirse en una importante herramienta propagandística si la Brigada de Extranjería del Departamento de Policía o los ayudantes del *sheriff* encargados de las redadas llegaran a verse acusados de brutalidad policial, o si las propias redadas o la incautación de propiedades se cuestionaran desde un punto de vista moral.

Parker contuvo el aliento. Fletch Bowron aplaudió.

—Hay que darle a Bill el Premio al Hombre Blanco de la Semana —dijo Biscailuz.

—Qué coño, mejor que le sirvan un *whisky* doble en el Mike Lyman's —dijo Jack.

—Va a venir Eleanor Roosevelt. Seguramente querrá un desfile —dijo Bowron.

—He oído que es lesbi —dijo Biscailuz—. Me lo contó Dot Rothstein, una de mis ayudantes. Dot está conectada a la radio macuto de las lesbis. Fue ella la que me contó que Barbara Stanwyck es una lamecoños.

—En este asunto de los japos, pienso coger el toro por los cuernos —dijo Bowron—. Atentos. Voy a echar a la calle a todos los japos que están en la nómina municipal. Son todos quintacolumnistas, y si queremos ganar la guerra no podemos andarnos con blandenguerías.

—No creo que eso sea buena idea, señor alcalde —dijo Parker.

Desatinado. Pifia del orador. ¿Oyes esa mosca?

Parker contuvo el nerviosismo. Ward Littell abrió la puerta.

—Disculpen que los interrumpa, caballeros. Capitán, estamos a punto de empezar con el señor Bleichert.

Llámame Jack puso cara de «¡Largo de aquí!».

—Camarada Bill. Se ha salvado de milagro —dijo Bowron.

Parker se dio media vuelta y siguió a Littell. Se dirigieron a la zona del edificio municipal destinada a la Unidad Central de Investigación. Al fondo se sucedían varias salas de interrogatorios, cada una con su pared de espejo en la parte delantera.

Kay Lake se hallaba ante la n.º 1. Ella podía ver el interior. Los hombres de dentro no veían el exterior.

Parker y Littell se acercaron a Kay Lake. Ella, sin prestarles atención, mantuvo la mirada fija al otro lado del cristal. Littell comentó:

—Estas son tácticas rastreras. Son como los juicios ejemplares de Stalin.

La sala era pequeña y dentro estaban apretujados. Ed Satterlee, Dick Hood. Dwight Bleichert, alias «Bucky». Un cuadro vivo con mesa y sillas.

Parker pulsó un interruptor en la pared. Crepitó el altavoz a causa de la interferencia estática. El sonido se fundió con la imagen.

Bleichert estaba a horcajadas en la silla. Hood y Satterlee se paseaban. Kay Lake presentaba aspecto de noche en vela. Tenía el vestido arrugado. Tenía el pelo alborotado.

—He aquí lo que me interesa —dijo Satterlee—. Cuando se afeita por la mañana, ¿ve en el espejo a un alemán o a un estadounidense?

Bleichert sonrió.

—¿Como en un espejo como el de esa pared de ahí, quiere decir? ¿El que tiene dos caras?

—Aquí no puede anotarse un KO, hijo —dijo Hood—. Aquí se aplica el sistema por puntos. Debe contestar correctamente a las preguntas, y la victoria dependerá de la decisión arbitral.

Bleichert señaló el espejo.

—¿Quién hay al otro lado, J. Edgar Hoover? ¿De verdad le preocupa a él si yo entro o no en la policía de Los Ángeles?

—Conteste, por favor —insistió Hood.

—¿Alemán o estadounidense? —repitió Satterlee—. Elija un país, elija una lealtad.

—Mis padres nacieron en Alemania —respondió Bleichert—. Yo nací aquí. Nací en 1917, lo cual me da una coartada para la guerra del 14.

Kay Lake sonrió. Parker olió su perfume residual.

Hood sonrió.

—Entiendo lo que quiere decir, pero nuestro trabajo consiste en investigar a personas con ascendencia alemana e italiana que podrían tener conflictos de lealtades.

—Está dando palos de ciego, señor Hood. Y no sé nada de «ascendencias». No se distingue a un boche o un espagueti a simple vista.

Hood y Satterlee intercambiaron señales. Satterlee se tensó los tirantes y los soltó con un chasquido.

—Sí, ya —dijo—. No pasa lo mismo que con los japos.

Bleichert tamborileó en la mesa.

—Las ascendencias alemanas son difusas. Con los alemanes no pasa lo mismo que con los japos.

Parker observó a Bleichert. Kay Lake permanecía abrazada a la pared. Metió la mano en el bolsillo de Parker y cogió el tabaco. Tenía la mano caliente. A él le tembló la pierna. Ella encendió un pitillo y lanzó anillos de humo a gran altura.

—¿Le caen *bien* los japos? —preguntó Satterlee.

—Me traen al fresco —contestó Bleichert.

—Usted estudió en el instituto Belmont —dijo Hood.

Bleichert se encogió de hombros.

—Promoción del 35. Los Sentinels, verdinegros para siempre. ¿Qué tiene que ver todo esto con que yo entre en el Departamento de Policía de Los Ángeles?

—Empezamos a recopilar información hace tres años —dijo Hood—. Descubrimos que los chicos japoneses de Little Tokyo iban al Belmont. Consultamos las listas de alumnos matriculados y averiguamos que cierto fenómeno del boxeo estudió en su día en el Belmont, y que desde luego tenía muchos amigos japos. Pensamos: si llega la condenada guerra, no estaría de más hablar con nuestro distinguido muchacho, Bucky, porque a lo mejor puede aportar datos sobre algún que otro quintacolumnista japo.

Satterlee se arrimó a la mesa.

—Luego descubrimos que nuestro distinguido muchacho solicitó plaza aquí en el Departamento de Policía. No me andaré con rodeos, hijo. Si nos da nombres, la plaza es suya. Si se niega, pondremos a su solicitud el sello de «anulada».

Bleichert se sintió humedecer: era sudor, lágrimas, o las dos cosas. Kay Lake se apretó contra el espejo.

—Conozco a dos hermanos que se apellidan Ashida —dijo—. Akira lleva la granja de la familia, e Hideo es químico aquí en el Departamento de Policía. Su padre ya murió, y su madre se llama Mariko. Es una borracha, y le chiflan el emperador y ese tal Tojo. Tiene una bandera japonesa en el armario del salón, si es que eso le sirve de algo.

Kay Lake cerró los ojos y apoyó la cabeza en el espejo. Parker cerró los puños en torno al cinturón con tal fuerza que se le blanquearon los nudillos.

—Mariko es inofensiva, e Hideo es un chico muy inteligente —afirmó Littell—. Se lo diré a Hood.

—Qué débiles son los hombres —dijo Kay Lake.

10.29 horas

Opio.

El mundo era su canal. Su jergón era un bote salvavidas. La pipa era su guía.

Echó un vistazo a unas postales preciosas. Dio la bienvenida a sus compañeros de viaje. Bette Davis se reunió con él. Son amantes en Londres. Van de pie en el metro.

Opio.

El jergón, la pipa. El sótano de Ace Kwan. Tan pronto está aquí como deja de estarlo.

Es el bombardeo alemán. Irlanda ha permanecido neutral. Joe Kennedy es aislacionista. Es el embajador en Inglaterra, pero sabe cosas. Los nazis ganarán la guerra. La bestia británica caerá. Los miembros del Negro y Caqui mataron al padre y al hermano mayor de Dudley Smith. Eso dejó a Maidred Conroy Smith viuda y proclive a pegar a su joven hijo.

El tiempo se evapora. Guerra relámpago. Corre el mes de septiembre de 1940. Los alemanes bombardean Londres. Dudley y Bette. El tío Joe les consigue un vagón privado en el metro. El tío Joe dimite de su cargo más adelante ese otoño. La prensa británica lo tilda de cobarde. Los bombardeos lo aterrorizan. Unos chicos irlandeses lo llevan en coche a Kerry y lo cuidan a base de alcohol y putas. Dudley y Bette. El tío Joe les consiguió un vagón privado y volvió a su país con las bolas encogidas.

Opio.

Se le fundieron los sentidos. Londres ardía. Furtwängler interpretaba la *Novena* de Beethoven. Conocería a Bette el viernes por la noche. En el Shrine Auditorium. El sarao de los chicos de la prensa. Él se pondrá su mejor traje de *tweed*.

Londres se convierte en Nankín. Ace Kwan le contó historias. Soldados japoneses decapitan a soldados chinos. Hordas japonesas ocupan un monasterio y sodomizan a los sacerdotes.

Bette lo ve y solloza. Él la consuela. *La guerra es la grandeza siniestra de la sanción por incumplimiento de contrato, hija mía. Activa al cancerbero que llevo dentro.*

El vagón de metro entró en un túnel. Nankín hizo ¡Puf! Vuelve a estar en el sótano de Kwan. *Sí, por favor: la pipa.*

Se lo explicó a Bette. Anestesia, súplica. *Soy todo pensamiento y acción. Mi hábito es la connivencia. Debo detenerme y renovarme en medio de esta*

precipitación enloquecedora.

Opio.

Joe Kennedy reaparece. Repite palabras de 1927.

«Tu futuro está en Los Ángeles, hijo. Puedo colocarte en el cuerpo de policía. Podrás follarte a las estrellas de cine y hacer diabluras».

Se oye el chasquido de un proyector y una película empieza a avanzar por el rodillo. El tío Joe comparte su obsesión con el porno. Tijuana, año 33. Están en un burdel viendo películas proyectadas en una sábana. Los atienden dos magníficas lesbis. Dot Rothstein y Ruth Mildred Cressmeyer son hombres honorarios. Dot es ayudante del *sheriff* y ejerce de chulo al servicio de Gene Biscailuz. Ruth Mildred es médico abortista al servicio del judío Harry Cohn. Es una confluencia magnífica y extraña.

El tío Joe financia películas porno. El tío Joe tiene participación en el tinglado de la trata de espaldas mojadas montado por Carlos Madrano. El tío Joe se mantiene activo en el crimen organizado. Le recuerda a sus orígenes.

Se oyen los chasquidos del proyector. Una chica mexicana se convierte en Bette en *La carta*. Ha recibido una carta de Beth Short esta mañana. Sí, viene a Los Ángeles. Sí, traerá a su amigo ciego, Tommy Gilfoyle. Hace alusión a ese «algo espantoso» que ocurrió. Él llamará a Tommy e indagará.

El tío Joe dice: «Los tunantes necesitan una familia, Dud. Te mantiene a salvo mientras haces lo que te viene en gana».

Acertadas palabras. El tío Joe tiene su propia hija bastarda. Es fruto de Joe y Gloria Swanson. Laura Hughes cuenta ahora catorce años. Joe la mantiene en secreto. Ella adoptó el apellido Hughes para dejar en ridículo a Joe. Howard Hughes se la pegó a Joe en un asunto relacionado con una película allá por el 31. Los hijos no deseados representan un destino no deseado.

Laura vive en el convento del Inmaculado Corazón. El arzobispo Cantwell conoce su historia. Siente una atracción morbosa por la chica.

Opio.

Suenan los chasquidos del proyector. Unas volutas se convierten en caras.

Jack Kennedy sonrío. Es alferez de la Armada. Viene a Los Ángeles. Quiere follarse a Ellen Drew. Quiere follarse a Gloria Swanson mejor de lo que se la folló su padre.

Chasquido. Se produce ese cambio dentro de él. Su estado normal es Pensamiento y Acción. Su hábito es la connivencia. El recorrido en postales lo ha revitalizado. Vuelve a Pensamiento y Acción.

Mike Breuning fue en otro tiempo técnico cinematográfico. Ace Kwan tiene habitaciones con mirillas dentro de su laberinto. Harry Cohn pierde fortunas jugando al dominó allí. Harry debe también dinero a Ben Siegel. Abe Reles está muerto. Ben pronto saldrá de la cárcel. Ben es muy aficionado a arañar capital de empresas depravadas. Harry Cohn produjo un cortometraje hace ocho años. Era una

oda lameculos a Benito Mussolini. Harry tiene un busto de Il Duce en su escritorio. ¿Lo ha tirado tras lo ocurrido el domingo?

Pensamiento y Acción. La guerra. La perspectiva de una persona realista.

Los japoneses no bombardearán Los Ángeles. Son insectos saqueadores de islas. El Pacífico es su hormiguero. Es su hábito.

Perderán la guerra. Se estancarán cuando la industria estadounidense tome la delantera en poderío material. Luchan para morir y ascender al Valhalla de los ojos oblicuos. Esa motivación dudosa los condena. Hitler es el amante loco del mundo occidental. Wagner compuso el siniestro final del Führer.

Tristan und Isolde. Armonías no resueltas. El mundo en el momento en que los instrumentos de cuerda se apagan.

Pensamiento, Acción. La guerra como oportunidad. Ah, ahí está.

Los internamientos masivos son un augurio. Tú aprovéchate. Encarcela a los japoneses de la ciudad mientras dure la guerra. Explota sus propiedades y cóbrales una cuota por mantenerlos. Trae espaldas mojadas para ocupar las vacantes en los trabajos manuales. Recluta a policías estatales mexicanos para recaudar los pagos por la mano de obra y supervisar a los espaldas mojadas. Jimmy Namura, alias «Jimmy el Japo», ha salido en libertad de Terminal Island. Sería un enlace magnífico con la comunidad japo. Vacía Little Tokyo y otros emplazamientos japoneses. Mete allí a los miles de tiznados demasiado ofuscados para superar las pruebas de reclutamiento. Crea una zona de vicio restringida a partir de las propiedades japonesas confiscadas. Ten a los morenos a mano y contén sus payasadas. Castiga las agresiones contra la raza blanca con la muerte inmediata. Traslada a los japoneses ricos a los túneles de Ace Kwan y cóbrales un alquiler por no estar en la cárcel. Obliga a los que tengan un físico agraciado a actuar en las películas porno anti-Eje dirigidas a clientela blanca.

Opio.

La pipa: una vez más, sí.

Suena el chasquido del proyector. El Pensamiento y la Acción ya restablecidos. Recuerdos del pasado: Año Nuevo, 1938.

El Trocadero. Bette en la pista de baile y «Perfidia». En ese momento la vio y se prendió la llama.

11.44 horas

No denunciarán el allanamiento. No revelarán los robos. Venden armas ilegales. Trapichean con morralla fascista.

El laboratorio presentaba el ajetreo propio de la mañana. Los químicos clasificaban muestras de fibras y trabajaban con los microscopios. Ashida ocupaba su escritorio. Estaba tenso y aturdido. No había dormido.

Ray Pinker se acercó.

—Tengo una mala noticia, chico. Lo han dicho por la radio. Fletch Bowron ha puesto en la calle a todos los japoneses de la nómina municipal. Lamento mucho decírtelo, pero eso significa...

Ashida abrió el primer cajón y sacó una bolsa de piel. Pinker dijo algo, unas palabras tranquilizadoras. Ashida salió corriendo del laboratorio. Bajó los peldaños de tres en tres. Llegó a la puerta de la calle y apretó el paso aún más.

Cruzó la calle Uno. Los coches lo esquivaron. El edificio municipal estaba a dos manzanas. Fue hasta allí sin dejar de correr, vestido con su bata de laboratorio.

Entró por la puerta de Spring Street. Subió los peldaños de la escalera principal de cuatro en cuatro. La Unidad Central era un hervidero de actividad. Robos y Atracos, Fraude: ambas salas abarrotadas de polis, en sus mesas. Antivicio: solo Elmer Jackson.

Elmer sonrió.

—Eh, yo a usted lo conozco. Usted trabajaba aquí.

—¿El capitán Parker? He oído que ahora tiene un despacho aquí.

Elmer blandió el puro.

—Pruebe en el 614. Si encuentra la puerta cerrada, es que está durmiendo la mona.

Ashida se encaminó hacia allí. Se acercaban las doce del mediodía. Homicidios se vació. Fraude y Robos y Atracos, lo mismo. Un remolino de polis se arremolinó en dirección al comedor.

Todos lo vieron. Todos lo conocían. Nadie lo saludó. Entraron en los ascensores y pulsaron PLANTA BAJA.

La puerta de la sala de Homicidios estaba abierta de par en par. Doce cubículos y un despacho. La línea telefónica principal y doce extensiones.

Se encerró allí. Encajó una silla bajo el picaporte de la puerta. Abrió la bolsa y

examinó sus herramientas.

Herramientas de allanador. Pruebas decomisadas. Tres pequeñas ganzúas y una palanca de borde romo.

El teléfono principal se hallaba junto al teletipo. Recorrió con la mirada el cable hasta una caja de fusibles adosada a la pared. Junto a la caja: una caja más pequeña, pintada a brochazos con pintura de pared.

Un cable estrecho conectaba ambas cajas. El teléfono tenía acoplado un dictógrafo.

Ashida dejó sus herramientas sobre el teletipo. Cogió el auricular del teléfono y oyó el tono de marcación. Eligió una ganzúa de extremo fino e hizo palanca para desprender las tapas correspondientes al oído y la boca. Vio diodos perforados y micrófonos pegados con cola.

Volvió a enroscar las tapas. Recorrió con la mirada la pared este de la sala. Cuatro cubículos, cuatro teléfonos, cuatro cajas de fusibles legítimas y cajas contiguas accesorias. Cajas pequeñas, pintadas. Inocuas. Descaradas. Dos cajas de fusibles: ¿quién va a fijarse?

Ashida guardó sus herramientas y retiró la silla de la puerta. Salió al pasillo. Sid Hudgens esperaba ocioso delante del cuarto de camastros. El Sidster lo vio y, con un dedo, le indicó que se acercara. Ashida se aproximó y se asomó al cuarto.

Chsss: hombres dormidos.

Doce camastros, cinco durmientes. Hombres de la Brigada de Extranjería. Cascos y cintos de pistola tirados por el suelo. Escopetas apoyadas en la pared.

Hudgens cerró la puerta.

—La Federación Germano-Americana, los Camisas Plateadas, la Legión Relámpago. ¿Algún comentario, doctor Ashida?

—Sin comentarios —dijo Ashida.

Hudgens se hurgó las orejas con un clip.

—Llámeme quisquilloso, pero creo que todo este asunto huele mal. Los federales están inmovilizando activos y cerrando bancos, se ha anulado el habeas corpus, y ahora Fletch el B los ha apartado a todos ustedes de la teta municipal. Tojo y sus chicos ocuparon Manila, pero eso no significa que deban ustedes perder sus puestos de trabajo.

—Sin comentarios —dijo Ashida.

Hudgens se rio.

—¿Leyó mi artículo de ayer en el *Mirror*? Por si no lo leyó, le diré que la conclusión es un varapalo.

—Soy todo oídos —dijo Ashida.

—Trata de su viejo amigo Bucky el B. El Buckster quiere colgar los guantes y acceder a este cuerpo de policía del hombre blanco. Yo planteé que quizá tenga que delatar a unos cuantos tipejos quintacolumnistas a fin de asegurarse el puesto.

Ashida se sonrojó.

—¿Y...?

—Y Bucky los delató, a usted y su familia. Y entra en la Academia en mayo del año que viene.

El pasillo tembló: alud, terremoto, inundación.

Hudgens esbozó una sonrisa demoníaca. Ashida se dio media vuelta. El despacho 614 estaba a dos puertas. Se dirigió hacia allí y entró sin llamar.

Parker se hallaba ante un mapa pegado a la pared. Alfileres con la hoz y el martillo cubrían Rusia. Alfileres con la esvástica cubrían Deutschland. Cerca había claramente a la vista una botella y un vaso.

Ashida se aclaró la garganta. Parker se volvió. El cinto con la pistolera se le escurría cadera abajo.

—¿Sí?

—Tenía la esperanza de poder hablar con usted, señor.

—Me aventuraré a adivinar el motivo. Cree que puedo ayudarlo a conservar su empleo municipal.

—Me consta que puede.

Parker se dio unos golpecitos en el reloj de pulsera.

—Un minuto, doctor. La brevedad será su mejor opción para convencerme. No se repita. La repetición me resulta exasperante.

—Oí una conversación entre dos inspectores —dijo Ashida—. Decían que tenía usted a una mujer transcribiendo las grabaciones del dictógrafo realizadas aquí en la Unidad Central. Lo encontraban gracioso, porque usted mismo aparecía en esas grabaciones, lo que implica que hizo usted declaraciones autoincriminatorias. Los dos inspectores añadieron después que el jefe Horrall estaba informado de sus actos, pero era demasiado fanfarrón y perezoso para intervenir. De ahí se desprende que los teléfonos pinchados eran un secreto a voces, cosa que no desmiente la prueba verificable de que su voz, fácilmente identificable, aparece en las grabaciones.

Parker se sirvió una copa y la apuró. Es el Hombre que Aspira a Ser Jefe. Está echándose al colete una bebida de alta graduación a las 12.16 horas.

—¿Quiénes eran esos inspectores?

—Mike Breuning y Dick Carlisle —respondió Ashida—. Como ellos lo saben, cabe dar por supuesto que Dudley Smith conoce lo esencial de las declaraciones hechas por usted.

Parker se volvió a tocar el reloj.

—Dígame qué quiere. No emplee la adulación ni la amenaza.

—Quiero darle las gracias por enviar al agente Littell al piso de mi madre. Quiero demostrar que soy un elemento vital para este Departamento de Policía. Quiero conservar el empleo y continuar en el caso Watanabe.

Parker se echó otro trago.

—¿Qué puede hacer por mí?

—Puedo retirar los micrófonos, rastrear los cables hasta los puestos de escucha y

borrar las grabaciones.

Parker escarbó en su mesa y sacó una carpeta. Diagramas de circuitos, sin duda.

—Hágalo ya, doctor. Hágalo a las claras. Soy demasiado valioso para que Jack Horrall ande jodiéndome. Intentaré atribuirle a usted ese mismo valor.

Ashida inclinó la cabeza.

Parker le lanzó la carpeta. Dijo:

—Es usted un infiel soplapollas.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / MARTES, 9 DE DICIEMBRE DE 1941

12.21 horas

Hoy la cosa está peor. El ambiente se nota más enconado. Hay más federales y más polis de guardia en las azoteas de la calle Dos. Vi a unos agentes del FBI irrumpir en una verdulería. Esposaron al propietario y lo llevaron a rastras a un furgón. Un federal disparó su escopeta contra los expositores de verduras en la acera. La descarga de sal hizo pulpa hileras de coles.

Subí por la calle Dos. Me sentía invisible en cuanto mujer blanca y anómala en cuanto provocadora del mundo policial. Había telefoneado a la consulta del doctor Lesnick y me habían dado hora. Había ensayado mi encuentro pseudofortuito con Claire De Haven. En la calle Dos se observaba un caos oficial. Lo autorizaba la indignación justificada y se perpetraba en el espíritu de la parcialidad racial y la histeria bélica. Yo estaba ahí como peón del capitán William H. Parker. Necesitaba verlo dentro de ese contexto.

La calle Dos estaba atestada de transeúntes y coches patrulla. Los ayudantes del *sheriff* pululaban frente al banco Sumitomo y cargaban las sacas de dinero en un furgón. Los ayudantes empuñaban ametralladoras y vigilaban la acera; un hombre del FBI clavaba en la puerta un aviso de incautación gubernamental. «God Bless America» reverberaba desde el escaparate de una tienda a una manzana al oeste. Vi tela roja, blanca y azul colgada a lo largo de la fachada y hombres que repartían panfletos ante la puerta.

Oí una explosión. Era una detonación de escopeta. Oí un segundo estampido y vi a dos chicos japoneses tendidos boca abajo en la acera. Se hallaban justo delante de mí; las perneras de sus pantalones habían quedado reducidas a jirones sanguinolentos.

Un tercer chico cruzó la calle como una flecha. Vi con el rabillo del ojo que un poli alzaba la escopeta. En ese momento el capitán Bill Parker salió de entre la multitud y, de un manotazo, obligó al poli a alzar los brazos hacia el aire. La descarga de sal impactó en nada más que cielo; el chico entró en un edificio vacío y huyó.

Los chicos tendidos en la calle se agitaban a causa de sus heridas; un hombre y una mujer se acercaron corriendo con rollos de gasa. El capitán Parker arrebató la escopeta al poli y expulsó los cartuchos restantes. Se lo veía indignado. El poli temblaba ante semejante despliegue de reafirmación. El capitán Parker le lanzó la

escopeta y retrocedió hasta perderse de vista.

No me vio. Sucedió todo muy deprisa. Me dirigí hacia «God Bless America» y la tela tricolor. Apenas sentía mis propios pasos.

El escaparate era el «Comité Anti-Eje». Era proveedor de objetos patrióticos diversos. La mercancía no podía haberse fabricado desde cero tras el ataque del domingo. Los estantes contenían brazaletes con barras y estrellas, gorras del Tío Sam y polémicas antiemperador. Los ojeadores ojeaban. Había vecinos japoneses, sacerdotes sintoístas en túnica y pastores japoneses con traje oscuro y collarín protestante. Detrás de una vitrina llena de baratijas, había un hombre y una mujer. Lucían insignias con el rótulo VENGUEMOS PEARL HARBOR. Llevaban guirnaldas hawaianas alrededor del cuello; las flores estaban teñidas de negro luto. El Comité Anti-Eje y todo en él debían de haber sido planeados y ejecutados mucho antes de los acontecimientos del domingo. Eso no denotaba un conocimiento previo del ataque. Reconocía los sanguinarios planes del Japón imperial y predecía este momento de reacción.

La música procedía de un gramófono colocado junto a la puerta. Un pastor se encargaba de poner el disco. Se repetía «God Bless America», muy sonoro y penetrante por la cercanía.

Un hombre agitó un tarro ante mí; hurgué en mi bolso y eché un billete de veinte. El hombre me echó al cuello una guirnalda roja, blanca y azul. Incliné la cabeza y me sentí como una idiota.

El hombre se despidió con una inclinación y se aproximó a otros ojeadores. Me entretuve ante un expositor de libros giratorio lleno de panfletos. Aquel lugar parecía un entoldado de vodevil.

Entraron Reynolds Loftis y Chaz Minear.

Bajé la mirada y fingí interés en un tostón sobre los «Héroes *nisei*».

Loftis y Minear me vieron; pequeños gestos de asentimiento e intercambios de codazos lo confirmaron. *La chiflada del recital. ¡Vaya número montó!*

El hombre del tarro me rozó de nuevo. Percibí que Loftis y Minear estaban al alcance del oído e interpreté un bis. En esta ocasión recurrí a un susurro escénico.

—Estos panfletos carecen inherentemente de radicalismo y no critican el fanatismo sistemático que ha alimentado esta contraagresión durante los espantosos dos últimos días. Esta cobarde exhibición patrioterica suya es una respuesta insuficiente a la injusticia que se está perpetrando actualmente en esta misma calle.

El hombre se encogió. Loftis y Minear oyeron hasta la última palabra.

Salí y torcí al norte por Main. Tenía el coche aparcado en el edificio municipal. Entonces me acordé: el indicador de gasolina marcaba que el depósito estaba casi vacío, y yo acababa de donar todo mi dinero. Lee debía de estar atrincherado en la Unidad Central. Podía darle un sablazo para la gasolina o visitar a Elmer Jackson en Antivicio.

El centro de Los Ángeles era todo guerra y Navidad. Banderas, abetos artificiales,

papanoeles del Ejército de Salvación. Observadores antiaéreos rodeaban el edificio municipal. Parecían ornitólogos chiflados. Iban cargados con cestas de *picnic* y llevaban gorras extrañas.

Subí a la Unidad Central. En el cuarto de camastros y la sala de Antivicio no había un alma. Un corrillo se apiñaba frente a Homicidios. Llámame Jack Horrall, Gene Biscailuz, Sid Hudgens.

Me sumé a ellos. Ajenos a mí, permanecían atentos al interior de la sala. Seguí sus miradas y vi a un hombre desmontar un teléfono de mesa. Vestía una bata de laboratorio y nos daba la espalda. Piezas desacopladas salpicaban el suelo.

El hombre retiraba micrófonos. Aquello era extrañamente sincrónico. Me hizo pensar en la estratagema de Bill Parker con la transcripción de escuchas.

El hombre arrancaba unos cables a tirones. Se volvió de cara al pasillo. Lo reconocí de inmediato.

El joven japonés. El del combate de Bucky Bleichert. El de ayer en Little Tokyo.

Sid Hudgens reparó en mi presencia.

—¿Qué hay, Katherine? ¿Y esa guirnalda? ¿Estuviste en Pearl para los fuegos artificiales?

Me quité la guirnalda, se la puse a Sid al cuello y, tirando de él, me lo llevé pasillo abajo. Sid dijo:

—Aquí no, encanto. El Gran Lee podría aparecer en cualquier momento.

Llámame Jack y Gene Biscailuz se alejaron. Dije:

—Sid, ¿qué pasa aquí?

Sid olisqueó la guirnalda y me lanzó una mirada lasciva.

—Estoy incluyéndolo en un artículo a favor de Horrall. Bill Parker ha convencido al jefe para que permita a ese chico japonés retirar unos cuantos cables. Los federales planean una investigación absurda o algo así. La Unidad Central está llena de puestos de escucha, y con la mierda que contienen las grabaciones podría encausarse a medio departamento. El plan de Parker es colocar unos cuantos micrófonos y aparatos de grabación falsos después de Año Nuevo y registrar un poco de cháchara inocua, y los federales tendrán que volverse a sus casas con dos palmos de narices. El japo se llama Hideo Ashida. El departamento está en un apuro, porque es el mejor criminalista de laboratorio en la Costa Oeste, pero por si no lo has notado, es un japo apestoso.

Hideo Ashida. Hideo Ashida en el combate de Bucky. Bucky delata a Hideo Ashida. Yo transcribo las escuchas de la Unidad Central el domingo por la mañana. Hideo Ashida retira los micrófonos ahora.

—Lo dejamos para otra vez, ¿eh, encanto? ¿Tú, yo y una botella de Courvoisier mientras Lee se va de viaje con el Dudster?

Me quité de encima a Sid y entré en la sala de Homicidios. Hideo Ashida cortaba los cables de una caja de fusibles. Me vio. Tenía manchas de grasa y polvo de masilla en la bata y el pantalón.

—Me llamo Kay Lake —dije—. El capitán Parker me hizo transcribir las escuchas.

Pareció aturullarse al elegir la forma de saludo. ¿Una inclinación de cabeza o un apretón de manos? Esta chica me desconcierta.

—Doctor Ashida —dijo.

Se metió las manos en los bolsillos: *problema resuelto*.

—¿Está usted doctorado en ingeniería eléctrica?

—Estoy doctorado en dos especialidades —dijo—. Soy investigador químico y microbiólogo. También soy criminólogo, pero ese es un título que me he otorgado yo mismo.

Todo ese asunto lo exasperaba. La sala de Homicidios era un vertedero. Tres inspectores merodeaban cerca de la puerta. ¿*Qué hace la nena de Lee Blanchard con ese japo arrogante?*

Hideo Ashida se revolvió. Las cuestiones de etiqueta lo confundían. Sus brazos y piernas eran estorbos. Lo habían distraído de su tarea.

—Podría enseñarle el puesto de escucha donde yo trabajaba —dije.

—El capitán Parker me ha dado una lista con los emplazamientos. Dispongo de toda la información que necesito.

Rehusaría cualquier ofrecimiento. Debía declarar mis intenciones.

—Aquí hay un trabajo considerable. Voy a ayudarlo.

Él dio un respingo. Casi inclinó la cabeza. Casi exclamó «No».

—Sí. Como guste —dijo.

14.06 horas

Era un esfuerzo considerable. Yo trabajaba con falda de *tweed*, blusa de seda y jersey de cachemira. Mis zapatos de tacón armado resbalaban en el suelo. Me los quité y trabajé descalza.

Desenroscamos las tapas de los auriculares de los teléfonos, arrancamos cables y retiramos los micrófonos. Trabajamos codo con codo. El doctor Ashida mantenía siempre una distancia decorosa. Me explicó enteramente con mímica cómo se retiraba un micrófono. Sus gestos eran siempre elegantes y fluidos.

Fuimos de sala en sala, de puesto de escucha en puesto de escucha. Acarreamos cajas; las llenamos de cables arrancados y libros de registro con transcripciones. Jack Webb nos siguió durante un par de horas largas. Había sido compañero del doctor Ashida y de Bucky Bleichert en el instituto Belmont. El doctor Ashida se alteraba cada vez que Jack mencionaba a Bucky; me pregunté si estaba al corriente de la traición de Bucky. Jack capitaneaba el equipo de atletismo de Belmont. «Hideo el Saltador» y «Bucky la Bala» llegaron a las finales del campeonato municipal.

El doctor Ashida era hábil. El atletismo explicaba en parte esa cualidad. Proyecté

instantáneas mentales de Bucky e Hideo, Belmont, promoción del 35. Concentraciones de alumnos en acontecimientos deportivos, animadoras, vueltas por la pista del estadio en lo alto del monte. La camaradería del vestuario y Bucky enjabonado en las duchas.

Era un trabajo asqueroso. Me rompí las uñas, me destrocé las medias y me ensucié el jersey y la falda. Nos comunicábamos mediante gestos de asentimiento y señales con las manos. Olía su sudor y mi propio sudor; levantábamos, tirábamos, cargábamos y acarreábamos. Se acercaba gente de la Unidad Central y nos daba conversación; miraban con recelo pero se abstendían de opinar. Yo explicaba que ese trabajo era la táctica de Bill Parker para truncar una investigación federal; oí «secreto a voces» más de una docena de veces. Las escuchas se remontaban a los tiempos de Davis Dos Pistolas. Los polis se intervenían los teléfonos unos a otros en el seno de una policracia corrupta. Las escuchas eran una monserga perenne. Bien estaba librarse ya de eso.

El doctor Ashida se crispaba cada vez que yo pronunciaba el nombre de «Parker». Bucky Bleichert era la presencia masculina fantasmagórica en mi vida; el capitán Parker era la más provocativa. El doctor Ashida compartía un pasado con ambos. En el combate de despedida de Bucky el doctor Ashida tenía los ojos empañados. Su relación con el capitán Parker era pura intriga policial.

Yo deseaba conocer sus percepciones. Deseaba vencer su reticencia. Yo era la interrogadora y el poli con la manguera de goma. *¿Quiénes son estos dos hombres? Debe decirme lo que sabe.*

Trabajamos. Arrancamos cables, retiramos micrófonos, vaciamos los puestos de escucha. Hacia el final del turno desaparecieron los mirones. Yo estaba inquieta, famélica, agotada. Dimos un último empujón y terminamos el trabajo.

Estábamos desgredados. Juntos formábamos un montón de pringue colectivo.

Propuse ir a tomar una copa al Mike Lyman's. Había quedado allí con Scotty más tarde. Sabía qué contestaría el doctor Ashida exactamente.

—Sí, como guste.

17.51 horas

Cogimos el montacargas. Salimos por la calle Uno en el momento en que paraba el autobús de Hill Street. El doctor Ashida se hizo a un lado para dejarme subir primero. Eché dos monedas de cinco centavos en la caja para pagar los billetes. Nos quedamos de pie en la parte delantera y nos agarramos a la barra. Todos los pasajeros nos miraron.

Íbamos sucios y llamativamente despeinados. Hombre amarillo, mujer blanca, guerra. ¿Pensaban que urdíamos una traición o que follábamos en los jardines del edificio municipal?

El conductor dobló por Hill en sentido sur. No tardamos mucho en llegar. Tiré del cordón e indiqué una parada en la calle Ocho. El conductor se detuvo para que bajáramos.

El autobús se marchó.

—¡Puto japo! —prorrumpió un hombre.

—¡Putas blancas! —prorrumpió una mujer.

Entramos en el Mike Lyman's. Justo empezaba el trajín de la cena; Thad Brown estaba ante la barra. Tuvo que mirarnos una segunda vez y entonces nos saludó con la mano. Incliné la cabeza y le devolví el saludo. El doctor Ashida prefirió el aislamiento. Yo ya lo *sabía*. Lo guie hasta un reservado del fondo.

Nos acomodamos.

—Café solo —dijo el doctor Ashida, y me autorizó a ir a buscarlo.

No quería aventurarse a dar con un camarero insolente. Yo ya lo *sabía*. Me acerqué a la barra, pedí el café y un Manhattan.

El camarero me atendió sin demora. Llevé las bebidas al reservado e interrumpí al doctor Ashida. Estaba limpiándose el cuello de la camisa. Me vio y dejó la servilleta. Contuve la risa.

—Salud, doctor.

—Sí... señorita...

—Lake. Katherine Lake, y me llaman «Kay» desde hace años.

—Salud, señorita Lake.

Jugueteó con la taza y el platillo. Derramó el café y se manchó las manos. Se las enjugó y se las metió debajo de las piernas.

Le pregunté en qué universidad había estudiado.

—En Stanford —contestó.

Le dije que yo iba a UCLA y aguardé una respuesta. Él asintió con la cabeza. Eso me indicó lo siguiente:

No sabía nada de mi notorio apañío con el Gran Lee. Conocía a Lee, pero en cuanto al golpe del Boulevard-Citizens no tenía ni la más remota idea.

—He visto que ha saludado al teniente Brown.

—Lo conozco por mi novio. Trabaja en la Patrulla Central, y se llama Lee Blanchard.

—Sí. Conozco al agente Blanchard.

—¿No «Lee», doctor Ashida? —dije—. Está usted claramente por encima de él en el escalafón policial.

El doctor Ashida movió la cabeza en un gesto de negación.

—Solo me dirijo a alguien por su nombre de pila si me invita a ello. Sé lo que está pensando, así que lo diré: es un rasgo japonés encomiable.

Me reí y levanté la copa.

—Sí, se me ha pasado por la cabeza, pero yo estaba pensando en ese encomiable rasgo dentro del contexto del trabajo policial.

—¿Sí?

—Tienen ustedes una jerarquía y una no-meritocracia, contrarrestada por una ética paramilitar y un código social informal. En esa estructura extrañamente flexible se forman lazos personales y profesionales.

El doctor Ashida tomó un sorbo de café.

—El capitán Parker impone formalidad. Con él siempre emplearía el tratamiento más riguroso.

—El capitán Parker es sutil. Está utilizándome en una incursión de espionaje, y cuando digo «utilizándome» me quedo corta. Sabe que mis lealtades entrarán en conflicto, porque me reclutó con cierto conocimiento previo de mi probable ambivalencia. Cuenta con que esa ambivalencia me dé credibilidad ante la gente a quien se me ha encomendado engañar.

El doctor Ashida tomó un sorbo de café. Yo estaba echándole el anzuelo. Él lo sabía. Lo excitaba el desafío de la provocación y la respuesta. Pero... no le veía sentido. Pero... la idea de interrelación lo incomodaba. Era un científico. Menospreciaba todo aquello que no fueran resultados cuantificables.

—Usted transcribió las escuchas para el capitán Parker. Me pregunto cómo la convenció para que accediera.

Encendí un cigarrillo.

—No pienso decirle nada más, doctor. Quería ver si la intriga policial le interesa tanto como a mí. Ha confirmado que así es.

El doctor Ashida sonrió. Eso me complació. Tomé un sorbo de mi cóctel y le devolví la sonrisa.

—Sospecho que el capitán Parker tiene sus dudas sobre las redadas —dijo—. Ha puesto a mi madre bajo la tutela de un agente del FBI.

—Yo misma he sido hoy testigo de sus dudas. Y de ese gesto con su madre se desprende que valora el trabajo que usted hace.

—Espero demostrar que soy indispensable.

—Sí, pero está usted a sueldo de la ciudad, y por tanto perderá su empleo.

—Creo que mi puesto no corre peligro. De momento el capitán Parker es mi ángel...

Se interrumpió. Seguí su mirada y vi por qué. Allí estaba Lee. Iba de paisano y llevaba un vaso de *whisky* en la mano. Se le veían manchas oscuras en la camisa. Parecía sangre coagulada.

—Aloha, nena —dijo—. También a ti, Hirohito.

—Vete a casa, Lee —insté—. Duerme la mona. Hay asado; puedes calentártelo.

—Irme a casa ¿para qué? Mi chica está aquí alternando con las potencias del Eje.

En torno a nosotros empezó a crearse un barullo. Los balbuceos de Lee, mi voz en alto. La gente miraba. Intercambiaban codazos. Forzaban la postura para ver mejor.

—Cállate, Lee —dije.

El doctor Ashida se miró las manos. Lee se señaló las manchas de la camisa.

—Sangre de japo. Un tal Takahashi pretendía escaparse de mí. Ahora está en urgencias, en el hospital de Georgia Street.

Me levanté. El barullo aumentó y se propagó por toda una hilera de mesas. Dos camareros se detuvieron para mirar.

—*Vete a casa, Lee.*

—La verdad, cariño, cuando te limitas a hombres blancos tiene un pase. Pero ¿un puto japo?

Lo abofeteé. Le arañé la mejilla. Él se echó hacia delante y lo agravó aún más. La sangre le corrió por los labios.

Alguien ahogó una exclamación. Todos los presentes ahogaron una exclamación.

—Oh —dijo alguien, y se le cayó el vaso.

Oí ruido de cristales rotos.

—Mierda —dijo alguien.

Lee se marchó. Tropezó con un camarero y le tiró la bandeja. Una tarta de cumpleaños con las velas encendidas acabó en el suelo.

Me senté y bajé la mirada. El doctor Ashida apuró mi copa de un trago.

El barullo decayó. Oí suspiros y ruido de platos. Un hombre puso cara de «¡Uf!».

El doctor Ashida me miró. Pestañeó. Las venas del cuello le palpitaban en un azul oscuro.

—Yo la he visto a usted en el Olympic. Siempre está dibujando a mi amigo Bucky.

—Sí. Y yo lo vi a usted en la velada del domingo. Bucky lo saludó.

—Somos amigos desde hace años. Estudiamos en el mismo instituto.

—Estoy perdidamente enamorada de él. Resulta todo muy indecoroso.

Una mano me tocó el hombro. Mi chico rudo: puntual y adorable.

Scotty apareció allí cuan alto era. El doctor Ashida se puso en pie, empequeñecido.

—Hola, caballero —dijo Scotty—. Me llamo Bennett.

El doctor Ashida se despidió en susurros. Mantuvo la vista baja y se alejó. Acaricié la mano a Scotty con los labios.

—Lee Blanchard está ahí delante en la acera, llorando. No me quejo, pero desde luego te prodigas mucho.

La guerra duraba ya dos días. Yo confraternizaba con extranjeros sospechosos y armaba escenas en público. Pellízcame: podría estar en casa practicando Chopin.

19.09 horas

El alcalde Fletch sirvió un *whisky* escocés de primera. Parker se hizo el firme propósito de tomar solo uno y llegó en un santiamén a los *tres*. El despacho estaba concebido para las sandeces y el bebercio. Revestimiento de nogal, butacas tapizadas en piel y escupideras.

—La Unidad Central tiene la misma pinta que deben de tener ahora las Filipinas —comentó Jack Horrall—. Los putos japos han iniciado hoy la invasión.

—Según he oído, ha sido un «japo», en singular —corrigió Bowron.

—La novia de Lee Blanchard estaba echando una mano —dijo Jack—. Dios santo, hay que ver las cosas que se cuentan de *ella*.

Parker tomó un sorbo de *whisky*. Su mundo estaba patas arriba. Empezaba a perder peso. Vivía a base de tabaco y pretzels.

Las redadas rayaban en lo inaceptable. La Brigada de Extranjería estaba desmandándose. Aquellos chicos con la descarga de sal en las piernas.

—No podemos despedir al doctor Ashida —dijo—. Es un elemento vital en el caso Watanabe.

—¿Así que es «doctor»? —dijo Bowron—. Dios santo, admiten a cualquiera en Stanford.

—Una cosa debe reconocer, Fletch —dijo Jack—. Ese chico, el japo, nos ha sacado de esa mierda de las escuchas. Salíamos *todos* en las grabaciones. Yo llamaba a Brenda Allen desde Homicidios.

Bowron tomó un sorbo de *whisky*.

—No me gusta la idea. Ya he promulgado la ordenanza. «Todos los japos al servicio de la municipalidad» significa «todos los japos al servicio de la municipalidad». No significa que hagamos una excepción con Charlie Chan.

Parker tomó un sorbo de *whisky*.

—Ha retirado todos los micrófonos y ha eliminado todos los cables. Los federales vendrán en febrero. Ese chico nos ha ahorrado muchos problemas.

Bowron mordisqueó un pretzel.

—«Investigación federal», y una mierda. Toda investigación que no ponga la mira en la Quinta Columna será el hazmerreír de la ciudad desde el principio.

—Estamos en deuda con ese chico, señor alcalde —dijo Parker—. Y eso significa que no podemos desalojar a su madre y su hermano.

Bowron añadió un antiácido al *whisky*. Se frotó el vientre: joder con las putas úlceras.

—De acuerdo, concedido. Que no se diga que el alcalde Fletcher Bowron no es un hombre tolerante.

—Eso, eso —dijo Llámame Jack.

Bowron se metió su mejunje milagroso entre pecho y espalda. Los federales tenían que llegar a las 19.30. Dick Hood, Ed Satterlee, Ward Littell.

Bowron eructó.

—Adelante, Bill. Ya sabe para qué estamos aquí. Las redadas y el oscurecimiento de mañana por la noche.

Parker encendió un pitillo.

—Se ha anunciado en todos los periódicos y por la radio. El toque de queda, las instrucciones concretas, y toda la pesca. Nuestros agentes se apostarán en los puestos de control, junto con centinelas militares. Hay orden de disparar contra los vehículos que se den a la fuga. Eso viene directamente del comandante del Cuarto Mando de Interceptación.

Jack soltó un silbido. Bowron exhibió la V de Victoria. Los reflectores barrieron el jardín del edificio municipal y los haces se entrecruzaron en las ventanas.

—Tenemos reservistas de la Oficina del Sheriff situados en los cruces clave. Permanecerán atentos a los borrachos y los conductores irresponsables. En cuanto a las redadas, tenemos casi a pleno aforo la penitenciaría de Terminal Island, la cárcel del Palacio de Justicia, los calabozos municipales y el penal del condado. Empieza a dar la impresión de que esto se nos escapa de las manos. Ante semejante volumen, no me explico cómo pueden evaluar los federales con precisión la inocencia o culpabilidad de esas personas, y conviene que asumamos que muy probablemente la mayoría de los detenidos en realidad son inocentes.

Jack soltó un silbido. Fletch B. se frotó las sienes: joder con las putas jaquecas.

—Como alcalde de la gran ciudad de Los Ángeles, otorgo oficialmente el título de «Camarada Bill» al capitán William Henry Parker Tercero.

Jack puso cara de «Haga una reverencia». Parker hizo una reverencia, sentado.

—Creo que nos enfrentamos a un internamiento a gran escala hasta el final de la guerra. Por lo que he leído, Roosevelt se decanta por esa opción. Eso plantea la siguiente duda: ¿dónde alojar a los putos japos?

Bowron eructó.

—Aplicamos las leyes federales para la incautación de propiedades y nos apoderamos de todas sus casas y tierras. Las arrendamos y utilizamos el dinero para sufragar los gastos de alojamiento y manutención en recintos tipo prisión militar.

Entraron los federales. Casi no cabían por la puerta. Al Homo Hoover le gustaban los hombres altos con mandíbula prominente. Aquellos hombres eran la viva imagen de esa predilección.

Bowron ofreció bebida y butacas. Eso estableció un tono informal.

—La Armada ha hundido dos destructores japoneses —anunció Dick Hood—, y los rojos están desangrando a Hitler. Estamos recuperándonos.

Bowron tomó un sorbo de *whisky* con antiácido.

—La Armada dispone del ancho mar, pero nosotros estamos encajonados en Los Ángeles. Por lo tanto, caballeros, si esto acaba en internamiento, ¿dónde alojamos a los putos japos?

Ed Satterlee se toqueteaba los gemelos de los puños.

—Sea donde sea que los metamos, lo pagan ellos. ¿Y para qué andarnos con rodeos? Si tienen pasta, les buscamos un alojamiento acorde con sus posibilidades económicas. Si andan escasos de recursos, llenamos los calabazos de la Infantería de Marina.

Ward Littell movió la cabeza en un gesto de negación.

—No nos olvidemos de la contraprestación laboral. Las mujeres trabajan en fábricas de pertrechos militares a cambio de un sueldo digno. FDR va a presentar al Congreso el proyecto de ley, y los hombres tienen la opción de alistarse.

Hood hizo gestos masturbatorios. Satterlee dirigió la vista al techo. Littell encendió un pitillo y lanzó el humo en dirección a él.

Llámame Jack se echó a reír.

—El puto llamamiento a filas. Perderemos a nuestros mejores hombres. No nos quedarán más que matones analfabetos.

—Ya ahora es lo único que tenemos, jefe —dijo Parker.

Todos se rieron. Todos echaron tragos de *whisky*. El rostro de Parker pasó de un tono rubescente a un rojo encendido.

—Nos hemos incautado de sesenta de los grandes en el banco Sumitomo —informó Satterlee—. Un furgón de la Oficina del Sheriff va a llevar el dinero a la cámara acorazada de Terminal Island mañana por la noche.

Littell aplastó la colilla.

—¿Se han desglosado las cantidades cuenta por cuenta? ¿Se devolverá el dinero a los titulares como es debido?

—¿Y eso a quién coño le importa? —dijo Satterlee—. Estamos en guerra con esos cabrones.

Hood puso cara de «Nanay».

—Lamento decirlo, pero Ward tiene razón. Desglosaremos la suma total cuenta por cuenta.

Satterlee exhaló un suspiro. Bowron mezcló otro *whisky* con antiácido. Parker aprovechó la concesión de Hood.

—Todas nuestras cárceles están en el límite de su capacidad, y pensemos que esto empezó hace solo dos días. En mi opinión, deberíamos pedir a los agentes a cargo de los interrogatorios que elaboren una lista de candidatos al habeas corpus. Si dejamos en libertad a unos cuantos japoneses de bajo riesgo, dispondremos de más espacio carcelario por si las cosas se ponen feas.

—Eso me gusta —dijo Bowron—. Evitamos el hacinamiento y mandamos a los japos de bajo riesgo a casa para que delaten a las manzanas podridas.

Hood puso cara de «Comme ci, comme ça».

—Es viable, hasta cierto punto. El habeas corpus podría servir, pero si llegamos a un internamiento a gran escala, acabarán todos en el trullo igualmente.

Parker consultó su reloj. Eran casi las ocho. Se acercaba la hora de la reunión informativa con el Dudster.

—Debería usted pedir el traslado a nuestro chiringuito, Bill —dijo Littell—. Necesitamos a más gente con las ideas claras.

—Camarada Ward, le presento al camarada Bill —dijo Satterlee.

—No es del tipo del señor Hoover —dijo Hood.

—El jefe del FBI es maricón —dijo Llámame Jack—. Todavía no consigo superarlo.

Parker le guiñó un ojo y dijo:

—Ni hablar de traslado. Aquí mismo hay un puesto que me interesa.

19.59 horas

Estaba previsto que la reunión informativa se celebrara en el cuarto de camastros. El Huracán Hideo había arrasado las salas de las distintas brigadas. Parker bajó por la escalera de servicio. Dudley estaba sentado con Ashida y Buzz Meeks.

Parker ocupó un camastro. Meeks le ofreció un cenicero. Dudley dijo:

—Su maniobra con las escuchas ha sido brillante, señor. Ha sacado a relucir los trapos sucios y a la vez ha protegido un statu quo corrupto. Ha promovido sus intereses personales y reafirmado su reputación como hombre de la casa. Bravo, capitán.

—Gracias, sargento. Como cumplido es una espada de doble filo, pero lo acepto.

Dudley sonrió.

—¿Oyó usted las grabaciones? ¿Sintió malestar ante el sonido de su propia voz y consternación al no oír la mía?

Parker le guiñó un ojo.

—¿Es ese bulto en su bolsillo un paquete de fichas para el teléfono público o es que se alegra de verme?

Dudley soltó una carcajada. Meeks bostezó. Ashida permaneció inmóvil, con actitud remilgada.

—Volvamos a los aspectos fundamentales —dijo Parker—. Sí, los Watanabe estaban en posesión de un panfleto antiestadounidense. Sí, el doctor Ashida presenta claros argumentos en favor de que la presunta nota de suicidio se escribió bajo coacción. Sí, la nota hace referencia a un «inminente apocalipsis», lo cual podría remitirnos o bien al ataque del domingo, o bien al inevitable conflicto entre Estados

Unidos y Japón. Dudo que la familia tuviera conocimiento previo concreto del ataque, y el crimen en sí parece más una venganza de familia que una cuestión geopolítica. Doctor Ashida, ¿sería usted tan amable de ofrecernos sus comentarios desde una perspectiva americano-japonesa?

Ashida asintió con la cabeza.

—Coincido y discrepo, capitán. El homicida u homicidas debía de tener dominio del japonés, o no habría sido capaz de leer la nota de suicidio. Las palabras «inminente apocalipsis» podrían haber sido una treta dentro de una treta, y su objetivo sería desplazar la atención de un móvil familiar a un móvil político si llegaba a descubrirse que el suicidio había sido una escenificación. Más contundente aún: tenemos la bala usada y las limaduras del silenciador, junto con la increíble coincidencia de la bala usada y las limaduras del silenciador encontradas en la farmacia Whalen el mismo día.

Dudley desplegó una sonrisa radiante.

—Doctor, es usted una lumbrera.

Ashida se sonrojó. Meeks quitó el envoltorio a un puro. Parker dijo:

—Los Watanabe figuraban en la lista A. No lo considero determinante, porque, a mi juicio, los federales ya de entrada actuaron con exceso de celo al recopilar los nombres. Había en la lista dos allegados conocidos de la familia. El primero era un supuesto espía llamado Tachibana, quien presuntamente huyó a México. El segundo era un tal Namura, recluido en Terminal Island, sargento, ¿ahondó en esto durante su visita de ayer a Terminal Island?

—Interrogamos al señor Namura, capitán —respondió Dudley—. A decir verdad, no era un allegado conocido de la familia, y él personalmente no tenía verdaderas inclinaciones quintacolumnistas. El sargento de la guardia se quejó del hacinamiento de los reclusos, así que asumí la responsabilidad de ponerlo en libertad.

Meeks escrutó a Dudley. Meeks emitió extrañas ondas cerebrales. Meeks adoptó una expresión un poco ceñuda.

Entró un patrullero. Dijo:

—Una llamada para usted, sargento Smith.

Dudley salió con él de la sala. Los haces de los reflectores ametrallaron las ventanas. Fuera alguien prorrumpió:

—*Banzai!*

Meeks dio ánimos a Ashida con un gesto.

—No te lo tomes a mal, chico. Va por esa jodida gente tuya, no por ti.

Ashida se sonrojó.

—Volvemos una y otra vez a los silenciadores y las Lugers.

—Sí —dijo Parker—, a lo que se suma el hecho de que el sargento Smith y sus muchachos mataron a un hombre el sábado por la tarde. Ese hombre podría haber disparado o no la pistola en la farmacia, y él mismo estaba ya muerto cuando los Watanabe fueron asesinados. Es una lástima, porque podría habernos aclarado un

poco las cosas acerca de ese orificio de bala en el piso de arriba.

Meeks lanzó un aullido: «¡La madre del cordero!». Ashida permaneció inmóvil, con actitud remilgada.

—De aquí podemos extraer una lección —dijo Parker—. No conviene abrogar el procedimiento establecido. Actuar así crea más problemas de los que resuelve.

El Dudster volvió a entrar. Meeks lo miró con recelo. Ashida permaneció inmóvil, con actitud remilgada.

Dudley sonrió.

—¿Me he perdido algo?

Parker encendió un pitillo.

—Le pedí a Nort Layman que llevara a cabo un análisis de sangre avanzado de los cadáveres, y quiero que el doctor Ashida saque moldes ante la casa de los Watanabe, en la tierra del camino de acceso. Ayer por la mañana llovió, pero el camino queda a resguardo bajo un tejadillo acanalado, así que quizá encontremos alguna muestra bien conservada. Lo indispensable, caballeros: quiero biografías detalladas de las víctimas e interrogatorios casa por casa para contrastar información.

En algún lugar se oyó el tableteo de un teletipo. El eco se dispersó. La quinta planta era una zona en evacuación.

Parker bostezó.

—Últimamente ha habido mucho rencor antijaponés en Los Ángeles.

—Mira por dónde —dijo Meeks.

—Quiero que el doctor Ashida disponga de guardaespaldas las veinticuatro horas del día —dijo Parker—. Mi idea era asignar a dos hombres en turnos de doce horas. Meeks, ¿se le ocurre alguien en particular?

—¿Qué tal Lee Blanchard y Elmer Jackson? A Lee se le cae la baba por las misiones de paisano, y Elmer está harto de rondar por la calle Dos, en medio de ese tufo a anguila asada. Esto otro es trabajo de silla, y a los dos les gusta pasarse un rato sentados con una buena revista.

Parker asintió: hecho. Meeks blandió el puro.

—En cuanto al arma. Primero, nos consta que en las dos ubicaciones se utilizó una Luger provista de silenciador. Segundo, tanto si el sospechoso del atraco está muerto como si no, es la única pista real que tenemos. Tercero, aventurémonos y digamos que este caso presenta un sesgo fascista. La Deutsches Haus, en la calle Quince, vende Lugers ilegalmente. El dato figura en una montaña de informes de la Brigada Antisubversión.

Ashida se tensó un poco. Parker bostezó con la mirada turbia.

—Esta noche organizaremos una redada allí. Avisaré a los federales. Sargento Smith, los quiero a usted y sus chicos.

Dudley sonrió.

—No guardo animadversión a nuestros parientes los teutones, pero estaremos allí al pie del cañón.

Meeks, con su contoneo, abandonó su camastro. Dudley puso cara de «Muchacho, qué risa me das». Parker cerró los ojos.

¿Queda claro? Llevo una buena trompa. Me aburro. Ya he tenido más que suficiente.

Las pisadas se alejaron. Alguien apagó las luces. La sala giró. El suelo se hundió bajo sus pies.

Ese hundimiento podría haber sido que soñaba. Ese hundimiento podría haber sido que se dormía.

20.34 horas

Escaramuza entre tongs: las Cuatro Familias contra los Hop Sing.

Se peleaban detrás del restaurante de Kwan. Dudley aparcó el modelo K y observó.

Conocía a los adversarios. Dewey Leng atendía en la gasolinera Chevron de Chuck. Era de las Cuatro Familias. Danny Wong se encargaba de los fritos en la Pagoda. Era de los Hop Sing.

Los muchachos se acometían con navajas. Gruñían en su brusca lengua. Correteaban y asestaban cuchilladas.

Dewey Leng redujo la distancia. Danny Wong se había quedado sin fuelle. Lanzó una estocada vacilante. Dewey Leng la esquivó y le hirió los dedos de un tajo. Danny Wong chilló.

El tío Ace era el jefe de los Hop Sing. Danny era un cocinero excelente. Nada de muertes, por favor.

Dudley sacó la pipa y disparó por encima de ellos. Un tablón de una valla estalló en pedazos. El ruido asustó a los muchachos. Los dos se escabulleron.

La puerta de la cocina daba al callejón. Dudley la abrió y entró, precedido de una rata enorme. Cocineros y pinches lo saludaron con inclinaciones de cabeza. Los gatos perseguían a las ratas por los fregaderos. Los patos a la pequinuesa se enfriaban.

Dudley bajó al sótano. Ace permanecía ocioso en su despacho. Una mujer cosía brazaletes a mano. Eran de colores rojo, blanco y negro: puro *Deutschenationale*. El rótulo ¡NO SOY JAPO! sustituía a la esvástica.

—Se los vendemos a los chinos, los coreanos y las bestias japonesas que pretenden pasar inadvertidas —explicó Ace—. Preveo grandes ventas.

Dudley se echó a reír. Ace hizo una seña a la mujer: «Vete». Ella se esfumó como cualquier otra esclava de este mundo.

—¿Qué hay, Dudster? —dijo Ace.

—Tengo muchas ideas magníficas que proponerte, mi hermano amarillo.

Ace se frotó los diez dedos.

—Cuenta. Ideas magníficas equivalen a dinero.

Dudley ocupó la silla del escritorio y rotó en ella. El despacho hizo «uiiiii».

—Primero unas preguntas. Cuéntamelo otra vez: ¿qué te debe Harry Cohn?

—El soplapollas judío... Son todavía diecinueve de los grandes. Y esa bestia

judía debe cuarenta y ocho a Ben Siegel.

—Dos grandes sumas, dos grandes bestias judías. Segundo: ¿has encontrado al chico de las Cuatro Familias que insultó a tu sobrina? Últimamente tus rivales no han estado portándose muy bien, y yo me comprometí a matar al muchacho.

—Mis chicos lo encuentran, el Dudster lo mata —dijo Ace.

Dudley se retrepó en la silla.

—A su debido tiempo, hermano. Antes tenemos un asunto más urgente: un muchacho japonés, un tal Jimmy Namura, nos visitará dentro de media hora. Hemos hablado por teléfono hace un rato. Espero no haberme precipitado al invitarlo.

Ace se frotó las palmas de las manos. Estaba radiante. La avaricia lo favorecía.

—Sospecho que dentro de sesenta días toda la población japonesa de nuestra ciudad estará encerrada. Eso nos brindará la oportunidad de poner en práctica esa magnífica idea tuya de alojarlos a pensión completa en tus túneles y obligarlos a actuar en películas obscenas. Se me ha ocurrido que quizá los japoneses se sientan mejor si en realidad parecen chinos, y que tú conoces a un cirujano plástico de moral escasa llamado Lin Chung. No es Terry Lux, pero es un hombre competente.

—No me parece muy buen negocio, Dudster. Japos, chinos... los blancos no nos distinguen.

—Sí, pero me dijiste que el doctor Chung es un destacado eugenista que ha estudiado la cirugía racial tal como se practica en el régimen de *herr* Hitler. He pensado que quizá agradeciera la ocasión de dar rienda suelta a su curiosidad.

Ace se encogió de hombros y agarró el auricular del teléfono. Ace marcó un número y soltó una andanada en un chino rabioso. Un camarero entró con Jimmy Namura. Jimmy el Japo vestía pantalón caqui y camisa de seda de jugador de bolos.

Saludó a Dudley con un *Heil Hitler!* y miró con desdén al tío Ace. El camarero se largó. El tío Ace soltó el teléfono y se largó con él. Los japos le traían a la cabeza la Masacre de Nankín.

Jimmy el Japo dio un golpe de tacones.

—Ya ha exprimido demasiado la broma, muchacho. La primera vez tuvo gracia, pero ya no.

—He averiguado una cosa, jefe. Le dije que no se arrepentiría de ponerme en la calle.

Dudley señaló una silla. Jimmy el Japo se puso cómodo. Tenía la típica expresión de soplón impaciente.

—He aquí la preparación y el lanzamiento: *El Jefe* Madrano no es socio de ese fulano blanco que anda comprando las fincas de los japoneses. Aquel soplo que le pasé, lo del dueño de la casa de los Watanabe y toda esa monserga de la «propiedad fantasma», *es la verdad*, pero *El Jefe* solo hace de mediador, y en realidad son *dos* los fulanos blancos. La «propiedad fantasma» está registrada oficialmente en algún sitio, pero eso es lo único que sé al respecto.

—Continúe, por favor —dijo Dudley.

—El primer lanzamiento ha sido un *strike*, jefe... y ahí va otra bola rápida. Tenemos *dos* fulanos blancos, pero yo no tengo ningún nombre. Han comprado propiedades en la ciudad y tierras de labranza a familias apellidadas Ugawa, Hiroki y Marusawa. Son dueños de la granja de los Watanabe y de su chabola en Highland Park, todo ello a través de una «empresa pantalla». Ese tipo del que hablamos, Hikaru Tachibana, era el perro cobrador de esos dos hombres, y supuestamente medió en la compraventa de la granja de los Watanabe. Tachi estaba en la calle bajo fianza y tenía pendiente la vista para la deportación, pero se fugó y empezó a chulear a unas cuantas golfas en Hollywood. Pero entonces van y lo detienen con un nombre falso, lo sueltan bajo fianza y se fuga otra vez. Recuerde que en teoría estaba escondido en México... pero me enteré de que un japonés se lo cargó justo después de mediar en la compraventa de la granja de los Watanabe. Así que, supuestamente, Tachi está *muerto*, anclado con lastres de plomo y enterrado en algún pozo cubierto de tierra en aquella finca.

Dudley lo saboreó.

—¿Y cómo ha conseguido esa información?

—Soy una tumba, jefe. Soy un japo conectado a la radio macuto de los japos. Conozco a japos que conocen a japos que conocen a japos. Si empieza usted a hacerles preguntas en busca de corroboración, habremos matado a mi gallina japo de los huevos de oro.

El tío Ace entró con Lin Chung. El doctor Chung cargaba con un maletín enorme. Ace llevaba una bandeja de *mai tai* con hielo.

—Beba, Jimmy —dijo Dudley—. El señor Kwan es todo un anfitrión.

Jimmy el Japo se encogió de hombros y agarró la copa. Contenía licor de almendras, ron de alta graduación y morfina.

Dio un respingo y se le enturbió la mirada. Tras el respingo número dos se le cerraron los párpados. Tras el respingo número tres quedó en posición supina.

21.07 horas

El suelo hacía las veces de cama. Un mantel hacía las veces de sábana. Dudley encajó el cojín de una butaca bajo la cabeza de Jimmy. Lin Chung desinfectó su instrumental con *bourbon* Old Crow. Ace fumaba para encubrir aromas inexplicables.

Bisturís, cuchillos, hilo de sutura. Una sierra para hueso.

Lin Chung confeccionó una mascarilla con clips y cinta adhesiva. Dudley telefoneó a la Unidad Central para hablar con Mike Breuning. Mike confirmó la orden de Whisky Bill: Deutsches Haus, 23.30 horas.

Dudley escarbó en los armarios de Ace. Ace era un gran excavador de túneles. Sí, tiene todas las herramientas.

Pala grande, pala pequeña, pico. Contador Geiger del ejército de Estados Unidos.

Dudley lo metió todo en un petate y lo llevó al coche. Tenía el estuche de pruebas en el maletero. Como un *boy scout*: siempre preparado.

Regresó al despacho. El mantel estaba embebido de rojo. Jimmy el Japo tenía incisiones en las cejas y la carne abierta y sujeta con pinzas. Lin Chung llevaba anteojos protectores. Trabajaba en medio de la humareda de Ace.

Cortó desde el pómulo hasta la mejilla y secó la sangre con servilletas de papel. Dudley se mantuvo a distancia de las salpicaduras. Lin Chung separó los tendones con puntas de lápiz.

El doctor Chung era un brujo cuyo prestigio no estaba a la altura de la cirugía de la Costa Oeste. Ciertamente no era un Terry Lux. El doctor Terry tenía una clínica de desintoxicación en Malibu Hills. Realizaba operaciones de estética para el mundo del cine y curas de desintoxicación para alcohólicos y drogadictos. El doctor Terry desintoxicaba a jazzistas negros y ricachos de Hancock Park.

Lin Chung hincó el dedo en Jimmy el Japo. Lin Chung dijo:

—Por el momento, yo pesimista. Fisonomía incompatible, creo. Podría no dar resultado a gran escala, como proponer el tío Ace. La eugenesia, tendencia del futuro, pero todavía en sus inicios. Requerir reflexión y estudio. Este soplapollas a mí parecerme aún japo.

Jimmy Namura despertó y gritó.

21.29 horas

Los gritos lo persiguieron hasta el exterior. Dudley llegó al aparcamiento, como un sabueso detrás de un rastro. Cogió el coche y encendió la sirena. El sonido ahogó los gritos ya menguantes.

Dublín, 1919. Los miembros del Negro y Caqui disparan contra una multitud en Grafton Street. Su hermano James muere. Él se esconde en un cubo de basura. Tiene catorce años. Su mundo es todo sirenas y griterío.

Tomó por Broadway hacia el Arroyo Seco. La autovía lo llevó directamente al norte. Se tomó dos benzedrinas en seco.

La cirugía en masa podía resultar inasequible. Podía ser una fantasía eugenésica. Acaso manos más hábiles pudieran conseguirlo. A Terry Lux le *encantaba* operar caras. Terry estaba en la órbita del Comité América Primero y tal vez más a la derecha. Lin Chung podía proporcionar operaciones a precios operativos.

El caso Watanabe era *su* caso. El resultado era intrascendente. Ese caso era su laboratorio. Lo autorizaba a explotar a las razas no blancas. El caso era una vitrina de la guerra.

Atajó por Pasadena y Glendale. Tomó por pistas de tierra hacia la zona nororiental del Valle. Tenían roderas y estaban salpicadas de pedruscos. Puso una marcha baja.

Tierras de labranza japonesas. Peste a abono. Regadío nocturno. Un susurro subterráneo permanente.

Disponía de un mapa de la granja de los Watanabe. Ya había extraído cosas de debajo de tierra otras veces. Dublín, año 1922. Localizó armas británicas enterradas a las afueras de Galway. Joe Kennedy suministró a su célula detectores de metal.

Ahí está la granja de los Watanabe. Ahí está el letrero en caracteres *kanji*. Significa «Puerta de Entrada a Japón».

Las benzis fluyeron por su torrente sanguíneo. Aquello era un palo de ciego. Lo de los lastres de plomo en el cadáver sonaba creíble. Lo del «pozo cubierto de tierra» reducía las posibilidades. A lo mejor habían engañado a Jimmy el Japo. El cadáver podía estar en otra parte. Merecía dedicarle una hora.

Las nubes ocultaban la luna. Dudley aparcó detrás de un arbusto y cogió los bártulos. El petate, el Geiger, una linterna. Su estuche de pruebas al completo.

Acarreó el material hasta la cerca y echó abajo una sección de alambrada. Encendió la linterna. Vio hileras de coles y olió a abono. Conectó el Geiger. El indicador se iluminó, la aguja permaneció en cero.

Allí: una colina al frente. Sin surcos de cultivo: solo hierba de un color verde parduzco.

Dudley avanzó hacia allí con dificultad. La carga lo obligaba a caminar despacio. Las benzis le proporcionaban vigor extra. El Geiger le indicaba el camino. La aguja continuaba en un punto bajo. Sonaba el clic, clic del contador.

Interpretó los clics. Los identificó. Residuos metálicos en la tierra: inocuos.

La pendiente le exigía un notable esfuerzo. El ritmo cardíaco le alteró la respiración. Vio un pozo de mampostería en lo alto. Bajó el haz de la linterna y sorprendió a unos bichos en pleno correteo.

La aguja saltó. Los clics del contador pasaron a ser un *sonoro* clic, clic, clic. Los intervalos se acortaron. Sigue los clics, sigue la aguja, busca suelo discordante.

Clic, clic, clic, clic, clic.

Una andanada de clics, persistente. ¿Ves la aguja? Está saltando, clic, clic, clic.

Ahí: esa porción de tierra. Los bichos excavan en ella. Hay tierra levantada. Buscan ese musgo comestible y ese *algo* que hay debajo.

La aguja se disparó hasta el extremo del indicador. El contador emitió *sonoros* clics. El clic, clic decía CAVA AQUÍ.

Dudley apagó el Geiger y sacó las herramientas. Dudley fijó la linterna y la enfocó hacia el suelo. Ahora cava: aquí hay algo.

Los bichos se escabullían. Hundió la pala en el enjambre y los mató en masa, a los muy cabrones. Hincó el filo en ellos y tocó tierra blanda.

La echó en dirección contraria al sitio donde había dejado el material. Bajo tierra los bichos se revolviéron. Percibió el olor de la cal disolvente de cadáveres.

Tierra: una palada. *Tierra*: dos, tres, cuatro, cinco, seis. Sí: un tufillo a carne.

Sí: piel amarilla. Sí: tierra marrón en pelo negro. Cal paradójica. Licua la carne,

conserva la carne, perfuma la carne y emite aromas espantosos. Impregna el suelo y deja rastros de metal. Alerta a los contadores Geiger.

Dudley cavó en tierra blanda y cal. Dudley cavó alrededor de la silueta de un muerto. La cabeza está en lo alto. Lo echaron con los pies por delante. Lo desnudaron para acelerar la descomposición.

Tenía que ser Hikaru Tachibana. Lo envolvía tierra suelta. Por debajo asomaba el contorno de un pozo de piedra.

El hedor de la carne superaba en hedor a la cal. Dudley se ató el pañuelo en torno a la nariz y la boca. La piel de Tachi se adhería aún a los huesos. Ahora el trabajo consistía en agarrar y tirar.

Dudley agarró. Dudley tiró. La cabeza y el torso salieron del hoyo. Las piernas y las entrañas habían desaparecido.

Fijémonos en el japo. Solo queda la mitad del cuerpo. Los globos oculares se le han desprendido de la cara. Tiene gusanos en la sección superior de los huesos de las piernas.

Observemos su pecho huesudo. Observemos el tatuaje del sol naciente. Observemos las marcas de pinchazos en los brazos. Observemos las siete o más heridas de arma blanca en bíceps y abdomen.

Bien conservado. Cortes precisos. En conjunto producían un efecto radial. Dudley sacó su cámara del estuche de pruebas. Acopló el chisme del *flash* y enroscó una lámpara. Tendió a Tachi en el suelo y sostuvo la linterna a corta distancia.

Apuntó la cámara con una sola mano. Fotografió primero las heridas del vientre.

La lámpara estalló. La retiró y colocó otra. Fotografió la herida situada hacia la mitad del bíceps izquierdo. Se acuclilló e hizo contorsionismo. Siete, el número de la suerte, siete heridas, siete lámparas en su estuche. Sacó siete primeros planos muy cercanos.

Las benzis aceleraban su ritmo cardíaco. Sudaba a mares.

Dudley empujó a Tachi con el pie y lo echó de nuevo al hoyo. El brazo izquierdo de Tachi se desprendió. Dudley volvió a llenar el agujero y allanó la tierra. Los bichos convergieron otra vez.

El cielo se despejó. Dudley, como un sabueso, aulló a la luna.

Guardó el material. Se sacudió la mugre. Regresó al coche y dejó el material en el maletero. Subió al coche y enfiló camino a las tierras llanas de Los Ángeles.

Era tarde. Llegó al puerto de Cahuenga, deprisa. Por el puerto hacia Hollywood. Por La Brea hasta la Quince y hacia el este.

Se veían luces en la Deutsches Haus, *gemütlich*. El grupo que iba a participar en la redada esperaba de pie junto a los coches.

Breuning, Carlisle, Meeks. Whisky Bill Parker. Ed Satterlee y el aguafiestas de Ward Littell.

Dudley estacionó detrás. Breuning y Carlisle hicieron la V de Victoria. Parker abrió el maletero y repartió escopetas. *Was ist das im Deutschen Haus?* Es

Tannhäuser, a un volumen demasiado alto.

—Una vez cruzada la puerta, despliéguense —ordenó Parker.

Prepararon sus escopetas. Corrieron hasta la casa y se situaron a los lados de la puerta. Dudley la echó abajo de una patada. *Tannhäuser* aumentó de volumen, ahora sin restricciones.

La Haus era un cuchitril. Había cinco hombres sentados alrededor de una vitrola. Aquello se reducía a cerveza Pabst Blue Ribbon y brazaletes nazis en abrigos de loden.

Formación en cuña.

Breuning, Carlisle y Meeks se fueron hacia la derecha. Littell y Satterlee se fueron hacia la izquierda. Dudley y Parker avanzaron en línea recta.

Los *Kameraden* se limitaron a quedarse allí sentados. Oscilaban entre los treinta y los sesenta años. Parecían inofensivos. Una concentración en Munich, vendedores de cacahuetes.

Parker volcó el gramófono de una patada. *Tannhäuser* se estampó y murió. Littell apuntó a un busto de Hitler y lo voló en pedazos. Los perdigones perdidos salieron por una ventana. Breuning y Carlisle prorrumpieron en vítores.

Meeks y Satterlee arremetieron culata por delante. Descrismaron a los teutones. Los derribaron de sus sillas. A patadas los obligaron a yacer en posición prona y los esposaron boca abajo en el suelo. Voces, alaridos y consignas de protesta, pura jerigonza.

Littell insertó un nuevo cartucho en la recámara y voló la vitrola. Las lámparas de la radio estallaron. Dudley recorrió la sala con la mirada: esta Berchtesgaden de maricas.

Herr Breuning pisoteó a los teutones de uno en uno. Despoticó en alemán y pateó a los teutones en los huevos. Dudley observó a Parker mientras lo observaba. Intercambiaron miradas.

Los teutones chillaron. Parker vociferó:

—¡Registren el lugar! ¡Buscamos silenciadores y armas!

«El lugar» fue arrasado. El Führer hecho añicos, cristal hecho añicos, paredes acribilladas. Cinco *Übermenschen*, cinco charcos de orina.

Dudley se acercó a Parker. El meapilas estaba demacrado. El traje azul colgaba de él. Había panfletos de incitación al odio apilados en un estante. Dudley los examinó.

—Se parecen al panfleto encontrado en casa de los Watanabe, señor.

Parker los examinó.

—Se parecen a ciertos panfletos izquierdistas de un asunto al margen en el que estoy trabajando.

Los muchachos llegaron al despacho del fondo. Formación en cuña: dos federales, tres policías municipales. Dudley oyó las correderas de cinco escopetas.

Las detonaciones se superpusieron. Astillas de madera atravesaron la puerta.

Parker corrió hacia el despacho. Meeks lanzó un aullido: «¡La madre del

cordero!».

Muchachos, ¿no habrán volado un escritorio?

—¡De momento nada! —prorrumpió Satterlee—. ¡Ni silenciadores ni armas!

Un teutón dijo algo con un gimoteo. Dudley captó la palabra «silenciador».

Se acuclilló junto a él. El hombre tenía una apariencia vagamente semítica. El hombre era de una gallardía desastrada.

—¿Qué ha dicho, muchacho? Le quitaré las esposas si lo repite.

El hombre jadeó. El hombre dijo:

—Anoche entraron a robar. Perdimos las Lugers y silenciadores.

He ahí una pista: atrápala al vuelo.

—¿Cómo se llama, muchacho?

—Robert Noble, abogado. Orden de la Cruz de Hierro y la Legión Relámpago.

Dudley dio unas palmadas en la pierna al abogado.

—¿Y antes de anglicanizarlo? Conteste en voz baja, para que sus amigos no se enteren de que tiene sangre mestiza.

El abogado respondió con voz ronca:

—Moskowitz.

—¿Y cuántos silenciadores y armas han perdido?

—Cuatro.

—¿Vende este magnífico establecimiento Lugers provistas de silenciador?

El abogado se revolvió.

—Soy el teniente municionero. Entregué dos silenciadores y dos pipas a un atracador. Quería colocar la mercancía a unos japos conocidos suyos. Era joven, un mocoso. No sé cómo se llama.

Dudley quitó al abogado una de las argollas de las esposas.

—¿Le explicó a ese muchacho cómo hacer una demostración del funcionamiento de los silenciadores y las armas?

—No entiendo qué quiere decir.

—Piense, Robert. ¿Aconsejó a ese joven la mejor manera de demostrar la eficacia de esos pertrechos?

—Ah, sí. Le dije que disparara a tejados o techos, que así impresionaría a los japos.

Resonó el estrépito de los destrozos. Polis desmandados. Están volcando estanterías y atravesando tabiques de madera a puñetazos.

Dudley susurró:

—Mis colegas estarán ocupados en su despacho durante unos minutos, lo cual me concede a mí ese mismo tiempo. Creo que tiene usted un libro de registro escondido en este local. Dígame dónde está, o lo mataré. Le quitaré las esposas, sacaré una pistola del bolsillo de atrás, la dispararé y se la pondré en la mano. Luego le volaré los sesos y aduciré defensa propia.

—¡Dinero americano! —prorrumpió Satterlee—. ¡Hemos encontrado un

escondrijo!

Dudley dio una palmada al abogado.

—¿Qué contesta, muchacho?

El abogado susurró:

—Yo no me ocupo del registro, pero está al fondo de aquel estante alto, con los *Mein Kampf*.

Dudley se acercó y se puso de puntillas. Alargó el brazo por detrás de la diatriba de *herr* Hitler y cogió un cartapacio forrado en tela. Se lo metió bajo la cinturilla del pantalón.

Rozó una pila de insignias con la esvástica. Se echó a reír y se las metió en el bolsillo. El arzobispo Cantwell era seguidor de Coughlin y nada le gustaba tanto como una buena baratija. Los tréboles estaban pasados de moda.

10 de diciembre de 1941

00.04 horas

Se levantó el viento. Los cristales ya rotos de las ventanas se hicieron añicos. Los candados de las puertas cencerreaban.

Ward Littell lo definía como «pogromo». Mariko contaba ahora con su propio agente federal y defensor de causas perdidas. Jugaban a las cartas y se soplaban un cóctel detrás de otro. Ahora la antigua habitación de su hijo era la habitación de Ward. Mariko estaba disfrutando de la vida.

Porque Bill Parker movió ciertos hilos.

Ashida estaba en la escalera de incendios. Dormir era una quimera. Llevaba en pie desde el lunes por la mañana.

Se sentía aturdido. Bucky lo había delatado a los federales. Kay Lake lo sabía. Ella sabía cosas que otros ignoraban.

Porque Bill Parker movió ciertos hilos.

El viento arreció. Volaron cristales rotos. Había polis paseándose por las azoteas de las casas contiguas. Ward se había marchado hacía una hora. Se había llevado a cabo una redada en la Deutsches Haus por orden del capitán Bill.

Él tenía las armas y los silenciadores. Estaban a buen recaudo en su apartamento. Las escondió con sus fotos de Bucky.

Elmer Jackson se hallaba en una azotea de la acera de enfrente. Su puro oscilaba y resplandecía. Elmer y Lee Blanchard eran sus nuevos guardaespaldas. Ray Pinker lo llamó para informarlo. Dijo que Bill Parker movió ciertos hilos.

Trabajo policial. La jerarquía masculina de Kay Lake. Kay Lake, la Mata Hari de fraternidad. Tenía el ojo puesto en Bucky. La había visto en los combates de Bucky. Compartían cierta ensoñación.

Trabajaron juntos. Él se apropió de un disco con escuchas grabadas. Se lo llevó a su apartamento y lo puso. Oyó cuatro conversaciones telefónicas repulsivas.

Todas de mediados del año 39. Fletch Bowron / Davis Dos Pistolas /Llámame Jack Horrall. Hablaban de la «cuestión japo». Vaticinaba el *ahora*.

La guerra inevitable. El internamiento inevitable. Incautaciones de propiedades, incursiones en bancos, confiscaciones. Listas recopiladas y nombres nombrados.

Los chinos como posibles esbirros. Chinatown y Little Tokyo están *así* de cerca.

Davis Dos Pistolas hablaba chino. Actuaba como mediador en las treguas entre tongs. Sus negociaciones favorecían siempre a los Hop Sing. Los chinos estaban

siempre prestos a ayudar al hombre blanco autóctono.

Charla despreocupada. Encubrimiento de homicidios perpetrados por tongs y el fumadero de Ace Kwan. El Dudster tiró a un muchacho de las Cuatro Familias desde lo alto de un edificio. Un camión que pasaba lo decapitó.

Bowron llamaba a los chinos sus «tropas de asalto». Serían ellos quienes arrollaran a los japos.

Ashida recorrió el pasillo. Mariko roncaba en su habitación. Ward se había marchado a la redada y había dejado su puerta abierta. La habitación ejerció una atracción magnética en Ashida.

Cogió el pijama de Ward y se lo acercó a la mejilla. Captó un aroma y lo memorizó. El maletín de Ward estaba a la vista y abierto. Ashida lo acarició.

Echó una ojeada a una copia en papel carbón. Era la primera página de la lista B. Los apellidos iban desde Akahoshi hasta Aridosho. Conocía a la mitad de ellos. Eran todos excelentes ciudadanos.

Regresó a la escalera de incendios. El coche de Ward se detuvo junto a la acera. El viento resultaba agradable. Allí en la oscuridad oyó:

—¡Eh, Hideo!

Elmer Jackson levantó la escopeta en un gesto de saludo. Ashida, alzando la voz, contestó:

—¡Eh, Elmer!

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / MIÉRCOLES, 10 DE DICIEMBRE DE 1941

00.37 horas

El sótano está lleno de recuerdos de los tiempos de Lee en el boxeo. Hay un sinfín de instantáneas publicitarias, junto con pósters enmarcados del sonado combate contra Jimmy Bivens. El combate estaba amañado. Lee «hizo tongo». El póster lleva fecha de 16 de julio de 1937. Es anterior a Ben Siegel y el atraco al Boulevard-Citizens.

Probablemente Lee se quedará a dormir en el edificio municipal. Se presentará aquí cuando le venga en gana, y justo en el momento en que yo empiece a echarlo de menos. Se disculpará por su abominable comportamiento en el Mike Lyman's. Quizá se deshaga en elogios al doctor Hideo Ashida.

Quien posee una vaga forma de valentía. Es la valentía que yo en otro tiempo atribuí erróneamente a su amigo Bucky. La intersección de estos dos hombres me fascina. No paro de preguntarme: ¿Por qué ahora?, y no encuentro más explicación que la guerra. Entretanto, no consigo conciliar el sueño y sigo ansiando la compañía de Scotty Bennett. Entretanto, el capitán William H. Parker me ha mandado una película.

Me dispongo a verla. La pantalla es un artilugio desenrollable que hay colgado de unos ganchos en la pared del fondo del sótano. Lee lo compró para ver cintas antiguas de boxeo, y he aprendido a manejar el proyector. Estuve presente en el estreno de *Lo que el viento se llevó*. Mi deseo de ver esta película es mucho mayor.

Cargué la cinta y pensé en Scotty. Nos marchamos del Lyman's poco después de la abochornada salida del doctor Ashida; cogimos una habitación en el hotel Rosslyn e hicimos el amor. Yo quería pasar allí la noche, pero Scotty dijo que no podía. Se había llevado prestado el coche de su padre y había prometido devolverlo antes de las doce. Mi chico rudo seguía sometido al reverendo James Considine Bennett. Contuve el impulso de hacer un comentario. Dije:

—Puedes irte, pero aún no he acabado contigo.

Eso enojó a Scotty. Dejó patente ese enojo en nuestro beso de despedida; empecé a desearlo otra vez.

Acoplé la cinta del primer rollo al rodillo, pulsé el interruptor y apagué las luces. Ahí estaba: *Tormenta sobre Leningrado*.

Alineé las bobinas y acerqué la cabeza al altavoz. Una obertura acompañaba los

créditos. La disonancia fascista se tomaba de Prókofiev; las armonías heroicas se tomaban de Brahms. Se desarrolló a continuación una polémica sucesión de disparates; rusos y alemanes reales teñían la estepa de rojo obrero ante mis ojos.

Estaba tan cansada que no podía ni reírme. Tenía la ropa sucia. Me dolían los músculos después de horas de trabajo pringoso en las salas de las brigadas de policía. Mi corazón sencillamente no daba más de sí.

Claire De Haven y compañía se preocupaban por la difícil situación del mundo. Claire De Haven y compañía ensalzaban a los tiranos y vivían para el tópico del antagonismo.

Reconocí los exteriores del frente ruso. Eran los jardines del sanatorio de Terry Lux. El Departamento de Policía celebraba allí sus *picnics* en verano. Yo había leído los expedientes facilitados por el capitán Parker. La Reina Roja era la guionista y directora innominada. La película era de una improvisación deplorable. Los actores andaban tropezando entre ellos. Los soldados en combate disparaban armas de aire comprimido. Uno se quedaba anonadado ante la vacuidad de la oratoria. Los nazis parecían en su mayoría mexicanos, judíos o griegos.

Me asqueó. *Esto* me lo envió el capitán William H. Parker. Presenció mi actuación en el recital de Robeson y presupuso mi risa de desdén ante esto. No se paró a pensar que acaso yo sintiera afinidad con una mujer así de afectada por el horror del mundo.

Suficiente.

Apagué el proyector y encendí la luz. La *Tormenta sobre Leningrado* amainó y cesó. Me coloqué ante un espejo mural y actué.

El espejo era Claire De Haven. Yo era yo dirigiéndome a ella y yo en el papel de ella en respuesta. Me mofé de su película por su tosquedad y elogí su valor por expresarse con el corazón en la mano. Ella manifestó su escepticismo. Mi personaje, la chica de la pradera/concubina de policía, no era convincente. Era demasiado joven e irresponsable para haber derramado sangre por la Causa Roja. Me llamó niña sofisticada y tildó mi actuación en el recital de sofistería ejecutada artificialmente. «¿Eres informadora de la policía, Katherine? Hiciste la calle para un chulo y luego arremetiste contra él ante un tribunal. Vives con policías y a costa de policías y acudes a mí con tu aversión hacia ellos como pretendido fundamento de tu credibilidad. ¿Dónde has estado antes? Yo he comparecido ante comités oficiales y me han puesto en la picota por mis convicciones. No veo en ti un ápice de abnegación».

Era *mi* mejor autoacusación en mi mejor momento en el papel de *ella*. Coincidiría con ella al día siguiente, en la consulta del doctor Lesnick. Sus esclavos le contarían que me habían visto en el Comité Anti-Eje. La impresionaría que recordase frases de *Tormenta sobre Leningrado* y no sabría que había visto la película la noche anterior. Me miré en el espejo y me vi en el papel de ella. Envejecí diez años y pasé a ser una mujer un tanto disoluta y mucho más aristocrática. *Me flagelé*. Me infligí una crítica

más severa que la crítica de Claire De Haven.

Eso era lo que llevaría conmigo, no me hacía falta más. No soportaba mi pose en el espejo ni un segundo más. Había memorizado el número de teléfono de su madre y quería hablar con él. Marqué el número y apenas lo oí sonar.

Hideo Ashida dijo:

—¿Sí?

—Soy Kay Lake.

—Sí, ya lo sé.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que digo es que al oír sonar el teléfono a estas horas he sabido que era usted.

—¿Estaba despierto?

—Sí.

—Creo que ya nunca seré capaz de dormir.

—Es por la guerra —dijo él—. Todo el mundo está igual.

—Ayer por la tarde vi al capitán Parker. Estaba agotado.

—Yo lo he visto hace unas horas. Se ha quedado traspuesto en una reunión informativa.

—Creo...

—No quiero hablar del capitán Parker. Me parece poco apropiado.

—Cuénteme algo —dijo—. Ayúdeme a entender esto o provóqueme. Dígame qué piensa.

—Me han asignado dos guardaespaldas —dijo—. Creo que son conocidos suyos.

—Dígame quiénes son.

—El sargento Elmer Jackson y el agente Lee Blanchard.

—Quedemos mañana por la noche —propuse—. Deles esquinazo. Tomaremos una copa en algún sitio.

—Sí, como guste —dijo.

Se cortó la comunicación.

El auricular se me escurrió de la mano. Nadie podía dormir. Algunos podíamos pensar mientras se nos enturbiaba la vista.

El capitán Parker sabía que la película me despertaría empatía. Se proponía confundirme e insuflarme la saña de un fanático. Sabía que nunca me echaría atrás. Estábamos unidos por la saña.

00.37 horas

Un muerto en accidente de tráfico. En la zona próxima al mar. Windward con Main.

Parker se hallaba ahora en el cruce. Un técnico de laboratorio dibujaba la silueta del cuerpo con tiza y medía las marcas de los neumáticos. El conductor no había visto a la anciana. Conducía conforme a la normativa impuesta por el oscurecimiento. La anciana salió de la nada.

El conductor era un mar de lágrimas. Declaró que no podía con su alma. Los putos japoneses habían bombardeado Pearl Harbor. No dormía desde la mañana del domingo.

Parker lo mandó a su casa. Duerme, hermano. Ya te llamaremos cuando tengas que declarar ante el juez de instrucción.

Un furgón del depósito de cadáveres se llevó el cuerpo. Los uniformados reanudaron su patrulla. Parker redactó el informe en el coche. La tablilla sujetapapeles se desdibujaba ante sus ojos.

Había recibido el aviso frente a la Deutsches Haus, y fue directamente. En el trayecto puso la radio. El boletín informativo le dejó el ánimo por los suelos.

El tal James Larkin murió en el Queen of Angels. Lo había tocado de refilón un coche el domingo por la mañana cuando iba en bicicleta. Estaba al frente del Club Ciclista de Santa Mónica. Los chicos sobrevivieron; él no.

Parker rezó el rosario. Se le quebró la voz. Había prometido elevar una plegaria por el restablecimiento de Larkin y se había olvidado de cumplir su promesa. Los japoneses habían bombardeado Hawái. Eso causaba amnesia colectiva.

Parker recordó un detalle extraño. Larkin entra en la ambulancia. La cacha de una Luger cae de su regazo.

Era una noche oscura y fría. Las condiciones para esconderse y beber eran óptimas. Los chicos de Dudley estaban fichando a los boches en la cárcel del Palacio de Justicia. Él debería estar allí.

Parker fue al centro en su coche. Abandonó la zona de oscurecimiento y llegó a la parte iluminada de Los Ángeles. Una mujer cruzó imprudentemente en la travesía de Temple con Hill. Lucía un vestido rojo a lo Kay Lake.

Parker aparcó en doble fila frente al Palacio y subió en el ascensor reservado a la policía. La planta decimosegunda estaba a rebosar de Eje. Las celdas de retención albergaban exclusivamente a japoneses.

En la sala de recepción de detenidos estaban los chicos de Dudley y los cinco capullos boches. Los habían esposado a una cadena de arrastre.

—El jefe ha vuelto —dijo Breuning.

—Tengo hambre —dijo Carlisle—. Vayamos al restaurante de Kwan.

—Pero si es Escopeta Bill.

Parker comprobó el registro de detenciones. Los *Schweinehunde* estaban inscritos. Max Affman, Robert Noble, Max Herman Schwinn. Ellis Jones y un tal doctor Fred Hiltz, dentista.

Presentaban las magulladuras de la redada. Sus vistosos brazaletes ofrecían ahora un aspecto mustio.

Un celador rondaba por allí. Parker dijo:

—Fícelos por sedición y reténgalos hasta que pasen a disposición del jurado de acusación. Sin habeas corpus ni fianza. Póngalos en la galería de los reclusos de color. Puede que así aprendan alguna que otra cosa.

Un *Schweinehund* alto gruñó. Breuning le asestó un revés. Sonó el teléfono del mostrador. El celador lo cogió.

Un *Schweinehund* gordo dijo:

—Yo no comparto litera con un moreno.

Breuning le asestó un revés. El celador entregó a Parker el auricular.

—¿Sí?

—Soy Nort Layman, Bill. Convendría que se reuniera conmigo en Homicidios. He averiguado algo sobre Nancy Watanabe.

1.52 horas

Su última copa del día preferida: café y benzedrina.

Acto seguido Dudley se fumaba un pitillo. La sala de la brigada estaba vacía. El doctor Ashida y la señorita Lake la habían dejado patas arriba. Eso había disuadido de entrar a los muchachos del turno de noche.

Su cubículo permanecía intacto. *Él* no había sido objeto de escuchas. *Él* hacía las llamadas delicadas desde teléfonos públicos. Un cerrajero judío le vendía fichas.

El teléfono de su escritorio parpadeaba. Aaaaah: el laboratorio de revelado.

El encargado del turno de noche se comprometió a dar prioridad a sus instantáneas. El individuo era un degenerado en libertad bajo fianza. No hablaría a nadie acerca del japo muerto de las fotos.

Dudley dio vueltas a sus pensamientos. Un pensamiento daba vueltas persistentemente. *Pasó algo por alto en la casa. Era un detalle elemental. Era posible que el propio asesino lo hubiera pasado por alto.*

Dio vueltas a sus pensamientos. Un pensamiento lo reconcomía. Llámame Jack le había endosado un caso aislado.

El llamamiento a filas dejaría sin efectivos al Departamento. Reclutarían a los polis quisieran o no. Eso exigiría contrataciones de emergencia. Tenía que examinar los expedientes de los últimos aspirantes rechazados a fin de entresacar hombres aptos para el servicio.

Era un trabajo fastidioso. Le agarrotaba las ondas cerebrales. El caso Watanabe requería todo su tiempo. *Eso* era lo que le recalentaba el cerebro.

Pasó algo por alto en la casa. Debía consultar con el brillante doctor Ashida.

Dudley volvió a examinar el libro. Era el manual de Ray Pinker sobre heridas de arma blanca. Incluía fotografías.

Sí: cortes de múltiples hojas. Sí: la punción central y el efecto radial. Sí: una perspectiva de la misma clase de incisión.

Las fotos coincidían con las cuchilladas recibidas por Hikaru Tachibana. Estaba casi seguro. Las fotos del laboratorio lo confirmarían.

Parpadearon *dos* luces en el teléfono. Dudley se acercó parsimoniosamente a la tolva contigua a la puerta y tendió la mano. El zumbido *zumbó*. Agarró el bote al vuelo y regresó parsimoniosamente a su escritorio.

A continuación: la prueba comparativa.

Las fotos de cuchilladas de Ray Pinker. Sus propias fotos de heridas de arma blanca. Doce fotos de manual y siete instantáneas con *flash*.

Examinó ambas series. Saltó de unas a otras. ¿Idénticas? Sí.

Fotos confirmadas. Consultemos el texto histórico de Pinker.

Un cuchillo de guerra japonés causó las heridas. El cuchillo se remontaba al Japón del siglo XVIII. Los caudillos feudales impregnaban las hojas de sus armas con un veneno de acción lenta. Las heridas superficiales casi nunca eran letales. Los caudillos herían superficialmente a sus hombres para poner a prueba su valor en situaciones extremas.

Las heridas profundas siempre eran letales. Las heridas profundas y el veneno causaban una muerte lenta y tortuosa. A menudo los caudillos herían a sus víctimas en los brazos. Así se aseguraban de que ningún órgano perforado causaba una muerte instantánea. A menudo los caudillos perforaban el abdomen de sus víctimas. Así el veneno se transmitía al intestino. Así se producía una muerte lenta y horrenda.

Dudley cerró el libro y apiló las fotos. El cerebro le daba vueltas. Debía examinar el registro de la Deutsches Haus. El cerebro le dio vueltas y más vueltas. Buzz Meeks se había hecho cargo del atraco en Whalen. Ese aspecto del caso lo desconcertaba. Quizá Meeks tuviera material apilado en su escritorio.

Eran las 2.12. En Robos y Atracos no habría un alma. El chisme fotográfico del doctor Ashida tomaba instantáneas utilizables como pruebas. Quizá Meeks tuviera duplicados.

Dudley fue a Robos y Atracos. La sala era un cementerio. Meeks tenía en su escritorio una herradura a modo de pisapapeles.

El primer cajón estaba abierto. Lápices, clips, gomas de borrar. Un carrito de pruebas fotográficas, con una nota adjunta.

«T. M.: Lo siento, pero no se ha podido revelar».

Dudley tachó la nota. Dudley escribió debajo: «Inténtelo otra vez. Entrégueme a mí las fotos. Esfuércese más, holgazán de mierda».

Se acercó a la tolva y echó la película junto con la nota. Pulsó el botón del laboratorio fotográfico y oyó el *zumbido*. Volvió a su escritorio y examinó el registro.

Deutsches Haus. La sedición vista como pifia humillante. Venta ilegal de armas. Los compradores debían de utilizar seudónimos. Era un palo de ciego.

Sí: columnas en mayúsculas. Fechas y listas de pertrechos. Seudónimos, como preveía.

H. Himmler, J. Goebbels, H. Göring. «A. Hitler»: esa sí que es buena.

Dudley pasó las páginas. Hay un Hirohito, un Tojo, un Mussolini. Hay más humor pueril, hasta llegar a...

Un nombre real.

Huey Cressmeyer.

El hijo degenerado de Ruth Mildred. Ruth Mildred, la *frau* tortillera de Dot Rothstein. Ruth Mildred se había follado a un hombre para tener un hijo que ella y

Dot pudieran pervertir.

Dudley hojeó el resto del registro. Destacaban el mariscal de campo Rommel y la nena de A. Hitler, Eva Braun. Guardó el registro bajo llave. Empezó a sonar el clic del contador Geiger de su cerebro. Parpadearon dos luces en el teléfono del escritorio.

Se acercó a la tolva y agarró la mercancía. Volvió a su escritorio y la descargó.

El holgazán cumple. La entrega no puede ser más oportuna. Es un azar en extremo afortunado.

Dudley examinó las fotos. Conjeturó la sucesión de cagadas por las que esas instantáneas llegaron a él.

El prodigioso chisme del doctor Ashida. Se emplea para fotografiar matrículas. Se produce un fallo. Las ruedas de un coche tocan el hilo disparador y activan el obturador. Algo se atasca y la lente queda enfocada hacia arriba. El resultado son cuatro imágenes borrosas de Huey C.

Es Huey. Está a punto de atracar la farmacia Whalen. *Son imágenes borrosas*. No son válidas en un juicio. Es Huey: pero solo si lo conoces.

Oyó un roce de pies. Bill Parker y Nort Layman se acercaron.

—Nancy Watanabe quedó embarazada no hace mucho tiempo —informó Layman—. Abortó. Hice unos análisis de sangre avanzados y encontré células tisulares circulantes. El grupo sanguíneo del padre era AB negativo.

—Una agradable sorpresa —dijo Dudley.

—Eso explica la presencia de paregórico en la casa —dijo Parker—. Es lo que se receta para los retortijones en las primeras etapas del embarazo.

—El individuo de Whalen echó mano al paregórico —dijo Layman—. Consta en el informe de Buzz Meeks.

2.34 horas

Ashida escribía en *kanji*.

Resumió sus hallazgos personales. Roció el papel con un espray preinflamable. Con la aplicación directa de calor, ardería.

Estaba reaprendiendo su lengua materna. La traducción era lenta. Las palabras le salían de manera fragmentaria.

Trabajaba en la mesa de la cocina. Mariko y Ward Littell charlaban en el salón. La «nitrocelulosa» de los corredores de apuestas. De ahí sacó la idea.

Pergeñaba frases en dos idiomas. Su pluma brincaba.

渡辺邸にあった短波ラジオ。あれを盗め。新たな放送を聴くべし。

Del inglés al japonés y otra vez al inglés. Del *kanji* a la caligrafía arábiga.

Radio de onda corta en la casa. Robo de radio. Reproducción de emisiones nuevas.

Le fallaba la mente. Omitía partes de la oración.

Cristales rotos con olor a pescado en la casa. Residuos de gambas en pies de víctimas. Olor a pescado en hombre de granja.

Tradujo y retradujo. Eso garantizaba la precisión. Sopló en las páginas y secó la tinta. Temblaba. Tenía que dormir. Sabía que no podría dormir. La llamada de Kay Lake le había hecho mella.

Lo había puesto nervioso. Lo había llevado a concebir pensamientos absurdos. Kay Lake había inhabilitado sus ondas cerebrales. Parecía una mujer clarividente. Estaba inmersa en Bucky Bleichert. Su visión erótica de Bucky lo perturbaba. Le concedía capacidad de percepción y fuerza deductiva. Ashida temía que ella pudiera leerle la mente y decodificar sus vergonzosos pensamientos.

Entró Mariko. Estaba como una cuba. Ashida tapó el cuaderno.

—Madre, ¿el capitán Madrano o algún otro policía mexicano ha preguntado por los jornaleros de nuestra granja? ¿Por la posibilidad de sustituirlos o comprar nuestras tierras?

Mariko movió la cabeza en un gesto de negación y cogió una cubitera. Ashida oyó un ruido en el exterior. Ladeó la silla hacia la ventana.

El banco Sumitomo estaba abierto. Los ayudantes del *sheriff* cargaban sacas de dinero en un furgón. Thad Brown empuñaba una metralleta y vigilaba la operación

como un perro guardián.

El furgón arrancó. Brown clavó un aviso de incautación en la puerta.

Ashida reanudó su trabajo.

Kanji, arábigo, *kanji*. ¿Qué pasó por alto en la casa?

Bostezó. Le dolió. Se puso en pie y vio manchas. Tenía que parar. No podía volver a casa en coche. Tenía que desplomarse en algún lugar cercano.

Ahora su habitación era la habitación de Ward. Tenía el equipo de química guardado en el armario. Podía *fabricarse* el sueño.

Recorrió el pasillo haciendo eses. La puerta estaba abierta. Cogió ampollas de fo-ti y valeriana líquida. Se las llevó al cuarto de baño y llenó una taza con agua del grifo. Sabía a arcilla. Se lo bebió de un trago.

Volvieron a aparecer las manchas. Apuntalándose en las paredes, consiguió regresar a la cocina. La mecedora de Mariko despedía un resplandor de un color extraño.

Se desplomó en ella. Meciéndose, se trasladó a un lugar extraño. Parecía la cámara acorazada de un banco. El dinero era de color violáceo, no verde. La tal Lake y el tal Bennett se hacían el *seppuku*. Su sangre era del color del que debería ser el dinero. El tal Bennett estaba bajo la ducha. El agua salpicaba una cámara secreta. Intentaba formar el punto y seguido usado en *kanji*. Kay Lake le echaba humo a la cara.

Oyó disparos. Le escocían los ojos. Los abrió y vio la claridad del día por la ventana. El último disparo era el tañido de la campana del banco. Entornó los ojos y vio el reloj del banco. La saeta grande y la saeta pequeña indicaban las 13.30.

Los disparos eran el timbre de la puerta. El agua era su propio sudor y su orina. El mundo era la mecedora en el suelo.

Fue a trompicones hasta la puerta. Abrió. Allí estaba Bucky Bleichert.

—Hideo, perdona. Es que no podía...

Le golpeó y le golpeó y le golpeó. Belmont, promoción del 35, verdinegro para siempre. Bucky permaneció inmóvil y encajó el castigo.

Ashida le golpeó. La sangre de Bucky era de un color también extraño. Le golpeó hasta que ya no tuvo fuerzas para levantar las manos.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / MIÉRCOLES, 10 DE DICIEMBRE DE 1941

13.38 horas

Los grabados de obreros oprimidos eran de prever. La agraciada recepcionista revelaba que al doctor Lesnick le gustaban las mujeres jóvenes. Yo era la única analizada en la sala de espera; vestía uniforme de universidad mixta con la intención de espolear la susceptibilidad del doctor Lesnick y mostrarme como una imponente cazadora izquierdista. Falda de lana, blusa blanca, americana entallada de color azul marino. Zapatos bicolors gastados para aportar un toque de afabilidad universitaria, y calcetines de color rojo vivo hasta la rodilla. Una boina negra con la insignia LIBERTAD PARA LOS CHICOS DE SCOTTSBORO. La mayoría de los chicos ya habían sido puestos en libertad, y varios de ellos eran a todas luces culpables. Daba igual. Yo era impermeable a razonamientos políticos y mis propias neurosis me daban vértigo.

Llegué antes de la hora. Fui con tiempo de sobra para aclimatarme a mi hábitat de cazadora. Había elaborado un guión para mi primera sesión, basado en los arquetipos junguianos. Enumeraría por tanto a los hombres de mi vida y así fascinaría y encolerizaría a la vez al doctor Lesnick. Le impresionaría que yo poseyera ciertos conocimientos de Jung y le horrorizaría que yo hubiera utilizado sus teorías para mi propia conveniencia. El subtexto sexual lo sacaría de sí y a partir de ahí ya todo sería coser y cantar para mí.

Un boletín radiofónico servía de distracción. La aviación estadounidense había hundido dos destructores japoneses. El presidente Roosevelt pronto iniciaría el llamamiento a filas para la guerra. Los submarinos ahora merodeaban nuestras aguas. Fletch Bowron comentaba la importancia del oscurecimiento de esta noche en toda la ciudad. El capitán William H. Parker se reunirá con las autoridades de defensa civil en el día de hoy. La señora de Franklin D. Roosevelt asistirá al sarao en el hotel Plaza de Hollywood.

Se abrió la puerta del despacho. El doctor Lesnick salió a la sala de espera y me miró.

Era un hombre frágil y delgado de unos sesenta y cinco años. Lucía una barba a lo Freud. Tenía los dedos manchados de nicotina. Presentaba la expresión de un refugiado judío angustiado.

—¿Señorita Lake? —dijo, y me hizo pasar a su despacho.

La silla del analista, el diván del analizando, los grabados de los murales promovidos por el WPA. Confluyen Beverly Hills y la gran sequía. Lesnick cerró la puerta.

Ocupé el diván; Lesnick ocupó la silla. Encendimos sendos cigarrillos y nos acercamos sendos ceniceros.

—¿Le importaría decirme por recomendación de quién viene?

—Hace unos años fui a unas cuantas reuniones de la Alianza de las Juventudes Socialistas. Todo el mundo coincidía en que interpretaba usted muy bien los sueños.

—¿Diría usted que sus sueños presentan temas coherentes?

Cerré los ojos y crucé las piernas por los tobillos; quería que el doctor me echara un buen vistazo y calibrara mi idoneidad para la célula de la Reina Roja. Los dos éramos informantes de la policía. Yo sabía que él lo era; él no sabía que yo lo era. Yo tenía ventaja.

La temperatura del despacho era agradable. Expulsé anillos de humo y me hundí en el diván.

—El tema unificador es el sexo.

Se propagó un largo silencio. Yo había preparado el terreno para mi falso guión a partir de la primera pregunta del doctor. Lesnick ponía a los federales en conocimiento de los trapos sucios íntimos de Claire De Haven. Su papel de informador sin duda lo imbuía de autodesprecio. Yo representaba un quid pro quo. Él podía responder de mí ante la Reina Roja y recompensarla por su propia perfidia.

El silencio se prolongó. Me representé al doctor recreándose en mi pose de universitaria yacente. *Sexo es igual a conciencia social es igual a política. Lo enmarañaré todo inextricablemente. Es un hombre de una arrogancia asombrosa. Es el clásico hombre inteligente que en realidad no es brillante y debe convencer al mundo de que sí lo es. Se lo contará todo sobre mí a Claire De Haven. Convertirá mis monólogos preparados de antemano en divagaciones desarticuladas. Dirá a la Reina que enseguida dedujo la clave de mi alma.*

—Describa sus sueños —dijo.

Apagué el cigarrillo y entrelacé las manos detrás de la cabeza. Dije:

—Por mis sueños desfilan cinco hombres de mi vida, intercambiabilmente. Les he puesto nombres arquetípicos, basándome en mis estudios de Jung. Son «el Amante Casto», «el Boxeador», «el Chico Rebelde», «el Autoritario» y «el Japonés». Vivo con el Amante Casto. Hemos tenido algún que otro encuentro sexual más o menos atropellado y al final la relación se ha convertido en árida domesticidad. El Amante Casto es policía, y yo, contra toda lógica, formo parte en gran medida de su mundo. El Chico Rebelde es una conquista reciente, que quizá se marche a la guerra. El Boxeador es famoso en la ciudad, y me atrae desde hace tiempo. El Autoritario y el Japonés son hombres por los que no siento el menor interés sexual, pero entre todos ellos son quienes más talento tienen, y los hombres con talento me interesan más que ningún otro tipo masculino.

—¿Piensa usted en tipos, pues? —preguntó Lesnick—. ¿Sus estudios de Jung la han inducido a organizar su vida interna de esa manera?

—Sí —contesté—. Pienso en tipos. Me crie durante la Depresión, y he sido testigo de cómo la incapacidad de pensar con claridad y actuar con determinación ha mermado a nuestros líderes y perpetuado las condiciones de opresión en este país. Decidí no ser así. Pensar en arquetipos me ha ayudado a comprender las situaciones políticas y también las personales.

Siguió otro silencio. Con mi respuesta incompleta le tendí el anzuelo. *Pílleme, doctor.*

—Su crítica de la opresión es un tanto incompleta. Sobre todo si tenemos en cuenta esa insignia que lleva.

Mordió el anzuelo. Lo dejé ganar. Lo induje a pensar: *Esta niña inmadura... qué joven es.*

—Solo pretendía poner un ejemplo de mi manera de pensar. Organizo mi vida externa con todo rigor, pero mi vida interior y mi vida onírica son otra cosa muy distinta.

—Es muy poco común que un paciente inicie el análisis con sus sueños. Por lo general, primero explican una crisis actual u ofrecen una breve autobiografía.

Cambié de posición en el diván. Estaba ya inmersa en el estado de calma interpretativa propio del escenario. Dije:

—Mis sueños minan mi aplomo ante el mundo. Por eso decidí empezar un análisis. Mi estado externo permanece estático, pero en estos momentos mi estado inconsciente está muy alterado.

—¿Ve el mundo exterior como manifestación de sus pensamientos? —preguntó él.

—¿Mi mundo personal o el mundo en general?

—Los dos.

—Mi mundo personal, sin duda. El mundo en general, muy a menudo.

—¿Sería tan amable de explicarme qué es el «mundo en general»?

Aproveché la ocasión. Habíamos actuado en connivencia inconscientemente; lo había llevado a forjar su arquetipo de mí. Yo era la Niña Megalómana.

—En el mundo he tenido un comportamiento voluble y he llegado a un punto de conocimiento de mí misma que me ha proporcionado una peculiar percepción. Existen personas que traen el fuego al mundo e introducen en el mundo cambios espectaculares, inexplicables y rara vez detectables. Esa clase de personas, *como es mi caso*, crean cambios políticos y modifican el clima social. Como imaginará, doctor, esa es la razón por la que las contradicciones de mi vida onírica son tan perturbadoras.

Lesnick cambió de posición en la silla. Lo noté más alerta. Dijo:

—Hábleme de sus sueños, pues. ¿Por qué el sexo es el tema unificador?

Había llegado el momento de mi soliloquio. Gracias a su labor de soplón, Lesnick

había conseguido que su hija saliera de la cárcel. La descarriada Andrea Lesnick, la descarriada Katherine Lake. Una chica borracha al volante de un coche se estrella contra otro coche lleno de rotarios. Una chica de Dakota del Sur roba dinero y coge un autobús con destino a Los Ángeles. Política, sueños, sexo. Una megalomanía recién revelada. Oía el tictac de un reloj que avanzaba hacia el final de mi hora de cincuenta minutos. Fui breve en mi interpretación.

Me centré directamente en mis arquetipos y les saqué provecho. Eran todos policías y aspirantes a policía. ¿Por qué me atraen tanto los hombres que calzan botas con tachuelas en las suelas y basan en eso su autoridad? Soy megalómana, pero estoy confusa.

Soy una mujer en un mundo de hombres. No me permiten acceder a él. El domingo intenté alistarme en la Infantería de Marina; me embadurnaron de pintura roja y me rechazaron. Vivo rodeada de atrocidades y me indigna no poder ponerles fin. Traigo el fuego al mundo y percibo mi propia complicidad en el horror en el que todos vivimos como una única alma. Mis mundos interior y exterior se han fundido. Hago el amor y me obsesiono con todos esos hombres porque es lo único de que disponen las mujeres para poner fin al horror.

Interpreté mis propias interpretaciones. Exudé ensimismamiento megalómano. Describí mi infancia, mi etapa con Bobby De Witt, mi relación con Lee Blanchard. *¿Se hace cargo, doctor?* Mi vida externa está caóticamente desordenada y me ha llevado a un punto de determinación mental intransigente. ¿Acaso en el fondo no son maleables las personas como yo? ¿No cree que Claire De Haven se interesará en mí y verá la lealtad con que serviré a la Causa Roja?

Allí estaba el capitán Parker, expurgado. Lo retraté como un conocido mío del mundo policial y un espantoso teócrata de derechas. Hideo Ashida sirvió para sacar a la luz mi postura racial ilustrada y mi indignación por las redadas. Scotty Bennett me proporcionó los detalles sexuales en crudo; los combiné con una selección de mis fantasías con Bucky Bleichert. Hablé con voz monótona. Eso indicó al doctor Lesnick que estas revelaciones íntimas no me incomodaban en absoluto. *Soy una bicoca, ¿no, doctor? Usted no sabe que todo esto forma parte de una intención y persigue un efecto.*

Lesnick me interrumpió. Dijo:

—La hora ha terminado, señorita Lake.

Me puse en pie. Lesnick se puso en pie y de cara a mí. Fui incapaz de interpretar su expresión.

—Me gustaría pedir hora para otra sesión.

—Llame a mi secretaria, si es tan amable —respondió Lesnick.

—Gracias, doctor —dije, y abrí la puerta.

Claire estaba en la sala de espera.

Llevaba un peinado nuevo, con el pelo recogido en lo alto, y vestía un traje de sarga tostado. Sus gafas subvertían su aspecto aristocrático. Uno de cada veinte

hombres se *fijaría* en ella... y ella siempre sabría distinguir a esos hombres.

Apartó la mirada de su revista. Advertí un parpadeo. *Ah, vaya... eres tú.*

Metí la mano en el bolso, saqué el tabaco y fingí buscar cerillas en vano. Simulé no verla levantarse ni percibir su sombra. De pronto plantó ante mí un encendedor de oro y una llama ya a punto.

Acepté el fuego. Sonrió en el preciso momento en que yo alzaba la vista y me disponía a darle las gracias. Reparó en mi insignia de los chicos de Scottsboro.

—Te vi en el concierto de Robeson. Causaste sensación en la sala.

Me ruboricé como correspondía. Una profesora de arte dramático me enseñó el truco. Piensa en algo que te abochorne y contén la respiración.

—Acabé en el calabozo —dije—. Disfruté de una celda para mí sola. Las otras celdas estaban llenas de japonesas. Les daba vergüenza utilizar el inodoro. Las vi retorcerse toda la noche.

La Reina encendió su propio cigarrillo.

—¿Hasta que tus padres pagaron la fianza a la mañana siguiente?

—No —dije—. Hasta que mi amante, un poli, vino a la comisaría y el celador le contó que la loca de su novia bolchevique volvía a estar donde él ya sabía.

Ella sonrió y se quitó el guante de la mano derecha. Le tendí la mano a la vez que me tendía la suya. Fue un movimiento magníficamente sincronizado.

—Claire De Haven —dijo.

—Kay Lake —dije.

—Robeson volvió a cantar «Ol' Man River» cuando se te llevaron. Cuando al final el público se puso en pie, los aplausos te los dedicaron a ti más que a él.

—Fue una tontería por mi parte —dije—. No tuvo ningún efecto político.

Claire De Haven movió la cabeza en un gesto de negación.

—Fue provocador y teatral. Planteaste una queja válida y quizá eso dio que pensar a más de uno.

Es mayor que tú y más mundana. La clase social os separa. Finge obsecuencia.

Me examiné los zapatos bicolores gastados. Kay la animadora, la calamidad de la fraternidad Phi Delt.

—Esta noche recibo a gente en casa —dijo Claire De Haven—. Es la casa blanca de estilo colonial en la esquina de Roxbury con Elevado. Las nueve es una buena hora, y espero que vengas.

Sonreí.

—¿Estará el señor Robeson?

Sonrió.

—No si estás tú, querida.

Se abrió la puerta del despacho del doctor. Claire De Haven me tocó el codo y se alejó. Salí al pasillo; un hombre alto abandonaba la oficina contigua. Lo reconocí. Era Preston Exley, el policía convertido en rey de la construcción. Sonrió y me cedió el paso. Bajé por la escalera y salí a la calle.

De pronto me sobrevino todo lo ocurrido y sentí un mareo. Preston Exley se acercó al bordillo y habló con otro hombre alto. Miré en dirección a la ventana del doctor Lesnick y vi separarse las cortinas.

Claire De Haven escrutó la acera. Me vio y me observó. Resistí el impulso de lanzarle un beso.

14.54 horas

Parker se acicalaba en el cuarto de baño. Vestía su mejor traje. Llámame Jack había dicho: «Quiero que vaya de punta en blanco, Bill. Estará allí la esposa lesbi de Roosevelt».

Fletch B. se había agenciado la *suite* presidencial. Tenía las dimensiones de un campo de fútbol. El cuarto de baño comunicaba con la habitación principal. La puerta estaba entornada. Llegaba el parloteo de fuera.

El *sheriff* Gene decía al fiscal McPherson que no roncara allí sentado. Eleanor Roosevelt charlaba con Fletch. Franklin va a aumentar a cuarenta y tres la edad de reclutamiento. Quiere seis millones de hombres.

Parker se metió en el tocador y cogió el teléfono. La *suite* tenía línea directa con el exterior. Marcó el número de Thad Brown en el edificio municipal.

—Homicidios, teniente Brown.

—Bill Parker, Thad. Llamo desde el Plaza.

Brown soltó un silbido.

—Sea convincente, jefe. Los federales piensan que vamos a cagarla en el oscurecimiento.

Parker se limpió los zapatos con un Kleenex.

—Pásele este dato a Horrall: Roosevelt va a subir la edad de reclutamiento a cuarenta y tres años. En lo que atañe a los efectivos del cuerpo, es mucho peor de lo que nos temíamos. Vamos a tener que incorporar a hombres exentos del servicio militar y acudir a los expedientes de los aspirantes rechazados.

—Jack ya le ha encargado la tarea al Dudster —contestó Brown—. Y está poniendo en marcha un «Programa de Policía Auxiliar» para aumentar el número de miembros bajo juramento.

Parker se limpió las gafas con la corbata.

—Borrachos, marginados y jubilados sin nada que hacer. No tenemos personal para los controles de seguridad.

Alguien llamó a la puerta.

—Su turno, capitán.

Brown tosió. Preguntó:

—¿Qué pasa con el caso Watanabe? ¿Podemos confiar en que Dudley se lo tome en serio?

—Está metido a fondo, y Horrall confía en él. Dicho esto, no creo que Pinker y Ashida amañen pruebas solo para proporcionar a Dud la resolución. Nancy Watanabe abortó no hace mucho, lo cual de momento es la única pista nueva que tenemos.

—*Sayonara*, Bill —dijo Brown.

—*Banzai*, Thad —dijo Parker.

Sonó una salva de aplausos. Parker acabó de acicalarse precipitadamente y salió a la habitación. Ochenta personas alzaron la vista.

Las personalidades acaparaban la primera fila. La Primera Dama, el alcalde Fiorello La Guardia, la plana mayor de la ciudad de Los Ángeles. Banderas estadounidenses flanqueaban el atril. Parker se situó.

Fletch B. se tocó el reloj de pulsera. Gene Biscailuz bostezó. Bill McPherson parecía soñoliento.

Parker se presentó. Obtuvo unos moderados aplausos y plagió a Bob Hope.

Escuchen esto, gente:

Un submarino japonés entra en el estanque de Silver Lake. La tripulación desembarca. Combate contra los pachucos en Echo Park. Avanzan hasta Griffith Park. Los tigres de Bengala gigantes del zoo escapan y se los comen. «Las guerras se ganan con los recursos disponibles: ¡acuérdense de Pearl Harbor, gente!»

El público lo miró inexpresivo. No arrancó ni una sola sonrisa, ni una sola risa, ni un puaf al final del chiste.

Parker pasó sin transición al discurso preparado. La seguridad viaria, la seguridad peatonal, consejos para los cortes de luz. Normas del oscurecimiento, comportamiento al volante. Planes para la prevención del vandalismo. Estrategia de movilización en previsión de ataques por aire y por mar.

Es nuestro deber, damas y caballeros. ¡El apoyo ciudadano se escribe con V de Victoria!

Aplausos moderados, aplausos aburridos. La Primera Dama, con la mano en alto.

—¿Sí, señora Roosevelt?

—A propósito de este tema, capitán, ¿tiene la certeza de que se está haciendo todo lo posible por salvaguardar las libertades civiles de la población japonesa retenida en Los Ángeles?

Parker se agarró al atril. Vio al policía emprenderla con aquellos chicos.

—Sí, señora Roosevelt. Tengo la total certeza.

15.22 horas

Se apresuró.

Se apartó del atril y se escabulló. Se coló en la fila del besamanos y cruzó unas palabras con *frau* FDR. Bajó al bar por la escalera de servicio.

Pidió solo un burbon y ocupó un reservado junto a la vidriera. Observó pasar el

mundo por Vine Street.

Los cazadores de autógrafos acechaban frente al Brown Derby. Los voceadores de periódicos se abrían paso entre el tráfico y anunciaban la prensa. Cuatro mujeres de la Armada salieron de un taxi. Vestían el uniforme azul de invierno con galones de oficial.

Parker se arrimó a la vidriera. Se fijó en los galones y les examinó la cara. Dos alféreces, dos tenientes. Ninguna teniente de corbeta, ninguna pelirroja alta, ninguna posible Joan.

—¿Qué mira?

Huracán Kay: como salida de la nada, joder.

—Me ha parecido ver a una persona que conocía.

—¿Esas mujeres de la Armada?

—Sí.

—Intuyo que detrás de eso hay una historia.

—Nada del otro mundo, y no voy a contárselo.

Ella se sentó. Se apropió de la cereza de la copa de Parker.

—El doctor Lesnick se ha quedado prendado. He coincidido con la Reina, a la hora prevista. Me ha invitado a una fiesta en su casa esta noche.

Parker la examinó.

—Su indumentaria es demasiado evidente y satírica. En adelante seré yo quien le diga cómo vestirse.

Ella tomó un sorbo de la copa de Parker. Dejó una marca de carmín en el vaso.

—¿Y si no tengo la ropa que me exige?

—En ese caso se la compraré.

El paquete de tabaco de Parker estaba allí en la mesa. Kay se sirvió un cigarrillo.

—¿Cómo debo comportarme esta noche en la fiesta?

Parker tomó un sorbo de su copa.

—Actúe como si no la impresionara el ambiente sofisticado, pero deje traslucir que en realidad sí la impresiona. No monte otra escena, bajo ninguna circunstancia. Preste atención a las conversaciones relacionadas con futuras reuniones, concentraciones y actos políticos. Entre furtivamente en las habitaciones y registre armarios y cajones. Doy por supuesto que visitará la casa en ocasiones posteriores, así que le conseguiré una cámara fácil de ocultar. Quiero pruebas fotográficas de toda literatura sediciosa o cualquier cosa de carácter depravado con que pueda toparse.

Kay Lake fumó y bebió. El tabaco de él. La bebida de él.

—He tomado prestada su identidad como personaje en mi sesión con el doctor Lesnick. Hemos hablado de arquetipos y susceptibilidad. Tiene que decirle a la Reina que soy maleable. Ella tiene que pensar que está utilizándome, o nada de esto dará resultado.

Parker asintió.

—Esta noche quiero que se ponga un vestido negro de cachemira. Se lo compraré

y encargará a la tienda que se lo entregue en casa. Póngase los zapatos de tacón armado que ya le he visto.

Kay Lake expulsó anillos de humo.

—Tengo la talla treinta y cuatro. Asegúrese de que la cintura esté debidamente entallada.

Los ojos de Kay Lake desvían la luz. Es inmune a la duda. Ese es su punto fuerte como soplona y su defecto como ser cognoscente.

—¿Lo halaga que lo haya presentado como arquetipo?

—No coquettee conmigo, señorita Lake.

—Si coquetteara con usted, lo sabría.

Tiene los ojos de un marrón tan oscuro que son negros.

15.56 horas

Il Duce. Mussolini, molto bene. El ceño y la cabeza enorme.

Harry Cohn acarreó al Duce hasta un armario. El busto pesaba casi cuarenta kilos. Harry, judío él, era gordo y culón. Su despacho era de una modernidad fascista. Un decorador de interiores marica se lo embelleció, a lo Führer.

—Eres un chico listo, Harry —dijo Dudley—. Admiro a ese espagueti tan distinguido tanto como tú, pero es mejor mantenerlo enclaustrado hasta que concluya este innecesario conflicto mundial.

El rostro de Harry adquirió una rojez esclerótica. Dejó caer al Duce. El suelo reverberó. Jadeante, volvió a su silla y encendió un pitillo.

—Dime qué quieres y suelta los trapos sucios. Nunca me visitas solo para charlar.

Dudley se acomodó en la silla. Era de tamaño pontífice. Incluía un cenicero encastrado.

—Debes a Ace Kwan mil novecientos pavos, Harry. Debes otros cuatro mil ochocientos a Ben Siegel. Esta noche puedo conseguirte mil novecientos. Tengo en perspectiva la posibilidad de un buen negocio.

Harry enrojeció. Su fucsia de costumbre pasó a un color burdeos. Ese hombre irradiaba mala salud.

—Soplapollas irlandés. Nunca vienes solo para charlar.

Dudley se dio una palmada en las rodillas.

—Jack Kennedy visita la ciudad. Estoy seguro de que ya sabes lo que él tiene en mente.

Harry se rascó los huevos. Su escritorio parecía la tumba de un faraón. Un escabel permitía a las aspirantes a estrella de cine arrodillarse y mamársela.

—Tengo algún que otro bombón que Jack sabrá valorar. ¿Te acuerdas de Joe el K y los tiempos del porno en Tijuana? Dot y Ruth Mildred tuvieron un pique por aquella comandante del Ejército Femenino. Aquella sí que fue una época despatarrante.

—Yo tengo unas cuantas ideas magníficas en esa línea —dijo Dudley.

—Tú siempre tienes ideas magníficas, Dud. Pero yo produzco películas de calidad para un público cinematográfico que exige calidad, así que no cuentas conmigo para vender cortometrajes de fulanas enfermas y hombres con acné y pollas enormes.

Dudley sonrió.

—Nuestra amistad se basa en la extorsión, Harry. Nunca nos hemos dado ultimátums, porque eso los dos lo entendemos. Debería añadir que produjiste un documental casi olvidado sobre *herr* Mussolini en 1931, y yo tengo en mi poder pruebas en celuloide. ¿No crees que, dada la actual situación mundial, tu homenaje adulator a esa bestia italiana te granjearía desaprobación?

Harry palpitó. Las venas del cuello le latieron vigorosamente. ¿Advertimos esas arterias hinchadas?

—Tendré en cuenta tu idea, soplapollas irlandés.

—Magnífico. Y ya que hemos iniciado el proceso de trueque, ¿qué puedo hacer yo por ti?

Harry fumaba un pitillo tras otro.

—He recibido amenazas de huelga. Mis esclavos están poniéndose nerviosos, y quizá necesite unos cuantos hombres duros para sofocar esos problemas de inspiración roja.

—Mañana veré a Ben Siegel —dijo Dudley—. Pronto saldrá de la cárcel, y te proporcionará unos cuantos rompehuelgas de primera.

Harry aplastó la colilla.

—Eres un calentapollas, puto oportunista irlandés. Suelta los trapos sucios.

Dudley le guiñó un ojo.

—Los soltaré. Y hoy tengo un surtido magnífico para ti.

Vamos allá: empieza el ritual.

La mano de Harry desaparece de encima del escritorio. Se oye la cremallera de Harry. El hombro derecho de Harry se encorva.

—Rita Hayworth anda jugando al mete y saca con un bala perdida muy bien dotado que se llama Sailor Jack Woods. Barbara Stanwyck sigue en el bollo. En el ambiente lesbi se la conoce como la «Humeante Stanny». Carole Lombard ha estado alternando con el fiscal Bill McPherson, a quien se ha visto echar cabezadas en confabulaciones oficiales relacionadas con la retención de japos subversivos. Al fiscal McPherson se lo conoce veladamente como «Bill Barrio Negro», un guiño a su propensión al felpudo procedente de la selva. Se ha visto al fiscal McPherson frecuentemente en el Casbah de Minnie Roberts, un famoso burdel de morenas. La señorita Lombard, también ella aficionada a la carne negra, lo acompaña y disfruta de los guerreros zulúes mientras el fiscal disfruta de las chicas de piel oscura.

El ritual se acerca a un *crescendo*.

Harry sacude el brazo derecho. Harry tiene espasmos en el hombro derecho. Harry jadea y se enjuga la cara con un pañuelo de papel.

Dudley encendió un pitillo.

—Ace Kwan quiere rodar películas porno. Transmitirán un sentimiento antijaponés, y quizá las protagonicen grandes actores japoneses. Me gustaría meteros en el negocio a ti y a Ben S. Puedo conseguirte el dinero para saldar la deuda con

Ace. Quedarías limpio, y serías la persona ideal para ayudarnos en esta empresa.

Harry se secó la frente.

—Me lo pensaré, soplapollas irlandés.

—Magnífico. Y cambiando de tema, ¿Ruth Mildred se ocupa de todos tus raspados? Estaba pensando en una desdichada muchacha japonesa. ¿Permites a Ruthie trabajar por su cuenta?

Harry negó con la cabeza. Salpicó humedad. Sus arterias gimieron.

—Ruth Mildred es mi abortista. Hace los raspados que yo le digo, y ninguno más. Tengo los derechos médicos en exclusiva sobre Ruth Mildred Cressmeyer, exdoctora en medicina.

Dudley sonrió.

—Una última pregunta antes de dejarte con tu trabajo. ¿Das crédito al rumor de que nuestro fenomenal amigo, *der Führer*, está sacrificando a judíos a millones?

—Me importa una mierda —dijo Harry—. Puede matar a todos los putos judíos que quiera siempre y cuando no me mate a mí.

16.31 horas

—*¡Fuera King Cohn! ¡Fuera King Cohn!*

Eran las estridentes consignas frente a la oficina de Harry. Dudley se paseó por Gower y echó un vistazo al chusmerío rojo.

Tipejos desharrapados con pancartas. Judíos y morenos predominantemente. Un piquete en el cruce de Gower con Sunset. Extras de películas del Oeste en las inmediaciones de Rexall Drugs. Muchachos derechistas listos para el contraataque.

—*¡Fuera King Cohn! ¡Fuera King Cohn!*

Había aparcado en DeLongpre. Tenía por delante un trabajo tedioso y estúpido. Estaba cansado. El efecto de las benzis se le había pasado al amanecer y se había echado en el cuarto de los camastros. Tres horas de sueño no bastaban.

—*¡Fuera King Cohn! ¡Fuera King Cohn!*

Dudley llegó a su coche y subió. Huey C. vivía cerca de allí. Estaba siempre pegado a *dos* faldas. No se separaba de sus mamás tortilleras.

Trabajo tedioso. Los expedientes de aspirantes rechazados pesaban lo suyo. Dudley los sostenía en equilibrio sobre el regazo.

Abbott, Adams, Allsworth, Arcineaux, Arthur. Borrachos, maltratadores de esposas, cretinos de la cabeza a los pies. Atterbury, M. y Atterbury, S.: gemelos y miembros en exceso exaltados del Ku Klux Klan. Babcock, Bailey, Baltz. Complexiones de tísico y sospechosos lazos con niños. Beckworth: dos temporadas en el trullo. Begley: labio leporino. Bennett, Robert Sinclair... ¿y esto?

R. S. Bennett, apodado «Scotty». Solicitó el ingreso en agosto del 41. Entonces tenía veinte años. Mintió sobre la edad. Destacó en las pruebas físicas y en los

exámenes escritos. Calificaciones propias de un alto nivel de inteligencia.

Un metro noventa y dos, cien kilos. Graduado en el instituto Hollywood. Zaguero de la selección municipal de fútbol americano y primero de su promoción. Representó a su instituto en el concurso de debate a nivel estatal. Aceptado por la escuela de Teología de Yale. Nombre del padre: reverendo James Considine Bennett. Lugar de nacimiento: Aberdeen, Escocia, 1894. Nombre de la madre: Mary Tierney Bennett, ya fallecida. Scotty el embustero, rechazado para el servicio. Observemos la advertencia aparte del director del instituto.

«Este muchacho se ha visto envuelto en numerosas peleas desde su primer año en el centro. Ha alcanzado un nivel académico y deportivo muy alto, pero al parecer se complace en su fama de chico más duro del distrito escolar de la ciudad de Los Ángeles».

Dirección actual: 218 de North Beachwood.

—¡*Fuera King Cohn!* —exigía la malévola consigna.

Dudley fue en coche hasta la esquina de Waring con El Centro. Huey vivía en un ruinoso complejo de *bungalows*. Mujeres desastradas tenían a sus chiquillos al sol a las puertas de las casas.

Dudley aparcó y se ladeó el sombrero. Ellas se echaron unos tragos de matarratas al colete y no le hicieron ni caso. Fue al *bungalow* de Huey.

Toc, toc, toc: ¿quién es? Dudley Smith. Mucho ojo, pues.

Pulsó el timbre. Huey abrió. Diecinueve años, un metro ochenta y cinco, sesenta y cinco kilos. Tiene caspa y acné quístico. Se le ven en la cara salpicones de pegamento de aeromodelismo solidificado.

Dudley cerró la puerta y echó el pasador. Huey masculló algo. Banderas boches cubrían las cuatro paredes. Messerschmidts de madera de balsa pendían del techo.

Huey volvió a mascullar. Dudley lo agarró y lo lanzó contra la pared. Huey giró como un molinillo y fue a chocar contra un estante de Panzers de juguete. Cayó de bruces en el sofá. Estaba demasiado aturdido por el pegamento para gritar.

Dudley sacó cinco benzis del bolsillo y se las metió en la boca a Huey. Huey basqueó y tragó. Dudley se limpió las costras de pegamento de la mano.

—Revivirás en cuestión de minutos, muchacho. Estamos aquí para hablar del atraco a la farmacia Whalen cometido el sábado por la mañana, las Lugers y los silenciadores que conseguiste en la Deutsches Haus, y la recién fallecida familia Watanabe. Tú me conoces, muchacho. Tus madres y yo somos muy amigos, lo cual no me impedirá matarte si me ocultas algo.

Huey masculló, ya en un estado de precoherencia. Vestía un mono de la Luftwaffe. Dudley engulló tres benzis, seguidas del correspondiente pitillo. El humo ahogó el imperante pestazo a pegamento.

Hubert Charles Cressmeyer Segundo. Ruth Mildred lo llamó así por su propio padre, un dermatólogo. Huey adoraba a la querindonga de su mamá, Dot Rothstein. La Dot era judía. Huey se dignaba pasar ese detalle por alto.

Dudley acercó una silla. La habitación daba alguna que otra vuelta. Estaba saltándose comidas y perdiendo peso.

Uno, dos, tres pitillos. Nubes de humo por encima de aparatos aéreos suspendidos a baja altura. Dudley entreabrió una ventana. Huey bostezó y se revolvió.

Se frotó la cara. Se desperezó. La Criatura de la Noche, resucitada.

—Hola, tío Dud.

—Empieza por lo de Whalen, Huey. Hoy no estoy de humor para cortesías.

—¿Esos zoquetes de los Watanabe están muertos? Yo no he sido.

—Yo te creo, muchacho. El jurado de acusación del condado quizá no.

—Es un asunto entre japos. Los japos se ocupan de sus propios líos, igual que los chinos. Eso no debería dar ningún trabajo a tu cuerpo de policía del hombre blanco.

—Un análisis convincente, pero que no viene al caso —dijo Dudley—. Empieza por lo de Whalen, muchacho. Sin omitir nada.

—Vale, di el palo en Whalen el sábado, pero solo esa vez —contestó Huey—. Sabía que en esa tienda era pan comido, y nadie podía situarme en el lugar del hecho en los primeros cuatro o cinco atracos, lo cual me medio daba una coartada para el golpe. Me llevé unas cuantas carteras y un poco de fenobarbi para que mi madre lo usara en sus raspados, y revolví un poco el estante del paregórico. Una nena conocida mía había estado embarazada y consiguió que su médico le recetara la morfa para los retortijones. La compartió conmigo, y yo empecé a cogerle gusto. Me proponía pisparlo, pero pensé: Eh, eh, que te habituarás. Había cogido un brazalete de policía militar, pero me olvidé de ponérmelo. Verás, sabía por los periódicos lo de ese violador, el policía militar, y quería endosarle el mochuelo. Llevaba la Luger con el silenciador montado, y pegué un tiro por diversión.

Creíble. Huey en su estado puro. Diestramente concebido y chapuceraamente ejecutado.

—¿Y la chica embarazada era Nancy Watanabe? ¿No sabías que le hicieron un raspado?

Huey se hurgó la nariz.

—Nancy. ¿Y tú eso cómo lo sabes?

—¿La dejaste preñada tú?

—No, joder. Ya conoces mi modus operandi, tío Dud. Me gustan más maduritas. Para mí cualquier cosa de menos de cincuenta está prohibida por minoría de edad. Lamo chochos como un sabueso una galleta, pero nunca la meto. A mí no me pillarán en un pleito por paternidad. Eso me lo enseñó bien mi mamá.

Todavía creíble.

—¿Y cuál es tu grupo sanguíneo, Huey?

Huey se dio unas palmadas en la cadera.

—Es cero positivo, tío Dud. Y tengo aquí en el bolsillo mi carnet de donante del reformatorio.

Las benzis hicieron efecto. Las células de Dudley despertaron. Su torrente

sanguíneo entró en un estado de «Aaaaaaaaaahhh».

—La Deutsches Haus. ¿Gozas allí de una buena posición? ¿Los cretinos residentes son amiguetes tuyos o solo son conocidos de la extrema derecha?

—Esto último, tío Dud —contestó Huey—. La Quinta Columna de la Quinta Columna, pero solo los verdaderamente recalcitrantes lo convierten en religión. Los veía en Hindenburg Park y en alguna que otra concentración aquí y allá, lo justo para que me tuvieran confianza y me vendieran las armas y los silenciadores. Pero en el fondo yo soy un atracador y un lobo solitario. No quería que esos elementos políticos husmearan en mis chanchullos.

Huey en su más pura esencia. Autoprotección, autoengaño. Firmó en el libro de la Deutsches Haus con su propio nombre.

—¿Recuerdas a algún empleado o asiduo de la Deutsches Haus en concreto? ¿Puedes contarme incidentes reveladores o facilitarme nombres concretos?

Huey negó con la cabeza.

—*Nein, Obersturmbannführer*. Para mí, eran todos «Fritz» y «Wolfgang».

En el *bungalow* contiguo graznó una radio. Pruebe el «Menú especial del oscurecimiento» en el Blackie's Lounge. ¡Cocina de alto copete a precio de obrero!

—Háblame de los Watanabe. Nuevamente, sin omitir nada.

Huey suspiró.

—Tengo la misma respuesta para ti, tío Dud.

—¿Y es?

—Que es la Quinta Columna de la Quinta Columna.

—Explícate, muchacho.

—La Quinta Columna de la Quinta Columna. Lo que significa que todo el mundo conoce a todo el mundo, y hoy día todo el mundo tiene determinados vínculos que no revela a nadie. Ahí están la Federación Germano-Americana, el Comité América Primero, los Camisas Plateadas con sus rumbosas indumentarias. Los putos Watanabe siempre hablaban en japonés delante de los blancos, incluso con las personas que les caían bien. Conocía un poco a Johnny por separado, y lo mismo puedo decir de Nancy. En cuanto al viejo Ryoshi y la vieja Aya... en cuanto a todos ellos como una puta *familia*... no los conocía ni remotamente.

—¿De verdad, muchacho? —insistió Dudley.

Huey asomó la lengua como un reptil.

—Le ofrecí a Aya veinte pavos para que me dejara lamerle el chocho. Me dio una bofetada. A las japos no les gusta a la francesa.

Dudley sonrió.

—Continúa, por favor.

Huey le gorroneó un pitillo.

—Yo andaba con Johnny W. Era uno de esos chicos japoneses muy desmadrados en apariencia pero apalancados en casa de los papás. Dimos algún que otro palo en bodegas, y Johnny mantuvo el tipo, y a mí me bastaba con eso para verlo como un

blanco. Johnny conocía a un tipo mayor que él, un tal Hikaru Tachibana, que un buen día se esfumó. Estaban a punto de deportarlo al Japón, pero se las piró cuando estaba bajo fianza, reunió a unas cuantas prostis y empezó a chulearlas, y de pronto sencillamente desapareció. Johnny se lo tenía muy callado, pero a mí me daba la impresión de que conocía a más de un japo raro como ese Tachi.

Huey: creíble, el desenfreno del soplón.

—Y disparaste la Luger con silenciador contra el techo en casa de los Watanabe.

—Sí, el viernes pasado. Ryoshi me dijo que iba detrás de una pipa, y le hice una demostración. Ya me conoces, tío Dud. Con una pistola en la mano a veces se me va el dedo, y enloquezco un poco. El silenciador desprendió un poco de fileteado, y Ryoshi dijo que nanay, que eso no lo compraba.

Dudley encendió un pitillo.

—Hablemos de Nancy.

Huey asomó la lengua como un reptil.

—Le lamí el chocho en el baile de fin de curso del Nightingale. Un chico mexicano que conozco alegró el ponche.

—¿No puedes darme información más sólida?

—A ver qué te parece esto. Yo no me la cepillé, y mi madre no le hizo el raspado. Compartió su morfa conmigo unas cuantas veces, pero ahí se acaba la historia. Vale, revolví ese estante en la farmacia Whalen pensando en ella, porque no sabía que le habían hecho el raspado. Pero yo no me la cepillé, aunque eso sí, me hago idea de quién fue.

—Soy todo oídos —dijo Dudley.

Huey se hurgó la nariz.

—Johnny me presentó a la panda de japos tarados con los que andaba, pero yo básicamente me mantenía a distancia de ellos. Llevaban unos cuchillos untados de veneno con varias hojas. Johnny decía que eran cuatro, jóvenes, con ideas delirantes incluso para él.

A Dudley se le puso la carne de gallina. Las benzis dieron realce al efecto.

—Sigue, por favor.

—De acuerdo. Esos elementos organizaban atracos, tenían unos empleos de mierda y donaban la pasta a la Causa del Japón Imperial. Conocí a un mestizo, mitad japo, mitad mexicano, que pertenecía a la célula; daba miedo, el tipo. Tenía quistes en la espalda, peores que los míos. Alardeaba de haberle hecho un bombo a una japonesa, y casi seguro que se refería a Nancy.

—¿Nombre?

—No llegué a saberlo, y Johnny me dijo que se largó a México. El tipo alardeaba de haber matado a una familia en Culiacán, pero pensé que igual me tomaba el pelo.

—Sigue, por favor.

—No hay nada más. Tienes a esos cuatro japoneses, los tarados, que viven en Griffith Park porque donan todo su dinero al emperador. Odian a los chinos más que

los boches a los judíos. Piensan que hay que violar y matar a una mujer de la familia de un jefe tong para alcanzar la «trascendencia», pero no tienen cojones para hacerlo.

Consideremos creíble a Huey. Consideremos su versión no verificable. Consideremos su historia de los cuchillos corroborante y tangencial.

—Tengo una tarea para ti, Huey.

Huey tragó saliva.

—¿Qué tarea?

—Esta noche la ciudad quedará a oscuras. Admito que te aviso con poco tiempo, pero eres un muchacho con recursos. Un furgón de la Oficina del Sheriff cargado de dinero irá camino del sur, en dirección a Terminal Island. Yo diría que el cruce de la Setenta y cuatro con Broadway es el sitio ideal para interceptarlo. Tienes que movilizar a esos japos amiguetes tuyos tan ascetas, organizar una maniobra de atracción y asaltar el furgón. Llevaréis las escopetas y usaréis las balas de goma que sé que robaste en el reformatorio Preston. Te permitiré quedarte cinco mil dólares para ti, y pagar a tus compinches mil por cabeza. Tienes que interrogarlos sutilmente sobre la familia Watanabe, Hikaru Tachibana y esos cuchillos esotéricos que llevan. Me da que son demasiado veleidosos para haber matado a los Watanabe, pese a tus especulaciones sobre el embarazo de la joven Nancy, pero sí podrían tener algo que ver con Tachi. Si no realizas esa tarea y me traes el resto del dinero, la consecuencia será una muerte prematura.

Huey se hurgó la nariz.

—¿Y si los japos se niegan?

—Entonces reúne una banda con tus compañeros del Preston.

Huey sonrió y se comió las albondiguillas. Qué resistencia la de ese muchacho.

18.04 horas

Ya era de noche. Las mujeres desastradas y los críos habían desaparecido. El oscurecimiento empezaría a las 19.00 horas.

Dudley cruzó la plaza. Pensamiento y Acción, benzedrina. El asalto al furgón era un golpe improvisado y de alto riesgo.

Llegó a su coche y enfiló hacia el sur. En Melrose con Gower había centinelas del ejército. Disponían de un reflector y portaban carabinas. El cruce de Beverly con Larchmont estaba fortificado. Los guris del *sheriff* iban armados de metralletas.

Dudley se detuvo en la calle Uno con Beachwood. Era una casa de estilo español años veinte. Tejas, ventanas con bisagras, muros de adobe rústico. Se acercó y llamó al timbre.

Abrió la puerta R. S. Bennett. El corpulento Camisa Parda celta. Lanzador de martillo. Criado para enzarzarse en reyertas con falda escocesa.

Dudley le enseñó la placa.

—Señor Bennett, me llamo Smith. He venido a reclutarlo para el Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Me han rechazado, señor —respondió Scotty Bennett—. Solo tengo veinte años.

—Estamos en guerra, muchacho —adujo Dudley—. Las circunstancias extremas nos obligan a flexibilizar las normas. Le necesitamos más de lo que usted necesita a la Infantería de Marina de Estados Unidos.

Scotty Bennett sonrió. El umbral de la puerta resplandeció. Ese chico había nacido para combatir la delincuencia y romper corazones.

—¿Accedería a hacer una prueba? Le ahorrará tiempo y se librará de tener que pasar diez semanas en la Academia de Policía.

Scotty cogió un jersey de una percha en la pared. Observemos esa H enorme prendida, la del baloncesto y el fútbol. Observemos los siete anillos en la manga izquierda.

—Dígale a su padre que volverá tarde y que no lo espere levantado. Se respiran malas intenciones en el ambiente.

Scotty cerró la puerta. Se dirigieron al modelo K y subieron. Dudley descolgó la radio y se puso en contacto con la Unidad Central. Thad Brown asesoraba a Lláname Jack. Convenía que él estuviera presente.

La radio crepitó. Contestó el propio Thad.

—Aquí el teniente Brown. ¿Quién llama?

—Soy Dudley, Thad. Y esta no es una llamada frívola.

Brown soltó un silbido. La línea hizo «escrriiii».

—Capto el tono, Dud. Cuénteme qué hay.

—¿Puede estar dentro de media hora delante de la bodega que hay en la esquina de la Setenta y cuatro con Broadway, en la acera de enfrente? Lo que verá se explicará por sí solo.

—Cómo no, Dud —respondió Brown.

La radio chirrió y se murió. Dudley colgó y pisó a fondo. Se encaminaron hacia el sur.

Hollywood, Hancock Park. Grandes casas preparadas para el oscurecimiento. Falta media hora. Baja las persianas, apaga las luces.

—¿Verde o naranja, señor? Sé que es usted de allí.

Dudley sonrió.

—Verde por siempre jamás, muchacho. Soy separatista, papista militante y mucho más.

—¿Dublín?

—Sí, Dublín. ¿Cómo lo has distinguido?

—Aprendo deprisa, señor. Me doy cuenta de las cosas intuitivamente.

—No me llames «señor». Lláname Dudley.

—De acuerdo. «Dudley», pues.

Tomaron por la Seis hasta Vermont y enfilaron hacia el sur. El tráfico rodado disminuyó. El tráfico peatonal aumentó. Eran las 18.53. La sirena sonaría a las 19.00. Scotty miró por la ventanilla. *Un muchacho listo: lo ves todo.*

—Yo soy naranja, señor. Me visto de ese color el día de San Patricio, pero no tengo nada contra los verdes. En el 38 me metí en una pelea en el Santísimo Sacramento, pero no he pasado de eso.

—¿Y qué tal saliste parado en ese enfrentamiento?

—Los naranjas se impusieron, señor. Confío en que no se forme un mal concepto de mí por eso.

—Todo lo contrario. Y no me llames «señor». Llámame Dudley.

Wilshire, Olympic, Pico. Venice, Washington. Se acerca el Congo. Ahí está...

Sonaba a un volumen de cagarse. Las bocinas montadas en postes graznaron. Se bajaron las persianas. Los letreros de neón se apagaron. Los semáforos brillaban a través de celofán. Los faros de los coches alumbraban con haces de color ámbar y baja intensidad.

oscurecimiento.

Scotty se hizo crujir los nudillos. Dudley puso las luces de posición.

Surgió la ciudad de los charoles, negra y *leeeeeenta.*

Gente negra en la acera. Cielo negro, calles negras, piel negra. Washington hasta Broadway y luego dirección sur. *Eh, ¿qué pasa, negro?*

oscurecimiento.

La Setenta y dos, la Setenta y tres, la Setenta y cuatro. ¿Oímos el tam tam y el *uuuga buuuga?* Ahora esto es el Congo *profundo.*

El Continente Negro. Color negro *oscurecimiento.* Aquí bullen deseos negros.

Ahí está la bodega Lew. A oscuras, por dentro y por fuera. Los dependientes empuñan linternas y venden bebercio. Reparemos en su clientela exclusivamente morena.

Thad Brown se hallaba en la acera de enfrente. Dudley se detuvo y dejó el coche al ralenti junto al aparcamiento. Eugenesia. Observemos a los nativos en acción.

Una partida de crap en pleno oscurecimiento. Cuatro tiznajos con linternas y dados. Una manta con billetes de dólar esparcidos por encima. Una luz en movimiento sobre dados al rojo.

Scotty lo observó. Los tiznajos vestían chaquetas de satén amarillas. Pandilleros. La banda de los Serpientes de Cascabel. Prorrumpieron en gritos de entusiasmo y agitaron las linternas.

—Tenemos una reunión ilícita —dijo Dudley—. ¿Necesitarás porra o esposas?

—No, señor. Pero no estaría de más que avisara a una ambulancia.

Dudley lo jaleó. Scotty se apeó del coche.

Los tiznajos brincaban. Thad Brown permaneció atento. Su sombrero de fieltro lo distinguía. Resplandecía el ascua de su pitillo.

Los haces de las linternas cruzaban el aparcamiento, todos en zigzag. Un tiznajo

lanzó una mirada viperina. Los vítores y gemidos subieron de volumen.

Scotty se acercó a la manta. Scotty se apropió de los billetes. Los tiznajos lo vieron. El *uuuga-buuuga* fue a más. Un tiznajo blandió la linterna.

Scotty lo agarró del brazo a la altura de la muñeca y se lo partió. Dudley oyó el crujido de los huesos.

El tiznajo soltó un alarido. Se aproximaron otros tiznajos. *Uuga-buuga*. Portan linternas y puños.

Scotty les partió las muñecas. Scotty les rompió las manos. Scotty esquivó los golpes. Cayeron linternas, se resquebrajaron cristales, la luz produjo efectos delirantes. Unos puños alcanzaron a Scotty, que no se inmutó.

Los tiznajos soltaron alaridos. Scotty se acercó más.

Los agarró del cuello y los levantó del suelo. Los sostuvo en alto y los arrojó. Dieron con sus cuerpos en tierra. Se agitaron e intentaron alejarse a rastras.

Scotty los puso boca abajo a puntapiés y les pisoteó las caras. Comieron grava y billetes. He ahí un primer plano bajo una luz resquebrajada. ¿Vemos esa oreja seccionada?

¿Está usted atento, Thad? Los alaridos son como en Dublín, 1919.

19.14 horas

El ruido lo abrasaba. Había dejado a Scotty con Thad y su discurso de Comité de Bienvenida. Entró con el coche en un solar un poco más al sur.

El ruido se desvaneció. Dudley se estremeció. Sintió los puños de su madre y olió su propia sangre.

Oscurecimiento. Dublín, 1919. Los Ángeles, 1941.

Pulsó un interruptor y encendió la luz de cortesía. El revestimiento del techo apestaba a gomina, por un sospechoso que había trasladado recientemente. Cogió su tablero de ajedrez y las piezas del asiento trasero. Se le acompasó el pulso.

Su maniobra era mitad riesgo, mitad cálculo. Huey podía no captar el interés de los cuatro japos locos. Huey podía averiguar los trapos sucios de Tachi y los Watanabe. A Tachi lo habían rajado con ese cuchillo feudal. *Busca, muchacho. Háblame de eso.*

Dudley colocó el tablero. Las benzis le aceleraron el cerebro. Derribó peones y torres.

El mestizo japo-mexicano podía tener algo que ver con el asunto de los Watanabe. El mestizo japo-mexicano probablemente le hizo el bombo a Nancy. Huey dijo que el mestizo mató a una familia mexicana. Huey dijo que podía ser puro alarde.

Llámame Jack quiere cargarle el asesinato a un japo. La casa estaba demasiado en orden para tratarse de un demente en toda regla. Los chicos de Griffith Park portaban ese cuchillo feudal. Dicho cuchillo feudal mató a Tachi. Dudley tenía el pálpito de

que el mestizo encajaba en el asunto de Tachi. Tenía el palpito de que por lo demás nada encajaba.

Y... ¿quién se beneficia? Y... falta algo en la casa.

Caballos tumbados, alfiles tumbados.

El fiscal le daba mala espina. Bill McPherson tenía seco el cerebro por el alcohol. Bill McPherson se follaba a gachís procedentes de la selva. Bill McPherson roncaba en las reuniones informativas y cultivaba el rencor contra los rojos. Era muy capaz de no dar el visto bueno a la presentación de cargos en el caso Watanabe.

Eran las 19.56. Dudley bajó el cristal de la ventanilla. Los Ángeles presentaba un color negro oscurecimiento. Oyó ruidos al otro lado de la calle.

Vamos, Huey. Aprópiate de ese solar. Criatura de la Noche, busca.

Portazos de coche. Un haz perdido de luz de luna iluminó a Huey y su banda.

Hay cuatro hombres. Llevan la cara tapada con pañuelos. Observemos sus frentes al descubierto. Eso es piel amarilla: Huey había despertado el interés de los japos.

Huey iba vestido de hombre del *sheriff*. El maquillaje ocultaba su acné. Lucía un disfraz magnífico.

Los japos acarrearón bidones hasta la calle. Rociaron de aceite el cemento y se escabulleron de nuevo al solar. Huey se acercó al centro de la calle con una linterna.

Se aproximaron coches, desde el norte y desde el sur. Vertido de aceite. El ayudante del *sheriff* Huey les indicó que lo circundaran.

Los coches aminoraron la marcha y lo sortearon. La calle quedó vacía de coches. Se acercaron unas luces de posición desde el norte.

Luces muy espaciadas. Luces de *furgón*. 19.59 horas: el de la Oficina del Sheriff, puntualmente.

Huey se mantuvo firme e hizo señas con la linterna. El furgón frenó y se detuvo a corta distancia del vertido. Dos ayudantes del *sheriff* se apearon. Huey los preparó.

Lo siento, amigos; tenemos un obstáculo. Los ayudantes resoplaron y consultaron la hora en sus relojes.

banzai.

Los japos habían hecho un reconocimiento del terreno. Calzaban zapatos con suela de crepé. Se aproximaron sigilosamente a los ayudantes por detrás. Alzaron sus escopetas y dispararon balas de goma.

El sonido fue «zum/flop». Cuatro japos, dos polis, cuatro descargas no letales. Los ayudantes cayeron y fueron a dar al vertido de aceite. Dejaron escapar ese puto gemido ronco tan característico: necesito aire.

Huey sacó esparadrapo y les selló las bocas. Dos japos los esposaron y se los llevaron a rastras al solar. Dos japos saltaron a la parte de atrás del furgón. Huey subió al furgón y lo llevó al solar.

Ningún automovilista fue testigo del incidente. No pasó ningún peatón.

El solar presentaba un color negro oscurecimiento. Dudley se orientó por los sonidos.

Portazos de coche. Portazos de furgón. Roces, fricción de pies, gruñidos. El expolio, el pillaje, las sacas de dinero lanzadas.

Dos portazos de coche. Neumáticos girando en la tierra. A continuación «Sayonara», exclamado en puro japonés.

20.21 horas

Estaban esposados. Una corta cadena los unía. El guardaespaldas Lee Blanchard, el poli comparsa Hideo Ashida.

La idea era de Ashida. Dejarse caer en Terminal Island por sorpresa. Asustar a los reclusos, desconcertar a los celadores.

San Pedro se hallaba a treinta y cinco kilómetros de la ciudad de Los Ángeles propiamente dicha. El viaje hasta allí fue tenso. Blanchard seguía trasquilado después de su trifulca con Kay Lake.

Ashida le vendió el plan a Bill Parker. *Los interrogaré en japonés. Preguntaré a los reclusos por los Watanabe. Los nisei forman una comunidad muy cerrada. Sondaré y simularé empatía.*

Entraron por la poterna y llegaron al puesto de guardia. Un policía militar les dio acceso por el interfono. Recorrieron un pasillo y llegaron a su sala de tormento.

Ashida se frotó la muñeca. Había enredado a Parker. Se proponía dar prioridad a sus propias pistas privadas. Las granjas, la compra de tierras, los jornaleros espaldas mojadas.

Él hablaba japonés. Blanchard a duras penas hablaba inglés. Oiría los interrogatorios y no entendería ni jota. Se quedaron rondando frente a la sala de tormento. Blanchard fumaba y contaminaba el aire.

Takagawa, Kuradasha, Mikano, Murasawa. Había sacado los nombres de la lista A. Eran agricultores de la zona norte del valle. Tenían que conocer a los Watanabe.

La argolla de las esposas se le hincaba en la muñeca. Retrocedió para distender la cadena. El humo lo congestionaba.

La sala de tormento colindaba con una galería de celdas. Las celdas estaban abarrotadas. Los hombres se paseaban y tropezaban con los barrotes. Se los veía desnutridos. *Estado de agitación provocado por la claustrofobia*, eso lo explicaba todo.

Blanchard dio una sacudida a la cadena.

—Creo que deberíamos traer al señor Moto. Siempre resuelve el caso en una hora y media.

El humo era extremo. Ashida tiró de la cadena.

—¿Sabes lo que me saca de quicio? —dijo Blanchard—. Contratan a ese blanco para hacer el papel. Peter Lorre es yonqui, por si no lo sabías. Lo tiene fichado la

Brigada Antivicio de Wilshire.

Ashida miró en dirección a la pasarela. Un celador escoltaba a Hiroshi Takagawa. Su expediente contenía una foto de archivo. Ashida había memorizado los datos.

Blanchard le dio un codazo. Ocuparon sus asientos y la cadena se distendió. El celador hizo pasar a Takagawa.

Ashida se puso en pie y lo saludó con una inclinación de cabeza. Recitó un texto preparado y lo tradujo para sí.

—*Le pido disculpas por la grave injusticia de que ha sido objeto. Como ve, a mí me ha ocurrido lo mismo. Tengo preguntas relacionadas con Ryoshi Watanabe que beneficiarán a la noble causa de la justicia en favor de la comunidad japonesa.*

Takagawa se quedó mirándolo.

Takagawa escupió en la mesa.

Takagawa sacó un periódico del bolsillo y se lo tiró a Ashida a la cara.

—Mala suerte, señor Moto —dijo Blanchard.

—A mí me gusta más Charlie Chan —dijo el celador—. Siempre hay algún chiste y alguna chica.

—*Traidor* —dijo Takagawa.

Temblaba. El celador volvió a ponerle las esposas y lo obligó a abandonar la sala a empujones.

Ashida echó un vistazo al periódico. Estaba en *kanji*. Un artículo vilipendiaba a la familia Ashida. Eran colaboracionistas. El hijo era informante. Era el único *nisei* en la nómina del Departamento de Policía. Le pagaban el sueldo con sangre *nisei*.

Fotografías incluidas. Hideo Ashida en Stanford. Mariko Ashida con el agente Ward Littell.

—Estás bien jodido, señor Moto —dijo Blanchard—. No vas a encontrar un solo japo dispuesto a hablar contigo.

Ashida sacudió la cadena. Blanchard se carcajeó. Cruzaron la poterna y volvieron a salir. Los policías militares se rieron con sorna. A Ashida le flaquearon las rodillas y aguantaron.

Blanchard le quitó las esposas. El cielo presentaba el encapotado propio del oscurecimiento de la franja costera. El aire portuario escocía.

Ashida subió al coche. Blanchard subió y pisó el acelerador. Pasaron por el puente que comunicaba con tierra firme. El tráfico era fluido. La luna jugaba al escondite.

Blanchard no abrió el pico. Elmer Jackson se disponía a relevarlo. Ashida no abrió el pico. Se le disparó el pensamiento.

Un rato antes, en el laboratorio, había hablado con Ray Pinker. Pinker entendía de radiofonía. Lo interrogó, insinceramente.

¿Pueden las emisiones en onda corta transmitirse a un aparato en concreto? Pinker dijo que sí.

El desván secreto de los Watanabe. Su equipo de radio. Le transmite directamente

a él.

Blanchard dijo:

—Kay y yo no tenemos la relación típica. Yo le doy rienda suelta con los hombres, y ella cada tanto hace borrón y cuenta nueva por todos los follones en que me meto con el Departamento. Es una buena relación la mayor parte del tiempo... Compensa renunciar a las aventuras y esas cosas solo por estar con ella.

Ashida examinó a Blanchard. El discurso sonaba raro. Blanchard se tocó los arañazos de la cara.

—No te la tomes muy en serio. Te utilizará y te dejará plantado. Siempre anda buscando algo que no puede tener, y no permite que la gente se interponga en su camino.

Ashida miró por su ventanilla. Volvía a ser la noche del lunes, reproducida: *El mundo es oscuro y uniforme. Los coches son submarinos.*

Blanchard recorrió el dial de la radio. Todo eran peroratas sobre el oscurecimiento. Quitó el sonido y se encaminó hacia Broadway. Encontraron un escollo en la calle Setenta y cuatro.

Coches de la Oficina del Sheriff, un enjambre de polis, furgones del equipo técnico. Lámparas de arco en un solar.

Blanchard saludó y pasó de largo. Ashida bajó el cristal de su ventanilla. Oyó un altercado más adelante.

La negrura del oscurecimiento amplificaba los sonidos. Las voces resonaban más. Oyó gritos y ruido de cristales rotos.

Blanchard puso las largas. Alumbró la escena. Saqueadores negros, a la altura de la Sesenta y seis.

Hombres con chaquetas amarillas. Entrando de un salto en las tiendas por los escaparates.

Blanchard encendió la sirena y fue derecho hacia ellos. Dejaron caer cachiporras y se dispersaron. Blanchard topó con el bordillo y subió a la acera.

Arrasó los cubos de la basura. Dio un ligero toque a un gordo que avanzaba despacio. Los saqueadores lanzaron piedras contra el coche.

Ashida se rio. Blanchard se rio. Apagó los faros y regresó a la calzada. Los gritos de cabreo se desvanecieron.

—Putos negros —dijo Blanchard.

—Yo era amigo de Bucky Bleichert —dijo Ashida—. Es exboxeador, como usted.

—Es un blandengue. A Kay se le mojan las bragas por él. Va a entrar en el Departamento.

—Ya lo sé.

—Te delató a los federales. Ya tiene el sambenito de soplón.

—Ya lo sé.

—No tardaremos en ganar esta guerra, Ashida. Este mal asunto tuyo no durará eternamente.

Los Ángeles en pleno oscurecimiento pasaba junto a ellos como una exhalación. Blanchard sacó un brazo por la ventanilla y lo dejó colgando. Llegaron a la Comisaría Central. Blanchard paró junto a la puerta trasera.

Ashida se apeó. Elmer Jackson fue lo primero que vio. Elmer descabezaba un sueño en un coche de policía.

—Mucho ojo con Kay —dijo Blanchard.

—Gracias por el viaje —dijo Ashida.

Blanchard salió parsimoniosamente del aparcamiento. Elmer seguía roncando. Dejemos dormir a la bestia...

Tenía el oscurecimiento. Tenías las llaves de la puerta. Tenía la linterna de bolsillo.

Cogió su coche y enfiló hacia el norte. Chavez Ravine, monte Washington. Laderas difuminadas y casuchas. Sin zumbido de autovía. Durante el oscurecimiento los conductores se quedaban en casa. Conducir a oscuras por el tortuoso asfalto se las traía.

Eran las 21.42. Highland Park estaba requeteoscuro. Ashida aparcó y se acercó a la puerta.

Las llaves procedentes del laboratorio le dieron acceso. Había memorizado el plano de planta. Prescindió de dejar constancia en el registro de entrada. Se detuvo en la oscuridad. Percibió la Gestalt de la Casa Watanabe.

Pasó algo por alto aquí. Es un científico de talento. No debería pasar por alto detalles elementales.

Subió al piso de arriba y se detuvo en el pasillo. Brincó y desplegó la escalera. Ascendió y la escalera se replegó. Las ratas se escabulleron por sus agujeros.

Alumbró el armario con la linterna y lo golpeteó. El panel se abrió.

Ahí:

Radio, grabadora, libro de registro. Todavía en su sitio, desde el domingo hasta el miércoles.

Ahora:

Trabaja con ayuda de la memoria reciente. Conecta la radio. Acciona los interruptores indicados. Observa el resplandor de las bandas métricas.

Ahí:

Las bandas se iluminaron. Tocó ligeramente el mando del volumen y obtuvo sonido. Lo dejó en un nivel bajo y se dispuso a traducir.

Un demente despotricaba. Dio la fecha del día anterior y anunció las 14.41 horas.

Piensa en inglés. Así es más rápido. El demente despotrica. No te pierdas ni una sola palabra.

Y primero grábalas.

«Mañana maniobra militar secreta. Ataque de submarinos al amanecer».

Ashida encendió la grabadora. Las bobinas se atascaron. La cinta se hizo trizas. No pudo grabar esto:

«Sub de bolsillo» / «Aguas costeras de California» / «Mañana al salir el sol». «Cala Goleta, por encima de Santa Bárbara». «Pueblo de pescadores colaboracionista, aliados chino-japoneses». «Torpedos». «Castiguemos a los traidores». «Alineados con nuestro blasfemo enemigo».

Una rata pasó como una flecha. Ashida dio un brinco y rozó una telaraña. Una araña le cayó en el pelo.

Ashida dejó escapar un «Aaaagh». La araña fue a dar contra un tablón de la pared. Ashida dejó escapar un «Aaaaaagh». Su propia voz lo asustó. Sonaba femenina.

El demente despotricaba. Ensalzaba la Masacre de Nankín, 1937. Los soldados obligan a las mujeres a beber pus. Los soldados obligan a los niños a comer mierda. Los soldados le meten dinamita por el culo a un chino.

Desconectó la radio y la grabadora. Cogió el registro. Desplegó la escalera y bajó. Tenía las manos ocupadas. Estaba empapado en sudor. La linterna se le desplazaba entre los dientes.

Sacó la carga a la calle. Tenía el coche a un paso. Guardó el botín en el maletero. Desanduvo el camino a través del plano de planta. Volvió a examinar el contenido del armario.

Ahí: cubierta de telarañas. Una pila de panfletos escritos en *kanji*.

Ashida cogió los panfletos. Ahora poseía visión radiográfica. Bajó por la escalera y la replegó. Salió a la calle y volvió al coche.

Detrás de él había aparcado un Dodge del 38. Tocó el capó y notó el calor del motor.

—Hola, muchacho.

Ashida se estremeció. Le castañetearon los dientes. Ordenó a su cerebro que pusiera fin a eso.

Apareció Dudley Smith. Le tocó el brazo. Despidió una descarga eléctrica.

—¿Por qué tiembla, muchacho?

—Porque usted me da miedo.

Percibió en las manos un contacto metálico. Abrió la mano derecha y relajó la mano izquierda. Dudley cogió los panfletos y le entregó una petaca.

Se le adaptó la vista a la oscuridad. La imagen se combinó con el sonido. Dudley se apoyó en el capó del coche.

—Beba, muchacho. Es cosecha de 1919. Maté a un soldado británico y me apropié de sus existencias.

Ashida echó un trago.

—¿Por qué mató al soldado?

—Hice indagaciones y establecí que fue él quien liquidó a mi hermano.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Catorce años.

Ashida ladeó la petaca.

—¿Todavía odia a los británicos?

—No a título individual. Los odio como raza proclive a la mala conducta imperial.

—Yo odio a los chinos en ese mismo sentido. Puedo citar agravios históricos para justificarlo, pero la balanza de atrocidades siempre se decanta del lado de mi propio pueblo. Los odio sencillamente por lo que sé que son.

Dudley se rio.

—¿Los odia a título individual?

—No, claro que no.

Dudley cogió la petaca. Tenía la mano caliente.

—¿Es usted autoritarista, doctor Ashida? ¿Cultiva usted una lealtad duradera a la causa de una sociedad ordenada?

El alcohol lo hizo entrar en calor.

—Sí. Eso define mi concepción racial y mi sentido del contrato civil. Desprecio la pereza y el desorden. La exclusividad racial facilita el código social. El instinto natural de excluir debe regularse por medio de un código jurídico.

Dudley tomó un sorbo de coñac.

—Muchacho, es usted una lumbrera donde las haya.

Reinaba la oscuridad. Lo encubría. Se permitió ruborizarse.

—Gracias, sargento.

—Dudley, por favor.

—Sí, como guste.

Dudley le entregó la petaca.

—Las redadas son innecesarias y reduccionistas. Han creado un caos que se autoperpetúa y solo servirá para socavar el orden social que usted y yo deseamos preservar.

Ashida sostuvo la petaca. La mano de Dudley la había calentado.

—Esa es una percepción notable en un policía. Y ciertamente coincido —dijo Ashida.

—¿Los acontecimientos de este domingo han puesto a prueba sus lealtades y lo han inducido a la ambivalencia?

—Sí. El ataque constituye mala conducta, y ahora lo mismo puede decirse de las redadas.

—Por exclusión —dijo Dudley—. ¿En este momento se siente usted más estadounidense o más japonés?

Ashida tomó un sorbo de coñac.

—Más de las dos cosas, en realidad.

Dudley tendió la mano. Ashida le entregó la petaca.

—¿Ha ocultado pruebas, muchacho?

—No.

—¿Por qué ha venido aquí?

—Porque había pasado por alto un detalle elemental.

—También yo estoy aquí por esa razón.

Ahora miente. Tienes un resquicio. Deja hablar al coñac.

—He encontrado los panfletos en un hueco detrás de los armarios de la cocina.

—Es algo más que eso, muchacho. Los dos somos lumbreras, y los dos pasamos por alto un detalle importante y de una obviedad pasmosa. Debemos deducir que el asesino también lo pasó por alto.

Ashida asintió.

—Ha dicho «asesino» en singular. ¿Cree que fue un solo hombre?

—Pues sí, muchacho —respondió Dudley—. Este crimen apesta a animadversión personal.

—Las víctimas eran cuatro —señaló Ashida—. Desde un punto de vista logístico, habría sido complicado para un único hombre.

—Tenemos un móvil sexual y un móvil político —dijo Dudley—. El móvil sexual se desprende de Nancy y su reciente aborto. El móvil político es en extremo turbio y muy probablemente tiene su origen en intrigas fascistas intestinas de carácter incomprensible. Fue obra de un solo hombre, muchacho. De eso estoy seguro.

Ashida cogió la petaca.

—¿Considera usted que el capitán Parker es apto para este trabajo?

—Pues no, muchacho. No es un investigador de a pie. Sé que se ha portado bien con usted, pero no debe verlo como mentor. Lo dejará en la estacada en cuanto le convenga.

Ashida echó un trago de coñac.

—¿Y usted no?

—Yo soy inspector —dijo Dudley—. Bill Parker es un chupatintas. Yo necesito un criminalista brillante, y lo necesito a largo plazo; Bill Parker no. Yo soy inmune a las normas frívolas; Bill Parker vive atado a ellas. Sospecho que, en ese sentido, usted y yo nos parecemos mucho.

—Gracias a él conservo mi puesto y mi madre no ha acabado en la cárcel —dijo Ashida—. De momento, garantiza nuestra libertad.

Dudley le tocó el brazo.

—Dígalo, muchacho. Sé que está pensándolo. «¿Qué puede hacer *usted* por *mí*?»

Una luna esquiva asomó sobre ellos en el cielo. Un resplandor envolvió al irlandés corpulento.

—Sí, estaba pensándolo.

Una mujer pasó junto a ellos paseando a un perro. Dudley se tocó el sombrero.

—Mi buen amigo Ace Kwan planea proporcionar un refugio cómodo a japoneses acosados y salvaguardar sus propiedades hasta que remita la histeria. William H. Parker siempre actuará conforme a las directrices legales, aun si eso implica imponer la parcialidad racial. A mí la ley no me condiciona en modo alguno.

La luna desapareció. Ashida se sintió como en la luna. Tenía guardaespaldas.

Tenía valedores. Había telefonado a Kay Lake y quedado con ella para más tarde. Estaba cara a cara ante el Dudster.

—Tantos pactos y proyectos... desbancan la lógica humana común.

—Vivimos en un mundo desconcertante, muchacho. Por eso mismo la lealtad de los hombres de talento es mucho más esencial.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / MIÉRCOLES, 10 DE DICIEMBRE DE 1941

22.19 horas

Con el vestido negro de cachemira estaba despampanante. El capitán William H. Parker: modisto de informantes con estilo. Pellízcame: ¿de verdad estoy aquí?

La casa de la Reina Roja era magnífica y se congregaban allí personas fachendosas que se celebraban a sí mismas. Cubrían las ventanas colgaduras de terciopelo adquiridas expresamente para los saraos en horas de oscurecimiento. La propia iluminación había sido rediseñada para esta velada. Nos solazábamos en trazos de luz; éramos extras en una película del expresionismo alemán sobre los cautivos del bombardeo de Beverly Hills. ¡Eso era un búnker! ¡Esos eran los invitados al fin del mundo!

El sistema de iluminación había sido diseñado por Gregg Toland, el director de fotografía que rodó la película *Ciudadano Kane*, censurada actualmente por Hearst. Toland se fue de juerga cuando *Ciudadano Kane* fracasó. Acabó en un burdel de Tijuana; lo rescataron Claire De Haven y Orson Welles. Lo llevaron a la clínica de desintoxicación de Terry Lux y lo hicieron bajar del séptimo cielo. Este encargo, la iluminación de la casa, era terapia ocupacional.

Circulé, escuché, hablé cuando me lo exigieron. Oí alabanzas al tío Stalin y sus valientes tropas rojas; las redadas de japoneses recibieron la debida atención indignada. Dejé un rastro de señuelos en forma de conversación. Dejé caer mi nombre, mi trayectoria izquierdista, mis anómalas credenciales en el mundo policial. Recordadme. Soy joven y sin grandes logros. Me muero por impresionaros.

Ahora la fiesta estaba en pleno apogeo; aún no había hablado con Claire De Haven. Vagamos por círculos superpuestos y nos seguimos la pista con miradas que decían: «Ya hablaremos». Ya me había investigado, de eso no me cabía la menor duda. El doctor Lesnick debía de haberle soltado todo lo que sabía y quizá lo que sospechaba. Necesitábamos un rato a solas... y me constaba que ese era su deseo.

Circulé, escuché, hablé cuando me lo exigieron. El doctor Lesnick me vio, me reconoció e hizo como si no me viera. Aparecieron Kurt Weill y Lotte Lenya y causaron revuelo. Vladimir Horowitz interpretó una partita de Bach al piano bajo la luz de un reflector. Las voces de la gente ahogaron el sonido.

Hablaban de la guerra, exclusivamente. Exponían sus argumentos con apremio y

permanecían indiferentes a los argumentos de sus interlocutores. Era un colosal rugido de percepciones emponzoñadas. Cada uno de los presentes tenía que ser más mordaz que el prójimo en su crítica a la masacre mundial. Todos eran de izquierdas y todos pretendían eclipsar a sus compañeros y a algún maestro reinante. Eran estridentes, didácticos y correctos en casi todo. Eran indiferentes al hecho de que habrían conseguido más prosélitos si se hubieran limitado a callarse.

Bertolt Brecht pasó tranquilamente junto a mí y me hizo una insinuación; le dije que *La ópera de los tres reales* era un tostón y me escabullí. Reynolds Loftis pasó tranquilamente junto a mí y mencionó que me había visto en el Comité Anti-Eje. Le di como respuesta mi habitual «Fui una bocazas una vez más» y me sonrojé bajo el haz de uno de los focos instalados por el oscurecimiento. Loftis pareció encantado; hice una fluida transición al tema de la guerra y lo exprimí. La ciudad igualitaria de Los Ángeles, la camaradería de la catástrofe compartida. Loftis encomió mi interpretación en el espectáculo de Robeson; le conté lo de los polis malos que agredieron a los chicos japoneses, pero no mencioné la aguerrida intervención del capitán William H. Parker.

Loftis me abandonó de repente; vi que un joven apuesto lo había atraído como un imán. Se me ocurrió una idea. Arraigó y floreció. Pensar en Hideo Ashida había desencadenado la inspiración... y sin duda, me permitiría congraciarme con la Reina Roja.

Eché un vistazo alrededor y la localicé. Estaba sola, bajo un haz de luz en zigzag. La luz la deslumbraba; no veía que yo la observaba. Debía de haber ido a la peluquería nada más salir de la consulta del doctor Lesnick. Ahora llevaba un peinado a lo Juana de Arco, salido directamente de la película de Dreyer. El pelo corto, la rotundidad de su «A ti qué coño te importa». Antes llevaba un vestido de terciopelo; ahora llevaba una enagua de campesina. Escruté el salón y evalué a su público. Terry Lux la observaba. Gregg Toland apuntaba una cámara.

Su pose, *mis* poses. Sentí el impulso de *hacer algo ya*.

Subí por la escalera lateral al rellano de la primera planta. Los dormitorios daban a un largo pasillo. Probé las cuatro puertas; solo una se abrió.

Era su habitación. Lo supe de inmediato.

La habitación era un choque de colores y telas. La colcha era de raso color ciruela; las paredes eran de un verde aterciopelado. El ropero y el tocador eran de ébano. El vestido que ella llevaba antes estaba allí en el suelo. Se había quitado las medias y las había tirado hechas un rebujo.

Dominaban la habitación cuatro fotogramas cinematográficos con marcos de peltre. Mostraban a Renée Falconetti en *La pasión de Juana de Arco*. Ese peinado/su peinado. Los ojos de mártir de la Falconetti; Claire posaba en el haz de luz en zigzag.

Lo noté. Noté la presencia de ella. Toqué el vestido abandonado y vi que Claire lo había humedecido de sudor. Yo misma sudaba: cachemira oscura en una habitación caldeada.

Revolví los cajones de la mesilla de noche. Encontré un panfleto político y me lo escondí bajo la espalda del vestido. Vi una jeringuilla hipodérmica y una docena de ampollas.

La Falconetti. El pelo corto, la mirada vehemente. El homenaje de Claire en forma de espectáculo de luz.

Salí de la habitación y bajé audazmente. Claire se había ido. Sus esclavos instalaban una pantalla cinematográfica y un proyector. Adopté una pose a lo Falconetti bajo aquellos haces de luz en zigzag.

Era mi homenaje al homenaje de Claire. Dirigí la mirada al infinito. Alguien proyectó una sombra sobre mí. Era Claire. Había vuelto a cambiarse de ropa.

Vestía una falda oscura y una elegante rebeca. Parecía flotar. Sus ojos azules sobresalían debido al exceso de negro.

—*La Grande Joan* —dijo—. No me extraña que lo hayas captado, y que tú misma hayas sentido la necesidad de probarlo.

Me aparté de la luz.

—Soy una actriz histriónica, pero en ese papel no puedo competir contigo.

—No sé si eres o no una actriz histriónica, pero te encuentro hasta en la sopa.

—Estoy aquí por invitación tuya.

—El concierto de Robeson, el Comité Anti-Eje, la consulta de Saul. ¿Dónde será la próxima vez? Te vi por primera vez el lunes, y ahora, el miércoles por la noche, me parodias en mi propia casa.

Metí una mano en su bolsillo y le robé el tabaco. Encendí un cigarrillo y prolongué la pose.

—Invítame a otra fiesta. Nunca rechazaré algo así de seductor.

Claire sonrió.

—¿Quién te recomendó a Saul Lesnick?

—Oí hablar de él a una gente de la Alianza de las Juventudes Socialistas.

—¿Eres informante de la policía?

—No traicionaría mis principios por el mero placer de la aventura. Y los pocos polis que tal vez sepan que existes no se arriesgarían a juntarnos.

Claire tendió el brazo hacia el paquete de tabaco. Nuestras manos se rozaron cuando lo recuperó. Encendió un cigarrillo. Me incliné hacia ella y ahuequé la mano en torno a la suya.

—Voy a dar otra fiesta, el lunes por la noche.

—Espero que me invites, y espero que haya otro oscurecimiento.

Alguien silbó. Alguien prorrumpió:

—¡Es la hora de la película!

—¡El guión es mío, y por eso Reynolds y yo interpretamos todos los papeles! — prorrumpió Chaz Minear.

—¡Yo aportaré la banda sonora íntegramente rusa! —exclamó Vladimir Horowitz—. ¡Será Prokófiev y Rachmaninoff!

Los esclavos de Claire dispusieron cojines en el suelo de cara a la pantalla. Claire me llevó a un asiento de primera fila. Un hombre accionó un interruptor y apagó el espectáculo lumínico de Gregg Toland. El proyector se puso en marcha. Joder, no: *Tormenta sobre Leningrado*.

Aplausos, silbidos. Pedorretas y abucheos sin mala intención. La película empezó. Loftis y Minear leyeron el diálogo; Horowitz se elevó por encima de ellos.

Claire se sentó muy cerca de mí. Yo movía los labios en sincronía con los actores y noté que ella me observaba. Lo *comprendió*. Yo *conocía* la película. Era un elemento cultural de mi juventud.

Me tocó el brazo. El gesto significaba «Gracias». Me incliné hacia ella y susurré:

—Quiero hacer un documental para denunciar las redadas. Tengo un amigo. Es japonés. Cuenta con protección policial, y podría ayudarnos.

Claire me apretó la mano. Loftis y Minear rindieron pleitesía a Horowitz y se callaron. El maestro se impuso al resto de la película. Los *Études-Tableaux* de Rachmaninoff trascienden las paparruchadas.

Se encendieron las luces. Claire se había ido. Un joven apuesto había sustituido a Horowitz al piano. Bertolt Brecht dijo:

—Ese es Lenny Bernstein.

Me acerqué y me detuve junto al teclado. Lenny Bernstein dijo:

—Elija a un compositor.

—Chopin —contesté.

Lenny Bernstein me dejó un hueco en la banqueta. Me senté y empecé a tocar uno de mis nocturnos lentos. Lenny colocó sus manos sobre las mías y me dictó el tempo. Sus manos interpretaban, mis manos pulsaban las teclas.

11 de diciembre de 1941

00.08 horas

La trastienda bullía de actividad. Los camareros servían beberecio y fritos de maíz. Ahora el Departamento de Policía trabajaba las veinticuatro horas. Oscurecimientos, reuniones informativas a altas horas de la noche.

Todo estaba justificado. La guerra había puesto el tiempo patas arriba. *Eso* no estaba justificado. Dudley tenía un nuevo perro de presa. De ahí, este juramento de toma de posesión del puesto.

Llámame Jack sostenía en las manos un cóctel y la sagrada Biblia. Parker se hallaba entre el público. El Dudster, Buzz Meeks, Hideo Ashida. Jack Webb con su pinta de rata.

Huracán Kay. Se agita, ubicua. El perro de presa de Dud era su amante de los domingos por la noche.

Llámame Jack tendió la Biblia. El perro de presa plantó una pata sobre ella y levantó la otra pata.

—Robert Sinclair Bennett, ¿juras solemnemente que protegerás las vidas y las propiedades de los ciudadanos de Los Ángeles y respetarás las ordenanzas del Departamento de Policía de Los Ángeles, con la ayuda de Dios?

—Sí, señor. Lo juro —contestó Scotty Bennett.

Dudley aplaudió. Jack Webb silbó. Ashida miró con recelo a Scotty. Meeks se hurgó la nariz.

El chico contaba veinte años. Irradiaba maleabilidad. El Dudster ha dado con un filón.

Llámame Jack entregó las chucherías. Scotty cogió la placa, las esposas y el 45. Siguiéron los apretones de manos. Llámame Jack dirigió una seña a Dudley y salió por la puerta.

Webb preparaba *whiskys*. El grupo se acomodó en sofás y sillas.

Scotty estaba encandilado. *¿No voy a ir a la Academia de Policía? No, eres un poli en tiempos de guerra. Rompes cabezas para Dudley Smith.*

Parker se sentó a horcajadas en una silla.

—Ya habrán leído mi memorándum. Nancy Watanabe se quedó embarazada recientemente y abortó. De momento no se conoce al padre de la criatura. Partamos de ahí.

—Hemos repetido los interrogatorios en el vecindario —dijo Meeks—. Todo el

mundo ha dicho lo mismo: «Son buenas personas, gente sana».

Parker asintió. Scotty parecía perplejo. Ashida permanecía sentado, con actitud remilgada.

—¿Y qué hay de ese panfleto que encontramos en la casa? —preguntó Meeks—. Ese que echaba tanta mierda bolchevique sobre el Departamento de Policía.

—No creo que guarde relación con el caso —dijo Parker—. Se parece a un panfleto izquierdista que vi no hace mucho, y creo que descubrirán su origen en un apartado de correos y establecerán que allí no hay nada salvo un individuo sin escrúpulos que escribe panfletos desde todas las posturas a cambio de unas monedas. El fraude por correo es un delito federal, y en mi opinión ese camino nos llevaría a un punto muerto.

—Estoy de acuerdo, señor —dijo Dudley.

—Han pasado ya cuatro días —dijo Parker—. Sargento Smith, quiero un segundo parte. Incluya todo lo que usted y sus hombres hayan averiguado. Puede hacer extrapolaciones y exponer sus impresiones con entera libertad.

Dudley tomó un sorbo de su *whisky*.

—Sí, capitán.

Meeks tomó un sorbo de su *whisky*.

—He hablado con el doctor Layman. Me ha dicho que ha congelado los cadáveres. Cree que quizá así descubra alguna cosa más.

—Las histaminas circulantes permanecen en estado latente en los tejidos muertos. Congelar los cadáveres sirve para aislar las células. Tal vez el doctor Layman pueda revelarnos algo sobre el grado de pánico de las víctimas. Quizá eso nos permita deducir con cuánto tiempo de antelación supieron que iban a morir.

Parker encendió un pitillo.

—¿Dónde está su guardaespaldas, doctor Ashida? Lo quiero bajo protección a todas horas.

—No he podido localizar al sargento Jackson, señor. He estado solo desde que volví de Terminal Island.

—Elmer se había quedado dormido en algún sitio —dijo Meeks—. Se agota con sus audiciones a las chicas de Brenda.

Dudley se echó a reír. Scotty parecía desconcertado. Para él toda esa mierda era griego.

Meeks encendió un puro.

—Circula un rumor, desde hace ya aproximadamente un año. Se reduce en esencia a que cierta gente pretendía comprar la casa de los Watanabe y también sus tierras en el Valle. Nos ha llegado un segundo rumor según el cual la casa y las tierras se vendieron, pero la transacción no se registró oficialmente en ningún sitio, y como los Watanabe estaban en la lista A, los federales se han incautado de todas sus escrituras de propiedad. La transacción no se inscribió en el registro civil, pero eso no significa que no se hiciera. Como los Watanabe eran los únicos japoneses en

Highland Park, interrogué a los japoneses de Glassell Park y South Pasadena. Aunque de manera muy vaga, corría la voz de que ciertos individuos, y nadie pudo dar nombres ni precisar la raza, andaban sondeando a los japoneses en esas zonas para posibles compraventas.

Dudley se tensó. Miró a Meeks y desvió la mirada. Ocurrió todo muy rápidamente.

Meeks blandió el puro.

—Me di un paseo por las tierras de esa parte del Valle. Hay policía estatal mexicana controlando a los espaldas mojadas de los Watanabe y de otros muchos. Como los Watanabe están muertos, tiendo a pensar que su propiedad ha pasado a manos de otros.

Dudley guiñó un ojo a Parker.

—Yo tengo excelentes amigos en la Policía del Estado de México, igual que en otro tiempo nuestro querido capitán. Acosarlos nos haría un flaco favor. Son una pieza inestimable en nuestros esfuerzos de extradición.

Un secreto a voces. Parker era recaudador al servicio de Davis Dos Pistolas. Dudley lo sabía. Los dos recaudaban los pagos de la policía mexicana. Para Parker, ese es el pecado por el que Parker se desprecia a sí mismo. Para el Dudster, ese es el desenfadado orden de cosas habitual. Llámame Jack y Dos Pistolas tenían yates escondidos en Puerto Vallarta. Carlos Madrano se los cuidaba allí.

—Las facturas de teléfono de los Watanabe no han servido de nada —dijo Meeks—. Llamaban a los proveedores de su granja, y a nadie más. Hicieron algunas llamadas a teléfonos públicos de Santa Mónica, que no he podido rastrear, pero lo más probable es que sean pura casualidad.

Parker miró a Ashida.

—Una vez más, doctor. Quiero que saque moldes de las huellas de neumáticos en el camino de acceso de la casa de los Watanabe. El coche de la familia está en el depósito municipal, y hay un teletipo con una muestra de la banda de rodamiento. Veamos si conseguimos muestras nuevas.

Ashida asintió. Jack Webb levantó la mano.

—Usted no es policía, señor Webb —dijo Parker—. Se ha congraciado con la Unidad Central, pero hágame el favor de no entrometerse en esto.

Jack Webb tragó saliva. Le bailó la nuez.

—Debería escucharme, capitán. Ayer por la mañana hice unas cuantas preguntas como ciudadano de a pie, y creo que encontré algo.

Parker exhaló un suspiro.

—Adelante, pues. Suéltelo y acabe cuanto antes.

Jack Webb tragó saliva.

—Un marinero me contó que vio detenerse un coche negro delante de la casa de los Watanabe a eso de las dos y media de la tarde del sábado. Un hombre blanco de mediana edad se apeó y entró en la casa. Era corpulento y llevaba un jersey morado.

En la sala todos se quedaron helados.

El primer parte de Dud. Fibras de color malva en las víctimas. La teoría del doctor Ashida. El asesino se situó detrás de las víctimas y guio las manos que empuñaban las espadas.

En la sala todos se deshilaron. Meeks volvió a encender el puro. Scotty puso cara de «No lo pillo». Ashida permanecía sentado, con actitud remilgada.

—El morado no es forzosamente malva —apuntó Dudley.

—No conseguí una descripción mejor, y el marinero partía de Los Ángeles anoche —dijo Webb.

—No entiendo nada —admitió Scotty.

—¿Por qué ibas a entenderlo? —preguntó Meeks—. Estabas en el baile de fin de curso del instituto Hollywood cuando los Watanabe la diñaron.

Scotty lanzó una mirada de inquina a Meeks. Dudley sonrió. Su perro de presa enseñaba el colmillo.

Meeks lanzó una *mirada* a Parker. Llamémoslo sagacidad de Oklahoma.

Dudley se puso en pie.

—Tengo un compromiso, caballeros. Les deseo unas buenas noches, ya tardías, y me despido de ustedes.

Tenía que ser en el restaurante de Kwan. Interpretémoslo como manduca tardía y connivencia.

El Dudster salió. Jack Webb desplazó el peso del cuerpo de un pie al otro. Scotty se contempló la placa. Ashida permaneció sentado, con actitud remilgada.

—Se levanta la sesión —dijo Parker.

La sala se vació. Parker abordó a Meeks a solas. Meeks cerró la puerta. Parker se acercó a la barra y sirvió unos *bourbons*.

—Nunca sé cuándo está usted en el dique seco —dijo Meeks.

—No sea impertinente. Dígame qué significaba esa mirada —dijo Parker.

Meeks echó un trago de *bourbon*.

—Sospecho que Dud quiere enterrar este asunto. Es decir, más de lo que lo queremos todos, con esta guerra encima.

Parker echó un trago de *bourbon*.

—Eso no es nuevo.

—Bowron y Horrall quieren un asesinato entre japoneses. Temen una posible reacción a las redadas, y no podemos echárselo en cara.

—Eso no es nuevo.

Meeks mojó el puro en la bebida.

—He aquí lo nuevo, por si sirve de algo. Vi la serie completa de fotos obtenidas por Pinker y Ashida en el atraco a la farmacia. Aparte de esa instantánea que captó la matrícula, las demás fotos que tenía en mi mesa estaban tan borrosas que no se distinguía nada. Ayer entré en la sala de la brigada y vi que los negativos habían sido manipulados, así que apreté las tuercas al técnico del laboratorio de revelado. Me

contó que Dudley registró mi mesa y lo obligó a revelar esas fotos de nuevo. Esta segunda vez el tipo dio con un filón, y vi duplicados de la imagen. El atracador es el soplón de Dudley, Huey Cressmeyer. Ese tipejo es muy conocido en determinados círculos.

Parker apuró su vaso. Meeks se lo rellenó.

—¿Es corpulento y de mediana edad? ¿Concuerda con la descripción del hombre del jersey morado?

—No, capitán. Tiene diecinueve años, y estaba en la cárcel de Lincoln Heights cuando rajaron a los Watanabe. Se saltó un semáforo en rojo y lo trincaron por doce multas sin pagar. Dot Rothstein, esa marimacho de la Oficina del Sheriff, le pagó la fianza a las seis y cuarto de la tarde. Es la chica preferida de la mamá de Huey.

Parker apuró el vaso. Meeks se lo rellenó.

—Otra cosa nueva, capitán. ¿Está preparado?

—No me entretenga, Meeks.

—Nada más lejos de mis intenciones. Dicho esto, ¿ha leído el parte sobre el atraco al furgón de la Oficina del Sheriff? Es cosa de los federales. Tenemos el oscurecimiento, un asalto, y sesenta de los grandes en dinero japonés desaparecidos.

—En el cruce de la Setenta y cuatro con Broadway. He visto el teletipo.

Meeks lamió el puro.

—La banda disparaba balas de goma, y por tanto los ayudantes del *sheriff* sobrevivieron sin grandes lesiones. Pero he aquí la sorpresa, capitán. Huey el C fue el sospechoso de un 459 en un puesto de guardia cuando estaba en Preston. ¿Sabe qué afanaron? Balas de goma y escopetas antidisturbios de calibre doce.

Parker le dio vueltas al asunto.

—Usted está en Robos y Atracos. Le conseguiré un puesto de enlace en el caso. Veré si Dick Hood se presta a incorporar a mi amigo Ward Littell.

—¿Y Dudley? —preguntó Meeks.

—Es una cuestión de controles y contrapesos. A corto plazo nada va a detenerlo, pero podemos minim...

Meeks hincó el dedo en el pecho de Parker.

—¿Minimizar los efectos adversos en su propia carrera?

00.57 horas

Llárame Jack engullía un pato Pearl Harbor. Era un pato Pekín adornado con rodajas de piña.

—Me gusta ese chico. Thad me ha contado que ha sacudido el polvo a esos charoles con aplomo.

—En efecto, señor. Es un joven temible, y espero que no lo perdamos por el llamamiento a filas. Ha presentado su solicitud de ingreso en la Infantería de Marina, pero imagino que nuestro amigo Fletch puede conseguir que lo declaren «esencial para la policía».

Llárame Jack soltó una carcajada.

—Mándelo a las Filipinas. Sacudirá el polvo a esos japos con aplomo.

En el restaurante de Kwan no había un alma. Cenaban solos. El oscurecimiento disuadía a la clientela nocturna.

Dudley echó un sobre a la mesa.

—Cierta empresa ha dado fruto, señor. Quiero que usted participe en el beneficio, pero no debo divulgar los detalles.

Jack cubrió el sobre con la mano.

—Gracias, Dud. Le agradezco su consideración, y ya sabe que nunca pido detalles.

Dudley tomó un sorbo de infusión de benzis. Jack engulló unos rollos de huevo. Era gordo y propenso a los sudores nocturnos.

—Hágame un resumen, Dud. ¿Qué sabemos, hacia dónde va la investigación, y cómo podemos quitarnos este muerto de encima?

—No va a ningún sitio, pero sería una negligencia por mi parte no mencionar las posibles oportunidades que pueden presentarse —dijo Dudley.

—Eso es música para mis oídos. Siga.

—Dos hombres blancos no identificados han estado comprando e intentando comprar casas y tierras a los japos, lo cual quizá guarde relación con el caso o quizá no. Soy el único que está al corriente de esto, aunque mis hombres y el bocazas de Turner Meeks saben algo. Meeks le ha pasado la información a Whisky Bill esta noche, pero nada alarmante. El magnífico William me ha pedido un segundo parte, que le entregaré a su debido tiempo. El parte será una obra maestra de la elipsis y la omisión. El magnífico William quedará satisfecho y anulado.

Jack se hurgó los dientes.

—Parker siempre lo ha sacado de sus casillas. ¿Por qué cree que le di las riendas del caso? Usted y sus hombres están condicionados hasta cierto punto, pero usted y yo movemos los hilos. En cuanto a Bill Parker, la culpa la tiene la Iglesia católica. Ese hombre es una esponja de vino de misa, y se ha propuesto castigar al mundo por su propia taradez.

Convincente, pero herético.

—Parker sabe que el internamiento de japos es un hecho consumado, señor. Según parece, tiene sus dudas sobre las redadas, pero se atenderá a las órdenes oficiales y a la versión de los hechos del Departamento, lo cual incluye el caso Watanabe. No forma parte de su naturaleza moral emprender acciones justicieras. Comprende la conveniencia de la solución «asesinato entre japos», y comprende asimismo que a falta de una detención y un procesamiento plenamente verificados, la única salida adecuada es trincar a un japo, un miserable degenerado, y prevenir sus indudables degenerados actos futuros por medio de la acusación de asesinato en primer grado y una visita a la cámara de gas. Las pruebas deben manipularse convincentemente. El degenerado debe ser un individuo aterrador, que personifique los delirantes propósitos de toda la raza japonesa y justifique así un encarcelamiento racial a gran escala.

Llámame Jack dio una palmada.

—Dos cosas, Dud. Primero, aplaudo su recapitulación y expreso mi incondicional conformidad. Segundo, en cuanto a Bill Parker, ha querido usted dorarme la puta píldora. También de eso tiene la culpa la Iglesia católica. Les ha sorbido el seso a base de superchería mística salida directamente de la Roma papista.

Dudley se echó a reír. *Je, je, pedazo de hereje soplapollas.*

—Las redadas son una gilipollez, y los dos lo sabemos —continuó Llámame Jack—. Aquí la mayoría de los japos son buena gente, pero conviene recluirlos hasta que la guerra se decante de nuestro lado. Lo que temo es una reacción de la prensa. Ya solo nos faltaría eso, precisamente en un momento en que el llamamiento a filas va a llevarse a nuestros mejores hombres. No me preocupa perder el puesto, ni a manos de Whisky Bill ni de nadie. Mientras Fletch B. esté en el cargo, yo también lo estoy. Y cuando yo *salga*, el consistorio dará el visto bueno a Thad Brown. Ahora lo que quiero es tener a los putos japos a buen recaudo, la ciudad en paz a pesar de la guerra, y a los capullos reformistas como Parker en punto muerto hasta que me retire y me largue a Puerto Vallarta, donde pillaré una cogorza cada noche y me follaré a señoritas de buen ver en mi yate. Quiero que la puta prensa ensalce a esta puta ciudad tan limpia y a este puto Departamento de Policía tan limpio, y no me importaría embolsarme unos pavos con eso. Los dos sabemos cómo sacarnos unos pavos, Dud. Queremos las mismas cosas, en último extremo, y usted tiene carta blanca, *dentro de lo razonable*, para conseguir aquello que ambos queremos.

Dudley dio dos palmadas.

—Una brillante recapitulación, señor. Lo mantendré informado, rindiendo cuentas en su justa medida, conforme se desarrollen los acontecimientos.

Jack se limpió una mancha de grasa de pato de la corbata.

—Quiero el caso Watanabe resuelto y el procesamiento ante el jurado de acusación aprobado para Año Nuevo.

—Cuenta con ello, señor. Aunque debo añadir que me preocupa nuestro fiscal narcoléptico. El señor McPherson siente una vergonzosa atracción por las razas oscuras. Frecuenta ciertos establecimientos al sur de Jefferson Boulevard y disfruta de la compañía de prostitutas negras. Temo que pueda dar largas o mostrarse evasivo ante nuestro procesamiento.

Jack puso cara de «¿Y...?».

—Me gustaría tener su permiso para apretarle las clavijas.

Llámame Jack asintió.

—Para Año Nuevo, Dud. Quiero un procesamiento ante el jurado de acusación a puerta cerrada, bajo el cargo de cuádruple asesinato. Añadamos secuestro, porque ese degenerado retuvo contra su voluntad a los japoneses antes de cargárselos. Con un cargo de secuestro, pasará a ser un caso federal y conseguiremos una nueva visita a la cámara de gas.

—Cuenta con ello, señor.

—Para Año Nuevo. Eso es inapelable. Esa investigación federal de las escuchas telefónicas es inminente, y quiero que antes de eso el Departamento ofrezca una imagen limpia como una patena en todos los asuntos específicamente japoneses.

—Cuenta con ello, señor.

Jack eructó.

—Parker manipuló las pruebas y nos sacó las castañas del fuego con lo de esas escuchas. Vivimos en un mundo de locos.

Dudley sonrió.

—Y que lo diga, señor.

—¿Hay algo más que deba yo saber?

—Ha surgido un posible sospechoso blanco, pero estoy seguro de que la pista quedará en nada.

—Lo doy por hecho.

Dudley encendió un pitillo.

—Sid Hudgens debería cubrir el caso, señor. Hasta ahora no ha corrido tinta al respecto. La guerra nos ha dejado en segundo plano.

—Hablaré con Sid. Brenda organiza una partida de póquer mañana por la noche. Le comentaré a Sid lo de McPherson. Le encantará.

—Es un gran columnista, nuestro Sid.

—Parker. ¿Algo más que decir? —preguntó Jack.

—Esta noche tenemos nuestra cena mensual con el arzobispo Cantwell. Whisky Bill será el anfitrión. Le lanzaré alguna que otra pulla sutil y procuraré concienciarlo

de nuevo acerca de nuestros puntos muertos.

Llámame Jack esbozó una sonrisa de sorna.

—¿Cantwell vestirá el hábito rojo? ¿Les contará cómo mete mano a los niños?

Bestia protestante, violador de monjas. Vil descendiente de Lutero y su vil Iglesia.

—No, señor. Su Eminencia está demasiado secularizado para eso.

Llámame Jack encendió un puro.

—¿Qué puedo yo hacer por usted, Dud? Esto nuestro es una calle de doble sentido, y está usted haciendo un excelente trabajo en su lado de esa calle.

—Quiero ir a la guerra, señor. Tengo ciertos planes que a su debido tiempo le daré a conocer, pero dejaré el lado práctico en manos de Ace Kwan y mis hombres. Joe Kennedy me ha prometido un destino en el Servicio de Inteligencia Militar.

Llámame Jack tamborileó en la mesa.

—Para *Año Nuevo*, Dud. Cumpla su deber para con el Departamento, y le concederé la excedencia.

Sintió el efecto de las benzis en una oleada. Va de uniforme. Hace girar a Bette Davis en la pista del Coconut Grove.

Jack tocó el sobre con el pulgar. *Ahí hay cinco de los grandes, capullo protestante.*

—Carlos Madrano está metido en el caso, señor. Hace de mediador para esos hombres que compran las tierras y llevan espaldas mojadas a las granjas de los japos.

—Carlos es sagrado, Dud. Con él no se meta.

Fuera sonaron detonaciones de escopeta.

—Putos tongs —dijo Llámame Jack—. Los putos chinos son peores que los putos japos.

1.49 horas

Tongs, en efecto.

Se marchó del restaurante de Kwan. Las carracas de los tongs recorrían Broadway. Exhibían banderas tong en las antenas. Chicos tong armaban jaleo en el aparcamiento de una gasolinera.

Dudley se montó en su coche y cambió de sentido. Le llegó el olor a bombas fétidas tong. Vio una pelea a golpe de cadena entre tongs. Los tongs están inquietos. Rebosan malevolencia.

Él mismo rebosaba malevolencia. Se pasó por la casa de Huey antes de ir al Lyman's. Los secuaces de Huey, los cuatro japos, se habían largado a algún sitio. Dijo a Huey que fuera a buscarlos y organizara una asamblea. Tenía unas cuantas preguntas que hacer.

Tachi, los Watanabe, mortíferos cuchillos feudales. Por favor, expláyense al respecto.

La lluvia azotaba el parabrisas. Dudley entró en el aparcamiento del Palacio de Justicia. Un vigilante de la entrada se acercó corriendo con un paraguas. Ben Siegel tenía toda una plantilla de polis lacayos.

El vigilante hacía las veces de ascensorista. Subieron hasta la cárcel. Vagabundos blancos malolientes y japos quintacolumnistas compartían las celdas.

Doblaron un recodo. Ahí: el Ático.

Seis celdas unidas. Sin barrotes. Moqueta y butacas tapizadas de cachemira. Un cuarto de baño privado. Revestimiento de madera en las paredes y una cama con dosel.

Un bar plenamente aprovisionado. El muchacho en persona, allí en pijama.

Ben, el apuesto. No lo llamemos «Bugsy». Es el Cary Grant judío.

Se dieron un apretón de manos. Ben entregó diez dólares al vigilante y lo despidió. Dudley se apoyó cómodamente en la pared de la galería. Ben se tumbó en la cama.

—Estás demacrado, Dud. Jack Horrall debe de estar matándote a trabajar.

—Así es, Ben. No me vendría mal retirarme a algún lugar magnífico, como este.

—Gene Biscailuz es el mejor hostelero de la ciudad. Todo esto por trescientos pavos la noche. McPherson ha entorpecido el papeleo de mi puesta en libertad, pero estaré en la calle antes del mediodía. Podría haberme quedado hasta Año Nuevo, pero aquí no celebran el Hanukkah.

Dudley se rio.

—Ben, eres la monda.

—«El canario tiene alas pero no sabe volar». Me esperaba una sacudida en la cámara de gas. Ese tarado de Blanchard y tú le pusisteis remedio.

—Fue un honor, Ben —dijo Dudley—. Una extraordinaria gratificación y el billete de tren. Compré a mis hijas abalorios indios en Bisbee, Arizona.

—Son más tontos que los negros, esos indios. Vendieron la isla de Manhattan por calderilla. Yo debería haber comprado Los Ángeles a los frijoleros cuando tuve ocasión.

Ahora al grano. Se hace tarde. Él sabe que la cosa va de pasta.

—Voy a saldar la deuda de Harry Cohn con Ace Kwan, y sé cómo puede conseguir Harry tus cuatro mil ochocientos. Seguramente requerirá algún tejemaneje, pero no tardaré mucho en resolvértelo.

Ben observó el techo. Salvador Dalí pintó el mural que se arremolinaba en él. Unicornios rabiosos se follaban a gachís desnudas.

—Adelante con los tejemanejes, Dud. Es lo que se te da mejor.

Dudley encendió un pitillo.

—Tengo que ajustar cuentas con el fiscal. Ha entorpecido tu puesta en libertad, y estoy seguro de que te gustaría verlo en un aprieto.

—Sí me gustaría, Dud. Ahórrame ahora los detalles y así podré disfrutarlo después. Te habrás apuntado un favor en tu libro de cuentas cuando me consigas los

cuatro mil ochocientos con tus tejemanejes.

—Harry tiene que romper alguna crisma sindicalista en Columbia.

—Mandaré a Mickey Cohen y Hooky Rothman. Sacarán a Harry de esa mierda en un abrir y cerrar de ojos.

El efecto de la infusión de benzis le *subió* como la marea. La cabeza le dio vueltas.

—A dos galerías de aquí hay cinco nazis autóctonos. Los encerraron aquí el martes por la noche. Me gustaría que metieran en el calabozo brevemente a Mickey y Hooky acusados de tenencia de armas. Durante su estancia, vapulearán a esos nazis casi hasta el punto de la extinción. Me propongo conseguir los nombres de todo el chusmerío morralla que pertenece a la Federación, los Camisas Plateadas, el Ku Klux Klan y grupos pro Eje metidos en mi Departamento y la Oficina del Sheriff.

Ben observó el techo. Dalí estaba en deuda con él. A fuerza de cocaína se había quedado en los huesos. Ben se lo mandó a Terry Lux. El doctor Terry lo desintoxicó.

—Eso está hecho, Dud. Será incómodo para Mickey y Hooky, pero el Dudster les deberá una. Entre nosotros todo es quid pro quo, y al final todo queda saldado.

—Una cosa más, Ben.

—Contigo siempre hay una cosa más, Dud.

—Guarda relación directa con nuestro amigo Lee Blanchard.

Ben hizo crujir los nudillos.

—Ese soplapollas sigue en deuda conmigo, así de simple. Si se piensa que con lo de Reles la ha saldado, lo tiene claro.

—Tengo un conocido encantador entre los federales, un tal Ed Satterlee. Los federales cuentan con un psiquiatra izquierdista que les pasa información, y el agente Satterlee me contó que la novia de Lee Blanchard, una tal Katherine Lake, fue vista saliendo de la consulta del bueno del doctor. Según parece, se ha hecho amiga de una arpía sediciosa que se llama Claire De Haven, que ofreció anoche una encantadora fiesta y, según oyó alguien, invitó a la señorita Lake a una segunda fiesta en breve. Tú conoces a la gente de Hollywood, Ben. Me complacería echar un vistazo por adelantado a la lista de invitados a esa fiesta.

Ben hizo crujir los pulgares.

—¿Quid pro quo?

—Claro.

—Quiero ver a Mickey y Hooky sacudir a los nazis. Quiero que se pongan guantes cargados.

2.19 horas

¡Hordas *japonesas* invaden Filipinas! ¡Aparatos aéreos estadounidenses hunden un destructor *japonés*! ¡Un enjambre de paracaidistas *japoneses* cae sobre Luzón!

La radio lo anunció a todo volumen. La tienda de comida preparada Linny, abierta toda la noche; Beverly Hills en pleno oscurecimiento.

Kay Lake fumaba, ajena a su plato. Llevaba un vestido negro y una gabardina. La gente los miraba.

Ashida tomaba café. El efecto del coñac del soldado británico se le había pasado. Percibía aún el olor de Dudley Smith.

—Se lo ve alterado —comentó Kay.

—No puedo quedarme mucho rato —dijo Ashida—. Necesito ver una cosa.

—¿A estas horas de la noche? ¿Durante un *oscurecimiento*?

—Ahora el tiempo tiene un significado nuevo. Por eso hay aquí tanta gente. No pueden dormir, y temen perderse algo.

Kay apagó la colilla. No prestaba atención a la radio ni a los mirones. Eso era *très* Kay.

Ashida había consultado los teletipos de la Unidad Central y visto el comunicado sobre Goleta. El ataque del submarino sí se había producido. El día anterior por la mañana un pueblo de pescadores había sido torpedeado. Las autoridades se lo tenían *très* callado. La Oficina del Sheriff de Santa Bárbara aisló el asunto en el acto.

Ashida corrió un gran riesgo. Telefoneó a la Oficina del Sheriff y se hizo pasar por Ray Pinker.

—¿Puedo enviar a un hombre?

Por supuesto, le dijeron. No precisó que el hombre era un *japo*.

—Gracias por reunirse conmigo —dijo Kay—. Ya sé que no es su estilo.

—Yo no tengo estilo. Me he reunido con usted porque sabía que no podría dormir, y porque mantenemos conversaciones interesantes.

Kay sonrió. Tenía los dientes manchados de carmín.

—Tarde o temprano me preguntará «¿Qué quiere?». Si lo he averiguado, se lo diré.

Ashida oyó «japo» y «chica blanca». El establecimiento estaba lleno de trapicheadores nocturnos. El establecimiento apeataba a carne guisada.

—Sé lo que quiere. Quiere intercambiar percepciones sobre el mundo en que

vivimos y hablar del capitán Parker. Él le ha asignado una tarea que la hace sentirse importante, y él ha demostrado ser importante para mí. La han invitado a una fiesta en Beverly Hills, y sabía que no podría dormir. No sabe lo que quiere de aquí a un minuto, y ahora la guerra la ha crispado.

La radio entró en erupción. Ashida oyó «muertos» y «JAPOS». Los trapicheadores lanzaron vítores y formaron la V de Victoria.

—Conozco a sus dos guardaespaldas. Ese hecho me intriga.

—Sí. Porque lo ve todo desde su punto de vista.

—Hablando de eso, conozco a unas personas que quizá le resulten interesantes. Queremos rodar un documental para denunciar las redadas, y he pensado que quizá usted querría ayudarnos.

Ashida se encogió de hombros. La radio emitió un anuncio a todo volumen. «¡Haciendas en Sherman Oaks!» «¡Otro exitazo de Construcciones Exley!»

Prosiguió el boletín informativo. «¡Los JAPOS perecen al hundirse el destructor alcanzado por las bombas!»

—El consistorio aprobó un plan urbanístico el año pasado —dijo Ashida—. Era un proyecto para un conjunto de viviendas en Baldwin Hills, y se adjudicó el contrato a Construcciones Exley. Según el convenio, los *nisei* podían hacer ofertas por las viviendas, pero el consistorio anuló la disposición. Los *nisei* presentaron una demanda en el juzgado del distrito. Ganaron, y unas cuantas familias se mudaron allí. Vieron que no eran bien recibidos y vendieron sus casas a Construcciones Exley por una insignificancia.

Kay miró alrededor. Ashida siguió su mirada. Una pared mostraba fotos de boxeadores judíos. Barney Ross, Benny Leonard, Maxie Rosenblum. El luterano Bucky Bleichert, en postura de combate bajo ellos.

Kay le lanzó un beso.

—Precisamente ayer vi a Preston Exley. Salía de una oficina a cuatro manzanas de aquí.

Ocupaban un reservado contiguo a la ventana. Ashida subió una persiana. Beverly Hills presentaba un color negro oscurecimiento y el aspecto uniforme de una llanura.

Kay miró por la ventana. Se fijó en un coche aparcado. Había un hombre corpulento apoyado en él. Ashida lo reconoció: el agente R. S. Bennett.

Kay se sobresaltó. Ashida bajó la persiana.

—Ahora pertenece al Departamento. Yo estaba presente cuando ha jurado el cargo hace unas horas. Es nuestro primer contratado de emergencia.

—¿Cree que me sigue?

Ashida sonrió.

—Tiene veinte años, y usted es pura seducción. No me sorprendería que así fuera.

Kay se echó a reír y le tocó la mano. Lo conmocionó. Ashida retiró la mano. Se levantó y volcó la silla.

Salió a la calle. Tras sus pasos quedó una estela de «JAPO, JAPO, JAPO». El joven

Bennett había desaparecido. En Beverly Drive se respiraba la quietud propia de las tres de la madrugada.

Cogió su coche y se encaminó hacia el oeste. Mantuvo las ventanillas bajadas. Eso le secó el sudor y reactivó su adrenalina. Beverly Hills, Westwood, Brentwood. Enclaves sumidos en la negrura del oscurecimiento.

Santa Mónica, la carretera de la costa. Una vista despejada en dirección norte.

Los soldados patrullaban la playa. Usaban reflectores y vigilaban el rompiente. Búnkeres protegidos con sacos de arena, nidos de ametralladora.

Se arriesgaba a encontrarse con puestos de control costeros. Hay un oscurecimiento, él es *japo*, lleva una radio sospechosa en el maletero.

Le ocultó el equipo de radio a Dudley. Sentados dentro del coche, charlaron. Sus hombros se rozaban. Leyó por encima los panfletos en idioma *japo* y mintió sobre el contenido.

Eran diatribas contra la policía de Los Ángeles. Suavizó ese aspecto y se guardó el dato para él.

Ashida siguió avanzando hacia el norte. Los nervios a flor de piel y la espuma del mar lo mantenían alerta. Dejó atrás Zuma, Oxnard, Ventura. Vio centinelas en las playas y observadores antiaéreos. Tuvo suerte con los puestos de control: ninguno, ninguno y ninguno.

Dejó atrás Santa Bárbara. Faltaban dos horas para el amanecer. La cala Goleta estaba cerca.

El hombre de la Oficina del Sheriff le explicó que habían aislado toda información «in situ». Eso equivalía a echar una prueba por el desagüe. El ataque se produjo el día anterior, al alba. Cabía esperar la presencia de polis y hombres del Servicio de Inteligencia Militar. Cabía esperar avisos de zona de catástrofe. Cabía esperar cadáveres y escombros.

Cabía esperar rencor. Cabía esperar recelo. Explíquese. Es usted un brillante químico forense. Aquí es donde ha tenido lugar una emboscada en los momentos iniciales de la guerra. *Usted tenía que verlo.*

Pero es un ataque furtivo de los japos. Pero está usted aquí sin autorización. Pero es usted japo.

No saldría bien. Se arriesgaba a que lo detuvieran. Parker, Pinker, Smith: soltar nombres no le serviría. Tenía valedores indistintos en Los Ángeles. Aquí él era un miserable *japo*.

Se dispuso a dar media vuelta. Más adelante vio luces en la playa. Se detuvo en un promontorio, en el lado interior de la carretera, y cogió sus prismáticos.

Miró abajo. El enclave estaba a ochenta metros. Unas lámparas de arco encuadraban un cobertizo abierto por delante.

Vio tinas de laboratorio forense. Extremidades sueltas. Se elevaban vapores de hielo seco. Vio piernas cercenadas en una tina.

Vio fotografías forenses prendidas de un tendedero.

Vio cubos de basura llenos de madera chamuscada.

El cobertizo estaba muy, muy iluminado. Faltaba un detalle. Deberían estar rondando por allí mandos de la policía y el ejército. Coches y *jeeps* deberían estar cubriendo la playa y la calzada.

Solo vio un *jeep*. Vio asomar unas piernas, cruzadas por los tobillos.

Un vigilante de guardia. Un escaqueador, una cabezada antes del amanecer. No hay nadie más por allí.

Juégatela, señor Moto. Puede que esté dormido. Inténtalo, señor Moto. Si está despierto, la has jodido.

Luces muy, muy intensas. No necesitas flash.

Ashida cogió su cámara. Tenía dieciséis exposiciones. Se prendió su placa de identificación en la chaqueta y se dirigió hacia el asfalto de la calzada.

Le llegó un olor a madera y carne chamuscadas. Se mezclaba con el aroma del salitre. Fue derecho hacia el *jeep*. Oyó ronquidos, inconfundibles.

Echó un vistazo a la cabina. *Ha habido suerte, señor Moto.* El soldado llevaba puestos tapones para los oídos.

El cobertizo se había construido descuidadamente. El ataque fue imprevisto. Los torpedos alcanzan la playa. Es un pueblo de pescadores. Es «colaboracionista»: *japos* y chinos aliados.

Los torpedos alcanzan su objetivo. Inmediatamente se producen incendios explosivos. Eso explica la madera chamuscada en los cubos.

Polis y soldados llegaron en tropel al lugar de los hechos y construyeron ese cobertizo. Reunieron pruebas descuidadamente. Se quedaron allí todo el día y al final se aburrieron.

Piensa deprisa, señor Moto. Tienes cinco minutos.

Ashida recorrió el cobertizo. Lo recorrió cuadrante a cuadrante a la rigurosa manera de la práctica criminológica. Fotografió escombros y las fotografías probatorias. Reconstruyó el ataque.

Los torpedos alcanzan su objetivo. El muelle y las cabañas de pescadores vuelan por los aires y los trozos caen. Embarcaciones de pesca arden y quedan reducidas a fragmentos, que las olas esparcen. Las olas rompen, las olas retroceden. Sobre sus crestas se mecen brazos y piernas cercenados.

Salen hombres tambaleantes de pilas de escombros. Están envueltos en llamas. Gritan y agitan los brazos. Se desploman, muertos, en la arena de la orilla.

Cinco muertos. Confirmados por las fotos forenses y las tinas de laboratorio. Un pie suelto en la arena. Observemos la foto. Observemos dicho pie ahí mismo, en una tina.

Ashida miró detenidamente el pie.

Lo examinó. Lo fotografió. Se acercó y lo olió. Percibió los primeros indicios de descomposición. Percibió un olor a aceite de pescado. Cotejó el olor identificado con el olor del aceite de gamba.

Era anómalo. Le resultaba familiar.

El informe preliminar de la autopsia ofrecido por Nort Layman. Aceite de gamba en las plantas de los pies de los Watanabe. Esquirlas de cristal manchadas de sangre en la casa. Dichas esquirlas apestaban a *pescado*.

Su visita a las granjas de los *nisei*. Aquel trabajador con quien habló. Despedía olor a *pescado*.

Aquí cinco muertos. Ayer en la arena mojada. Hoy en tinas de laboratorio.

Colaboracionistas. Observemos las fotografías y hagamos nuestras propias instantáneas. ¿*Qué opina, señor Moto?* Dos hombres parecen japoneses. Tres hombres parecen chinos. Las características raciales se asemejan mucho. *Podría usted estar en lo cierto, podría usted estar equivocado.*

Ashida recorrió el cobertizo. Ashida tomó fotos de fotos y fotos de muertos *aquí mismo*.

Muertos en hielo seco. Dos hombres con graves quemaduras.

Los volvió de espaldas. Retiró la piel ennegrecida. Un hombre se había abrasado hasta las costillas. Un hombre presentaba una señal desvaída de una herida de arma blanca.

Era antigua, infligida por un cuchillo. La cicatriz era simétrica. El cuchillo debía de tener múltiples hojas. La cicatriz tenía forma radial. Observemos la punción única y profunda.

Ashida recorrió el cobertizo. Ashida recargó la cámara. Oyó el embate de una ola. Oyó los ronquidos del soldado a cinco metros de distancia. Oyó los latidos de su propio corazón a toda marcha.

Tocó a todos los muertos. Se fijó en su aspecto físico. Emparejó los miembros perdidos con los miembros conservados en las tinas de miembros cercenados. Pronunció oraciones sintoístas y cristianas por ellos.

Ya han pasado cuatro minutos. *Márchese, señor Moto.*

Llegó al último cuadrante. Fotografió las fotografías.

Latas pequeñas en una pila de escombros. Las etiquetas rezaban GAMBÁ PICADA. Papel chamuscado. Anotaciones en *kanji*. Cuentas de dinero. Una conversión de yenes japoneses a dólares estadounidenses.

Treinta segundos, señor Moto. Ese soldado dormido podría despertar.

Ashida se preparó para la última tina de miembros. Se arrodilló y apuntó la cámara. Fotografió un pene cortado sobre hielo seco.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / JUEVES, 11 DE DICIEMBRE DE 1941

7.23 horas

Llevé mi cuaderno de dibujo y mis lápices al restaurante. El capitán Parker me telefoneó al amanecer y me emplazó. Yo no había dormido, no podía dormir, y supuse que a él le pasaba lo mismo. Iba de establecimiento público en establecimiento público, reuniéndome con químicos de la policía y con policías a quienes hacía una semana no conocía.

Desde mi mesa se veía La Cienega, justo al sur de Wilshire. El Dick Webster's olía a tarta de limón y tensión por alerta bélica. Después de la fiesta de Claire volví a casa; luego salí para mi cita truncada con Hideo Ashida. Hideo se marchó precipitadamente; regresé a casa para meditar sobre las vicisitudes de la incitación policial. El capitán Parker llegaba ya con veintitrés minutos de retraso; cubrí de trazos el papel de dibujo.

Mis lápices se movían casi al azar. Dibujé a la mujer que atendía la barra y sin transición empecé a esbozar los coches que circulaban por La Cienega. Pasé a Scotty Bennett con uniforme de la policía, a Hideo Ashida, desnudo, con el cuerpo de Bucky Bleichert. Después volví al dormitorio de Claire con Renée Falconetti.

Vi la película sobre Juana de Arco cuando estaba en el instituto, en primero; un profesor visionario llevó a un grupo de alumnos al único cine de Sioux Falls, Dakota del Sur, donde ponían películas extranjeras. Los Camisas Plateadas obligaron a cerrar ese cine a la semana siguiente. Sioux Falls era un vivero de nativistas; el cine ofrecía inmundicia moral importada de países católicos. El éxtasis religioso afín al coito y una mujer de pelo corto quemada viva. La encarnación presentada por la Falconetti de una mujer consumida por una causa y por el deseo de trascendencia de una suplicante.

Dibujé a la Falconetti en el papel de Juana y a Claire en el papel de Juana; fusioné sus facciones en una Claire-Juana inconsútil. Pasó un camión y tembló el cristal de la ventana. Un hombre y una mujer pelirroja alta se apearon de un coche y se encaminaron hacia Wilshire. Bill Parker detuvo su coche de policía detrás de ellos. Salió y empezó a seguir a la pareja. La mujer se volvió para ajustarse la falda y lo miró fijamente. El capitán Parker pareció chasqueado. Interpreté la expresión en su cara.

La mujer no era *Ella*, quienquiera que *Ella* fuese. *Ella* no estaba entre aquellas mujeres de la Armada a las que él miraba fijamente ayer.

Entró en el restaurante. Me despojé de la gabardina. Él me había comprado el vestido y debía vérmelo puesto.

Pasó una camarera junto a mí y me sirvió más café; señalé la otra taza en la mesa y le pedí que la llenara. El capitán Parker se sentó; me fijé en la pelusilla formada en su uniforme. Conocía muy bien esa imagen, la pelusilla en la tela azul de la indumentaria policial. El capitán Parker había dormido en el cuarto de camastros de la Unidad Central.

Se calentó las manos con la taza de café.

—Buenos días, señorita Lake —saludó.

Cerré el cuaderno de dibujo y lo dejé debajo de la mesa.

—Domingo por la tarde. Delante del edificio federal. Me vio usted en compañía de un hombre joven, muy corpulento —dije.

—Sí, y vi a ese hombre salir de su casa el lunes por la mañana. Se llama Robert Bennett; el Departamento acaba de contratarlo, y tiene toda la pinta de ser el nuevo matón preferido de Dudley Smith. Sin duda lo encuentra usted atractivo, lo cual habla más de su vulnerabilidad que de su buen criterio.

Touchée.

—Era una treta. Pensaba que quizá usted supiera cosas sobre el agente Bennett que yo desconozco.

—Anoche estuve presente cuando prestó juramento. Me atrevería a decir que usted lo conoce de una manera un poco más íntima.

Touchée. Et pour la robe en cachemire noir?

—Me lo pasé estupendamente en la fiesta de Claire De Haven. Me invitó a una segunda fiesta el próximo lunes por la noche.

—Siga, por favor.

—Me metí a escondidas en su dormitorio, revolví en los cajones y vi una jeringuilla y varias ampollas de lo que, supuse, era morfina. Robé un panfleto político, pero aún no lo he leído.

—Le conseguiré una cámara fácil de esconder. Quiero pruebas fotográficas de los narcóticos y objetos ilegales.

—Terry Lux estaba en la fiesta. Observaba a Claire con mucha atención. Presupongo que ella se desintoxica periódicamente en su clínica, cuando el Departamento de Policía no lo usa para sus partidos de sóftbol y sus *picnics*.

—¿Así que ahora es «Claire»? ¿Han entablado una relación de amistad?

—Todas las traiciones empiezan con una amistad, ¿no? ¿No existe siempre una base filial para la incitación de la policía?

—Voy a equiparla con un micrófono indetectable. Debe conseguir que la señorita De Haven abogue por el derrocamiento violento del gobierno de Estados Unidos, y así tendremos un registro sonoro.

—Y ya puestos, ¿me conseguirá también otro vestido deslumbrante? Con *este*, más de uno volvía la cabeza.

—Quiero fotografías de todos los frascos de pastillas en su botiquín. Quiero fotografías de todas sus facturas telefónicas recientes y fotografías de todas las páginas de su agenda personal.

—Vamos a hacer un documental para denunciar las redadas de japoneses. La idea la propuse yo, y a Claire le gustó. Procuraré que sea menos disparatada que *Tormenta sobre Leningrado*, para que el jurado no se tronche de risa y haya que excluirla de un juicio.

—Los jurados no saben apreciar la sutileza, señorita Lake. Si crean ustedes un documento filmado, debe ser manifiesta y vilmente sedicioso y expresar inequívocamente las intenciones ideológicas de la señorita De Haven.

—¿Acaso la ideología es inequívocamente algo? ¿No tiene ella que volar antes una fábrica de aviones? ¿Debo animarla a hacerlo, y debo llevar conmigo a un destacado director de fotografía?

—La traición es la perversión de la ideología y la libertad de expresión. El pensamiento sedicioso y su expresión pública temeraria son graves delitos penales que me autorizan plenamente a actuar de este modo que, según usted, es precipitado, presuntuoso y subversivo en sí mismo y por sí mismo. Y que Dios me ampare, joder, pero sé que lo que digo es verdad.

Yo estaba aturdida. Él *parecía* aturdido. Mi tabaco estaba en la mesa. Él cogió un cigarrillo y me lanzó el paquete. Nos los encendimos mutuamente.

—¿Quién es ella, capitán Parker? —pregunté.

—¿Quién es quién, señorita Lake? —dijo.

—La pelirroja alta que anda usted buscando.

Parker se levantó y descargó un puñetazo en la mesa. Los cubiertos saltaron a un palmo de altura. William H. Parker parecía dolido como un colegial y demacrado como un viejo. Había perdido cinco kilos en los cinco días transcurridos desde que lo conocía. Con el peso de la pistolera, el pantalón se le escurría hasta media cadera.

Se alejó de mí corriendo. Miré por la vidriera y observé. Subió a su coche y se incorporó bruscamente a la circulación. Los automovilistas dieron bocinazos. El capitán William H. Parker asomó el brazo por la ventanilla y mantuvo en alto el dedo corazón.

De uniforme. En su coche de policía.

Me eché a reír. El coche patrulla se alejó a toda velocidad; vi que otros dedos corazón le devolvían el saludo y oí los bocinazos aumentar de volumen y desvanecerse. Me dio risa y me dejó extenuada. El mero hecho de permanecer sentada a esa mesa me dolía.

Los sonidos del restaurante acabaron reduciéndose a un zumbido. Cerré los ojos por un segundo y los abrí igual de deprisa. Un reloj de pared me indicó que había dormido una hora entera.

Me froté los ojos y miré por la vidriera. La pelirroja alta estaba delante, en el bordillo.

Cogí el cuaderno para retratarla. Dejé el cuaderno con igual precipitación e hice algo que no había hecho nunca antes.

Recé para que esa mujer llegara al final de la guerra sana y salva.

9.14 horas

Parker se paseaba por su leonera. Estaba amueblada a la manera de un club de hombres. Diplomas enmarcados proclamaban sus honores.

El título de derecho. La placa del colegio de abogados estatal. Su llave de la hermandad Phi Beta Kappa. Treinta y cuatro condecoraciones policiales.

Los diplomas abarcaban tres paredes. La cuarta pared estaba forrada de papel de embalar. Los encabezamientos a tinta enunciaban lo siguiente:

Oscurecimientos / Estadísticas de tráfico.

Brigada de Extranjería / Redadas de subversivos.

Caso Watanabe / Detalles-Cronología.

Lake / De Haven.

Parker se paseaba. Padecía un agotamiento apocalíptico. Las gafas le resbalaban por la nariz.

Estaba quedándose tan delgado como una hostia consagrada. Se había dejado llevar por un arrebatado vestido de uniforme. Temía que empezaran a escapársele algunas cosas. Eso significaba «Anótalo todo».

Oscurecimientos / Estadísticas de tráfico. Tomemos notas en el diagrama.

El oscurecimiento de anoche dio origen a un alboroto de negros. Cinco muertos en accidentes de circulación. Un soldado disparó contra una dama de la alta sociedad en un puesto de control. La mujer no oyó el alto. Murió acribillada.

Brigada de Extranjería / Redadas de subversivos. Tomemos notas en el diagrama.

«Los federales pasan a la lista B de subversivos. Detalles más adelante». «Celebrar reunión informativa con la brigada. Instar a los agentes a restringir los métodos de mano dura».

Había visto los teletipos del Departamento de la Guerra. FDR tenía planes de internamiento a gran escala. Equipos del ejército buscaban emplazamientos en toda la región sudoeste. Las cárceles locales estaban de japoneses hasta la bandera. Se auguraba una evacuación masiva. Preparémonos para la diáspora de japos.

Caso Watanabe / Detalles-Cronología. Tomemos notas en el diagrama.

«Hombre blanco / jersey morado. Coche negro frente a la casa, 6-12-41, cerca de la hora de la muerte».

«H. Ashida debe sacar moldes de las huellas de los neumáticos/muy probablemente en vano».

«Llamadas de Watanabe a teléfonos públicos de Santa Mónica».

Lake / De Haven. Tomemos notas en el diagrama.

Levantó la pluma. El mundo se salió de su eje. Así de jodidamente cansado estaba.

Lake / De Haven. Lo tiene todo en la cabeza. No hay nada que anotar en el diagrama.

Kay Lake quería estar en misa y repicando. Era una artista frustrada con fantasías. Veía su documental como una polémica lúcida. Quería engañar a Claire De Haven. Tenía que ganar esa guerra «necia» y «presuntuosa» concebida por él. Su testimonio ante el juez zanjó el caso del Boulevard-Citizens. Él la haría subir al estrado como testigo y condenaría así a la Reina Roja. Él daría forma a la oratoria de ella. Ella explicaría la determinación teocrática de él.

Ella percibe las dudas de él respecto a las redadas. Piensa que puede inculcar apostasía. Tras sus reuniones se queda tenso. Piensa en ella más de lo que debiera.

Parker apoyó la cabeza en el diagrama. Se sentía los brazos y las piernas como si fueran de goma. La pared lo sostuvo.

La puerta chirrió. Entró Helen. Vestía su mono de jardinera.

—Estás destrozado, Bill. Deberías tomarte el día libre y dormir.

Él mantuvo la cabeza gacha. Escondía el diagrama *Lake / De Haven*.

—No puedo. Tengo que cotejar teletipos, y Horrall quiere un informe sobre el oscurecimiento.

—El mundo puede prescindir de ti por un día. Tú no iniciaste la guerra, y dudo que seas tú quien la acabe.

—Helen, *por favor*.

—*Bill*, por favor. Por favor, descansa, por favor, no duermas en el cuarto de camastros del edificio municipal, por favor, cuídate, y por favor, no huyas de mí como lo estás haciendo.

Se la veía animosa. Siempre se la veía animosa. Nació animosa.

—Me tomaré libre la mañana del domingo. Iremos a misa y desayunaremos en el Lyman's.

Helen se echó a reír.

—Donde desaparecerás en la trastienda y leerás teletipos. Donde estarás de charla con Thad Brown y bromearás sobre la posibilidad de quitarle el puesto a Jack Horrall. Donde...

—Helen, por favor...

—*Bill*, *por favor*, deja de desatender tu matrimonio. *Bill*, *por favor*, abandona ese comportamiento descortés con mi familia y mis amigos. *Bill*, *por favor*, comprométete otra vez a dejar la bebida, porque no resisto verte borracho. *Bill*, *por favor*, no trabajes tanto y aprende a disfrutar de las cosas sencillas; así no tendrás pesadillas ni sudarás en la cama las pocas noches que la compartimos. *Bill*, *por favor*, deja de rezar en voz alta cuando crees que no te oigo, porque no quiero saber qué le

dices a Dios. Bill, *por favor*, deja de encapricharte de universitarias cuando tienes una mujer que...

Parker echó a correr.

Llegó al porche trasero. Se tapó los oídos. No pudo acallar lo siguiente:

Helen cruza la casa con sonoras pisadas. Helen da portazos. Helen llega a su coche y arranca con un acelerón. Helen deja marcas de goma en el camino de acceso.

Tenía una botella en el cobertizo de las herramientas. Fue allí y la agarró. Se echó tres buenos lingotazos.

Le sobrevino la quemazón y los estremecimientos. Le sobrevinieron los colores vivos. Le sobrevino ese momento en que uno se transporta a otra parte.

Guardó la botella. Se le ocurrió una idea. Volvió a entrar y agarró el auricular del teléfono de su mesa. Una operadora lo puso con Chicago.

Universidad de Northwestern. La policía del campus. Allí gozaba de predicamento.

El jefe de policía se puso al aparato. Parker lo planteó.

Joan. Estudiante de biología. Unos veinticinco años. Alta y pelirroja. Tiraba al plato a orillas del lago Michigan. Tenía una escopeta de banda ventilada de calibre doce.

El jefe dijo que intentaría identificarla de inmediato. Parker colgó.

Se sentía apaleado. El día del Juicio Final, el Armagedón. La bebida engendra mala conducta y pesadumbre inmediatas. Se acercó al sofá y se desplomó.

Deadwood.

Sí, eso es.

Corre el año 1916. Esas son las ventanas de un burdel. Ahora estamos en Los Ángeles, año 24. Está pegándole a su primera mujer. Están en el hospital. Ella está vendada y resentida. Le devuelve los golpes.

Procesiones religiosas. Agita una mitra. ¿El papa Pío XII en *Deadwood*? No, imposible.

Campanadas de iglesia. No, campanadas de la condenación. Espinas ensangrentadas o el cinto de la pistolera se le clavaron y lo despertaron.

Abrió los ojos. Su reloj de pulsera indicaba las 20.14.

No el Papa: el *arzobispo*. Jimmy y Dudley: los irlandeses locos.

Se levantó y abrió la puerta. Lo vieron desgredado y se rieron a carcajadas a la manera irlandesa. Fuera de la rectoría, Su Eminencia era aficionado a la indumentaria de golfista. Llevaba un jersey rosa y un pantalón de un verde irlandés.

—Nuestro futuro jefe de policía, recién arrancado del sueño —dijo Dudley.

—Somos tres católicos liberados de nuestras obligaciones —dijo J. J. Cantwell—. Vamos a pillar una cogorza y a difamar a los protestantes y los judíos.

Parker los invitó a pasar. Su Eminencia tenía sesenta y seis años y era un baladrón. Dudley lo adoraba. Se conocieron en Irlanda, allá por 1919. Dudley mataba soldados británicos. Cantwell desviaba dinero para armas.

—Me llega el olor del picadillo de carne y las coles de Helen Schultz Parker calentándose en el horno —dijo Dudley.

—¿Schultz? —dijo Cantwell—. ¿Bill se casó con una *teutona*? Quizá tengamos que internarla, junto con todos esos japoneses infieles.

—Es una buena chica católica, Su Eminencia —dijo Dudley.

—Tendremos que pedirle a Bill que nos explique esta nueva guerra, Dud —dijo Cantwell—. El padre Coughlin echa la culpa a los morenos y a los banqueros judíos, y tiendo a coincidir con él.

—Estados Unidos e Irlanda lo primero, Su Eminencia —dijo Dudley—. Usted ya sabe cuál es mi postura al respecto.

—Pillemos una cogorza y difamemos a ese judío de mierda que ocupa la Casa Blanca —dijo Cantwell—. Franklin Doblez Rosenfeld, se llama.

Parker bostezó. Tenía resaca. Se moría por una copa que se la aliviara.

Sonó el teléfono. El timbre lo sobresaltó como una detonación.

Descolgó.

—¿Sí?

—Aquí Thad, Bill. Póngame con Dudley, por favor.

Entregó el auricular. Dudley lo cogió y dispensó guiños.

—Sargento Smith al habla —dijo. Escuchó. Dijo—: Cómo no. —Devolvió el auricular—. En Chinatown están cometiéndose endemoniados actos de vandalismo. Se requiere mi presencia.

Pasa por alto el tono. Lee su mirada. Dios santo, qué regocijo.

SEGUNDA PARTE

LOS CHINOS

(11 - 19 de diciembre de 1941)

20.33 horas

Un elemento de distracción para la hermandad del hombre blanco. Asesinato en primer grado en Chinatown.

Dudley cogió su modelo K y activó un Código 3. Las luces del techo asaetearon la iluminación de los jardines y los belenes. La sirena le hizo daño en los oídos.

Lo mejor era ir por vías secundarias. Silver Lake y Echo Park: la ruta de la zona de montaña. Debería tardar siete minutos, de puerta a puerta.

Tardó seis. La sirena le permitió eludir los embotellamientos. Bordeó Chavez Ravine y llegó a Ord Street. Globos tong se mecían a gran altura en el cielo.

Esa costumbre de infieles. Atar globos a las escaleras de incendios. Significa «Guerra».

Se apiñaba allí una muchedumbre. Predominaban los chicos tong. Tres coches de policía en el lugar del hecho. Un edificio de cuatro plantas, todo chino.

Dudley se detuvo de un frenazo, Código 3. Unos uniformados flanqueaban la entrada. El lugar estaba acordonado.

Estallaron petardos. Volaron dragones de papel. La guerra contra los japos, ¿y ahora esto?

Dudley se acercó. Los uniformados señalaron hacia la primera planta. Subió hasta allí. Arrimándose a la pared, pasó junto a un hombre del depósito de cadáveres. Salía humo de tabaco de una puerta. Eso significaba polis a manta.

Eran tantos que salían hasta el pasillo. Thad Brown y Nort Layman. Mike Breuning y Dick Carlisle. Scotty Bennett con su fenomenal apariencia de niño grande.

También estaba allí Jim Davis. Dos Pistolas era ahora Dos Veces Gordo. Se veía el enorme bulto de sus dos calibre 45.

El grupo lo saludó y retrocedió. Es el *show* del Dudster.

Se ladeó el sombrero y pasó por su lado. Ace Kwan se hallaba junto a la puerta de la habitación. Vio a Dudley y señaló hacia el interior.

Requiescat in pace. Querida chiquilla, ahora en el cielo.

Estaba en la cama, desnuda. Colocada boca abajo. Cubierta de sangre desde la cadera hasta el cuello. Observemos la colcha embebida en sangre. Observemos las sábanas embebidas en sangre.

—Mi sobrina —dijo Ace—. No hemos tomado medidas a tiempo. Los japos nos

han jodido.

Dudley lo abrazó. El anciano era todo tendones.

—La vengaré, hermano amarillo. No tendré misericordia.

Ace dio un apretón a Dudley y retrocedió. Dudley señaló hacia el salón. Breuning, Carlisle y Scotty B. fueron allí corriendo.

—Vamos a poner en marcha una operación de captura contra las Cuatro Familias —anunció Dudley—. Mike, llama a la Unidad Central y habla con Elmer Jackson. Antivicio tiene fichados a todos los miembros conocidos. Consigue a diez patrulleros de la Central y a diez de Hollywood, y trae a Elmer. Dick y Scotty, vosotros movilizad a los polis de abajo. Quiero un despliegue de fuerza. Salid y reunid a todos los tipejos con pañuelo azul que veáis. Esposadlos y formad una magnífica fila. Quiero cuatro furgones. Vamos a llenarlos de capullos de las Cuatro Familias y a llevarlos a Temple con Alameda. Hay allí un magnífico solar. Es un sitio perfecto para los interrogatorios.

Breuning garabateaba en su cuaderno. Carlisle sacaba brillo a sus gafas. Scotty sencillamente estaba allí plantado cuan alto era.

Ace se arrodilló junto a la cama. Tocó el pelo de la chica muerta. Acariciaba unas cuentas de colores.

Dudley arregló la corbata a Scotty.

—Esta noche se pondrá a prueba tu aptitud para la profesión. ¿Puedes asegurarme que darás la talla?

—Sí, señor. Se lo aseguro.

—No me llames «señor»; llámame Dudley.

Scotty sonrió e hizo crujir los nudillos. Jim Davis se acercó con su andar oscilante.

—¿Puedo ayudar en algo, Dud? Estaba escuchando los avisos por radio y me he dicho: Que me caiga un rayo si eso no es un homicidio delicado en mi antiguo territorio.

Dudley inclinó la cabeza, al estilo chino.

—Por supuesto, jefe. Esta va a ser la noche de los infieles, y sería un honor para mí contar con su colaboración.

—Desde que me retiré, soy «Jim», Dud.

—Señor, se fue usted a la calle por orden del jurado de acusación. Fue un retiro cruelmente forzoso.

Davis mascaba una bola de tabaco.

—Es usted todo un caballero, Dud.

Ace empezó a chillar junto a la chica muerta. Davis se acercó a él y chilló también en puro chino. Breuning y Carlisle no prestaron la menor atención a la escena. Scotty observó. La chica muerta lo dejaba indiferente.

Dudley dijo:

—Muchachos, el jefe Davis será vuestro acompañante. Haced lo que os diga en

todo momento. Será vuestro intérprete. La tregua tong en la que él fue mediador ha sido violada, y ahora somos testigos de las consecuencias. Id, muchachos. Que Dios os acompañe en esta noche chirriante.

Los muchachos esbozaron sonrisas burlonas y se pusieron en marcha. Ace tocó el pelo a la muchacha muerta y se irguió. La sangre de las sábanas había adquirido una textura rígida y un color granate. Ace inclinó la cabeza y salió de la habitación.

Dudley cerró la puerta. Dudley circundó la cama. Fuera sonó el ululato de las sirenas. En un esfuerzo de voluntad se aisló en el silencio de la habitación. Se agachó y *miró*.

No se veían señales en el cuello. Tenía los ojos cerrados. Le levantó los párpados y examinó las pupilas. Sin hemorragia petequial. Sin exanguinación. El capullo no la había estrangulado.

Las sábanas estaban lisas y bien remetidas. El sexo no había precedido a la muerte. No era un crimen pasional. La desnudó para humillarla. Quiso humillar a los hombres que la amaban. Quiso violarlos a ellos.

Las razas oscuras declaraban la *guerra* de esa manera. Las mujeres estragadas significaban *guerra*. Ese era un comportamiento espantoso y cobarde.

Dudley examinó la espalda de la chica. La sangre se había solidificado. Las manchas más oscuras indicaban arterias seccionadas. Sangre seca y sangre húmeda cubrían las heridas de arma blanca. El volumen de sangre derramada era enorme. Indicaba numerosas estocadas. Iba más allá de las dos o tres estocadas propias del característico crimen «Mata a esa puta».

Se inclinó sobre la chica. Sacó su pañuelo. Intentó enjugar una de las manchas de sangre oscura. El pañuelo se empapó. Lo tiró y cogió una funda de almohada. Limpió completamente la mancha de sangre.

Múltiples cortes, incisiones que irradiaban de una punción central. Un dibujo radial.

Exactamente igual que en el caso de Tachi Tachibana. Exactamente igual que en las fotos del manual de Ray Pinker. El cuchillo del caudillo feudal. El Japón del siglo XVIII. El cuento de Huey Cressmeyer, ayer.

Huey conocía a cuatro japos chiflados. Portaban cuchillos que causaban una herida exactamente igual que esta. Vivían en Griffith Park. Odiaban a los chinos. Odiaban a los jefes de los tongs. Creían que había que matar a sus mujeres. Esta vil acción confería trascendencia.

No era ningún miembro de las Cuatro Familias quien había matado a Rose Eileen Kwan. Los autores eran los compinches japoneses de Huey. Huey había utilizado a los japos en el asalto al furgón la noche anterior. Él mismo había obligado a Huey a hacerlo.

Dudley recorrió la habitación lentamente con la mirada. Cuadrante a cuadrante: el suelo, las paredes, los muebles. Captó un destello metálico bajo una silla.

Era un cuchillo. Estaba impregnado de sangre de Rose Kwan. Observemos las

seis hojas. Observemos el dibujo radial. No es de tiempos feudales. Es de fabricación reciente.

Dudley arrancó un jirón de sábana y envolvió con él el cuchillo. Aquel objeto malévolamente abultaba en su bolsillo.

Registremos la habitación. Actuemos minuciosamente, actuemos despacio.

Revolvió el armario. Miró en todos los cajones. Levantó la alfombra y echó un vistazo debajo de la cama. Vio ropa, libros, discos. Abrió los libros y los hojeó. Un libro, dos libros, tres...

Cayó una fotografía. Era de diez por quince y en color. La imagen aparecía desvaída. Mostraba a un hombre joven.

Tenía el pelo oscuro. No era de raza blanca pero sí de piel pálida. Podía tratarse de un mestizo mexicano-japonés.

Huey C., ayer.

Un japo de la célula dejó preñada a Nancy Watanabe. Dicho individuo presentaba quistes acnéicos. Según él, había matado a una familia en México. Tal vez lo dijera por puro alarde. Tal vez había huido a México. *Tal vez era un mestizo mitad mexicano mitad japonés.*

El homicidio de los Watanabe había sido un trabajo limpio. El crimen de Rose Kwan era pura chapucería. El homicidio de los Watanabe olía a animadversión personal. Este otro era obra de una pandilla de chicos malévolos. Probablemente los asesinos eran cuatro. Eso inducía a pensar la postura del cadáver.

La víctima no presentaba escoriaciones en muñecas ni tobillos. No había forcejeado. Cuatro chicos la sometieron. La desnudaron, la inmovilizaron en posición prona y la apuñalaron. No la amordazaron. Uno de los chicos le hundió la cara en el colchón y ahogó así sus gritos.

Dudley se guardó la foto en un bolsillo y salió al pasillo. Aguardaban allí Nort Layman y un hombre del depósito. Les indicó que pasaran. Ace estaba apoyado en la pared.

—¿Qué conclusiones sacas, hermano irlandés?

Dudley encendió un pitillo.

—No es obra de las Cuatro Familias. Es un conciliábulo de japoneses renegados. Los mataremos, y las Cuatro Familias nos proporcionarán un chivo expiatorio que sirva para aumentar tu poder.

Ace inclinó la cabeza. Dudley descolgó el teléfono del pasillo y marcó el número de la Unidad Central. Oyó el timbre dos veces y seguidamente un chasquido.

—Homicidios, Breuning.

—Sí, y eres la eficiencia en persona.

Breuning se echó a reír.

—Suba a la azotea dentro de unos minutos y mire hacia Broadway en dirección norte. He conseguido los vehículos y los efectivos. Debería ser todo un espectáculo.

—Sin duda lo saborearé, muchacho —dijo Dudley.

—¿Alguna otra orden?

—Busca a Huey Cressmeyer y tenlo a mano. Llama a Tijuana y dile a Carlos Madrano que coja el coche y se venga de inmediato a Los Ángeles.

—Entendido —dijo Breuning.

Dudley colgó y volvió a la habitación. Ace agitaba sus cuentas de colores ante la muerta.

El cadáver estaba de costado. Nort Layman sostenía un espéculo y un espejo. Articuló con los labios: «No hay violación».

En el salón reinaba el bullicio. Delirantes risas reverberaban en el pasillo. Thad Brown intercambiaba chistes de japos con unos chinos. Los había sacado de un programa de Bob Hope.

Dudley salió a la escalera de incendios. Un dragón de papel pasó volando junto a él. Subió a la azotea.

Veinte uniformados marchaban a paso ligero por Broadway. Portaban escopetas y porras. Rompían escaparates. Los habían aleccionado de antemano. Hemos venido a por las Cuatro Familias. Decídselo a sus miembros.

Los policías avanzaron hacia el norte. Los seguían cuatro furgones. Los coches que circulaban en sentido sur daban la vuelta y desaparecían.

Rompían escaparates. Disparaban tiros de sal a los chinos que huían. Sacaban a tipejos tong de los baruchos y los apaleaban. Petardos, dragones, música festiva. *Olvidaos de los japos. Aquí viene la policía de Los Ángeles.*

Los polis echaban a los tongs al interior de los furgones. Los polis pateaban a los tongs en la calle. «Despliegue de fuerza». Música festiva y griterío.

He ahí a Scotty Bennett. Tiene a dos tipejos agarrados por el cuello. He ahí a Jim Davis. Domina como nadie el golpe de pistola. He ahí a la gente que disfruta del espectáculo en las azoteas. Enarbolan la bandera roja de los Hop Sing.

Dudley encendió un pitillo. ¿Esto qué es? Un dragón con un pañuelo azul, flotando directamente hacia él.

Ahora nariz con nariz. Un reptil feroz. Labios contraídos, los dientes a la vista.

Dudley alzó el pitillo. El dragón topó con él. El ascua encendida en contacto con el papel seco: una llama instantánea. El dragón explotó. Dudley lo empujó hacia la calle.

El dragón volaba a cuatro pisos de altura. Unos chinos alzaron la vista y prorrumpieron en alaridos. Unos chinos cogieron a sus chinitos y se los sentaron en hombros. El dragón de fuego se mecía en el viento.

Dudley bajó a brincos por la escalera de incendios. Broadway apestaba a la pólvora de los truenos. Su modelo K estaba intacto. Subió y fue a toda velocidad a Temple con Alameda.

En el solar reinaba un silencio absoluto. Se instaló allí. Reclinó el asiento y se transportó a un lugar brumoso. Sentía el característico aturdimiento posbenzi.

El mundo desapareció. El tiempo quedó en nada. Oyó el retumbo de unos motores

y abrió los ojos. El mundo se había iluminado de nuevo, demasiado pronto.

Mike B. tenía a Huey C. esposado. Delante, cuatro furgones permanecían al ralentí. Dick C. y Scotty B. estaban con Jim Davis. Dos Pistolas tenía la camisa empapada de sangre.

Dudley se apeó y se desperezó. Huey temblaba. Breuning lo arrojó al asiento trasero.

Gimoteando, llamaba a sus mamás bolleras. Ese muchacho poseía iniciativa pero carecía de dignidad masculina.

—Manda a casa a los chicos de los furgones, Mike —ordenó Dudley—. Ya han cumplido su misión y puede que no tengan estómago para esto.

Breuning se largó. Huey lloriqueó. Dudley subió al asiento trasero y le quitó las esposas. Huey sacó una tableta de Mars.

—Esos japos, tus compinches, han matado a la sobrina de Ace Kwan. ¿Sabes en qué lugar exacto de Griffith Park residen?

Huey desenvolvió la tableta de Mars.

—En el sendero de excursionismo que sale del Observatorio.

—¿Guardan pruebas del asalto al furgón? Concretamente, ¿pruebas que puedan señalarte a ti?

Huey masticó un trozo de la tableta de Mars.

—Qué va. Me llevé todo lo que pudiera ser incriminatorio. Y ya están a dos velas. Donaron toda su pasta a un gurú de la radio con debilidad por los japos.

Los furgones se balanceaban sobre sus ejes. Dudley oyó gritos ahogados.

—Te invito a unas vacaciones pagadas en México. Te acompañará mi amigo Carlos Madrano. No debes dejarte ver hasta que todo esto se resuelva.

Huey engulló el resto de la tableta de Mars y se lamió los dedos.

Los furgones se sacudían sobre sus ejes. Dudley oyó gritos ahogados.

Encendió la luz del techo y sostuvo en alto la fotografía. Huey la observó.

—¿Este es el mestizo con cicatrices de acné? ¿El muchacho que alardeó de haber matado a una familia en Culiacán?

Huey entornó los ojos.

—No sabría decir, tío Dud. Puede que *ja*, puede que *nein*.

Los furgones se bamboleaban sobre sus ejes. Dudley oyó gritos ahogados.

Esposó a Huey y se acercó. Los cuatro furgones estaban dispuestos en hilera uno al lado del otro. Se mecían y chocaban entre sí. Los gritos fueron a más.

Dudley entró en el primer furgón. Había seis chicos tong esposados en el banco. Dick Carlisle portaba un trozo de manguera de goma. La empuñadura era de cinta aislante. El extremo útil goteaba sangre.

Dudley salió. Dudley entró en el siguiente furgón. Había ocho chicos tong esposados en el banco. Mike Breuning portaba una porra achatada rellena de plomo.

Dudley salió. Dudley entró en el siguiente furgón. Había cinco chicos tong esposados en el banco. Scotty Bennett portaba sus puños. Scotty miró a Dudley. Un

tong, un chico flaco, dirigió un gesto obsceno a Dudley. Dudley se echó a reír. El chico flaco escupió sangre a sus zapatos.

—Quítale las esposas —dijo Dudley—. Sácalo fuera un momento.

Scotty soltó al chico. Dudley salió. Scotty lanzó al chico hacia él de un empujón. El granuja escupió sangre y se tambaleó.

—Mátalo —dijo Dudley.

Scotty sacó su 45. Scotty le voló los sesos, a bocajarro.

12 de diciembre de 1941

00.19 horas

Obtención de moldes. Vaciado de las huellas de unas bandas de rodadura.

Difícil ya de por sí en el laboratorio. Añadamos este entorno exterior. Añadamos el frío de la noche y las lámparas de arco. Añadamos los mirones.

Lee Blanchard y Jack Webb. Con una botella gorroneada en El Sombrero.

Ashida extendió escayola en una artesa para huellas. Los haces de las lámparas de arco le achicharraban el cuello. Tenía fotos de referencia del coche de los Watanabe. Era un Dodge del 36.

Llevaba ya dos horas allí. Bill Parker había telefoneado y encargado ese trabajo. Llamaba desde el Lyman's. Sid Hudgens estaba con él. Parker había dicho: «Nadie puede dormir, así que, ya puestos, trabajemos. He convencido a Sid para que escriba un artículo sobre el caso. Yo estoy trabajando, así que usted también debería».

Ashida no contestó: «Y está bebiendo». No contestó: «Y está comprando a un periodista corrupto».

Ashida trabajó. Los caminos de acceso de tierra y grava eran un buen sitio para el levantamiento de huellas. Las huellas del Dodge concordaban con seis moldes.

Era un trabajo por *eliminación*. Buscaba los moldes de un coche *sospechoso*. Probabilidades: diez mil contra una.

Ahora había un relativo silencio. El alboroto de Chinatown había remitido. Oyeron detonaciones de escopeta a más de un kilómetro al sudeste. Jack comprobó su radio, sintonizada con la emisora de la policía.

El Duderstadt mandó a veinte polis en misión antidisturbios. La algarada se propagó. Incluyó petardos y desechos voladores.

Ashida aplicó la escayola. Lee Blanchard y Jack Webb estaban como cubas. Blanchard seguía escocido por lo de Kay Lake.

—Scotty Bennett es ya del Departamento de Policía —dijo Jack—. Ya sabes, aquel zaguero del equipo del instituto Hollywood.

—Creo que anda detrás de Kay —dijo Blanchard—, aunque eso a mí me importa un carajo. Lo vi entrar en el Lyman's después del número que ella me montó.

—No lo entiendo —dijo Jack—. Estás ajuntado con Kay.

—Eres demasiado joven para entenderlo. No te has enterado aún de que el mundo es un sitio extraño y jodido.

Ashida aplicó escayola. Sí: extraño y jodido.

Submarinos. El cobertizo de la cala Goleta. Volvió a Los Ángeles y reveló las fotos. Sucumbió al miedo. Destruyó la radio de los Watanabe con un martillo de bola. Quemó el libro de registro. Diluyó un sedante y durmió diez horas. Despertó, aterrorizado.

Era por todo.

Las redadas. Sus propios robos. Sus propias mentiras. La loca de Kay y sus planes de loca. Dudley Smith contra Bill Parker.

Había examinado las imágenes del cobertizo. Fisonomía, eugenesia. Tres de los muertos parecían chinos. Dos de los muertos parecían japos. Todos ellos podían ser mestizos. Ahora pensaba en epítetos raciales. *El mundo era este lugar jodido.*

—Hideo hace buenas migas con Kay —dijo Blanchard—. Llamaban la atención, allí juntos en el Lyman's. A Thad Brown por poco le dio un síncope.

—Deja de pinchar a Hideo —dijo Jack.

—Contra Hideo no tengo nada —dijo Blanchard—. El problema es Kay... pero yo la quiero igualmente.

—Déjalo estar, hermano —dijo Jack.

Blanchard empinó la botella.

—Scotty Bennett. Otro poli. Y ahora tu viejo amigo Bucky va a entrar en el Departamento de Policía. Kay no va a dar abasto.

Hacía frío. Llevaban sus chaquetas del instituto. Belmont y Artes y Oficios. *Certámenes de atletismo, las duchas, Bucky.*

—Metí la pata en la reunión informativa —dijo Jack—. No debería haber mencionado al hombre del jersey morado. Creo que Dudley se cabreó conmigo.

—Hiciste lo que debías —dijo Ashida—. Es una buena pista.

Blanchard empinó la botella.

—Es una pista de *mierda*. Nadie quiere un asesino blanco. Orden expresa de Horrall.

Jack agarró la botella.

—Oí hablar a Mike Breuning y Sid Hudgens. Creo que están tramando algo contra el fiscal.

Blanchard recuperó la botella.

—McPherson es aficionado a la carne negra. Tenía por costumbre traer a chicas de color a mis combates y causaba todo un revuelo.

Jack volvió a agarrar la botella.

—Yo hice un recado que me encargó Mike. Era un trabajo de mierda, me dijo. Llamé a la compañía telefónica Bell y comprobé esas llamadas a teléfonos públicos de los Watanabe. El empleado me facilitó las ubicaciones. Eran cabinas cerca de las fábricas aeronáuticas, ya sabéis: Lockheed, Douglas, Boeing.

—Tienes razón, un trabajo de mierda. Sigues esas pistas y lo único que encuentras es mierda.

Ashida preparó un nuevo juego de huellas. Era una marca en hierba y grava.

Reajustó la lámpara de arco. Dejó el calibrador y la cinta en el suelo.

Se acuclilló, muy bajo. Premio, a simple vista: *Aquí hay algo distinto.*

El dibujo de la banda era en *diamante*. En el Dodge de los Watanabe el dibujo de la banda era *serrado*. Esa era la banda de *otro coche*. Tenía la certeza a simple vista.

Algo le resulta familiar. Lo ha visto antes. Conocía esa banda de rodadura.

Ashida corrió hasta su coche. Hurgó en la guantera y hojeó el fajo de partes. Sabía que era uno reciente. El Goodyear con dibujo de diamante en la banda...

Diciembre: 11, 10, 9, 8...

Ahí:

Domingo, 7 de diciembre, 5.45 horas. Una colisión de un coche con una bicicleta, un caso de la Oficina del Sheriff. El número 4600 de Valley Boulevard. Un atropello y fuga con cuatro víctimas.

Es de noche. Los tocan de refilón desde atrás. Tres adolescentes sobreviven. El hombre al frente del grupo fallece.

Jim Larkin. Murió en el Queen of Angels. La foto del parte concuerda con las huellas del camino de acceso. La misma banda de rodadura. El mismo grado de desgaste en el dibujo. Marcas de la misma profundidad.

7 de diciembre. La mañana de Pearl Harbor. 5.45 horas. La mañana del día *posterior* a la muerte de los Watanabe.

Ese coche, en este camino de acceso. El camino de acceso estuvo acordonado desde la madrugada del domingo. Ese coche, esos neumáticos, este camino de acceso: en algún momento anterior.

Ashida leyó el parte completo. Le temblaban las manos y le bailaban las palabras ante los ojos. Un testigo presencial dijo lo siguiente:

El coche sospechoso atropelló a las víctimas y se dio a la fuga. Casi pareció intencionado. Era un coche negro. Eso es todo en cuanto a la identificación del vehículo.

Pero:

El brazo de un hombre blanco asomaba de la ventanilla. El hombre llevaba un jersey morado. Fin de la descripción: eso es todo.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / VIERNES, 12 DE DICIEMBRE DE 1941

2.16 horas

Scotty me manoseó torpemente.

Se presentó hace una hora. Tenía las manos magulladas y el traje arrugado; llevaba un arma enfundada al hombro. Mi amante en tiempos de guerra. El «primer contratado de emergencia» del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Me había vigilado el miércoles a avanzadas horas de la noche; había observado mi cita con Hideo Ashida. Yo debería haberme enfurecido, pero algo me disuadió.

Mi chico rudo estaba angustiado. Se metió entre pecho y espalda tres *whiskys* seguidos, me llevó arriba y acometió contra mi cuerpo. Empezaba a besarme, se detenía y se restregaba contra mí. Se levantaba y ajustaba las cortinas para aislarnos más.

La habitación está a oscuras. No podemos interpretarnos el uno al otro. Es como si estuviéramos de nuevo en el oscurecimiento.

Le toqué el pecho con la mano y sentí sus latidos.

—Cuéntamelo —dije.

—Yo estaba esperando aquí en la calle, el miércoles por la noche ya tarde. Acababa de jurar el cargo. Quería decírtelo antes de que te enteraras por otro. Llegaste a casa, pero te marchaste otra vez, y yo quería poner orden en mi cabeza antes de hablar contigo. Entonces fuiste en coche al Linny, donde te reuniste con Ashida. Él asistió a la ceremonia, así que supe que tú ya lo sabías.

Le alisé el pelo y le desabroché la pistolera. Se relajó un poco. Dejé la pistolera en una silla junto a la cama.

—Me enfadé contigo por seguirme. Pero ahora lo entiendo.

—Ashida me cae bastante bien, pero es un japo —dijo Scotty—. Quería contártelo yo, pero cuando me viste frente al Linny, supe que te lo contaría él y me privaría de eso.

—Lo siento —dije—. Y sabes que yo no podía haberlo sabido.

—Lo sé. Pero estamos en guerra, y él es un japo. Es lo que te dije la otra noche. Te prodigas mucho.

Le toqué la cara a Scotty. Tenía los ojos llorosos. Le enjuagué las lágrimas.

Scotty temblaba. Dijo:

—He matado a un hombre. Creía que me incorporaría a la Infantería de Marina y dispararía contra los japos en una isla. En lugar de eso, he matado a un chino.

Sus temblores se traspasaron a mi cuerpo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha pasado?

—Han matado a la sobrina de Ace Kwan —contestó él—. El tipo que lo hizo fue a por Dudley, y me lo cargué.

—¿Y...?

—No hay «y», Kay. Eso es lo que supuestamente debo decir. Puedes leerlo en el *Mirror*. Dud le ha dado la exclusiva a Sid Hudgens.

Rodando a un lado, me aparté de él. Allí estaban Dudley Smith y Lee; Dudley Smith, Lee y Abe Reles. «El canario sabe cantar pero no sabe volar». Coney Island y una caída por aquella ventana. Ahora un chino muerto.

Scotty rodó hacia mí. Su respiración se acompasó. Lo había dicho.

La cama estaba deshecha. Tiré de las mantas para taparnos y noté la sacudida que indicaba que Scotty se quedaba dormido. Un amorío de cinco días, y ya este conocimiento corporal. La sacudida daba seguridad.

Scotty dormía. Encendí la lámpara de la mesilla de noche y la aparté para que el haz no lo iluminara. Saqué el panfleto que había robado en casa de Claire De Haven.

Se titulaba «Cosecha fascista». Debajo aparecía representada la insignia de un policía de Los Ángeles.

La prosa era clara para lo que corría en panfletos propagandísticos. La introducción era un refrito de las quejas relacionadas con el jefe de policía Jim Davis. Era un material trasnochado... pero de pronto el texto captó mi atención.

Davis había obrado bajo la incitación de un cómplice en sus represivos métodos para imponer la ley. El cerebro y la «mentalidad opresiva» que se escondía detrás de esos métodos era su ayudante administrativo. Dicho ayudante era un teniente de una ambición implacable y una inteligencia acerada llamado William H. Parker.

El teniente Parker era un abogado de extraordinario talento. El teniente Parker utilizaba su pericia jurídica para acrecentar su poder dentro del Departamento de Policía de Los Ángeles y aumentar la autonomía política de la policía de Los Ángeles. Estas medidas se formulaban desde una postura populista taimada y totalmente interesada. Restringían la influencia política en lo que se refería al trabajo policial cotidiano. Suprimían toda idea de supervisión civil en la Policía de Los Ángeles. Asentaban las bases para una mayor connivencia político-policial en cuanto se atrajera al redil del Departamento de Policía a políticos acomodaticios con antecedentes «semirreformistas». El panfleto predecía el actual reinado del alcalde Fletch Bowron y el jefe de policía «Llámame Jack» Horrall, y atribuía la culpa al entonces teniente William H. Parker.

El teniente Parker era un excelente planificador a largo plazo. Su mente jurídica estaba en sintonía única y exclusivamente con sus propios objetivos. Despreciaba a los Davis, Bowron y Horrall de este mundo y favorecía su poder única y

exclusivamente para allanarse el camino en su propio ascenso. Creó los regímenes policiales que afirmaba despreciar y pretendía reformar en el futuro cuando accediera al poder. En este punto, el texto elogiaba a Parker. Empleaba métodos marxistas con un aplomo magistral. Sus fueros municipales aumentaban enormemente la protección funcional otorgada a los jefes de policía de Los Ángeles y les daba carta blanca para hacer caso omiso de por vida a toda injerencia y norma civiles. El teniente William H. Parker era nada menos que el creador y la fuerza sustentadora detrás del estado policial de Los Ángeles y de la utopía teocrática que se proponía construir de cero. La autora del panfleto lo sabía: «Como víctima, como ciudadana comprometida en la sublevación, como mujer acomodada convertida en una de las bajas en la guerra de Whisky Bill Parker».

Así pues, es personal. Así pues, todo es un asunto entre vosotros dos.

El texto pasaba a ser autobiográfico. Claire De Haven describía una concentración de protesta contra la policía en Pershing Square. La fecha era el 11 de octubre de 1935. Claire contaba veinticinco años y era organizadora del Partido Socialista de los Trabajadores. La policía de Los Ángeles había matado de una paliza a un recluso negro en la cárcel de Lincoln Heights. A continuación se produjeron protestas.

Las influencias de la policía sofocaron un creciente descontento. El teniente Bill Parker extorsionó a periodistas de toda la ciudad. Prometió favores si se abstenían de cubrir la noticia. Ellos se avinieron. El incidente fue borrándose de la conciencia pública. El PST convocó una concentración para el 11 de octubre.

Claire estaba allí. La concentración transcurrió pacíficamente. Policías a caballo arremetieron contra los manifestantes. El teniente Parker iba al mando. Claire lo vio con botas altas y casco de la Primera Guerra Mundial. Fue golpeada, derribada de un puntapié y arrojada al interior de un furgón policial. La encerraron en la sección de mujeres de los calabozos de la Comisaría Central. *Yo pasé en el calabozo la noche del lunes. Yo estuve encerrada con docenas de japonesas. A ellas las reunieron en un momento de histeria racial.*

Atendían a las reclusas celadoras de la Oficina del Sheriff. Las desnudaban y las rociaban para eliminar los piojos. Una celadora descomunal de apellido judío se recreó con Claire. Le acarició los pechos a Claire, le afeitó el pelo casi al cero, la vistió con una bata rasposa y la arrojó a una celda. Claire se vio en un espejo. Había sido víctima de golpes y abusos. Su imagen en el espejo recordaba a Renée Falconetti en *La pasión de Juana de Arco*.

El padre de Claire, abogado, pagó la fianza. Ella se obsesionó con el hombre de las botas altas y las gafas. Habló con un infiltrado en el Departamento de Policía. El hombre dijo: «Ese es Whisky Bill. Permítame hablarle de él».

Juana de Arco. William H. Parker.

Claire se dejó el pelo corto. Vio repetidamente *La pasión de Juana de Arco*. La atea criada en un entorno protestante se convirtió al catolicismo. Asistía a misa en la

catedral de Santa Bibiana. Parker rendía culto allí. Lo espiaba todos los domingos por la mañana. Veía al teniente Parker en cordiales relaciones con un policía de origen irlandés llamado Dudley Smith. Observaba al teniente Parker y el sargento Smith reírse y bromear con el arzobispo Cantwell. Monseñor Joseph Hayes pasó a ser su confesor. También era el confesor del teniente Parker.

El resto del panfleto era pura condena.

La intención de William H. Parker era imponer la ley marcial en Los Ángeles. Su fanatismo reformista era el sistema de valores fascista basado en la subordinación y el control. Su catolicismo era el vituperio masculino de los Borgia. El catolicismo de Claire era la revelación en el éxtasis de Juana de Arco.

Dejé el panfleto. El agente R. S. Bennett dormía junto a mí. Apagué la lámpara. Mi habitación se sumió en la negrura del oscurecimiento bélico.

El panfleto no llegó a tener difusión pública, cosa que intuí claramente. Nada de esa información aparecía documentado en el expediente de Claire. Por parte de Parker, la relación era impersonal, eso lo intuí aún más claramente. Él no llegó a ver el panfleto ni a Claire en la iglesia. Daba igual. Ella sí vio a Parker, tal como él me vio a mí.

El segundo nombre de Claire era Katherine, mi nombre de pila. Yo había vivido una versión de la vida de ella. El amante que yacía junto a mí había matado a un hombre esa misma noche. Su presencia, más que inquietarme, me ofrecía consuelo.

He permanecido horas aquí tendida, inmóvil. Me hallo en un torbellino de locura y magia. No sé qué hacer a continuación.

7.20 horas

Parker hacía anotaciones en sus diagramas. Se sentía renovado. Se había dormido borracho y había despertado sereno. Reinstauró La Promesa.

Oscurecimientos / Estadísticas de tráfico. Tomemos notas en el diagrama.

A este respecto el mismo estado de cosas. Había telefonado a la Unidad Central hacía una hora. Una secretaria comprobó sus teletipos. El miércoles tuvo lugar un ataque de un submarino. Goleta, al norte de Santa Bárbara.

Un pueblo de pescadores «oculto» fue torpedeado. Se hallaron orientales muertos. En apariencia eran chinos. Se ocupaban del asunto la Oficina del Sheriff y el jefe de la policía militar de Camp Roberts.

Brigada de Extranjería / Redadas de subversivos. Tomemos notas en el diagrama.

A este respecto también el mismo estado de cosas. Una referencia cruzada.

Ward Littell era la mala conciencia del FBI en cuanto a las redadas. Ward las calificó de «injusticia catastrófica». Él consiguió que asignaran a Ward el caso del asalto al furgón de la Oficina del Sheriff. Telefonó a Dick Hood y lo persuadió para que se lo asignara. No mencionó los nombres de Huey Cressmeyer y Dudley Smith. Dick calificó el asalto de «rompecabezas sin pistas».

Caso Watanabe / Detalles-Cronología. Tomemos notas en el diagrama.

A este respecto también el mismo estado de cosas. Cuatro japos muertos. Nada nuevo: buena señal. ¿Eso a quién coño le importa?

La noche anterior Dudley se marchó de su casa. Él se quedó y pilló una curda con el arzobispo. Un chico tong mató a la sobrina de Ace Kwan. Dudley armó la gorda en Chinatown. Scotty Bennett mató al asesino de la sobrina. Dud concedió a Sid Hudgens la exclusiva. Frustró así su propio plan de encomendar a Sid la difusión en prensa del caso Watanabe.

Despachó al arzobispo y se reunió con Sid en el Lyman's. Le doró la píldora. Sid se entusiasmó. Sid consultó con su director y a la mañana siguiente lo llamó.

«Lo siento, Bill. Ace Kwan es *chino* e íntimo de Fletch Bowron. Scotty Bennett es un chico apuesto. Los Watanabe eran *japos* en esta ciudad dominada por la fobia a los *japos*. Tenemos espacio para un solo artículo en torno al tema ojos oblicuos... y va a ser el de Ace y Scotty».

Buzz Meeks participaba en el caso Watanabe y en la investigación del asalto al furgón. Buzz Meeks no se dejaba amedrentar por Dudley Smith. Las presuntas

compraventas de la casa y la granja preocupaban a Meeks.

¿Eso a quién coño le importa? Era el caso de Dudley. Dudley era el adlátere de Lláname Jack.

Lake / De Haven. Tomemos notas en el diagrama.

Fue incapaz. Era todo invisible. La Quinta Columna operaba de manera invisible. Para él, el desafío era dar coherencia a esa traición. Kay Lake era su vehículo. Ella mostrará cómo las palabras y los pensamientos emponzoñan el espíritu humano de intención sistemáticamente alevosa. Kay Lake dirá: *Este es el Mal de la Psique. Así surge el asesinato en masa a partir de la dramaturgia sórdida. Así se injuria a Dios en nombre de la crítica social.*

Esto lo redime de la vileza que él mismo perpetró. Esto lo redime de sus actos al servicio de Jim Davis. Así es como depurará esta gran ciudad.

Sonó el teléfono. Parker descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Aquí Fred Kalmbach, Bill, desde Evanston. Espero que tenga pluma a mano.

—Adelante, por favor —dijo Parker.

—Se llama Joan Woodard Conville. Deletreo: C, O, N, V, I, L, L, E. Tiene veintiséis años, nacida el 17-4-15. Se diplomó en enfermería en el hospital West Suburban en el año 37. Se licenció en biología en Northwestern cuando usted estudiaba aquí en el 40. Es de Tomah, Wisconsin. El dato más reciente de que dispongo es que se trasladó a Los Ángeles, de lo cual, sospecho, usted va a alegrarse. Eso es lo único que sé en cuanto a su actual paradero.

Parker lo anotó en *Lake / De Haven*. Sonó el timbre de la puerta. Se sobresaltó y se le cayó la pluma. Se cortó la comunicación telefónica.

El timbre sonó insistentemente. Algún cretino se apoyaba en él. Parker salió y abrió la puerta.

Es Hideo Ashida. Es el único japo que vive de la teta municipal. Sostiene dos partes con fotos.

Ashida miró a Parker. Sostenía los partes uno junto al otro. Puso cara de «Mire, capitán, mire».

Parker miró. Vio los dos partes. Mostraban dos huellas de neumáticos. Idénticos dibujos de una banda de rodadura, el mismo grado de desgaste, los mismos declives.

Una foto de la Policía de Los Ángeles: el camino de acceso de la casa de los Watanabe, coche no identificado. Una foto de la Oficina del Sheriff: «Larkin, James / Valley Boulevard, n.º 4600».

Parker examinó las fotos. Parker ató cabos.

El caso Larkin, el hombre mayor, los ciclistas adolescentes. Él estuvo allí. No podía dormir. Fue solo a echar un vistazo.

Ashida golpeteó los partes con un dedo.

—El coche que atropelló al señor Larkin estuvo aparcado en el camino de acceso de la casa de los Watanabe. Fíjese en la erosión del suelo. Yo diría que esas huellas

son de una semana antes del asesinato.

Parker se apoyó en la puerta. Se sentía ingrátido. La puerta lo sostuvo.

—Yo estuve allí esa madrugada. Oí el aviso y me acerqué hasta allí. Un objeto cayó del bolsillo de Larkin cuando lo metían en la ambulancia. Era una cachapa de Luger con la esvástica en relieve.

Ashida golpeó la foto de Larkin.

—Un testigo presencial dio una descripción del hombre que conducía el coche. Era blanco y llevaba un jersey morado.

Parker se santiguó.

—¿Por qué me ha traído esto?

—Porque supera usted en rango al sargento Smith. Porque he pensado que este dato captaría más su interés que el de él.

—Acabe de formular ese pensamiento, doctor.

—Porque la idea de que el sospechoso sea blanco me intriga.

—Es un homicidio por atropello —dijo Parker—. La Oficina del Sheriff debería tener todos los datos.

—Son poco sólidos —dijo Ashida—. No tienen sospechosos ni más información. Allí pasa lo mismo que en nuestro Departamento. Están desbordados por los oscurecimientos y las redadas. No pueden dedicar a este caso la atención que requiere.

—Dígame qué está pensando.

—Estoy pensando que las normativas relacionadas con la guerra nos condicionarán. Larkin trabajaba para los servicios de inteligencia británicos, pero la embajada británica y Scotland Yard nos tendrán esperando un mes, entre vaivenes y mandatos judiciales, antes de soltar la información. Dirán: «Estamos en guerra». Dirán: «A nosotros nos están bombardeando y a ustedes no».

—Dígame qué más está pensando —dijo Parker.

Ashida señaló su coche.

—Estoy pensando que tengo la dirección del señor Larkin. Vivía en Santa Monica Canyon, y dudo que los hombres de la Oficina del Sheriff hayan registrado su casa.

Parker cogió las llaves de su casa y cerró la puerta. Fue derecho al coche de Ashida y subió.

Ashida subió. Fueron por Silver Lake Boulevard hasta Sunset. Hollywood, el Strip, Beverly Hills. *Aíslate del puto mundo para no echarte atrás.* Parker apretó los párpados.

Sunset Boulevard llegó a un tramo de curvas. Las curvas de Westwood y Brentwood quedaron atrás. Las curvas de Pacific Palisades quedaron atrás. Parker olió el mar.

Ashida dobló al sur en dirección a Santa Monica Canyon. Esos putos monos. *No ver, no oír. Aíslate del puto mundo.*

Ashida paró el coche.

—Ya estamos aquí —dijo Ashida.

Parker abrió los ojos. *Aquí era esto:*

Una casa de estilo japonés. Tejado bajo, fachada de cemento, ventanas de lamas. Puerta de entrada corrediza. Bonsáis en el camino de acceso.

La circundaban arbustos altos. Aislémonos de los putos vecinos y entremos *ya*.

Se acercaron a la puerta. Parker llamó al timbre y percibió la reverberación en el interior. Esperaron diez segundos. Ashida forzó la cerradura con una herramienta del laboratorio. La puerta cedió.

Entraron y la cerraron. Ashida pulsó un interruptor de la pared. Ahí, veamos esto:

Un salón pequeño. Dividido en dos por un canal con peces koi. Suelo de austero cemento y paredes revestidas de estanterías de teca. Arte y arquitectura japoneses. Historia japonesa. Esterillas para sentarse, farolillos de papel.

Ashida encabezó la marcha. Parker lo siguió. Era una casa pequeña. El pasillo era de austero cemento. El único dormitorio era de tres metros y medio por tres metros y medio.

La cama era una esterilla. Una pared de cristal encuadraba un jardín exterior y un estanque con koi. Jim Larkin vivía en un entorno de severa belleza. Jim Larkin se aislaba del puto mundo.

Ashida abrió la puerta de un armario. Pumba, así, sin más:

Cuatro trajes en sus respectivas perchas. Una morterada de Lugers alemanas, colgadas de un tablero en la pared.

Pendían de las guardas. Parker contó diecisiete. Cachas de marfil con esvásticas negras en relieve. Rubís rojos engastados.

Una cajonera debajo de las armas. Solo dos cajones. Ashida abrió el superior. ¡Pumba!, así, sin más:

Una pila de dinero. Dólares estadounidenses, libras esterlinas, yenes y marcos alemanes. Pasta de los Aliados y el Eje: una fortuna.

Ashida tiró del cajón inferior. ¡Pumba!, así, sin más:

Un cartapacio de anillas, y nada más.

Ashida lo abrió. El contenido: dos hojas con texto en japonés.

Jim Larkin era blanco. Jim Larkin sabía japonés.

Ashida examinó las hojas. Parker lo examinó a él. Ahora está traduciendo. No mueve los labios. Apenas mueve los ojos. Es una prolongada cocción de palabras para transformarlas en pensamientos. Ashida respeta la casa. Hablará en voz baja.

Ashida dijo:

—Creo que tiene que ver con lo que Buzz Meeks comentó en la reunión informativa. Guarda relación con las compraventas o posibles compraventas de casas y tierras propiedad de japoneses. Ahora estoy extrapolando, pero es lo que creo. No aparece una lista de nombres japoneses, sino solo iniciales, pero las iniciales en general coinciden con las iniciales de japoneses cuyos nombres he visto en las listas de subversivos. Las direcciones que figuran son todas de Glassell Park y South

Pasadena, con una sola excepción, y es la de «R. W.», por Ryoshi Watanabe, con su dirección de Highland Park. Basándome en los tiempos verbales, diría que algunas de las casas y las fincas fueron en efecto adquiridas, mientras que, en otros casos, hubo una toma de contacto pero los dueños de las casas y las fincas se negaron a vender. Las cantidades abonadas u ofrecidas están muy por debajo del valor de mercado, y a ese respecto tengo una teoría.

—Cuenta —dijo Parker—. Extrapolaré con usted.

—Todos sabíamos que se avecinaba la guerra —dijo Ashida—. Mi hipótesis sería que los hombres que intentaron adquirir las casas y las fincas poseían un conocimiento previo de cuándo y/o dónde atacarían las fuerzas japonesas. Mi hipótesis sería que, además, sabían que se produciría una redada masiva de japoneses nacidos en Estados Unidos y en el extranjero, y una confiscación masiva de sus bienes. Vamos hacia un internamiento a gran escala, y creo que esos hombres lo sabían.

—Los Watanabe fueron asesinados el día anterior a Pearl Harbor —dijo Parker.

—Jim Larkin fue liquidado a las 5.45 de la mañana del ataque a Pearl Harbor —dijo Ashida—. La noticia no llegó a Los Ángeles hasta poco antes del mediodía.

—Ese hombre sabía algo —dijo Parker—. El atropello y fuga fue un acto premeditado. De eso estoy seguro.

Ashida escrutó la habitación. La casa era de una serenidad demencial.

Parker se santiguó.

—Juré rezar por él, pero incumplí mi promesa. Yo fui el causante de su muerte.

9.49 horas

Ruth Mildred era una entusiasta de las fotos insinuantes de mujeres. La consulta era una celebración de sus inclinaciones sáficas y su condición de médico-delincuente. Observemos los títulos de medicina y las fotos en papel brillante enmarcadas.

Señaló a Rita Hayworth.

—Le hice un raspado. Tenía una buena pelambreira.

Dudley se echó a reír. Se sentía en forma. Había dormido en casa y ejercido de patriarca. Con esa visita, su prole tendría ya suficiente hasta Navidad.

Ruth Mildred se comió con los ojos a Jean Arthur.

—Le hice un raspado. Le lamí el chocho mientras estaba bajo los efectos de la anestesia.

Dudley soltó una carcajada. Ruth Mildred se desvivía por entretener a sus visitas. Las buenas chicas en apuros acudían a ella en tropel. Hacía raspados al servicio de King Cohn. Dot Rothstein captaba trabajo de fuera. Ruth Mildred era la reina del raspado en Los Ángeles.

Se comió con los ojos a Ginger Rogers.

—Le hice un raspado. El bebé tenía dos cabezas.

Dudley sonrió. Ruthie era una persona importante en Columbia. Tenía una elegante consulta con sala de espera en un chaflán. En ese preciso momento estaba muy concurrida. Dot y Huey C. Mickey Cohen, Hooky Rothman. Carlos Madrano, llegado de Tijuana.

Dudley habló con Carlos. Lo interrogó sobre sus planes con respecto a las tierras japonesas. Carlos se negó a dar información. Lo interrogó sobre las compraventas de casas y fincas japonesas. Carlos dijo:

—*No más*, amigo mío. No hablaré de eso.

Ruth Mildred se comió con los ojos a Carole Lombard.

—Le hice un raspado. El papá era un tiznajo.

Dudley se retrepó en la silla.

—¿Le has hecho un raspado a una japo llamada Nancy Watanabe?

Ruth Mildred encendió un pitillo y apoyó los pies en su mesa. Se le abrió la falda ampliamente.

—No hago raspados a japos. Las rajadas de esa especie no me despiertan el menor interés.

—¿Aceptas encargos por tu cuenta para la MGM? He oído rumores sobre esa despampanante nena que hizo el papel de Scarlett O’Hara.

—Vale, sí, hice un trabajo para la Warner —contestó Ruth Mildred—. Bette Davis tuvo dos faltas, y la sometí a un tratamiento para que abortara.

La noticia sentó a Dudley como una patada. Se le agrió el desayuno. Oyó consignas en Gower.

—*¡Acabemos con el sistema feudal! ¡Fuera King Cohn!*

Lo telefoneó Mike Breuning. Sid Hudgens seguía los pasos al *malísimo* Bill McPherson. Había hecho una incursión en el Casbah de Minnie Roberts en busca de gachís. Quizá volviera allí hoy.

Ruth Mildred se comió con los ojos a Barbara Stanwyck.

—Le hice un raspado. Vendí vello de su chocho a Frank Capra.

Dudley encendió un pitillo.

—Huey dio un golpe. Necesito esconderlo en México durante un tiempo.

—Mi niño nunca trabaja solo.

—Hay muchas probabilidades de que sus socios se evaporen.

—Ponlo en lugar seguro, Dud. Mi niño es frágil.

—*¡Fuera King Cohn! ¡Fuera King Cohn!*

Eran bramidos de rojos en el cruce de Gower con Sunset.

Dudley salió a la sala de espera. Mickey y Hooky estaban enfurruñados. El capitán Carlos leía la revista *Time*. Huey temblaba. La Dot le masajeaba el muslo.

—Despídete de tus madres, hijo —dijo Dudley—. Te marcharás enseguida.

—Te encantará Tijuana, Huey —dijo Carlos—. Esta noche iremos a ver el número del burro.

Huey corrió hacia Ruth Mildred. Dudley admiró su velocidad. Huey la rodeó con los brazos. Ruthie lo consoló. Observemos la lengua en la oreja de él.

Entró Harry Cohn. Mickey y Hooky se revolvieron y exhibieron nudilleras metálicas. La panda pasó al despacho de Ruthie. Ruthie apartó a Huey de su regazo y descorrió las cortinas. La panda miró por la ventana.

Piquetes y manifestantes. Harapientas muestras de descontento engañoso.

Mickey y Hooky salieron por la puerta. Harry encendió un pitillo y su rostro adquirió una rojez esclerótica. Solo había sitio para espectadores de pie. Una vista furtiva privilegiada. *¡Disturbios de rojos en el cruce de Gower con Sunset!*

Los protagonistas son Mickey y Hooky. Son judíos con dos puños cada uno, armados de nudilleras de acero.

—*¡Fuera King Cohn! ¡Fuera King...!*

Los tipos duros hebreos arremetieron. Agacharon la cabeza y entraron con saña. Las pancartas de los piquetes volaron. Los capullos de los piquetes huyeron. Dudley vio brechas en las mejillas y el nacimiento del pelo. Una dentadura postiza rebotó en la calle.

—Gracias, Dud —dijo Harry—. Y dale las gracias a Ben Siegel de mi parte. Me

pensaré el asunto del porno.

La panda disfrutó del espectáculo. Dot ahogó una risita. Huey se hundió en el regazo de Ruth Mildred.

Esta se comió con los ojos a Lupe Vélez.

—Le hice un raspado. El papá tenía una polla de medio metro. Tuve que coser a Lupe.

10.18 horas

La Dot fue a buscarlos para sacarlos de allí discretamente. Los acompañó a través de los estudios hasta la puerta de Sunset. Mickey y Hooky flexionaban las manos. Tenían las camisas manchadas de sangre.

Dot se despidió con un gesto. Dudley obligó a subir rápidamente a Mickey y Hooky en su coche. Se encaminaron hacia el este. Los manifestantes rojos se dispersaron. El ruido del tráfico ahogó los gritos.

—En el día de hoy vais a congraciaros con hombres influyentes, muchachos. Elogio vuestro excelente trabajo para el señor Cohn, y os transmito mis elogios de antemano por vuestro trabajo para el señor Siegel.

Mickey flexionó las manos. El *Herald* lo describía como «un matón feo de medio palmo». El *Herald* sabía de qué hablaba.

—Se supone que ahora tenemos que arreglarles las cuentas a unos nazis. ¿A qué viene eso, Dud? Usted no tiene queja de los boches.

—Disfrutaréis humillando a los hombres que consienten los malos tratos padecidos por vuestro magnífico pueblo. Esos sujetos revelarán los nombres de otros miembros de la Federación y espíritus afines al servicio de la Oficina del Sheriff y el Departamento de Policía de Los Ángeles. A estos los obligaré a trabajar para mí bajo coacción. Ayudarán a reunir posibles testigos en un caso que estoy investigando. No será trabajo para gente de estómago delicado.

Hooky se masajeó las manos. El *Mirror* lo describía como «gorila brutal propenso a la mano dura». El *Mirror* sabía de qué hablaba.

—O sea, fingimos que nos han trincado por tenencia de armas y nos quedamos tranquilamente entre rejas. ¿Va de eso?

—De eso va, muchacho. Aclarado ese punto, creo que el alojamiento será de vuestro agrado.

Mickey y Hooky se relajaron. Dudley avanzó a toda velocidad hacia el centro. Guardaba su mejor traje en el restaurante de Kwan. Bette Davis, esta noche en el Shrine.

Hacia el sur hasta Temple. Ahí está el Palacio de Justicia. Ahí está el comité de bienvenida: dos ayudantes del *sheriff* con gorros de Papá Noel.

Mickey y Hooky se rieron. Dudley se detuvo ante la puerta de la cárcel y dejó el

coche al ralentí. Un poli Papá Noel cogió el buga. Mickey le pasó un billete de cien dólares. El poli Papá Noel quedó extasiado y se largó.

Un poli Papá Noel los acompañó arriba. Hooky le pasó un billete de cien dólares. Quedó extasiado. Llegaron a una galería plagada de japos. Ahí está el Ático. Ha sido redecorado. Ahora es una correduría de apuestas.

Pizarras. Los resultados en tiza de las carreras de Pimlico y Bay Meadows. Catorce teléfonos. Ben Siegel, con dos pares de guantes cargados: lastrados en las palmas, trescientos cincuenta gramos de plomo macizo cada uno.

Benny abrazó a Mickey y Hooky. Los guantes cambiaron de manos. Ben vestía un postinero traje azul. El chico casi resplandecía.

—Disfrutaréis de unas cortas vacaciones —dijo—. Para el Hanukkah ya estaréis fuera.

—Ace Kwan os enviará la comida —dijo Dudley—. Estad atentos a las conversaciones carcelarias que puedan interesarnos al señor Siegel y a mí.

Mickey y Hooky se calzaron los guantes. Eran de un negro fetichista.

—Te has quedado solo con cuatro, Dud —dijo Ben—. El doctor, el tal Fred Hiltz, se las apañó no sé cómo para salir bajo fianza. Anda en tratos con ese predicador antisemita, Gerald L. K. Smith. Tienen entre manos un negocio relacionado con los panfletos para la incitación al odio.

—No todos los Smith son tan benévolo como yo. Debo añadir que el reverendo Smith es protestante.

Ben señaló la galería. Era una Siberia de celdas vacías. Los ayudantes del *sheriff* juntaban allí a violadores y pederastas.

—Quiero nombres —dijo Dudley—. Policías actualmente en activo. La Federación, los Camisas Plateadas, el Ku Klux Klan, el Frente Cristiano, la Legión Relámpago. Dudo que se guarden información.

Mickey y Hooky flexionaron los guantes. Benny inclinó la cabeza. Adelante, *meine Kameraden*.

Se alejaron. Los capullos se hallaban esposados a unos barrotes, de pie con las manos sujetas a la espalda.

Martes por la noche. La Deutsches Haus. Los mismos muchachos, excepto Fred Hiltz. Ahora vestidos con el mono carcelario. Fianza denegada. JODIDOS en medio de la fiebre bélica de Los Ángeles.

Asustados. Temblorosos. Cara a cara ante judíos brutales.

—Mis amigos y yo queremos nombres —dijo Dudley—. Policías locales de extrema derecha con quienes ustedes hayan coincidido. Volverán a sus celdas en cuanto faciliten esos nombres.

Ben Siegel resplandecía. Ben el sionista. Era un personaje importante en la Fundación de Huérfanos Judíos.

Asintió. Mickey y Hooky entraron.

Repartieron bofetadas. Los lastres de las palmas causaban el daño. Lanzaban el

brazo recto aprovechando el impulso del hombro. Ofrecían un aspecto maligno. Judíos, chivos expiatorios raciales, *Kristallnacht*.

Los nazis se retorcieron y se cagaron en los calzoncillos. Mickey y Hooky asestaron capones. Se desalojaron dientes. Se partieron labios. Cayeron puentes dentales. Los nazis se revolvieron contra los barrotes. Se contorsionaron. Empezaron a dar nombres a gritos.

Dudley se acercó. Los boches recitaron nombres. Oyó: «Dougie Waldner, de la Oficina del Sheriff, en el puesto de Firestone». Oyó: «Es del Klan y de los Camisas, y conoce a Gerry Smith».

Mickey y Hooky retrocedieron. Benny los abrazó. Los capullos nazis escupieron dientes y nombres.

Dudley oyó: «Fritz Vogel» y «Bill Koenig». Dudley oyó: «Federación». Dudley oyó: «Comisaría de la calle Setenta y siete». La sangre pasó a ser molesta. Dudley retrocedió. Un poli Papá Noel le plantó un teléfono en la cara. Oyó a Dick Carlisle al aparato.

—McPherson, Casbah, delante, en Temple, *ahora* —informó Carlisle.

Dudley echó a correr.

Llegó al montacargas. Llegó a la planta baja. Llegó al aparcamiento. Pasó un Chevrolet del 39. Bill McPherson iba al volante.

Pasó después un Cadillac del 38. Sid Hudgens iba al volante. Lo acompañaban en el coche Dick C., Mike B. y Scotty B. Dudley montó en el asiento de atrás.

—El fiscal va delante, y está como una cuba —informó Carlisle.

—Tengo la cámara —dijo Sid.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Scotty.

—¿Tú qué crees? —dijo Carlisle—. *Impresionar*.

—Acaba de entrar y salir de su oficina —dijo Breuning—. He llamado a Minnie Roberts y me ha pasado el dato. El fiscal ha encargado el «Baño de Barro». Son tres chicas de color.

Carlisle puso cara de «Uuuuuf». Sid puso cara de «Oh la la la».

El Chevrolet torció por Broadway, sentido sur. Sid lo siguió, sin despegarse.

Dudley contuvo la respiración. Sacó su cuaderno y garabateó en él. Escribió: «Waldner / Sheriff / Firestone». Escribió: «Vogel / Koenig / Setenta y siete».

El Chevrolet circulaba a buena marcha. El Sidster se mantenía a corta distancia. En Jefferson Boulevard las teces pasaron a ser morenas. Dudley percibió olor a misionero blanco *en croûte*.

La Llamada de la Selva condenó al fiscal. Ahí está el Casbah: unas cuantas habitaciones encima del Sultan Sam's Sandbox.

El Chevrolet se detuvo junto a la acera. Bill Barrio Negro se apeó y, atusándose, subió por la escalera. Sid frenó y aparcó. Dudley contó sesenta segundos. Sid preparó el *flash* de la cámara. Breuning y Carlisle esbozaron sonrisas burlonas.

Scotty estaba atónito. Había matado a un chino la noche anterior. Había dormido

con una mujer. Tenía el traje arrugado. Observemos el perfume residual.

—Ahora —dijo Dudley.

Salieron escopeteados. Subieron por la escalera en fila india. Minnie los recibió en el rellano. Desplegó cuatro dedos para indicar la habitación número 4. Dudley encabezó la marcha. Breuning y Carlisle abrieron la puerta a patadas. La puerta se partió y se desprendió de las bisagras.

Bill el Malo estaba hincándose a una chica de piel oscura. Al lado había dos amarillas altas. Empuñaban fustas y vestían túnicas de Cleopatra. ¡Salve, «Baño de Barro»!

El Sidster disparó con el *flash*. El resplandor prendió en la habitación. Hizo parpadear a quienes participaban en el Baño de Barro y...

Alto ahí.

Esto es una redada.

Bill, se acabó el folleto. El Baño de Barro ha terminado. Chicas, dejad esas fustas.

La cabalgada se detuvo en el acto. Los polis irrumpieron en la habitación. Sid tomó la foto n.º 2. Breuning y Carlisle sujetaron a las chicas de las fustas. Scotty arrancó al fiscal de la silla de montar y lo arrojó al suelo. Las chicas chillaron y salieron por piernas al pasillo.

McPherson sollozaba. Breuning le echó una manta por encima. Dudley se acercó.

—Entre ahora y el día de Año Nuevo se pondrá a su disposición el sospechoso de un homicidio múltiple. Contará usted con una admisión de culpabilidad, espléndidamente corroborada por testigos presenciales y pruebas forenses. Facilitará usted la presentación de cargos ante el jurado de acusación para dar inicio al procesamiento. El asunto quedará visto para sentencia de manera expeditiva. Debe conseguir una condena por cuádruple asesinato. Eso afianzará su prestigio como jurista de reputación intachable.

McPherson se cagó en la manta. McPherson puso cara de ¡Sí, sí, sí, sí! Sid tomó la foto n.º 3. Un vivo resplandor blanco inundó la habitación.

Dudley hizo una seña a los chicos. Salieron de la habitación y abandonaron el Casbah. Regresaron al coche. Sid, en medio de un chirrido de neumáticos, cambió de sentido y enfiló hacia el norte.

Los chicos se rieron. Los chicos lanzaron vítores. Los chicos se desahogaron. Scotty se mantuvo discretamente al margen. Parecía aquejado de neurosis de guerra.

Sid continuó hacia el oeste hasta Figueroa. El paisaje mejoró. Árboles navideños con nieve artificial y letreros con el rótulo ACORDAOS DE PEARL HARBOR. Los focos frente al Shrine Auditorium. En espera de Bette Davis.

Dudley fumaba un pitillo tras otro y cavilaba. Sus trapicheadores armenios lo tenían preocupado. Se había secado su fuente de heroína. Eso generaba pánico en el barrio moreno. Habían pedido ayuda. Él no tiene respuestas.

Mañana llegará a Los Ángeles el alférez Jack Kennedy. En breve llegarán Beth

Short y Tommy Gilfoyle. Beth, cumplidos ya los diecisiete años: cortada por el mismo patrón que él, como se veía cada vez más claro.

La carta de Beth lo tenía preocupado. La recibió justo antes del crimen de los Watanabe. Ese «algo espantoso» del año pasado. Ella debía contarle el incidente.

Apareció el edificio municipal. Sus muchachos se apearon. Sid puso cara de «¿Adónde?». Dudley imitó unos ojos oblicuos. Significaba el Kwan.

Sid lo llevó en coche hasta allí. Dudley le guiñó el ojo y salió del coche. Escaparates con orlas negras se sucedían a lo largo de la calle. Era gente afecta a las Cuatro Familias. Eran infieles de luto.

Chicos de los Hop Sing flanqueaban la Pagoda. Los bultos de sus chaquetas insinuaban enormes fuscas. Le abrieron la puerta. Bajó al sótano. Ace le había preparado la habitación.

El camastro, el bol, la goma. La pipa para *el Pensamiento y la Acción* potenciados.

Dudley se despojó de la chaqueta del traje y la pistolera. Encendió la pipa. Retuvo el humo. Lo *expulsóóóóóóóó*.

Algo suprimió las imágenes sueltas. Fue derecho a casa de los Watanabe.

Ese detalle elemental pasado por alto. No debería importarle. El caso se resolvería falazmente.

Volvió a aspirar. Entró por la puerta de la calle y circundó los cadáveres. Su mapa dibujado se fundió con el plano de planta memorizado. En la imagen se superponían las instantáneas tomadas por la cámara del cerebro y la animación.

El comedor, la cocina. La ropa húmeda en el tendedero. Indica homicidio. El asesino se olvidó de retirar la ropa y/o secarla. Indica un lapsus.

Volvió a aspirar. Recorrió la casa tres veces. Olfateó toda la comida de la nevera. Tocó todos los muebles. Abajo, en el piso de arriba, la nota. «Inminente apocalipsis». ¿Profetizaba el ataque del domingo o las actuales redadas?

Volvió a aspirar. Salió a la calle y conversó con el doctor Ashida. Una verdad pasó rozándole. Por eso tienen que saber «Quién» y «Por qué».

Dialéctica. El muchacho personificaba la gran utilidad y la perspicacia. La diligencia científica topa con un suceso desconcertante. Eugenesia e identidad racial. Añadamos una psicopatía morbosa. Añadamos un japonés nacido en Estados Unidos y un irlandés nacido en el extranjero. Sus visiones compatibles y en conflicto. Su necesidad común de saber *Quién y Por qué*.

Habló con Ashida, delante de la casa. El muchacho entregó los panfletos afanados. La procedencia de los panfletos era difícil de rastrear. Ed Satterlee le facilitó el dato sobre la novia de Lee Blanchard, Kay Lake. La señorita Lake conoce a Claire De Haven, la Roja. La señorita Lake asiste a una fiesta en casa de esta. La señorita De Haven invita a la señorita Lake a una segunda velada. Ben Siegel está intentando conseguirle una lista de invitados.

El «asunto al margen» de Whisky Bill. El estridente anticomunismo de Whisky

Bill. Analicemos las posibilidades. La señorita Lake podría ser soplona al servicio de Bill Parker y estar delatando a rojos. Eso podría explicar el «panfleto izquierdista» y el «asunto al margen» de Whisky Bill. Era todo hipotético. Merecía un estudio estratégico.

Ed Satterlee le dijo lo siguiente: Parker consiguió que asignaran a Meeks el asalto al furgón de la Oficina del Sheriff. Esa maniobra era sospechosa. Quizá no significara nada. Podía ser indicio de la connivencia entre Parker y Meeks. El asalto al furgón estaba blindado. Parker no podía sospechar de Huey Cressmeyer.

La casa de los Watanabe se desvaneció hasta quedar reducida a puntos. El doctor Ashida se despidió. La luz penetró por una rendija de la puerta. Oyó unos pasos y percibió el olor de un té enriquecido.

Una taza tocó sus manos. Los pasos se retiraron. Tomó un sorbo de té. Le proporcionó el alto voltaje que necesitaba.

Su cuerpo se recalibró. El reloj indicaba las 18.18.

Se levantó. Se puso la chaqueta del traje y se colgó la pistola. Entró en el despacho. Ace lo saludó. Observemos el arsenal en su mesa.

Dos pistolas de calibre 45. Provistas de silenciador y cargadas con balas explosivas emponzoñadas. Dos hachas de empuñadura corta. Observemos las afiladísimas hojas.

Se saludaron con una inclinación de cabeza. Ace envolvió las herramientas con arpillera. Dudley sacó su navaja. La desplegó.

—Mi hermano irlandés —dijo Ace.

—Mi hermano amarillo —dijo Dudley.

Tendió la navaja. Ace tendió el dedo índice de la mano derecha. Dudley le hizo un corte y le entregó la navaja. Ace hizo un corte a Dudley en el dedo. La sangre goteó en las palmas de sus respectivas manos.

Se estrecharon las manos. Entrelazaron los dedos y mezclaron su sangre. Se limpiaron las manos en la arpillera y salieron.

Ace tenía un sedán Packard. Por su tamaño podría haber sido el vehículo de un señor de la guerra. Fueron por Broadway hasta Temple, por Temple hasta Vermont. Las luces navideñas parpadeaban por todas partes.

Fueron por Vermont hasta la carretera de Griffith Park. Casas lujosas, colinas verdes, la bóveda del Observatorio. Esa asombrosa vista de la ciudad. Ningún otro coche aparcado.

El sendero de excursionismo. Un camino de tierra. Es escarpado y hay arbustos a los lados. Cincuenta metros más arriba titila una luz. El humo anuncia una comida al aire libre.

Ace le entregó su pistola y su hacha. Ace se armó él mismo. Salieron del coche. Dudley siguió a Ace.

Subieron por el sendero. Les llegó olor a carne asada. La luz cobró intensidad. El sendero se niveló. En efecto: la luz es fuego para cocinar.

Dudley vio a tres hombres. Debería haber cuatro. Huey dispuso de cuatro ayudantes en el asalto. Aquí hay solo tres.

Ahora voces. Es esa sucesión de ladridos y gruñidos propios de los japos. Dos hombres tienen toda la pinta de japos de pura cepa. Uno es chino sin lugar a dudas.

Dudley lo reconoció. Era un iniciado de las Cuatro Familias. Llamémoslo «colaboracionista». Probablemente fue él quien señaló con el dedo a Rose Kwan.

Es la hora de la cena. Están asando ratas ensartadas en palos de helado.

Ace salió al claro. Adoptó una pose: el Portador de la Muerte entrado en años. Los capullos lo vieron. Un capullo se rio. Un capullo masculló. Un capullo dejó caer su rata empalada.

Ace apuntó por encima de las llamas. Las detonaciones amortiguadas se convirtieron en orificios en sus rostros y en pérdida de masa encefálica por detrás de sus cabezas. Volaron hacia atrás, en dirección opuesta al fuego. Dudley se acercó y les disparó en la boca. Estallaron dientes y huesos. Ace soltó la pistola y alzó el hacha.

El viejo *profanó*. Dudley lo observó. Ace cercenó cabezas y piernas. Ace descuartizó a los capullos. Ace gimió como un mono de principio a fin.

Sonidos ancestrales. Profanación de infieles. Sangre, fuego, ratas quemadas en palos.

19.27 horas

Otra vez en Terminal Island. El mismo bloque de celdas y la misma sala de tormento.

Ashida estaba sentado junto a Elmer Jackson. Unas esposas los unían. Recurrían al mismo ardid.

Soy japonés, como tú. Estoy al servicio de la policía. Aun así, me oprimen. ¿No es eso solidaridad suficiente? Contesta a mis preguntas, ya.

Lo enviaba el capitán Parker. El ardid era consecuencia de su 459 en el *bungalow* de Jim Larkin. El libro de registro. El presunto vínculo con la compraventa de casas y tierras.

Ashida y Parker habían hablado del libro de registro. Parker le enseñó las listas de subversivos elaboradas por los federales. Las cotejaron con la relación de detenidos de Terminal Island. Ashida encontró las iniciales de cuatro nombres coincidentes

T. A. equivalía a Thomas Akahara. G. Y. equivalía a George Yamato. W. O. equivalía a William Okamura. R. M. equivalía a Rollo Moriyama.

—Este número de las esposas es una gilipollez —dijo Elmer—. Si quiere, lo suelto.

Ashida sonrió.

—Tiene su sentido. Ya se lo explicaré algún día.

—Serví en la Infantería de Marina, y aquello fue de pena. No quiero volver, con o sin guerra.

—Quedará exento —dijo Ashida—. Es usted amigo del jefe de policía y del alcalde.

—Dirá más bien que lo es Brenda. Yo solo me dedico a la recaudación y las tareas menores.

—Lo declararán «esencial para la policía». Estoy seguro.

Elmer volvió a encender el puro.

—Este cuerpo de policía del hombre blanco se ha portado bien con nosotros. Sobre todo con usted. Recuerde eso cuando empiecen a trasladar a su gente a algún rincón perdido en el culo del mundo, y sienta usted el justificado deseo de odiarme.

Ashida consultó su cuaderno. Tenía preparadas las preguntas iniciales. ¿Quién se dirigió a usted en lo referente a su propiedad? ¿Por qué la compraventa o la posible compraventa intentó llevarse a cabo y/o registrarse en secreto? ¿El comprador o compradores le despertaron alguna sospecha?

Elmer llenó la sala de humo. Un policía militar acompañó hasta allí a Thomas Akahara. El señor Akahara hervía de indignación. Era gordo. Lucía un bigote a lo Hitler.

Ashida se puso en pie e hizo tintinear la cadena de las esposas. Ashida hilvanó frases en japonés y le dirigió un saludo formal.

El policía militar quitó las esposas a Akahara. Este sacó un recorte de prensa y escupió en él. Enseñó unos dientes de Tojo y miró a Ashida con expresión de inquina.

Elmer soltó una carcajada. El policía militar se encogió de hombros y volvió a esposar a Akahara. Se dieron media vuelta y se largaron.

—El doctor Hideo Ashida —dijo Elmer—. Famoso a su pesar y despreciado por los suyos. El único hombre amarillo en el Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Volvamos, Elmer.

—De acuerdo, pero pasemos antes por el Lyman's.

El capitán de guardia asomó la cabeza a la sala.

—Una llamada telefónica, sargento.

Elmer quitó las esposas a Ashida y lo siguió. Ashida empezó a cavilar sobre ese *algo* que pasó por alto en la casa de los Watanabe. Pasó por alto *algo* en casa de Larkin. Ahora lo corroían dos *algos*.

Recorrió mentalmente los dos lugares. Fue de habitación en habitación. Consiguió algo/nada al menos una docena de veces. Elmer volvió.

—Tendremos que dejar lo del Lyman's para mejor ocasión. Hay tres chinos muertos en Griffith Park, y Bill Parker solicita su presencia.

19.54 horas

Marcharon a paso ligero por la galería. Los reclusos acercaban periódicos a los barrotes. Ashida captó los titulares en su visión periférica.

Mariko se había ido de la lengua otra vez. Los diarios ofrecían lo esencial. «¡Viva J. Edgar Hoover!» «¡Dios bendiga a la policía de Los Ángeles y al agente especial Ward J. Littell!»

Cogieron el coche de Elmer y partieron a toda pastilla hacia el norte. Cruzaron el puente. Los envolvió el oscurecimiento de la franja costera. Por efecto de la negrura el cielo se venía abajo. La tierra quedaba comprimida. Se veían las líneas blancas de la calzada, nada más.

—Sé sumar —dijo Elmer—, y sé que «uno más uno son dos». Ese tal Scotty se cargó anoche a un chico de las Cuatro Familias, y ahora nos encontramos con tres chinos muertos. Eso, a mi modo de ver, equivale a «guerra entre tongs».

Ashida miraba por la ventanilla. Viajaban hacia el norte. La zona de oscurecimiento terminaba a diez kilómetros de allí. Elmer encendió las luces del techo y la sirena.

Enfilaron una larga recta vacía y llegaron a Western Avenue. La sirena los llevó derecho a la ciudad de Los Ángeles propiamente dicha. Atajaron en dirección oeste hacia la carretera del parque.

Observemos los interrogatorios puerta por puerta. Observemos a los uniformados que retienen a civiles. Observemos esas luces en el aparcamiento del Observatorio.

Un vigilante les franqueó el paso. Elmer apagó la sirena. ¿Vemos eso? Es el resplandor de las lámparas de arco en la noche.

Homicidio en exterior. Sigamos el resplandor.

Llegaron al aparcamiento. Estaba atestado de vehículos municipales. Coches patrulla, modelos K, furgones para fiambres. Hombres del depósito ascendían por el sendero de excursionismo.

Sigamos el resplandor.

Aparcaron y subieron por el sendero. El resplandor se convirtió en una luz cegadora. Una patulea de polis hablaban de muertos. Sus voces eran atronadoras.

Un claro. Cuatro uniformados, tres hombres del depósito. Thad Brown, Buzz Meeks. El capitán Bill Parker, de paisano.

Lámparas de arco orientadas hacia *abajo*. Linternas orientadas hacia *abajo*. Tierra empapada de sangre granate. El hedor a entrañas. Ningún cadáver, propiamente dicho.

Ashida contó las extremidades. Seis brazos y seis piernas significaban tres muertos. Cuatro sacos de dormir a plena vista. Eso significaba un cuarto hombre eliminado en otra parte o desaparecido sin más.

Tres cabezas. Heridas de entrada en la frente, heridas de salida en la parte posterior. Heridas en la boca. Mandíbulas y dientes destrozados. Primero les disparan en la frente. Las víctimas hacen el ademán de tomar aire. Los segundos disparos van directamente a la boca.

Ashida examinó los rostros. Ashida examinó las extremidades cercenadas y comparó los tonos de piel. Eugenesia. La ciencia de las razas. Las diferencias raciales asiáticas.

Color de piel. Fisonomía. Densidad capilar. Era capaz de subdividir la población asiática raza a raza. La mayoría de los asiáticos se creían capaces de hacerlo, pero no podían.

Una víctima era un asiático mestizo. Dos eran japoneses. Basó su identificación en la intuición racial. Casquillos dispersos. Sin duda del 45. Balas explosivas. Heridas en la boca que volaban narices.

—Ahí tenéis a Tojo —dijo un poli—. Anda metiendo el hocico en todo esto.

—Tú cállate —dijo Thad Brown.

—Meeks, ¿qué hace usted aquí? —preguntó Bill Parker.

—Capté el aviso de la Unidad Central de Investigación —contestó Meeks—. De un tiempo a esta parte me interesan los homicidios de gente de ojos oblicuos.

Ashida escrutó el suelo. La sangre derramada se propagaba más allá del claro. El

sendero era de tierra muy apisonada. No registraría huellas.

Tres cabezas. Ningún enser personal junto con los sacos de dormir. Un tatuaje de un sol naciente en un brazo. Una bala de goma de tamaño apto para una escopeta.

Un cuchillo junto a los sacos de dormir. No ensangrentado ni utilizado aquí. De empuñadura corta. Una hoja central destinada a la punción. Seis hojas menores soldadas a una banda metálica.

De fabricación tosca. Anacrónica. Un arma de tortura, de estilo vagamente feudal.

Ashida se arrodilló junto a los sacos. Se acordó de la cala Goleta. Las marcas de una herida de arma blanca en el cadáver. Similares en su forma a las hojas de este cuchillo.

—Charlie Chan se ocupa del caso —dijo un poli.

—Cierra el pico —dijo Thad Brown.

Ashida examinó el cuchillo. El humo de tabaco disipaba el hedor de la muerte. Un poli vomitó entre los matorrales. Un poli estrujaba las cuentas de un rosario.

—Veo un pañuelo de las Cuatro Familias —dijo Elmer—. Estamos ante una guerra entre tongs.

Ashida se irguió. Parker y Meeks observaron la bala de goma. Era de tamaño apto para un arma antidisturbios capaz de tumbar a un hombre.

—Esto lo lleva a pensar en Huey C., ¿no, capi? —preguntó Meeks—. En el asalto al furgón participaron otros cuatro individuos, pero aquí solo hay tres. ¿No le parece que todo esto se acerca bastante?

Parker se aproximó a Ashida. Pasó de un salto por encima de una pierna seccionada y señaló sendero abajo. Los postes de las lámparas de arco se balanceaban. El calor de las lámparas de arco potenciaba el hedor.

Ashida siguió a Parker. Encontraron un lugar tranquilo. Ashida notó quemaduras de las lámparas de arco en el cuello.

—Impresiones preliminares —dijo Parker—. Dígame qué piensa.

—Son japoneses, no chinos —contestó Ashida—. Es posible que uno sea mestizo. Es una ciencia inexacta, pero estoy relativamente seguro.

Parker encendió un pitillo.

—Reúnase conmigo más tarde en el despacho de Nort Layman. Tiene un dato nuevo acerca de los Watanabe. Ha telefoneado preguntando por Dudley, pero lo he atendido yo.

—En el *bungalow* de Larkin he pasado algo por alto —dijo Ashida—. Eso me está enloqueciendo.

Parker tiró el pitillo.

—Vuelva a entrar por la fuerza.

—Me llevará Elmer Jackson. No tengo mi coche aquí.

Parker le entregó un llavero.

—Coja el mío. La matrícula es QF-661.

Los hombres del depósito pasaron junto a ellos con camillas. Parker desanduvo el

camino hacia el claro. Ashida bajó al aparcamiento.

El coche con matrícula QF-661 estaba en el arcén de la carretera del parque. En el asiento había una botella medio llena.

Ashida subió y cambió de sentido. La carretera del parque lo llevó más allá de los vigilantes. Vermont lo llevó a Sunset y al tortuoso trecho hasta la playa.

El modelo K era poco manejable. La palanca del cambio se atascaba. El embrague rechinaba y patinaba. Se dirigió hacia el oeste y fue sintonizando con él.

Por Hollywood hasta el Strip. Por el Strip hasta Brentwood. Por Brentwood hasta Palisades.

Llegó a Santa Monica Canyon. Se apeó y se encaminó hacia la puerta. Ahora era ya todo un experto en 459. Un simple toque de ganzúa le dio acceso.

Cerró la puerta. Su linterna abrió un camino, salón, cocina, dormitorio. Examinó el canal y el estanque con koi. Los koi le hablaron.

No hay teléfono.

No hay agenda con nombres y números de teléfono.

La trastienda del Lyman's. La reunión informativa de la noche del miércoles al jueves. Charla dispersa. Los Watanabe telefonearon a cabinas de Santa Mónica.

Cabinas cercanas. Cerca de las fábricas aeronáuticas de Santa Mónica: Boeing, Douglas, Lockheed.

Había otro *algo*. Era aparentemente prosaico.

Ashida cerró los ojos. Se transportó a un lugar tranquilo. Percibió un olor a pescado en polvo. Los koi le hablaron.

El parte de la Oficina del Sheriff. Un inventario. Objetos hallados en posesión de Jim Larkin.

«Bolsillo delantero derecho del pantalón. Tres fichas de teléfono público».

¿Algo o nada? ¿Un hilo conector o una incongruencia?

Ashida regresó al modelo K. Cambió de sentido y enfiló rumbo a la carretera de la costa y Sunset este. Llegó al centro. Es un japo en un buga de la poli. Los pececillos de colores le hablan.

Aparcó frente al depósito de cadáveres y entró. Las camillas se sucedían en el pasillo central. Las partes corporales estaban envueltas en gasa y etiquetadas. Brazos, piernas, cabezas. Todas con el rótulo «Griffith Park / 12-12-41».

Percibió un olor a carne descongelándose. Lo guio hasta la sala de autopsias de Nort Layman. Nort y el capitán Bill tenían una botella. Ryoshi Watanabe yacía en una mesa.

Ryoshi llevaba muerto seis días y siete horas. Nort le había seccionado la espalda en trozos. Las incisiones eran de veinticinco por veinticinco centímetros. La congelación facilitaba el seccionamiento. Nort señaló un trozo. La etiqueta rezaba «posterior superior derecho».

La descongelación revelaba una herida antigua. Estaba grabada en el tejido subcutáneo. Era apenas detectable.

Era una herida de arma blanca. Era una herida de una *hoja múltiple*. Era una réplica de la forma del *cuchillo* hallado en el claro y de la *cicatriz* de una herida de arma blanca observada en el hombre de Goleta.

—Es una herida muy antigua —dijo Nort—, y por eso no se veía en la superficie de la piel. He consultado la forma de la hoja en el manual de armas de Ray Pinker. Se trata de un cuchillo japonés del siglo dieciocho. Los caudillos feudales emponzoñaban las hojas. Era una verdadera atrocidad.

Parker fue el primero en decirlo.

—Acabamos de encontrar un cuchillo así en Griffith Park.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / VIERNES, 12 DE DICIEMBRE DE 1941

22.37 horas

Está aquí toda la panda.

Conocía a algunos de los hombres del bar personalmente, y a algunos por sus fotos en la prensa. Bebían y conversaban despreocupadamente; permanecían ajenos a la gente sentada en los reservados a pocos metros de distancia. Yo esperaba a Scotty y había tomado una habitación en el hotel Rosslyn. Scotty llegaba con noventa minutos de retraso, pero me daba igual. Yo observaba aquella desenfadada connivencia.

El alcalde Fletch Bowron, Jack Horrall, el *sheriff* Gene Biscailuz. Dick Hood y Ed Satterlee, del FBI. Desprecio por el chivo expiatorio japonés. Los parroquianos de Brenda Allen en su papel de ventajistas sacando tajada de la guerra.

Hablaban de la incautación de propiedades japonesas; bromeaban acerca de la japo que se suicidó en la cárcel de Lincoln Heights. Satterlee concibió un plan para distribuir brazaletes entre todos los japoneses de la ciudad. La charla pasó a centrarse en el caso Watanabe. Jack dijo que le habían dado por el culo al fiscal McPherson. Biscailuz se echó a reír y preguntó: «¿Dudley Smith?». Jack introdujo el dedo corazón en el círculo formado por el índice y el pulgar. El alcalde Fletch dijo: «Uf».

Bebí lentamente un Manhattan y escuché. Fiorello La Guardia entró en el restaurante y se reunió con los *Kameraden*. Elogió la labor de supervisión del capitán Bill Parker en los oscurecimientos. Jack y los hombres del FBI se taparon la nariz. Pensé en el panfleto de Claire De Haven y vi a Parker calzado con botas altas.

El grupo se dispersó. Dudley Smith entró en la trastienda del Departamento de Policía al cabo de unos minutos. Cargaba con un traje de *tweed* envuelto en celofán. Había perdido peso; así, me recordaba al capitán Parker. Su aspecto no me sorprendió. Los Ángeles se mantenía en marcha a base de insomnio, tabaco y alcohol desde el pasado domingo. La gente aparecía a su antojo y se esfumaba; no veía a Lee desde nuestra pelea aquí la noche del martes. La gente actuaba con un nuevo sentido de la lealtad. Todo era nuevo. Mucha gente era la viva imagen de la sorpresa. Unos cuantos eran viva imagen de la revelación.

Scotty abandonó mi cama y volvió a sus obligaciones. El *Mirror* matutino me lo devolvió. Sid Hudgens escribió el artículo. El agente Robert S. Bennett, el primer contratado con carácter de emergencia en tiempo de guerra por el Departamento de

Policía de Los Ángeles, demostró su temple durante la operación de captura posterior a un asesinato en Chinatown la noche anterior. La sobrina del propietario de un destacado restaurante, Grover Cleveland Kwan, conocido como «tío Ace», había sido brutalmente asesinada; «soplos anónimos» dieron lugar a la búsqueda de un malhechor tong de las Cuatro Familias, Chiang Ling, alias «el Chino». El sargento Dudley L. Smith y el agente Bennett acorralaron a Ling. El Chino logró darse a la fuga y atentó contra la vida del sargento Smith. El inexperto —pero audaz— agente Bennett mató a tiros a Ling antes de que este, con el «aplomo de un infiel», pudiera «cargarse» al sargento Smith. Acompañaba el artículo una fotografía de Scotty vestido con su equipo de jugador de fútbol americano.

El artículo apestaba a connivencia. Lo yuxtapuse al relato ofrecido por Claire de su viaje con Whisky Bill y cavilé sobre mis propias lealtades en tiempos de guerra. En ese momento corrí en busca de mi coche y fui a Beverly Hills. El Packard de Claire estaba aparcado en su camino de acceso. Estacioné junto a la acera de enfrente y esperé.

Salió al cabo de media hora. Un pañuelo cubría su cabello cortado a lo Juana de Arco. La seguí hasta una iglesia católica de Brentwood. Iba a misa allí.

La camarada Claire, la suplicante Claire. Me quedé a una docena de bancos de distancia y la observé, tal como en una ocasión ella observó a Bill Parker mientras este rendía culto. Tan hábil simbiosis. Qué perfecta esa fusión con su perfecto adversario en el plano místico de este. Qué perfectamente inconsciente por parte de Parker elegir a Claire como objetivo. Su vida interior era la imagen especular perfecta del caos que Claire exhibía tan ufana ante el mundo.

Me escabullí de la iglesia antes de que me viera. Claire abandonó el oficio y regresó a su coche al cabo de diez minutos. Tomó por Bundy hasta Wilshire y siguió hasta el centro. La seguí de cerca y pasé varios semáforos en ámbar para no rezagarme.

Claire torció al norte por Main Street. Intuí que su destino era Little Tokyo y me sitúe justo detrás de ella. Dobló hacia el este por la calle Dos y aminoró la marcha para observar. La vi apuntar con una cámara por su ventanilla y sacar fotografías.

Seguí la dirección de su mirada y de la lente de su cámara. Fotografió a un hombre de ojos tristes ante una pescadería. Fotografió a los niños con banderas de Estados Unidos enarboladas en palos y a Cal Denton partirle los dientes a un hombre de un puñetazo. Y ahora ha parado el coche. Y ahora ve a Whisky Bill Parker, de pie en la esquina de la calle Dos con San Pedro.

Parker tomaba notas en su sujetapapeles; Claire se detuvo donde él no la veía y lo fotografió. Apoyó los brazos en el marco de la ventanilla y afianzó bien la cámara. Encuadró retratos del hombre. Captó su concentración sobrehumana y su demencial rectitud. Me pregunté si ella reparaba en su uniforme desastrado y en el patetismo de su mirada. Qué perfecto. Sus fotografías acusaban al hombre que me enviaba a tenderle una trampa.

Lealtades en tiempos de guerra. Connivencia.

Claire recargó la cámara tres veces. Parker se tambaleaba de agotamiento. Se desplomó en su coche de policía y tendió la mano hacia la botella. Entonces ocurrió algo asombroso.

Claire bajó su cámara. Permitted que ese momento quedara sin registrar. Se compadeció o decidió no arriesgarse a documentarlo. Entonces me marché. Sentí a los dos en la médula de mis huesos.

Scotty llegaba con una hora y quince minutos de retraso. Aparecieron Thad Brown y Jim Davis y se acomodaron en la barra. Permanecieron ajenos a los comensales situados a unos metros de distancia. Encendí un cigarrillo y escuché su conversación.

Connivencia.

Jim Davis estaba al frente de la seguridad en Douglas Aircraft. Hablaron de las posibilidades de que se produjera allí un sabotaje de la Quinta Columna. Thad cambió de tema. Un rato antes esa noche habían muerto asesinados tres chinos en Griffith Park. Dos japos y un chino-japo, de hecho. Perteneían a la variedad «Cuatro Familias». Chinatown estaba enardecida. «Ese chico, Scotty» había volado los sesos a ese tipejo de las Cuatro Familias y removido la mierda. Tenemos que evitar una guerra entre tongs a gran escala. Encubrir las muertes en nombre de una paz en Chinatown.

Bill Parker entró en el restaurante. Me vio pero hizo como si no me reconociera. Lo saludé con la mano y le lancé un beso. Me arrepentí al instante.

Parker se acercó a Brown y Davis. Escuché. El Departamento de Policía se movilizaría en Chinatown a las doce de la noche. El despliegue de fuerza del Dudster tenía muy alterados a los chinos. Davis habló en un chino cantarín y se estiró los párpados para mayor efecto. Thad contó el chiste de Come San Chin, el soplapollas chino. El camarero sirvió un *bourbon* doble y lo deslizó hacia Parker. Whisky Bill se lo metió entre pecho y espalda y se agarró al pasamanos de la barra con tal fuerza que se le blanquearon los nudillos.

Thad se tocó el reloj; los tres hombres echaron billetes de dólar a la barra y se marcharon. Scotty llegaba con retraso. Ahora sabía por qué. Necesitaban a Scotty en Chinatown.

Sentí un aburrimiento repentino. No quedaban ya hombres provocativos que me distrajeran. Las conversaciones sobre la guerra en las mesas resonaban de manera mucho más previsible. El frente oriental, los japos. La prórroga en el reclutamiento de mi hijo. Dicen que Hitler envía a los judíos a la cámara de gas. ¡Bueno, *alguien* tiene que hacerlo! Eleanor Roosevelt es lesbi, me lo dijo el limpiabotas del club Jonathan.

Entró Hideo Ashida. Supe que me buscaba a mí.

Me levanté; fingió no verme. Eso habría sido como reconocer que había ido allí *para* verme y lo habría puesto en lo que, desde su punto de vista, sería una situación

de desventaja. Agité los brazos y lo obligué a darse por enterado. Con afectados aspavientos, simuló advertir de pronto mi presencia. Se acercó y se sentó.

Ese ardid era impropio de él. Utilizaba el subterfugio de manera poco convincente. Despedía un tufo a formol. Había estado en el depósito de cadáveres.

—Hola —dijo.

—¿A quién buscaba? —dije.

—He pensado que quizá Jack Webb estuviera aquí. Me consta que se deja caer por este local cuando tiene ocasión.

Se acercó el camarero. Vio al japo con la chica blanca y se dio media vuelta. Deslicé mi copa hacia el lado opuesto de la mesa; el doctor Ashida echó un trago más que considerable. Era un comportamiento propio de tiempos de guerra. Japoneses normalmente abstemios descubrían el ansia de bebercio.

—Vaya en busca de Jack. Con él tendrá más posibilidades de que le sirvan.

—Da igual.

—Estoy muy a gusto con usted, pero creo que se sentiría más cómodo con él.

El doctor Ashida me devolvió la copa.

—Pretende incomodarme. Pretende inducirme a decir algo que no quiero decir.

—No está obligado a decir nada. Me alegro de verlo, y me complace que haya venido aquí a buscarme.

—De acuerdo.

—Lamento que se sienta incómodo. Si lo prefiere, podemos ir a otro sitio.

—De acuerdo.

—Eso de «ir a otro sitio» tiene ciertas connotaciones. No quiero incomodarlo aún más.

—Iré a donde usted proponga —dijo—. Me sentiré incómodo en cualquier parte, pero, como usted disfruta con mi incomodidad, eso no debería preocuparla.

Touchée.

—Habitación 314 del Rosslyn. Yo iré primero.

Él se quedó inmóvil en su asiento. Salí sin darle tiempo a decir: «De acuerdo». Crucé la calle Ocho esquivando el tráfico, accedí por una entrada lateral y subí en un ascensor de la parte de atrás. La habitación olía a sábanas recién lavadas. Las fundas de las almohadas estaban limpias, pero se veían tenues manchas de carmín. Se reducía a una cama, un sofá y un cuarto de baño. Era una habitación de hotel con una función.

Fumé y me paseé. Otras mujeres me habían precedido. Sus tacones habían agujereado la moqueta.

Me quedé en blanco. Era incapaz de pensar salvo para contemplar la posibilidad de un plantón o una llamada a la puerta. Contuve el impulso de huir a un lugar seguro. Un cuarteto de cuerda interpretaba una pieza insistentemente en mi cabeza.

El timbre de la puerta me sobresaltó. Me limpié el carmín con un pañuelo de papel y me alisé el pelo. El timbre sonó otra vez con estridencia. Me dirigí a la

puerta.

Hideo Ashida estaba desgredado. Tenía un arañazo en la mejilla. Olía como el cóctel que yo había dejado en la mesa. Entró. Nuestros hombros se rozaron. Me flojearon las piernas; me apoyé en la puerta para que él no lo notara.

—¿Qué le ha pasado?

—Conocía a la señora Hamano. Nos acompañaba a mi hermano y a mí a la iglesia.

—¿Sí?

—Se ha ahorcado en la cárcel de Lincoln Heights.

—Sí, ya lo sé.

—Unos estudiantes bromeaban sobre el tema en la barra. Les he dicho que callaran. Ha habido un intercambio de empujones, y Mike Breuning lo ha visto y ha intervenido.

Le toqué la mejilla. Dio un respingo. Le recorrí la ceja con el pulgar. Tembló. Apoyé la mano entera en su cara.

—¿Por qué hace esto? —preguntó él.

—Porque estamos solos en la habitación de un hotel, y porque quiero hacerlo —dije.

No se apartó de mí. Así que le peiné el pelo hacia atrás. No se apartó de mí. Así que dije esto:

—Di mi nombre, Hideo. Di «Katherine» o «Kay».

—De acuerdo —dijo él—. Katherine, pues.

Me temblaba la mano. No se apartó de mí. Así que lo besé.

Nuestros labios se tocaron apenas. Levantó las manos para mantenerme a distancia; sus brazos me rozaron los pechos.

Nos quedamos así, nuestras frentes en contacto. Era una especie de acoplamiento. Él tenía la camisa parcialmente desabrochada. Yo sentía su pulso a través de la tela. Deslicé la mano por debajo y la coloqué sobre su corazón.

Se estremeció. Eludí sus brazos y busqué un acoplamiento más estrecho.

—Katherine, por favor —dijo.

—Por favor, ¿qué? —dije.

—No, Katherine, por favor —dijo.

Me aparté de él. Se desmadejó. Yo era lo único que lo sostenía.

Se apoyó en la pared y se deslizó hacia el suelo; se sentó y encogió las rodillas contra el pecho. Me quedé de pie ante él. Me tocó las piernas y evitó así desplomarse del todo. Me acerqué un poco más. Retiró las manos.

Así que me senté en el suelo a su lado. Así que le eché un brazo alrededor. Así que escuchamos las melodías de una orquesta emitidas por la radio de la habitación contigua.

Yo no quería desacoplarme. No quería decir nada ni hacer nada que lo ahuyentara. La música formaba parte del acoplamiento; los ritmos más animados y

las baladas se fundían en una sola cosa. El concierto terminó, en un tempo lento. Hideo me pidió que le contara algo.

Solo podía relatar una historia repleta de errores garrafales y eros. Comenzaba en una ventisca en 1920 y terminaba en el momento en que un capitán de policía llamaba a mi puerta. Percibí en él el olor de la pradera. Pondría fin a mi historia ahí.

La radio fue amable con nosotros. Nuestro vecino puso una serenata para noctámbulos. Era la música de fondo perfecta para contar una historia. Permanecimos sentados en el suelo, en nuestro acoplamiento.

Mi heroína era una cazadora de dudosa reputación; era demasiado interesada para llegar a ser una Juana de Arco. Describí mi etapa inicial en Los Ángeles y el tiempo que pasé con Bobby De Witt. Hablé con eufemismos de Lee y el robo del Boulevard-Citizens. Vomité todo lo que Bobby me había hecho. Hideo me pidió que le dejara ver las cicatrices de las piernas. Me recogí la falda, me bajé las medias y se las enseñé. Recorrió con los dedos los verdugones y retiró la mano. En ese momento deseé más de él pero callé.

Su mano me dejó una sensación de calor, y por tanto le hablé de Bucky. Describí mi deseo de capturar a un hombre y hacerlo mío solo mediante la vista. Entonces Hideo me tocó la pierna. Me habló de una cámara que había concebido para fotografiar a la gente de manera encubierta. Bucky Bleichert flotaba en el aire. La mirada de Hideo estaba ya en otra parte. En la horrible traición de Bucky.

Así que me habló de Bucky. Estudiaban en el instituto Belmont, verdinegros para siempre, los Poderosos Sentinels. El chico boche de Glassell Park, el japo de Little Tokyo. Jack Webb, medio judío, allí con sus bromas y apuntándose a todo.

Campeonatos de atletismo, concentraciones de alumnos en acontecimientos deportivos, las finales de baloncesto a nivel municipal. La loca de su madre fascista, el padre de Bucky miembro de la Federación. Los chicos apretujados en un cupé de dos plazas. El largo viaje para acudir a un partido importante en Fresno.

La historia se remontaba a las instantáneas de la cámara secreta. Lo que Bucky se ponía para asistir a los bailes de fin de curso, aquella vez que Bucky rescató a Jack de unos pachucos. La costumbre de Bucky de masticar filetes crudos y tragarse la sangre antes de los combates. Cuando Hideo llevó a su casa en coche a Bucky, borracho, y lo metió en la cama. El premio al mejor deportista del año concedido a Bucky por el Club de Prensa de Los Ángeles. El esmoquin alquilado, las perneras cortas, la discordante flor en la solapa.

Lo escuché todo. Hideo mantuvo la cabeza apoyada en mi hombro y una mano en mi pierna. Me lo creí todo y no me creí nada. Me invadió un abatimiento que nunca antes había sentido.

Pedazo de tonta. Seductora idiota. Ahora ya sabes lo que es. No llores mientras te cuenta su historia.

23.58 horas

Hordas tong y polis. Un cordón entre los tongs. Enfrentamiento declarado en el cruce de Ord con North Main.

Sesenta tipejos de las Cuatro Familias. Sesenta elementos de los Hop Sing. Treinta polis seleccionados por su propensión a causar daño. Gorilas de la patrulla del barrio negro. Matones de la Brigada de Extranjería. Scotty Bennett, esta noche de uniforme.

Los tipejos parloteaban. Los polis permanecían en posición de descanso. Parker se hallaba en el balcón del Daddy Wong's Chow Mein. Lo acompañaban Thad Brown y Jim Davis. Dos Pistolas sostenía un megáfono eléctrico.

Los uniformados guardaban pilas de nudilleras metálicas. La idea se le ocurrió a Dos Pistolas. Propongamos las condiciones de la tregua y dejemos que los chinos se desahoguen. Despejemos el ala del Queen of Angels reservada a servicios penitenciarios. Tengamos preparadas diez ambulancias. Esta noche Chinatown se teñirá de rojo.

Se respiraba una sensación acumulativa. Se respiraba una sensación de plazo vencido. Alguien se había cargado a la sobrina de Ace Kwan. Scotty B. se cargó a ese alguien, fuese el verdadero asesino o un chino oportuno. Se cargaron a un tipejo de las Cuatro Familias en Griffith Park. Eso dejaba a los Hop Sing con una muerte de ventaja. Ace Kwan era el señor de la guerra preferido del Departamento de Policía. La situación exigía paridad.

Parker escrutó la hilera de polis. Reparó en Lee Blanchard. Reparó en Fritz Vogel y Bill Koenig: matones de la comisaría de la calle Setenta y siete. Treinta polis. Dos de ellos amantes de Kay Lake. La guerra tenía a Los Ángeles patas arriba.

—Los nativos están inquietos —dijo Brown.

—¿Ya, Bill? —preguntó Davis—. Jack Horrall me ha dado carta blanca.

—Ya, Jim —contestó Parker.

Davis alzó el megáfono y soltó una andanada en chino. Parecía una fusión entre Chiang Kai-shek y el Pato Donald. Parker conocía la esencia del mensaje. No más muertes, así son los jóvenes, qué se le va a hacer, lidiemos antes de la tregua. ¡La ley no actuará contra el crimen organizado en 1942!

Los tipejos armaron un alboroto propio de infieles. Los polis repartieron nudilleras, una por tipejo.

Se retiró el cordón. Los enfermeros sacaron camillas de los bares y los fonduchos chinos. Los bomberos conectaron mangueras a los surtidores. El agua a presión derribaba a los alborotadores y limpiaba la sangre.

Parker se marchó. Bajó al callejón por la escalera de atrás y se encaminó hacia el restaurante de Kwan. Un vocerío enloquecido lo siguió. Atravesó la cocina y con eso se acalló.

Brown y Davis se le habían adelantado. Estaban ya sentados en compañía del tío Ace. Habían servido lichis y rumaki.

Parker acercó una silla. Dos Pistolas dijo algo en chino. Ace hizo un gesto masturbatorio. Thad se dio una palmada en las rodillas.

—No más conflictos con las Cuatro Familias —dijo Dos Pistolas—. Ellos corresponderán si dais vuestra palabra.

—Estoy de acuerdo —dijo Ace.

—Han accedido a pagarte diez mil en compensación por lo de tu sobrina.

—Lo acepto —dijo Ace.

Thad blandió un palillo de rumaki.

—No más muertes, en eso el jefe Horrall ha sido categórico. Clausurará Chinatown si se produce un solo asesinato más.

—Cumpliré —dijo Ace.

—No se investigarán los homicidios de Griffith Park —dijo Dos Pistolas—. Son palabras textuales de Jack Horrall.

—Es lo mejor para todos los interesados —dijo Ace.

Dos Pistolas cogió *dos* rumakis.

—Un chino se suicidó en el hotel New Moon. Podemos colgarle a él el mochuelo.

El tío Ace desplegó una sonrisa radiante. Parker cerró los puños y lo miró fijamente. Ace repitió el gesto masturbatorio.

Sonaron sirenas de ambulancia. Se oyó el zumbido del agua de los surtidores. Todo apestaba a Dudley Smith.

13 de diciembre de 1941

00.42 horas

—Qué elegante vas, Dud —dijo Meeks—. ¿Acaso te impido hacer algo que preferirías estar haciendo?

El sarao de los voceadores se había acabado. Sin duda la magnífica Bette se habría marchado hacía ya rato.

—Pues sí, muchacho. No diré que no esté molesto. Estoy seguro de que tu «asunto urgente» podría haber esperado hasta mañana.

La trastienda olía a humedad. El teletipo tableteaba. Esa tregua en Chinatown incita al caos.

—¿Dónde están el guiño y la labia? Dime la verdad, ahora. Nunca te he visto sin esos recursos.

—Expresa tu propósito o haz tu solicitud. Abstente de amenazas o sufre las consecuencias.

Meeks encendió un puro.

—Me veo atrapado entre tú y Whisky Bill. En ese sentido estoy un poco como ese chico, Ashida.

Dudley hizo crujir los nudillos.

—Expresa tu propósito o haz tu solicitud. Este prelude empieza a molestarme.

Meeks llenó la sala de humo.

—Cuando aparecieron los cadáveres, respondí al aviso. Fue un guardabosques del parque quien dio la voz. Parker hablaba con Ashida. Me dio la impresión de que estaban muy compinchados.

—Repetiré por última...

—Vi una bala de goma en el suelo. Eso me llevó a pensar en el caso del furgón de la Oficina del Sheriff en el que estoy trabajando, el que Parker me endosó por alguna razón inexplicable. Espolvoreé la bala y obtuve una huella nítida de Huey Cressmeyer, pero me «abstuve» de decírselo a Whisky Bill. Sé contar, Dud. Mandaste a cuatro hombres, además de Huey, a hacer el trabajo del furgón, y en el parque había tres muertos. Diría que uno, probablemente un japo, ya se había largado. Eso nos deja con dos japos y un mestizo japo-chino a los que no se puede relacionar con el golpe. Están muertos, y me juego lo que sea a que tienes a Huey escondido en algún sitio.

Dudley encendió un pitillo.

—Cuentas con toda mi atención. Concluye tu relato, por favor.

—He aquí lo que tengo. Huey afanó las balas y unas cuantas armas antidisturbios en Preston. Eso no lo incluí en mi informe a Parker y Ward Littell. Como también omití la huella.

—¿Y, muchacho?

—Y vi las fotos del artefacto de activación de Ashida, porque presioné a tu amigo, el degenerado del laboratorio fotográfico. Y ahí aparece otra vez Huey. Dio el golpe en la farmacia el sábado pasado, y que yo sepa tiene muchos trapos sucios que esconder respecto al clan Watanabe.

—¿Hay más? —preguntó Dudley.

—Huey y sus japos dieron el palo del furgón —dijo Meeks—. Me paso por el banco hipotecario House of Lem y descubro que Ace Kwan saldó el préstamo solicitado para la compra de uno de sus edificios al día siguiente. Tú siempre compartes tus ganancias con Ace. Matan a la sobrina de Ace, y ese chico tuyo, Scotty, mata al primer sospechoso que se pone a mano. La cosa está que arde, así que esto es lo que pienso. Los japos de Huey mataron a esa chica, la sobrina de Kwan, y Ace y tú los liquidasteis.

Vaya un detective sagaz. El Charlie Chan de la Gran Sequía.

—Quiero comprar tu silencio respecto a esas cuestiones, de aquí a Año Nuevo. Eso incluye que sigas ocultando datos al capitán W. H. Parker.

Meeks movió tres dedos.

—Tengo un puñado de novias embarazadas. Seguro que tu amiga Ruth Mildred podría ayudarme con eso.

—Hecho —dijo Dudley.

Meeks se acercó a la barra. Se sirvió una copa de *bourbon* y humedeció el puro.

—Llámame Jack quiere un japo al que colgarle la muerte de los Watanabe, y no diré que discrepe. Pero trabajo en el caso, y por tanto tengo un interés creado en él.

—Explícate.

—Puestos a empapelar a alguien, preferiría cargarle el mochuelo a algún degenerado auténtico, algún hijo de puta que se lo merezca de verdad.

Como gustes, paleta de mierda.

—Será moralmente apropiado para la cámara de gas, te lo aseguro.

1.07 horas

El Shrine era ya una tumba. Ella se habría marchado hacía ya rato. Corrió igualmente.

Corrió hasta su modelo K. Corrió en dirección sur con las luces y la sirena. Quitó el ruido en Washington y dobló hacia el oeste. Entró en el aparcamiento. Un Rolls-Royce de color verde mar casi lo rozó.

Sus faros asaetearon el parabrisas. Reconoció al conductor: lo había visto en un desplegable de *Screen World*. Arthur Farnsworth, un bostoniano de lo más estirado: el

segundo maridito de la magnífica Bette.

Con lágrimas en los ojos, hacía girar el volante del Rolls y escurría un pañuelo. Harry Cohn se lo había contado todo. Era un matrimonio dictado por los estudios. El maridito era una reinona aficionada a los látigos y las cadenas.

El maridito se alejó coleando por Washington. Dudley aparcó junto a la puerta del escenario. Aquello era un tiro al aire. Se dio un toque de colonia y mascó una pastilla.

Se encaminó hacia la puerta. Abrió de un firme empujón. Las luces de la sala seguían encendidas.

El Taj Mahal de Occidente. Una suntuosa decoración de mezquita. Tapices en las paredes y un millar de butacas vacías.

Un escenario. La Mezquita, la Cripta. Programas abandonados por todas partes. El Shrine, pasada la medianoche. Un lugar para quedarse inmóvil y contener la respiración.

Risas. Carcajadas superpuestas. Detrás del telón, a la derecha del escenario.

Dudley subió al escenario de un brinco y siguió el rastro. Separó el telón y sorteó los focos en la oscuridad. Vio luz al final de un pasillo. Oyó voces de chicos. Una mujer se rio, con timbre de contralto.

Los chicos chillaron. Dudley se irguió cuan alto era y siguió adelante. Se desabotonó la chaqueta del traje. La pistolera colgada al hombro quedó a la vista.

Ella estaba de rodillas. Llevaba un vestido azul claro. Jugaba a los dados con tres chicos de la prensa.

Ellos se hallaban subyugados por la estrella. La rondaban, la atendían, entraban en éxtasis. Vestían trajes comprados a precio de saldo en la subasta de la parroquia. Todo el mundo reía y seguía a lo suyo sin más.

La sombra de Dudley se proyectó sobre ellos. Los chicos alzaron la vista. Eran muchachos pobres y conocían el mundo. Adivinaron en el acto que él era poli.

Ella notó que los chicos apartaban sus miradas. Toda mirada que se desvía desconcierta a la diva. Lo vio y en un santiamén supo qué era él.

Vio el arma, el traje de *tweed*, los zapatos de cuero cordobés. *Mírame a los ojos por un instante, por favor.*

Ella así lo hizo. Él sonrió y fue el primero en apartar la mirada. Se arrodilló junto a ella y echó al suelo un billete de cien.

Los chicos lo miraron, la miraron a ella, los miraron a los dos. Ella señaló al chico gordo que tenía los dados. Él se los entregó. Ella sopló y los lanzó.

Ojos de serpiente.

El chico flaco dijo:

—Todo para la banca.

El chico rubio recogió el billete de cien y unos cuantos de uno. Sus compañeros chillaron. La señorita Davis abrió su bolso y sacó el tabaco. Dudley le encendió el pitillo.

Los chicos miraron boquiabiertos. Dudley se quitó el sombrero y se lo puso al

chico rubio. Le cubría los ojos y la nariz. Todos se rieron. *Da tu nombre ahora. Ella sabe que tú conoces el suyo.*

—Dudley Smith —dijo.

Ella expulsó un anillo de humo en dirección a él. Él se rio y le entregó su petaca. Ella echó un trago y se la pasó al rubio. Él echó un trago y se la pasó al gordo. Él echó un trago y se la pasó al flaco. Él echó un trago. Puso cara de «¡La órdiga!» y se la devolvió a Dudley.

Bette Davis expulsó el humo en dirección a los chicos. Ellos, en broma, emitieron sonidos de asfixia y, en broma, patalearon en el suelo.

—En algún momento tienen que empezar —dijo Bette Davis.

—Es para mí un placer haber compartido su iniciación con usted —dijo Dudley.

—La mía fue un tanto menos refinada.

—¿Sería tan amable de determinar el lugar?

—Una taberna clandestina de Harlem en 1924. No diré más.

Dudley se echó a reír. El gordo agarró la petaca. Sus compañeros se troncharon de risa. El rubio entregó los dados a la señorita Davis.

El flaco dijo:

—Sopla, Bette.

—Eso ya lo he oído antes —dijo la señorita Davis.

Dudley soltó una carcajada. Bette sopló sobre los dados y sacó un afortunado siete. Los chicos empujaron la petaca. Se inició un murmullo. Los chicos apostaron.

Punto para Bette, punto para Bette, punto para Bette.

Dudley echó un billete de cien sobre los de uno. Bette tiró y falló. Los chicos aullaron y se apropiaron de las ganancias.

Los chicos la miraron, los chicos lo miraron. Echaban ojeadas anhelantes a su arma. Se desprendió la pistolera y se la lanzó al flaco. Cayó en su regazo con ruido sordo.

Circularon unas risas. Circuló el arma. Acabó en el regazo de Bette. La desenfundó. Miró fijamente a Dudley.

—¿Debo?

—Sería para mí una decepción si no lo hiciera.

Bette se puso en pie. Llevaba el vestido manchado. Retiró el seguro y apuntó al techo. Se quitó los zapatos y se afianzó en el suelo.

—Acordaos de Pearl Harbor —dijo.

Los chicos prorrumpieron en silbidos y vítores.

Ella vació el cargador. Siete balas, el siete de la suerte, un ruido ensordecedor. El cañón humeó y el olor a cordita se propagó.

Cayeron trozos de yeso del techo. Dudley se levantó y le sacudió las partículas del pelo.

Bette reconoció el contacto con su sonrisa. Los chicos aplaudieron. Él se quitó la chaqueta del traje y la extendió. Bette lo cogió del brazo e hizo una genuflexión hasta

el suelo.

—Señor Smith —dijo ella.

—Señorita Davis —dijo él.

Se estrecharon la mano, con afectada formalidad. Los chicos respondieron con oooh-la-las.

Reanudaron el juego. Dudley vació su billetero, Bette vació su monedero. Dudley forjó las pérdidas de ambos. Los dados pasaban de chico en chico. Todo para la banca, todo para la banca. Los chicos se forraron. Estaban en el séptimo cielo.

La petaca de Dudley pasó de mano en mano. La petaca de Bette la sustituyó. Ella le sacudió los restos de yeso de los pantalones. Intervalos de dulzura, luego su contacto.

Los chicos empezaron a bostezar. Estaban achispados y era tal su suerte que no cabían en sí de gozo. Dudley mencionó la hora. Los chicos gimieron. Bette le sacudió el pantalón en un gesto largo y tierno.

Dudley repartió placas de policía de juguete. Los chicos abrazaron a la señorita Davis. Ella les devolvió el abrazo y los instó a comprar bonos de guerra. Dejó grandes marcas de carmín en sus mejillas.

Les flojeaban las rodillas. Sacaron sus bicicletas al aparcamiento y se alejaron lanzando alaridos. Dudley ayudó a Bette a ponerse el abrigo y la acompañó afuera. Su modelo K era el único vehículo en el aparcamiento.

Encendió unos pitillos. Muy cerca el uno del otro, miraron al cielo. «Perfidia» declinaba en algún sitio tierno dentro de él.

Bien, pues.

Tiraron los pitillos al suelo. Se sacudieron mutuamente del pelo el polvo de los balazos y se acercaron para el beso.

2.24 horas

Ashida escribía en papel de nitrocelulosa. Tinta invisible, hojas inflamables. Su propio lenguaje secreto.

Era su documento secreto. Ardería a la simple luz del sol. En *kanji*, en inglés, en taquigrafía. Cinco capas de texto ininteligible.

En casa de Mariko la mesa de la cocina cumplía la función de escritorio. Mariko se las daba de *geisha* jovencita en el salón. Elmer Jackson estaba borracho. Ward Littell ponía por las nubes a Bill Parker. El capitán Bill se las había apañado para colarlo en el caso del furgón de la Oficina del Sheriff y lo había librado de las redadas.

Las redadas repugnaban a Ward. Criticaba insistentemente las «motivaciones raciales» del FBI.

Las redadas repugnaban a Elmer. Las describía como una «injusticia lisa y llana».

Mariko repugnaba a Ashida. Se iba de la lengua con los periódicos japoneses. Sus dos visitas a Terminal Island habían sido en vano.

Kanji, inglés, taquigrafía. Jeroglíficos improvisados.

Dibujó la cicatriz de la herida de arma blanca observada en el hombre de Goleta. Dibujó el cuchillo hallado en Griffith Park. Dibujó la tenue cicatriz de la herida de arma blanca observada en Ryoshi Watanabe.

Dibujó el pie cercenado de Goleta. Dibujó líneas onduladas que partían de la planta. Las líneas representaban el olor a aceite de pescado.

Percibió olor a pescado en el hombre de la granja. Detectó aroma a aceite de pescado en los cristales rotos en la cocina de los Watanabe. Nort Layman observó aceite de gamba en los pies de los Watanabe.

Ashida dibujó gambas. Dejó vagar la pluma por el papel. Dibujó a Kay Lake en el hotel Rosslyn. Dibujó a Bucky y Kay como fantasmas, entrelazados. Dibujó los koi de Jim Larkin. Escribió 渡辺邸で何を見逃したのか? Tradujo: «¿Qué pasé por alto en la casa de los Watanabe?».

Mariko brindó por Nao Hamano. Una buena estadounidense, una buena madre. Muerta en la cárcel de Lincoln Heights.

—Eso, eso —dijo Elmer.

—La Armada me llama —dijo Ward—. Quizá para servir en un submarino. Podría pedir la excedencia e ir a la guerra.

Mariko dejó escapar una risotada.

—Ward, el mujeriego. Una chica en cada puerto.

Detonaciones en la calle Dos. Pluuuus, bam y gritos.

—Tiros de sal —dijo Elmer.

—Ahora la mezclan con perdigones. Abate toda cosa humana —dijo Ward.

Mariko dejó escapar una risotada.

—En los submarinos no hay chicas. Mandaré a Ward libros verdes.

Ward y Elmer se carcajearon. Ashida miró por la ventana. Vio a dos chicos con las chaquetas hechas jirones, abatidos en la calle.

Dos polis se llevaron a rastras a los chicos hasta un modelo K. Bucky Bleichert cruzó la calle haciendo esos.

Ashida bajó. Bucky estaba trompa, en el portal de la casa. El miércoles Ashida golpeó a Bucky. Este todavía presentaba las contusiones.

—Hola, campeón —dijo Ashida.

—El campeón eres tú, y tengo las magulladuras que lo demuestran —dijo Bucky.

Ashida se sentó a su lado. Sus rodillas se rozaron. Ashida se deslizó hacia atrás.

—Has estado en los baños de Shotokan. Los hermanos Harada tenían una botella. Te has pasado horas hablando de boxeo.

—Me retiré invicto —dijo Bucky—. O soy un gallina, o el hombre blanco más afortunado del mundo.

Ashida sonrió.

—Eres un poco las dos cosas.

Bucky sonrió.

—Los hermanos opinan que podría con Lee Blanchard. Les he dicho que están mal de la cabeza.

—Eso es imprevisible —dijo Ashida—. Él es más fuerte; tú eres más rápido.

Bucky sonrió.

—Pégame otra vez, ¿quieres? Me disculpé, pero con eso no basta, te lo aseguro.

Ashida sonrió.

—En adelante tendrás que arrearte tú mismo.

Bucky encogió las piernas y apoyó el mentón en las rodillas. Era una postura encantadora.

—Me graduaré en la Academia en julio. A partir de entonces trabajaremos juntos.

—Yo estaré en la cárcel —dijo Ashida—. A menos que esté en deuda conmigo el hombre blanco indicado.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 13 DE DICIEMBRE DE 1941

2.36 horas

Atendí a Lee en la cocina. Tenía un sinnúmero de pequeños cortes en la espalda y los brazos. Estaba ante el fregadero, desnudo de cintura para arriba. Yo me situé detrás de él con alcohol, unas pinzas e hisopos.

La nueva tregua entre los tongs se había amañado en favor de los Hop Sing. Muchos vecinos de Chinatown lo sabían. Se reunían en las azoteas y lanzaban botellas a los polis. Una docena de hombres fueron trasladados con urgencia al Queen of Angels; Lee tenía ahora la camisa del uniforme hecha jirones.

Extraje una esquirra y restañé el corte.

—Duele, pero es una sensación agradable —dijo Lee—. Explícame qué significa eso.

—Significa que tus terminaciones nerviosas han sufrido una determinada lesión. Tu cerebro recibe señales contradictorias de placer y dolor.

—¿Sioux Falls o UCLA? O sea, ¿dónde lo aprendiste?

—Leí un manual de anatomía. Estudié los diagramas de la piel.

Lee fumaba. Yo lo obligaba a mantener la cabeza agachada para acceder a sus heridas. Seguía pensando en Hideo, perdidamente enamorado. Bucky estaba allí en la habitación con nosotros, Bucky se hallaba ahora conmigo. Hideo era una pieza esencial en mi proyecto del documental. Era mi fuente de información interna y mi instrumento para conferir a la película forma de declaración política con mensajes contradictorios. Parker quería que la película explicara los planes sediciosos de Claire De Haven. Los explicaría, a la vez que presentaría esos planes como denuncia expresa de una grave injusticia. La película retrataría las redadas como brutalidad sistemática, ventajismo en tiempos de guerra e histeria racial de dimensiones insoslayables. Convencería a Claire para que el documental no incluyera comentario editorial. Sus camaradas y ella no estarían autorizados a hablar en la película, y así no corroborarían sus «intenciones traicioneras», como las concebía Parker. Yo veía la película como *mi* película y *mi* codicilo al panfleto donde Claire difamaba al propio Parker. Solo una persona hablaría al mundo en *mi* película, y sería el doctor Hideo Ashida. Él postularía mi visión ambivalente del mundo policial, que yo apreciaba y desdeñaba a la vez; hablaría desde el profundo conocimiento profesional y desde su

experiencia personal como japonés oprimido, aún más profunda. El documental anularía cualquier otro intento de Parker de seguir mutilando a Claire De Haven y libraría a Claire de su grandilocuente martirio.

—Scotty B. no está herido —dijo Lee—. Seguro que te alegras de saberlo.

—No muevas la cabeza. Aquí hay uno profundo.

—¿Te lo has tirado? —preguntó Lee.

—Sí —contesté.

—¿Te has tirado a Hideo Ashida?

—Me ofrecí, pero él no quiso.

Lee se echó a reír.

—Probablemente solo le van las japos. Eso sí lo tiene. Sabe que hay líneas que no se cruzan.

Extraje la esquirra y retiré la sangre con el hisopo.

—La guerra da licencia a la gente para follar como conejos —dijo Lee—. Aunque tampoco es que tú la hayas necesitado nunca.

2.42 horas

—Estos japos están divinamente —dijo La Guardia—. Yo no veo aquí malos tratos.

Visitaban la prisión de Fort MacArthur. Era todo pura política. El alcalde Fiorello, el alcalde Fletch, el tarado de Ed Satterlee. Una llamada despertó a Parker a la 1.00.

La panda estaba en la casa de cuento de Brenda A. Habían agotado a las chicas. Todavía les quedaba mecha.

Fletch insistió.

—Ya sé que es tarde, Bill, pero estos últimos días nadie duerme. Y no le hará ningún daño a su carrera. Este tipo goza de la confianza de Roosevelt.

De ahí la visita. De ahí la excursión a San Pedro. De ahí los policías militares aburridos y los japos cabizbajos.

Ya habían recorrido dos galerías. La mayoría de los japos siguieron dormidos. La Guardia dio la tabarra a los insomnes. Los llamaba «papa-san». Dijo que le *encantaaaaba* el señor Moto. Había visto todas esas películas.

Parker caminaba al lado de *El Jefe*. Bowron y Satterlee se rezagaban con los policías militares. Parker explicó pormenorizadamente su labor en los oscurecimientos. La Guardia rajaba con él. Bowron y Satterlee se irritaban.

La Guardia dijo:

—Esa japo que se suicidó llevaba encima un bono de guerra japonés. A mí eso me suena a Quinta Columna.

—Fue una muerte innecesaria, señor alcalde —dijo Parker—. No dudo que estaba desanimada, pero eso no justifica un acto así.

—Quien a hierro mata, a hierro muere —dijo La Guardia—. La Armada acaba de hundir otros tres destructores japoneses. Esos soplapollas lamentarán el día que pusieron aquellos huevos en Pearl Harbor.

Llegaron a la última galería. Parker estaba hecho polvo. Griffith Park, el depósito de cadáveres y Chinatown. Sin dormir, y ahora esta gilipollez.

—Todos los bienes raíces confiscados a los japos dejarán a la ciudad divinamente —dijo Bowron—. Y dígame, ¿dónde alojaremos a los japos?

—El ejército tiene equipos de observadores peinando la región sudoeste —dijo Satterlee—. Hay instalaciones militares abandonadas que pueden albergar a seis mil japos como si nada.

—Ayer me encontré con Preston Exley en Beverly Hills —dijo Bowron—. Nos

trata las migrañas el mismo médico. Conoce a Preston, ¿no? Estuvo en el Departamento de Policía, y ahora es promotor inmobiliario.

—Exacto —dijo Satterlee—. El inspector retirado que amasó fortuna en el sector de los bienes raíces. He charlado con él unas cuantas veces.

—Exacto —dijo Bowron—. Y si ha charlado con él recientemente, sabrá que aboga con argumentos convincentes por recluir a los japos de buena posición en el término municipal de Los Ángeles, porque un encarcelamiento masivo de esa magnitud estimulará la creación de empleo entre la población civil y mantendrá a los japos a mano por si hay que interrogarlos.

—Preston convierte en oro todo lo que toca —dijo Satterlee—. Sabe qué comprar y dónde comprarlo, y sabe cómo exprimir cualquier asunto hasta sacar el último pavo.

—Puede que su ascendencia se remonte al *Mayflower*, pero yo juraría que tiene algo de sangre judía —dijo Bowron.

—Según él, hay dinero en los bienes inmuebles japoneses —dijo Satterlee—. La cuestión es: ¿quién supervisa esos bienes inmuebles mientras los japos están en el trullo?

Parker bostezó y siguió avanzando a la par que El Jefe. Bowron y Satterlee bostezaron y se rezagaron. «¡Eh, *papa-san!*» «¿Cómo lo trata la vida?» «Ese señor Moto... ¿no es la monda?»

Se largaron del bloque de celdas y salieron al aire libre. Encendieron pitillos y se tonificaron. El Jefe se empeñó en ver un emplazamiento de artillería. El alcalde Fletch y el agente Ed reprimieron gemidos.

Montaron en el *jeep*. Oscurecimiento en la franja costera: el chófer se guiaba recurriendo al Braille vial. Subieron hasta el borde de un acantilado. Llegaron a un búnker con sacos de arena enclavado allí.

Seis hombres con prismáticos. Ametralladoras montadas en trípodes. Radares. Tumbonas convenidas de antemano.

La panda salió del *jeep* y entró en el búnker. La Guardia dio palmadas en la espalda a los soldados. Bowron y Satterlee se desplomaron en las tumbonas. Parker acarrea un archivador que le había dado Llárame Jack.

Agarró una tumbona. El Jefe obsequió a los soldados con chistes verdes. Fletch y el agente Ed se quedaron traspuestos. Parker abrió el archivador. Llevaba una linterna de haz pequeño.

Joder, no. La nueva ocurrencia de Llárame Jack. La «Policía Auxiliar para Tiempos de Guerra».

Formularios de solicitud. Dossieres de solicitantes.

Parker los hojeó. Llárame Jack hace de Tío Sam. ¡Te necesita! Necesita voluntarios para dar la alarma aérea, observadores antiaéreos, haraganes para poner multas de aparcamiento.

Los solicitantes eran de lo más tirado. Jubilados, policías aficionados, prófugos

del servicio militar. Boris «Frankenstein» Karloff. El peso gallo Manny Mendez. El bufón de sala de fiestas Lou Costello y el «Equipo de Tiro Hearst».

Ocho tiradores. Asiduos visitantes a la choza del magnate Hearst en San Simeón. El *sheriff* Biscailuz respaldaba al equipo. Colaboraban con la partida montada del *sheriff* y acorralaban a los presos fugados de la cárcel. Los ocho pertenecían a la célula del Ku Klux Klan de San Berdoo.

Misántropos, monstruos del cine, inadaptados. Los policías de la Keystone en tiempos de guerra. A Llámame Jack se le caía la baba pensando en la publicidad. Estaba dispuesto a contratar a cualquiera.

Parker cerró los ojos. Intentó echar una cabezada. No había manera. El Jefe tenía algún que otro chiste francamente bueno. Parker no se rendía.

Joan Woodard Conville, mujer blanca, estadounidense, 26 años.

Tampoco ella se rendía. Seguía eludiéndolo. Parker había llamado al Registro de Vehículos Motorizados e intentado conseguir sus señas. En vano: no tenía carnet de conducir. Había llamado a cuatro asociaciones de enfermeras. En vano: no constaba en ninguna.

Resultaba ridículo. Se sentía ridículo. Volvió a llamar a la policía de Northwestern. Le dijeron que le enviarían una foto identificativa de la señorita Conville. Era espionaje policialmente aceptado.

Llevaba retraso en su trabajo con los diagramas. No estaba al día en cuanto al *Caso Watanabe / Detalles-Cronología*. Todo eran interferencias. Los casos tangenciales se amontonaban. El triple homicidio de Griffith Park. Larkin, su atropello y fuga.

El asunto estaba jodido. *Él* estaba jodido. El caso Watanabe le hacía mella. Le preocupaba más de lo que debía.

Había un puesto de guardia contiguo al búnker. Parker se acercó. Parker cogió el auricular del teléfono de la mesa y marcó el número del depósito de cadáveres.

Atendió Nort.

—Depósito, aquí el doctor Layman.

—Nort, soy Bill Parker.

—No se rinde, ¿eh? Solo han pasado cuatro horas.

Parker se echó a reír.

—Digamos que no puedo dormir.

—No es el único. Estamos en guerra, ¿o es que no se ha dado cuenta?

—Sigue descongelando los cadáveres, ¿no? —preguntó Parker—. He pensado que quizá tuviera más información.

—Ya —dijo Layman—. Leyó mi informe inicial, ¿verdad? ¿Aceite de gamba en los pies de las víctimas?

—Sí, me acuerdo.

—Bien, pues ahí va una bomba. Con el proceso de congelación y descongelación ciertas partículas han quedado aisladas en el tejido subcutáneo, en las plantas de los

pies. He encontrado cristales rotos cubiertos de aceite de gamba en ocho de los ocho pies. Tenían las plantas muy encallecidas, lo cual no es raro, porque los japoneses tienden a ir descalzos. Lo que sí me ha sorprendido es la distribución regular de las partículas. Es como si hubieran caminado sobre los cristales ex profeso.

Una bomba. Una explosión. Una andanada.

—¿No emitiría un parte forense a nivel estatal a ese respecto? Hospitales, dispensarios, consultas médicas. Es una posibilidad remota, pero como persona de contacto ponga mi nombre y el número de teléfono de mi despacho.

—Es un tiro al aire, pero eso haré —dijo Layman.

—Gracias, Nort —dijo Parker—. Será recompensado, en esta vida y en la otra.

—Ya he sido recompensado, Bill.

—¿Cómo?

—Es una auténtica fiesta verlo a usted obsesionado.

5.09 horas

Esta magnífica mansión, esta magnífica dama.

Hicieron el amor y charlaron. El dormitorio estaba encajado en un parapeto. Chimenea, vigas oscuras, paredes estucadas.

La cama tenía dosel. Las sábanas eran de satén, color melocotón. Las ventanas batientes daban a las colinas de Brentwood. Un hermoso airedale permanecía tumbado junto a ellos.

Era una casa de falso estilo medieval. Por todas partes había vitrales y madera sin pulir. A Bette le encantaba luchar. Su casa la presentaba como una mujer en combate.

Su marido vivía encima del garaje. Bette sorprendió al maridito haciéndole una mamada al chófer en la noche de bodas. En ese mismo momento lo desterró allí. La acompañaba a los actos y asistía a mascaradas de maricones. Su función era cumplir con la cláusula de moralidad impuesta por el estudio a Bette. El chófer tenía la polla grande.

—Dudley Liam Smith —dijo Bette—. ¿Te sorprende estar aquí?

Dudley acarició al airedale.

—Más que sorprenderme, me complace. Habría ingeniado otra manera de acceder a ti si el azar no hubiese dado lugar a este desenlace.

El airedale se desperezó y sacudió las patas. Bette le rascó el lomo.

—¿Echas de menos Irlanda, Dudley?

—No, nena, en absoluto.

—¿No tienes familia allí?

—Los soldados británicos mataron a mi padre y a mi hermano. Mi madre murió a fuerza de beber. Mi única tía se fugó a Londres con un protestante. Era un hombre de lo más apuesto, Se parecía a Leslie Howard en *Lo que el viento se llevó*.

Bette se echó a reír.

—Yo me tiré a Leslie Howard. Parece marica, pero te aseguro que no lo es.

Dudley se echó a reír.

—¿A quién más te has tirado?

—A la mayoría de los hombres de la lista de solteros disponibles de *Photoplay*. La Warner me obligó a presentar el baile de fin de curso del instituto Hamilton. Como me aburría, me tiré al presidente del club social Lochinvars.

El airedale se aovilló entre ellos. Dudley colocó un cenicero en su lomo y

encendió unos pitillos.

—Tengo que recoger a Jack Kennedy al mediodía. La amistad entre su padre y yo viene de lejos.

Bette entrelazó sus dedos con los de él. Dudley se estiró y ocupó la cama cuan larga era.

Le había quitado el carmín a besos. Era más menuda de lo que él pensaba. Embestia como él nunca antes había visto.

—Joe Kennedy se me insinuó una vez. Por entonces estaba al frente de la RKO. He oído decir que Jack es aún más mujeriego, pero que la tiene del tamaño de un cacahuete.

Dudley se echó a reír. La cama se sacudió. El airedale le lanzó una mirada colérica. Bette cogió el cenicero y mandó al airedale a los pies de la cama. El perro enseñó los colmillos y se durmió.

—Querida mía, ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

—Has tenido suerte, de eso no te quepa duda.

—¿Deberíamos atribuirlo a la guerra? Percibo apetito en el ambiente.

Bette lo besó.

—Mi apetito es anterior a la guerra. Ve a preguntar a los chicos de Lowell, Massachusetts.

—Me temo que me pondrían celoso.

—No me gustaría verte celoso.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres brutal. Porque eres todo incitación y amenaza.

Dudley la besó. Ella le cogió la cara con las manos y frotó su nariz contra la de él, a lo esquimal.

—Al verte, he pensado: Vaya, el poli grandullón prendado de mí. Y encima se ha vestido para el papel.

Dudley aplastó las colillas y dejó el cenicero en la mesilla de noche. Fuera ya clareaba. El amplio jardín posterior resplandecía.

—¿Siempre tienes el ingenio tan agudo?

—Sí. Vivo de la percepción inmediata. Así he sobrevivido.

Dudley sonrió.

—¿En Broadway? ¿En Hollywood?

Bette sonrió.

—Tú has matado soldados británicos, y no lo niegues. Yo he dicho a esos niños mimados de madres judías que controlan mi parte de la ciudad «No, no te la mamaré», y me han dado el papel igualmente. ¿No es una suerte que los dos seamos así? ¿No te alegra no ser como el resto del mundo?

Él tembló un poco. Se le empañaron un poco los ojos. A Bette se le empañaron un poco los ojos y le tocó los párpados.

—Querido. Sal de tu vida y sé tierno conmigo un rato.

Dudley le apartó las manos y se las inmovilizó en la cama. Los ojos empañados de ella y los de él se juntaron. Ella enroscó una pierna en torno a él y acortó así al mínimo la distancia entre ellos. Se iniciaron las embestidas y las embestidas continuaron. Con las embestidas, ella cerró los ojos. Con las embestidas, él tuvo ocasión de mirarla.

Ella distendió los brazos. Con las embestidas, se le achataron los pechos. Él le besó el cuello. Ella enseñó los dientes y se mordió los labios. Con las embestidas, un rubor se propagó por todo su cuerpo. Después el arco por encima de las embestidas, un estrecho abrazo y más embestidas, una especie de precipitación.

9.46 horas

El airedale dormía entre ellos. Dudley se dio la vuelta y vio primero al perro. Tomó nota del momento: *Bette Davis ronca*.

Besó al perro en el hocico y besó a Bette en el hombro. Fue al baño y se afeitó con una delicada cuchilla. Se vistió y descorrió las cortinas para iluminar el pelo de Bette. Le besó los brazos y bajó.

El airedale lo acompañó a la salida. Acarició con la nariz a la magnífica bestia. Salió e interiorizó la mañana.

Brentwood al norte de Sunset. Mansiones de estilo Tudor, *châteaux* franceses, haciendas españolas. Dudley Liam Smith: *la suerte te sonrío*.

Cogió su modelo K. Enfiló hacia el Valle y siguió al este en dirección a Burbank. Los polis del aeropuerto le permitieron esperar en la pista. Tenía dos horas libres por delante. Olió a Bette en los puños de su camisa.

Tenía tiempo para urdir planes y concebir estrategias. Tenía tiempo para ingeniar un informe falso que presentar a Bill Parker.

Watanabe / homicidio múltiple / 7-12-41. Segundo sumario, pasada una semana.

Se echó a la boca tres benzis. Coló información redundante. Añadió una capa tras otra de morralla inútil sacada de la investigación de antecedentes. Apiló las pistas que no llevaban a ninguna parte e hizo hincapié en la mentalidad de clan de los japos, que condicionaba el caso.

Las benzis hicieron efecto. Echó lenguaje oficial a paletadas y puso de relieve su frustración como investigador.

La consulta de los registros era imposible. La guerra cerraba todas las vías de aproximación habituales.

¿Es capaz de leer entre líneas, capitán? Llámame Jack quiere que este caso esté en el saco antes de Año Nuevo. Tendrá lo que quiere, pero este condenado asunto me intriga.

El avión procedente de Boston recorrió la pista. Los encargados del equipaje acercaron la escalera rodante a la compuerta. Dudley se apeó y se quedó junto a la

verja. Jack fue el primero en bajar.

Vestía su uniforme azul de la Armada. Vio a Dudley y fue derecho hacia él. Se saludaron con un abrazo y se apartaron mutuamente de un empujón. Se mantuvieron el uno al otro a un brazo de distancia.

—Soplapollas irlandés —saludó Jack.

—Dijo la sartén al cazo —respondió Dudley.

Se subieron al modelo K. Dudley tiró la maleta de Jack a la parte de atrás. Jack manipuló el dial de la radio transmisora-receptora y provocó un zumbido. Dudley abandonó la pista.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jack.

—¿Cómo describió Los Ángeles tu padre una vez?

—Dijo que uno venía aquí para tirarse a estrellas de cine y hacer diabluras.

—Bien, pues. Harry Cohn tiene que presentarte a alguien.

Jack hizo girar la gorra en torno a un dedo.

—No diría que no a Rita Hayworth o Ella Raines.

—Pues tendrás que hacerlo, muchacho —dijo Dudley—. La señorita Hayworth no está en la ciudad, y Harry el judío tiene sus propios planes con la señorita Raines.

—Lo que me convierte en el hombre de abajo en un polvo en grupo entre mongoles.

Dudley se echó a reír.

—Ellen Drew, muchacho. Es una despampanante actriz recién contratada y ahora está esperando en los apartamentos Los Altos.

Jack jugueteó con la radio. Se superpusieron códigos y direcciones. 390, Little Tokyo. Se solicita la presencia de coches patrulla.

—¿Qué pasa en la calle Uno Este? —preguntó Jack.

—Es el barrio de los japos, muchacho. Están deteniendo a los residentes.

—¿No es increíble? Nos lo veíamos venir, pero no pensábamos que ellos atacaran primero.

—Vivimos en un mundo nuevo.

—El lunes cojo un avión con destino a Pearl. Tengo instrucciones, y luego volaré a alguna islucha de mierda llena de caníbales.

Dudley encendió un pitillo.

—Tu padre ha intercedido por mí. A partir de Año Nuevo quedo libre para que me asignen destino. Servicio de Inteligencia Militar. En México, muy probablemente.

—Mi padre tiene aún ciertas influencias —dijo Jack—. Aunque todas esas habladurías, lo de «Joe el Gallina», no le han hecho ningún bien. Vamos, Dud. Hasta tú te achantarías en los bombardeos de Londres. Un paseíto en coche a la isla Esmeralda y dulces gachís irlandesas.

Dudley rodeó el Hollywood Bowl.

—Irlanda es un sitio del que uno no se marcha. De hecho, me sorprende que Joe regresara aquí.

—Aquí tiene su dinero y a sus hijos. En esas circunstancias, tú mismo regresarías. Se acercaba la Navidad. Los árboles artificiales estaban ya colocados. Las huchas rojas del Ejército de Salvación abarrotaban Sunset.

Dudley tiró su colilla.

—¿Tu padre conserva aún la afición por las películas verdes? ¿No la ha perdido a su avanzada edad?

Jack se echó a reír.

—Pregúntaselo tú mismo. Estará en la fiesta de Ben Siegel el domingo. Aclarado este punto, siempre ha definido el negocio del porno como «gran pulcritud a bajo coste».

Dudley se echó a reír. Jack se inclinó la visera de la gorra sobre los ojos. Dudley tomó por Highland en dirección a Wilshire. Una gasolinera y una coctelería decorada con motivos de los mares del Sur flanqueaban los apartamentos Los Altos.

Eran un refugio para actrices principiantes díscolas. Las contratadas ofrecían sus servicios en apartamentos alquilados por días. Dot Rothstein estaba al frente de la sección de tortilleras. Eleanor Roosevelt se amorraba al pilón en el 419.

Dudley aparcó delante. Jack hurgó en la maleta y se echó un poco de Lucky Tiger en aerosol. El muchacho era agraciado pero frágil. Presentaba un vago aspecto a endogamia.

—Conque Ellen Drew, ¿eh?

—Sí, muchacho. Está en el 332. Menciona *The Château in Montparnasse*. Ella hizo el papel de criada francesa.

—No tardaré —dijo Jack.

—Ya lo sé, muchacho. Tu fama te precede.

Jack soltó una carcajada y se largó. Dudley se abstraigo en sus cavilaciones. La casa de los Watanabe. Recorrido mental por el interior número nueve mil.

Recorrió las habitaciones y registró los armarios. Miró bajo el fregadero. Escrutó detrás de la nevera. Rescató dos recuerdos.

Recordó excrementos de ratón junto a un desagüe. Recordó detergente derramado cerca de la lavadora.

Jack subió al coche briosamente. Un chupetón asomaba en su cuello.

—No has tardado —dijo Dudley.

Jack le guiñó el ojo.

—Buena chica. Dile a Harry que la trate bien.

—¿Y ahora adónde, muchacho?

—A Delfern. Mi padre me ha entregado un sobre para Gloria.

Dudley se encaminó hacia el nordeste. Jack cerró los ojos y eludió así la cháchara. Gloria Swanson vivía en Holmby Hills. Joe K. fue su amante en tiempos inmemoriales.

Joe le abastecía con generosidad las cuentas corrientes. Gloria incubó a la hija natural de ambos en el año 27. Joe sentía desdén por su propio patrimonio, y la

mantuvo encubiertamente.

La casa era del tamaño de un pequeño hotel. Dudley se detuvo en la puerta cochera y despertó a Jack. El muchacho pareció sobresaltarse. Cogió la gorra y salió del coche.

La verja del jardín trasero estaba abierta. Jack se encaminó hacia ella. Dudley se abstraía en sus cavilaciones.

Analizó su informe. Hinchó sus notas sobre los interrogatorios en el vecindario. Llevó a cabo el recorrido mental número nueve mil uno. Recordó más cagadas de ratón y lechuga mustia en la nevera.

Jack regresó. Llevaba la cremallera bajada. Subió al coche a trompicones y se ladeó la gorra. Dudley salió a la calle.

—Lo odio —dijo Jack.

—Sí, ya lo sé —dijo Dudley.

—Joe Junior se la folla, yo me la follo. Bobby es demasiado devoto para follársela, y Teddy demasiado joven.

—Sí, muchacho, ya lo sé.

—Eso no me sirve de nada. Lo odio igualmente. Ella me ha obligado a follármela al lado de la piscina, y ahora tengo el culo quemado por el sol.

Dudley se echó a reír y dobló por Sunset. En Holmby Hills los árboles de Navidad alcanzaban la altura de un rascacielos.

—Viola al mundo entero y se caga en la gente decente —dijo Jack—; luego sale corriendo cuando esos gallinas de los boches echan unas cuantas bombas. Yo soy un gallina por vivir a costa de su dinero, y tú eres un gallina por pasearme en coche.

Dudley sonrió.

—¿Al Inmaculado Corazón, pues?

Jack sonrió.

—Al Inmaculado Corazón, soplapollas irlandés.

Bajaron plácidamente por Sunset. Jack miraba por la ventanilla y se rascaba los huevos. Dudley dobló hacia el norte por Western. El convento y colegio estaba enclavado en una ladera.

La limusina del arzobispo se hallaba aparcada en la acera de enfrente. J. J. Cantwell se complacía en quedarse allí de brazos cruzados y observar a las colegialas.

Dudley paró detrás. Jack se apeó y se dirigió hacia el patio. Era la hora del recreo. Laura estaba allí sentada, sola. Parecía una Kennedy, a un solo paso genético.

Vio a Jack y corrió hacia él. J. J. Cantwell se apeó de la limusina. Vestía pantalón de golf de hilo y un jersey rosa.

Dudley se acercó a él. Cantwell miró a Laura y a Jack.

—Está muy delgado, Dud. ¿Es que Joe no le da de comer?

—Se sustenta del amor, Su Eminencia.

Cantwell dejó escapar una risita.

—No viviré para ver a un presidente católico. Joe tiene planes para sus hijos, según me han dicho.

—Así es, Su Eminencia.

—Un jefe de policía católico, eso sí puedo concebirlo.

Jack y Laura se pasaron una pelota de béisbol. J. J. Cantwell los miraba.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse Horrall en el puesto de jefe, Dud?

—Hasta que termine la guerra, Su Eminencia.

—¿Y su sucesor predilecto no será el muy capacitado pero desalentadoramente protestante Thad Brown?

—Lo será, Su Eminencia.

—¿Puede Horrall eludir el escándalo en lo que le queda de mandato?

Dudley torció la mano hacia uno y otro lado.

—No hay garantías, Su Eminencia. El FBI llevará a cabo un sondeo de grabaciones telefónicas en febrero, y el jefe podría salir trasquilado. Recibe pagos de un sargento de Antivicios llamado Elmer Jackson, que mantiene estrechos lazos con una emprendedora madama llamada Brenda Allen. No me gustaría que eso saliera a la luz pública.

—Bill Parker te tiene miedo —dijo Cantwell.

—Ya lo sé, Su Eminencia —dijo Dudley.

—¿Tú le tienes miedo a él?

—No, Su Eminencia. En absoluto.

—¿Tienes algo con que inculparlo?

—No, Su Eminencia.

—¿Tiene él algo con que inculparte a ti?

—No, Su Eminencia.

Cantwell miraba a Laura y a Jack. Se lanzaban la pelota de béisbol. Su Eminencia no se perdía un solo movimiento.

—Me complace este equilibrio de poder entre dos buenos seglares católicos, y os aprecio por igual a Bill Parker y a ti. Me gustaría ver un jefe de policía católico antes de morir, y me disgustaría que este equilibrio se viniera abajo innecesariamente.

13.14 horas

Una manzana de almacenes. Inocua. El número 4600 de Valley: escenario de un atropello y fuga con homicidio.

Las señales del impacto se habían erosionado. La lluvia del lunes había encharcado las marcas de los neumáticos.

Ashida salió del espacio acordonado. Llevaba el expediente de la Unidad Central de Investigación correspondiente a Jim Larkin. Ray Pinker se lo había conseguido.

Un coche de policía se detuvo de un frenazo y rozó el coche de Ashida. Se apeó Bill Parker. Vestía un uniforme demasiado holgado. Tenía una expresión tensa de insomne.

Se acercó. Llevaba las gafas torcidas. Debía de haber perdido el conocimiento con ellas puestas.

—Es un homicidio por atropello premeditado. El hombre poseía destreza y temple. Embistió a Larkin con fuerza suficiente para matarlo y apenas tocó a los chicos. Parece propio de un profesional.

—Y llevaba un jersey morado, igual que el hombre blanco visto frente a la casa de los Watanabe —añadió Ashida.

—Un jersey *malva* —corrigió Parker—. Las fibras que encontró usted en las espaldas de las víctimas eran de color *malva*. *Malva* y *morado*. Es un dato ambiguo.

Ashida asintió.

—La Oficina del Sheriff ha indagado en todos los talleres de reparación y pintado de vehículos, y no ha descubierto nada. El coche tuvo que sufrir algún daño, pero debe de estar guardado en un garaje.

Parker encendió un pitillo. El cinto del arma le resbalaba cadera abajo.

—Como la causa de la muerte era obvia, no se practicó autopsia —dijo Ashida—. Pero he encontrado un detalle interesante en el expediente. El impacto sufrido por Larkin le arrancó un trozo de carne de la cara posterior del muslo. El médico que llevó a cabo el reconocimiento observó una «serie de heridas de arma blanca circunscritas y configuradas de manera uniforme en un grupo muscular», pero no hay fotografía.

Los coches se aproximaban a toda velocidad. El coche de policía los asustaba. Frenaban y aminoraban la marcha.

—El puto cuchillo —dijo Parker—. Tenemos la cicatriz tenue de Ryoshi

Watanabe, y ahora esto.

Los coches pasaban lentamente, muy cerca. Parker permanecía demasiado cerca de ellos. Ashida retrocedió.

—Sí. La bola sigue creciendo.

La radio de Parker emitió un chirrido. A continuación se oyeron voces confusas. Parker se acercó a coger el receptor. El chirrido se niveló.

Ashida estudió las señales del impacto. Reparó en los restos sueltos del molde. Vio una única banda de rodadura con dibujo serrado.

Parker volvió.

—Era la centralita de la Unidad Central. Le he pedido a Nort Layman que distribuyera un parte a nivel estatal sobre las partículas de cristal y el aceite de gamba en los pies de los Watanabe, y acabamos de recibir una respuesta desde Lancaster. Un hospital ha atendido a un «vagabundo japonés» por cortes en los pies y le ha dado el alta hace una hora. Desconocemos el nombre del individuo, pero con eso tenemos ya la mitad de una conexión. Los ayudantes del *sheriff* de la zona habían recibido denuncias de cinco tiendas de comestibles locales. Los clientes habían encontrado partículas de cristal en latas de gambas capturadas y envasadas por japoneses. Es jurisdicción del *sheriff*, y Gene Biscailuz ha visto el parte. Opina que es un acto de sabotaje de la Quinta Columna, y va a acercarse por allí.

Ashida se agarró al cordón. Un coche pasó a toda velocidad, demasiado cerca.

—La centralita me ha facilitado el dato del distribuidor de esas conservas. Se llama Wallace Hodaka, y está en la prisión de Fort MacArthur.

—Tenemos que ir —dijo Ashida.

Parker movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Cruzaron una mirada. Se abstuvieron de más preámbulos. Se dirigieron a sus coches y salieron como flechas.

Viajaron en convoy, hacia el sur. Ashida iba en cabeza. Parker iba al rebufo.

Llegaron a Main Street. Cruzaron Lincoln Heights. Ashida miró por el retrovisor. Parker, pegado a su parachoques trasero, chupaba de una petaca.

Enfilaron hacia San Pedro. Parker no se separaba de él y seguía dándole a la petaca. El centro, el barrio negro, Gardena. Salitre en el aire y camiones militares: al frente, San Pedro.

Llegaron a Fort MacArthur. Llegaron a la prisión. Ashida vio a Parker guardar la petaca y enjuagarse con un colutorio. El vigilante de la entrada miró a Ashida de arriba abajo: «Eh, tú eres japo».

Ashida se identificó. El vigilante se fijó en el coche de policía y les franqueó el paso. Encontraron plazas libres cerca de la puerta. Se apearon y se desperezaron. Parker se tambaleó y aguantó.

Custodiaban la puerta policías militares. Dirigieron un saludo marcial a Parker y miraron de arriba abajo al japo. Parker indicó a Ashida que pasara adelante. La poterna era un recinto cerrado con barrotes. El vigilante sentado a la mesa miró a Ashida con los ojos entornados: «Eh, ¿quién es este japo?».

Parker le habló con tono imperioso.

—Hemos venido a interrogar a un recluso. Se llama Wallace Hodaka.

El vigilante consultó su registro.

—Acaban de entrar y salir unos chicos de Los Ángeles. Un sargento, un tal Smith, ha telefoneado y ha dicho que tenía el visto bueno del jefe Horrall. Hemos dado acceso a los sargentos M. Breuning y R. Carlisle y al agente R. S. Bennett. Han examinado nuestra lista de reclusos y se han ido hace unos minutos.

Ashida tragó saliva. Parker se agarró el cinto y se reacomodó el holgado pantalón. El vigilante descolgó el auricular de un teléfono mural y parloteó en lenguaje oficial. Pulsó un botón. Unas puertas de barrotes corredizas se abrieron.

—Sala de interrogatorio número tres. Es un tipo rechoncho, a lo Tojo, y no habla inglés.

Parker pasó primero. Tenía un andar desarticulado. Daba la impresión de que apoyaba los pies en el suelo precariamente. Ashida lo siguió.

Permaneció ajeno a las hileras de celdas. Los reclusos lo vieron y silbaron. La cosa fue a más celda a celda. Le escupieron. Se mantuvo en el centro del pasillo. Los escupitajos no lo alcanzaban por poco.

La número tres era una sala de tormento de dos metros y medio por dos metros y medio. La puerta estaba abierta. Wallace Hodaka vestía el mono caqui carcelario y estaba sentado a horcajadas en una silla.

Ashida cerró la puerta. Hodaka se levantó e inclinó la cabeza. Se dieron la mano. Hodaka volvió a inclinar la cabeza. Parker hizo aparecer un bote cilíndrico y se tragó seis aspirinas.

—Interróguelo, doctor. Ya sabe lo que necesitamos. Prométale el habeas corpus si coopera.

Ashida se sentó a horcajadas en una silla. Preparó frases en su lengua materna y se arrancó a hablar. Hodaka se arrancó a hablar en respuesta.

Hablaba deprisa. *Quería* hablar. La cosa consistía en «escucha ahora /traduce sobre la marcha». Ashida asentía: «Adelante, por favor».

Wallace Hodaka era perspicaz. Se expresaba con frases directas y no se iba por las ramas. Ashida escuchaba y traducía mentalmente a su ritmo acelerado.

Parker permanecía apoyado en la puerta. Tenía los ojos inyectados en sangre. Estaba medio trompa.

Hodaka se quedó sin aliento. Dirigió una inclinación de cabeza a Ashida y Parker. Ashida le devolvió la inclinación y expuso lo esencial.

—El señor Hodaka no sabe nada sobre las partículas de cristal halladas en las gambas enlatadas que produce, y yo le creo. Está aquí retenido porque fabricó muñecos del emperador Hirohito para venderlos como *souvenirs* hasta hace tres años, cuando los planes bélicos del emperador fueron ya evidentes. Las gambas se envasan en una granja del valle de San Fernando propiedad de unos primos de Hodaka. Realiza el envasado mano de obra rotatoria integrada por jornaleros japoneses. Si

entraron cristales en sus gambas, fue por accidente, y debido a la dejadez de sus trabajadores, o a errores cometidos en los barcos de pesca de los que procedían las gambas. Barcos amarrados en San Pedro le venden la captura de gambas. El señor Hodaka ha dejado muy claro este punto, y también en esto le creo. Siempre ha pagado las gambas en efectivo, y nunca ha consignado sus transacciones. De verdad le es imposible facilitarle los nombres de sus proveedores de gambas.

—Siga —dijo Parker.

—El señor Hodaka sí está al corriente de que unos hombres blancos pretendían adquirir casas y tierras propiedad de japoneses, pero no conoce sus nombres. El «testaferro» era supuestamente un tal Hikaru Tachibana, que, según rumores, ha sido asesinado; pero el señor Hodaka no conoce más detalles a ese respecto. Hace unos días el señor Hodaka recibió la visita de un primo suyo, y le contó que la semana pasada se vio en Little Tokyo y en el Valle a un tal Jimmy Namura, que andaba preguntando por los hombres interesados en la adquisición de casas y tierras. Volvió a verse a Namura el jueves, también en el Valle y en Little Tokyo, repitiendo las mismas preguntas. En esta ocasión Namura presentaba laceraciones faciales y unos vendajes que parecían indicar una intervención quirúrgica reciente. El señor Hodaka no sabe nada más de Jimmy Namura, no conoce a ningún miembro de la familia Watanabe, ni sabe nada de ellos. Una vez más, capitán, creo al señor Hodaka plenamente.

Parker se frotó los ojos.

—Tachibana y Namura eran allegados conocidos de la familia Watanabe. Constaban en el índice subversivo A.

—Lo sé —dijo Ashida—. Y Dudley Smith solicitó la puesta en libertad de Namura en Terminal Island.

—Seguro que Dudley lo tiene escondido. Si está en algún sitio, es en Chinatown. Y si alguien lo sabe, es Ace Kwan.

Hodaka se movía nervioso. Se frotaba la pulsera de recluso. Tenía las cutículas en carne viva a fuerza de mordérselas.

Ashida sonrió.

—Le conseguiré el habeas corpus al señor Hodaka.

—Hoy no —contestó Parker—. Es más útil aquí.

15.12 horas

Más silbidos. Más escupitajos. Esta vez más sincronizados.

«Traidor, traidor, traidor».

Desanduvieron el camino por el pasillo. Parker encabezaba la marcha. Permanecía ajeno a las provocaciones y los salivazos. Seguía dando la impresión de que apoyaba los pies en el suelo precariamente.

Cruzaron la poterna y fueron a sus coches. Parker arrancó primero. Coleó y levantó gravilla.

Un convoy compuesto por dos coches.

Parker encabezó la marcha. Ashida lo siguió. Tenía una vista posterior excelente a través de la luna trasera.

Parker chupaba de su petaca. Parker *zigzagueaaaaba* en su coche de policía. Ashida permanecía pegado a él. Tenían las ventanillas bajadas. Parker escuchaba su radio civil. Era Bruckner a toda mecha, a un volumen excesivo.

Dirección norte. San Pedro, Gardena, Los Ángeles continental. El puente hasta Broadway. Chinatown, justo al frente.

Parker cambió de sentido y torció hacia el restaurante de Kwan. Ashida frenó y se apartó de su camino. Parker subió a la acera y paró en seco ante la puerta. Ashida aparcó enfrente.

La Pagoda estaba engalanada. Los dragones de la entrada lucían coronas navideñas. Había un trineo de Papá Noel encaramado en el tejado. En el trineo una pancarta rezaba: ACORDAOS DE PEARL HARBOR.

Parker guardó la petaca y se enjuagó la boca con un colutorio. Escupió por la ventanilla y salpicó a un Ford que pasaba. Una pasajera lo miró con inquina. Parker le enseñó el dedo corazón y salió tambaleante del coche.

Ashida lo observó. Parker afianzó los pies en la calle y se puso en movimiento. Avanzó a trompicones. Entró en la Pagoda. Ashida corrió tras él.

El comedor era una cripta. Los camareros permanecían ociosos cerca de la cocina. El tío Ace ocupaba su mesa preferida y leía un cómic.

Parker se valió de los respaldos de las sillas a modo de asideros. Se fijó un rumbo y lo siguió. Ashida iba a un paso por detrás de él.

El tío Ace alzó la mirada. Parker se acomodó en una silla. Ashida se sentó a su lado.

—¿Sí? —dijo el tío Ace.

—Tenemos varias preguntas —dijo Parker.

Arrastraba las palabras. Le apestaba el aliento. El tío Ace echó atrás la silla.

—¿Sí? Espero tener las respuestas para usted.

Parker sacó el tabaco. Necesitó frotar la cerilla tres veces para encenderla.

—Un tal James Namura. Su apodo es «Jimmy el Japo». Necesitamos conocer su paradero.

El tío Ace le acercó el cenicero.

—No conozco al señor Namura, ni he oído hablar de él.

—Yo creo que sí.

—Le aseguro que no.

—Yo creo que sí.

—Me ofende que se repita. Descríbame al señor Namura, y quizá así yo comprenda mejor su insistencia.

Ashida observaba. Los camareros observaban. Se limpiaban las uñas con navajas.

—He aquí la descripción —dijo Parker—. Se lo vio hace unos días, y se advirtió que presentaba «cicatrices faciales recientes». Un tal Lin Chung, cirujano plástico, es un destacado miembro del tong que usted dirige, me consta que es usted amigo de un cirujano plástico llamado Terry Lux, y que es usted el proveedor de los opiáceos que utiliza el doctor Lux en su clínica de Malibú. El jefe Horrall está en deuda con usted, pero en este momento eso a mí me da igual.

El tío Ace negó con la cabeza.

—Está usted metiéndose en honduras, Whisky Bill. Le aconsejo que se vaya a casa y duerma la mona.

Parker se sonrojó. El tío Ace sacó un estilete y se rascó el cuello con la hoja. Parker señaló a Ashida.

—Este hombre es japonés.

—Sí, y goza de celebridad y prestigio en la ciudad por sus conocimientos forenses.

Ashida se ruborizó y se sentó sobre las manos. Con ese gesto contenía los desvanecimientos.

El tío Ace dijo: お会いできて光栄ですよ、芦田さん。あなたが苦しい立場におかれていることは理解しているつもりです。Ashida se apresuró a traducir:

—«Encantado de conocerlo, doctor. Me hago cargo de su bochorno en este momento». —Era un japonés perfecto.

Ashida se puso en pie e inclinó la cabeza. El tío Ace se puso en pie e inclinó la cabeza. Parker enrojeció, al borde del ataque cardíaco.

Dio un codazo a Ashida. Le dolió. A Ashida se le entumeció el brazo.

—Usted odia a los putos chinos. No me diga que no. Ocúpese de este interrogatorio y obtenga la información que necesitamos.

Ashida dijo: わたしにはあなたに対して含むことは何もありませんよ、クワンさん。Ashida tradujo en su cerebro: «Solo deseo lo mejor al señor Kwan».

El tío Ace sonrió.

—Inmundos salvajes amarillos —dijo Parker—. ¿Cómo coño se atreve?

El tío Ace guiñó el ojo a Ashida. El tío Ace reanudó su manicura con el estilete.

—Péguele —dijo Parker.

—No —dijo Ashida.

El tío Ace sonrió.

Los camareros observaban. Ashida los observaba a ellos. Sostenían sus navajas contra las piernas.

—Péguele —dijo Parker.

—No —dijo Ashida.

El tío Ace sonrió.

Los camareros dieron un paso al frente.

—Péguele —dijo Parker—. Si no, es un japo cobarde de mierda.

—No —dijo Ashida.

El tío Ace se rio y guiñó un ojo. Parker se puso en pie.

Golpeó la mesa con las rodillas. El cenicero saltó. Las colillas volaron. Parker saltó y se abalanzó hacia el tío Ace. Parker cayó en la mesa, de bruces.

El tío Ace echó atrás la silla. Parker volcó la mesa con su peso. Las patas se partieron. La mesa se desplomó. Parker se fue abajo con ella, de bruces.

El tío Ace sonrió a Ashida y se marchó a la cocina. Los camareros lo siguieron.

Parker agitó los brazos y las piernas e intentó levantarse. Se le habían roto las gafas. Ashida se arrodilló y lo retuvo. La mesa crujió bajo el peso de ambos.

Se deja alterar y gobernar por emociones pueriles. No es Dudley Smith.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 13 DE DICIEMBRE DE 1941

15.39 horas

Dibujé a Scotty mientras dormía. Mantuve la habitación a oscuras y utilicé la lámpara de la mesilla como dispositivo de encuadre. Ahora es media tarde. Scotty llegó en ese estado de agotamiento fruto de toda una noche en vela. Vivimos en una ciudad que está en marcha las veinticuatro horas. El agente dormido Robert S. Bennett es un ejemplo de ello.

Scotty tiene los músculos contraídos, y revelan claramente sus recientes esfuerzos. Anoche trabajó en el acordonamiento de Chinatown, durmió poco y mal en el cuarto de camastros de la Unidad Central y volvió al servicio con los otros gorilas del Dudster: Mike Breuning y Dick Carlisle. Siguieron horas de lectura de expedientes para el «poco rentable» caso de homicidio de los Watanabe, que se ha convertido en «un grano en el culo» para el jefe Jack Horrall. Después una visita a la prisión de Fort MacArthur. Inexplicablemente todo guardaba relación con el aceite de gambas, el aceite de pescado, las esquirlas de cristal y la casa de los Watanabe. Los gorilas Breuning y Carlisle consultaron un registro de detenidos, obtuvieron la dirección de una envasadora de pescado cuya actividad se desarrollaba en una granja japonesa, y enviaron al gorila Scotty al extremo este del valle de San Fernando. Ese viaje al sur y el precipitado regreso al norte desconcertaron al gorila Scotty; todo guardaba relación con «esos tipos blancos» que pretendían comprar las propiedades de los «japos»: para él aquello era pura jerigonza. El gorila Breuning y el gorila Scotty contuvieron con mano dura a los japos mientras el gorila Carlisle retiraba el equipo de envasado a fin de evitar «riesgos para la salud pública». El gorila Breuning habló en inglés pidgin a los japos, que no «soltaron prenda». El gorila Scotty recibió la orden de repartir bofetadas entre los japos mientras el gorila Carlisle los exhortaba al silencio. El gorila Scotty no sabía aún qué se proponían el Dudster y sus muchachos. A mi tierno chico no le hizo ninguna gracia abofetear a japos pasivos, pese a que mató a un «chino» el jueves por la noche.

Los Ángeles en los inicios de la guerra y aventuras las veinticuatro horas del día. Mi chico rudo, contraído mientras duerme.

Desplacé la lámpara para proyectar la luz sobre el espacio de la cama contiguo a Scotty. Dibujé a Claire De Haven en el papel de ella misma y a Claire en el papel de

Juana de Arco. Puse sus dos versiones junto a mi amante desnudo. Examiné los dibujos y comprendí cómo Claire había conseguido una transformación tan perfecta.

Todo era cuestión de fe. Ella no existía más allá de su imaginación. Las cosas son tal como uno las concibe. Ella afectaba ironía y poseía solo fanatismo. Se aferraba a William H. Parker y a mí porque los dos éramos de su misma ralea. Los dos éramos sus enemigos y sus únicos parientes consanguíneos.

Ya había oscurecido. Apagué la lámpara y volví a acostarme junto a Scotty. Mi chico rudo dormía profundamente. Apoyé la cabeza en su pecho y sentí la cadencia de los latidos de su corazón.

Lee llegó a casa. Lo oí entrar en su dormitorio independiente y cerrar la puerta. Llegaba música de baile de los clubes del Strip; una luna resplandeciente se deslizaba entre los nubarrones e iluminaba a Scotty de vez en cuando. Pensé en la fiesta de Claire, que sería la noche del lunes, y me pregunté por qué la consulta del doctor Lesnick no me había devuelto la llamada después de solicitar yo una segunda visita. ¿Respuesta probable? Claire había hablado con el médico traidor. Dijo: «Déjalo correr, Saul. Es mía».

Qué manera de dormir. Robert Sinclair Bennett, cómo te han hechizado. Ahora formas parte del teatro de sombras de Dudley Smith. Estás metido hasta el cuello, como lo estoy yo con William H. Parker.

Me quedé ahí tendida durante horas. La música empezó a apagarse cuando se acercaban las dos de la madrugada. «Moonlight Serenade» anunciaba siempre la hora de cierre en el Dave's Blue Room. ¿Cuántas veces había soñado que Bucky y yo bailábamos al ritmo de esa melodía? ¿Adónde llevaban a Hideo Ashida sus sueños con Bucky?

«Moonlight Serenade» se alejó de mí. Abrí los ojos en una habitación a plena luz del día. Scotty se había ido.

La puerta estaba entornada. Scotty estaba en el pasillo. Llevaba puesta la ropa del día anterior. Hablaba con Lee.

Scotty, con la pistolera al hombro y la pajarita de cuadros escoceses. Lee, de uniforme.

Estaban demasiado cerca el uno del otro. Lee decía:

—Yo podría contigo.

Scotty señaló con el pulgar en dirección a mí.

—Ya sabes dónde estaré si te apetece intentarlo —dijo.

Chicos rudos: ninguno de los dos parpadeó.

14 de diciembre de 1941

7.27 horas

Helen fue a misa. Él debería haber ido. Dudley Smith lo ahuyentó.

Parker se quedó en su leonera. Tomó un sorbo de su copa antirresaca y observó sus diagramas. *Caso Watanabe / Detalles-Cronología* lo tenía cautivado.

Dudley le envió un segundo sumario. Llegó a su bandeja antes del exabrupto en el restaurante de Kwan. Era de una precisión verificable. Podía ser fraudulento.

Debería haber ido a misa. Podría haber interrogado a Dudley. Ace Kwan ya lo habría puesto al corriente de la escena.

Parker tomó un sorbo de vodka con zumo de limón y cayena. Inventaron la fórmula unos jesuitas. Era un purgante previo a La Promesa. Se tomaba después de misiones quijotescas y acciones mortificantes.

Había salido del restaurante de Kwan a trompicones. Llegó a su coche y llamó por radio a la prisión de Fort MacArthur. Obtuvo la dirección de la envasadora de Hodaka y fue hasta allí.

Encontró a los trabajadores amedrentados. Se negaron a hablar. Su conjetura: los chicos de Dudley lo habían precedido. Extrajeron información y cortaron todo futuro acceso.

El brebaje de los jesuitas le abrasó las tripas. Aliviaba el dolor de la abstinencia. Aplazaba La Promesa.

Parker hizo anotaciones en el diagrama. Se acordó del tío Ace. El capullo parpadeó una sola vez.

Planteó una triple conexión. Jimmy Namura / cicatrices faciales /Lin Chung y Terry Lux. Esa conexión provocó el parpadeo de Ace. Parker anotó el momento y añadió unos interrogantes.

El brebaje de los jesuitas aplacó su ansia. En ese punto la cosa se ponía peligrosa. Tenía que evitar El Deslizamiento Cálido.

Parker dibujó esvásticas y Lugers. Parker dibujó cachas de Luger con esvásticas en relieve. La cacha cae de la mano de Jim Larkin. Las Lugers en el *bungalow* de Larkin. Supuestas Lugers en la Deutsches Haus. Las Lugers disparadas en la farmacia y la casa de los Watanabe.

El diagrama lo tenía cautivado. El brebaje de los jesuitas, ídem de ídem.

Parker despachó el brebaje y agarró su maletín. Se dobló por la cintura a causa de la quemazón de la pimienta. Salió, fue hasta su coche y, allí sentado, sobrellevó una

serie de espasmos en el vientre.

Encontró un programa religioso en la radio. Un sacerdote ensalzaba la contención como deber. Se dirigió hacia el oeste y perdió la noción del tiempo.

La playa. Camiones militares y nuevos búnkeres junto al mar. Santa Monica Canyon. El *bungalow* de Larkin.

Misión quijotesca. Hagámoslo igualmente. Ese truco aprendido hace tiempo. Giremos el picaporte y golpeemos la jamba, así de fácil.

Se acercó a la puerta.

Lo hizo.

Volvieron los retortijones. Volvió La Sed. La puerta se abrió: así de fácil.

Entró y cerró. El canal con koi en medio del salón lo fascinaba. Fue a la cocina y encontró copos de algas. Regresó y echó comida a los koi.

Los peces se abalanzaron como exhalaciones y engulleron. Parker resistió los espasmos y fue al dormitorio. Echó comida a los koi de la terraza. Abrió el armario. Diecisiete Lugers nazis: allí mismo, suspendidas de sus estaquillas.

Las descolgó y las metió en el maletín. Empezó a transpirar. El sudor olía a alcohol de grano y zumo de limón. Salió y cerró la puerta. Hideo Ashida estaba junto a su coche.

Los retortijones. Diecisiete armas en su maletín. Traqueteaban y rechinaban. Pesaban veintitantos kilos.

Parker acarreó las armas. Traqueteaban y rechinaban. Ashida permaneció inmóvil, en actitud remilgada.

—He cogido las Lugers de Larkin. Podemos probarlas en el laboratorio y comparar las balas con la bala disparada en la casa.

—Las balas empleadas en la casa y en la farmacia estaban demasiado degradadas para utilizarse como modelos específicos —dijo Ashida—. Si probamos estas armas, se producirá una erosión similar, y el resultado obtenido no será verificable. Tengo la relativa certeza de que todas las armas utilizadas en este revoltijo de casos procedían de la Deutsches Haus. Tendremos que conformarnos con esa suposición.

—Puede usted espolvorear las armas —dijo Parker—. No disponemos de ficha con las huellas de Larkin, pero así podríamos situarlo a él, o a *alguien*, dentro de la casa. La prueba serviría para corroborar la presencia del coche en el camino de acceso y el atropello y fuga.

—Sí —dijo Ashida—. He venido a robar las armas con esa intención.

Parker dejó el maletín en el suelo. Ashida se llevó una mano al bolsillo y sacó una pastilla. *Señor, le apesta el aliento.*

Se la tendió. Parker la desenvolvió y se la echó a la boca. Clavo y regaliz. Un paliativo para niños. Deadwood, 1910.

—Los hombres del *sheriff* apenas prestaron atención al caso, así que me encargué yo mismo de los interrogatorios a los vecinos de la manzana —dijo Ashida—. Descubrí que el señor Larkin era afable y locuaz, disfrutaba de la compañía de

personas más jóvenes y era un amante del ciclismo. No recibía a gente en su casa. Sus vecinos no sabían que estaba obsesionado con la cultura japonesa, ni que escondía dinero del Eje y armas de fuego alemanas. Según la radio, fue agente del servicio de inteligencia británico en la Primera Guerra Mundial, cosa que me parece creíble. Ninguno de sus vecinos lo sabía, cosa que me parece reveladora.

Parker trituró la pastilla. Ashida le entregó una tira de chicle con pepsina Beemans.

Parker lo desenvolvió.

—El lobo solitario con una vida secreta.

—Sí. Que llamaba desde teléfonos públicos y llevaba encima fichas telefónicas.

Parker masticó el puñetero chicle.

—Los Watanabe telefonaron a cabinas de Santa Mónica.

—Sí, y verifiqué las ubicaciones exactas. Estaban todas en Lincoln Boulevard, a no más de tres kilómetros de aquí.

—Todo es Quinta Columna. Huele a eso. Un exmiembro del Servicio de Inteligencia muy reservado, unos japoneses muy reservados.

—No sabemos quién llamó a esos teléfonos públicos ni con quién hablaron —dijo Ashida.

—Voy a solicitar por vía judicial los registros de llamadas de esas cabinas —dijo Parker—. Las llamadas salientes quedan registradas, y quizá así podamos hacernos una idea acerca de las entrantes.

Ashida negó con la cabeza.

—Lo que propone es un proceso muy largo. Ahora la compañía telefónica Bell está desbordada de trabajo por las necesidades del Departamento de la Guerra. Ninguna petición jurídica tendrá fuerza.

Parker escupió el chicle.

—He echado comida a los koi.

Ashida le entregó otra tira.

—Eso mismo iba a hacer yo.

Parker la desenvolvió.

—Les encontraremos una buena casa cuando todo esto termine.

—Sí. Eso mismo pensaba yo.

Parker señaló sus coches. Se abstuvieron de más preámbulos. Ashida movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

Se subieron, cambiaron de sentido, se encaminaron hacia el centro en convoy. Ashida encabezó la marcha. Parker fue pegado a él. Mascó el puto chicle hasta dejarlo seco.

Llegaron a la Comisaría Central y fueron al laboratorio. Lo tenían para ellos solos. Ashida echó la llave.

Parker encajó una silla bajo el picaporte. Ashida despejó una mesa de examen. Parker sacó las Lugers.

Ashida sacó un paquete de chicles y una cajetilla de pastillas para la tos. Parker asintió: «Sí, vale».

Ashida etiquetó las Lugers: números del 1 al 17. Parker mascó chicle y lo observó trabajar.

Los retortijones remitieron. El alcohol latente se evaporó. La cayena le abrasaba la boca. Ese día el tembleque le sobrevendría o no. La Sed Denegada empezaría al día siguiente.

Ashida trabajaba. Parker observaba. Mascaba chicle y chupaba pastillas para la tos. Bebió un café que alguien había abandonado.

Ashida se puso guantes de goma y orejeras. Cargó las diecisiete Lugers con balas de prueba. Las sostuvo con delicadeza para no borrar las huellas.

Disparó las diecisiete Lugers. La galería balística vibró. Recuperó las balas utilizadas. Estaban todas partidas por la mitad.

Parker observaba. Ashida examinó las marcas del percutor. Se le iluminó el rostro e inclinó la cabeza.

—Yo tenía razón. Estas armas, el arma del atraco a la farmacia y el arma disparada en la casa de los Watanabe eran todas de la misma hornada. Se advierte el mismo defecto del percutor en los tres casos.

Parker recordó algo.

—Cuando fiché a esos tarados detenidos en la redada de la Deutsches Haus, uno de ellos dijo que había habido un allanamiento en el local el lunes por la noche. Dijo que habían robado silenciadores y Lugers. Durante la redada no encontramos nada, y por eso se libraron del cargo de venta ilegal de armas. Pensé que lo decía para cubrirse las espaldas, y lo dejé correr. Ahora pienso que realmente hubo allí un 459.

Ashida tragó saliva y dio un respingo. Ashida desvió la mirada. Parker lo observó atentamente. *¿Ves cómo palpitan esas venas en el cuello?*

—Los cinco hombres salieron bajo fianza. El *Mirror* publicó un artículo.

Ashida mantuvo la vista baja. Parker se acercó a él. Ashida retrocedió.

Fue él. Allanó la Deutsches Haus.

Parker retrocedió. Parker bajó la mirada. Parker alzó la mirada y sonrió. Ashida alzó la mirada y lo vio. Ashida sonrió. Inclinaron las cabezas en formal sintonía.

Parker dio media vuelta. El momento necesitaba aire.

Mascó chicle. Chupó pastillas para la tos. Se volvió de nuevo. Ashida había adoptado otra vez su apariencia remilgada. Parker lo observó trabajar.

Tenía a punto el equipo dactilográfico. Polvos / pincel / ninhidrina /celo. Colocó las Lugers al lado. Las etiquetó con celo: de la 1 a la 17.

Introdujo lápices en los cañones. Espolvoreó y roció las superficies. Aparecieron manchas y vetas. Ashida escrutó las superficies. Pistolas del n.º 1 al n.º 5: manchas, borrones y vetas.

Ashida trabajaba. Parker observaba. Ashida espolvoreó el arma n.º 6. Más borrones, más manchas. Ahora espray. Espray primero en esa cache lisa.

Lo hizo. Parker siguió su mirada y captó el PREMIO. ¡Pumba!: ahí hay una huella de un dedo índice de la mano derecha.

Ashida puso celo sobre la huella y obtuvo una muestra transparente. Pegó el trozo de celo a una tarjeta dactilográfica. Abrió un cajón y sacó una muestra de archivo. «Watanabe / 7-12-41 / huella desconocida de índice de mano derecha».

Ashida examinó la muestra. Ashida preparó un microscopio y observó la huella recién levantada. Fue de una a otra tres veces. Mantenía una concentración absoluta.

Parker contuvo la respiración. El chicle quedó seco. Ashida golpeteó la tarjeta del expediente.

—Coinciden. El domingo levanté una huella desconocida en la casa. No hay forma de saber si es del propio Larkin, porque no tenemos una muestra suya. Esta nueva huella concuerda perfectamente. Un hombre tocó una de las armas de Larkin, y ahora lo hemos situado en la casa. Estamos estrechando el cerco.

20.08 horas

Era elegante. Era igualitario. Era un sarao de lo más estelar. Ben Siegel sale de la trena. ¡Esta noche el Trocadero es un delirio!

Jimmie Lunceford y su orquesta. Harry Cohn y sus pataletas. Joe Kennedy, alias «el Gallina». Joan Crawford, comiéndose con los ojos a Scotty Bennett. El *sheriff* Gene Biscailuz, el nababo de las noticias Sid Hudgens, tres docenas de infantes de Marina.

Benny invitó a los muchachos. Rezumaba generosidad patriótica. Había quedado impune del asesinato de «Big Greenie» Greenberg. Benny enseñaba fotos de sus extorsiones en la cárcel. Bill McPherson se trajinaba a placer a una morena con botas.

Dudley circulaba. Mike Breuning y Dick Carlisle pegaban la hebra con Dot Rothstein. Jack Webb perseguía al *sheriff* Gene y lo agobiaba con bobadas pueriles. Ellen Drew y Elmer Jackson capturaban manzanas con los dientes en ponche de ron.

Jack Kennedy se había follado a Ellen el día anterior. Ellen se prostituía al servicio de Brenda Allen en sus etapas entre papeles de ingenua. Benny puso en fila a las chicas de Brenda para los infantes de Marina. *Herr* Siegel, el Papá Noel judío.

Dudley circulaba. Jimmie y sus chicos acometieron un «Especial Lunceford» muy ruidoso. Los clarinetes se mecieron. Las varas de los trombones se deslizaron. El Troca era pura cordialidad.

Pista de baile atestada, mesas hasta los topes, ni un asiento libre en la barra.

El tiempo se inclinó. Año Nuevo del 38. Fue aquí donde vio a Bette por primera vez. Ahora estaba cómodamente instalada en un reservado. Habían cruzado miradas de amantes. Era la señal semafórica: nos veremos más tarde.

Bette estaba allí sentada con su maridito sarasa. Él miraba con interés a un camarero. ¿Seguirá después una jarana homo?

Dudley orbitaba. Benzadrina y Macallan de veinticuatro años. Charló con Harry el Judío. Mi proyecto de peli porno: ¿sí o nones? Harry dijo que se decantaba por el sí: no me atosigues, capullo irlandés.

Dudley circulaba. Joe el Gallina le hizo una seña. Dudley se acercó a su reservado. Departieron sobre los viejos tiempos en Dublín y Boston. Blablabá, blablablá. El destino de Dudley en el ejército. El recorrido de Jack por Los Ángeles de gachí en gachí.

Joe sacó a colación sus excursiones a Tijuana para ver porno. La Dot y Ruth

Mildred eran una magnífica compañía. Dudley perfiló su proyecto porno. Joe prometió veinticinco de los grandes.

Joan Crawford y Scotty Bennett se magreaban. Elmer Jackson y Ellen Drew bailaban el bugui-bugui. Brenda Allen se abatió y sacó a Joe a bailar un fox-trot.

Un gorila de Benny se acercó furtivamente. Entregó un sobre a Dudley. Dudley lo abrió y leyó la nota que contenía.

La lista de la fiesta. Benny había cumplido. La *soirée* de Claire De Haven planeada para el lunes por la noche. Destacados rojos habían confirmado su asistencia. Era una conga de comunistas.

Allí estaría la señorita Katherine Lake. La señorita Lake fue vista en el último sarao de Claire la Roja. El «asunto al margen» de Whisky Bill. Los puntos muertos de Parker y Smith. *Toda lealtad debe someterse a examen.*

Bette salió a la pista de baile. Dudley captó un destello de su vestido verde, arremolinado. Era verde *irlandés*. Se lo había puesto por él.

Bailó con un infante de Marina alto. Los interrumpió un infante de Marina bajo. Bailó con él. Los interrumpió un infante de Marina recio. Bailó con él y lanzó un saludo a Dudley.

La sala se bamboleó. Fue una repetición del terremoto del año 33. Bette ponía el mundo de Dudley sobre resortes.

El infante de Marina bajo se acercó. Dudley le dirigió un saludo militar. El infante de Marina bajo le entregó una nota. Dudley la desplegó.

«D. S. Tengo una *suite* arriba. Reúnete conmigo después de las celebraciones, por favor. Siempre tuya, B. D.»

El infante de Marina bajo se esfumó. Dudley besó la nota y percibió el aroma a pachuli. Orbitó: benzedrina y Macallan de veinticuatro años.

Scotty Bennet y Joan Crawford se magreaban. Brenda Allen y el infante de Marina bajo se magreaban. La Dot y Ruth Mildred lo vieron y pusieron cara de «Aaaagh».

El barullo decayó. Jimmie Lunceford tocó a todo volumen el himno nacional y echó a la gente a la calle. Bette se encaminó hacia la escalera. Dudley vio la cola de su vestido arrastrarse por los peldaños. El maridito y un camarero mariposón cruzaban miradas anhelantes. Se dirigieron hacia un guardarropa, con segundos de diferencia.

El maridito abrió la puerta y se coló. El camarero se coló un momento después. Dudley se aproximó tranquilamente y miró por el ojo de la cerradura. El maridito tenía la polla del camarero en la boca.

Esta magnífica guerra. El mundo sobre resortes. D. S. + B. D.: el corazón y la flecha.

La sala se evaporó. Las parejas se iban hacia la salida, entrelazadas. Joan C. tenía a Scotty B. encoñado.

Dudley subió por la escalera. La puerta de ella presentaba una aldaba en forma de

carcaj de Cupido. Llamó. Ella abrió, al instante.

Se besaron en el umbral de la puerta. Dudley le desabrochó el cierre del vestido verde. Los tirantes quedaron prendidos en los hombros de Bette. Él los deslizó y le bajó la tela verde hasta los pechos. Ella cerró la puerta con un contoneo. Se puso de puntillas y lo besó. Champán y tabaco: ahora él conocía su aliento.

La boca de Bette en la suya. Su boca en la de Bette: eso era lo que quería. La cogió en brazos y cargó con ella. Buscó un sitio donde arrodillarse.

Un sofá de terciopelo copetudo. Sí, ese es el sitio.

Dejó a Bette. Le levantó el vestido. Llevaba las medias prendidas a un liguero.

—Dudley Liam Smith —dijo ella.

Él mordió los broches de las medias.

Los arrancó con los dientes. Le bajó de un tirón las medias y las delicadas bragas hasta los pies.

—Dudley Liam Smith —dijo ella. Le tiró del pelo y levantó las caderas.

Él encontró la versión de ella que quería. Ella pronunció su nombre. Él descubrió ese sabor. Ella le sujetó la cabeza y empujó con la cadera. Él buscó sus pechos. Ella le tiró del pelo.

Ella empujó con la cadera y pronunció su nombre. Ella embistió y perdió su nombre y pasó a un jadeo. Se arqueó y a fuerza de empujar arrimó el sofá a la pared. Con su última embestida volcó una lámpara.

23.23 horas

—Dudley Liam Smith. *¿Estás cansado de oírlo?*

—No, cariño. *No lo estoy.*

—Debes de sentirte incómodo ahí donde estás.

—Soy un muchacho criado en el seno de la Iglesia. *No te imaginas lo acostumbrado que estoy a esto.*

—No querría que me consideraras una costumbre.

—Un consuelo, pues. *Una costumbre solo en el sentido de que he imaginado este momento muchísimas veces.*

—Querido, querido mío. *El poli irlandés grandullón con cuatro hijas, cuando yo daría cualquier cosa por una sola.*

—Tengo una quinta hija, nacida ilícitamente. *Ahora vive en Boston. Es mi hija preferida, pero te la cedería a ti con todo mi amor.*

—Háblame de ella.

—Se llama Elizabeth. *Tiene diecisiete años, y es muy inteligente y encantadora. Ha desarrollado una peculiar forma narrativa con un amigo ciego suyo. Le describe la acción de las películas mientras él oye los diálogos. Es una colaboración magnífica. Ella nunca se queda atrás en la descripción, y así un joven ciego recupera*

el don divino de la vista.

—Me gustaría conocer a esa chica y presenciar ese don suyo.

—Va a venir a Los Ángeles, con su amigo, esta Navidad. Organizaré una salida.

—¿Representa ella un paréntesis de compasión entre tus arranques de brutalidad, Dudley? Lo digo porque me recuerdas a mí misma.

—Tus percepciones me honran, cariño. Te imaginaba como una mujer poderosamente lúcida, pero tu lucidez supera la de tu versión más vívidamente imaginada.

—Todo un reconocimiento por tu parte. Mira, estoy hastiada. Me cansé de los elogios fatuos hace tiempo. «Cree el ladrón que todos son de su condición». Creo que este adagio es aplicable en este caso.

—No me extenderé al respecto. No querría que me consideraras una costumbre.

—Estás redefiniendo la palabra «costumbre» para mí. Esta indecorosa postura nuestra me lleva a replantearme conceptos y actos.

—Querida, querida mía. Te está entrando sueño, lo noto.

—Tengo sueño. Y soy una mujer egoísta que tiene toda la intención de quedarse dormida aquí mismo.

—No seré yo quien te lo impida.

—Dios mío, esos jóvenes infantes de Marina. No quiero que muera ni uno solo. No quiero, y no lo permitiré. Joder con esos putos japos.

—Estás bostezando, nena. Pronuncia una frase magnífica antes de quedarte traspuesta.

—Dudley Liam Smith, hazme el favor de matar a un japo por mí.

23.54 horas

Bette se durmió. Él no. Él se había criado en el seno de la Iglesia. Desplazó las rodillas y mejoró la postura. Tendió el brazo hacia la lámpara volcada y dejó la habitación a oscuras.

Se le pasó el efecto del Macallan de veinticuatro años. Perduró el de la benzedrina. Bette dormía, él no. Sonaba el petardeo de los coches en el Strip. Portazos en el Troca. Surgieron imágenes del eco de esos sonidos.

Su madre le pegaba. Su madre hacía restallar un suavizador de navaja. Él empuñaba su pistola y tenía la cabeza entre los pechos de Bette.

Los sonidos se acallaron. El cielo se iluminó segundo a segundo. Se puso en pie y se frotó las rodillas para reanimárselas. Tendió a Bette en el sofá. La tapó con la chaqueta de su traje y se marchó al coche en mangas de camisa.

El mundo se movía sobre resortes. Todo él olía a Bette. Tomó por Sunset en sentido este y enfiló al sur por Virgil.

El semáforo de Melrose lo obligó a detenerse. Miró alrededor y vio a un japo

desgalichado en una cabina de teléfono. Hablaba acompañándose de gestos a la japonesa.

El semáforo se puso en verde. Dudley se arrimó al bordillo y se apeó. El japo siguió con su parloteo. Dudley se acercó a la cabina. El japo advirtió su presencia.

¿Qué pasa aquí? ¿Dónde ha dejado la chaqueta? ¿A qué viene esa pistola?

Dudley sacó esa pistola y descerrajó cuatro tiros al japo en la cara. La parte de atrás de su cabeza y la parte de atrás de la cabina reventaron.

—Por Bette Davis —dijo Dudley.

15 de diciembre de 1941

6.17 horas

Entrenamiento de fútbol americano. Escaramuza de primera hora de la mañana. Su vista habitual desde la ventana.

Esta vista se la proporcionaba su apartamento. Esta vista era la causa por la que lo alquiló. Todos los caminos volvían a Belmont. Verdinegros para siempre.

Ashida observó un ejercicio de bloqueo y pase de balón. Imaginó que los dos receptores eran Bucky. Los dos chicos marraron la jugada. Cerró los ojos y los imaginó más exactamente como Bucky. *Su* Bucky atrapó el balón y pasó corriendo entre los palos.

Se dirigió al armario del salón. Guardaba allí, en un estante, su chisme de activación. Tenía al lado la caja de fotos.

Las fotos estaban en fundas de papel y protegidas de la luz del sol. Había escondido la cámara detrás de un saliente, orientada hacia las duchas. Un reloj de pulsera con la cuerda tensada activaba el obturador.

El entrenamiento de baloncesto terminaba a las cuatro. La cámara se disparaba a intervalos de dos minutos. Las instantáneas afortunadas capturaban a Bucky, desnudo.

Ashida examinó las fotos. Las sostuvo por los bordes, sin dejar huellas. Se acordó de su trabajo en el laboratorio con Bill Parker. Obtuvieron esa única huella. Espolvoreó las otras Lugers, sin ningún resultado. Parker dedujo su intervención en el 459 de la Deutsches Haus. Se abstuvieron de toda alusión explícita.

Las fotos eran perfectas. Bucky era perfecto. El blanco y negro se veía nítidamente plasmado. Kay Lake tironeó de él. Él adoptó la perspectiva de ella. La cazadora boba estaba encaprichada de Bucky Bleichert. ¿Qué pensaría de *su* Bucky, desnudo?

Anoche lo llamó. Era por ese documental delirante. La denuncia de un escándalo. Las redadas como pogromo. Eso se derivaba de sus maniobras con Bill Parker.

Lo invitó a una fiesta prevista para esa noche. La «camarada» Claire ofrecía una *soirée*. Accedió a ir.

Ashida dejó las fotos en su sitio y examinó el chisme. La montura de la lente seguía firmemente acoplada. El cable del obturador estaba tenso. El mecanismo conmutador se había desportillado con el paso del tiempo. Debido a eso, el chisme era *no* perfecto.

El chisme nuevo continuaba frente a la farmacia Whalen. Llevaba incorporado un conmutador secundario. Era temprano. Podía retirar el conmutador de reserva y reacondicionar el chisme antiguo.

Bajó a la calle. Cogió el coche y fue al centro. El tráfico era fluido. Eso le proporcionó una ventana cognitiva. Recorrió la casa mentalmente.

Watanabe / CP 187. Habitación por habitación, cuadrante por cuadrante. Nueve días desde los asesinatos. Su diezmilésimo recorrido.

La calle Seis con Spring presentaba la quietud propia de esa hora de la mañana. Aparcó frente a la farmacia Whalen y examinó el chisme. La carcasa se conservaba bien. El chisme seguía protegido. Extrajo el conmutador secundario y se marchó.

Encendió la radio. Sintetizó la banda de la policía. Código 3: homicidio en Melrose con Virgil.

Un muerto en una cabina telefónica. Heridas de bala, a quemarropa. Se solicitaba la presencia de técnicos de laboratorio y empleados del depósito. Ray Pinker y Thad Brown ya allí.

Ashida volvió a su casa. Subió y cogió el *Herald* matutino. Vio una foto por debajo del pliegue.

Una redada de federales. Una tienda de curiosidades: la Uno con Alameda. Dick Hood, Ed Satterlee, dos federales desconocidos. Un japonés asustado.

Dos federales sostenían grandes espadas. Dos federales sostenían VAINAS a juego. Ahí estaba. Por pura casualidad. Justo en el recorrido mental número diez mil.

He ahí el detalle que él había pasado por alto. He ahí el detalle que Dudley había pasado por alto.

No había VAINAS. No había GANCHOS ni ESTAQUILLAS en las paredes donde colgar las espadas. Esas eran piezas de exhibición. Siempre se colocaban en lugar visible.

Ashida vibró. Sonaron los clics de obturadores de cámara.

No había vainas.

No había ganchos ni estaquillas en las paredes.

No había masilla de relleno ni muescas en las paredes. No había irregularidades en el papel pintado de las paredes.

CLIC: diez mil veces. CLIC: diez mil una.

CLIC: ahora el mundo aumenta de revoluciones. CLIC: es la velocidad de una película muda.

Ashida volvió a la calle. Cogió el coche. El coche lo llevó. Recorrió la avenida Cuarenta y cinco en un segundo. La casa resplandecía con un brillo diez mil veces demasiado intenso.

Accedió. Se quedó inmóvil y redujo toda esa velocidad.

Cruzó el salón. Escrutó y constató. Cruzó el comedor. Escrutó y constató. Cruzó la cocina. Sí, escrutó y...

—Hola, muchacho.

Ashida se volvió. Dudley vestía pantalón a cuadros, de traje, sin chaqueta.

—Es usted la viva imagen de la revelación, muchacho. En este momento tiene esa peculiar expresión, los ojos muy abiertos.

—Ya sé qué pasamos por alto. Ese «detalle muy evidente». He venido para constatarlo.

Dudley sonrió. Tenía una mancha de carmín en el cuello.

—¿Tenía intención de decírmelo? ¿O pretendía dar a conocer el descubrimiento única y exclusivamente a Bill Parker?

—Aún no lo había decidido —respondió Ashida.

Dudley se echó a reír.

—¿Cuántas pruebas ha retenido? Siento curiosidad por saberlo, y por conocer el grado de connivencia entre usted y Bill Parker.

Ashida se aferró al borde del fregadero.

—No pienso decírselo.

—Dígame qué pasó por alto, pues —dijo Dudley—. Deslúmbreme con sus circunloquios.

Ashida sonrió.

—No había vainas. No había estaquillas ni ganchos en las paredes. No me explico cómo se nos escapó algo así a los dos.

Dudley inclinó la cabeza.

—Extrapole, por favor.

—El asesino entró las espadas en la casa, con algún tipo de envoltorio, o las escondió aquí en una visita anterior —dijo Ashida—. Fue un acto premeditado, y se concibió y embelleció en un estado de psicosis creciente. La familia se prestó por un sentido racial y culturalmente retrógrado de la deshonra, derivado, por un lado, de la mala conducta sexual y el reciente aborto de Nancy Watanabe y, por otro, del voyeurismo incestuoso y los probables abusos a los que Johnny Watanabe sometía a Nancy. El móvil de los homicidios es tripartito. El asesino actuó movido por una animadversión sexual, una sensación de traición personal y una convicción ideológica demencial. El caso entero estriba en la distinción entre el tono malva y los distintos tonos de morado. Las fibras de color malva presentes en la espalda de las víctimas acusan de manera concluyente al asesino, independientemente de lo que el jefe Horrall y usted deseen. Podría ser el hombre blanco corpulento visto con un jersey morado. Podría ser un japonés, con una prenda de una tonalidad mucho más clara. Las espadas ceremoniales son casi ilegales. Las tiendas de curiosidades que las venden no llevan el registro. Compran las espadas coleccionistas blancos, además de patriarcas japoneses deseosos de rendir homenaje a su patrimonio feudal. En lo referente a pruebas, estamos en un callejón sin salida. Empiezo a ver claros los *móviles* generales.

Dudley se olfateó los puños de la camisa. Ashida percibió un perfume con esencia de orquídea.

—No le exigiré que me informe de lo que ha retenido. Preguntaré si tiene

sospechosos.

—Creo que entiendo el crimen —contestó Ashida—, pero no tengo la menor noción de quién lo cometió. Tengo la impresión de que en gran medida es un caso abierto.

—Usted mismo lo ha dicho, doctor. El jefe Horrall y yo preferiríamos en gran medida un asesino japonés. No dudo que ha hablado usted de nuestros deseos con el capitán Parker.

—Así es. Hemos hablado de ello —dijo Ashida.

—¿Han hablado también de la justicia oficial frente a la no oficial? ¿Ha ensalzado Whisky Bill ante usted las virtudes de la justicia oportuna?

Ashida se acercó. Dudley Smith apestaba a mujer.

—Explíquemelo *usted*, sargento. Dígame *usted* qué significa.

Dudley se acercó más. Sus manos casi se tocaron.

—Un asesino japonés encausado antes de Año Nuevo. Un hombre tan vil que la injusticia de su condena quede monumentalmente eclipsada por la pura monstruosidad de los actos que ya ha cometido, y plenamente justificada por la prevención de acciones futuras que con toda certeza cometería. Quizá descubramos, o quizá no, al verdadero asesino en fecha posterior. Entonces será eliminado anónimamente, sea cual sea su raza.

Ashida inclinó la cabeza.

—Esa declaración no me resulta en absoluto ofensiva.

Dudley se olfateó los puños de la camisa. Ese ser demente, conmovido por un aroma.

—Encomio su comportamiento en la Pagoda de Kwan. Su compostura ante la zafiedad de Whisky Bill no ha pasado inadvertida a Jack Horrall.

—Los auspicios del jefe de policía son importantes para mí.

—Como debe ser —dijo Dudley—. El jefe se reunirá con J. Edgar Hoover en Union Station esta tarde. El señor Hoover viene con la intención de ultimar sus planes para abrogar las libertades civiles de los japoneses, su gente. Se confiscarán las radios y las armas de fuego en poder de japoneses. Se impondrá el cierre forzoso a otras muchas empresas japonesas. Tendrá lugar una incautación masiva de propiedades y activos financieros japoneses, y es probable que se obligue a su gente a llevar puestos brazaletes degradantes. Yo personalmente condeno esas medidas, aunque intente aprovecharme de ellas. Considero una suerte que mi tendencia a la ilegalidad me dé cierto margen de maniobra y me permita ofrecer oportunidades y protección a mis colegas y a aquellos que me ayudan a llevar a cabo mis objetivos. Intuyo que empieza usted a cobrar forma como colega.

A Ashida se le secó la boca. De pronto la cocina se le antojó un horno.

—Esta madrugada un japonés ha sido asesinado —continuó Dudley—. Se llamaba Goro Shigeta, y ha muerto a tiros en una cabina al sur de Hollywood. Por lo visto, tenía importantes deudas con los corredores de apuestas de Little Tokyo, y

Thad Brown opina que lo han asesinado para saldar una deuda de juego. Yo discreparía de esa hipótesis. Opino que un hombre blanco, movido por un patriotismo mal entendido y por el odio racial, ha matado al señor Shigeta, y creo que su gente será víctima de otras muchas manifestaciones de ese mismo odio. Me gustaría ahorrarles a usted y su familia ese horror.

Ashida, aferrado aún al fregadero, tenía los nudillos blancos.

—¿Y a cambio?

—A cambio, me gustaría que sopesara usted los pros y los contras de mis auspicios frente a los de Bill Parker.

—Sí, no me cerraré a ninguna posibilidad —dijo Ashida.

Dudley inclinó ligeramente la cabeza.

—Magnífico. A propósito, me gustaría enseñarle una cosa. Implica un viaje a Malibú, mañana por la tarde, y guarda relación con un plan en el que trabajamos Ace Kwan y yo. Hemos tomado la determinación de ayudar a algunos miembros de la comunidad japonesa a eludir el internamiento.

—¿Miembros acaudalados?

Dudley guiñó un ojo y se dio media vuelta. Cogió el auricular del teléfono del comedor y marcó un número. Ashida oyó que alguien descolgaba.

Dudley se echó a reír. La línea crepitó. Dudley dijo: «Doctor Ashida» y «testigo del procedimiento». Dudley escuchó y sonrió.

«Nuestro amigo cirujano, Terry Lux», dijo Dudley. Escuchó y sonrió. Dudley dijo: «¿Está desintoxicando a la señorita De Haven? Sí, sé quién es».

La «camarada» Claire. Kay Lake. La fiesta de esa noche. Una extraña confluencia.

Ace Kwan bramó al teléfono. Era sin duda *su* bramido. Dudley guiñó un ojo y se dio la vuelta. Ashida se escabulló por la puerta de la cocina.

Ahí: una última mirada. Una mirada reveladora: Dudley se olfatea los puños de la camisa.

9.24 horas

Rodeó la casa. Los vecinos lo miraron con inquina. *¿Quién es ese japo? Ah, sí: es de la poli.*

Ashida arrancó el coche. Se sentía aturdido. El coche lo llevó. Dejó atrás el laboratorio. Lo llevó al cruce de Virgil y Melrose.

La cabina estaba acordonada. ZONA BAJO INVESTIGACIÓN POLICIAL. PROHIBIDO EL PASO. Coches de la policía, modelos K, furgones de fiambres. Thad Brown, Nort Layman, Ray Pinker. Tres empleados del depósito, con bolsas de cadáveres ya a punto.

Ashida aparcó en la acera de enfrente. Echó atrás el asiento y observó.

Goro Shigeta tenía cara pero no cabeza. La parte posterior del cráneo había desaparecido. Sus orejas volaron junto con los sesos. El asesino se hallaba a corta distancia de él. Eso indicaban las quemaduras de pólvora en la frente. Los disparos hicieron añicos la pared posterior de la cabina.

Ray Pinker guardó los casquillos en bolsas. Eran gruesos. Eran probablemente de calibre 45 para pistola automática Colt. Los hombres del depósito recogieron los sesos.

Ashida observó. Se quedaba absorto en simples detalles. El día se le fue escapando de las manos.

Los hombres del depósito se llevaron a Shigeta. Thad Brown organizó un equipo para interrogar a los vecinos. Los uniformados se alejaron en tropel por Virgil hacia el horizonte sur y desde allí desanduvieron el camino. Formaron un corrillo en torno a Brown. Todos ponían cara de «Nones, nada, nanay».

Brown los envió a casa. El escenario del crimen se dispersó. Un uniformado se quedó y montó guardia en la cabina.

Ashida se marchó. El coche lo llevó. Pensó en Dudley Smith. Alguna mujer había marcado al Ser Demente. *Él* conocía su aroma, indirectamente.

Ashida fue al centro. Aparcó en doble fila frente a la comisaría y subió corriendo al laboratorio. Llegaba tarde a la fiesta de Claire De Haven. Tenía guardada una muda limpia en su taquilla.

Fue directo a la taquilla. Encontró una nota pegada con celo a la puerta.

Hideo:

Respecto a Watanabe / CP 187.

Nort tiene más información sobre los cadáveres. (La descongelación ha revelado unas marcas irregulares en las heridas, y ahora Nort está convencido de que las espadas halladas en el lugar del hecho no habrían podido causar esas incisiones.) Por otro lado, ha encontrado en los hígados de las víctimas mínimos restos de un veneno narcótico japonés muy poco común.

R. P.

Lo asaltó de súbito, todo revuelto. Lo cribó desde un punto de vista forense. Aplicó, capa a capa, la lógica de una investigación. Lo sacudió y lo desparramó todo.

El asesino llevó las espadas y las impregnó de sangre después de las muertes. No los mató con las espadas. Las espadas sirvieron solo para realizar las incisiones vacilantes. Las incisiones se efectuaron después de las muertes, sin más objetivo que sembrar confusión. El veneno narcótico anestesió a los Watanabe. En el momento de la muerte estaban inmovilizados y sumisos. El asesino los mató con un prosaico instrumento extranjero o *el cuchillo*.

Los venenos narcóticos japoneses provocan vómitos casi de inmediato. Siguen los estados de euforia y narcolepsia previos a la muerte. El asesino conocía a los Watanabe. El asesino les sirvió té. Ellos vomitaron y se mancharon la ropa. Los obligó a cambiarse de ropa en un estado de euforia. Ryoshi escribió entonces la nota de suicidio. El asesino *era japonés o sabía japonés o decidió correr el riesgo* de que

Ryoshi diera aviso a la policía antes de su muerte. Tal vez Ryoshi lo consideró todo una broma pesada y tal vez no sabía que estaban condenados. El hombre blanco del jersey morado era de mediana edad y corpulento. Jim Larkin sabía japonés. Jim Larkin era un hombre enjuto de sesenta y siete años. El hombre blanco del jersey morado llegó a la casa en coche. Jim Larkin no tenía carnet de conducir ni automóvil. Jim Larkin era quintacolumnista. Los Watanabe eran quintacolumnistas. El conocimiento previo de los sucesos de Pearl Harbor determinó las cinco muertes.

Los Watanabe estaban muertos. El asesino se quedó un rato en la casa. Lavó la ropa manchada y la tendió a secar. *¿Por qué hacer la colada el día en que uno planea suicidarse?* Esta hipótesis contestaba a esa pregunta.

El asesino les sirvió té en la cocina. Vomitaron en el lustroso linóleo. El asesino limpió el vómito. Los caudillos feudales impregnaban sus cuchillos con un veneno de acción lenta. Este asesino no. El veneno narcótico japonés se asimilaba rápidamente. Se evaporaba más rápidamente en la sangre derramada. El veneno no debía ser detectado. El asesino no tuvo en cuenta la perseverancia casi demencial de Nort Layman.

Ashida lo pensó todo detenidamente.

Ashida pensó: *EL CUCHILLO.*

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / LUNES, 15 DE DICIEMBRE DE 1941

20.09 horas

El camarada Hideo llegaba tarde. La postinera fiesta había empezado sin él.

Yo fui de rojo. Había pasado por Bullock's Wilshire y comprado un vestido idéntico al de cachemira negro de Bill Parker. Mi vestido hacía juego con las cortinas del salón. Me lo puse para poder situarme junto a ellas y posar.

Los esclavos de Claire estaban presentes. Dalton Trumbo, Abner Biberman y John Howard Lawson representaban lo más granado de la izquierda de Hollywood. Los conocí, charlé sobre la guerra con ellos y pasé a otra cosa. Un vecino imperiosamente alto apareció y fue derecho al piano. Era Serguéi Rachmaninoff, quien por lo visto estaba borracho. Atrajo muy diversos comentarios sobre la guerra en el frente ruso; dijo «A la mierda los hombres del valeroso Ejército Rojo» y acometió una sinuosa pieza de Scriabin.

Claire se presentó en el papel de ella misma. Su vestido rojo era un halago para el mío; su pelo a lo Juana de Arco se había convertido en una encantadora melenita. Estaba demacrada. Claire, la mártir de las Cruzadas. Claire, la asidua de la clínica de desintoxicación. Claire, con el porte necesario para conferir una apariencia de estilo a la disipación. Claire, que giró en torno a mí y me miró a los ojos como si fuéramos las dos únicas personas en el salón.

Claire, que estaba reservándome. *Ya hablaremos después, querida.* Yo representaba *oportunidad*. Eso me indicaban todas sus miradas.

Hideo llegaba tarde. Eso me desconcertaba. Él era la clave en mi seducción- incitación a la camarada Claire De Haven. Me quedé junto a las cortinas rojas con mi vestido rojo y bebí un Manhattan teñido de rojo. Era mi segunda fiesta en dos noches consecutivas.

Anoche oí la música atronadora de Jimmie Lunceford procedente del Trocadero y me acerqué para presenciar la ocasión. Cinco pavos al portero me dieron acceso. Ben Siegel había salido de la cárcel y había invitado a numerosos polis, infantes de Marina y personas de la comunidad cinematográfica para conmemorar el momento. Me quedé al margen y observé. Me pareció ver a Scotty Bennett escabullirse por una puerta lateral, pero no lo sé seguro. Lo asombroso fue que vi a Dudley Smith cruzar miradas con Bette Davis.

Fue inconfundible y de lo más romántico. Eran miradas muy sincronizadas. La señorita Davis bailó con sucesivos infantes de Marina e interpretó música visual con el Dudster. Sin duda son amantes.

Entonces me marché. Imposible superar a *esa* alegrafiestas. Un interludio a principios de la guerra... Dios santo.

Mis actuales alegrafiestas tenían menos *glamour*. Andrea Lesnick se hallaba en el extremo opuesto del salón; era como su padre en versión femenina y joven, con sus mismos dedos manchados de nicotina. Recordé la información facilitada por Bill Parker. Los federales sacaron a la señorita Lesnick de Tehachapi y, valiéndose de ese medio de presión, convirtieron al doctor Saul en soplón. El médico entró por la puerta hacía unos minutos. Fue derecho al bar, se sirvió sin pérdida de tiempo un generoso *whisky* y habló con un chino que vestía una bata blanca de médico. Supe que hablaban de trabajo. Reynolds Loftis confundió al chino con un camarero y le pidió un cóctel. El chino lo mandó a freír espárragos.

Yo estaba inquieta. Llevaba en el bolso una cámara pequeña y una grabadora de alambre en miniatura y tenía toda la intención de darles uso. Eran propiedad afanada de Lee Blanchard; Lee las había usado en una misión en la que trabajó cedido a la Brigada Central Antivicio. Yo deseaba que Hideo Ashida estuviera allí, y deseaba que la camarada Claire nos viera juntos. Estaba impaciente por poner en marcha los acontecimientos y más impaciente aún por causar problemas.

Rachmaninoff pasó sin transición a una fría pieza de Karol Szymanowski. Refutaba con elocuencia la animada charla entre nosotros. La difunta señora Hamano tuvo un protagonismo considerable. Análogamente, el japonés tiroteado en la cabina. En la radio no se hablaba de otra cosa. Chaz Minear lo tildó de «escalada de superchería racial, al estilo patriotero imperialista».

Estaba inquieta. Me sentía ninguneada. Me acerqué al bar y me preparé otro Manhattan. Saul Lesnick y el chino seguían de palique. La bata del chino llevaba bordados símbolos asiáticos y el nombre DR. LIN CHUNG. Los dos hombres hablaban de eugenesia. Lesnick la describió como «una ciencia de lo más cautivadora e imprecisa, y sin duda la justificación de horrendas atrocidades raciales».

Lin Chung discrepaba con vehemencia.

—¡Ciencia muy precisa! ¡Ciencia muy precisa! —dijo.

Lesnick apartó la vista. Advertí que miraba hacia el patio. Su hija lo llamaba.

Lesnick fue hacia allí. Yo lo seguí y me quedé merodeando cerca de la puerta. Padre e hija encendieron sendos cigarrillos y tosieron al unísono.

—Esta vez la cosa va mal, papá —dijo Andrea.

—Te llevaré a Malibú, después de la fiesta —dijo Lesnick—. El doctor Terry te desintoxicará. Claire ha estado yendo a su clínica para retiros de un solo día. ¿Te has fijado en que tiene mucho mejor aspecto?

Buscaron a Claire y me vieron. Me di media vuelta y regresé al salón. Claire cruzó mi campo visual. ¿*Retiros de un solo día*? Nunca la había visto tan ida.

Con eso mi inquietud fue a más. Atravesé corrillos de conversación y entré en el cuarto de baño de la planta baja. ¿Parker quiere pruebas de Claire la Drogadicta? Vamos a revolver el botiquín.

Abrí el botiquín y saqué mi cámara. Parker lo quiere, Parker lo tendrá. Una hilera de frascos con píldoras. Morfina, fenobarbital e hidromorfona. Todo ello recetado por el doctor Saul Lesnick.

Saqué tres primeros planos y vi un botellín en el estante. La etiqueta estaba escrita en caracteres japoneses. Desenrosqué el tapón y miré dentro.

Contenía tinte de pelo negro. Lo fotografié, me guardé la cámara en el bolso y regresé a la fiesta. Rachmaninoff había perdido el conocimiento sobre el teclado del piano. Se abrió la puerta de la calle; entró Hideo Ashida.

Cerró la puerta y se quedó inmóvil. El adorable Hideo, con una chaqueta *blazer* azul de yute y pantalón gris.

Quédate ahí, cariño. Muéstrate vacilante. Tu pueblo está violando al mundo civilizado. La ciudad patriotera-imperialista de Los Ángeles está tomando represalias injustas. Quédate ahí, y que vean lo apuesto que eres. Deja que los encopetados asistentes a la fiesta tomen nota. Este público se ha hecho para ti.

Hideo se quedó junto a la puerta. *Sí: muéstrate melancólico y preocupado. Muéstrate controvertido, muéstrate oprimido.*

Se inició el parloteo. La gente miraba. ¿Y *Ese* quién es? ¿Qué hace *Ese* aquí? No es chino como ese médico. Exacto, es japonés. Es un *japo*.

La gente se tocaba. La gente gesticulaba y miraba hacia la puerta. Vi desplazarse las miradas. *Claire, cariño: fíjate, por favor.*

Ella hablaba con Reynolds Loftis. Este vio desplazarse las miradas. *Su* mirada se posó en la puerta. Claire siguió su mirada. *Sí, amor mío: fíjate por favor.*

Ella se fijó. La vi inclinarse y quedarse pasmada, solo un poco. Me lo puso en bandeja.

Solté el bolso y corrí hacia Hideo. Aparté a empujones a los circunstantes y volqué copas. Reclamé la atención de los presentes y la conseguí. Hideo me vio. Tendió los brazos. Quería mantenerme a distancia: yo lo sabía. Eso no podía permitirlo. Me abalancé sobre él y le di un beso sin darle tiempo a moverse.

Me rodeó con los brazos. No era pasión: lo hizo para no perder el equilibrio. Le sujeté la cabeza y le metí la lengua en la boca; él movió la lengua porque había oído decir que los hombres y las mujeres hacían eso. Parecía un beso de amantes. Me empleé a fondo. Hideo quedó aturdido. El beso me supo a colutorio de menta.

Sus brazos quedaron enerves y cayeron a los costados. Me desprendí de él, para que pareciera sincronizado. Deslicé un brazo en torno a su cintura y los dos juntos nos volvimos de cara a la fiesta. Hideo se dejó llevar por mí perfectamente.

Reclamamos la atención de los presentes. La chica descarada y su amante tímido. ¿Verdad que son una pareja encantadora? Y *tan* valientes... ¡con la guerra en marcha desde hace ocho días!

Todos nos miraron. Todos batieron palmas. Claire exclamó: «¡Bravo!». Reynolds Loftis y Chaz Minear pusieron cara de «Oooh oooh oooh».

Hideo sonrió. Le flaqueaban las rodillas y parecía tenso y agotado a la vez. Nos adentramos entre el gentío. Los apretones de manos, las palmadas en la espalda y los abrazos nos envolvieron. La gente se presentó por su nombre. La superposición de voces se convirtió en estruendo. Hideo se presentó por su nombre y se dejó tocar por desconocidos. Retrocedí para que las cosas sucedieran por sí solas. Claire entró en el círculo de aduladores y me guiñó el ojo. Le devolví el guiño; Claire deslizó un brazo en torno a la cintura de Hideo y lo apartó del gentío. Secuestró a mi hombre con aplomo; la observé mientras lo guiaba hacia un diván.

La gente observaba. Pasé al lado del piano y del Rachmaninoff traspuesto y recuperé mi bolso. Subí al primer piso mientras los camaradas Hideo y Claire acaparaban el centro del escenario.

Otra vez aquel pasillo. Aquellas puertas cerradas.

Lo recorrí y sacudí los pomos. El dormitorio de Claire y el dormitorio contiguo no estaban cerrados con llave; entré primero en este último.

Había ropa de hombre y artículos de baño esparcidos por todas partes. Las iniciales de las camisas revelaron las identidades. Reynolds Loftis y Chaz Minear convivían allí.

Un armario se alzaba junto a la puerta. El primer cajón estaba a rebosar de ropa interior masculina; el segundo cajón contenía parafernalia homosexual. Había collares de púas y un programa de un baile de travestidos en el Leo's Love Nest. Había fotografías de W. H. Auden, desnudo en una playa con Reynolds y Chaz. Había libritos de cerillas de los bares Tradesman y Knight in Armor, con nombres de pila masculinos y números de teléfono anotados en el interior de la tapa.

Lo fotografié todo. Registré el último cajón y encontré un único panfleto, metido bajo una pila de calcetines.

Se titulaba *J'accuse: el Reich policial de Los Ángeles, volumen III*. Tenía doce páginas; supe de inmediato que la lúcida Claire no era la autora. Este folleto difamaba a un teniente de la Brigada Anti-Rojos llamado Carl Hull.

Leí el texto por encima y fotografié las páginas en primer plano. El teniente Hull era buen amigo y correligionario ideológico del entonces teniente W. H. Parker. Añadí «presunto» a la acusación. Parker era sin duda un hombre con prejuicios, pero no fomentaba activamente el odio racial. El teniente Hull se revestía de una apariencia erudita durante su jornada de servicio. Al anochecer se transformaba en un «nabab nativista nocturno» y llevaba a rastras a mexicanos de regreso a la frontera atados a los cuartos traseros de su corcel blanco. El teniente Hull sostenía que el *Mein Kampf* era el libro perdido de la Biblia y que Jesucristo era ario, no judío. El teniente Hull escribía además discursos para la Legión Nacionalista Cristiana y las ramificaciones más infames del Comité América Primero.

Dejé el panfleto en su sitio, guardé la cámara en el bolso y salí de nuevo al

pasillo. Nadie me vio; abajo seguía la jarana. Entré en el dormitorio de Claire y cerré la puerta. Lo vi, lo primero de todo: una nueva mártir se había unido a Juana de Arco.

Claire había clavado fotos de periódico en la pared junto a Juana. Mostraban a Nao Hamano, viva y sonriente... y muerta en la celda de la cárcel donde se quitó la vida. Hice ademán de sacar la cámara, pero la dejé en el bolso.

No. Claire no enjuició a Parker en sus circunstancias más autocondenatorias. Tuve que conceder la misma gracia.

Examiné las fotos. Claire había resaltado a lápiz el nacimiento del pelo de Nao Hamano. Unas pequeñas flechas revelaban su intención. Ahora le veía el sentido al tinte negro. Claire en el papel de Juana, Claire en el papel de Nao Hamano. Una nueva transformación: inmediata y de esta guerra.

Volví a la fiesta. Los admiradores se apiñaban en torno a Hideo; pronunciaban monólogos mientras él escuchaba y representaba el papel de rareza étnica. Claire estaba sentada a solas. Sostenía una copa y un pitillo. Me acerqué y le cogí lo uno y lo otro; nuestras manos temblaron al rozarse.

—Creas momentos memorables, desapareces y reapareces —dijo Claire—. No te acuso de nada. Comento tu intencionalidad.

Me acabé el cigarrillo y el *whisky* con biter de Claire. Dije:

—Con este grupo tuyo estoy fuera de mi elemento. He encontrado a mis amigos del alma en tiempos de guerra, pero asistir a dos fiestas en una semana me resulta agotador. Tu camarilla es fascinante, pero yo tengo una capacidad limitada para observar y no hacer nada.

Claire señaló a Hideo.

—¿Es fogoso? Te veo como una mujer de grandes apetitos, y me pregunto si el doctor Ashida está a la altura de tus necesidades.

Me reí y apagué el cigarrillo en el vaso. Eso me permitió ganar un instante. A Claire la escena de la llegada le había parecido artificiosa: yo lo sabía.

—No es mi único amante —contesté—. Siento debilidad por hombres más pendencieros, e Hideo me satisface de maneras que no están al alcance de ellos.

—Estás diciendo que tiene relevancia social. Estás diciendo que es un amante inseguro, y que es un excelente complemento en tu espectáculo en curso.

Te ha pillado. Admítelo. Concédele ese triunfo. Expresa mortificación.

—Sí, en esencia es eso.

Adopté una actitud *alicaída*. Hundí los hombros. Me recosté en el sofá y quedé a la sombra de Claire.

—Reynolds le ha echado el ojo —dijo Claire—. Creo que percibe susceptibilidad y/o inclinación.

Muestra displicencia. Expresa una ligera excitación. Atribuyes un valor a los comentarios atrevidos.

—No lo creo. Pero dile a Reynolds que lo tendré vigilado. Si Hideo pierde interés en mí, lo atribuiré a eso y haré de Cupido para él.

—Chica hábil —dijo Claire—. Tan ágil con las respuestas. Te conozco desde hace menos de una semana, pero me tienes cautivada.

—Es por la guerra —dije—. Todo parece inmediato. Las relaciones revelan su finalidad con el paso del tiempo, pero eso la guerra no lo permite. Estoy enloqueciendo por la sensación de finalidad irrealizada. Diría que a ti te pasa lo mismo.

Claire me tocó la rodilla.

—Chica lista. Tan atenta a mis estados de ánimo. Disfruto de retiros de un día en la clínica de Terry Lux. Ven mañana. Nos daremos un baño de arcilla y hablaremos de cosas con finalidad.

—Eso estaría bien.

—Andrea Lesnick también vendrá. Representaremos a las Mujeres Privadas de Derechos en Tiempos de Guerra.

—¿Vendrás de Juana de Arco, pues? Me disgustaría verte otra vez con el pelo corto, pero siento curiosidad por ver cómo continúa la actuación.

Claire encendió un cigarrillo. Cogió un pesado encendedor y volvió a dejarlo con excesiva brusquedad. *La droga*. Percibí que la necesitaba; advertí que se le iba la cabeza por el anhelo.

—Nuestra idea del documental es lo más parecido que tengo a una finalidad —dije—. Creo que deberíamos filmar las redadas a escondidas, y abstenernos de comentarios editoriales. Nuestra fuerza polémica estriba en las propias imágenes.

—Ya hablaremos de eso mañana —respondió Claire.

Desvió la mirada y recorrió la habitación con los ojos. Parpadeó al ver a Saul Lesnick con un maletín médico.

Claire volvió a mirarme. Dijo:

—Estoy comprometida con ese documental. Espero que el adorable doctor Ashida participe.

Nos levantamos para despedirnos por el momento. Me puse a la sombra de Claire y le permití ser en conjunto más mujer que yo.

—El rojo te favorece, camarada —susurró, y me tocó la cintura.

A continuación se esfumó. Se sumergió entre dos hombres y reapareció en la escalera con Saul Lesnick. Esa manera de despedirse fue una baza que me superó y me cortó la respiración. Me senté y cerré los ojos.

La habitación dio vueltas. Beverly Hills se convirtió en Pearl Harbor hace ocho días. Yo había estado en el Beverly Canon antes de la fiesta. Llegué a tiempo para ver el noticiario encajonado entre los dos largometrajes. Vi imágenes del *Arizona* en llamas y aviones japoneses bombardeando el aeródromo Wheeler. Abatieron a un niño que podría haber sido japonés.

Un infante de Marina anunciaba bonos de guerra en el vestíbulo; me dijo que zarpaba rumbo a Pearl la semana que viene. Dirigió un saludo militar a un alférez de la Armada que compartía una bolsa de palomitas de maíz con una mujer. Lo reconocí

de las páginas de sociedad de *L. A. Times* y las secuelas de mi propia vida. El alférez era el hijo *playboy* de Joe Kennedy el Gallina; la mujer era Ellen Drew. Ella había coprotagonizado algún que otro fiasco de la Paramount y se prostituía a tiempo parcial para Brenda Allen. Ellen me miró. Susurró «Ese niño», y se echó a llorar. Abochornó al alférez Jack.

La sala daba vueltas; mantuve los ojos cerrados; intuí la cercanía de Hideo Ashida, a unos pasos.

—He hablado con el señor Rachmaninoff. No es muy simpático.

Era Andrea Lesnick quien lo decía. Abrí los ojos y le indiqué que se sentara. Se quitó los zapatos y tomó asiento con las piernas encogidas debajo del cuerpo. Llevaba unas gafas que le apretaban la nariz. Percibí que ella nos percibía a las dos como chicas a quienes habían dado plantón en situación incierta.

—Es el maestro —dije—. No tiene por qué ser simpático.

—Yo solo le he pedido que tocara una de mis piezas preferidas.

—Si era el *Preludio en do sostenido*, probablemente ha tocado usted una fibra sensible.

—Quizá lo haya confundido con otro compositor.

—Puede que eso no haya ayudado.

Andrea se echó a reír y encendió un cigarrillo. Sus movimientos eran una precisa imitación de los de su padre. Resultaba asombroso observarlo.

Mi bolso se hallaba entre ambas. Metí la mano y pulsé el botón de la grabadora. Andrea no se dio cuenta.

—Me analizo con su padre —dije—. No sé si debería estar hablando con usted. Podría implicar una infracción ética.

—No sea ingenua —dijo Andrea—. Mi padre va a llevarme a Malibú después de la fiesta. Lo único que tengo que decir es: «Tu analizanda, la señorita Lake. Cuéntamelo todo, venga, por favor». Para cuando llegáramos a la playa, sabría más cosas de usted de las que sabe usted misma.

—Vaya, pues ya sé a quién acudir en busca de cotilleo.

—No a mí —dijo Andrea—. He estado en la penitenciaría, y por lo tanto detesto a los soplones. Los federales intentaron convencerme para que delatara a Claire y su gente, pero me negué. Mi padre accedió a ser soplón para sacarme de allí, pero no sabe que yo lo sé. Estoy siendo imprudente, sí, pero no soy una informante. Si una proporciona la información voluntariamente, y sin malicia, no hay traición. He estado en la cárcel de Lincoln Heights y en Tehachapi, así que entiendo de esas cosas. Mi padre piensa que soy ingenua, pero no es así. Se siente culpable de que yo acabara en la cárcel, pero eso me lo gané yo solita. Él no es más que un insignificante comunista abstraído, y cree que todo gira en torno a él. Soy espantosa, ¿verdad? Me aprovecho de la culpabilidad de mi padre y le saco todo lo que quiero.

Hablaba con las manos y agitaba el cigarrillo al son de sus palabras. Tenía el vestido salpicado de quemaduras de ceniza antiguas.

—¿Sabe Claire que su padre ha pasado información sobre ella? ¿Lo sabe alguien entre su gente?

—Claro que no. No es traición si mantienes el tipo y achantas la mui. «Achantar la mui» es una expresión que aprendí en la penitenciaría. Me la enseñaron unas lesbis en Tehachapi. Todas parecían refugiadas de la Gran Sequía, solo que gordas. Les gustaba mirar a las chicas normales mientras se duchaban, así que ahora solo me baño cuando mi padre me lo dice. La peor lesbi de todas era una tal Dot Rothstein, una celadora de la Oficina del Sheriff. Pretendía que las chicas normales hicieran cosas con una pastilla de jabón en forma de polla.

Cerré los ojos. *Por favor, para de hablar. Por favor, no pienses que soy como tú.*

—Usted se cree que es única, pero no lo es —dijo Andrea—. Todo el mundo cierra los ojos cuando hablo de lesbis y la penitenciaría. Todo el mundo piensa que estoy chiflada, así que no se crea usted única. Que yo lo haya hecho con chicas no me convierte en una persona mala. Usted piensa que estoy chiflada, pero soy solo imprudente. Solo lo hice con chicas unas cuantas veces, y no soy una soplona.

Abrí los ojos. Andrea tenía el vestido cubierto de ceniza; hice además de sacudírsela, pero retiré la mano. Pasó un camarero con copas en una bandeja. Andrea se levantó y cogió dos *whiskys*.

—No se crea usted única —dijo, y se marchó.

Cerré los ojos. Imaginé que estaba en la ciudad con Ellen Drew y Jack Kennedy. Íbamos al Trocadero; Dudley Smith y Bette Davis giraban junto a nosotros en la pista de baile. Ellen, Jack y yo: vaya tres payasos. Cenábamos ya tarde en el Dave's Blue Room y comíamos pasteles de arroz en Little Tokyo. No había redadas de japos. No estaban ni Andrea Lesnick, ni Bill Parker, ni Claire De Haven. Me hallaba muy lejos de esa condenada sala.

El bullicio de la fiesta remitió. Abrí los ojos y vi salir a los dos Lesnick, abrazados a un Serguéi Rachmaninoff en actitud de camaradería. Los besó en la coronilla y cedió el paso a Hideo Ashida para que saliera delante de ellos. Yo habría querido dar un beso de buenas noches a Hideo, con público presente. Ahora ya no importaba... porque era una soplona.

Claire se había ido. No quedaba nadie de quien yo quisiera despedirme o a quien me sintiera obligada a incitar al delito. Cogí el bolso y el abrigo y salí con un grupo de presuntos quintacolumnistas desconocidos. Los desconocidos se dispersaron delante de la casa; crucé la calle hasta mi coche.

William H. Parker salió del coche aparcado detrás del mío. William H. Parker, con su uniforme holgado. William H. Parker, con paso inestable. William H. Parker, sin ningún sitio adonde ir a las dos de la madrugada. William H. Parker, sin nada que hacer... excepto incitarme.

Me acerqué a él. William H. Parker, con su aliento a *bourbon*. William H. Parker, sin afeitarse. William H. Parker, con los calzoncillos a la vista y la camisa del revés. William H. Parker, con el cinto caído.

—Cómo coño se atreve —dije—. Soy más roja que Claire De Haven, así que procésemme —dije—. Si me ha visto besar a Hideo Ashida, ha sido a propósito.

Lo llamé *voyeur* y tirano malicioso. Maldije a su Dios malévolo y su matrimonio sin sexo. Estaba *así* de cerca de él. Percibí un arraigado olor a orina en sus pantalones. Le pregunté con qué frecuencia perdía el conocimiento y se meaba encima. Lo maldije por saber lo sola que estaba y por aprovecharse de mi grotesca necesidad de aventura. Estaba *así* de cerca de él. Vi las burbujas de saliva en sus labios y la mugre en el cuello de su camisa. Vi la cadena del crucifijo que colgaba de su cuello. Vi una película de lágrimas sobre sus ojos.

Debí de levantar la voz. Detrás de nosotros se encendieron las luces de algunas casas. Parker no se movió, Parker no habló, Parker no se inmutó ni presentó el menor descargo ante esas acusaciones.

Se encendieron las luces de más casas. Con un esfuerzo de voluntad insté a las luces de Claire a encenderse e iluminarnos... Y no lo conseguí. Llamé a Parker parásito y vampiro. Lancé nuevas invectivas y sentí que se me quebraba la voz. Parker estaba *así* de cerca de mí. Supe que jamás se inmutaría ni bajaría la vista. No me quedó voz para proseguir con la acusación.

Fui la primera en ceder. Di media vuelta y me subí al coche mientras Parker permanecía allí, mudo. Fumé y observé apagarse las luces de las casas durante un número equis de minutos u horas. Miré por el retrovisor y vi que Parker se había marchado. Lo maldije por abandonarme.

En la casa de Claire se encendieron dos luces en el primer piso. Contemplé los huecos de las ventanas y con un esfuerzo de voluntad insté al movimiento. Esta vez sí lo conseguí.

Reynolds Loftis y Chaz Minear se besaron. Claire brincaba en kimono. Se había teñido el pelo de negro azabache.

Se apartaron de la luz y me dejaron sola. Me amedrenté. Evoqué a Bucky, Lee, Scotty, Hideo, Brenda y Elmer para que me hicieran compañía. William H. Parker impuso su presencia entre ellos. Lo maldije y lo desterré. Se negó a marcharse.

Pensé en Andrea Lesnick. Escuché la grabación de sus delirantes comentarios y acusaciones contra mí. Fue peor que estar asustada y sola. Me había olvidado de apagar el aparato; la grabación incluía un largo silencio y mi rabieta contra Bill Parker. Oyéndome, me sentí insignificante y en absoluto única.

Mi voz se apagó gradualmente hasta reducirse a susurros roncós y silencio. Apagué el aparato y apoyé la cabeza en el volante. No quería ir a casa. Intenté dormir y me aferré a la conciencia cada vez que estaba a punto de conciliar el sueño.

Tras un número equis de horas, amaneció. Las camionetas de reparto de leche iniciaron sus rondas; los niños partieron brincando hacia el colegio. Llegó música de la casa de Claire. Una pequeña orquesta interpretaba «Perfidia».

16 de diciembre de 1941

8.17 horas

Mujeres.

Joan Woodard Conville y Kay Lake: distracciones persistentes. Bette Davis: difícil quitarle ojo.

Parker se hallaba en la plaza de armas. La Academia acogía un *graaaaan* acto destinado a promocionar los bonos de guerra. La señorita Davis era la maestra de ceremonias sorpresa.

Banderas por doquier. Un nutrido público en el jardín. Un estrado hasta los topes de figurones municipales. He ahí a la señorita Davis: esparciendo polvo de rubís.

Llámame Jack metía la barriga. Davis Dos Pistolas se la comía con los ojos. Bill McPherson permanecía despierto. Thad Brown y el arzobispo Cantwell reían con disimulo. En el aire flotaba una *graaaaan* pregunta: ¿Qué hace aquí Dudley Smith?

La señorita Davis salió al estrado. Fue de hombre en hombre. Tocó brazos y provocó enamoramientos que durarían toda una vida. Saludó con una genuflexión a Su Eminencia. Llegó ante Dudley. Él le acarició la pierna por debajo de la mesa.

No puede ser. No debería ser. ¿Cómo es posible?

Numerosas sillas plegables cubrían el jardín. La mitad del público eran polis, la otra mitad incautos que apoquinaban. Parker tomó asiento. Rezumaba culpabilidad y no podía con su alma.

El sol le abrasaba los ojos. Le palpitaba la cabeza. El uniforme le raspaba. La señorita Conville y la señorita Lake se movían a rastras dentro de él.

A rastras se había apartado de la señorita Lake y había ido en coche a Santa Bibiana. El vigilante nocturno le abrió el templo. Rezó durante tres horas sin parar.

Invocó a la Santísima Trinidad y rechazó La Sed. Recitó plegarias de abstinencia. Vacío la botella de reserva nada más salir de la iglesia.

Fue en coche a la Unidad Central y se adecentó. Estaba consumido. Llevaba del revés la camisa del uniforme.

Se puso un uniforme limpio. Se cepilló los dientes hasta que le sangraron las encías. El sargento de guardia le entregó un sobre.

Lo abrió. Con manos temblorosas rompió la solapa. La poli de Northwestern cumplía. Ahí estaba Joan Woodard Conville.

Era una instantánea. Tenía una anotación al dorso: «Bowler, Wisconsin. 23-5-39».

Estaba sentada en el madero transversal de un cercado. Vestía camisa a cuadros,

botas altas y pantalón de montar. Llevaba el pelo recogido y con raya al medio. Irradiaba una belleza severa y sobrecogedoramente implacable.

Abrió el sobre al amanecer. Ahora la imagen estaba ya manoseada.

Bette Davis se acercó al micrófono. El público la aclamó. Lanzó una mirada a Dudley. ¿Acaso se sonrojó el Dudster?

La señorita Davis habló. Los altavoces crepitaron y distorsionaron sus palabras. Los hombres del estrado entraron en éxtasis.

—... y tres extraordinarios nuevos miembros de la Policía Auxiliar de Los Ángeles: ¡el Equipo de Tiro Hearst! Ahora ejecutarán un arriesgado número en colaboración con una persona que lleva mi mismo apellido pese a que no estamos emparentados, James Edgar...

Los altavoces volvieron a crepitar. Jim Davis bajó de un salto al césped y disparó al aire sus dos pistolas de calibre 45. El público prorrumpió en rítmicos vítores. Un negro vestido de *jockey* salió tirando de un caballo palomino. Parker lo reconoció. Interpretaba papeles de esclavo en películas de plantaciones.

Ayudó a Davis *Dos Pistolas* a subirse al caballo. Davis espoleó al penco y cabalgó hasta el extremo del jardín. Desmontó y se plantó un pitillo entre los labios. El público enloqueció.

Parker echó un vistazo al estrado. Llámame Jack galanteaba a la señorita Davis. La señorita Davis sonrió y rechazó los prismáticos que él le ofrecía. Un globo flotó junto a ella. Acercó el pitillo y lo reventó. Los gerifaltes del estrado prorrumpieron en vítores.

Ahí estaban los tiradores. Permanecían agazapados, medio ocultos, muertos de impaciencia. Vestían hábitos ceremoniales. Portaban rifles del 30-06. Destilaban *Ku Klux Klan*.

El público enloqueció a más no poder. Parker tuvo un arrechucho de pretembleque. Dudley abandonó el estrado y se esfumó. La señorita Davis aguardó diez segundos y se apresuró a hacer mutis detrás de él. Los mierdas del Klan formaron en línea y apuntaron al pitillo de Jim el Loco.

Preparados, apunten, fuego.

Se oyeron tres detonaciones. A cuarenta metros el tabaco estalló. Los putos vítores hacían daño.

Dudley se encaminó hacia la rosaleda. La señorita Davis se mantuvo a una distancia prudencial. La rosaleda estaba engalanada de banderolas con la leyenda NO ME PISES. Miembros de la policía militar flanqueaban una mesa con bonos de guerra apilados.

Los mierdas del Klan permanecieron armas al frente. Parker se marchó precipitadamente al aparcamiento y vomitó en un seto. Oyó disparos de rifle y se tapó los oídos.

Allá en el 33 vio a Jim Davis pegarle un tiro a un mexicano. Falló y, en lugar de hacer diana en el pitillo, le arrancó la nariz. El mexicano murió desangrado en el

octavo hoyo del Club de Campo de Wilshire.

Oyó más disparos y más vítores. Oyó cascos de caballos en el césped. Oyó por los altavoces una versión enlatada de «God Bless America».

Dejó caer las manos. Tomó aire y contuvo una acometida de retortijones. El público del jardín se dispersó y formó cola para adquirir bonos. Lentamente circundó la fila y regresó al jardín.

Thad Brown continuaba en el estrado. Llámame Jack y el *jockey* negro cruzaban ocurrencias. El negro se marcó unos pasos de claqué y le sacó un pavo al jefe. Thad hizo una seña a Parker: «Ve a ver al Jefe ahora».

El negro se largó con su botín. Thad lo siguió. Parker subió en el acto al estrado por la escalera. Llámame Jack empujó una silla hacia él.

—Queda excluido del caso Watanabe. Su número con Ace Kwan fue una cagada. Por suerte para usted, Ashida le echó el freno. A partir de ahora Dud me informará a mí directamente. Le recomiendo que no proteste.

—Sí, señor —respondió Parker.

Jack se rascó los huevos.

—Siga con los oscurecimientos, las redadas y toda la labor relacionada con la planificación bélica. En Chinatown la situación sigue inestable, así que voy a mandar a Jim Davis para que haga un poco de su magia con los chinos. Como Jim y usted tienen ya una larga relación, quiero que no lo pierda de vista.

Parker se agarró a las lamas de la silla.

—Quiero alistarme. Usted preferiría librarse de mí. Esta es su oportunidad.

Jack sonrió.

—Muy gracioso. Más que todos los putos hermanos Marx juntos. Primero, nos jode con esas escuchas telefónicas y le salva el puesto a su compinche Ashida. Y ahora que los federales se nos echan encima, quiere salir por piernas de la ciudad.

Parker cerró los ojos. Llámame Jack eructó *whisky* y biter. Con eso le reinstiló La Sed.

—Nos la jugó, y luego nos ha sacado las castañas del fuego, Bill. Llevamos ventaja a los federales gracias a usted. Sid Hudgens escribirá un artículo sobre el lío de los Watanabe cuando Dud lo resuelva, lo cual nos dará algo de publicidad para compensar este embrollo de los federales. En resumidas cuentas, voy dos pasos por delante de usted. No la cague conmigo como la cagó con Ace.

—Sí, señor —dijo Parker.

Sid H. pasó acompañado del tal Webb. Llámame Jack les guiñó el ojo.

—Váyase a casa, Bill. Tiene una casa, ¿se acuerda? Retome el contacto con la encantadora Helen Schultz Parker. ¿Se acuerda de ella? Yo bailé con ella en su boda.

Parker bajó del estrado. Resbaló en la hierba mojada. Se sujetó a la barandilla para no caerse y se dirigió al aparcamiento.

La mera luz del sol le hacía daño. El uniforme se le antojaba un enjambre de bichos. Sacó la foto y captó nuevos detalles.

La chica tenía los dientes un poco torcidos. Tenía las manos tan grandes como la mayoría de los hombres.

Thad Brown se acercó.

—Horrall me ha dado la patada —dijo Parker.

Thad se encogió de hombros.

—Dud resolverá el caso limpiamente o se lo endosará a algún desaprensivo que debería haber ardido por asuntos diez veces peores. Después de la guerra uno de nosotros será jefe, Bill. Daremos gracias por la buena fortuna de haber contado con hombres como el Dudster para que quiten la mierda por nosotros.

—Molesta, Thad. No me diga que a usted no le molesta.

Thad se encogió de hombros.

—Dud tiene cuatro japos muertos en Highland Park. Yo tengo un japo muerto en una cabina. Dud no tiene pistas porque hay una guerra, y los japos se niegan a hablar con polis blancos. La misma mierda rige para mí. Un caso resuelto es un caso resuelto, y lo mismo reza para los casos sin solución. Un japo muerto es un japo muerto, y no fueron los polis blancos quienes empezaron esta guerra.

La luz del sol iluminaba la foto. La mayoría de las pelirrojas tenían pecas. No así la señorita Conville.

—¿Quién es? —preguntó Thad.

Parker sacó el cuaderno y la pluma. Le temblaban las manos. Thad lo notó. Parker garabateó señas de ella.

—Búsquemela, ¿quiere?

Thad asintió.

—Váyase a casa, Bill. Los japos muertos son japos muertos. Actúe durante un tiempo como si fuera usted igual que todos nosotros.

9.50 horas

—Usted y Bette Davis... Jesús, Dios mío —dijo Llámame Jack.

—Sí, señor. Por la intercesión de nuestro Salvador, en efecto —dijo Dudley.

—¿Cómo se las ha ingeniado?

—El encanto gaélico, señor.

—Para encanto, el de *ella*. Jesús, Dios mío, la cola llega hasta Chavez Ravine. Gene B. calcula que esa mujer venderá cincuenta de los grandes.

—La he llevado a dar una vuelta por la zona de Chavez. Los campesinos mexicanos se apiñaban alrededor del coche. Era como si se les hubiera aparecido la Virgen de Guadalupe.

Llámame Jack eructó.

—Informa al respecto Sid Hudgens. «La diva Davis fascina a los Chicos de Azul. Hombres hechos y derechos caen rendidos a sus pies». Jesús, Dios mío, y usted se la está *tirando*.

El jefe tenía una guarida allí mismo, en la propia Academia. Incluía asientos reclinables afanados de los restos de un tren accidentado. Ben Siegel donaba los suministros del bar.

Una ventana daba a la plaza de armas ajardinada. Un agujero en la pared permitía espiar la sala de recreo. Dudley se acercó y miró.

Allí estaban Mike, Dick y Scotty. También el porcino Buzz. Los acompañaban otros tres. Su irritación saltaba a la vista.

Jack encendió un puro.

—¿Qué pasa, Dud?

Dudley se apoyó en la pared.

—Llevamos ya nueve días con el caso Watanabe, señor.

—Leí su segundo sumario. La esencia es «A la mierda esos japos, esto no va a ninguna parte».

—Exacto, señor —dijo Dudley.

Jack se pellizcó un grano en el cuello. Era un hombre extragordo. Brenda Allen se lo follaba casi todos los martes. Decía que la tenía más pequeña que una hormiga.

—Me formo una idea clara de la situación. Es un caso desconcertante, y eso a usted le enciende la sangre. Le gustaría cerrar el caso limpiamente, por el mero hecho de poder decirlo. Bua, bua. La guerra lo ha desplazado a un segundo plano, y ahora

para colmo yo lo obligo a trabajar a contrarreloj.

Dudley sonrió.

—Sí, señor. Faltan dieciséis días para Año Nuevo.

Llámame Jack blandió el puro.

—He quitado de en medio a Bill Parker.

—Muy sensato, señor.

—Metió la pata con Ace Kwan. Eso no podemos tolerarlo. Ace es el chino número uno en esta ciudad de blancos.

—Así es, señor —dijo Dudley.

—Ese chico, Ashida, aparece hasta en la sopa y demuestra su utilidad. Es como el muñeco de una puta caja sorpresa. Nos ayudó con el asunto de las escuchas telefónicas, y se enfrentó a Parker ante Ace. Hace buenas migas con Parker, y de pronto se pone del lado del otro. Seguro que trabajaban por su cuenta en el caso Watanabe, lo cual era otra buena razón para minimizar nuestras putas pérdidas.

Dudley encendió un pitillo.

—Ace y yo hemos concebido un proyecto para estos tiempos de guerra, señor. A usted le corresponderá un cinco por ciento. El joven Hideo es un elemento vital en nuestra empresa.

Llámame Jack desplegó una sonrisa demoníaca.

—Dígame todo lo que considere que debo saber. Ya sabe cuál es mi lema: no ver, no oír, eso es lo mío.

Dudley echó un vistazo por la ventana.

La cola de compradores de bonos de Bette se extendía por todo el jardín.

—El internamiento producirá una reserva significativa de japos acaudalados, indignados y deseosos de eludir la prisión. Ace tiene túneles debajo de la Pagoda. Allí podría alojar fácilmente a un centenar de japos.

Llámame Jack olfateó el aire.

—Esto me huele a verde. Déjemelo catar, y cierre el grifo antes de que empiece a babear.

Dudley sonrió.

—Me consta que ya conoce usted a Terry Lux. Nos cede el espacio para los partidos de sóftbol y desintoxica a la élite de la comunidad cinematográfica.

—Sí, cómo no. Terry retoca la nariz a los judíos que pretenden pasar inadvertidos. Y además hace obras de caridad. Trabajó de balde con aquellos chicos del accidente en cadena en la carretera de la costa, aquellos que se quemaron.

—Terry es especialista en caras, señor. Tiene un profundo interés en la eugenesia y otras formas avanzadas de ciencia racial. Mi proyecto consiste en que opere a japos para que parezcan chinos, cosa que puede dar resultado o no, ya que la mayoría de los blancos no los distinguimos. Los honorarios serán muy lucrativos, y los japos operados podrán moverse libremente por Chinatown, bajo la onerosa protección de Ace. El procedimiento en sí no se ha perfeccionado, pero soy optimista al respecto.

Otra línea del negocio sería el cine porno, que es una apuesta segura.

Jack sacó brillo a su placa.

—Cuenta conmigo, Dud. Con eso sé ya más que suficiente. Ahora pasemos a Ashida.

—Es un científico forense de un talento extraordinario —dijo Dudley—. En talento supera con diferencia al legendario Ray Pinker. No quiero ver al doctor Ashida ni a ningún miembro de su familia encarcelado, y quiero salvaguardar en secreto su empleo en el Departamento de Policía de Los Ángeles mientras dure la guerra. Me propongo asegurarme los servicios del doctor Ashida y utilizarlo en mis empresas con Ace Kwan. En estos momentos goza de poco predicamento entre la comunidad japonesa, pero eso cambiará cuando los japoneses sean trasladados en masa, y aparezca un japonés joven y apuesto para explicarles las alternativas.

Jack se tocó el reloj de pulsera.

—No ver, no oír. Dicho esto, insistiré en lo otro. Quiero un asesino japonés procesado para Año Nuevo: no hay vale, no hay *lopa*, como dirían los chinos, y le firmaré el permiso de excedencia para alistarse en cuanto el jurado de acusación acepte la causa. He hablado con Sid H. antes de este acto. Va de camino al *Herald*. Los miembros del Equipo de Tiro Hearst mantienen estrechas relaciones con el señor Hearst, y ellos ya han preparado el terreno. El señor Hearst lleva un buen calentón desde que salió esa película, *Ciudadano Kane*, y tiene un termómetro tan metido en el culo que le duele. Pretende entablar amistad con unos cuantos polis que no sean contrarios a partir de crismas en Hollywood, y lógicamente se ha mencionado su nombre, Dudley. Sid se propone sacar artículos en primera plana tan pronto como usted tenga a un sospechoso, así que no se ande con titubeos. Sid ha tomado a Jack Webb como ayudante, así que en este asunto contamos con una prensa favorable.

Estalló un alboroto en la sala contigua. Dudley miró por el agujero en la pared. Mike Breuning agitaba una bandera nazi. Los nuevos tenían cierta apariencia de bestias enjauladas. Llámame Jack se acercó con su andar oscilante.

—¿Qué pasa? ¿Qué pinta ahí esa condenada bandera?

—A mis chicos ya los conoce —dijo Dudley—; le presentaré a los otros. De izquierda a derecha: Bill Koenig, Fritz Vogel y Douglas Waldner. Los dos primeros trabajan en la Brigada de Investigación de la calle Setenta y siete. Waldner es de la Oficina del Sheriff. Las lealtades de todos ellos en los inicios de esta guerra son sospechosas, convenientemente sospechosas. La Federación, los Camisas, el Klan, la Cruzada Nacionalista Cristiana. Yo diría que estos chicos acaban de ver cumplidos sus peores temores en cuanto a su desenmascaramiento.

Jack puso cara de «Vaya, vaya».

—O sea, está usted captando matones. Muy ingenioso, hijo. Dudley Smith sabe que el fuego se combate con fuego, y por tanto trae refuerzos.

—Exactamente, señor.

—Adelante, pues. He quedado a comer temprano con el alcalde Fletch y Ed

Satterlee. Tenemos nuestra propia mierda japonesa que solventar.

Dudley entrechocó los tacones, al estilo boche. Llámame Jack se rio y salió por una puerta lateral. De abajo llegaron unas risotadas. Bette coqueteaba con los palurdos. Los hombres se erguían cuan altos eran. Sus esposas los miraban con inquina.

Llámame Jack metió la barriga y se irguió cuanto pudo de la cabeza a los pies. Bette lo vio y desplegó una de sus sonrisas. Dudley abrió una puerta que comunicaba con la sala de recreo. El alboroto se desvaneció.

No conocía a los muchachos nuevos. Ellos sí lo identificaron en el acto. Es el Dudster. Es el hombre duro de Jack Horrall.

Koenig era de la envergadura de Scotty Bennett. Vogel exudaba malevolencia. Waldner tenía la buena estampa de un soldado de asalto nazi. Inducía a los judíos a huir.

Dudley se acercó a ellos. Arrancó la bandera a Breuning de la mano y la hizo jirones. Nadie se movió, nadie respiró.

—Ya han oído la amenaza, y saben que la cumpliré. Levanten las manos si están de acuerdo.

Vogel levantó la mano. Koenig levantó la mano. Waldner levantó la mano. Scotty permaneció inmóvil a un lado con su aspecto juvenil. Meeks permaneció inmóvil a un lado con aspecto hosco. Breuning y Carlisle permanecieron inmóviles a un lado. Transmitían malevolencia contenida.

—Quedan ustedes asignados al caso del homicidio de los Watanabe, pronto famoso. Trabajarán bajo mi supervisión y las órdenes directas de los sargentos Breuning y Carlisle. Su misión consiste en localizar y ayudarnos a seleccionar a varios testigos presenciales adecuadamente coaccionables, junto con una serie de sospechosos japoneses adecuadamente degenerados. Para estos últimos, hurgarán entre los reclusos de la prisión de Fort MacArthur, la penitenciaría de Terminal Island, y las cárceles del Palacio de Justicia y de Lincoln Heights, y los calabozos de las distintas divisiones de la Policía de Los Ángeles y de la Oficina del Sheriff en busca de sospechosos detenidos por razones políticas sin coartada para la tarde del sábado 6 de diciembre. Para más detalles, hablen con los sargentos Breuning y Carlisle.

Ellos lo asimilaron. Koenig hizo crujir los nudillos. Vogel hizo chascar los tirantes. Waldner puso cara de «*Ja, mein Führer*».

—No me quejo, ni me importa hacer esta clase de trabajo. Pero la manera en que se ha echado sobre nosotros parece indiscriminada. Conozco a un teniente en Wilshire que está tan metido en esto como cualquiera de nosotros.

—¿A quién se refiere? —preguntó Dudley.

—A Carl Hull. Trabajé con él en la Brigada Anti-Rojos, bajo el mando de Jim Davis. Es ciento por ciento América Primero. A ver qué le parece esto: fue él quien escribió el discurso por el que Charles Lindbergh acabó con la mierda hasta el cuello.

Mira por dónde.

Hull era cofrade de Parker. Hull era un derechista erudito. Bill examina un panfleto de la Deutsches Haus: «Se parecen a ciertos panfletos izquierdistas de un asunto al margen en el que estoy trabajando».

Waldner se puso nervioso. Dudley lo instigó. Waldner dijo:

—Hull era de los Camisas. Lo veía en las concentraciones.

Mira por dónde.

Koenig se puso nervioso. Dudley lo instigó. Koenig dijo:

—Vi a Hull con ese papanatas de Bill Parker, en Wilshire. El día antes de que los japos atacaran Pearl Harbor. Me dio la impresión de que tramaban algo.

—Todo el mundo atento —dijo Carlisle—. Conozco esa expresión. Se han puesto en marcha los engranajes de la mollera del jefe.

Dudley le guiñó el ojo.

—Dick, muchacho. Tú y Mike buscad una copia del magnífico discurso que pronunció el coronel Lindbergh el 11 de septiembre y entregádselo al teniente Hull en la comisaría de Wilshire. Decidle que se reúna conmigo en el restaurante Malibu Rendezvous a las cuatro de esta tarde.

Breuning y Carlisle se abrieron. Los chicos nuevos pusieron cara de «¿Eh?». Dudley cerró los ojos. Suprimió toda distracción.

Había hablado con Ed Satterlee. Ed dijo que los federales de Los Ángeles contaban con un psiquiatra soplón. Se vio a Kay Lake salir de su consulta. Una tal Claire De Haven, una arpía roja, entabló amistad con ella. Kay Lake asistió a una fiesta la semana pasada en la casa de la arpía. La arpía la invitó a una segunda fiesta que se celebró anoche mismo. Al principio le picó la curiosidad. Ben Siegel le consiguió una lista de invitados. Ace Kwan dijo que Terry Lux estaba desintoxicando a Claire De Haven. Parker. Sospechas iniciales, preocupaciones estratégicas. Confluencia: los federales y el doctor Saul Lesnick. La arpía De Haven y Kay Lake. Carl Hull y Bill Parker, «tramaban algo». «Un asunto al margen en el que estoy trabajando». Todo intuiciones... y todo sin verificar.

Dudley abrió los ojos. Tenía delante a Scotty Bennett.

—¿Sí, muchacho?

—Tengo que decírselo a alguien. Esto me está volviendo loco.

—¿Decir qué, muchacho?

—Me he follado a Joan Crawford —dijo Scotty.

11.06 horas

Bette se le escapó por poco. Dudley salió y vio su Packard salir flechado.

Ella dejó al personal embobado. Los hombres se abanicaban: «¡Uf!». Los niños comparaban sus marcas de carmín en las mejillas.

Dudley se abrió. Tomó la ruta del Valle por la autovía. Se metió en el cuerpo tres benzis, seguidas de café frío.

Rodeó por Pasadena y Glendale. Luego las carreteras rurales lo llevaron a las colinas de Malibú en un abrir y cerrar de ojos. Ace Kwan y Lin Chung se encargaron del trabajo previo. Terry Lux dio su aprobación a su conejillo de Indias.

Un japo borrachín. Marcada fisonomía japonesa. El sueño de un eugenista.

Telefonó a Hideo Ashida y le dijo que a las 13.00 horas. Añadió:

—Muchacho, no puede perderse este espectáculo.

Las colinas de Malibú jugaban al escondite con el mar. Las islas del Archipiélago Norte se desprendieron de una masa de nubes. La carretera de la montaña desembocó en la carretera de la costa. Dudley siguió hacia el norte en dirección al lugar en cuestión.

Sanatorio del Pacífico. Allí mismo, en el lado de tierra. Un lugar magnífico.

Una hacienda reformada. Unas tierras de primera. Espléndidos jardines y un campo de golf. Pacientes en albornoz se paseaban parsimoniosamente por allí. Un Lourdes para ricos disolutos.

Dudley aparcó en la puerta cochera. El doctor Terry salió parsimoniosamente. Vestido con ropa de tenis, como siempre. Terry sabía *jugar*.

Terry se impuso una vez al gran Bill Tilden. El gran Bill estaba internado para recibir un tratamiento de *electroshock*. No consiguió someter su anhelo por los jovencitos.

Dudley se apeó y se desperezó. Terry se acercó tranquilamente. Las mujeres lo encontraban atractivo. Según se decía, le iban la carne y el pescado.

Se estrecharon la mano. Terry le estrujó los huesos. Se ejercitaba estrujando una pelota de tenis para tener un Apretón de Acero.

—Dud. Siempre es un placer.

—También para mí, doctor.

—Lin Chung me comentó que presencié usted la operación practicada a un tal Namura.

Dudley encendió un pitillo.

—Sí, así es. Lin no quedó precisamente satisfecho del resultado.

—La especialidad de Lin son las narices —dijo Terry—. Si uno tiene una hija judía nariguda, Lin es el cirujano que necesita. Por lo demás, es un carnicero. Por lo demás, no sé si operar a japos fugitivos a gran escala es factible. Podría acabar siendo un procedimiento en tres o cuatro fases, con resultados ambiguos. Lo que a mí me interesa es la psicología y la ciencia de la raza. Los japos y los chinos se odian, y es prácticamente imposible distinguirlos. Conocerá usted el asunto aquel de Nankín, ¿no? Los japos lanzaron bebés chinos desde *aviones*. *Todos* los japos se creen superiores a *todos* los chinos. Ahora, ustedes operan a japos para que parezcan chinos. Soy eugenista. Las posibles ramificaciones de eso me desbordan.

Dudley sonrió y tiró la colilla. Terry puso cara de «Usted primero».

Recorrieron el recinto. Terry proporcionó la narración. Adictos y alcohólicos paseaban parsimoniosamente por allí. Tomaban pociones purgantes y purificaban sus almas socavadas.

He ahí a Lupe Vélez. He ahí el mismo bucle que en Los Ángeles. Ruth Mildred Cressmeyer le hizo un raspado. He ahí a Ellen Drew. Jack Kennedy pasó como un soplo de aire por su vida la semana anterior.

He ahí un frágil pajarillo. Es Andrea Lesnick. Su padre, psiquiatra, es un especialista en razas izquierdista. La ciencia de la raza cruzaba las fronteras políticas. Dios había muerto. Creemos *Übermenschen* para sustituirlo.

Ese bucle otra vez. Saul Lesnick, médico. Kay Lake fue vista en su consulta.

Entraron en el edificio principal. Observemos el largo pasillo. Observemos las ostentosas habitaciones y las puertas abiertas de par en par. Observemos a los adictos inmovilizados con correas en sus camas. Veamos cómo se retuercen y expulsan el caballo a patadas.

Ese bucle otra vez. Ahora el caballo escaseaba en Los Ángeles. Sus traficantes del barrio negro estaban molestos. Carlos Madrano movía caballo en México. Ese bucle... un río revuelto solo para iniciados.

El pasillo desembocaba en otra ala dispuesta en ángulo recto. Se sucedían saunas a ambos lados. Observemos las mirillas. Al doctor Terry le gustaba mirar.

Dudley miró. En las puertas colgaban hojas con los nombres de los pacientes y las horas asignadas.

He ahí a Raoul Walsh. En pelota, sudando la gota gorda. He ahí a Anita O'Day, paseándose entre nubes de vapor. He ahí a una mujer alta, encaramada a una repisa.

Aunque descarnada, ofrece un aspecto regio. Las costillas se le marcan solo en un costado. Tiene los pechos asimétricos. Está bañada en sudor.

—Claire Katherine De Haven.

La nueva amiga de Kay Lake. La analizanda de Saul Lesnick. Ese bucle visto como carraca.

Clic, un diente más de la rueda. Claire De Haven, diletante izquierdista. Lesnick, informante de los federales. Entra la señorita Lake. Clic: ella misma podría ser soplona.

Clic: el bucle irregular. Clic: apretémosle las tuercas a Hull. Clic: ¿percibo aquí la mano de Bill Parker?

Examinó a Claire De Haven. Tenía los pezones oscuros para ser una mujer de piel tan clara. Venas oscuras surcaban sus pechos.

Terry sonrió. *¿Quién es ahora el mirón?* Siguieron adelante por el pasillo. El quirófano era pequeño. Había un japo marchito amarrado a una mesa.

Estaba fuera del mundo. Tenía una bolsa de plástico y un tubo alimentador conectados a la muñeca izquierda. El instrumental se hallaba dispuesto en una bandeja.

Hideo Ashida estaba allí. Tenía las manos entrelazadas a la manera clásica

japonesa.

—Doctor Lux, doctor Ashida —los presentó Dudley.

—Doctor, es un placer —saludó Terry.

—El placer es mutuo —dijo Ashida.

Terry se calzó unos guantes de goma.

—Apártense un par de metros. Habrá sangre.

Dudley retrocedió. Ashida retrocedió. El japo borrachín seguía dormido.

Terry le cortó el pelo expeditivamente a ras de cuero cabelludo con unas tijeras de barbero. Terry le humedeció la cara con alcohol y realizó unos trazos con un lápiz de cera. Terry le inmovilizó la cabeza con un torno sujeto a la mesa.

Hincó el dedo en el rostro del hombro. Entró una enfermera. Terry, en broma, le dirigió un gruñido de reprensión.

Ella se sonrojó. Colocó un recipiente con una esponja entre las piernas del borrachín. Terry asintió. Ella acercó el carrito con la bandeja de instrumental.

Bisturís, escalpelos, escarificadores. Cuatro sierras de hueso. Pinzas cutáneas que parecían horquillas de pelo.

Terry repartió guiños. Flexionó los dedos y cogió un escalpelo. Se inclinó y cortó.

Retiró la carne del pómulo hasta dejar al descubierto las fibras musculares y la sujetó con una pinza. La enfermera enjugó la sangre con la esponja. Terry examinó las fibras.

—Puede que sí, puede que no. Si buscan una evaluación rápida, no están de suerte. Para que esto saliera bien, tal vez necesitaríamos algo así como una cadena de montaje. A mi juicio, este hombre tal vez requeriría inyecciones resinosas para dar volumen a las mejillas y alterar el tono epidérmico... y aun así, sería más eficaz darle un carnet de identidad con el nombre «Joe Wong».

Una mosca cruzó el quirófano. Voló en torno a la cara de Ashida. Ashida permaneció indiferente a la mosca y examinó al borrachín.

Terry reanudó la faena. Cortó y tiró de unos tendones. Rebañó la sangre y fijó tachones a la porción en saliente del hueso. La enfermera aplicó una masilla absorbente bajo los ojos del borrachín.

Ashida observaba. Dudley lo observaba observar. Ashida dirigía la mirada hacia una ventana a intervalos regulares. El muchacho era la viva imagen de la *concentración*. Dudley consultó su reloj y cronometró las miradas. Tres minutos, exactamente. Ojos a la derecha, ojos a la izquierda. Del procedimiento a la ventana y vuelta al procedimiento.

La ventana encuadraba un jardín con una zona de *picnic*. Se entretenían allí adictos en albornoz. El muchacho lanzaba ojeadas muy intencionadas.

Terry cortó y serró hueso. La sangre salpicó el quirófano. Ashida escrutaba la ventana. Cinco, seis, siete veces. Ahí, ahora: veamos ese parpadeo.

He ahí a Kay Lake, en una mesa de *picnic*. Está enfrascada en una conversación con Andrea Lesnick.

El joven Hideo y Kay, la ligera de cascos. Todavía tan amiguitos después de retirar juntos los micrófonos de los teléfonos. Ese bucle. Otro clic de la carraca.

Terry serró. Un jirón de piel suelta cayó en el zapato de Dudley. Sacudió el pie y se deshizo de él. Salió al pasillo.

Ashida salió. Dudley interpretó su brillo.

—¿Le ha impresionado? Yo diría que esta parte de nuestro proyecto serviría para proteger a un número considerable de los suyos.

—Es imposible que dé resultado —dijo Ashida—, pero me ha impresionado.

Dudley encendió un pitillo.

—Explíqueme por qué, si es tan amable.

—Me ha impresionado porque es una medida audaz y radical. Me ha impresionado porque reconoce la pureza racial y a la vez la altera descabelladamente y porque reafirma la separación última que define la raza.

Dudley se estremeció.

—Es usted una lumbrera, Hideo.

—Gracias, Dudley.

El ruido de la sierra subió de volumen.

—Mierda —dijo Terry.

—Me gustaría rodar unas imágenes con una amiga mía —dijo Ashida—. Me dio una cámara. Nuestra intención es denunciar la injusticia de las redadas.

Clic de la carraca.

—Son ciertamente injustas. Proceda, pues. Tiene mi consentimiento.

El ruido de la sierra subió de volumen.

—Mierda —dijo Terry—. He hecho una muesca en la cresta occipital.

Ashida se acercó. Las mangas de sus chaquetas se rozaron.

—Mi hermano japonés —dijo Dudley.

—Mi hermano irlandés —dijo Ashida.

15.41 horas

El ruido de la sierra hizo mella en él. Malibú año 41 se funde con Dublín año 19. Grafton Street: gritos y sirenas. El ruido lo empujó a marcharse y ahogó sus palabras de despedida.

El Malibu Rendezvous estaba justo al otro lado de la carretera. Dudley cruzó temerariamente. Observadores militares se habían adueñado del aparcamiento. Controlaban ametralladoras y reflectores.

Dudley entró. La decoración consistía en trofeos de pesca laqueados y madera rescatada del mar. Carl Hull tenía el restaurante para él solo. Su cabeza sobresalía en un reservado del fondo.

Una gramola emitía estruendo. Dudley arrancó el enchufe. El repentino silencio

sobresaltó a Hull. Alzó la vista y vio al Dudster. Apuró su copa e hizo una seña para pedir otra.

Dudley se sentó frente a él. Hull vestía el uniforme azul de alférez de la Armada. Llámame Jack había autorizado su alistamiento. Dudley ya había oído rumores al respecto.

—Esa indumentaria me sorprende, Carl. Creía que no aprobaba usted esta guerra.

El camarero sirvió un triple. Dudley le indicó que se fuera. Hull se metió entre pecho y espalda la mitad de la bebida de un trago.

—Tampoco usted la aprueba. Pero uno no se queda de brazos cruzados en situaciones así. Ya sabe cómo son las cosas.

—Pues sí, lo sé,

—También lo sabe el coronel Lindbergh —dijo Hull—. Ese discurso se lo escribí yo, sí, ¿y qué? Los dos sabemos que los judíos maquinaron esta guerra para que quedáramos en deuda con los rojos. La amenaza que usted insinúa no es gran cosa como amenaza, y que me aspen si sé por qué pretende presionarme.

Dudley sonrió.

—No estábamos en guerra cuando escribió usted ese discurso, pero ahora sí lo estamos. Ese hecho da valor a mi insinuación de amenaza. Los judíos son los judíos, y son un excelente chivo expiatorio para los más diversos males de este mundo, pero no considero que sus sórdidas prácticas mercantiles justifiquen un genocidio. Usted es políticamente razonable solo hasta cierto punto. Carece de la mente privilegiada y la brillante sagacidad de su querido amigo Bill Parker, y usted, a diferencia de él, se deja cegar por un odio obtuso. Ha torcido el gesto cuando he dicho «Bill Parker», Carl. Me pregunto por qué.

Hull agitó su vaso. La bebida salpicó el mantel.

—Pues pregúntese todo lo que quiera, Dud.

—Estoy vigilando a Parker —dijo Dudley—. No es mi intención echar por tierra ningún plan que él o ustedes dos tengan al margen de sus obligaciones normales. Unió usted su suerte a la de ese hombre hace mucho tiempo, y yo me limito a recabar información para salvaguardar mi propia autonomía ante la desafortunada eventualidad de que el gran Bill llegue a jefe.

Hull se distendió. Revolvió su cóctel con el bastoncito y lo lamió.

—Quiere sonsacarme por alguna razón. Dígame qué tiene.

—Tengo a un psiquiatra de izquierdas reconvertido por obra de los federales —dijo Dudley—, y a su hija drogadicta salida de Tehachapi. Tengo a una izquierdista llamada Claire De Haven, y a la enamorada del agente Lee Blanchard, Katherine Lake.

Hull sonrió.

—Esa tal Lake estaba bajo nuestra supervisión. De Bill y mía, pero yo me retiré. Queríamos elaborar un perfil sedicioso de la tal De Haven y esos rojos que están a su servicio. La verdadera guerra empezará cuando esta termine. Eso usted lo sabe tan

bien como yo. Queríamos preparar el terreno para lo que se avecina. Yo tenía cierta información sobre esa Lake. Sabíamos que andaba buscando emociones fuertes y que era maleable hasta un límite que ni en nuestros sueños más delirantes habríamos concebido. La enviamos a descubrir los trapos sucios de Claire De Haven, pero luego yo me lo pensé mejor.

Dudley sonrió.

—Y se lo pensé mejor ¿por qué razón?

—Por el propio Bill —contestó Hull—. La operación era un caramelo, y estaba más que justificada. Sin embargo Bill empezaba a complicarse la vida. Había perdido el sentido de la proporción, y me di cuenta de que la chica se le iba de las manos.

Dudley meneó la cabeza.

—Tanto fanatismo me entristece, Carl. Esas posturas siempre parten de una concepción ingenua y acaban en una ejecución torpe. Yo diría que la señorita De Haven y su célula son inocuas. Puede que resulten chivos expiatorios oportunos por razones estéticas, pero eso de «sedición» me parece exagerado. Puede que le pida a usted que vigile por mí ese estúpido pogromo, o puede que no. Si informa a Bill Parker de nuestra conversación, le mataré.

16.34 horas

Los puestos de guardia se sucedían a lo largo de la costa. La policía militar controlaba el tráfico en sentido sur. La playa estaba salpicada de nidos de ametralladora.

Ashida se sentía *japo* y tenía aspecto de *japo*. Era demasiado *japo* para ser operado y parecer *chino*. De todos modos aquello no daría resultado. El plan Lux-Smith era un disparate. Así se lo dijo a Dudley. Los japoneses y los chinos eran una sola raza. Los separaba la nacionalidad; no la biología. Eso Terry Lux lo sabía. Él sencillamente quería *operar*.

Así y todo, la idea era tentadora. Se trataba de un experimento controlado fruto de la guerra mundial. ¿Cómo se comportarían las personas objeto de una alteración racial? Surge una disciplina totalmente nueva: la psicología eugenésica.

Ashida torció tierra adentro. No podía arriesgarse a que le dieran el alto y lo registraran. Iba forzado al límite de su aguante. Siempre podía soltar los nombres de sus muchos protectores blancos. Eran ellos quienes lo forzaban.

Se había despedido de *Dudley* y se había acercado a charlar con *Kay*. Ella no tardaría en reunirse con *Claire* para darse un baño de arcilla. *Claire* proporcionó a *Kay* equipo cinematográfico para el *camarada Hideo*. Él obtuvo permiso para filmar las redadas. El *camarada Dudley* dio el consentimiento.

El desfiladero era tortuoso y los carriles estrechos. Conducía a golpes de volante y el coche coleaba. Le resbalaba el pie en el embrague.

Estaba extenuado. No pegaba ojo desde el amanecer del día anterior. Forzaba el límite de su aguante a cada momento.

Lo forzó con la farsa amorosa de *Kay*. Lo forzó con *Claire*. Esta analizó de manera convincente las redadas. Dijo:

—¿Rodará algunas escenas para nosotras? Su visión sería inestimable.

—Sí —contestó él.

Fue fácil. Eso lo sorprendió.

Se fue a casa. En vano intentó dormir. Se levantó y trabajó en el caso *Watanabe*.

Preguntó en tiendas de curiosidades japonesas. Hizo especial hincapié en las espadas adquiridas por hombres blancos. La mitad de los propietarios de las tiendas lo reconocieron. Se negaron a conversar. La otra mitad dijeron que no sabían nada de nada.

Las redadas iban a toda marcha. Ashida tropezaba con el odio y el miedo. Vio a Bill Parker, apoltronado en su coche. Parecía en estado comatoso. El Parker de la mañana del domingo era un hombre sobrio con los nervios a flor de piel. El Parker de la mañana del martes parecía medio muerto.

Telefonó al Departamento de la Guerra e intentó seguir la pista proporcionada por Jack Webb. Según Jack, un marinero había visto al hombre blanco del jersey morado. El marinero zarpó de Los Ángeles esa noche. Presionó a un funcionario para obtener información sobre el movimiento de tropas el día 6 de diciembre. El funcionario se negó a facilitársela.

Llamó a la compañía telefónica Bell. Pidió los registros de llamadas de los teléfonos públicos de Santa Mónica. El empleado le contestó que debía presentar las instancias correspondientes.

Fue al depósito de cadáveres y mantuvo una conversación con Nort Layman. Hablaron del Cuchillo hallado en el escenario del crimen de Griffith Park. Volvieron a examinar las fotos de las heridas de los cuatro Watanabe muertos. Volvieron a examinar los cadáveres congelados nueve días después de la muerte.

Ambos coincidieron. Podía tratarse del Cuchillo, o de una réplica. El Cuchillo podía ser el arma homicida.

Hablaron del veneno hallado en el hígado de las víctimas. Expuso su teoría de la infusión y la ropa manchada. A Nort le pareció verosímil. Nort identificó el veneno por su composición. Era anacrónico y no se producía en serie con un nombre de marca.

No podía comprarse ni al por mayor ni en minoristas. Un químico experimentado podía elaborarlo en cantidades grandes o pequeñas. El asesino era un químico experimentado o conocía a un químico experimentado. Dicho químico estaba versado en química asiática antigua.

La carretera transversal lo llevó hasta el Valle. Ashida fue por carreteras rurales hasta el paso de Cahuenga. En Hollywood el tráfico era fluido. Ya anochece. Podía filmar Little Tokyo durante el crepúsculo.

Sunset hacia el centro, Alameda en sentido sur. Unos caballetes impedían el paso en la calle Uno.

Se detuvo cerca del obstáculo. Cargó la película en la cámara. Enroscó una lente de alcance medio.

Chirriaron unas ruedas metálicas. Localizó el sonido al otro lado de los caballetes. Aparecieron cuatro polis tirando de una carretilla enorme. Iba cargada hasta los topes de fusiles y escopetas.

Pequeñas radios cayeron y se hicieron añicos. Un federal gordo seguía a la carretilla. Empuñaba un revólver amartillado.

Ashida oyó gritos y olió a gas lacrimógeno. Un niño japonés corrió hacia la carretilla frotándose los ojos. El federal gordo disparó por encima de su cabeza y voló la ventana de un primer piso.

J. Edgar Hoover, apoyado en una limusina oficial, observaba. Hoover vestía un abrigo de pelo de camello. Llevaba el pelo engominado. Era diminuto.

Ashida se fijó en un coche de policía aparcado tres automóviles más adelante. Conocía esa matrícula. Se acercó y miró en el asiento delantero.

Bill Parker duerme otra vez. Ahora no parece solo medio muerto. Hay una fotografía en el salpicadero.

Una mujer. De una belleza severa. Camisa a cuadros, pantalón de montar, botas altas.

Ashida examinó la foto. Era en blanco y negro, con marcado contraste. Probablemente la mujer era pelirroja.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / MARTES, 16 DE DICIEMBRE DE 1941

18.41 horas

La terraza de mi dormitorio independiente resplandecía. Lee había colgado luces navideñas y colocado muebles deslucidos que podían mojarse con la lluvia. Ese motivo decorativo era una manera de reconocer el estado del tiempo y la realidad de la guerra. Yo quería instalarme allí las noches de invierno y contemplar las celebraciones en el Strip; quería apagar las luces en las noches de oscurecimiento que sin duda llegarían. Sonarían las sirenas; la ciudad quedaría a oscuras al cabo de un momento. Yo quería estar allí para eso.

Scotty y yo, sentados en tumbonas, bebíamos *bourbon*. A lo largo de Sunset se intercalaban árboles de Navidad con espumillón y carteles con el rótulo ACORDAOS DE PEARL HARBOR, unos y otros iluminados desde atrás. De vez en cuando entrelazábamos las manos y permanecíamos en nuestras identidades independientes.

Durante el día los dos habíamos salido al mundo. Yo me había sentado desnuda en arcilla humeante y había urdido la revolución con una mujer a quien me proponía traicionar. Scotty había urdido una «batida en busca de degenerados» con los chicos de Dudley Smith. Era trabajo de rutina para el caso Watanabe, un acontecimiento en curso que lo desconcertaba, a él, el chico que se convirtió en policía hace menos de una semana. Aun así, aprendía deprisa. Empezaba a conocer los rituales del Departamento de Policía de Los Ángeles y ya utilizaba su jerga.

Mike Breuning, Dick Carlisle y Buzz Meeks empleaban «mano dura». Tres polis nuevos habían sido captados para un período de «trabajo pesado». Su nueva misión consistía en «meter en el trullo a japos» que fueran «maníacos sexuales», «extalegueros fichados por prácticas perversas» y «majaras fugados de las gaviatas». Un chico listo, un chico atribulado: en parte hijo de pastor, en parte matón. Estarías peleándote con chicos católicos y follando conmigo en el mejor hotel de Aberdeen si no estuvieras aquí conmigo ahora. Se acerca el baile de Año Nuevo de la Unidad Central. Ponte tu falda escocesa y tu esmoquin; yo me pondré un vestido negro de seda y un fajín de cuadros escoceses a juego con tu indumentaria. Apoya tu mano en mi pierna y llámame «Katherine», cariño. Eres imperiosamente alto. Me despiertas el deseo de ser tan alta como Claire *Katherine* De Haven.

Claire y yo nos quitamos los albornoces y entramos en el baño de arcilla; la arcilla estaba tibia y nos ponía la carne de gallina. Observamos nuestros respectivos cuerpos mientras nos sumergíamos.

Claire estaba consumida a causa de los tratamientos para depurarse de la droga e hilvanaba quijotesca mente ideas de apostasía. Pensé que intentaría atraerme y atraparme en falsedades y contradicciones. Me equivocaba. Quería hablar de nuestro documental.

Yo quería realizar una película desprovista de texto hablado. Con esa táctica se frustraría cualquier intento por parte de Bill Parker de utilizar el documental como prueba de sedición. Invalidaría la misión de Parker, y a la vez yo convertiría su misión en mi momento estelar dentro del momento estelar de la guerra en su totalidad. Claire estaba obsesionada con las redadas en tanto que injusticia grave e inmediata. Consideraba a Hideo Ashida el deus ex máchina de la psique masculino japonés, y creía que él debía ocuparse del montaje de la película. Yo me mostré de acuerdo, pero estipulé la condición de que todo aquello que él dijera debía estar despojado de contenido incendiario. Claire anunció que se proponía hablar en una concentración en Pershing Square el martes por la mañana. La concentración tenía visos de despliegue populista. Gerald L. K. Smith vomitaría odio en nombre de la Cruzada Nacionalista Cristiana; las Juventudes Socialistas y la Federación estarían allí. También hablarían Claire y Reynolds Loftis.

Dijo: «Querida, *tú* deberías hablar. Es una corazonada que tengo. Podrías enardecer a nuestra multitud, y el equipo de rodaje podría filmar su reacción. Tienes razón en eso de que las alocuciones en sí minan la fuerza de la puesta en escena. Pero *tú* puedes pronunciar la alocución, y nosotros podemos capturar la respuesta».

Coincidí con entusiasmo. Indicaría al equipo que filmara mi alocución con sonido; me aseguraría de que ese momento no se suprimiera de la película. La secuencia señalaría mi desafío a William H. Parker y asestaría un golpe en el corazón del torturador de Claire. Claire nunca conocería la intención de este plan. El documental me incapacitaría como testigo y acusadora en un juicio. Parker no se arriesgaría al bochorno de mi deshonra oficial. Nunca sabría que concebí este plan mientras estaba desnuda al lado de la mujer a quien él pretendía aniquilar.

Miré hacia el Strip. Scotty mantenía una mano en mi rodilla y cavilaba. Oí a Lee aparcar el coche en el camino de acceso. Intentó meter la llave en el ojo de la cerradura media docena de veces y abrió la puerta de la calle; supe que estaba borracho.

Scotty se desperezó y entrelazó las manos detrás de la cabeza. Lee subió y salió a la terraza. Llevaba el uniforme arrugado; supe que había estado bebiendo de gorra en el restaurante de Kwan.

Scotty se volvió y lo miró. Dijo:

—¿Qué hay, socio? ¿Cómo te trata la vida?

—No muy bien —respondió Lee.

—¿Y eso, socio?

—No me llames «socio», soplapollas.

Me dispuse a intervenir. Scotty me dio un apretón en la rodilla y me detuvo. Un chico rápido: echó la mano atrás y se descolgó la pistolera.

—*Blanchard*, pues. ¿Cómo te trata la vida, *Blanchard*? ¿Cómo van las cosas en Little Tokyo, *Blanchard*? Hace buena noche, *Blanchard*. ¿Por qué estás tan dispuesto a estropearla?

Lee se desabrochó el cinto de la pistolera y lo dejó en el suelo.

—Dudley no me ha dirigido la palabra ni una puta vez desde que empezó a derretirse por ti, *Bennett*.

—Hablas como un puto marica —dijo Scotty.

Lee cerró los puños. Scotty se levantó y me lanzó una mirada. Significaba: «Lo siento/así son las cosas/no lo he buscado yo». Me retiré al otro extremo de la terraza. Me flojearon las piernas y aguanté.

Scotty me señaló.

—A mi modo de ver, un hombre que anda escapándose de una mujer así es un puto marica.

Los separaba una distancia de un metro. Sentí la atracción en los dos sentidos. Scotty dejó caer la hombrera. Se abalanzaron el uno sobre el otro allí mismo.

Fue una embestida y una colisión desde un metro de distancia. Arremetieron con la guardia baja y no hicieron ademán de protegerse de los golpes. Lee asestó dos directos al cuerpo por debajo de los brazos de Scotty, agachó la cabeza y esquivó el golpe cruzado de Scotty. Scotty perdió el equilibrio; Lee le lanzó un gancho de derecha y lo obligó a echar atrás la cabeza. Scotty se tambaleó; Lee le soltó un fuerte codazo con el brazo izquierdo en plena nariz. Oí un crujido de huesos rotos. Lee levantó la cabeza y la sangre de Scotty le salpicó la cara. Lo cegó. Braceó y se frotó los ojos. Scotty le agarró la cabeza y le arrancó un trozo de oreja de un bocado. Lee gritó. Scotty le escupió el trozo de carne en la cara y le dio un cabezazo. La nariz de Lee se partió y la sangre manó. Volvió a gritar; tenía los brazos bajos; estaba totalmente desprotegido.

Scotty dio un paso atrás y afianzó los pies. Lanzó un gancho de izquierda a las costillas y un derechazo a la cabeza. Alcanzaron a Lee de lleno. Lee se balanceó y permaneció de pie. Hizo eses y dobló la cabeza. Scotty volvió a soltar un cruzado demasiado alto y abierto, y se le enredaron los pies.

Lee tenía huecos. Todos los combates de Bucky Bleichert que yo había visto me proporcionaban el esquema. Quería que la pelea acabara y no me importaba cómo. La ciencia de aquello me conmovía y a la vez me resultaba espantosa.

Scotty se tambaleó e intentó recobrar el equilibrio; Lee asestó golpes de izquierda y derecha dirigidos al cuerpo y remató con un gancho cerrado. Scotty se balanceó y volcó una silla. Lee armó el brazo en preparación para un gancho abierto de izquierda. Lo lanzó a la cabeza, no alcanzó a Scotty y tropezó con él. Scotty ya había

recobrado el equilibrio; forcejearon y se sostuvieron en pie mutuamente.

Scotty encajó un rodillazo a Lee entre las piernas y lo dejó doblado. Lee gritó y escupió sangre. Scotty soltó el gancho abierto de izquierda que Lee había fallado. Apuntó alto y Lee recibió el golpe en la cabeza cuando se erguía.

Echó la cabeza atrás casi en un ángulo recto. Oí huesos *quebrarse* y empecé a gritar «No». Se me cerró la garganta; me atraganté con esa única palabra.

Lee cayó hacia delante. Puso los ojos en blanco. Scotty asestó golpes de izquierda y derecha contra el cuerpo. Oí partirse las costillas de Lee. Se desplomó de bruces en la terraza. Salían de su boca sangre y fragmentos de dientes.

20.21 horas

La iglesia inhibía La Sed. Ahora tenía El Tembleque. Se aisló y reprimió El Deseo.

Tenía el templo todo para él. El vigilante nocturno lo dejó entrar. Santa Bibiana, una vez más.

Parker acaparó uno de los primeros bancos. Se agarró al respaldo del banco de delante y se le entumecieron los brazos. No probaba el alcohol desde la diatriba de la señorita Lake.

No podía ir a casa. Helen estaría allí. Vería sus temblores y propondría un tratamiento en algún sanatorio para curas borrachos. Eso no podía constar en su historial.

Le entraron temblores en las piernas. Afianzó los pies en el suelo y sofocó los temblores. Tenía un agotamiento extremo multiplicado por diez. Se había pasado el día persiguiendo a la Brigada de Extranjería. Se quedó dormido en el coche una y otra vez.

Su cuerpo y su cerebro se desconectaban. Eso había inducido momentos de inspiración a lo largo de todo el día. Llamó a la compañía telefónica Bell y pidió los registros de llamadas de las cabinas de Santa Mónica. Un jefe de turno le dijo que estaban hasta el cuello de trabajo por la guerra. Parker insistió. El jefe de turno cedió. Contemos con una respuesta dentro de dos semanas.

Las rodillas se le contraían espasmódicamente. Parker volvió a agarrarse a la repisa del banco. Pronto empezaría Los Sudores.

Tenía una reunión a las ocho de la mañana. Tenía por delante once horas para sobrellevar El Sufrimiento y prepararse. El despacho de Fletch B. Los ya habituales federales y políticos. J. Edgar Hoover y Preston Exley.

El Pez Gordo del FBI. El expoli convertido en magnate de la construcción.

Preston estuvo al frente de Homicidios a mediados de la década de los treinta. Su hijo policía, Thomas, murió en acto de servicio. Preston ahogó su dolor en el trabajo. Preston aguantaba como podía migrañas recurrentes. Él construyó la autovía de Arroyo Seco. Construía casas de bajo nivel para negros y casas de alto *standing* para blancos. Cuenta con un plan de internamiento local, y cuenta con la atención de personalidades de altos vuelos.

Llegaron Las Sacudidas. Parker deambuló por los pasillos de la iglesia. Cogió biblias y fue leyendo los salmos. Rezó por su esposa desatendida. Rezó por el éxito

de la incursión Lake / De Haven y la destrucción de la célula de Claire De Haven. Rezó por que se le concediera el valor para no beber. Rezó por la señorita Conville y la señorita Lake.

Dedicó siete horas a sus plegarias. Deambuló por los pasillos entre los bancos y al final se le durmieron las piernas. Se acercó al altar. Encendió velas por sus seres desaparecidos.

Su abuelo congresista. Su indeciso padre. Los inmigrantes de Oklahoma que expulsó de Los Ángeles. La gente a la que hizo daño en su cobarde reinado bajo el mando de Jim Davis.

Se tendió en un banco. Eludió el sueño y se levantó al amanecer. Salió a la calle y cogió su coche de policía. Ahora El Tembleque era interno.

Fue al edificio municipal. Se adecentó y se cambió de uniforme. Un café cargado le agitó la sangre. Redactó un comunicado sobre la escasez de efectivos. Llegó al despacho de Fletch B., puntualmente.

La puerta estaba abierta. Dentro no había un alma.

Fletch, Llámame Jack, el *sheriff* Gene. Ward Littell y Ed Satterlee. El visionario señor Hoover. El apuesto Preston Exley.

Tenía picores. Le dolían los huesos. Los apretones de manos de rigor lo intimidaban. Ya empiezan.

Soportó los apretones quebrantahuesos. Soportó las risas de rigor. El señor Hoover miraba con expresión fría.

—Trabaja usted demasiado, Bill —dijo Preston—. Exija un mes de vacaciones. Yo tengo influencia con el alcalde.

Fletch se echó a reír. Hoover le lanzó una mirada. Fletch reaccionó y dispuso las sillas.

Hoover ocupó la silla principal. Preston se sentó al lado. Los demás se instalaron en los asientos de gallinero. Parker afianzó los pies en el suelo. Sus músculos amenazaban con acalambrarse.

—Empecemos por los asuntos tangenciales —dijo Hoover—. Me interesa el asalto al furgón del 10 de diciembre. El banco Sumitomo forma parte del Sistema de Reserva Federal, y su procedencia japonesa es intrascendente. Señor Littell, tiene usted la palabra.

Parker miró a Littell. Buzz Meeks había resuelto el caso, en secreto. Las balas de goma. Las huellas de Huey Cressmeyer.

—Está estancado, señor —dijo Littell—. En este asunto no veo solución posible.

Hoover se crispó. Llevaba las uñas limadas. Llevaba la camisa almidonada. Su insignia masónica era de oro rosa.

—Ningún caso penal significativo directa o indirectamente relacionado con casos federales o relacionado aunque sea remotamente con las actuales redadas de subversivos japoneses debe quedar sin resolver. Ningún caso penal directa o indirectamente relacionado con el internamiento de los japos del área metropolitana

de Los Ángeles debe quedar sin resolver. El FBI se echará encima del Departamento de Policía de Los Ángeles en febrero del año que viene. El asunto de la colocación ilegal de micrófonos en las líneas telefónicas de todo el edificio municipal se hará público. Accedería a exonerar, absolver y esconder la inmundicia debajo de la alfombra en cuanto a este asunto. Me sentiría más predispuesto a tomar por ese camino si atendieran ustedes mis advertencias a este respecto.

—Vamos todos en el mismo barco, señor —dijo Jack—. Lo que vale para unos vale para otros, y tanto a los cuerpos de seguridad municipales como a los federales les conviene presentar un frente unido. Quizá usted sepa, o quizá no, que toda una familia japonesa fue asesinada aquí en Los Ángeles el día anterior a Pearl Harbor. Según el investigador al frente del caso, este quedará zanjado para Año Nuevo. Tenemos a un plumífero de los periodicuchos de Hearst cogido por los huevos, y va a sacar una serie de artículos en el *Herald* para darle bombo al asunto. Le diré que lo presente desde la perspectiva del FBI. Hoy por ti, mañana por mí. Un clavo saca otro clavo. *Comme ci, comme ça* por lo que se refiere al enredo de las escuchas. La cagamos, y ahora pagamos el pato. Dicho esto, creo que por ese lado hemos llegado a una confluencia de puntos de vista.

—Así sea —dijo Fletch.

—Eso, eso —dijo el *sheriff* Gene.

Satterlee habló a lo comanche:

—Hombre blanco fumar pipa de la paz. Imponerse sensatez.

La ocurrencia arrancó risas. Parker contuvo los retortijones. Hoover se retocó el pañuelo del bolsillo del pecho con unas palmadas.

—Las redadas, Ed. Pónganos al corriente en un minuto o menos.

—Estamos con los pesqueros del puerto de San Pedro —dijo Satterlee—, y en eso contamos con el respaldo de la Guardia Costera. Estamos confiscando las armas de fuego de los japos y realizando pruebas balísticas para contrastarlas con los datos de casos locales y federales anteriores. Nos estamos preparando para mandar agentes a registrar las casas, los apartamentos y los comercios de los japos que ya tenemos bajo custodia.

—Describe usted una maquinaria bien engrasada —comentó Fletch.

—Vamos a darle a Hirohito un bocadillo de mierda —dijo Jack.

—Hay un peso gallo, un japo, que me gusta —dijo Satterlee—. «Tornado» Tagawa. Combate contra Manny Gomez en el Legion Stadium la semana que viene. He apostado por él. No me obliguen a trincarlo antes de que machaque a ese frijolero.

La ocurrencia arrancó risas. Hoover sonrió a Satterlee. Parker percibió una opresión lenta.

—El sábado me llegó un parte del forense —dijo el *sheriff* Gene—. Tenía que ver con el caso de homicidio que ha mencionado el jefe Horrall. Nuestro hombre, Nort Layman, encontró partículas de cristal recubiertas de aceite de gamba en los pies de las víctimas, y solicitó información a hospitales y tiendas de comestibles de todo el

estado. Atendí un aviso de una tienda de Lancaster. Y equilicuá: habían recibido un pedido de gambas pescadas y envasadas por japoneses. Y equilicuá: las latas estaban llenas de cristales triturados. Allí se cortaba la pista, pero equilicuá: el asunto olía a Quinta Columna.

—Para mí eso es griego, Gene —dijo Jack—. Desconozco ese aspecto del caso, pero le pasaré la información a mi hombre, Dudley Smith.

Satterlee se estremeció.

—El Dudster. Menudo elemento.

—Y que lo diga, hermano —dijo Fletch.

—Se está tirando a Bette Davis —anunció Jack—. Lo digo en serio. Es digno de Ripley, ¡aunque usted no lo crea!

El *sheriff* Gene miró a Parker. Telepatía, más o menos.

Ese parte. Incluía la orden de que toda respuesta al respecto se comunicara al propio Parker. El *sheriff* Gene quizá lo supiera. Llámame Jack lo apartó del caso. El *sheriff* Gene quizá lo supiera. El *sheriff* Gene estaba al corriente en cuestiones de Quinta Columna. Pero en cuanto al caso Watanabe... eso quedaba fuera de su órbita.

Hoover se olfateó la flor del ojal. Tenía la frescura de primera hora de la mañana.

—Aquí nos estamos desviando de nuestro objetivo. Las gambas envasadas y los asesinatos de japos no son asuntos prioritarios para la seguridad nacional, mientras que alojar a los japos mientras dure la guerra sí lo es. Ahora es su turno de bateo, señor Exley. Le aconsejo que la mande a las gradas.

Preston guiñó un ojo.

—El señor Hoover nos exige brevedad, así que iré al grano. Una franja ininterrumpida del este del valle de San Fernando está salpicada de tierras de labranza que son propiedad de japoneses. Podrían comprarse las tierras a los japos directamente, arrendarlas hasta el final de la guerra o confiscarlas legalmente conforme a las leyes estatales o federales de incautación por razones de seguridad una vez detenidos los propietarios. Los campos de internamiento podrían construirse en esas fincas, basándonos en las leyes del estado de California sobre el derecho de expropiación. Los detenidos labrarían las tierras existentes bajo la dirección de una guardia privada contratada por mi empresa. Los beneficios se repartirían entre mi empresa y el gobierno local, lo cual ayudaría a sufragar el coste de nuestra parte del internamiento en masa. Las tierras arrendadas que generasen beneficios *sustanciales* reportarían un porcentaje *nominal* de esos beneficios a los propietarios encarcelados. A los japos «de confianza» se les concedería el privilegio de participar en un programa de permisos, por el cual se trasladarían en autobuses a las fábricas de Los Ángeles para trabajar bajo supervisión armada, y regresarían a sus complejos por la noche. Pagarían el alojamiento y la comida y, en recompensa por su cooperación, se les permitiría retener una pequeña parte de su paga. El eje de todos los aspectos de esta propuesta es la *proximidad*. El valle de San Fernando linda con el término municipal de Los Ángeles propiamente dicho. De este modo se acelera el transporte

inicial de los japos internados. El desplazamiento de los japos de confianza es un viaje sencillo y rutinario en el día. Los campamentos agrícolas crearán por sí solos un *boom* del empleo a gran escala y el consiguiente *boom* económico para la ciudad y el condado de Los Ángeles.

Factible. Fácil. Despreocupadamente malévolo. FAMILIAR, en el sentido de...

Ward Littell apretó los puños.

—Soberbio, señor Exley —dijo Hoover.

—Un pleno, desde mi punto de vista —dijo Lláname Jack.

—Bravo, Preston —dijo Fletch—. Así podemos alojar y dar de comer a nuestros propios japos y a la vez los tenemos a mano.

—Se alivia la presión de las cárceles del condado y de esos grandes centros de internamiento que planea el Departamento de la Guerra —dijo el *sheriff* Gene—. Mis hombres podrían llevar a los japos encadenados desde el Valle hasta los lugares de trabajo. Los japos son una raza muy apta para las labores del campo. Producen hortalizas de primera calidad; se las venderemos a todos los restaurantes de primera categoría de la ciudad.

—Ward Littell y Bill Parker ponen mala cara —dijo Satterlee—, lo cual nos indica que vamos bien encaminados.

—Es una atrocidad —dijo Ward—. Es un acto de depravación. Es algo que algún día lamentaremos.

—Según parece, Ward y Bill se han olvidado de Pearl Harbor —dijo Fletch.

Es usura. Es explotación. Es FAMILIAR, en el sentido de...

Parker contuvo los retortijones. Parker reflexionó.

Inducía a pensar en el caso Watanabe. Inducía a pensar en la compra de casas y tierras que Buzz Meeks había revelado. Compras reales. Compras rechazadas. Compras rumoreadas. Registradas en secreto... en absoluto ilícitas.

Todo resultaba tangencial. El plan de Preston resultaba insidioso y legalmente sólido. No había lazos entre la compra de tierras y el asesinato.

Se acabó la reunión. Las ondas cerebrales de Parker se dispersaron. Los retortijones se redoblaron. Le habían desaparecido las piernas. Los presentes se marcharon. Él se despidió de ellos desde su silla.

El *sheriff* Gene volvió a entrar.

—¿Cómo va eso, Bill?

—De fábula, *sheriff*.

—Ya sé que solicitó que se lo informara sobre las respuestas a esa parte, y que Jack lo retiró del caso Watanabe.

—Así es, *sheriff*.

El *sheriff* Gene dio vueltas a su sombrero.

—Todavía siento curiosidad por esas gambas envasadas. Le pedí a un técnico de laboratorio que examinara la muestra que obtuvimos en Lancaster. Dijo que estaba llena de aceites tóxicos para los humanos.

Parker bostezó.

—Estoy fuera del caso, señor.

—Claro, pero podría pasarse por San Pedro y ponerse en contacto con la Guardia Costera. Hoy van a abordar unos cuantos barcos japoneses dedicados a la pesca de la gamba. A mí aún me da que esto es Quinta Columna. Podría dejarse caer por allí y saciar la curiosidad de ambos, si le apetece.

Llámame Jack lanzó un silbido. Era en extremo agudo.

—Chinatown, Bill. Material antidisturbios. Tú y Jim Davis, por los viejos tiempos.

9.42 horas

«Material antidisturbios» significaba el casco y la escopeta. «Material antidisturbios» significaba cartuchos de sal.

Tomó el ascensor. El pasillo de la Unidad Central era un hervidero. Lee Blanchard y ese tal Bennett habían intercambiado puñetazos la noche anterior. El chico mandó a Blanchard al Queen of Angels. La nena que vivía con Blanchard fue la causante del conflicto.

Y hablando de gachís, Dud S. está cepillándose a Bette Davis. *Es la verdad, muchacho*. Elmer Jackson los vio besuquearse en la Academia.

Las salas de reuniones eran un hervidero. He ahí a Dudley y sus chicos. Observemos la nariz entablillada de Scotty Bennett. Observemos a Sid Hudgens y Jack Webb, allí sentados.

He ahí a Thad Brown y un reportero del *Mirror* llamado Morty Bendish. Morty babeaba por el asunto del japo muerto en la cabina. Quería colar por medio Pearl Harbor. El japo muerto delató a algún colaborador en el ataque. Un espía japo lo dejó tieso, y así se aseguró su silencio. Thad comentó que la hipótesis le parecía un tanto traída por los pelos.

Parker firmó en el registro la entrega del material antidisturbios. Se equipó en el pasillo y flexionó las piernas en la escalera. Consiguió llegar al garaje. Fue en coche a Chinatown.

Vio a Jim Davis, frente al restaurante de Kwan. Davis vestía un traje de faena del ejército y portaba una escopeta descomunal. El tío Ace estaba a su lado. Su capa a lo FDR rozaba el suelo.

Parker dejó el coche y se acercó. Ace escupió y el salivazo cayó muy cerca de sus pies. Davis dijo algo en chino. Ace contestó en chino y se alejó tranquilamente.

—Buenos días, Bill.

—Jefe.

—Como siempre digo, soy «Jim» desde que el jurado de acusación me puso en la calle.

—De acuerdo —dijo Parker—. Eres un recluta para esta ocasión en particular. No eres el jefe.

—Estás expulsando los vapores, ya lo veo. Iremos a por un tónico a la herboristería de Ferguson's Alley.

El Sufrimiento lo asfixiaba. Llevaba zapatos de plomo. La escopeta le pesaba diez toneladas.

—Vamos, Jim. Quiero dar este día por concluido cuanto antes.

Recorrieron Broadway en dirección norte. Davis paraba a los transeúntes y les dirigía ocurrencias en chino. Parker bostezaba sin cesar. El Sufrimiento abría nuevos caminos.

Le flojeaban las piernas. El sudor se acumuló y le empapó los calcetines. Davis hablaba por los codos. Aaay, los viejos tiempos.

El Bloqueo de Vagabundos. Las batidas de pordioseros. Los viajes durante la campaña electoral de FDR, títere de los judíos. Carl Hull y la Brigada Anti-Rojos. ¿Te acuerdas de aquel boche, Fritz Vogel, aquel tipo duro? Las manifestaciones de rojos en Pershing Square.

Bill, allí te superaste a ti mismo. Llegamos con tropas montadas. Éramos los cosacos. Ellos eran la chusma. Adelante con la música de balalaica y las espadas.

Pasearon tan tranquilos. Los chicos tong cuchicheaban y les lanzaban miradas propias de tong. El Sufrimiento le subió a la cabeza. El casco le venía grande. Empapó de sudor la cinta interna. La visera le caía sobre los ojos.

Bill, se te daba bien. ¿Cómo anda Helen? Tú trajiste a Carlos Madrano. Tú puliste nuestro acuerdo de extradición con la Policía del Estado mexicana. Bill el Cerebro. Me acompañaste durante las declaraciones. Redactaste mi alegación para el jurado de acusación. Mediaste en nuestro acuerdo con los rompehuelgas. La cábala de comerciantes todavía está en deuda contigo.

Pasearon tan tranquilos. El Sufrimiento lo traspasaba. Davis se ganaba a los niños dándoles chicles. Pararon en la herboristería. Davis pidió una poción para él. Sabía a mierda de rana y mugre. Le proporcionó visión radiográfica.

Le dio hormiguillo. Contenía raíces molidas y polvos místicos. Salieron de la tienda y pararon en una cabina. El mundo adquirió tonalidades pastel.

Parker telefoneó al *sheriff* Gene. Aceptó la misión de San Pedro. El *sheriff* Gene le dijo que se presentara en el embarcadero 16. Que preguntara por el teniente Duguay.

Pasearon tan tranquilos. Parker hacía eses y sus poros rezumaban. Sus papilas gustativas rezumaban. Exhalaba mugre mística.

North Broadway era un hervidero. La tregua entre los tongs duraba ya cinco días. Parecía ya derogada. Unos chicos tong se congregaban. Lucían sus pañuelos tong y se limpiaban las uñas con navajas. Se situaron detrás del chinófilo gordo y el poli sudoroso.

Parker y Davis siguieron avanzando despreocupadamente. Los tenderos formaban

corrillos en torno al Gran Bwana y le pasaban soplos en susurros. Dewey Lem se dedica al 459. Joe Chen se dedica al 211. Un chino se cargó al japo en la cabina. Ahora mismo se está jugando una partida de dominó en el restaurante de Kwan. Las apuestas son altas, es una maratón. Atrae a gente de Hollywood.

Pasearon tan tranquilos. Parker paseó por detrás de la mugre mística. Los sigilosos chicos tong fueron recortando la distancia. Están a doce metros, a diez metros, a ocho metros.

Los Hop Sing se acercaban sigilosamente desde atrás. Los de las Cuatro Familias se acercaban sigilosamente por la otra acera. Parker lanzaba miradas atrás una y otra vez. Los putos tongs, los muy capullos, se acercaban sigilosamente.

Parker tuvo miedo. El Sufrimiento y esa mugre mística le provocaban temblores. Los capullos Hop Sing estaban a *seis* metros. Los de las Cuatro Familias estaban a su misma altura, en la otra acera de Broadway.

—Están demasiado cerca —dijo Davis.

La mugre mística. El Miedo y El Sufrimiento. Se acercan sigilosamente con suelas de goma...

Parker levantó la escopeta. Los capullos siguieron avanzando sigilosamente. Ahora *cuatro* metros. Accionó la corredera y disparó.

La escopeta saltó hacia atrás. Escupió sal. Alcanzó a cuatro chinos de una sola descarga. Davis apuntó a la otra acera y apretó los dos gatillos.

Él usó cartuchos más grandes. Sus chinos salieron volando. Los chinos de Parker recibieron la sal a la altura del pecho. Sus trapos tong se vaporizaron. Los granos traspasaron la tela y llegaron a la piel.

Gritaron y dieron media vuelta. Parker recargó y apuntó a sus espaldas. Afinó la puntería. Apretó el gatillo, lentamente. Los derribó y les dejó la ropa hecha jirones.

Las detonaciones asustaron a los viandantes. Dieron media vuelta y echaron a correr. Los chinos de Jim gritaron el doble de alto. Un tipejo perdió dos dedos. Un tipejo buscó a tientas trozos de su culo.

Griterío. Capullos tong y viandantes, todo en altos decibelios. Jerigonza, guiso de lenguas.

Jim Davis se sacó la polla y se la meneó. Jim Davis profirió insultos en chino.

Los tipejos se alejaron a rastras. Tenían incrustaciones de sal y estaban hechos trizas. Se alejaron a rastras entre ropa troceada y sangre.

Davis cruzó la calle. Parker lo siguió. Davis se meneó la polla entre los tipejos caídos en el suelo y los roció de orina.

—Es una costumbre ancestral, amigo. A partir de ahora soy el dueño de sus almas.

11.16 horas

Salió disparado. Mugre mística, vándalos bañados de orina. El exjefe, meneándose la polla.

Parker atajó por un callejón. La escopeta le pesaba seis toneladas. Su sudor despedía un olor pútrido. Se sentía la cabeza como estrujada.

Fue derecho al restaurante de Kwan. Algún tarado le había arrojado huevos a su coche. El parabrisas estaba manchado de yema. Accionó el limpiaparabrisas y esparció los manchurroneos.

El coche arrancó y se puso en movimiento. Nadie le había pinchado las ruedas. Los frenos funcionaban. Nadie había rajado la tapicería.

Se dirigió hacia el sur. Broadway llevaba directo a San Pedro. Vio nubes de gas lacrimógeno por encima de Little Tokyo. Los uniformados pululaban por las azoteas de los edificios de escasa altura.

Pensó en El Caso. El *sheriff* Gene lo había autorizado a trabajar en él. Caviló sobre El Caso. Caviló sobre Dudley Smith e Hideo Ashida. Fue como una flecha directo a San Pedro.

El salitre en el aire anunció el puerto. Parker circundó Fort MacArthur y el puente de Terminal Island. Un control de carretera impedía el acceso al puerto. Policías militares de guardia vieron su coche patrulla y le franquearon el paso.

Los muelles eran un batiburrillo de lanchas de la Guardia Costera y pesqueros de madera de mala calidad. Los equipos de registro subían a bordo de los pesqueros, seis hombres por embarcación. La calle que llevaba a los muelles estaba atestada de *jeeps* y sedanes negros de los federales.

Los japoneses acarreaban barriles de pescado. Se los veía asustados. Los policías militares se paseaban con carabinas M1 y perros policía atados. Los perros gruñían a los japoneses y babeaban por su pescado.

Parker fue en el coche hasta el embarcadero 16. Allí había una lancha atracada. Estaba equipada con garfios y ametralladoras montadas en la proa. Dos hombres de la Guardia Costera y dos ayudantes del *sheriff* se hallaban en la cubierta. Llevaban carabinas colgadas al hombro y oteaban el horizonte.

Un oficial vio el coche patrulla y se acercó. Vestía uniforme azul de faena con galones de teniente. Parker se apeó. El aire salitroso le empañó las gafas.

Se dieron la mano. Parker pateó el suelo para que la sangre le circulara por las piernas.

—¿El *sheriff* ya lo ha avisado?

—Sí, capitán —contestó el teniente—. Le he dicho que si aparecía usted por aquí, vería algo interesante.

—¿Qué tienen? —preguntó Parker.

—Hemos estado vigilando a dos pesqueros de gambas que rondan por el norte, costa arriba hasta Santa Bárbara. Faenan en el norte y atracan aquí, siempre. Los capitanes y los tripulantes están en la lista A-2 de los federales, y sus lugares de

residencia han sido evacuados. Todos duermen en los barcos y hacen las entregas de pescado clandestinamente, por la noche.

Parker reflexionó.

—¿Hacen el envasado en una granja del Valle? Estoy pensando en un sitio propiedad de un japo que se llama Hodaka.

—No, señor —dijo el teniente—. Nos ha llegado la información de que esos individuos entregan su captura en una envasadora de Little Tokyo.

Parker reflexionó.

—Leí un parte. Un submarino japonés torpedeó un pueblo de pescadores en la cala Goleta, justo al norte de Santa Bárbara. Eso ocurrió la semana pasada. ¿Cree que esos pesqueros podrían tener algo que ver?

El teniente negó con la cabeza.

—Por ese lado, no. Leí ese parte. Los pesqueros que estamos vigilando se dedican a la pesca de altura, y en ese pueblo de Goleta solo había pequeñas embarcaciones quemadas, todas para pesca de bajura. Y otra cosa: buscamos tripulaciones compuestas exclusivamente por japos, pero, según ese parte, los tarados de ese pueblo eran japos y chinos conchabados, lo cual es raro, dado que esos tarados se odian.

Chirriiiió una sirena en el embarcadero. Un hombre de la Guardia Costera dejó caer el auricular de la radio barco a costa y corrió hacia el teniente.

—Hemos recibido un informe de un avión de reconocimiento, señor. Ese primer pesquero ha anclado en Ventura, y los hombres del *sheriff* de allí lo han registrado y han dicho que está limpio. Todo ha sido una confusión. Según el capitán, salen a faenar el bonito desde hace más de un año, y tienen los papeles que lo demuestran. Duermen en el barco porque son unos obsesos del hipódromo y se pulen la pasta apostando en las carreras. Nadie puede acusarlos de quintacolumnistas. No hay más que eso, aparte del hecho de que descargan toda su pesca en el Lou's Fish Grotto de Long Beach.

El teniente hizo un gesto masturbatorio. Los hombres de a bordo cogieron chalecos salvavidas. Aquello olía a maniobra de salida. Parker intuyó jaleo.

—No me lo diga —dijo el teniente—. Está llegando el otro pesquero.

—Sí, sí, señor —contestó el hombre de la Guardia Costera—. Viene hacia aquí.

El teniente hizo sonar un silbato y se apresuró a subir a bordo por la pasarela. Parker lo siguió rápidamente. Un ayudante del *sheriff* les lanzó chalecos salvavidas. Parker agarró el suyo. Los dos hombres de la Guardia Costera izaron el ancla. La lancha se apartó del embarcadero.

Los motores ronronearon y se encendieron. Ocurrió todo muy deprisa. Parker se dirigió con paso tambaleante hacia la proa y se abrazó al montante de una ametralladora.

Allí había un catalejo fijado. Apuntaba al frente. Se quitó las gafas y acercó un ojo. Lo entornó y avistó el motivo del alboroto.

Un pesquero de dos mástiles. Quizá a unas dos millas. Siluetas diminutas en la cubierta. Quizá hombres amarillos.

La lancha surcaba el agua en línea recta. Las olas anegaban la cubierta. El ruido del motor ahogaba el vocerío y las órdenes a gritos. Parker permaneció abrazado al montante de la ametralladora y mantuvo el ojo en el visor.

La lente comprimía el horizonte. La distancia entre la lancha y el pesquero se reducía. Las siluetas diminutas se agrandaban.

Hombres amarillos, sí.

Se los ve asustados. Su barco está detenido. Dos hombres ceban los motores de popa.

La lancha corta las olas. La lancha está cada vez más cerca.

Cerca.

Más cerca.

Ya cerca.

MUY CERCA.

Veinte metros o nudos o yardas o lo que fuera...

Parker mantuvo el ojo en el visor. Los hombres amarillos parecían asustados y furiosos. Parker se puso las gafas y entornó los ojos.

—¡Manos arriba, ya! ¡Todos manos arriba, todas las manos en la cubierta!

Parker se irguió y se apuntaló. El choque entre las dos embarcaciones lo derribó. Pasó a verlo todo del revés.

Un hombre de la Guardia Costera lanzó un garfio de abordaje. Parker lo vio del revés. Saltaron hombres con metralletas. Parker lo vio del revés. Cuatro japos levantaron las...

Parker se puso en pie. Recalibró su visión. Vacilante, saltó y aterrizó en el pesquero. Los polis de la Costera se abalanzaron sobre los japos. Los japos levantaron las manos mucho, mucho, *mucho*.

El pesquero se balanceaba. Una ola embistió a Parker. Quedó cegado por el agua y se agarró a la barandilla del mástil. Creyó ver...

Los japos se llevan las manos a los bolsillos.

Los japos levantan las manos y abren la boca.

Los japos muerden y se desploman.

Los japos empiezan a sufrir y vomitan espuma y...

Un japo se revolvió junto a Parker. La espuma vomitada salpicó los zapatos de Parker. Parker emitió un ruido absurdo y retrocedió de un salto.

Aún estaba cerca. El japo estaba *demasiado* cerca. El japo tenía las yemas de los dedos lisas. El japo *no* tenía huellas digitales. Las yemas lisas significaban baños de ácido carbólico y...

Un poli de la Costera sucumbió al pánico. Apuntó hacia abajo la metralleta y se dejó *llevar*.

La madera de la cubierta estalló. La cabeza de un japo estalló. Todos los polis de

mar apuntaron hacia abajo y se dejaron *llevar*.

Los japos volaron en pedazos, la cubierta voló en pedazos, todo voló entre astillas de madera y humo.

Parker echó a correr.

Huyó de la carnicería y del ruido. Huyó hacia la popa. La embarcación dio un bandazo. Parker se precipitó por una escalera. Cayó de cabeza y rodó bajo cubierta.

Fue a dar a un pequeño compartimento. Vio lo que podía ser un japo o podía ser un chino quemar billetes de banco y panfletos. Parker estaba *así* de cerca de él. El dinero y el papel llamearon y quedaron reducidos a ceniza negra.

Parker estaba *así de cerca* de él. La pasta eran marcos y yenes. Los panfletos estaban en japonés y en inglés. *Eran idénticos a todos los panfletos de aquella delirante mezcla de...*

El hijo de puta mordió una pastilla y se revolvió. Parker le pisó las manos y le aplastó los dedos. Las yemas eran tejido liso. Parker lo vio. Estaba *así* de cerca.

17 de diciembre de 1941

14.07 horas

El sótano de Kwan. Es sensacional. Es igualitario.

Todo el mundo se codeaba. La partida de dominó era imparable y duraba ya dieciocho horas. La guerra justificaba la mala conducta. Todo el mundo lo sabía. Esto era lo que se sobreentendía:

La vida es corta. Lo que el agua trae el agua se lo lleva. Hay submarinos japoneses frente a la costa. Los marineros y soldados de Pearl Harbor ni se enteraron de lo que pasaba. *Nosotros* podríamos ser los siguientes.

Aquello se mantenía en marcha a fuerza de benzedrina en infusión. El tío Ace suministraba un bar bien surtido y bufet libre las veinticuatro horas. Los adictos abarrotaban el fumadero de opio. Lin Chung recurría a la morfina para tranquilizar a quienes perdían en el juego. Brenda Allen se dedicaba al comercio de gachís aplicando las nuevas tarifas para tiempos de guerra. La mascota de Salvador Dalí, un leopardo, deambulaba por allí. Maulló a un camarero y robó *chow mein* del plato de Count Basie. A nadie le importaba un carajo.

Los insignificantes concurren con los poderosos. La élite concurre con los decadentes.

Clark Gable estaba allí. Exhibía una foto de Cary Grant con una polla en la boca. He ahí a Llárame Jack Horrall. He ahí a Nort Layman y Ed Satterlee. He ahí a Stan Kenton. Lo acompaña «Misty» June Christy. Esta echó el ojo a Scotty Bennett, magullado y contuso. Mala suerte, hermana: esa que ves colgada de él es *Joan Crawford*.

No quedaba un asiento libre y estaban como sardinas en lata. En el sótano se concentraba el humo de diez mil pitillos. Era un gran pulmón de acero.

Dudley estaba con Bette. Observaban a los parranderos jugar al dominó. Llevaba en pie desde la mañana del día anterior. De patrulla en busca de degenerados. Habían andado al acecho de posibles testigos presenciales y fanáticos de la muerte.

Comprobaciones de antecedentes. Una nueva tanda de interrogatorios en el vecindario. ¿Dónde está esa aguja japonesa en un pajar? ¿Dónde está el degenerado que supera a todos los degenerados?

Se moría de agotamiento. Todo auguraba que la cita acabaría en la cama. Ace les preparó una habitación arriba. El maridito de Bette estaba ocupado. Recibía en casa a un criado llamado Man-Oh-Man Manolo. Man-Oh-Man trabajaba para gente del cine.

Su tercera pierna medía dos palmos.

Dudley observaba. Ace repartía las piezas. Elmer Jackson actuaba de perro guardián. Empuñaba la formidable escopeta de Jim Davis.

Jim y Whisky Bill se habían abandonado a la mala conducta. Descerrajaron tiros de sal a dos pandillas tong. Un muchacho contrajo septicemia. Un muchacho perdió tres dedos. El tío Ace estaba molesto.

La partida duraba ya una eternidad. Los jugadores iban y venían. Sucumbían a la fatiga del juego y se abrasaban la pleura. Harry Cohn llevaba allí dieciséis horas. Jugaba con el peso gallo Manny Gomez y tres dentistas chinos.

Harry había perdido cincuenta y tres de los grandes. Había saldado su deuda anterior con dinero del asalto al furgón. Harry debía cuarenta y ocho a Ben S. Ben observaba la partida con ojos de acreedor judío.

El juego era incomprensible. Los jugadores agarraban rabieta y tiraban las piezas de dominó. Bette no quitaba ojo a la señorita Crawford. Se aborrecían mutuamente. La furia del estrellato.

Ella señaló el bufet. Clark Gable y el leopardo comían costillas.

—Clark es un bobo. Colecciona rizos del coño de sus mujeres. Se follaría a esa bestia si alguien le sujetara la cola.

Dudley soltó una carcajada. La sala era un barril de pólvora. Una camarera que iba de aquí para allá le ofreció un *mai tai*.

—Voy al cuarto de baño de arriba —dijo Bette—. El de aquí está ocupado. Brenda está mamándosela al *sheriff* Biscailuz.

Dudley le dio un beso en el cuello. Bette se zambulló entre el gentío. Todos empequeñecían en el remolino formado en torno a ella. Dudley la perdió de vista en una nube baja de humo. Le ardían los putos pulmones.

La partida proseguía. Manny Gómez abandonó el juego. Harry el Judío perdió cuatro apuestas consecutivas y ocho de los grandes. Dudley guiñó el ojo a Ben Siegel. Ben el Judío le devolvió el guiño.

Harry abandonó el juego. Los mirones abuchearon al famoso misántropo. Harry se llevó la mano a la entrepierna y los abucheó a ellos.

Dudley lo guio al despacho de Ace. Harry estaba húmedo y enrojecido. Por suerte en el despacho no había humo. Harry se desplomó en una silla.

—Debo sesenta y uno de los grandes a Ace. ¿Por qué me hago estas cosas? Soy un hombre poderoso con una enfermedad cardíaca. ¿Por qué he de ser un garitero impenitente? Los alemanes están masacrando a mi pueblo, y yo no puedo hacer nada para impedirlo. ¿Por qué he de añadir mis males al dolor y la pesadumbre del mundo?

Dudley se apoyó en un toallero.

—Debes cuarenta y ocho a Ben, Harry. Tienes deudas de juego por valor de ciento nueve mil dólares. Puedes lamentarte de tus pérdidas innecesarias o permitirme que alivie tu carga.

—Vete a la mierda, soplapollas irlandés —dijo Harry—. No vayas a pensarte que

no sé adónde quieres llegar con esto. No vayas a pensarte que soy incapaz de decir: «Hoy día no me dedico al negocio del porno».

Dudley tosió.

—Me has visto con Bette Davis.

Harry tosió.

—No te jactes, soplapollas irlandés. Ya sé que estás *pasándotela por la piedra*, y no me impresiona. También me he fijado en que ese tipejo, ese matón tuyo, anda con Joanie. Tampoco eso me impresiona. Las fulanas como esas van detrás de cualquier masa de músculos. Bette y Joanie son los putones de la ciudad, y teniendo en cuenta que la ciudad es Los Ángeles, eso no es moco de pavo.

Dudley sonrió.

—¿Y si convengo a Bette para que deje la Warner durante unos meses, cosa que facilitaría su aparición en una película de Columbia? ¿Te replantearías en tal caso mi propuesta?

—De rodillas, soplapollas irlandés —dijo Harry—. En ese caso me postraría ante ti y lo disfrutaría plenamente.

Dudley le guiñó el ojo y volvió a la fiesta. Ben S. lo vio y puso cara de «¿Y...?». Dudley movió la cabeza en un gesto de asentimiento y atravesó una nube de humo. Scotty y Joanie se magreaban en el umbral de una puerta. Clark Gable y el leopardo echaban una cabezada en un sofá.

Aduladores y pecadores. ¿*Qué* conflicto mundial? Los valientes y los inmorales.

Dudley subió al restaurante. Ahora Bette era la dueña.

Los camareros, con su indumentaria tong, rondaban cerca de ella. Los clientes le presentaban álbumes de autógrafos. Bette repartía abrazos y posaba para las fotografías. La cola salía por la puerta y llegaba hasta la esquina.

Bette distribuía tarjetas. *Llame a mi secretaria. Compre bonos de guerra. Firmaré fotos y las besaré. Se las mandaré.*

Les estrechó la mano. Les habló. Les concedió sus ojos. Los atendió uno por uno y conversó con ellos. No se sacudió de encima a ninguno.

Alzó la mirada y lo vio. Le lanzó un beso. A Dudley se le humedecieron los ojos.

La cola aumentó. Unidades móviles de la radio frenaban en seco junto a la acera. Bette Davis encandila a Chinatown. ¡Muchacho, eso sí es noticia!

Dudley subió al primer piso. La habitación era pequeña y estaba limpia. Se estiró en la cama.

El papel pintado se desdibujó. El leopardo saltó a la cama. Intentó acariciarlo. La bestia se difuminó en manchas.

Dudley entró y salió del estado de conciencia. El leopardo volvió a saltar a la cama. Entró y salió. El leopardo ronroneó y le tocó los pies con las zarpas. Salió y entró. He ahí a Bette. Se dejó caer en la cama y lo descalzó.

—He reunido ciento sesenta y ocho mil dólares en forma de promesas. La cola ha desfilado durante seis horas.

Dudley bostezó y le tocó la pierna. Ella se levantó el vestido a la altura del ligero. Él deslizó la mano por debajo.

—Eres la encarnación misma de la metamorfosis, querida. Hace un momento eras un leopardo.

Bette enseñó las garras.

—En realidad soy una tigresa, un animal mucho más letal.

Dudley le desabrochó los enganches. Las medias, flácidas, cayeron.

—Soy amigo íntimo de Harry Cohn, ¿lo sabías? ¿Te plantearías hacer una película para Columbia?

—Te estás pasando de la raya conmigo, cielo. No lo hagas, por favor.

Dudley se estremeció.

Se le empañaron los ojos.

Le resbalaron lágrimas por las mejillas.

22.23 horas

Se activó una sirena. Ashida despertó. Se dio la vuelta y miró por la ventana.

Los Ángeles se ennegreció. Las gradas del Belmont se desvanecieron. Los haces de los reflectores ascendían y se abatían.

La estridencia de la sirena fue a más. El momento de miedo quedó atrás. Ningún Zero japonés se abatía sobre la ciudad.

Ashida se vistió a oscuras. Había dormido una hora. El depósito de cadáveres estaba a un paso de su apartamento. Nort Layman vivía allí y nunca dormía.

Salió al rellano. Alguien había escrito ¡JAPO! en su puerta. Llegó a casa a las 20.30. La pintada tenía que haberse realizado entre ese momento y ahora.

Ashida echó la llave y bajó por la escalera. En la calle se combinaban la negrura del apagamiento y el amarillo de los reflectores. Se encaminó hacia el este. Las sirenas seguían revolucionadas.

Pensó en Goleta. Pensó en la eugenesia de los japos operados y en documentales de denuncia. Pasó ante el Palacio de Justicia. Los empleados nocturnos, subidos a la azotea, disfrutaban del espectáculo.

Llegó al depósito. Los conductores de los coches fúnebres jugaban a los dados en la azotea. Un individuo meó por encima de la cornisa.

El depósito abría las veinticuatro horas del día. Ashida se dirigió a la sala de autopsias de Nort Layman. Contenía mesas de desinfección y cámaras mortuorias. Nort había añadido un sofá y un perchero.

Nort estaba sentado en el sofá. Una camilla hacía las veces de escabel. Ashida ocupó la única silla.

—Confío en que no se acerque usted a las cabinas telefónicas. Le practiqué la autopsia a Shigeta. Quedó hecho picadillo. Da la impresión de que fue un crimen racial, más que otra cosa.

—Explíqueme por qué —dijo Ashida.

—Tenía la cara borrada —respondió Nort—. Sospecho que el asesino, consciente o inconscientemente, pretendía hacer esa declaración. Eliminó toda prueba externa de que ese hombre fuera japonés.

Ashida reflexionó.

—Ciencia racial, en cierto modo. Una forma malévola de eugenesia.

Nort se encogió de hombros.

—Hay eugenistas progresistas cuyo objetivo es crear personas más sanas, y nazis tarados cuyo objetivo es erradicar las razas que no les gustan. En todo caso, el asunto de Shigeta me interesa. Parece un crimen surgido de la oportunidad, con una víctima aleatoria. Y tengo la firme corazonada de que el autor del hecho se cargó al señor Shigeta para impresionar a alguien.

—¿Como un gato que lleva un ratón a su amo?

Nort encendió un pitillo.

—Exacto.

—Los Watanabe —dijo Ashida—. Ya han pasado diez días.

Nort señaló una cámara mortuoria.

—Llevo días estudiando manuales sobre heridas. Las espadas de la casa no estaban suficientemente afiladas para practicar esas incisiones, pero, de hecho, no podrían haberse practicado con ninguna espada ceremonial del mundo.

—Si me permite, haré una extrapolación —dijo Ashida—. Le gustó mi teoría de que el asesino hizo beber una infusión envenenada a los Watanabe. Eso explicaría la presencia de ese veneno tan poco común hallado en sus hígados. Por un lado tenemos eso, y por otro el cuchillo que el capitán Parker y yo vimos en Griffith Park, que, por su forma, se correspondía claramente con la tenue herida de Ryoshi Watanabe, y que...

—... y que *podría* haber sido el arma con que mataron a los Watanabe, pero no impregnada de veneno, como hacían los caudillos feudales. Y que *podría* haber servido, usando una hoja distinta cada vez, para matar a los Watanabe y al mismo tiempo simular el *harakiri*.

Ashida sonrió.

—¿Eso es factible?

Nort sonrió.

—Es factible, por no decir muy posible. Y si sigo con este insomnio, quizá se me ocurra alguna otra prueba que realizar.

Sonaron las sirenas que anunciaban el final del oscurecimiento. Nort recogió las persianas. Fuera destellaron las luces.

Hablaron de crímenes y de ciencia. Nort caviló sobre el asunto de Shigeta. Ashida pensó en Kay Lake. Ella lo había telefoneado antes de que él se metiera en el sobre. Le habló de una concentración que se celebraría en Pershing Square. La camarada Claire había contratado un equipo de rodaje. Sería el aldabonazo inicial del documental.

Crímenes y ciencia. Eugenesia. Nort mencionó al doctor Lin Chung. El doctor Lin era experto en raza y especialista en rinoplastia. Ashida mencionó a Terry Lux, sin decir ni pío sobre la operación que había presenciado. Nort desdeñaba al doctor Terry. Estudió medicina con él. Terry seguía la corriente a los drogadictos ricos. Terry era íntimo de Ace Kwan. Terry conocía al Dudster. Ace suministraba la base opiácea para los tratamientos de desintoxicación de Terry. El Dudster actuaba de mediador en

el tráfico de droga del lado sur. Unos capullos armenios trapicheaban con caballo bajo su tutela.

Hablaron. Cavilaron. Biología y química. Espectrógrafos modernos. El sol cobró vida. Nort se quedó dormido en mitad de la conversación. Ashida se levantó.

Nort se revolvió. Nort dijo:

—No se acerque a las cabinas telefónicas.

7.28 horas

Abandonó el depósito de cadáveres aturdido. Descomposición y efluvios pestilentes. Salió y tomó una bocanada de aire fresco.

Pershing Square estaba cerca. Atajó por Little Tokyo y fue llevando la cuenta de las tiendas cerradas con candado. Ascendían aproximadamente al 68 por ciento. Un gordo se asomó a una ventana y le dirigió un sonido sibilante.

Llegó a Hill Street. Pershing Square estaba abarrotada y reinaba el barullo propio de las ocho de la mañana. Una tribuna flanqueaba al J. J. Pershing de bronce. Había un micrófono conectado a los altavoces sujetos a los árboles.

Un blanco maquillado de negro dirigía una arenga a un numeroso público. Ashida se unió a la refriega. Estaba codeándose con la gran plebe de Los Ángeles.

Los oradores se apiñaban en la tribuna. He ahí al doctor Fred Hiltz. Ha salido en los diarios por la redada de la Deutsches Haus. Hiltz charlaba con Reynolds Loftis. Claire y Kay charlaban con un hombre de color. Ashida lo reconoció por una ficha policial de Antivicio. Era el *Burgermeister* de la Liga Nazi de Negros.

El blanco maquillado era Gerald L. K. Smith, clérigo de Discípulos de Cristo y destacado azote de los judíos. Ashida mantenía la cabeza gacha y procuraba pasar inadvertido. Smith azuzaba a la muchedumbre.

Las atrocidades alemanas se han exagerado. El Aparato de Control Rojo se alimenta del lloriqueo. Hitler mima a los judíos. Es un humanista enternecedor. Uníos a la Cruzada Nacionalista Cristiana. Desbaratad la política projudía del presidente Franklin «Doblez» Rosenfeld. Escribid al apartado de correos 8992 / Glendale, California. Comprad nuestros folletos informativos.

La multitud lo ovacionó. La multitud lo abucheó. La multitud lanzó vasos de papel. Un condón lleno de agua alcanzó la tribuna y reventó. Gerald L. K. Smith abrazó al nazi negro. Se volvieron de cara a la multitud y saludaron con un «*Heil Hitler*».

Más vítores. Más abucheos. Más bombas de agua. La multitud creció. Ashida quedó comprimido. Un hombre tocado con un solideo pasó rozándolo y formó con los labios las palabras «Puto japo». Vio a los miembros del equipo de rodaje. Estaban subidos a bancos detrás de la multitud.

Kay Lake se acercó al micrófono. Llevaba un vestido azul policía. La multitud se

calmó. Ashida captó el mensaje.

Dejadla hablar. Es una chica. *Suéltanos alguna mierda a la que hincarle el diente, muñeca. Estamos aquí para armar follón.*

Ashida recorrió la multitud con la mirada. Vio a Bill Parker al fondo, junto al equipo de rodaje. Parker estaba subido a un cubo de basura y apoyado en un árbol. Vestía de paisano. Disfrutaba de una excelente vista de palco.

Kay colocó las manos en el soporte del micro. Kay miró directamente a la multitud.

—Vivimos tiempos en que se justifican los actos viles. Los actos viles engendran injusticia inmediata y reactiva. A menudo dicha reacción queda eclipsada por intenciones moralistas. El vínculo empático de la catástrofe compartida crea una inquebrantable voluntad de poder que nos une a todos a un mundo que está fuera y a la vez profundamente dentro de nosotros. En este mundo compartido adoptamos una conducta que entraña un gran riesgo moral, y comprendemos que este es el momento que nos exige un sacrificio. El nombre que damos a este momento es Historia, y el momento es ahora.

Hizo una pausa. Ashida la interpretó. Está recobrando el aliento. Ha captado la atención del público por un instante.

—La Historia afecta tanto a los individuos como a las naciones. La Historia adopta la forma de una deuda descomunal que las personas corrientes pagan con sangre. La Historia es este momento, y *en* este momento se nos encomienda que amemos y odiemos a una escala descomunal, mientras actuamos como individuos instados a dar lo mejor de nosotros mismos, mientras reaccionamos a la atrocidad mediante eufemismos de la atrocidad, ya que la atrocidad adopta formas tanto sutiles como estridentes y lo arrasa todo en su camino, y en cuanto individuos se nos encomienda así la tarea casi imposible de llevar a efecto el amor de una manera mucho más despiadada, y con un sacrificio que no habríamos conocido si la Historia no nos hubiera emplazado. En este momento nuestras opciones se reducen a hacerlo todo o no hacer nada.

Hizo una pausa. Ashida la interpretó. Todavía los tiene. Sabe que no aguantarán mucho...

—La guerra es el encarcelamiento masivo de la voluntad individual y la liberación paradójica de la voz individual —dijo Kay—. Así, el sacrificio se convierte a menudo en la expresión de un sentimiento impopular dentro de la indignación más popular. La Historia es este momento. Este momento debe reconocer la fusión de la voz individual y de la voluntad de poder de nuestra nación, y trasladarla a un momento más específico de declaración consciente y contraria. Debemos vengar el ataque japonés a Pearl Harbor asumiendo plenamente nuestra voluntad de poder colectiva, que en última instancia será la suma de nuestras voluntades de luchar y correr riesgos mortales llevadas a efecto individualmente. Como se nos ha exigido honorablemente ese servicio, nosotros debemos imponernos

honorablemente el deber de reconocer el sórdido hecho de que ahora estamos perpetrando un libelo de sangre contra la honorable población japonesa de esta ciudad, de que lo mejor de nosotros se ha visto desvirtuado por el miedo y un odio irracional, y...

Abucheos. Burlas. Silbidos.

Gritos, chillidos, alaridos.

Kay movía los labios. La multitud levantaba la voz más que ella. La chusma derribó los altavoces. Kay movía los labios. No salía ningún sonido.

No tenía voz. Le robaron la voz. Alguien exclamó: «¡Japo!». Estaba muy cerca de él. Un hombre se abalanzó y lo golpeó.

Salió despedido hacia delante. Agitó los brazos y permaneció erguido. Oyó «¡Puto japo!» un millón de veces.

Un hombre lo golpeó. Un niño lo golpeó. Una niña lo pateó. Levantó las manos y se tapó la cara. Una mujer le tiró de los brazos.

Ashida se desplomó. La gente lo golpeó y lo pateó. Perdió de vista a Kay. La gente lo golpeó. La gente lo pateó. La gente le escupió. Se sintió aporreado, humillado y jodido hasta quedar anestesiado.

Algo golpeó a la gente.

Los agresores cesaron. Se tambalearon. Tropezaron. Cayeron también ellos. Algo los golpeó y los puso en fuga.

Le cuesta ver. Tiene sangre en los ojos. Podrían ser Scotty Bennett y Bill Parker. Están golpeando a la gente. La golpean y la patean y la ponen en fuga.

18 de diciembre de 1941

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / JUEVES, 18 DE DICIEMBRE DE 1941

8.36 horas

Seguí hablando. Nadie me oía. El micrófono y los altavoces no ofrecían sonido. Yo no tenía voz. La voz de la multitud era pura obscenidad.

Seguí hablando. Desechos de papel y globos de agua alcanzaron la tribuna. Todo el mundo abandonó la tarima. La basura me salpicó.

Aferré el micrófono y seguí hablando. Mis labios se movían sin producir sonido. Hablaba con intacta determinación y no oía mi propia voz. La multitud se hallaba justo debajo de mí y frente a mí. Oí «Japo» en un millar de bocas y vi una paliza brutal.

Alguien había caído al suelo. La gente lo pateaba. Otra gente golpeaba a esa gente y la obligaba a dispersarse. No veía caras. Todo eran puñetazos y patadas. Aferré el micrófono y seguí hablando.

Pronuncié mi acusación. La tribuna se sacudió y ladeó mi ángulo de visión. La gente corría ante mí. Vi a Ed Satterlee. Quizá Bill Parker y Scotty Bennett pasaron corriendo. Estaban despeinados. El hipotético Parker perdió las gafas. El hipotético Scotty llevaba la ropa hecha jirones.

Miré hacia la acera de la calle Cinco y lancé una frase. Mike Breuning y Dick Carlisle metían a Hideo Ashida en un modelo K. Hideo rozó la ventanilla trasera y dejó un rastro de sangre.

El coche arrancó. *La mentira de que la raza define a los seres humanos. La mentira de que la disconformidad define la sedición.* El coche dobló hacia el norte por Hill Street. Lo vi desaparecer. Me alcanzó una bolsa de papel con restos de comida. *La mentira categórica del odio temeroso.* Fruta podrida en mi pelo.

Un hombre arrojó un cubo de basura contra la tribuna y partió uno de los puntales de sostén. El entablado se inclinó; el soporte del micrófono se fue a tierra; yo me tambaleé y caí con él.

La tribuna se vino abajo. Quedé a ras de calle. Un hombre corrió hasta mí, me asestó una patada y corrió de nuevo hacia la multitud. Saul y Andrea Lesnick se abrieron paso entre los escombros. Me agarraron por los brazos y empezaron a levantarme; noté lo frágiles que eran y me puse en pie yo sola.

Eran frágiles. Yo estaba crispada y maltrecha. A trompicones llegamos a la acera

de Hill Street y a un Chrysler aparcado en doble fila. Saul se sentó al volante; yo me senté junto a él. Andrea resbaló y cayó en el asiento trasero.

Saul se incorporó a la circulación. Andrea comentó algo sobre su estado de nervios y el Queen of Angels.

Nos dirigimos hacia el norte. Me quité la pulpa de manzana del pelo. Teníamos delante un atasco; vi la antena de látigo del modelo K por encima de la fila de automóviles. Hideo abandonó el asiento trasero y se encaminó a pie hacia el este. Se sujetaba un pañuelo ensangrentado contra la cara.

Saul atajó por Bunker Hill y llegamos al hospital. Aparcó cerca de la entrada lateral; ayudó a Andrea a bajarse y me lanzó una mirada. Significaba: «Ya ha hecho usted bastante». Entraron por la puerta juntos: frágiles camaradas, cogidos del brazo.

Lee ocupaba una habitación en la segunda planta. Fumé un cigarrillo en el coche y entré para ir al lavabo. Me arreglé y volví a interpretar la mirada de Saul. *Niña quebradiza, el caos la acompaña, tan inmune a los demás.*

Subí en ascensor a la habitación de Lee. Lee dormía, entre sentado y reclinado en la cama. Tenía clavos y suturas en la mandíbula. El trozo de oreja arrancado de una dentellada había sido recuperado y cosido en su sitio. Puntos en zigzag le mantenían firme la nariz.

Había abandonado la casa cogido del brazo de Scotty. *Sin rencor, ¿eh? Dios santo, esa Kay. Ha sido como el primer combate entre Louis y Schmeling. Tú quédate aquí, cielo; esto es cosa de hombres.*

Se marcharon juntos en el coche. Naturalmente yo no fui. El caos me acompaña pero no me subsume. No me quedo a ver el coste.

Arrimé una silla a la cama y observé a Lee mientras dormía. Leland Charles Blanchard, «La Gran Promesa Blanca de Southland». Expúgil, policía, atracador de bancos-asesino. Lo conocía desde hacía tres años. En este punto estábamos ahora.

Observé a Lee mientras dormía. No se movía. Un gráfico médico colgaba de la pared por encima de su cama.

—Ha estado usted brillante, señorita Lake.

Había permitido que asomara a su voz cierto dejo de la pradera. Deadwood y Sioux Falls: a tan corta distancia uno de otro.

Giré la silla para verlo. Tenía arañazos en la cara, tenía magulladuras en la mandíbula, tenía unos ojos enormes sin las gafas.

—¿Me ha seguido hasta aquí?

—He visto que Lesnick se la llevaba en coche. He intuido adónde venían.

—Mi película no tiene precedentes. Quedará como un documento imparcial, al margen de lo que usted nos haga a Claire y a mí.

—No se presenten como mártires. No es lo que son. Ella es una diletante traidora, y usted es la mayor oportunista que existe después de mí.

—Puede que lo sea en espíritu, pero carezco de su currículum. Eso no puede reprochármelo. Usted tuvo a Davis Dos Pistolas como mentor, y yo solo lo tengo a

usted.

—Su currícullo lo componen los hombres que se ha tirado para conseguir lo que quería. En volumen, supera el mío.

—¿Quién es la pelirroja alta? ¿Qué hará cuando la encuentre y ella vea lo poco que usted tiene?

—¿Qué hará usted cuando su película «sin precedentes» aparezca con la etiqueta A en la sala de un juzgado federal?

—¿Qué hará cuando el mundo se aparte y no consiga usted lo que quiere? ¿Qué hará cuando Rusia siga siendo nuestra aliada una vez ganada esta guerra? ¿Qué hará cuando el mundo decida que no merece usted la pena y se decante del lado de otro hombre menos furioso y más presentable?

Lee tosió. Me volví y lo miré. Se removiό en sus sueños; pestañeó; se puso de costado.

Giré de nuevo la silla. Se había ido, y sin él la habitación estaba demasiado iluminada y silenciosa. Abrí una ventana y vi a Scotty abajo en la acera. Despeinado, leía la Biblia.

Volveré a hacer el amor con él.

Me horrorizo a mí misma.

Solo William H. Parker conoce mi corazón.

10.19 horas*Territorio ocupado.*

La señorita Lake conocería la expresión. Casaba bien con «libelo de sangre» y tenía sentido desde el punto de vista dialéctico. Aquí polis y japos estaban en igualdad numérica. Los polis habían aumentado. Los japos habían disminuido.

El lugar vibraba a simple vista. Desalojos casa por casa. Registros callejeros. Incautación de armas.

Parker se detuvo junto al bordillo. El almacén se hallaba a un paso del cruce de la calle Uno con San Pedro. El teniente de la Guarda Costera le había facilitado la dirección. Telefonó desde el edificio municipal y no obtuvo respuesta. Optó entonces por un 459.

La planta envasadora. Los pesqueros de gambas entregaban allí sus capturas. En ese almacén de tres plantas. En esa puerta cerrada con candado.

Disponía de una llave de cruz y una linterna. Ya llevaba sereno un día entero. Había dormido en la sala de camastros de la Unidad Central la noche anterior y había despertado sin temblores. Se le habían roto las gafas en la Pagoda de Kwan. Las había perdido en Pershing Square. Ese era un 459 con la vista forzada.

Se acercó y reventó el candado. Era su primer 459 en solitario. Hideo Ashida fue su cómplice en las incursiones en el *bungalow* de Larkin. Ashida desapareció de Pershing Square. De pronto estaban apaleándolo y al cabo de un momento se había esfumado.

Parker entró y cerró la puerta. Recorrió el suelo y las paredes con el haz de la linterna. Un suelo / cuatro paredes: todo cemento liso. Estaba absolutamente vacío. Llamémoslo certidumbre absoluta. Habían limpiado el almacén.

Estaba húmedo. Estaba mohoso. Percibió un subaroma. No logró identificarlo.

Caminó arrimado a las paredes. Mantenía la linterna cerca de él. Vio manchas que se extendían desde el suelo hasta el techo y dedujo la causa.

Marcas de paños húmedos. Habían restregado las paredes. Esa práctica eliminaba las huellas digitales.

Parker tocó una de las manchas. Notó una leve condensación.

Allí habían borrado las huellas *ayer*. Después de la redada fallida en el puerto. Los dueños o los arrendatarios se habían enterado.

Subió al rellano de la primera planta. Vio marcas de restregones desde el suelo

hasta el techo. Percibió el mismo subaroma.

Lo identificó. Era aceite de gamba.

Vio papel chamuscado en el suelo. Chamuscado como los panfletos y el dinero en el pesquero. Fijémonos en *eso*. *Caracteres japoneses*.

Ahora extrapolemos.

El almacén era anterior a 1900. Había pasado de japo a japo en las sucesivas compraventas. La lentitud del papeleo debido a la guerra. Su condición de policía infractor. Todo ello le impedía consultar los registros.

Subió al rellano de la segunda planta. También vio restregones y percibió el subaroma. Vio una lata vacía en el suelo. No tenía etiqueta. Observemos el aceite de gamba y los cristales minúsculos.

Ahora extrapolemos.

El sábado pasado. Su conversación con Nort Layman. Los cristales en las gambas enlatadas de Lancaster. El *sheriff* Gene investiga. Opina que es obra de quintacolumnistas.

Nort rehúye esa conclusión. Nort extrapola.

Cuatro Watanabe muertos. Partículas de cristal impregnadas de aceite de gamba en las plantas de los pies de todos ellos.

Plantas muy encallecidas: «Los japos tienden a ir descalzos».

«Lo que sí me ha sorprendido es la distribución regular de las partículas. Es como si hubieran caminado sobre los cristales ex profeso».

Parker volvió a su coche patrulla. Dejó la puerta del almacén entreabierta. Con ese gesto, fue como si dijera «A tomar por culo / ahora soy un poli infractor».

Descolgó el micrófono de la radio y contactó con el depósito de cadáveres, en línea directa. Contestó Nort.

—Aquí el doctor Layman. ¿Con quién hablo?

—Bill Parker, Nort.

—No me extraña —dijo Nort—. Y seguro que tiene alguna pregunta.

—Así es, y se divide en dos partes. Partículas de cristal y aceite de gamba. ¿Pueden tener algún efecto las dos cosas juntas? ¿Qué *provocaría* esa combinación?

Nort se aclaró la garganta.

—Eso mismo me he planteado yo, y he investigado un poco. He dado con una posibilidad, que a mi juicio bien podría ser una incongruencia. El componente de óxido del cristal, unido al aceite de gamba, crearía un nivel de toxicidad perjudicial para el mantillo y para muchas formas de vegetación en zonas urbanas.

¿Eh?

—Como lo oye, Bill. Ya sé que es un rompecabezas, pero lo mismo puede decirse de todos los elementos de este puñetero caso. Es un rompecabezas y un callejón sin salida, y ya no me quedan muchas pruebas por hacer.

—Gracias, Nort —dijo Parker.

—Ya sabe dónde encontrarme —dijo Nort.

La línea crepitó y se cortó la comunicación. Parker colgó el micrófono y reclinó el respaldo del asiento.

Tiene por delante un trabajo de mierda. Ahí está la pila de informes de Llárame Jack. «Estúdiese esta mierda, Bill. Ya sabe que eso no es lo mío».

Pasó las hojas de la primera carpeta. Explicaban pormenorizadamente el plan de Preston Exley para alojar a los japos.

Datos estadísticos predictivos. Posibles lugares de trabajo para detenidos. Un artículo publicado en el *Mirror* sobre Construcciones Exley y la autovía de Arroyo Seco. Notas sobre los accesos propuestos para Highland Park. Palabrería sobre la etapa de Preston en la policía.

Un trabajo de mierda muy aburrido. Estudiar ¿qué?

Parker encendió un pitillo. Pensó en la escabechina del pesquero de gambas. Un suicidio en grupo, papel chamuscado. Vínculos, vínculos, vínculos. Japos muertos, y posiblemente un chino.

Pensó en Pershing Square. Peleó junto a Scotty Bennett. Rescataron a un japo voluble.

Con una plegaria venció un embate de La Sed. Pensó en la señorita Lake.

Su precioso vestido. Manchado de basura y hecho trizas. Debía comprarle un vestido nuevo idéntico.

11.37 horas

Dudley atravesó el Mike Lyman's. Polis y figurones municipales removían la mierda. Una mierda de cuidado: el francotirador de Santa Mónica.

Era mierda de última hora. El desaprensivo disparó contra centinelas militares en Palisades. El desaprensivo disparó contra un japo en una playa desde una distancia de casi dos kilómetros y lo hirió fatalmente. Quizá sea un quintacolumnista. Es un desaprensivo muy jodido, eso por descontado.

Ahora las conversaciones sobre el francotirador superaban en revoluciones a las conversaciones sobre la guerra. El desaprensivo disparaba contra soldados y japos. Los polis lo veían claro. Reina el caos. Los figurones estaban desconcertados.

Dudley llegó a la trastienda. Mike B. y Dick C. rezumaban *impaciencia*. Scotty B. salió de su ensimismamiento. Llevaba en la nariz ese entablillado tan poco favorecedor. Buzz Meeks esbozó una sonrisa: siempre escurridizo y porcino.

Estaban repantigados en los sillones. Carlisle atendía el bufet. Servía café y bocadillos de jamón.

—El parte, por favor —dijo Dudley.

—Llevamos con el asunto desde el martes por la mañana —dijo Carlisle—, y hemos dado con nueve cretinos que se presentarán como testigos presenciales. Todos tienen antecedentes por incumplimiento de la condicional y órdenes de prisión por desacato, con lo cual podemos presionarlos. Viven en las inmediaciones de la casa de los Watanabe, e identificarán a cualquier sospechoso que les indiquemos.

—Seis hombres blancos, un frijolero y dos japos —dijo Breuning—. Pillamos a los japos en South Pasadena, pero ese día estaban en una fiesta de barrio en la avenida Cuarenta y cuatro. Hemos intentado incluir a alguna mujer, pero no hemos encontrado a ninguna.

—Será un proceso a puerta cerrada ante el jurado de acusación, lo cual significa que los antecedentes penales de nuestros testigos no saldrán a la luz —dijo Dudley—. Afortunadamente, para esa parte de nuestra empresa no necesitamos santos. Si Vogel, Koenig y Waldner nos proporcionan a un sospechoso oportunamente abyecto y desquiciado, se lo considerará no apto para presentarse a juicio, se lo sentenciará a muerte de manera negociada y se lo mantendrá incomunicado hasta el momento en que un psiquiatra debidamente maleable lo declare apto. Los federales tienen en el bolsillo a un médico judío, a un tal Saul Lesnick. Sería idóneo para dictaminar que el

muchacho está cuerdo y en condiciones de ir a la cámara de gas. Lo que debemos evitar es un juicio con mucha publicidad, en el que podrían desacreditar a nuestros indisciplinados testigos presenciales.

Meeks desenvolvió su bocadillo.

—Yo he dado con un japo violador de niños. No tiene coartada para los días 6 y 7 de diciembre, y no hay ser humano más miserable. Podemos mandarlo a la sala verde sin que nos quite el sueño.

Dudley tomó un sorbo de café.

—Lo tendré en cuenta, muchacho. Pero antes quiero que Vogel, Koenig y Waldner informen de sus hallazgos.

Scotty levantó la mano.

—Oiga, yo soy nuevo en esto. ¿Damos instrucciones a los testigos presenciales? ¿Se trata de eso? ¿Encauzamos sus declaraciones?

Breuning y Carlisle se rieron. Dudley guiñó el ojo a Scotty.

—Yo *dicto* sus declaraciones, muchacho. Allano las discrepancias para crear verosimilitud.

Breuning y Carlisle se rieron. Scotty sonrió. Aparecieron Vogel, Koenig y Waldner. Carlisle repartió el almuerzo.

Ahora ya no quedaban asientos. Los muchachos nuevos se acomodaron junto a la puerta.

—El parte, por favor —dijo Dudley.

Vogel encendió un pitillo.

—Bill y yo hemos encontrado a cuatro japos obsesos sexuales, todos sueltos y todos con antecedentes por estupro. Si quiere saber mi opinión, la cosa va así. Nuestro fulano dejó preñada a Nancy Watanabe y despachó a toda la familia para acallar el hecho. Le consiguió a Nancy un raspado en Tijuana, pero aun así se le fue la olla. Según el doctor Layman, el padre era del grupo AB negativo. He consultado los expedientes carcelarios de nuestros cuatro fulanos, y uno de ellos es AB negativo.

Dudley levantó una mano. *Alto ahí*, por favor. Waldner abrió la boca. Carlisle lo mandó callar.

Habló con Huey Cressmeyer. De eso hace ocho días. Huey le pasó el soplo sobre la célula de Griffith Park. Huey dijo lo siguiente:

El fulano que dejó preñada a Nancy era un mestizo mexicano-japonés con quistes acneicos en la espalda.

«El tipo alardeaba de haber matado a una familia en Culiacán».

«El tipo volvió a México».

La célula original la componían cuatro hombres. Ace y él mataron a tres. La célula era «colaboracionista». Despacharon a dos japos y un mestizo. El mestizo mexicano-japonés era un comodín. Probablemente seguía en México. No desbarataría sus planes de reducir el caso a un asunto entre japos.

Los muchachos devoraron sus bocadillos. Los muchachos mantuvieron el pico

cerrado.

—Preferiría muy mucho un grupo sanguíneo AB negativo —dijo Dudley—, pero quizá no sea esencial. Cualquier amado de la pobre Nancy Watanabe sería sometido a un intenso interrogatorio personal en lo referente a la propia chica, y por mucho que lo aleccionáramos, quizá no consiguiéramos inculcarle todas las respuestas. Para mí, el grupo sanguíneo es una corroboración, más que la prueba principal. Lo que necesitamos es un loco de atar motivado por una lujuria incomprensible.

—Yo lo tengo —dijo Waldner.

Dudley sonrió. Waldner era un matón ávido. Waldner no se permitía caprichos.

—Es un afilador de cuchillos ambulante que se llama Fujio Shudo, alias «Fuji». Cumplió una pena de seis años en Atascadero y salió en libertad condicional el miércoles 3 de diciembre. Se lo vio ir de puerta en puerta con su carrito de herramientas en Highland Park los días 4 y 5. Perdí el rastro de sus movimientos en ese punto, pero me juego lo que sea a que está disponible para la hora de la muerte del día 6 establecida por el doctor Layman. Desde el día de Pearl Harbor está recluido en un hotelucho de mala muerte en Little Tokyo. El Kyoto Arms, un auténtico antro. Le da miedo salir a la calle... por las redadas, imagino. Pagué a Elmer Jackson para que lo vigilara. Como Elmer trabaja con la Brigada de Extranjería, frecuenta la zona. Fuji sigue recluido en su habitación, atracándose de hidrato de terpina.

—Continúa, por favor —dijo Dudley.

—Desconozco el grupo sanguíneo, pero el tipo me cae bien —dijo Waldner—. Lo suyo son los cuchillos y ha estado internado en un loquero, y el marrón en Atascadero fue por agresión con lesiones. Su apodo es Shudo «Tallo de Bambú». Secuestró a varios espaldas mojadas y les metió tallos de bambú por el culo.

Breuning hizo una mueca.

—Uf —dijo Carlisle.

—Eso duele —dijo Vogel.

Scotty tragó saliva.

—Agáchate y tócate las puntas de los pies un rato —dijo Koenig—. Voy a dejarte el culo como un bebedero de patos.

—Buen viaje, encanto. Te espera la sala verde.

—¿Debo deducir que el señor Shudo sigue en su sitio? —preguntó Dudley.

—Allí sigue, jefe —contestó Waldner—. Elmer J. es su perro guardián. Si Fuji se da el piro, Elmer me llamará.

—Traed a los testigos al edificio municipal a las siete de la tarde para una rueda de reconocimiento. Los aleccionaré antes de ir a buscar al señor Shudo.

Circularon sonrisas. Siguió un «Oooh, oooh, oooh» colectivo. Breuning y Carlisle hicieron girar las porras.

Dudley abrió la puerta. Sid Hudgens y Jack Webb rondaban por ahí.

—Hemos identificado a nuestro sospechoso, muchachos. Pásense por el hotel Kyoto Arms esta tarde a las ocho. El señor Hearst tendrá la exclusiva.

12.29 horas

Los muchachos salieron uno tras otro. Se dejó caer en el sofá. Estaba cansado. Le dolían los huesos.

Había perdido peso. Las benzis lo consumían. El día anterior no se acordaba del nombre de su mujer. Está follándose a Bette Davis. Ella le infunde temblores.

Anoche lo reprendió. Él titubeó. Ella se puso tierna e intentó abrogar la reprimenda. Ella vio debilidad en él. Él le arrancó la ropa y se abalanzó sobre ella para recuperar su ventaja.

Ahora están en tregua. Debe imponerse a ella como se impone a todos los hombres. No acaba de dar con el método.

Beth Short y Tommy Gilfoyle llegarán un día de estos. Bette los conocerá. Dudley tiene bajo su control a demasiadas personas. Piensa a un ritmo frenético. Se agita para mantenerse en estado de vigilia cuando lo que necesita es dormir.

Dudley bostezó. Dudley trató de atrapar un pensamiento y se le escapó.

Sonó el teléfono contiguo al sofá. Dudley atendió la llamada.

J. C. Kafesjian empezó a farfullar. A su proveedor de H lo habían trincado en el culo del mundo, nada menos que en Honduras. J. C. insistió en sus estrechos lazos con Lláname Jack Horrall.

—No importa una mierda si no hay mierda que vender a los negros.

Dudley lo tranquilizó con buenas palabras. Dudley no ofreció solución. Él *supervisaba* a J. C. No lo aprovisionaba de droga. Dudley lo apaciguó. J. C. echó pestes y colgó.

Dudley bostezó. Dudley trató de atrapar un pensamiento y se le escapó. El teletipo tableteó. Trató de atrapar un pensamiento y lo capturó.

Telefonó a una floristería del centro. Soltó el rollo de sus credenciales policiales y aseguró que enviaría un cheque. Encargó tres docenas de rosas rojas. Dio el nombre y la dirección de Bette. El dependiente lanzó un silbido. ¡Bette Davis, *uau!* ¿En la tarjeta?

—Firmado por «Su admirador irlandés secreto».

El dependiente colgó. Dudley bostezó. Se sentía esquizo y crispado. Se echó al cuerpo tres benzis y abrió su maletín.

Watanabe/CP187.

Hojeó los informes. Fijó la atención en los panfletos encontrados en la casa. El caso lo obsesionaba. Ya tenían a Fuji Shudo. Ahora la verdadera resolución era intrascendente.

Aun así...

Dudley lo guardó todo en el maletín. Thad Brown entró y acercó una silla.

—Estoy esperando un teletipo. El Cuarto Mando de Interceptación me ha

asignado el caso del francotirador.

—Parecen objetivos indiscriminados —dijo Dudley—. Dispara contra japos y soldados.

Brown encendió un puro.

—El indiscriminado es él. Es como el asesinato de la cabina. Un chiflado ve a un japo y lo liquida. ¿Quiere saber mi opinión? Todo esto es una demencial sucesión de callejones sin salida.

El teletipo tableteó y expulsó papel. Es un informe de balística. Contiene una fotografía. Estrías y campos marcados en una bala usada.

Dudley agarró el informe. Una nota al margen lo agarró a él. «Carabina 30-06 / cañón recortado».

Vio el dibujo de las estrías y los campos del ánima. Vio las muescas habituales en un arma de cañón recortado. Entregó el informe a Brown. Interpretó el informe, *identificó* el arma, *identificó* al agresor en el acto.

Brown examinó el informe.

—Las armas de cañón recortado dan pena. Las balas hacen extraños. Me juego cualquier cosa a que el autor es un militar, algún tipejo que se la tiene jurada al mundo. Compruebe los robos en arsenales y parta de ahí.

—Tengo que irme, Thad —dijo Dudley.

—Vaya, Dud. Consígale a Jack H. la solución a ese asunto de los japos. Deberíamos resolver al menos un caso de japos antes de que termine esta puta guerra.

Dudley se marchó tranquilamente. Las benzis hicieron efecto y lo espabilaron. Salió por la puerta lateral y cogió su modelo K. Fue al edificio municipal y subió en ascensor a la quinta.

En la Unidad Central reinaba la calma propia de la hora de comer. Fue a su cubículo, sacó la llave y abrió el último cajón del lado izquierdo del escritorio.

Aaaaah...

Sus armas exculpatorias: las que tenía reservadas para cargarle el muerto a otro llegado el caso. Las esposas de reserva. Su expediente de Huey Cressmeyer.

Tenía la ficha de antecedentes de Huey y la transcripción obtenida durante su etapa en el reformatorio. El verano pasado inyectó Pentotal a Huey. La droga lo hizo hablar. Huey reveló todos sus 459 y sus 211. Él grabó y transcribió la confesión. Hizo pruebas de tiro con las catorce pistolas y los cuatro rifles de Huey. Tenía los resultados justo...

Aquí.

La carabina de cañón recortado de Huey. Estrías y campos idénticos. Concordaba con el informe recibido por Thad Brown. Huey y su dedo flojo: ha regresado de México.

Él había llevado a cabo *sus* pruebas encubiertamente. La bala del informe de Thad no coincidiría con la de ninguna arma registrada en los archivos.

Dudley guardó bajo llave el expediente y bajó en ascensor. Se echó al cuerpo

otras dos benzis y corrió hasta su coche.

Fue por la calle Uno hasta Boyle Heights. El barrio era un gran tapiz de judíos y cholos. Ruth Mildred tenía allí su clínica de raspados. *Justo* allí: un antiguo almacén detrás de un cementerio de coches.

Dos plantas enteras: todo Chicas, Chicas, *CHICAS*. Chicas de juerga, chicas fugitivas, chicas en apuros.

La planta baja era un dormitorio. Ruth y Dot alquilaban habitaciones a lesbis de la Infantería de Marina. Se ausentaban sin permiso de Camp Pendleton. La radio macuto de las lesbis las llevaba hasta allí. Oye, bollera: ¡Ruth y Dot te esperan!

La primera planta era un chiringuito de raspados. Disponía de protección policial. Contaba con equipo de raspado de primera y con habitaciones de recuperación. Atendía a las estrellas de Harry Cohn y a la élite de Los Ángeles. En las salas de reconocimiento había mirillas en las paredes. Las hermanas sáficas pagaban por mirar.

Dudley aparcó en el cementerio de coches. CARRO MONTEZUMA - SE HABLA ESPAÑOL. Atravesó el dormitorio. Chicas con el pelo a cepillo lo miraron con expresión ceñuda. Subió a la sala de espera. Chicas corrientes con el vientre abultado se deshacían en bua bua.

Conocía a la recepcionista. Nunca se acordaba de su nombre. Una vez se enrollaron en un coche aparcado. A ella eso le duró.

—¿Y Huey, cariño? Sé que está aquí. ¿Adónde iba a ir, si no?

—La número cuatro, amor mío. A ti nunca he podido negarte nada.

Dudley le guiñó un ojo y recorrió el pasillo. La puerta estaba cerrada. La abrió de un empujón. Ahora la habitación era la guarida de Huey.

Observemos el saco de dormir en la mesa. Observemos los gayumbos colgados de los estribos. Observemos los carteles de *der Führer*. Observemos el hedor a cola de aeromodelismo.

Observemos a Huey. Está montando un Panzer de juguete junto al lavamanos. Viste un suspensorio y un brazalete nazi. Observemos la Mossberg 30-06 apoyada en la pared.

Huey vio a Dudley. Huey puso cara de «Gluuuuuuuups». Huey dijo:

—Por favor, no me hagas daño, tío Dud.

Dudley agarró a Huey y lo abofeteó. Dudley le arrancó el brazalete y aplastó el tanque de juguete. Huey chilló. Dudley lo levantó en volandas y lo arrojó contra la pared del fondo.

El esfuerzo lo extenuó. Tomó una bocanada de aire. Huey se estampó contra la pared y cayó al suelo. Huey se arrastró hasta una mesa de reconocimiento ginecológico de su mamá y se subió a ella.

—Carlos Madrano te escondió en México el viernes —dijo Dudley—. Tenías órdenes de quedarte allí, sin protestar. Has vuelto, contra mis deseos, y has cometido una serie de fechorías inadmisibles. Explícate. Sin omitir detalles.

Huey se envolvió en una manta. Encogió las rodillas hasta el mentón. La manta era de un color rosa peluche.

Yo estaba escondido en Tijuana. Estaba grillándome. Bebía ron 151 y esnifaba cocaína. Iba a ver el número del burro cada noche. Leía cómics y panfletos antijudíos. El tío Carlos me regaló películas de los discursos del jefe Hitler. Compré un proyector y las veía usando mi sábana del Ku Klux Klan como pantalla.

Me entró el impulso de MATAR. Le pegué un tiro a un turista judío delante del hipódromo de Agua Caliente. Llevaba un casquete, por eso supe que era judío. Me entró el IMPULSO DE MATAR a un tiznajo. Fui a San Diego y le pegué un tiro a un moreno delante del hotel El Cortez. Leí en un diario lo del japo que mataron en la cabina. Me entró el IMPULSO DE MATAR a un japo. Fui en coche a Oceanside y le pegué un tiro a un japo que cortaba el césped en el jardín de un blanco.

Me entró el IMPULSO DE MATAR a soldados y al menos a un japo más. Fui en coche a Los Ángeles y recorrí Santa Mónica. Le pegué un tiro a un japo sentado en el banco de una parada de autobús. Disparé contra unos cuantos soldados en Palisades, pero los muy soplapollas sobrevivieron.

Dudley le quitó la manta. Huey se chupaba el pulgar. Dudley le alborotó el pelo.

—Eso se acabó, hijo. No puedo permitir que vayas por ahí causando tantos problemas.

—Vale, tío Dud.

—Tendré que destruir tu fiel carabina. No podemos arriesgarnos a que le sigan la pista y den contigo.

—Te he traído un regalo de México —dijo Huey—. Te gustará.

—¿Un *souvenir*? —dijo Dudley—. ¿Un llavero en forma de sombrero mexicano?

Huey se sonó en la manta.

—Mejor que eso. Es una cosa que quieres.

Dudley le hincó un dedo en el brazo.

—Al grano, muchacho.

—Vale. Tiene que ver con aquello de lo que hablamos la semana pasada. Ya sabes, yo andaba en tratos con unos japoneses de la extrema derecha.

—Sí. Incluido el difunto Johnny Watanabe.

—Exacto, Johnny. Estaba él, y luego estaba ese otro que, según sus propias palabras, dejó preñada a Nancy. Dije que no sabía cómo se llamaba. ¿Te acuerdas? Te conté que era mestizo, medio japo, medio mexicano.

—Lo recuerdo con toda claridad, muchacho.

—Vale, pues he aquí el resto de la historia. En Tijuana se me metió una idea entre ceja y ceja. Me digo: Tengo que localizar a ese mestizo de mierda, secuestrar al muy hijo de puta y llevárselo al tío Dud a casa. Quizá rajó él a los putos Watanabe, o quizá no. Da igual, porque la diversión es diversión, y yo nunca había raptado a nadie antes. Salga como salga, seguro que al tío Dud le gustaría hablar con él.

—Sigue, por favor.

—Vale, así que salgo a buscar. No me lleva mucho tiempo, porque los mestizos japo-hispanos se dejan notar. Lo encuentro en un burdel de Ensenada. Le cuelo un somnífero y lo meto en el maletero de una tartana que compré por treinta pavos. Luego lo paso por la frontera y lo traigo aquí, a Los Ángeles. Se llama Tojo Tom Chasco, y ahora mismo está encerrado en la habitación de al lado. Una enfermera lesbi lo tiene grogui a base de morfa y fenobarbo en vena.

La Criatura de la Noche cobra la presa. Eso sí es iniciativa.

Dudley examinó la habitación. Vio jeringuillas en un estante. Vio un teléfono mural.

Cogió el auricular y marcó el número de la Unidad Central. Accedió directamente a la mesa de Mike Breuning.

—Homicidios, sargento Breuning.

—Envía a Scotty a la clínica de Ruthie, muchacho. Tengo un encargo para él.

—Entendido, jefe —dijo Breuning.

Dudley colgó y agarró una jeringuilla. Huey tiró de él. Parecía Renfield en *Drácula*. Ven a ver, mi amo.

Fueron a la habitación contigua. Dudley vio.

Tojo Tom estaba inmovilizado a una mesa de reconocimiento ginecológico por medio de cinta aislante. Estaba desnudo, salvo por el calzoncillo, y fuera del mundo. Era musculoso y tenía unos veintiocho años. Eugenesia. Era japo y mexicano por igual.

¿Qué pasó, Tomás?

Necesitaban un asesino japo *de pura cepa*. *Fuji Shudo* cumplía ese requisito. El caso duraba ya doce días. Tojo Tom era su primer sospechoso sólido.

Huey se acercó e hizo de Renfield. Dudley clavó la jeringuilla en el brazo de Tojo Tom.

Dio en una vena gruesa. Extrajo una buena muestra. Tojo Tom no se despertó. Estaba en el séptimo cielo.

Dudley se llevó la mano al bolsillo y sacó unas cuantas benzis. Las trituró con el puño. Echó el polvo en la bolsa del gotero de Tojo Tom. Se diluyó en el líquido. Arriba con alegría, Tojo Tom.

Huey le dio unas palmadas a Tojo en la polla. Se pasó a la otra acera en el reformatorio. Eso se ajustaba a la *gestalt* Ruth-Dot.

Tojo Tom dormía en el paraíso de los yonquis. Dudley y Huey se quedaron a su lado. Llegó el joven Scotty. Huey entró en éxtasis, solo un poco.

Dudley le entregó la jeringuilla.

—Al Good Samaritan, muchacho. Trabaja allí un técnico de laboratorio que se llama Samuels. Consígueme un análisis rápido para averiguar el grupo sanguíneo y llámame aquí.

Scotty salió zumbando. Huey hizo un mohín y se hurgó la nariz. Dudley observó disminuir el líquido en la bolsa de droga. Se sentía un tanto *descolocado*. Tenía el

pulso irregular. La respiración entrecortada.

Mantenia la mirada fija en la bolsa de droga. La bolsa se vaciaba. El teléfono mural sonó y lo sobresaltó. Agarró el auricular.

—Soy todo oídos, muchacho.

—La sangre es cero positivo —informó Scotty—. No pudo ser él quien dejó embarazada a Nancy, si es que van por ahí los tiros.

—Vuelve a la Unidad Central, muchacho —dijo Dudley—. Nos espera una noche ajetreada.

Scotty colgó. Dudley colgó. La bolsa de droga se vació. Tojo Tom dio una sacudida.

Le palparon las venas. Empezó a sudar. Entró en espasmos de *electroshock*. Contraposición de drogas. Un pelotazo de material nuevo.

Tojo Tom abrió los ojos.

Tojo Tom flexionó el cuerpo.

Tojo Tom vio a su viejo amigo Huey. Tojo Tom vio a alguien que era a todas luces poli.

Recorrió la habitación con la mirada. Ya cae en la cuenta. Le han enchufado un somnífero y lo han secuestrado. Esto no es México. Esto no es un burdel. Es un hospital clandestino o algo así.

Se flexionó. Se agitó. Se le escapó la orina y empapó el calzoncillo. En una sacudida desprendió una tira de cinta adhesiva. Un hilillo de sangre le corrió por el brazo.

Tojo Tom resplandecía un poco. Miró la bolsa del gotero. Ya cae en la cuenta. *¿Por qué me siento tan bieeeeeen? Porque tengo una aguja clavada en el brazo. Porque hay material en esa bolsa.*

Tosió. Desplazó la mirada. Fijó la atención en el poli corpulento. Fijó la atención en Huey a lo *japo*. Dijo:

—Me la has jugado, capullo.

—Hola, Tomás. ¿Qué pasó? Ojalá que se mejore pronto —dijo Dudley.

Tojo Tom tosio.

—A mí no me impresionan los polis blancos que hablan en español. Hay muchos. Siempre quieren información, y siempre dicen que hay un camino fácil y un camino difícil. Si quieres impresionarme, habla en japonés.

Dudley sonrió.

—Hablo español con fluidez, muchacho. Pero ahí se acaban mis dotes lingüísticas. Si quieres, traeré a mi amigo Ryoshi Watanabe. Seguro que él traducirá para mí de buena gana.

—Ryoshi es estúpido. Es el pinche cabrón —dijo Tojo Tom.

—Has usado el presente, Tomás. Eso me parece interesante.

—Es el uso correcto, pendejo. Soy medio mexicano, así que lo sé. ¿Y ese acento tan raro que tienes? ¿Eres un marica inglés?

Dudley se echó a reír.

—¿Dejaste embarazada a Nancy Watanabe, Tomás? Huey me dijo que le hiciste un bombo a una chica japonesa.

—Huey le lamió el chocho a Nancy en el baile de fin de curso del Nightingale. Me lo contó él. Yo le hice un bombo a una nena que se llama Shirley Yanagihara en el año 39, y en algún sitio tengo unos trillizos mongoloides que lo demuestran. ¿Por qué sabes tú tanto de esos estúpidos, los Watanabe, eh, pendejo? Hay una guerra. ¿Por qué no estás luchando en el bando equivocado?

—Huey pensó que te referías a Nancy Watanabe. Huey dijo también que alardeabas de haber matado a toda una familia en Culiacán.

Tojo Tom se echó a reír.

—Recuerdo esa noche. Estábamos con unos colaboracionistas en Griffith Park. Dije que maté a una familia en Culiacán y me follé a Betty Grable. Huey dijo que le cruzó la cara con una pistola a Clark Gable y violó a Carole Lombard. Aquel mestizo chino-japonés dijo que echó una bomba incendiaria en una iglesia de negros en 1912, pero creo que no nació antes de 1918. A esos colaboracionistas al final los despacharon, pero ninguno de nosotros vio más acción que esa.

Dudley sonrió. Huey hizo un mohín. Un esfuerzo inútil. La Criatura de la Noche, desdeñada.

—Me has metido en el cuerpo combustible para cohete o algo así —dijo Tojo Tom—. Me siento tan bien que no estoy ni la mitad de cabreado de lo que debería. Estoy en un burdel de Ensenada, y de pronto aparezco amarrado a una mesa en un lugar desconocido. Estaba bebiendo mescalina, y de pronto estoy de palique con mi excompinche Huey y un poli inglés. Me pica la curiosidad por todo esto, pero no quiero aguar la diversión.

—La familia Watanabe fue asesinada el sábado 6 de diciembre. El crimen se cometió aquí en Los Ángeles. Me consta que no los mataste tú, así que me disculpo por la tremenda molestia que este secuestro ha representado para ti, secuestro que el señor Cressmeyer llevó a cabo sin mi consentimiento. Pero, ya que te tengo, me gustaría oír tus impresiones acerca de esa familia.

Tojo Tom dejó escapar una risotada.

—Quien a hierro mata, a hierro muere.

—Entiendo el concepto, pero haz el favor de explicarte.

—Significa que eran quintacolumnistas, significa que cabrearon a algún tarado de la Quinta Columna, y que este se desquitó con ellos. La Quinta Columna es la Quinta Columna. Ninguno de nosotros hace gran cosa, salvo reunirse clandestinamente y hablar de traición. De vez en cuando surgen rivalidades. ¿Quieres saber mi opinión, inglés? Alguien dijo o hizo algo que en principio no tenía la menor trascendencia, pero el asunto se enconó. Así son las cosas con esos tarados de la Quinta Columna. Conocen a alguien que conoce a alguien que conoce a alguien que pone una bomba. Pasa algo muy de vez en cuando, y lo demás casi todo ocurre en nuestra cabeza.

—Eres una lumbrera, Tomás.

Huey resopló.

—No es tan listo como yo, tío Dud. Si es tan listo, ¿cómo es que está aquí?

Tojo Tom se revolvió.

—Tengo que ir al baño.

—Enseguida, muchacho. Entretanto, haz el favor de contarme...

—... contarte la película de los Watanabe, que no es una gran película. Si fuese una película, el título sería *La chiflada familia japo*. Nancy era ligera de cascos, y Johnny andaba metiendo la nariz en todo lo que era extrema derecha. Estaba compinchado con aquellos colaboracionistas. Organizaban golpes y donaban las ganancias a la causa del emperador. Ryoshi y Aya difundían panfletos de incitación al odio y blanqueaban dinero del Eje. Se relacionaban por medio de una radio de onda corta con fascistas blancos estadounidenses e ingleses cuyos nombres no conozco, pero no hacían más que hablar, hablar y hablar. En una cosa sí les reconozco el mérito: se enteraron de que Hirohito atacaría Pearl Harbor antes de que ocurriera. Esa fue la última vez que los vi, hace unos ocho meses. Ryoshi dijo algo así como «Nosotros golpearemos primero, en la base naval de Hawái». Tuve la sensación de que lo sacaba de sus charlas por radio. Y de pronto un día sus palabras se hicieron realidad. Y ahora vienes y me cuentas que dejaron seca a toda la familia el día anterior.

Huey dijo una tontería. Dudley lo mandó callar. Huey cerró el pico.

Los Watanabe no poseían una radio de onda corta. Los Watanabe no poseían ninguna radio. La casa había sido registrada de arriba abajo. El garaje había sido registrado. No había sótano. No había desván. No había ningún aparato de onda corta.

—Voy a acabar meándome por las orejas. Necesito ir al váter.

—Tengo hambre —dijo Huey—. ¿Crees que los repartidores del restaurante de Kwan llegarían hasta aquí?

—Piensa, Tomás —dijo Dudley—. ¿Dónde guardaban los Watanabe el aparato de onda corta?

—Ryoshi tenía un escondrijo en el techo del piso de arriba. Allí metía todo su material secreto.

Pon patas arriba el escondrijo. Podría estar intacto. Podría haber sido registrado ya. Podría no haber radio. Eso significaría lo siguiente:

Hideo Ashida llegó allí primero.

Ashida podría haber oído emisiones. Ryoshi podría haber llevado un registro de emisiones. Ashida podría haberlo leído. Ashida podría haber eliminado pistas vitales desde el principio.

«Material secreto». Material intrascendente. Fuji Shudo ardería. La resolución verdadera era intrascendente. Tojo Tom proporcionó una pista trascendente. La pista lo volvía a él intrascendente.

Dudley sacó la pipa del tobillo. Iba provista de silenciador. La munición perforaba cráneos y se alojaba en el tejido cerebral. La pérdida de fluidos resultante era mínima.

Huey soltó una risita.

Tojo Tom se cagó en el calzoncillo. El hedor resultante fue insoportable.

Dudley amartilló el arma.

—Sé dónde hay dinero —dijo Tojo Tom.

Dudley apuntó.

Huey chilló.

—Yo pasaba caballo para Carlos Madrano —dijo Tojo Tom—. Sé dónde esconde el dinero y la droga.

Dudley bajó la pistola.

Huey hizo un mohín.

Capitán Carlos y heroína. Ese rumor, reproducido.

—¿Hay más, muchacho? Tu relato ha sido verosímil hasta ahora. Te aconsejo que sigas por ese camino.

—Carlos tiene cierto acuerdo con unos gringos ricos, aquí en Los Ángeles, algo relacionado con la apropiación de tierras. No conozco los nombres. Pienso que la información es buena, pero no sé nada más.

Apropiación de tierras. Ese rumor, reproducido.

Dudley se fue a la habitación de Huey. Cogió el auricular del teléfono mural. Llamó a su hombre en la compañía telefónica Bell y le hizo una petición urgente.

Un trabajo de rastreo. Conferencias. Empiece por la jefatura de la Policía del Estado mexicana en Baja. Compruebe la línea de Carlos Madrano. Seleccione todas las llamadas a Los Ángeles, de hasta tres meses atrás.

Prometió un billete de cien. Rápidamente, por favor. Huey provocaba a Tojo Tom en la habitación contigua. Dudley colgó y regresó.

—Déjame matarlo, tío Dud —dijo Huey—. Nunca he matado a un mestizo.

Dudley arrojó a Huey contra la pared del fondo. Huey giró como un molinillo y se estampó. Tojo Tom soltó un grito de satisfacción.

—No puedes matar al señor Chasco, ni a nadie. Cuidarás del señor Chasco mientras yo intento verificar su declaración. Estoy muy ocupado, y telefonaré más tarde para recibir una declaración ampliada. *Atenderás* al señor Chasco, Huey. Te mataré si no lo haces.

14.51 horas

Las lesbis del dormitorio lanzaron besos. Llegó al cementerio de coches y se dirigió hacia su modelo K.

Tragó tres benzis en seco. Su cerebro se esp-esp-espabiló.

Panfletos de incitación al odio, otro elemento reproducido. Presentes en todas las líneas del caso. Ashida birló los panfletos en japonés. ¿Mintió sobre el contenido?

Dudley abrió el maletero. Tenía los panfletos japoneses allí guardados.

Los examinó hoja por hoja. Su cerebro se esp-esp-espabiló. Vio ese panfleto en la Deutsches Haus. Trincaron a Fred Hiltz en la Deutsches Haus. Hiltz era un especialista en panfletos de incitación al odio.

Vinculemos *aquel* panfleto con *estos* panfletos. Idiomas y estilos de impresión distintos.

Espera.

Hay un recuerdo perdido. *Aquel* panfleto con *estos* panfletos. *Espabila, espabila: helo ahí.*

Encolado idéntico / papel idéntico.

Dudley se dirigió a una cabina. Las guías de la ciudad estaban dentro, prendidas de un colgador con una cadena. *Espabila, espabila.* Busquemos por orden alfabético.

La guía del nordeste. Primero la C. «Cruzada Nacional Cristiana»: 2829 de Chevy Chase, Glendale. Pasemos a la H. «Hiltz, doctor Fred»: 2831 de Chevy Chase, Glendale. Pasemos a la S. «Smith, G. L. K.»: 2829 de Chevy Chase, Glendale.

El arte detectivesco. Intuiciones constatadas. Hilos dispares convergen.

Cogió el coche y salió flechado. Tomó por el puente de la calle Uno hacia Broadway. Tomó por Broadway hasta la autovía. Se echó al cuerpo dos benzis y llegó a la avenida Cuarenta y cinco.

Aparcó en el camino de acceso y cruzó el jardín. Algún capullo había pintado ¡JAPOS! en la puerta.

Entró. Fue derecho al piso de arriba. Recorrió el pasillo de esa planta y se irguió cuan alto era. Golpeteó el techo. Reparó en una irregularidad en las vetas de la madera. Golpeteó en el punto exacto.

Voilà: una escalera plegable cayó al suelo.

Subió. Encendió una cerilla. Iluminó un acogedor altillo.

Allí no había ninguna radio de onda corta. Una mesa y una toma de corriente en la pared. La radio *estuvo* enchufada allí.

Unas huellas de pies polvorientos junto a la mesa. Observemos las marcas del tacón y la puntera. Hideo Ashida siempre calzaba zapatos con *refuerzos metálicos.*

Hideo Ashida estuvo aquí. Hideo Ashida robó la radio. Hideo Ashida robó los panfletos. Tú llegaste en ese momento. Deberías haber registrado su coche.

Dudley sintió escalofríos. Benezdrina. Esta competición entre investigadores. Su respeto quijotesco por el muchacho.

Bajó por la escalera y la replegó. El panel del techo se deslizó hasta encajar en su hueco, a ras. Salió, montó en el coche y se dirigió a la autovía.

Se sentía descentrado. Tenía que comer algo. La sola idea le dio náuseas.

El señor Smith, el sargento Smith.

El Smith británico, el Smith irlandés. El protestante, el papista. Gerry fue en su

día el protegido de Huey Long, el Pez Rey. Por entonces era un rojo a favor de compartir la riqueza. Al Pez Rey se lo cargaron. Gerry se pasó a la ultraderecha. Era un ampuloso azote de los judíos.

Dudley abandonó la autovía. Un puente lo llevó hasta Chevy Chase. Bordeó un campo de golf y leyó las placas con los números de las casas.

Justo ahí. Dos casas de falso estilo Tudor, junto a la zona de prácticas del campo.

Aparcó junto a la acera. El número 2831 estaba al borde mismo de la zona de prácticas. La hierba invadía el patio trasero. Fred Hiltz se ejercitaba fluidamente con los hierros. Gerald L. K. Smith le colocaba las pelotas en fila.

Dudley se acercó con parsimonia. Se dirigió hacia ellos desde un lado. Distinguían a un poli en cuanto lo veían. Hiltz lo conocía de la Deutsches Haus. Smith suscitaba la discordia habitualmente. Los dos distinguían a un poli en cuanto lo veían.

Ahí: Hiltz lo ve. Ahí: da un codazo a Smith. Eran una pareja a lo Mutt y Jeff, los espías de la tira cómica. Hiltz es bajo; Smith es alto. Convergencia. Mike Breuning dijo que los había visto en Pershing Square.

Observemos la jarra de limonada. La tonalidad oscura indica que está cargada.

Hiltz blandió un número tres. La bola voló a doscientos metros de distancia.

Gerald L. K. Smith dijo:

—¿Y bien, caballero?

—Pastor, es un honor conocerlo —dijo Dudley.

Hiltz hizo girar el palo.

—Es de la Brigada de Extranjería, Gerry. Estuvo en la Deutsches Haus. El Aparato de Control Judío mandó a unos cuantos hombres duros.

—¿Es amigo o enemigo? —preguntó Smith—. Vamos, suéltelo. Está sonriendo, pero es usted un guri de paisano. Ese acento irlandés es cautivador, pero no me gustaría encontrarme en el bando contrario.

Dudley amplió la sonrisa. Le tembló la boca. Se sentía descentrado.

—Me llamo Smith, pastor. Respondo a ese apellido con orgullo, como sin duda responde usted. Nací en Dublín, soy católico, soy sargento de la policía de Los Ángeles. Ciertos panfletos publicados, según creo, por usted han captado mi atención como prueba colateral en un caso de homicidio ya resuelto. Tengo unas cuantas preguntas de rutina a ese respecto, pero el verdadero motivo de esta visita es pedirle consejo sobre un asunto de negocios.

Hiltz lanzó una bola alta. Smith se subió el pantalón. Tenía un repertorio de ademanes ensayados. Era un magnífico histrión de segunda.

—No deseo ningún mal a los católicos ni a los irlandeses, caballero. Los irlandeses encienden hogueras para que los aviones de la Luftwaffe localicen mejor Londres y lo vuelen en mil pedazos. Los judíos ingleses escribieron *Los protocolos de los sabios de Sión*. El Aparato de Control Judío tiene su propia entrada especial al número 10 de Downing Street.

Dudley se mordió la lengua. Hiltz se acercó a un aparador y sirvió tres limonadas. Smith puso cara de «Usted primero».

Acercaron sillas y las colocaron de cara al campo de golf. Hiltz repartió la limonada. Era el lacayo de Gerald L. K. Gerry coleccionaba títeres a modo de protegidos.

Hiltz levantó su vaso.

—*L' chaim*. Es un brindis judío. Si no puedes vencerlos, únete a ellos. A mí me gusta un buen sándwich de pastrami como a cualquier blanco cristiano.

Dudley *Smith* soltó una carcajada. Gerald L. K. *Smith* soltó una carcajada. Tenía la cabeza de león propia de un histrión de segunda.

Bebieron la limonada. Le habían añadido *bourbon* de alto octanaje. Dudley empezó a sudar.

—Huey Pierce Long, que en paz descanse. La malta agria que ahora está usted libando procede de la reserva privada de ese hombre. Tiene ochenta y cuatro grados. El Pez Rey agradecía un efecto rápido ya de saque.

—Ese dentista judío acabó con él. Por entonces yo estudiaba odontología. Carl Weiss, cirujano dentista. Ese soplapollas judío fue la deshonra de toda mi profesión. Me enteré por la radio y me uní a los Camisas al día siguiente.

—Haga sus preguntas, caballero —dijo Smith—. «De rutina», ha dicho. Para mí eso equivale a tres preguntas.

—El 6 de diciembre fue asesinada una familia japo, los Watanabe —dijo Dudley—. Tenían en su poder un panfleto en lengua inglesa y una veintena en lengua japonesa que, según creo, usted publicó. ¿Conocía a esa familia? ¿Les vendió panfletos? ¿Conoce o cree conocer a alguien que pudiera conocer a esa familia?

—Bien, esas son ya tres preguntas —dijo Smith.

—En nuestra lista de direcciones no figura ningún «Watanabe» ni otros apellidos japos, y sanseacabó —dijo Hiltz—. Entregamos nuestros panfletos japos a un quiosquero de la calle Dos, esquina con San Pedro. A saber dónde acaban.

—Los asesinaron el 6 de diciembre —dijo Smith—. Pearl Harbor acaparó toda la atención al día siguiente. No me extraña no haber visto nada en la prensa.

—Quizá los pusilánimes consideren que sus panfletos son abominables, pero no es mi caso —dijo Dudley—. No me molesta en absoluto que algunas de las diatribas que ha publicado sean estridentemente antiestadounidenses, anticatólicas, antipolicía de Los Ángeles y projaponesas, ni que más de una vez se hayan escrito desde una perspectiva comunista. Estos tiempos extraordinarios han engendrado un populismo surgido de una combinación radical, y sus panfletos sirven para darle voz. Yo suscribo opiniones extremistas que la mayoría de nuestros compatriotas estadounidenses podrían considerar reprensibles. Lo encomio por tener el valor de manifestar una gama de ideas tan diversas.

Smith y Hiltz lo miraron boquiabiertos. ¡Este irlandés sí sabe *hablar*!

—Los panfletos malos sirven para pagar los panfletos buenos —dijo Hiltz—.

Somos defensores de la doctrina de la Primera Enmienda, y veneramos nuestro natural derecho a la libertad de expresión. Además, es divertido remover la mierda desde perspectivas en conflicto y ver cómo sale todo a la luz.

Dudley tomó un sorbo de limonada. Le quemó al bajar. Se mezcló con las benzis y le provocó estremecimientos.

—¿Quién redacta los panfletos? ¿Quién los recibe? ¿Son muy amplias sus listas de direcciones?

—Este hombre sigue erre que erre con sus preguntas, Gerry.

—Y nos espera una buena perorata, hijo —dijo Smith—. Smitty no ha venido para hacernos perder el tiempo.

No, miserable protestante, saco de mierda. No he venido para eso. ¿«Smitty»? He matado a hombres por mucho menos.

—«Smitty». Eso sí tiene gracia.

—«Smitty» es un devorador de patatas desde hace generaciones. Los irlandeses se cruzan con italianos a la menor oportunidad. Es eugenesia. Engendran personas bien parecidas de pelo oscuro y ojos azules. Las patatas son un afrodisíaco. Smitty debe de tener criajos medio italianos repartidos por todo el país.

Dudley se llevó la mano a la porra. *No, no, no... no lo hagas.*

—Estoy dispuesto a admitir mi afición por las patatas, doctor. Sin duda lo llevo en mi sangre eugenésica.

—No irrites a Smitty, hijo. Tiene algo más que patatas en la sangre.

Dudley tomó un sorbo de limonada. Dudley simuló un arranque de tos y se metió tres benzis en el cuerpo.

—Para contestar, pues, a las preguntas de Smitty —dijo Smith—. Yo escribo los panfletos derechistas; el doctor Fred escribe los panfletos izquierdistas, y un viejo fascista británico que habla fluidamente el japonés escribía los panfletos para japos, pero murió atropellado la mañana de Pearl Harbor por un coche que se dio a la fuga. El mercado de panfletos para japos flojea desde que entramos en guerra, pero estoy planteándome contratar a un chino para que escriba panfletos antijapos y a un japo para que escriba panfletos antichinos en sus respectivas lenguas, con lo cual cubriríamos muchas bases y reforzaríamos nuestra postura pro Primera Enmienda. Cierta mujer de la alta sociedad, una comunista que se llama Claire De Haven, nos compra los panfletos rojos a granel, e incluso escribió ella misma un panfleto antipolis. Los reparte entre judíos de Hollywood, agitadores obreros, defensores de causas perdidas, tiznajos, sanguijuelas de las ayudas sociales, maricas, seguidores del presidente Franklin «Doblez» Rosenfeld, entusiastas de los japos, detractores del Klan, quintacolumnistas y esos parásitos rojos que contaminan las mentes de nuestra juventud en las *sioniversidades* de Estados Unidos.

El histrión se disparó. Hiltz puso los ojos en blanco. *Siempre está igual.*

—Pastor, ¿cuántos nombres incluye su lista de direcciones? —preguntó Dudley.

Hiltz revolvió su limonada.

—Ya va al grano.

—Concedámosle su momento —dijo Smith—. Hasta ahora no ha sido descortés.

—En la Deutsches Haus sí fue descortés —dijo Hiltz.

Smith tomó un sorbo de limonada.

—Smitty, no es por alardear, pero el doctor Fred y yo tenemos la suerte de contar en la actualidad con 68.981 nombres en nuestra lista.

Dudley silbó. Le salió un sonido seco. Él estaba seco. El campo de golf dio vueltas.

—Caballeros, represento a un grupo de inversores que se proponen embolsarse considerables beneficios con el inminente internamiento de japoneses. Uno de nuestros muchos planes es rodar películas subidas de tono con contenido político anti-Eje, interpretadas por japos. Esta guerra da carta blanca para todo, caballeros. Si al menos el quince por ciento de las personas de su lista tuvieran interés en participar, ya fuera por sus propias predilecciones o por ese *je ne sais quoi* generado por la guerra, todos ganaríamos una cantidad considerable de dinero.

—¿Y ese es solo uno de sus planes? —dijo Hiltz.

—Sí —respondió Dudley.

Smith tomó un sorbo de limonada barriobajera.

—¿Y está diciéndonos que eso cuenta con protección policial? Antes yo bebía y rendía culto con Davis Dos Pistolas, así que reconozco la protección policial en cuanto la veo.

—El jefe Horrall no es tan excéntrico como el jefe Davis, pero está igual de dispuesto a sacar provecho de situaciones desafortunadas que él no ha creado.

—Desde Pearl Harbor ya no sé qué pensar de los japos. No me importaría sacar unos pavos de las secuelas de eso. Podríamos donar el diez por ciento a la Cruzada y lavarnos las manos en cuanto al lado sórdido.

Smith guiñó el ojo.

—Es sabido que al doctor Fred le gusta ver un largometraje picante de vez en cuando. Aunque pone el límite en los críos y los animales.

—Como todos, pastor.

—¿Cuánto capital inicial busca, Smitty?

—Nada, caballero —respondió Dudley.

—La palabra mágica —dijo Hiltz—. No se puede confiar en un hombre que llega tendiendo la mano.

—Se trata solo de seleccionar los nombres idóneos de la lista —dijo Smith—. No es posible enviar 68.981 anuncios de películas porno y tener la certeza de que las ventas serán altas y no habrá censura cristiana.

—Amén —dijo Hiltz.

Dudley tomó un sorbo de limonada barriobajera. Le fallaba la visión. Tenía el cuello de la camisa empapado.

—Quedan muchísimos detalles por ultimar, caballeros.

—Se lo ve muy tocado, Smitty —dijo Smith—. Eso no queda bien en todo un hombretón como usted.

—La reserva privada de Huey Long no es para damiselas —dijo Hiltz.

Una pelota de golf fue a caer en la casa. Dudley dio un respingo y se llevó la mano a la pipa.

—Putos judíos —dijo Hiltz—. Tiran a dar, seguro.

—Es un club exclusivo, Freddy —dijo Smith—. De esto no puedes culpar a los judíos.

—Tienes razón, jefe —dijo Hiltz—. Es *Smitty* el que tira a dar. Está mal de los nervios.

Dudley se levantó. Veía manchas ante los ojos.

—Caballeros, sintiéndolo mucho, tengo que irme. Debo detener al sospechoso de un asesinato.

—¿Sabe el del papa Pío y el dálmata? —preguntó Hiltz—. Solo uno rápido antes de irse.

—Váyase, Smitty —dijo Smith—. Se nota que ha trabajado demasiado.

18.03 horas

Llegó a su coche. *Caddies* con bolsas de golf a cuestras pasaban desdibujados junto a él. Cerró la mano en torno a su san Cristóbal. Martín Lutero se burló de él. Arrancó y se dejó llevar lentamente cuesta abajo.

Un desfiladero, un campo de golf, una raya blanca en el asfalto. Se concentró en las ruedas delanteras y en ese borrón blanco. Entornó los ojos. Tenía entumecido el pie del embrague. El coche avanzó a sacudidas, sacudidas, sacudidas.

Encendió los faros. Unos bichos reptaban por el parabrisas. Puso en marcha el limpiaparabrisas y los mató.

Condujo demasiado deprisa. Condujo demasiado despacio. Se echó al cuerpo cuatro benzis. Perdió la noción de dónde estaba. Aquello parecía Dublín. En los indicadores de la calle se leía GLENDALE.

Mantuvo la segunda. Detrás de él se formó una caravana de vehículos. Se detenía bruscamente en los semáforos en rojo y pasaba coleando por los verdes. Los árboles de Navidad y las banderas de Estados Unidos le arrancaron lágrimas.

Quizá llovía. Quizá era su llanto. Encendió el limpiaparabrisas y eliminó más bichos. Zigzagueando, dejó atrás el embalse de Silver Lake. Ruedas delanteras/raya blanca en el asfalto.

Veía doble y triple. Dejó atrás Melrose y Virgil y vio aquella cabina de teléfono. Goro Shigeta lo saludó con la mano. Exclamó «Tú estás muerto y yo no».

Llegó a Temple Street. Su visión se distorsionó y se normalizó. Miró por el espejo retrovisor y vio a Dudley Liam Smith. Reconoció un puesto de perritos calientes.

Puso a prueba su mente. Recordó los nombres de sus hijas. Recordó acontecimientos deportivos. El segundo combate entre Louis y Schmeling. 22-6-38.

De Temple a Spring. De Spring al edificio municipal.

El garaje estaba casi vacío. Aparcó con sumo cuidado. Haciendo eses, fue al ascensor y pulsó el cinco. Sentía un hormigueo en los pies.

El ascensor se detuvo. Llegó al pasillo de la Unidad Central. Reinaba la calma de la hora de la cena. La pared era una raya en el asfalto. Sus pies eran ruedas delanteras. Llegó al lavabo de hombres.

Echó el pestillo y se encerró dentro. Apoyado en la puerta, se dejó caer al suelo. Las baldosas le provocaron temblores. A rastras fue hasta el lavabo y, agarrándose a este, se levantó.

Empapó una toalla de papel y se humedeció la cara. El espejo era un espejo. No era un hábitat de bichos.

Dudley Liam Smith. Dios bendito, das miedo.

Volvió a salir al pasillo. Fue a su cubículo y se desplomó en su silla. Ahogó un chirriante sollozo infantil.

Los pitillos le estabilizaron el pulso y le reconectaron la sangre. Faltaban veinte minutos para la rueda de reconocimiento. En ese momento los testigos presenciales recibían instrucciones.

Chupó unas pastillas. El pulso se le aceleró y se le apaciguó. Sonó el teléfono de la mesa. Cogió la llamada.

—Homicidios, sargento Smith.

—Larry, de la compañía telefónica Bell, Dud. Lo quería deprisa, y aquí lo tiene.

—Se le compensará, muchacho. Ya sabe que premio el servicio rápido.

—En los últimos tres meses Madrano solo ha llamado regularmente de Ensenada a Los Ángeles a tres números. Tenemos el número particular de un tal Preston Exley. Se lo deletreo: E, X, L, E, Y. Hay que llamar a WEbster-4821, que es el prefijo de Hancock Park. El segundo número corresponde a Construcciones Exley, en el 6402 de Wilshire Boulevard, teléfono OLeander-2758. El tercer número es de Beverly Hills. Es la línea del despacho de un tal Pierce Patchett. Se lo deletreo: P, A, T, C, H, E, T, T. El número es CRestview-7416. No sé a qué se dedica Patchett, pero la dirección es Bedford Drive, número 416.

Dudley lo anotó. Le temblaba la mano. El lápiz se partió.

Larry lo importunó. Me debe uno de cien... bla, bla. Dudley colgó. Se superpusieron los vínculos probatorios y los pálpitos.

Conocía a Preston Exley. Sirvió bajo su mando. Preston estuvo al frente de Homicidios durante un tiempo. Había leído un comunicado interdepartamental. Construcciones Exley había propuesto un plan para el internamiento-encarcelamiento. Las llamadas de Madrano a Exley inducían a pensar en vínculos con el caso Watanabe.

Carlos Madrano facilitaba espaldas mojadas a las explotaciones agrícolas de los

japos. Sumemos a eso los «dos fulanos blancos» involucrados en la compraventa de propiedades. Exley y Patchett podían ser esos fulanos.

La dirección de Patchett le sonaba de algo. Bedford Drive, 416. Más superposiciones.

Esta se la proporcionó Ed Satterlee. Estaban de palique en el restaurante de Kwan. «Tenemos a un psiquiatra rojo infiltrado. Tiene la consulta en Bedford, enfrente de la farmacia Klein».

Él conocía esa farmacia. Su mujer compraba allí las pastillas para el asma. La dirección era Bedford 419. Él siempre aparcaba delante del 416.

Superposición.

Preston Exley padecía de migrañas. Hablaron de eso en una comida de la Unidad Central el año anterior. Preston contó que cierto médico judío obraba milagros con él. El tipo estaba metido a fondo en la eugenesia. Tenía la consulta justo al lado de la cervecería, la Marv's Hofbrau. Se lo recomendó un vecino de su edificio.

Marv's Hofbrau. Enfrente de la farmacia Klein. Justo al lado de Bedford Drive 416.

Exley. El doctor-soplón Saul Lesnick. El desconocido Pierce Patchett. Pistas probatorias y superposiciones.

Sonó el teléfono. A tientas, cogió el auricular.

—Homicidios, sargento Smith.

—Soy Bette, y no toleraré la menor interrupción ni la menor paparrucha mientras te digo que mi marido estaba presente cuando han llegado las flores, como también lo estaban Willie Wyler, Mirna Loy y John Huston. Mi marido se ha echado a llorar, delante de todos mis amigos. John ha dicho: «¿Quién las envía, Bette? ¿Algún tramoyista que te estás tirando?». Me he sentido abochornada, importunada. He quedado como una cualquiera. No te pases de la raya conmigo, Dudley, porque no te permitiré que me importunes ni una sola vez más.

Dudley tembló. Bette colgó. A tientas, encendió un pitillo. La cerilla le chamuscó la mano.

Apareció Buzz Meeks. Adoptó una pose. Destilaba insolencia. Blandía un puro.

—Tienes mala pinta, Dud. El Dudster con problemas. Eso es algo digno de pasar a la historia.

—¿Tus comentarios tienen algún objetivo?

—El objetivo es que me debes tres raspados. Mis novias están que trinan, y sé que a Ruthie hay que pedirle hora por adelantado.

Dudley anotó rápidamente: «Pierce Patchett / Bedford 416 / Beverly Hills». Arrancó la hoja del bloc y se la entregó a Meeks.

—Averigua todo lo que puedas sobre este hombre. Te pagaré quinientos. Sin retrasos, sin comentarios de cateto. Me has *importunado*, muchacho. No permitiré que eso vuelva a ocurrir.

Meeks tragó saliva. Ahí: el puto equilibrio restablecido.

Dudley se levantó. Afianzó los pies en el suelo. Haciendo eses, se dirigió a la sala de reconocimiento. Aquello estaba hasta los topes.

Sus muchachos. Los nueve testigos presenciales. El rastrero de Meeks, con su andar oscilante.

Un espectáculo de feria. Un desfile de moda. Tipejos que llevaban pantalones caqui con el dobladillo rajado. Patillas y cortes de pelo a lo cola de pato. Un mexicano engalanado con un traje de pantalón pinzado y chaqueta con hombreras.

Charla. Humo opresivo. Dudley se mareó. Dick Carlisle puso cara de «Ahora calladitos».

—Buenas tardes, y gracias por su cooperación —dijo Dudley—. Vamos a prescindir de la rueda de reconocimiento que teníamos prevista inicialmente y optaremos por un procedimiento en dos fases, más ágil. Primero verán la imagen del sospechoso en una foto de archivo; después verán al hombre en persona a través del espejo de una sala de interrogatorios a oscuras. En recompensa, les daremos vales para comida y bebida por valor de diez dólares canjeables en el famoso restaurante la Pagoda China de Kwan.

La chusma pateó y vitoreó. Dudley levantó una mano y los hizo callar.

—Para expresar aún más nuestro agradecimiento, quedarán anuladas todas las órdenes de prisión por desacato y por incumplimiento de la condicional que les afectan.

Más vítores, más pateo. Dudley sintió náuseas. Bette lo había reprendido. Cabeceó y la amordazó.

Dougie Waldner repartió fotos de archivo. Mostraban retratos de frente y de perfil. Shudo Tallo de Bambú tiraba a rechoncho. Tenía el nacimiento del pelo *baaaaajo*.

Las fotos circularon. Los lumbreras echaron el ojo al asesino. *Uuuuu*, qué feo. *Uuuuu*, da miedo. *Uuuuu*, este sí que es *malo*, y *joder si lo digo en serio*.

Las fotos regresaron a Waldner. El mexicano dijo:

—Parece un hombre lobo.

Dudley dijo:

—Centrémonos en el 6 de diciembre, caballeros. De eso hace doce días, y con el paso del tiempo los recuerdos tienden a desdibujarse. Paradójicamente, los recuerdos se consolidan en las inmediaciones de acontecimientos importantes. Todos recordamos dónde estábamos cuando nos enteramos de lo ocurrido en Pearl Harbor. Ese horrible suceso ha fijado para siempre la imagen de nuestro sospechoso en sus mentes.

Gestos de asentimiento alrededor. El mexicano aulló como el Hombre Lobo. Suscitó grandes risotadas.

Dudley señaló a Scotty: *Tú y yo solos*.

Los esperaba abajo un coche de policía. Ídem de ídem la pipa exculpatoria y dos escopetas Ithaca.

Bajaron por la escalera lateral. Dudley hacía eses de manera intermitente. Scotty se toqueteaba el entablillado de la nariz. Le quedaba ridículo. Empañaba su brío de chico-hombre.

Subieron al coche. Dudley se sentó al volante. Scotty echó un vistazo a los pertrechos del asiento trasero y lanzó un silbido. El Kyoto Arms estaba a dos minutos: calle Uno con Alameda.

Dudley arrancó y encendió las luces y la sirena. Bette había dicho: «Me has importunado». Lo recorrió un hormigueo. No dejaba de oírla.

Atajaron hacia el sudeste. Hacía el fresco propio de finales de otoño. Los escaparates del barrio estaban a oscuras y tenían los cristales rotos. Little Tokyo había sido expoliado. Los japos no encarcelados no salían a la calle. Era una noche de aulladores. *Nadie en la calle salvo nosotros los hombres lobo, jefe.*

Sid Hudgens y Jack Webb se les adelantaron. Los acompañaba un hombre con una cámara. El Kyoto Arms era un hotelucho de dos plantas. He ahí a Elmer Jackson, en la escalera de incendios.

Dudley estacionó en la acera de enfrente. Sid y Jack se acercaron al trote. Sacudió las piernas para desacartonarlas. Scotty cargó las escopetas.

—Me alegro de que haya traído al joven Bennett —dijo Sid—. Nuestras lectoras sentirán debilidad por él. El señor Hearst sabe que las masas de músculos venden periódicos.

—Mike Breuning me enseñó una foto de archivo —dijo Jack—. Ese soplapollas parece un hombre lobo.

Sid aulló.

—«¡Criatura japo detenida! ¡Valerosos polis irrumpen en la guarida del monstruo!»

Dudley se rio. Se sintió bien repentinamente. Scotty le entregó una escopeta.

—Tienes muy buena planta, Scotty —dijo Sid—, pero no me gusta ese entablillado.

—¿Es que ha estado en Marte o qué? —preguntó Jack—. Scotty noqueó a Lee Blanchard.

Dudley le arrancó el entablillado y lo tiró al albañal. Scotty puso cara de «¡Ay!». Hilillos de sangre le corrieron por las mejillas.

Sid y Jack pusieron cara de «¡Ay!». Elmer prorrumpió:

—¡Está en la 216! —Blandía su escopeta Ithaca.

Dudley cogió la pipa exculpatoria. El hombre de la cámara se acercó. Dijo:

—Miren el pajarito.

Retrató al Dudster y al chico de buena planta.

—«¡Zaguero del instituto Hollywood anota un ensayo contra el crimen!» —dijo Sid—. «¡Placaje al Hombre Lobo Asesino!»

—¡La hostia, qué emoción! —dijo Jack.

—Pegue algún que otro tiro, ¿quiere, Dud? —dijo Sid—. Al señor Hearst le

gustan las fotos de acción.

Dudley guiñó el ojo a Scotty.

—Yo entraré. Si hace algún movimiento brusco, mávalo.

El fotógrafo prendió una tira de *flashes* a su cámara. Cruzaron la calle a todo correr y entraron por la puerta. No había vestíbulo, no había conserje. Una escalera recta hasta la primera planta.

Subieron a todo correr, en fila india. Elmer se situó frente a la 216. Se apostaron en formación de asalto. El fotógrafo ocupó la última posición.

Dudley echó abajo la puerta de una patada. He ahí al Hombre Lobo.

Está en la cama. Engalanado con sus gayumbos. Le pega al moscatel.

Observemos los tallos de bambú, apoyados en la mesilla de noche. Manchados de sangre seca y mierda.

Irrumpieron. Se situaron en columna de a tres. Se disparó un *flash*.

El Hombre Lobo gruñó. Dudley apretó el gatillo y voló una ventana. Se disparó el *flash* n.º 2. Elmer apretó el gatillo y voló una pared. Scotty apretó los dos gatillos y voló las patas de la cama. El colchón y el Hombre Lobo cayeron al suelo.

Se disparó el *flash* n.º 3. Dudley arremetió contra Shudo Tallo de Bambú y le asestó un puntapié en la cabeza. Shudo soltó un alarido. Elmer se abalanzó y le pisó el cuello. Se disparó el *flash* n.º 4. La habitación pasó a ser fosforescente. Dudley sintió un mareo y quedó cegado.

Scotty se abalanzó y agarró a Shudo por las muñecas. Dudley oyó quebrarse los huesos. Se le despejó la cabeza. Scotty esposó a Shudo con las manos a la espalda.

Lo sacaron a rastras.

Lo sacaron a rastras boca abajo. Fue una maniobra torpe. Las escopetas les estorbaban. Dudley lo agarró por un pie. Elmer lo agarró por un pie. Scotty lo agarró por un brazo y retrocedió.

Shudo chillaba y mordía la madera del suelo. Lo llevaron a rastras por el rellano y escalera abajo. La cara le rebotó en los peldaños. Trozos de dientes alcanzaron los zapatos de Scotty.

Dudley vio gentío en la calle. Soltó el pie y levantó a Shudo tirándole del pelo. Elmer y Scotty lo sujetaron por los brazos y lo guiaron. Dudley llegó a la puerta y lo obligó a salir de un empujón.

Los japos del barrio gritaron como demonios. Unos paletos blancos prorrumpieron en vítores. Guiaron a Shudo hasta el coche de policía. Sid y Jack se quedaron a un lado.

El fotógrafo tomó una instantánea. ¡Plop!: capturó las zarpas de Dudley en la mata de pelo del Hombre Lobo y al Lobo en pleno gruñido.

Shudo se revolvió. Elmer le sacudió con la porra en los huevos. Shudo ahogó una exclamación y permaneció dócil durante dos segundos. Dudley dejó la escopeta y abrió el maletero.

Elmer metió dentro a Shudo de un empujón. Scotty cerró con fuerza. Edificio

municipal: Código 3.

Dudley se sentó al volante. Scotty ocupó el asiento del acompañante. Elmer se puso detrás. El Hombre Lobo pataleaba en el maletero.

Dudley encendió un pitillo. Scotty mascaba chicle y formó una pompa enorme. Dudley apagó el pitillo. La pompa le explotó en la cara a Scotty.

Scotty rio. Elmer rio. Todos rieron y pusieron cara de «¡Uf!». La sirena ululó *sonoramente*.

Llegaron al edificio municipal. Dudley paró el coche al ralentí junto al ascensor. Elmer y Scotty abrieron el maletero y sacaron a Shudo.

Lo obligaron a separar las piernas a patadas. Sin contemplaciones, lo metieron en el ascensor. Las puertas se cerraron.

Dudley se quedó sentado en el coche. Empezó a transpirar y notó que se le helaba el sudor. Parpadeó y vio a Bette. Ella dijo: «Me has importunado».

Sentía el regusto del alcohol de Huey Long. Le faltaba el aliento. El pantalón le venía grande. Los pies le nadaban en los zapatos.

Ahora descansa, solo un poco.

Aparcó y reclinó el respaldo. Bette repitió aquellas palabras. Él dijo:

—Calla, querida. Tengo un trabajo que hacer.

Contuvo la respiración. Se enjugó el rostro y se dirigió al ascensor. Pulsó el botón. Las puertas se abrieron. *Dudley Liam Smith: una tarea te reclama.*

Subió cinco plantas. Se arregló un poco y salió al pasillo. Su público lo esperaba. Estaban apiñados frente a la sala de tormento.

Ahora, se vuelven. Ahora, aplauden. Ahora, te rinden honores.

Llámame Jack Horrall. El teniente Thad Brown. Ray Pinker e Hideo Ashida. Bill Parker, taciturno.

Los testigos presenciales. Todos sus muchachos. Sid Hudgens y Jack Webb. Elmer Jackson, el perro guardián del Hombre Lobo.

Se acercó. Le estrecharon la mano. Le dieron palmadas en la espalda. Lo jalearon. Oyó «¡Hombre Lobo! ¡Hombre Lobo! ¡Hombre Lobo!». Miró a través del espejo de la n.º 1.

Fuji Shudo estaba esposado a una silla fijada al suelo. Goteaba sangre en una mesa fijada al suelo.

Dudley sonrió a sus colegas. Dudley guiñó el ojo al joven Hideo y al acre Whisky Bill. Golpeteó el altavoz situado encima del espejo. Shudo respiraba con esfuerzo.

Breuning le lanzó una jeringuilla. Dudley la agarró al vuelo. Hizo una seña a Scotty para que se acercara. Entraron en la sala.

Shudo sacó la lengua y la agitó. Scotty se arrimó a Dudley. Olía a chicle reciente.

—Haz pasar a los testigos por el otro lado del espejo, uno por uno. Obtén la confirmación ocular y anota en tu cuaderno la hora y la fecha exactas. Ve al depósito de efectos personales y afana unas bragas de Nancy Watanabe y un sujetador de Aya Watanabe. Vuelve a la habitación de Shudo, restriega esas prendas por el suelo y crea

un recubrimiento de partículas. Deja las prendas en un abrigo de Shudo, vuelve aquí y habla con el sargento Jackson. Dile que tiene carta blanca para registrar la habitación.

Scotty se fue. El taquígrafo entró con su máquina. Shudo le sacó la lengua.

—Hay que ver cómo eres, cariño —dijo el taquígrafo.

Dudley soltó una carcajada.

El taquígrafo preparó su máquina. Shudo lo observó y sacudió la cadena de las esposas. Dudley se acercó por su lado ciego.

Agarró a Shudo por la cabeza. Le clavó la jeringuilla en el cuello y extrajo sangre. Shudo emitió un alarido. Dudley sacó la aguja e hizo una seña en dirección al espejo.

Entró Breuning. Dudley le lanzó la jeringuilla.

—Al Good Samaritan, muchacho. Un análisis, cuanto antes.

Breuning salió pitando. El taquígrafo colocó la silla fuera del alcance de posibles escupitajos. Dudley se sentó a horcajadas en su silla. Shudo se hallaba a medio metro.

Dudley alargó el brazo por debajo de la mesa. Clic: el interruptor del altavoz del pasillo.

Shudo miró con segundas al taquígrafo. Dudley dejó el tabaco y las cerillas en la mesa. Simuló una tos y se metió tres benzis en el cuerpo. Shudo sacudió la cadena.

Dick Carlisle entró con café en un carrito. Sirvió dos tazas y dejó el carrito a mano. El taquígrafo cogió la suya. Dudley cogió la suya. Carlisle abandonó la sala.

Dudley encendió un pitillo. Shudo puso ojos de «Dame». Dudley deslizó el paquete y las cerillas hacia él. Shudo se encendió uno.

Tenía cortes en los labios. Tenía los dientes rotos y ensangrentados. Fumó con estilo. Era casi amanerado, pero no del todo.

—Para empezar —dijo Dudley—, soy el sargento D. L. Smith, asignado a la División de Homicidios del Departamento de Policía de Los Ángeles. El taquígrafo es el señor George T. Eggleton, funcionario diplomado y colegiado del condado de Los Ángeles. Ahora son las 21.23 horas del jueves, 18 de diciembre de 1941. Estamos en las oficinas de la Unidad Central de Investigación del Departamento de Policía de Los Ángeles. Este es nuestro primer interrogatorio al señor Fujio Shudo. La dirección del señor Shudo en la ciudad es calle Uno Este, número 682.

Shudo aspiró la última calada del cigarrillo. Dudley le pasó el cenicero. Shudo aplastó la colilla.

—Quiero irme a casa.

—¿Al Kyoto Arms, señor Shudo? ¿Al Japón imperial?

—No. A Atascadero. Allí disponía de una litera muy acogedora. No tenía que pensar en nada. Cuando estoy fuera, pienso demasiado.

—¿En qué piensa?

—Disparates. Usted no lo entendería.

—Sí lo entendería. Mi tolerancia quizá lo sorprendiera.

—Vale, pues. Me declaro culpable —dijo Shudo.

—Culpable ¿de qué? —preguntó Dudley.

—Rapté a tres beodos en un bar de travestis de la calle Cinco Este. Les di hidrato de terpina y los dormí. Robé un coche y me los llevé por la carretera de las montañas. Encontré un bosque muy bonito en las afueras de Castaic. Estuve en el penal de allí. Ya conoce mi *modus operandi*, jefe. Soy el Sheriff de la Senda Marrón.

—¿Sería tan amable de aclarar ese último comentario? —dijo Dudley.

—Tallos de bambú. El anillo de cuero. Imagine usted mismo el resto —contestó Shudo.

—¿Está admitiendo la práctica de la sodomía u otras formas de desviación sexual? —preguntó Dudley.

—Eso mismo, jefe. Si es la manera de volver a casa, lo admito.

—¿Y adónde fue después de cometer las agresiones sexuales que acaba de describir de manera tan elíptica, aunque pintoresca?

—Dejé a los borrachos en ese bosque tan bonito. Les di un pavo a cada uno para el viaje de regreso y me comí una *pizza* en una cafetería de la carretera de las montañas. La vieja que atendía la barra era de lo más amable. Dijo que en general no le gustaban los japos, porque estábamos confabulados con los boches, y ella era judía. Dijo que yo le caía bien porque parecía un hombre lobo, y Lon Chaney coqueteó con ella en un preestreno en Burbank en el 34. No me cobró el café. Era muy amable, y le dejé una buena propina.

—Y después ¿qué? —preguntó Dudley—. Cabe suponer que se marchó del restaurante. ¿Adónde fue entonces?

—Volví al hotel —respondió Shudo.

—¿El hotel Kyoto Arms, en el número 682 de la calle Uno Este?

—Exacto.

—Ha descrito el secuestro y lo ocurrido después de una manera muy concisa. ¿Puede decirme cuándo ocurrió? La *fecha*. ¿Recuerda la fecha o el día de la semana?

Shudo contrajo el rostro. Dudley deslizó hacia él el tabaco y las cerillas. Shudo se encendió un pitillo.

—Hace dos semanas. El miércoles. Me soltaron de Atascadero. Me bajé del autobús y tomé una habitación en ese hotel. Empecé a beber terpina y me entró el ansia. La polla empezó a hablarme, así que fui al vivero Murakami y compré unos tallos.

—Eso que describe ocurrió el miércoles 3 de diciembre. Salió de Atascadero en esa fecha. Tomó una habitación en el Kyoto Arms en esa fecha. ¿Adquirió tallos de bambú en el vivero Murakami en esa fecha, secuestró a los tres hombres y cometió las agresiones sexuales que ha descrito en esa fecha, regresó a la habitación del hotel al salir del restaurante en esa fecha?

Shudo hizo un mohín.

—Así es, jefe. Pero no hace falta que vaya tan deprisa con las preguntas. No es que no quiera volver allí. Eso por un lado, y por otro, no hacía falta que usted y sus

compañeros fueran tan bruscos. Tenía una acogedora litera en el hotel de cinco estrellas.

—Le pido disculpas, caballero, pero es verdad que parece usted un hombre lobo —dijo Dudley—. Mis colegas y yo no estábamos preparados para su temible aspecto, y hemos actuado movidos por el pánico. Reitero mis más sinceras disculpas.

Shudo sonrió. Los dientes rotos le bailaron. Los labios rezumaron sangre.

—Usted me cae bien, jefe. Tiene ese acento tan raro, y habla bien.

—Gracias, caballero —dijo Dudley—. Es usted un hombre muy perspicaz, y le agradezco que me tenga en tan alta consideración. Y ya que estamos, me gustaría que me hablara de su aprendizaje en el oficio de afilador de cuchillos.

—Ese soy yo —dijo Shudo—. «Fuji, el Hombre Lobo». «Fuji, el Afilador».

Dudley encendió un pitillo.

—¿Cuánto tiempo hace que ejerce el oficio? Según tengo entendido, ofrece sus servicios de puerta en puerta.

—«Fuji, el Afilador». Me dedico a eso desde el año 31. Estuve en Preston por un 459 y por exhibicionismo. Aprendí el oficio en el taller de metalistería.

Dudley lanzó al aire un anillo de humo. Sintió un mareo.

—Hace dos semanas, pues, estaba usted en la calle con su carrito, ¿no es así? El jueves 4 de diciembre y el viernes 5 de diciembre, digamos. Estaba en Highland Park, a unos kilómetros al norte de Chinatown, en el lado oeste de la autovía. ¿Es eso correcto?

Shudo bostezó.

—Sí, es correcto. Pero no entiendo nada. Ya le he contado lo que hice. He *confesado*. He dicho que rapté a los borrachos y me divertí con ellos. No hace falta que hable usted tanto. Estoy dispuesto a volver, y basta con que me dé el papel para que yo lo firme y me vaya a dormir a mi celda.

Dudley apagó el pitillo. Sentía náuseas. La alianza nupcial se le escurrió del dedo y cayó en la mesa.

La cogió. Vio manchas ante los ojos.

—Siento curiosidad, señor Shudo. Salió de Atascadero en libertad el miércoles 3 de diciembre. Ocupó una habitación en Little Tokyo. Secuestró a tres borrachos y los agredió sexualmente en un lugar remoto, a cien kilómetros al norte de Los Ángeles. Se comió una *pizza* en un lugar cerca de allí y regresó a su habitación, todo eso el miércoles 3 de diciembre. Al día siguiente, el jueves 4 de diciembre, fue visto en Highland Park con su carrito de afilador. Siento curiosidad, caballero. Acaba de salir de un centro psiquiátrico, y ha estado muy ocupado. Mi pregunta es: ¿dónde y cuándo obtuvo el carrito de afilador con el que fue visto, y quién se lo proporcionó?

Shudo bostezó.

—Demasiadas fechas. Confundo los días y las fechas, ¿entiende? Consumo *terpina*. Bebo *terpina* y pierdo la noción de las cosas. La culpa no es mía. Nadie recuerda las fechas así de bien. La gente se olvida de lo que hizo el martes hace tres

semanas. Todo eso de lo que habla es sánscrito.

Dudley tamborileó en la mesa.

—En condiciones normales lo que usted dice es cierto. Pero el ataque japonés del domingo 7 de diciembre ha servido para grabar en todos nosotros un sentido único de la cronología. Recordamos nuestros movimientos anteriores y posteriores a ese acontecimiento con excepcional claridad. ¿Lo entiende?

Shudo bostezó.

—Demasiadas palabras. Demasiada conversación y demasiadas fechas. Tiene que aflojar la marcha, jefe. Consumo terpina. Pierdo la noción de las cosas.

Dudley veía manchas. Bette dijo: «Me has importunado». Las manchas se dispersaron.

—El carrito, caballero. ¿Dónde compró el carrito de afilador?

Shudo bostezó.

—Delante de los baños de Shotokan. A un viejo nipón; Kenji, se llamaba. Me vendió el carrito, las muelas, los cuchillos de muestra y toda la pesca.

—¿Y eso cuándo fue?

—Por la mañana. Tenía resaca. Pensé: Joder, ya estoy aquí otra vez. Joder, debería volver a casa.

Dudley sonrió.

—¿Y eso debió de ser la mañana del jueves 4 de diciembre?

Shudo bostezó.

—Exacto, jefe. El Hombre Lobo está en los baños de Shotokan y hace un día que salió del trullo.

La luz situada sobre la puerta parpadeó. Dudley se acercó. Entraron Breuning y Scotty B.

—Ya he colocado las prendas. He dado luz verde a Elmer para el registro.

—En la analítica hemos dado con un filón —dijo Breuning—. El Lobo es AB negativo, así que podría haber sido él quien le hizo el bombo a Nancy. He tenido una corazonada y he llamado a Atascadero. Escuche esto. El Lobo obtuvo el régimen abierto y una autorización de trabajo aproximadamente en las fechas en que Nancy se quedó embarazada, así que por ese lado vamos bien encaminados.

Dudley sonrió.

—Reserva una celda acolchada en la Comisaría Central. Llama al carcelero. Dile que se trata de un caso de camisa de fuerza.

Los chicos salieron disparados. Dudley volvió a la mesa.

—Tengo hambre —dijo Shudo—. Confesaré que he secuestrado al bebé de los Lindbergh si me consigue una *pizza*.

El taquígrafo soltó una carcajada. Dudley tamborileó en la mesa.

—Volvamos al jueves y el viernes, días 4 y 5 de diciembre. Realiza usted su ronda de afilador por Highland Park. ¿Qué lo llevó a esa zona en particular? ¿Existía una razón concreta?

Shudo se encogió de hombros.

—El instinto, supongo. Iba en el autobús de Figueroa, y ese me pareció un buen sitio donde trabajar.

«Instinto». *Algo seguro a lo que agarrarse. Los dementes sucumben a las vanas ilusiones.*

—Dice «instinto». ¿Había estado bebiendo terpina? ¿Diría que eso contribuyó a su «instinto»?

—No lo sé. Supongo que sí.

Dudley tamborileó en la mesa. Sintió un mareo. Encendió un pitillo y vio manchas. Vio a Bette en el espejo de la pared. Sacudió la cabeza y la ahuyentó.

—¿Le importaría concretar un poco? ¿Bebía en esos momentos terpina, y contribuyó eso, en su opinión, al «instinto» que lo llevó a ejercer su oficio en Highland Park?

Shudo hizo un mohín.

—Quiero una *pizza* y atención médica. Usted y sus amigos me han molido a palos.

—A su debido tiempo, caballero. Antes tenemos que hablar de su ronda de afilador en Highland Park.

—En Highland Park y *Glassell Park* —contestó Shudo—. Confundo esos barrios. Fue recién salido de la trena, en los primeros dos días, quizá más. Estaba pegándole a la terpina. Las cosas se vuelven confusas cuando le pegas a la terpina. Lo ves todo borroso y pierdes la noción del tiempo.

Vacíos en el tiempo. Lagunas de memoria por efecto de la terpina. Joyas de la demencia.

—Hizo su ronda en Highland Park y posiblemente en Glassell Park, ese jueves, ese viernes y posiblemente ese sábado. ¿No es así?

—Así es.

—Hizo unos cuantos servicios y habló con unos cuantos clientes. ¿No es así?

—Así es.

—¿Recuerda algún servicio en concreto?

—No. Pero hice servicios, porque desperté en mi habitación y tenía dinero en el bolsillo.

—¿Recuerda algún incidente concreto ocurrido durante sus rondas? ¿Alguna persona concreta con quien pudiera haber hablado?

Shudo soltó una risita.

—Hablé con una niña. Dijo que me parecía al Hombre Lobo. Su padre me sacó una foto.

—¿Y eso cuándo fue, caballero?

—Debió de ser el sábado, puede que al mediodía o algo así. Su padre dijo que iban a transmitir un partido de fútbol universitario por la radio.

—¿Y eso fue en Highland Park, caballero?

—Sí, en una de esas avenidas con número en lugar de nombre. La cuarenta o cincuenta y tantos.

—¿Y luego, caballero? ¿Recuerda algún incidente o interacción que pudiera haber tenido lugar *después* de hablar con esa niña y su padre?

Shudo negó con la cabeza.

—Luego todo se vuelve confuso. La terpina, amigo. Se te mete en la mollera.

La luz de la puerta parpadeó. Dudley se puso en pie y se acercó. El suelo se precipitó bajo sus pies. Buscó a tientas la pared.

La puerta se abrió de par en par. Llámame Jack desplegaba una sonrisa radiante. Lo acompañaba un hombre delgado. Parecía judío. Llevaba prendida una insignia, una llave de la hermandad Phi Beta Kappa.

—Dud, le presento a Ellis Loew. Expondrá el caso ante el jurado de acusación. Estudió en Harvard, y promete. Bill McPherson lo llama el «Mazo Hebreo».

Loew se abochornó. Dudley rio: *Esa sí que es buena, señor.*

—Un placer, señor Loew.

—El placer es mío, sargento.

Jack señaló a Shudo.

—Ese es el Hombre Lobo Asesino. ¿No huele a acónito? Sid Hudgens está abordando el tema desde esa perspectiva.

Loew permaneció impassible. Saltaba a la vista que era un aguafiestas. Desde luego no era el típico judío chistoso.

—Es un sosaina, pero en el juzgado no hay quien le tosa. Tiene el sentido de la ética que cabe esperar de los de su clase.

Dudley empezó a sudar. Las paredes se comprimieron. Se aflojó el nudo de la corbata.

—Acorrálole, Dud. Acorrále a ese cabrón y quitémonos esto de encima. Sid H. ve el asunto como una serie de artículos para el suplemento dominical. Así la historia se alargará hasta las fechas previstas para la investigación de los federales, y quedaremos tan bien que Hoover, ese puto sarasa, lo dejará correr. Los japoneses consiguieron Pearl Harbor, pero nosotros hemos conseguido al Hombre Lobo. Él se cargó a varios de los suyos, pero como nosotros prescindimos de gilipollecillos raciales, nos lo cargaremos a él. Acorrálole, Dud. Me voy al restaurante de Kwan a jugar al dominó. Veámonos allí más tarde. Echaremos unos tragos.

Dudley regresó a la mesa. Llámame Jack cerró la puerta. Shudo bostezó. Dudley cambió de tercio.

—Todavía siento curiosidad por una cosa, señor Shudo.

—Yo también. Siento curiosidad por saber a qué viene todo eso del jueves, el viernes y el sábado en Highland Park, si al fin y al cabo ya me tiene cogido por los problemas que causé el miércoles en la carretera de las montañas.

—A ese respecto nuestras curiosidades se superponen, caballero. Su «instinto» lo llevó a la carretera de las montañas el miércoles y a Highland Park durante los tres

días siguientes. Dudo que podamos atribuir ese «instinto» que lo llevó a Highland Park al consumo de hidrato de terpina, ¿no cree, caballero?

—No lo sé. Quizá no. Los instintos son una cosa extraña. Es la palabra que utilizamos para explicar aquello que no podemos explicar.

Sí, como las inspiraciones. Podía recurrir a Hideo Ashida. El muchacho podía amañar una nota escrita en japo. Fuji Shudo escribe a Ryoshi Watanabe. Existe una relación de amistad previa.

La nota despierta recuerdos brumosos. Estampa las huellas del Hombre Lobo en cinta transparente. Coloca una huella en la casa.

—¿Pertenece usted a alguna hermandad japonesa antes de que lo encerraran, señor Shudo?

—Iba a los clubes. ¿Por qué? Eso no lo entiendo, y quiero irme a casa. Los clubes eran todos japoneses, y esos borrachos a los que di por detrás eran blancos. Me estoy perdiendo con todo esto, y me duele la cabeza, y me han prometido atención médica y una *pizza*.

Dudley sintió un mareo. Dudley se apoyó en la mesa.

—Caballero, me hago cargo de que, debido a su arraigado consumo de hidrato de terpina, las cosas se vuelven borrosas para usted muy a menudo. Sin embargo, sí sé que se lo vio a menudo en clubes sociales de la calle Dos, en fecha tan lejana como principios de los años treinta, hablando a menudo de política y cuestiones raciales con un tal Ryoshi Watanabe. ¿Recuerda a Ryoshi Watanabe, caballero?

Shudo bostezó, Shudo se encogió de hombros, Shudo sacudió las espaldas.

—No lo sé. Iba a esos clubes, eso sí. Conocía a un tal Ginzo Watanabe y a un tal Charlie Watanabe, y...

—... y después de eso todo se vuelve borroso, ¿no? Todo se vuelve borroso e instintivo, y cuando despierta en la habitación de su hotel descubre que faltan cuchillos en el carrito, y se pregunta adónde lo llevaron los instintos antes de perder el conocimiento, y por qué hay restos de mierda y sangre en los tallos de bambú, y qué atrocidad cometió con tal o cual herramienta afilada, cuando el instinto lo guio hasta tal o cual casa, donde esos recuerdos borrosos de discusiones mantenidas años atrás estallaron, y sencillamente usted no pudo evitarlo, y por tanto...

Shudo le escupió. El salivazo lo alcanzó en los ojos. Vio manchas. Le ardieron los ojos. Oyó: «Me has importunado».

El Hombre Lobo le enseñó los dientes. Dudley echó mano a la porra y fue a por la boca.

Le pegó. Le desgarró la boca en las comisuras y le aplastó los dientes mellados. Oyó abrirse la puerta. Oyó unas pisadas. Agarró al Lobo por la melena y tiró de él con vehemencia. Algo le inmovilizó el brazo. Era Bill Parker, enrojecido y aturullado.

De una sacudida, *apartó* el brazo y *apartó* a Parker. Al *apartarlo*, Parker salió despedido de lado. Al *apartarlo*, Parker cayó al suelo.

El Lobo le escupió. Le ardieron las manchas en los ojos. La puerta se abrió de golpe. Irrumpió Thad Brown. Mike Breuning y Dick Carlisle se le adelantaron. «Afloje, jefe» / «Afloje, jefe» / «Afloje, jefe: ya hemos pasado antes por esto».

Aflojó. Cedió. Le quitaron la porra y lo sacaron por la fuerza al pasillo. La temperatura descendió doce mil grados. Un obturador en el cerebro apagó sus luces.

Oyó:

—Vaya al restaurante de Kwan.

Todo se tambaleó. Un ascensor bajó.

Vio números verdes: 5, 4, 3, 2, 1. Las puertas se abrieron. Vio paredes de mármol y Main Street al frente.

Salió a la calle. Los aspersores del jardín giraban y producían una neblina. Afianzó los pies y pasó a través de los chorros.

El agua le sentó bien. Resbaló en la hierba. El pantalón se le escurrió cadera abajo. Se sentía como si fuera lo que Bill Parker parecía ser.

Parker era frágil. *Apartó* a Parker de una sacudida. Eso lo retrotrajo al año 38. Mató a un mexicano de una paliza en la comisaría de Newton. Sus muchachos dijeron: «Afloje, jefe».

«Me has importunado».

Escribió las palabras apresuradamente y borró la imagen de Bette. *El Pueblo Grande* en plena noche. Esa luna de aullador y Chinatown justo enfrente.

Dudley Liam Smith: el mundo se tambalea.

Fue derecho al restaurante de Kwan. Devoró todos los chicles de la barra. Tenía el hambre voraz de un hombre lobo. La chica de la barra dice: «Dudster, usted looooooco».

Bajó al sótano haciendo eses. La partida de dominó estaba en su apogeo. Ace repartía fichas a Harry Cohn. Clark Gable y el leopardo dormían en un sofá.

Llegó al despacho. Llegó al fumadero. He ahí la pipa, el bol y la goma.

Se encerró por dentro. Se quitó la chaqueta y la pistolera. Se desprendió los zapatos.

Opio.

Afloje, jefe. Ya hemos pasado antes por esto.

Vanas ilusiones y el Hombre Lobo. Su destino en el ejército. *Capitán D. L. Smith.* A la par del *capitán* Bill Parker.

Esa chinche molesta. *Lo apartó* de una sacudida.

Dudley fumó opio. Su jergón sobrevoló América. Visitó a sus seres queridos.

Escala, Boston. Saluda a Beth Short. Ella se ríe. Ella ironiza sobre su condición de hija ilegítima. Lo llama «papá».

Escala, Los Ángeles. Acaricia con la nariz al airedele de Bette. Bette está desnuda, Bette lo ama, Bette es una bruja en un abrir y cerrar de ojos. *La ha importunado.* Ella le lanza rosas rojas a la cara.

Dudley fumó opio. Escala, la Comisaría Central y la celda acolchada del Hombre

Lobo.

El Lobo lleva una camisa de fuerza. Frascos de terpina salpican el suelo. La celda está recubierta de bambú manchado de sangre y mierda. El olor lo obliga a salir. Del depósito de cadáveres lo separa solo un rápido salto.

Pasa por el despacho de Nort Layman. Roba un frasco con una muestra de sangre de Ryoshi Watanabe. Visita de nuevo a Fuji Shudo. Le toma las huellas y crea una transparencia en celo. Visita la casa y encuentra una superficie pasada por alto. Plasma la huella ensangrentada.

Opio.

Cree una nota para mí, Hideo. Relacione a la víctima con el asesino en 1933.

Escala, ninguna parte.

Se quedó en blanco. Trató de atrapar algún pensamiento y no consiguió nada. Trató de atrapar imágenes y obtuvo marcos vacíos.

«Me has importunado».

Escala, Dublín. Una galería en Sackville Street. En esa ubicación: retratos en marcos dorados.

Su madre. Su padre y su hermano muertos. Su colérica Bette.

Oyó «Perfidia». Percibió un olor a rosas. Sintió unas afiladas espinas en la cara.

Dudley fumó opio. El jergón se hundió bajo él.

Dudley dijo:

—No me pegues.

19 de diciembre de 1941

1.57 horas

Se besaron.

Fue idea de Claire. Filmémoslo en el Comité Anti-Eje. Mostremos a los amantes de distintas razas en un achuchón pasada la medianoche.

Fue un beso posterior a Pershing Square. En él se reflejaba el aspecto maltrecho de Ashida y el incendiario discurso de Kay. El rodaje iba a toda mecha. Kay puso en marcha su última intriga.

Quería que el documental fuera algo manifiesto y paródico. *Quería* echar por tierra la delirante cruzada de Parker.

El beso requirió un sinfín de tomas. Kay estaba ávida. Ashida afectó apremio. Claire hizo de directora. La puerta abierta sirvió de encuadre.

Una lámpara de arco los iluminaba desde arriba y les producía picor. Dos cámaras y un técnico de iluminación andaban cerca. Reynolds y Chaz acompañaban a Claire. Saul Lesnick acarrea su maletín negro. Los extras japoneses recibían un dólar por cabeza.

Volvieron a besarse. Kay metió la lengua. El cámara filmó el beso desde un sinfín de ángulos. Llenaron los estantes de panfletos antifascistas. Revistieron las paredes de carteles con el rótulo ¡VENGUEMOS PEARL HARBOR!

Volvieron a besarse. Kay le acarició las magulladuras. Claire dijo:

—Eso ha estado bien, chicos.

El rodaje llamó la atención. Ashida vio un sedán de los federales aparcado junto a la otra acera. Interrumpieron el achuchón. Claire dijo:

—Una vez más, por favor.

Pasó un coche ruidosamente. Un hombre prorrumpió:

—¡Puto japo!

Ashida dio un respingo y tropezó con la lámpara de arco. Kay lo sujetó para que no se cayera. Él se zafó y se dirigió hacia el fondo del local. Se detuvo junto a un estante de juguetes patrioterros. Había muñecas kabuki engalanadas de rojo, blanco y azul.

Tenía lugar una escalada.

Pershing Square. Goro Shigeta. El japonés asesinado a tiros en Santa Mónica. El suicidio de Nao Hamano. Un suicidio en la prisión de Fort MacArthur.

Claire hablaba con un cámara. Llegaba el sonido de sus voces. Ella había

sobornado a un poli de la cárcel de Lincoln Heights. Podían filmar en la celda de Hamano.

Little Tokyo estaba diezmado. Doce días, desde el comienzo hasta ahora. Encarcelamientos, confiscaciones, disoluciones. Era sabido de todos: el internamiento se fraguará en febrero.

Un hecho consumado. Una única escapatoria posible.

Dudley Smith. Revelada brutalmente esta noche. Asombrosa y entrañable.

Empezó por Pershing Square y la impotencia de Bill Parker. Whisky Bill asistió exclusivamente para recrear la mirada en Kay Lake. La agresión contra Hideo Ashida perturbó el sentido del orden de Parker. La intervención de Scotty Bennett fue algo muy distinto.

Dudley sabía que el odio iba en aumento. Dudley sabía que Ashida había eludido a sus guardaespaldas. Dudley envió a unos hombres a seguirlo a distancia. Fueron ellos quienes lo arrancaron de allí. Bill Parker hizo aspavientos para recuperar sus gafas y lanzó puñetazos al aire.

La escena se reprodujo en la Unidad Central. Parker presenció el desliz de Dudley y reaccionó nuevamente. El delito civil lo ofendía más que la brutalidad. Parker aborrecía el desorden. Ese aborrecimiento creaba desorden en él. La intervención de Parker fue remilgada y fiel reflejo de su manera de ser. El desliz de Dudley sacó a la luz al hombre en bruto que se escondía bajo su apariencia superficial.

Ashida observó las muñecas kabuki. Kay miró atrás y lo vio. Le lanzó un beso.

Él probó a guiñarle el ojo a lo Dudley Smith... y no lo consiguió. *Nadie* guiñaba el ojo como Dudley Smith.

Kay se rio. Ashida se acordó de Bucky. Lo asaltó la misma agitación de otras veces y se marchó al aparcamiento. Un federal comprobaba las matrículas. Deambulaba por allí provisto de una linterna.

Eran las 2.26 horas. *No hay nadie en la calle excepto nosotros los rojos y los federales.*

Ashida llegó a su coche y se fue a casa. La pintada ¡JAPO! seguía en su puerta. Entró en el acto y en el acto fue en busca de su escondrijo fotográfico.

Sacó las instantáneas y el prototipo del chisme. La agitación se apoderó *totalmente* de él. Dispuso las imágenes de Bucky sobre el regazo en abanico, como si se tratara de un cinematógrafo. Hizo bailar desnudo a Bucky.

Conservaba fotos viejas cargadas aún en el chisme. El cristal del objetivo aumentaba los detalles. Accionó las palancas y fue pasando las fotos. Diafragmas y Bucky, desnudo.

Desplazó las imágenes. Empezaron a desdibujarse. No era desgaste provocado por la exposición a la luz. Las fotos estaban casi siempre a oscuras.

Ashida examinó el chisme. Un reconocimiento diagnóstico, pronóstico.

La montura del objetivo demasiado apretada. Presión ascendente. En consecuencia, roturas en la película.

Los engranajes del alojamiento se habían oxidado. El desdibujamiento no era acusado. En este punto una nueva montura pondría fin al problema.

Tenía una montura de objetivo nueva. Su chisme nuevo seguía instalado frente a la farmacia Whalen. Podía intercambiar las monturas. El chisme nuevo se había quedado sin película. En coche tardaría veinte minutos, de puerta a puerta.

Volvió a salir corriendo. Fue a la farmacia Whalen y agarró el chisme nuevo. Arrancó los cables y desprendió el generador. Cogió el chisme nuevo y regresó en el acto a casa.

De acuerdo. Del pronóstico al procedimiento.

Ashida examinó los dos chismes. Ashida encontró la solución.

Se requiere un pase foto a foto. Remontémonos al primer día en que el chisme nuevo tomó fotos. Hace trece días. Es sábado, 6 de diciembre. Es aquel 211 en la farmacia.

Pasemos la película de principio a fin. Después retiremos la montura del objetivo.

Ashida accionó las palancas. Clic: las ruedas de un coche pisan una tira de goma camuflada junto al bordillo. Clic: se abre el obturador. Clic: aparece una imagen bajo el cristal del objetivo.

Clic: ese primer coche aparca. Clic: el hombre se parece a Bucky. Clic: he ahí el coche del ladrón. Clic, clic, clic: a lo largo de todo el día.

Clic: el chisme *funciona*. La hora y la fecha exactas han quedado registradas al pie de cada imagen.

Clic: los coches se arriman a la acera y aparcan. Clic: hay una doble exposición y una imagen borrosa. El chisme se sacudió en la acera. Con la sacudida el objetivo se desvió hacia arriba y captó el tráfico peatonal. ¿Vemos a los transeúntes en Spring Street?

Ashida pasó las fotos. Clic / apertura / imagen: todas del 6-12-41. 13.46, 14.04, 14.17. Una serie con el objetivo alterado: observemos las tomas desdibujadas del tráfico peatonal.

14.36, 14.42. Tomas claras de una imagen en ángulo ascendente. 15.08, 15.18, 15.19: *ALTO AHÍ*.

Un momento. Alto, alto, alto.

Clic/apertura: una escena callejera en el centro.

Ese que aparece en primer plano es *FUJI SHUDO*. Se lo nota vacilante y a todas luces grogui. Lleva un colocón de hidrato de terpina. Alrededor la gente está inquieta y manifiestamente asustada.

Y con razón. Es un hombre malévolo. Practica la violación con tallos de bambú.

Son las 15.19. Está a seis kilómetros al sur de la casa de los Watanabe. Está entre testigos presenciales aptos para la refutación. Es la hora exacta de la muerte determinada por Nort Layman.

Esa gente amedrentada recordará a Shudo. Es un hombre así de estrafalario. Testigos bajo coacción han situado a Shudo en Highland Park a esa hora. Estos

testigos anulan las declaraciones de esos otros testigos. No cabe duda, es un montaje. No cabe duda, el Hombre Lobo arderá. Sí, es justificable. Pero eso plantea esta otra cuestión:

La prensa de Hearst dará bombo al caso. Los detalles probatorios se difundirán a nivel nacional. Los verdaderos testigos presenciales recordarán al Hombre Lobo y lo echarán todo por tierra.

Ashida examinó la imagen. Unos terrícolas pasean junto a un hombre lobo. Los aterroriza.

Llámame Jack organizaba francachelas casi todos los jueves por la noche. Tenía que enterarse de esto.

Ashida se puso en marcha. Corrió hasta su coche y fue a toda pastilla al edificio municipal. Aparcó en doble fila en una zona reservada al consistorio y subió corriendo a la quinta planta. Oyó fragmentos de chistes verdes, nada más llegar.

Les siguió el rastro. «Que si el Dudster tal», «Que si el Dudster cual». «Dos putas hacen la calle en Navidad, y una pregunta: “Oye, ¿y tú qué le pides a Papá Noel?”. La otra contesta: “¿Yo? Veinte pavos, igual que a todos”».

Ashida se dirigió a la sala de reuniones. Había polis y federales, mezclados. Observemos a los chicos del Equipo de Tiro Hearst. Observemos a Brenda Allen junto al bufet abastecido exclusivamente por el restaurante de Kwan.

Bourbon y una partida de dados. Una bandera japonesa a modo de tapete de juego.

Ashida se detuvo en la puerta. Llámame Jack se acercó con su andar oscilante. La mancha de carmín en su cuello coincidía con la tonalidad del lápiz de labios de Brenda.

—Doctor Ashida, ¿usted aquí?

Un tirador del Equipo Hearst dijo:

—*Banzai*.

Thad Brown dijo:

—Calle, es de los nuestros.

Jack señaló el pasillo. Ashida obedeció.

—Disculpe la intromisión, señor. No estaría aquí si no considerara que el asunto es urgente.

—La palabra «urgente» siempre capta mi atención. Pero tenga una cosa en cuenta: estoy hasta la coronilla. Hace unas horas hemos asistido a un combate: el Dudster contra el Hombre Lobo.

—Esto guarda relación con eso, señor —dijo Ashida.

—Vale, hijo. Impresióneme. El Dudster contra el Hombre Lobo. Partamos de ahí.

—Fujio Shudo estaba frente a la farmacia Whalen de la calle Seis, esquina con Spring, exactamente a la hora de la muerte determinada por Nort Layman —dijo Ashida—. El dispositivo de activación por tensión que Ray Pinker y yo instalamos esa mañana lo demuestra con toda claridad. Shudo aparece entre cinco personas muy

asustadas por la presencia de ese individuo temible. Esas personas no se olvidarán de Fujio Shudo, señor. Se presentarán a medida que aumente la publicidad en la radio y la prensa, contradecirán a nuestros testigos presenciales, y sus declaraciones serán creíbles.

Jack se encogió de hombros.

—¿Y qué? Cinco testigos presenciales no son nueve testigos presenciales. Su dispositivo es un cachivache salido de una historieta de Buck Rogers o de *Tom Swift y su platillo volador de Marte*, y usted y Ray Pinker son los dos únicos hombres blancos de la tierra que saben cómo funciona, y usted ni siquiera es blanco. Por un lado está eso, y por otro está cierto giro en los acontecimientos. Sí, Dud estalló en un mal momento, pero enseguida se recompuso y movió el culo. Volvió a la casa de los Watanabe y descubrió una huella de ocho puntos: era del Lobo. ¿Y quiere un giro definitivo? La huella estaba en la sangre de Ryoshi Watanabe.

Ashida alargó el brazo en busca de la pared. No estaba allí. Jack lo sostuvo.

—Pasó usted por alto una huella digital. ¿Y qué? No se lo echo en cara. Dud pierde el oremus. Usted pierde una huella latente de ocho puntos. Todos somos humanos, ¿no? Aquí lo importante es la solidaridad. Este Departamento de Policía se la ha jugado por usted, doctor. Es demasiado listo para no darse cuenta de eso. Y aún hay otra cosa.

—¿Qué es, señor? —dijo Ashida.

—Es esto: Dudley Smith le tiene verdadero aprecio.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / VIERNES, 19 DE DICIEMBRE DE 1941

4.14 horas

La celda.

Era un espacio gris. Había una litera metálica, un lavabo y un inodoro sin tapa. El carcelero había vaciado todas las celdas de mujeres. Un tabique separaba esa galería de las galerías de los hombres. Estas estaban a rebosar de «subversivos» japoneses y chusmerío en general.

El equipo de rodaje entró el material en la celda y empezó a instalarlo. Yo me quedé con Reynolds y Chaz; Claire y Saul Lesnick charlaban con un técnico de iluminación. Nao Hamano murió en la celda. En la secuencia Claire hablaría directamente a la cámara.

Se dirigiría a los poderes fácticos y pronunciaría un soliloquio desde la perspectiva de la señora Hamano. Yo quería un discurso enrevesado y ampuloso. Temía que su elocuencia reemplazara la ampulosidad y convenciera a un jurado de que ella en efecto tramaba una traición. Allí en la cárcel íbamos a rodar dos secuencias. La segunda mostraría a Hideo Ashida recorriendo la galería. Hideo, el químico policía. Hideo, el lánguido superviviente de un horrendo pogromo. Hideo, en deuda con sus superiores blancos de la policía y despreciado por los suyos por seguir el juego tan condenadamente bien.

Necesitábamos a Hideo allí, pero Hideo había desaparecido. Dos horas antes interrumpió un beso filmado conmigo y se marchó. Claire dijo: «Sus besos son un tanto lánguidos, querida. Tal vez deba reservaros una habitación en un hotel para que podáis practicar». Quizá lo habían ahuyentado los besos interpretados y mi sexo. O tal vez percibía el peligro... como empezaba a percibirlo yo.

Nos hallábamos bajo «estrecha» vigilancia federal. Nuestro material y el camión de revelado estaban fuera en el aparcamiento; Ed Satterlee y Ward Littell habían estacionado en la acera de enfrente. Littell era el protector de Mariko Ashida y se oponía a las redadas; Littell era no obstante uno de los agentes federales encargados de llevarlas a cabo. Yo percibía el peligro. Mis antenas de experta en cosas policiales se sacudían una y otra vez.

Nuestro programa de rodaje era desenfrenado. Venía totalmente determinado por el contenido del maletín negro de Saul Lesnick. Claire decía una y otra vez:

«Necesito hacer esto y *marcharme* a algún sitio». Yo estaba resuelta a moldear el contenido del documental y prevenir que le otorgara el martirio que ella tanto anhelaba.

Yo estaba cansada. Una vida de actividad ininterrumpida día y noche desde Pearl Harbor me pasaba factura. Invadían la galería cables y *dollys*; se habían instalado líneas telefónicas provisionales. Claire ojeaba recortes de periódico sobre la señora Hamano. Inmersión, transferencia, asimilación de identidad.

En el camión del material había un camastro. Yo necesitaba un momento de descanso y más de un momento de soledad. Salí al aparcamiento. Vi a Hideo entrar en la cárcel. Mostraba su peculiar aspecto atribulado y remilgado.

Entré en el camión, me descalcé y me tendí. Oí truenos y esperé que lloviera al amanecer. En Sioux Falls el final del otoño traía tormentas eléctricas. Yo las adoraba con pasión. Pasé la infancia en el porche, implorando a Dios que nos concediera aguaceros.

Sonó el teléfono. Cogí el auricular y tiré del cable hacia la cama.

—Hola.

Al otro lado de la línea se oyó una voz masculina.

—Señorita Lake, soy Ward Littell. He conseguido este número a través de una fuente policial. Me consta que sabe quién soy, y que esta llamada constituye un riesgo para mí.

—En efecto, sé quién es, señor Littell. Sé que ha ayudado a Hideo Ashida y su madre, pero no ha dicho nada arriesgado.

—Me dispongo a hacerlo, y por tanto seré breve —dijo Littell—. Le aconsejo que destruya las imágenes existentes de la película que está rodando. El señor Hoover se encuentra en estos momentos en Los Ángeles. Le preocupa mucho que esa película secunde el esfuerzo bélico japonés.

Empecé a contestar. Littell me colgó. Tras el ruido que ponía fin a la comunicación se oyó el chasquido que se produce en la línea cuando alguien descuelga el auricular del teléfono. Alguien hacía una llamada desde una línea interior de la cárcel. Las dos llamadas fueron casi consecutivas. Algo despertó mi curiosidad. Mantuve bajado el pulsador de la horquilla y escuché.

Oí por un momento interferencia estática y luego «Las noticias vuelan, muchacho». El acento anunció a Dudley Smith. Un hombre dijo: «Como no sabía dónde localizarlo a usted, he acudido al jefe Horrall». Era Hideo Ashida.

Hablaban en voz queda. Hideo estaba a veinte metros de distancia. Hacía la llamada desde un lugar donde Claire y el equipo podían oírlo.

Dudley dijo: «... su magnífico dispositivo fotográfico».

Hideo dijo: «No pretendía entrometerme en su caso contra Fuji Shudo. Me he limitado a señalar una flagrante discordancia cronológica».

«¿Le ha contado el jefe que he descubierto una huella corroborante? La he levantado de una mancha de sangre seca.»

Hideo no contestó. Su silencio se prolongó. Advertí cierta conmoción en su pausa. Se me escapaba el significado de la conversación.

Dudley dijo: «Muchacho, no me ha preguntado “¿Sangre de quién?”».

Hideo dijo: «De Ryoshi Watanabe. Me lo ha dicho el jefe».

El caso Watanabe. Contaban con un sospechoso. Contaban con pistas sólidas.

Dudley dijo: «Esto se acaba, muchacho. Redactaré un informe acerca de la cadena probatoria para nuestro amigo Ellis Loew, el abogado. Shudo es del grupo AB negativo, y por tanto creo que podemos atribuirle el embarazo de Nancy».

Hideo no contestó. Su silencio se prolongó. Advertí cierta censura en su pausa.

Dudley dijo: «¿Siente ambivalencia, muchacho? ¿Se debate entre la idea de una exoneración justa y el grado de conveniencia necesario para garantizar su propia seguridad? ¿Estoy siendo testigo de una vacilante manifestación de necia solidaridad japonesa?».

Hideo dijo: «Me he limitado a actuar instintivamente».

Dudley dijo: «No está siendo sincero. Es usted demasiado cauto para sucumbir a la sangre caliente que exige el “instinto”. Y me atrevería a inferir que su único instinto es la cautela».

Otra pausa. «Exoneración», «conveniencia». «Ambivalencia», «entrometimiento». Parecía el diálogo superpuesto en un fotograma.

Dudley dijo: «¿Sigue ahí, muchacho?».

La estática invadió la línea. Sacudí el auricular y la eliminé. Hideo dijo: «Estoy participando en esa película de la que le hablé. ¿Se acuerda? Usted me dio permiso».

Dudley dijo: «Sí».

Hideo dijo: «Ward Littell le ha dicho a mi madre que el señor Hoover está aquí, y que la película será objeto de una intervención federal. Lo llamaba para decírselo. Lamento haber pasado por encima de usted en el asunto de Shudo, pero mi intención era dar aviso de esa discordancia a alguien situado lo más arriba posible en la cadena de mando, y lo antes posible».

Traidor. Cobarde. Pérfido invertido bajo la férula de un hombre audaz al que de buena gana se follaría.

«Ese es ciertamente un buen dato, muchacho. Le recomiendo que no lo dé a conocer a la señorita Lake, ni a la señorita De Haven, ni a ninguno de los varios diletantes que intervienen en esa empresa estúpida. Le aseguro que su participación en la empresa quedará explicada de manera convincente, por mí mismo, en cuanto tenga oportunidad. Nos vemos enredados en la estela de la demencia de Whisky Bill Parker... y, así las cosas, le recomiendo que siga tratando a ese hombre con rutinario guante de seda.»

Hideo dijo: «Sí, Dudley. Respecto a todo eso, le doy mi palabra».

Canalla, amanerado, pusilánime. Castrado, frígido, desabrido, mamarracho...

Sonó un aviso de incursión aérea. Dejé el auricular en la horquilla atropelladamente y salí corriendo. Despuntaba el alba. Los reflectores del edificio

municipal se abatieron sobre el horizonte meridional.

Luces rojas destellaron por encima de la cárcel. Celadores de uniforme salieron corriendo y montaron en sus coches. El equipo de rodaje los siguió. Claire, Reynolds, Chaz y Saul Lesnick salieron *sin correr*. Estaban decididos a aparentar impasibilidad ante la incursión aérea. El camarada Hideo salió *tan tranquilo. Sonreía*.

Subieron a sus coches, arrancaron y se encaminaron hacia la autovía. Yo estaba casi sola pero no del todo.

El automóvil de Ward Littell y Ed Satterlee seguía estacionado en la acera de enfrente. Detrás de ellos, a media manzana de distancia, había aparcado un coche de policía. La oscuridad no me permitió ver a través del parabrisas.

Tenía que ser *él*. Yo estaba allí, ¿dónde iba a estar *él* si no?

Volví a entrar en el camión y me encerré dentro. Cogí cuatro rollos de película sin montar y los eché al lavabo. Un estante, sobre el lavabo, contenía botellas de disolvente; dos presentaban el emblema de la calavera y las tibias cruzadas. Vertí el contenido en las cintas, las observé burbujear y arder.

Una sección de la película a medio montar se hallaba insertada en un dispositivo con superficie de cristal. Este permitía al montador ver la cinta, fotograma a fotograma. El rodaje se había llevado a cabo con precipitación y a la buena de Dios. Aun así, era *mi* película la que debía destruirse. Yo tenía que ver una versión de ella.

Trozos de cinta cubrían la mesa de montaje; los examiné y los dispuse en una larga sucesión. La película se amontonaba en el suelo y me llegaba hasta los tobillos. La imagen inicial estaba ya introducida en el dispositivo. Sostuve una lámpara por debajo y miré con los ojos entornados.

Era un negativo en blanco y negro, presentado en blanco sobre negro. El primer fotograma mostraba una plácida imagen de la calle Dos.

Yo había visto trabajar al montador y tenía cierta noción de cómo manejar su aparato. De pie ante la mesa, introduje trozos de cinta bajo el cristal.

El proceso era lento. Las sirenas antiaéreas proporcionaban la banda sonora. Fotograma a fotograma e imagen a imagen: *mi película*.

El negro y blanco invertido. Las redadas en miniatura. Los Ángeles, una semana y media después de Pearl Harbor.

Hostigamiento policial en las calles. Hombres japoneses y polis con escopetas. Corte a una imagen de Claire en blanco sobre negro, hablando a la cámara. Corte a escenas de *Tormenta sobre Leningrado*.

William H. Parker tiene razón: son payasos didácticos. William H. Parker está equivocado: las redadas son una atrocidad y Claire demuestra valor en su intento de denunciarlas. William H. Parker tiene razón: la película condena a los realizadores en tanto que provocadores dispuestos a explotar la injusticia. William H. Parker está equivocado: la indignación manifestada no equivale a traición y cualquier auxilio que proporcione a nuestros enemigos debe verse como algo accesorio, no enjuiciable ante ningún tribunal en su sano juicio.

Seguía examinando la cinta, fotograma a fotograma. Viví mi película y mi momento en la Historia. Me convertí en toda una experta en identificar a personas que ya conocía. Detectaba al instante fragmentos en negativo de figuras e indumentarias familiares.

He ahí a Thad Brown: veo su sombrero de fieltro claro. He ahí a Elmer Jackson: veo su puro, siempre en ristre. He ahí mi propia alocución de ayer. He ahí los disturbios en Pershing Square.

Distinguí la fachada de un edificio cercano al cruce de la calle Uno con San Pedro. Sí, conozco esas columnas redondas y la escalinata estrecha. Sí, he ahí a Ed Satterlee. Habla con un asiático.

Los identificaban sus tocados. Satterlee era alto y lucía sombreros de copa achatada con plumas; el presunto asiático llevaba un sombrero culi. Fui pasando fotogramas y vi lo que parecía un intercambio. Los dos hombres se hallaban tan cerca el uno del otro que podrían haber estado abrazándose.

Algo me indujo a detenerme. Fue ese característico momento «Veo algo». Deslicé los fotogramas posteriores por el cristal, deprisa. Supe lo que veía antes de verlo realmente.

Sus manos se tocaron. Sus manos se separaron. Satterlee se mete algo en el bolsillo. Los dos hombres giran en redondo. Los dos hombres se alejan. Enfilan en direcciones contrarias.

Era una entrega. Era un intercambio encubierto.

Cogí unas tijeras y corté los fotogramas correspondientes. El camión llevaba incorporado un cuarto oscuro. Yo había estudiado fotografía y conocía la técnica del revelado.

Entré en el cuarto oscuro. La luz roja situada encima de la puerta se encendió automáticamente. La bandeja de revelado contenía solución. Eché el trozo de cinta y dejé que los líquidos actuaran.

Ese espacio cerrado amortiguaba las sirenas antiaéreas; los ojos me escocían por la causticidad de las sustancias químicas. Las imágenes del trozo de cinta invirtieron sus tonos y cobraron vida lentamente.

Saqué la cinta y la sostuve en alto mientras se secaba. Sí, era Ed Satterlee. La luz roja en su cara lo identificaba. Salí del cuarto oscuro. La luz roja pasó a ser luz normal. Reconocí al chino. Eso explicaba toda aquella furtiva viñeta.

Era el pago de un soborno. Se había filmado por accidente. El chino entregaba dinero al agente Satterlee. En ese punto daban por concluido su trato.

El chino era un sicario de los Hop Sing. Lee me lo había señalado en una fiesta de Navidad de la Unidad Central. Repartía las cestas navideñas de Ace Kwan a Lláname Jack y los chicos. *Whisky* escocés de alta graduación y patos con especias. Billetes de cien bien doblados.

Lee dejó caer algún que otro comentario jocoso sobre aquel hombre. Se llamaba Quon no sé qué más; había presenciado la Masacre de Nankín. Manifestaba con

estridencia su odio a los japos. Su inquina superaba en mucho a la de Ace Kwan.

Salí y encendí un cigarrillo. Las sirenas se apagaron; los nubarrones parecían a punto de descargar. El coche de los federales había desaparecido. El de policía seguía allí. Yo estaba allí, ¿dónde iba a estar *él* si no?

Me acerqué. Parker se apeó del coche. Iba recién afeitado y llevaba un uniforme limpio. Había perdido las gafas en los disturbios. Ahora llevaba unas de montura metálica.

—Señorita Lake —dijo.

—Capitán Parker —dije.

Metió la mano en el bolsillo de mi falda y sacó mi tabaco. Le di fuego.

—Dudley Smith está al corriente de su operación. He oído una conversación entre Hideo Ashida y él. Actúan en connivencia en el caso Watanabe. Lo he deducido por sus comentarios.

—Me han relevado de esa responsabilidad. Perdí el respeto de Ashida, y él se puso del lado de Dudley. Es un joven sagaz que se encuentra en una situación atroz. Sus intereses estarán mejor atendidos bajo la tutela de Dudley. Eso no puedo echárselo en cara.

Fumamos y contemplamos los nubarrones. Se oía el zumbido del tráfico en la autovía. Miré hacia el sur y vi el edificio federal. La cola de alistamiento de la mañana crecía.

—El FBI va a intervenir contra nosotros y requisar nuestra película. Nos detendrán a todos.

—¿Prevendrá a sus camaradas?

—No.

—¿Porque ungielos como mártires favorecerá más a su causa?

—Sí.

—¿Dará usted a conocer esta operación?

—Bajo ninguna circunstancia.

—¿Cree que su propio martirio decantará la balanza de la credibilidad a favor de usted y sus amigos y en detrimento mío?

—Sí, y hay otra cosa.

—¿Qué?

—Ahora gracias a usted me tengo a mí misma, y no lo traicionaré.

Empezó a llover. Parker fijó la vista en el cielo y tendió las manos para tocarlo. Nos miramos. Fui al centro del aparcamiento y dejé que la lluvia cayera sobre mí.

Negros nubarrones ocultaban la aguja del edificio municipal. Un rayo se dibujó sobre el Palacio de Justicia. Pensé en la pradera. Riadas y tornados. Indios borrachos, ahogados en sus cobertizos. Ese breve caos que se lleva vidas sin sentido y permite a los soñadores implacables empezar de cero.

El cielo negro imponía respeto. Dejé que el tiempo se disolviera. Noté que la mano de William me rozaba la pierna. Me aferré a ese momento y permanecí inmóvil

bajo la lluvia.

8.29 horas

Bellos durmientes. Una fiesta de pijamas en el cuarto de camastros.

Llámame Jack y Jim Davis dormitaban. Mike Breuning y Lee Blanchard, ídem de ídem. Jack y Jim eran refugiados de la francachela. Breuning estaba agotado después del amañamiento del caso. Observemos las heridas de Blanchard fruto de su pelea. Blanchard se escondía de Kay Lake.

Ejemplares de la edición matutina del *Herald* cubrían el suelo. ¡LA POLI IRRUMPE EN LA GUARIDA DEL LOBO! ¡DETENIDO UN JAPO DEGENERADO! ¡DESCONCERTANTE ENIGMA ENTRE JAPOS: SALE A LA LUZ TODA LA HISTORIA!

Noticia de primera plana. Un gran despliegue fotográfico. El Dudster y el Lobo. La «Guarida del Demonio». Scotty Bennett, llevando a rastras a Fuji Shudo. Scotty Bennett, mascando chicle.

Los chicos dormían. Parker salió al pasillo. Thad Brown lo abordó.

—He conseguido un rastro parcial de Joan Conville. Es una rompehogares y tira a desmadrada.

—Cuenta —dijo Parker.

—No conozco su paradero actual —dijo Brown—, pero estuvo rejuntada con un hombre en un apartamento de la calle Ocho con New Hampshire hasta lo de Pearl Harbor. Ese día él se incorporó al Ejército de Tierra. Ella se incorporó a la Armada, con el rango de teniente de corbeta, y recibió órdenes de quedarse aquí y esperar hasta que la llamaran para el período de instrucción. Ahora anda suelta por ahí. Trabajaba como bióloga de investigación en un laboratorio de Culver City, pero recogió su última paga el día 8 y se esfumó. Rompió el matrimonio de ese hombre del Ejército de Tierra y lo dejó ir el día que se alistaron. ¿Quiere saber mi opinión? Esa mujer es una fuente de problemas, y más le vale eludirla.

Parker sonrió.

—¿Eso es *todo*? ¿No tiene *nada* más?

—¿No *basta* con eso? —dijo Brown—. Está todo *eso*, y está el decepcionante hecho de que es protestante.

Parker se echó a reír. Llámame Jack y Dos Pistolas se dirigieron hacia los lavabos con paso tambaleante.

—Después de la guerra uno de nosotros dos será jefe, Bill —dijo Brown—. Cuando el consistorio nos entreviste, juro que no mencionaré a esa pelirroja

grandullona que tiene usted escondida.

Parker esbozó una sonrisa. Había tomado su última copa a las dos de la madrugada del martes. Había marcado los días de abstinencia en su Biblia. Había prometido donar cinco pavos diarios a la iglesia.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo Brown—. Ahora toca el número del señor Hoover.

Corrieron a la escalera de atrás. Llámame Jack y Dos Pistolas se les adelantaron. Fletch Bowron estaba sentado en compañía de Hoover y Preston Exley. Las sillas se hallaban orientadas hacia el estrado del orador y el caballete. En este había un mapa del valle de San Fernando.

Hoover lucía un clavel recién cortado. Preston jugueteaba con un puntero. Llámame Jack y Dos Pistolas tomaban antiácidos.

Parker y Brown ocuparon sus asientos. Hoover se toqueteó el reloj. Nadie fumaba: Hoover lo desaprobaba.

—Eleanor Roosevelt está liada con aquella matrona de color que salía en *Lo que el viento se llevó* —dijo Jack—. Se ven en los apartamentos Los Altos cuando FDR pasa por la ciudad. Gerald L. K. Smith ofreció un fiestorro en la Primera Iglesia Cristiana de Glendale, y Gerry no habla por hablar.

—El pastor Smith es informante del FBI desde hace mucho tiempo —dijo Hoover—. Delata a sus rivales en el sector de los panfletos alarmistas. Tiene muy buenos contactos en la extrema derecha.

Parker examinó el mapa colocado en el caballete. Presentaba el límite oriental del Valle. Los círculos designaban las tierras de labranza. Las marcas en V designaban las construcciones de uso agrícola. Eran propiedades de japos. Remitía al plan de internamiento de Preston. *Inducía a pensar* en el rumor relacionado con el caso Watanabe.

—Tiene usted la palabra, señor Exley —dijo Hoover.

Preston se acercó al caballete.

—Lo que propongo es, en esencia, un engranaje aislado dentro del engranaje mayor del plan de internamiento concebido por el gobierno federal con motivo de la guerra. Según este plan, hay que alojar a centenares de miles de japoneses sospechosos en enormes centros distribuidos por los territorios de California y Arizona, y al norte hasta Wyoming y Montana. Mi propuesta nos permite seleccionar a los reclusos, alojarlos aquí mismo en Los Ángeles y asegurarnos de que los beneficios generados se quedan en la zona, para impulsar así la economía local vinculada específicamente con la guerra y la posguerra. Cuando digo «seleccionar», me refiero a una aplicación juiciosa de la eugenesia o ciencia racial. Los japoneses son un pueblo con talento, un pueblo trabajador y un pueblo dócil. Nos sería útil mantener a cierta cantidad aquí, a mano. No olvidemos que también ellos se beneficiarán del auge económico de la posguerra en cuanto queden en libertad.

—Ya lo entiendo —dijo Jack—. Los japos tienen buena mano para las tareas del

campo, así que los ponemos a trabajar en sus propias tierras y en las tierras de sus vecinos, a trabajar conforme al plan que usted ya describió. No me gusta la palabra «mordida», pero aquí es aplicable. Hay un beneficio potencial para todos los involucrados. Liberamos al gobierno federal de una cantidad considerable de japos, lo cual favorece a la gente del señor Hoover. Nosotros custodiamos a nuestros propios japos, y por tanto nos llevamos la parte del león.

—¿Dónde interviene el componente «ciencia racial», Preston? —preguntó Fletch—. ¿A qué se refiere con eso de «seleccionar»?

—Dado que el señor Exley y yo hemos hablado ya del tema, me gustaría contestar personalmente a esa pregunta —dijo Hoover—. Mis agentes han sido la fuerza impulsora de las redadas de subversivos japoneses durante los últimos doce días. En consecuencia, han observado a gran número de japoneses, y han elaborado expedientes individuales sobre ellos. Considero este proceso un experimento controlado en penología y eugenesia. Japón sigue inmerso en una cultura feudal, y esta se ha desarrollado paralelamente a la nuestra, aunque condicionada por códigos sociales atávicos, a lo largo de la revolución industrial, mientras las sociedades libres prosperaban en Occidente. Ahora, pese a su atavismo autóctono o debido a ello, ha movilizado y nacionalizado sus recursos casi a la par que nuestro propio país de blancos. Los japoneses amenazan en este momento la hegemonía de Occidente en el mundo, pero al final, por supuesto, los aplastaremos. ¿Por qué no aprovechar su astucia y su capacidad intelectual innatas a la vez que los aniquilamos militarmente con la esperanza de que nuestro experimento arroje luz sobre una raza que es a la vez inferior y extrañamente superior a la nuestra, diferenciada muy reveladoramente por su delirante afán de poder? ¿Por qué no someterlos a pruebas de inteligencia y de aptitud mental y física y seleccionar en función de eso a nuestros potenciales prisioneros recluidos en Los Ángeles? ¿Por qué no estudiar a esos individuos al mismo tiempo que los encarcelamos y los utilizamos productivamente?

—El señor Hoover no habla por hablar... —dijo Davis—. Yo soy un experto en razas desde hace mucho tiempo. Este aspecto del plan me tiene babeando.

—Pues sigan babeando, todos ustedes —dijo Preston—. Pienso que podemos realizar esas pruebas y dar con un grupo selecto dentro del grupo selecto, conceder a esas personas permisos de alta seguridad y permitirles trabajar en las fábricas de pertrechos militares de Santa Mónica. En dos palmos de tierra se concentran la Lockheed, la Boeing, la Douglas y la Hughes, y Jim está ya al frente de la fuerza policial de la Douglas. Podríamos ampliar la jurisdicción de Jim a todas las fábricas y nombrar a un grupo especial de hombres para vigilar exclusivamente a nuestros trabajadores japos.

Clarividente. Lucrativo. Usurario más allá de todo principio moral. Libelo de sangre. Esclavitud reinstaurada en territorio estadounidense.

Parker se miró las manos. *No levantes la mirada, te leerán el pensamiento...*

Preston dijo:

—El llamamiento a filas conllevará una escasez de mano de obra para trabajos menores en toda la ciudad. Propongo que creemos un programa de trabajadores invitados en colaboración con la Policía del Estado de México. Ellos nos proporcionan jornaleros para cubrir esa escasez, nosotros los alojamos en Chavez Ravine, y la patrulla costera de la base naval de Chavez Ravine puede llevar a cabo allí la labor de vigilancia. También a este respecto toda la operación será localizada y totalmente circunscrita a Los Ángeles.

Hoover se olfateó el clavel.

—Necesito un poco de aire fresco. Me gustaría presenciar alguna que otra detención en Little Tokyo, y me gustaría hacerlo ahora.

Llámame Jack dijo:

—Tengo dos coches esperando.

—Hay unos rojos rodando una película —dijo Davis—. Dick Hood está preparándose para darle finiquito.

Los chicos se pusieron en pie de un brinco en el acto. Parker se levantó y los siguió. Bajaron en el ascensor privado del alcalde.

Dos sedanes de los federales aguardaban al ralentí en el sótano. Se sentaron al volante Ed Satterlee y Ward Littell. Parker ocupó el asiento junto a Ward. Cruzaron miradas. Llámame Jack y Davis montaron en la parte de atrás.

Los otros viajaron con Satterlee. Los coches se pusieron en marcha, casi pegados uno detrás del otro. Parker cerró los ojos y apretó su crucifijo.

Sintió en todo su cuerpo el movimiento del coche. Cada bache lo crispaba. La radio de dos vías graznaba. El Comité Anti-Eje: a un minuto de allí.

Tenemos a los tiradores de Hearst en las azoteas. Ya hay allí cuatro federales.

Baches en la calzada, giros a la izquierda, giros a la derecha. Estamos en Little Tokyo. A un minuto de allí.

Parker contó los giros a la derecha. Ward frenó y arrimó el coche a la acera. Parker abrió los ojos. El coche de Satterlee estaba al ralentí justo frente a ellos.

Los capullos de Hearst controlaban las azoteas cercanas. Portaban Mausers con mira telescópica.

Más capullos de Hearst acaparaban la acera. Un fotógrafo, Sid Hudgens, Jack Webb. La entrada de la tienda, el objetivo, resplandecía en rojo, blanco y azul.

Ward dio un apretón a Parker en el brazo y salió del coche. Satterlee se apeó. Cuatro federales saltaron de una furgoneta de vigilancia.

Sacaron sus pistolas. Se acercaron a la puerta. Estaba abierta de par en par. Entraron, armas en mano.

Parker se apeó. Los cretinos de Hearst le impedían ver la puerta. La entrada de la tienda estaba en silencio. Sin protestas, sin consignas, sin vocerío.

Parker esperó. Aguzó el oído, atento a ella. Oyó el chasquido del cierre de las esposas.

Ella salió por delante de los demás. La había dejado de pie bajo la lluvia.

Entonces vestía un conjunto marrón. Ahora vestía de vivo color rojo.

TERCERA PARTE

LA QUINTA COLUMNA

(19 - 27 de diciembre de 1941)

10.19 horas

Meeks se sentó. La halitosis empañó el reservado. Decidió matarlo en 1946.

La guerra estaría ya liquidada. Él sería rico. Meeks se pudriría en la fosa de cal viva de Ace Kwan.

En el Vince & Paul no había un alma. Estaban sentados cerca de la puerta. Un camarero les llevó café y se esfumó.

—He dado con un dato jugoso sobre Pierce Patchett. Me debes quinientos.

Dudley dejó cinco billetes en la mesa. Meeks los agarró.

—Diría que ronda los cuarenta. Es grande, de aspecto imponente, y añadiré, por si sirve de algo, que se le da bien el jiu-jitsu. Es «orientalista», lo que significa que le va la mierda procedente de ese rincón del mundo dejado de la mano de Dios. Es promotor inmobiliario, y se ha forrado con distintos negocios aquí y allá. Es químico por formación, una especie de fascista encubierto y un chulo con guante de seda en ciernes. Tiene cierto proyecto con cirugía plástica de por medio, cosa que para mí es de otra galaxia. Se propone operar a chicas para que se parezcan a estrellas de cine, lo cual a ti probablemente te hará mucha gracia, en vista del asunto en el que tú mismo andas metido en la vida real. El dato es que quiere montar una empresa de servicio telefónico, como la de nuestros amigos Brenda y Elmer.

Dudley cribó la información.

—Continúa, por favor.

Meeks tamborileó en la mesa.

—Con este fulano, y con una panda de conocidos suyos, se me hace que todo es un círculo pajillero y un polvo en grupo. He revisado los registros telefónicos de Patchett, los de su casa y los de la oficina. Constan muchas llamadas a nuestro viejo colega Preston Exley, tanto a casa como a la oficina, y llamadas a Ensenada, en concreto a tu colega Carlos Madrano, el frijolero. Patchett tiene el despacho en el mismo edificio que un tal Saul Lesnick, el médico que casualmente trata a Preston las migrañas. Más polvo en grupo: descubrí que Lesnick es informante de los federales, y que está infiltrado en una especie de célula roja. Más polvo: acudí al poli a quien siempre se acude para conocer los trapos sucios de algún quintacolumnista.

Dudley cribó la información.

—Continúa, por favor.

—Partí crismas bajo el mando de Carl Hull, así que enseguida le veo el plumero

—dijo Meeks—. En cuanto digo «Lesnick», empieza a bajarse los gayumbos. Sí, ya sé que tú le apretaste las tuercas. Sí, ya sé que Bill Parker ha introducido a la novia de Lee Blanchard en esa célula en la que está Lesnick. Ya sé que no le quitas ojo a Parker, y que dijiste a Hull que dejarías que el asunto de Parker con esa nena, la Lake, siguiera adelante. «Círculo pajillero», Dud. Esa gachí, la Lake, está tirándose a Scotty Bennett y podría estar tirándose a Hideo Ashida. «Polvo en grupo». Exley, Patchett y Madrano no andan metidos en esa operación antirrojos, pero están metidos en otra cosa más grande y mejor.

Dudley recibió la información.

—Continúa, por favor.

Meeks se encorvó. Observemos su reloj de oro. Mató a tres charoles en un tiroteo en Slauson esquina con Broadway. Le robó el reloj a un moreno muerto.

—El caso Watanabe me huele a dinero. Lo sé desde que pasé el dato de las compraventas de tierras y casas en la reunión informativa la semana pasada. *En fin*, tenemos a Exley, Patchett y Madrano. Tenemos a los policías estatales mexicanos en función de capataces de los espaldas mojadas en las tierras de los japos en el Valle. Tenemos a esos fulanos blancos presuntamente «desconocidos» que compran e intentan comprar las tierras y las casas de los japos. Tenemos ventas registradas en secreto y el plan de Exley para instalar centros de internamiento en fincas confiscadas a los japoneses, que aparece en todos los comunicados interdepartamentales que circulan por las distintas secciones de la policía y la alcaldía. Es un círculo pajillero y un polvo en grupo, y huele a dinero, y me juego algo a que no has contemplado todas las posibilidades, y que Ace Kwan está en esto contigo, y que estás esperando a que Shudo sea procesado y ya no te estorbe, y entonces te centrarás de pleno en tus proyectos, y no te importaría saber que a Whisky Bill no se le meterá entre ceja y ceja alguna idea antirrojos o anti-Dudley Smith que te complique la vida, ya de por sí complicada.

Dudley batió palmas. Meeks, con halitosis. Meeks, con su reloj de oro. Meeks mató a dos hispanos en un tiroteo en la esquina de Wabash con Soto. Meeks les robó Dios sabe qué.

—Es un resumen brillante, lúcidamente razonado y muy preciso, muchacho. La pregunta que se desprende es: «¿Cuánto quieres?».

Meeks quitó el envoltorio a un puro.

—El cinco por ciento de lo que sea que Ace y tú tengáis entre manos respecto a cualquier posible negocio inmobiliario en perspectiva, y a cualquier otra cosa que podáis tener en marcha en relación con el internamiento.

—Hecho —dijo Dudley.

—Debe de reventarte saber que no puedes matarme.

—Sí. Eso lo reconozco.

Meeks se puso en pie.

—Cuídate. Perdiste el oremus con el Lobo, y me consta que vas al límite de tu

aguante. Eres el caballo al que he apostado mi dinero, y te necesito en forma para la carrera.

11.36 horas

Meeks salió con su andar oscilante.

El acuerdo del cinco por ciento adelantaba su fecha de defunción. El mierda pasaría a mejor vida en 1942.

Dudley garabateó en unas servilletas de papel. Trituró una benzi y alegró el café.

La guerra lo alcanzó ayer. Hoy anunciaba una campaña nueva. Pensó en Bette. Ella, como hechicera suya, era el puente que se extendía sobre esos dos días.

La *evocó*. Ejerció esa forma de coraje enloquecido propia de los desposeídos irlandeses. La *emplazó*. Ella aún no lo sabía.

Las benzis le hicieron cosquillas en el cerebro. Recordatorio: llamar a Huey y prepararme para apretar las tuercas a Tojo Tom Chasco. Recordatorio: enviar una magnífica botella a Ellis Loew. Presentarle mis disculpas por sacudir el polvo al Lobo. Darle la bienvenida al caso Watanabe, aplaudido por la prensa de Hearst.

Dudley garabateó. Cribó la perorata de Meeks y la transcribió taquigráficamente. Círculo pajillero, polvo en grupo. Vínculos de connivencia salidos a la luz. Ninguna auténtica pista en cuanto a los asesinatos. Las compraventas de casas/tierras toman forma.

Taquigrafía. Signos de igual y partes de la oración suprimidas. Comillas, interrogantes, nombres propios resaltados. ¿Vemos cómo se repiten los nombres?

«El plan de internamiento/alojamiento de E.» «Casa W. a un paso de autovía Arroyo Seco». «Autovía const. por Construcciones E.» Saltemos a esta conjetura:

«Presumible expansión de Los Ángeles después de la guerra».

Servilletas de papel. Jeroglíficos detectivescos.

Meeks pone al descubierto los planes de Pierce Patchett. Este quiere montar un negocio con putas operadas. ¿Quién es el Rey de los Hombres Operados? Terence Lux, doctor en medicina.

Dudley dibujó caras de japos y caras de japos operados para que pareciesen chinos. No vio la diferencia eugenésica. Dibujó a Terry Lux con un bisturí. Dibujó a Claire De Haven. Dibujó a Claire De Haven desnuda en el baño de vapor de Terry.

Dibujó a Hideo Ashida. Hideo está observando a Terry mientras este opera al japo borrachín. Tiene sus dudas en cuanto al plan de las operaciones, pero la eugenesia le divierte.

El tejemaneje de Hideo con su chisme lo preocupaba. Le parecía de una inconsciencia temeraria. Su pretexto de la «corroboración de testigos» estaba muy traído por los pelos.

Dibujó interrogantes y un mapa. El mapa denotaba proximidad.

La autovía de Arroyo Seco. Desde el centro de Los Ángeles hasta Pasadena. Una contrata de Construcciones Exley. Desde Lincoln Heights hacia el este. Desde Highland Park hacia el oeste. South Pasadena en el límite norte.

Dibujó la sinuosa calzada. Marcó con equis los accesos de entrada y salida de la autovía. Deslizó el lápiz en abanico para indicar colinas y terrenos no urbanizados.

Aprovechó el impulso de una ola de benzi. Se levantó y salió del restaurante. Cogió su modelo K y se dirigió hacia la autovía.

Chavez Ravine señalaba el extremo sur. Lincoln Heights se hallaba justo al este. Lincoln Heights se componía exclusivamente de colinas cubiertas de matorrales e hileras de chabolas. Discurría por el norte un riachuelo de aguas residuales, paralelo a la autovía.

He ahí Highland Park, al oeste. Hay menos colinas y accesos de entrada y salida. Terrenos no urbanizados lindan por el lado oeste. No hay riachuelos molestos.

En el flanco oeste hay tierra yerma. Se intercalan molestas casas. Lindan con la alambrada de seguridad de la autovía.

Dudley salió por la avenida Sesenta y cuatro y enfiló hacia el sur. Se fijó en la topografía y contó los solares. Siguió hasta la avenida Cuarenta y cinco y La Casa.

Aparcó en Su Camino de Acceso. Fue tranquilamente hasta Su Jardín Trasero.

Daba a terrenos *no urbanizados*, que se extendían hasta la autovía. La distancia era de cuatrocientos metros.

Tierra y maleza. Unos pocos árboles y montículos. Esta franja *no urbanizada* se extendía hacia el norte y hacia el sur. A lo lejos la topografía se complicaba a uno y otro lado. *Esta Casa y Esta Parcela* proporcionaban un terreno perfecto para una salida de la autovía.

Dudley saltó la valla del jardín y siguió caminando. El suelo se componía exclusivamente de tierra irregular y ramas. Fue en línea recta hasta la alambrada de la autovía y retrocedió en línea recta.

Esa parcela podía ser propiedad de la ciudad y el condado. Podía ser propiedad de los Watanabe. Podía ser una propiedad adquirida en secreto por la coalición Exley-Patchett.

Cogió un puñado de tierra y lo olfateó. Percibió un vago aroma a gamba. Se dirigió rápidamente hacia la valla del jardín trasero y la saltó.

Se subió al coche y se encaminó hacia Figueroa. Adoptando la mentalidad de un magnate de la construcción, empezó a devanarse los sesos.

El pecado de la tierra no urbanizada. Ninguna zona comercial contigua a la autovía entre el centro y Pasadena. Un lugar perfecto, al oeste.

Highland Park contiguo a la autovía. Ningún molesto riachuelo de aguas residuales. Ninguna colina alta que obstaculice el tráfico rodado. Salida por la alambrada de seguridad y el jardín trasero de los Watanabe.

Se detuvo en una cabina y telefoneó a Nort Layman. Nort tenía ganas de charla. Residuos de gamba y mantillo. ¿Tiene alguna opinión al respecto?

Sí. Ha realizado estudios. Guarda relación con el caso Watanabe.

El aceite de gamba solidifica y contamina la tierra urbana, incapacitándola para el cultivo. El aceite de gamba podría utilizarse para impregnar el mantillo. Podría servir de base para verter cemento.

Dudley dio las gracias a Nort. Dudley colgó. Dudley proyectó mentalmente una viñeta en fotogramas.

Los protagonistas son los Watanabe. Están cinemáticamente vivos. Se untan los pies de aceite de gamba y se pasean por su jardín trasero. Recorren la distancia que los separa de la alambrada de la autovía. Alguien les ha pedido que lo hagan. *La tierra inservible para el cultivo facilita el vertido de cemento.*

Dudley fue hasta el edificio municipal. Se echó dos benzis al cuerpo. Proyectó visiones de Los Ángeles después de la guerra.

Había visto aquella película alemana, *Metrópolis*. Era distópicamente chirriante. Combinó esa visión con su propia visión.

Terrazas de restaurantes y tiendas con magníficas vistas de la autovía. Ni un solo tiznajo en las inmediaciones. Vehículos semejantes a naves espaciales circulando a toda velocidad hacia el norte y el sur.

Aparcó y subió a la Unidad Central. Mike Breuning le tendió el lazo.

—Aún no puedo creerlo. Acabó de hablar por teléfono con Bette Davis. Ha dicho que la llame.

Dudley lanzó un rugido. Dio unos pasos de claqué y, haciendo la rueda, se plantó en su escritorio. Vio un sobre encima del cartapacio.

Una carta de Tommy Gilfoyle. Esas mayúsculas irregulares. Tommy el Ciego no aprendió a escribir a máquina ni caligrafía.

Dudley abrió el sobre. Era una carta de dos páginas. Conocía la técnica de escritura de Tommy. Las palabras degeneraban en una sopa de letras.

«Sé que Beth le escribió sobre ese “algo espantoso” que ocurrió el año pasado, pero no le contó qué fue».

A Dudley se le erizó el cuero cabelludo. Las palabras de Tommy se quebraban. Fijémonos: tinta húmeda y lágrimas secas.

Beth fue violada, en Boston. Ocurrió en noviembre del 40. Dos matones la agredieron. El Departamento de Policía de Boston los identificó. Beth se vino abajo en la rueda de reconocimiento y echó a perder la identificación. Los hombres salieron en libertad.

Beth fue a un médico. Este la examinó y dijo que no estaba embarazada. Descubrió unos quistes benignos y le comunicó que era estéril. Nunca podría concebir.

Beth quedó desolada. Deseaba tener hijos con toda su alma. Tommy se mantuvo en contacto con el Departamento de Policía de Boston. Un poli le dijo que los violadores se habían alistado en la Infantería de Marina. Estaban destinados en Camp Pendleton, cerca de San Diego.

Cabo primera John Arcineaux, soldado raso Robert Ettig.

«Llegaremos a Los Ángeles el lunes, 22 de diciembre, y nos quedaremos todas las navidades. Quería que usted lo supiera antes de nuestra llegada, pero por favor no le diga a Beth que lo sabe. Creo que tiene momentos en que lo sobrelleva, y quiero que nuestras navidades con usted sean uno de ellos».

Las páginas se humedecieron. No supo por qué. Agarró una silla e hizo ademán de arrojarla. Sollozó y dejó la silla.

El sollozo lo ahogó. No podía respirar. Abrió la boca y emitió sonidos animales. *Hombre Lobo, Hombre Lobo*. Se mordió el brazo para apagar los sonidos. Se mordió hasta llegar a la piel.

13.19 horas

El Hombre Lobo Shudo era un fenómeno. Era un hombre lobo *japo*. La radio lo repetía una y otra vez.

Ashida puso las noticias. Trabajaba él solo en el laboratorio. La KFI ofreció un monográfico japonés.

Una escueta sinopsis del caso Watanabe. «¡Ninguna pista en el homicidio del japo en la cabina!» «¡Ninguna pista en el homicidio del japo en la playa!» «¡Suicidios de japos en la cárcel: todos quintacolumnistas!»

Había puesto la radio en busca de alguna noticia sobre la redada en el Comité Anti-Eje. Mariko telefoneó y describió lo que vio. Los federales se abatieron sobre el local. Prendieron a una chica blanca vestida de rojo.

Los federales se apoderarían de la película. Claire y los otros podían dar su nombre. Sus besos con Kay Lake serían examinados detenidamente por los federales.

Había ocurrido todo muy deprisa. Buscó una oportunidad para destruir la película. Pasó por la cárcel de Lincoln Heights con esa intención. Kay frustró su oportunidad. La película estaba en el camión. Kay estaba encerrada allí.

La radio anunció un dentífrico. De nuevo Fuji Shudo y alabanzas al gran Scotty Bennett. ¡El héroe del instituto Hollywood se carga a un matón tong la semana pasada! ¡Anoche irrumpe en la Guarida del Hombre Lobo!

—Se lo ve inquieto, muchacho. Dados los recientes sucesos, no lo culpo.

La puerta estaba abierta. No proyecta sombra. Él es el Verdadero Hombre Lobo.

Dudley echó el cerrojo y se acercó. Apagó la radio. Sacó un revólver y abrió el tambor.

Sostuvo el revólver en alto. Seis recámaras, una bala insertada.

Cerró el tambor y lo hizo girar. Acercó el cañón a la cabeza de Ashida y apretó el gatillo dos veces. El percutor golpeó recámaras vacías.

Ashida abrió los ojos. No era consciente de haberlos cerrado. No estaba muerto. Seguía sentado a su mesa.

Dudley se acomodó sobre la mesa. Dudley golpeteó un cuaderno.

—Va usted a hacer una declaración jurada en mi presencia. La dirigirá a William McPherson, fiscal del distrito; a C. B. Horrall, jefe de policía; a Eugene Biscailuz, *sheriff*, y a Richard Hood, agente especial del FBI al frente de la delegación de Los Ángeles. Admitirá haber retenido y eliminado pruebas relativas a los homicidios de la

familia Watanabe, perpetrados el 6 de diciembre de 1941, tanto usted solo como en connivencia con el capitán William H. Parker, y enumerará dichas pruebas. Mencionará todo conocimiento de las acciones encubiertas del capitán Parker dirigidas contra la señorita Claire De Haven. Firmará y pondrá la fecha al pie de la última página. La mujer de Dick Carlisle es notaria. Ella añadirá los sellos correspondientes.

Ashida colocó el cuaderno ante sí. Su pluma se desplazó por sí sola. Percibió un olor a yodo. Dudley se había curado una herida en el brazo.

Sábado, 6 de diciembre. La farmacia Whalen. Afana fragmentos de bala y fileteado de silenciador.

Domingo, 7 de diciembre. La casa de los Watanabe. Encuentra la radio de onda corta, la grabadora y el libro de registro. Los roba el miércoles, 10 de diciembre. Pone la radio y se entera de la incursión en Goleta. Dudley lo aborda delante de la casa. Él miente acerca de los panfletos que ha robado. Contienen una feroz diatriba contra el Departamento de Policía de Los Ángeles.

Dudley le toca el brazo. Con ese gesto recompensa su franqueza.

Lunes, 8 de diciembre. Visita granjas japonesas en el Valle. Ryoshi Watanabe vendió sus tierras, pero ¿a quién? Espaldas mojadas se ocupan de la recolección, en todo el Valle. Policías estatales mexicanos actúan de capataces. Ve detrás de eso la mano de Carlos Madrano.

Dudley sonrío. *Muchacho, ahí llegó usted antes.*

Lunes, 8 de diciembre. Lleva a cabo un 459 en la Deutsches Haus y roba el alijo de armas con silenciador. Realiza pruebas de disparo. La munición utilizada en la farmacia y en la casa procede de la remesa de la Deutsches Haus.

Dudley guiña un ojo. Él eso ya lo sabía, de algún modo.

Jueves, 11 de diciembre. Examina las pruebas de la incursión del submarino. Ve a un «colaboracionista» muerto. Su cuerpo presenta una herida radial de arma blanca. La forma se corresponde con la de una herida similar hallada en el cuerpo de Ryoshi Watanabe. Las plantas de los pies de otro cadáver apestan a aceite de gamba. Eso se corresponde con el aceite de gamba presente en los pies de los Watanabe. Ve latas de gambas troceadas entre los escombros recogidos.

Dudley se da una palmada en las rodillas. *Muchacho, es usted una delicia.*

Viernes, 12 de diciembre. Descubre unas marcas de neumático no identificadas en el camino de acceso de la casa de los Watanabe. El dibujo le resulta familiar. Encuentra una coincidencia en un parte de la Oficina del Sheriff, emitido el 7-12.

Atropello y fuga. Una víctima mortal. James Larkin / británico / sesenta y siete años. Vive en Santa Monica Canyon. Incluye una vaga descripción del autor del atropello y fuga. Es un hombre blanco con un jersey morado. Este se corresponde con el hombre blanco visto frente a la casa, 6-12-41.

Dudley lo mira boquiabierto. Resulta entrañable.

Viernes, 12 de diciembre. Notifica al capitán Bill Parker la pista referente a

Larkin. Entran en el *bungalow* de Larkin con fractura.

Encuentran un libro de registro en japonés. Encuentran diecisiete Lugers con símbolos nazis en relieve y una fortuna en divisas del Eje.

Traduce el libro de registro. Cree que contiene los detalles de las compraventas de casas y tierras. No es una prueba concluyente.

Llevan a cabo otro 459 en el *bungalow*. Advierten que Larkin no tenía teléfono. Recuerdan un parte de la Oficina del Sheriff. Menciona «tres fichas de teléfono público» en poder de Larkin. Roban las diecisiete Lugers. Él las espolvorea en busca de huellas aquí en el laboratorio. Obtiene una coincidencia con la huella desconocida de la casa.

Su amistad y connivencia con Bill Parker se viene abajo. La razón es la invectiva de Parker en la Pagoda de Kwan. Sabe muy poco sobre la incursión Kay Lake / Claire De Haven. Kay Lake lo *captó* para la causa. ¿El motivo de *Kay*? Engañoso e incomprensible.

Omitió El Cuchillo de Griffith Park. Bill Parker creía que Dudley y Ace Kwan mataron a aquellos tres hombres. Omitió el interrogatorio a Wallace Hodaka. No proporcionaba ninguna pista digna de seguirse.

Eso es todo. Firmémoslo: Dr. Hideo Ashida.

Dudley se llevó la mano al corazón.

—Usted me conmueve, Hideo, y conocerlo es para mí un honor. Ha sobrellevado con valor una probabilidad de muerte instantánea de una entre tres, y es usted el único inspector en esta magnífica viña del Señor que está a mi altura. Le prometo mi lealtad continuada mientras el malévolos destino siga acosando a su pueblo. Los próximos meses sin duda serán ingratos, pero haré cuanto esté en mis manos para proporcionarles a usted y los suyos auxilio y una diversión endiablada.

Ashida sintió un mareo. Fue como ruborizarse de la cabeza a los pies.

—Mi hermano irlandés.

—Mi hermano amarillo.

La lluvia tamborileaba en la ventana. Dudley sonrió y encendió un pitillo.

—¿Posee usted la habilidad necesaria para reproducir un documento preexistente, muchacho? Estoy pensando en una carta de Fuji Shudo a Ryoshi Watanabe, cosecha de 1933.

Ashida sonrió.

—Sí, puedo hacerlo. Doy por supuesto que la quiere usted en *kanji*.

—Así es, sí —dijo Dudley—. El texto debe reflejar claramente discrepancias por razones de geopolítica asiática, y debe anunciar el desmoronamiento psíquico final de Fuji Shudo. ¿Puede usted crear en el papel la debida impresión de envejecimiento y falsificar el matasellos?

—Sí, y la carta tiene que haber sido enviada de oficina de correos a oficina de correos. No podemos saber con certeza si los Watanabe tenían esa casa en el año 33. Siguen acumulándose retrasos en los trámites de los registros oficiales.

—Chico listo. Eso no lo había pensado —dijo Dudley.

—Haré una plantilla y escribiré en ella los caracteres. De esa manera imitaré la caligrafía de Fuji de la manera más aproximada posible.

Dudley sonrió.

—¿Y el matasellos?

—Tinte vegetal morado.

—¿El papel envejecido?

—Un espray de fosfato de cloro y luz ultravioleta.

Dudley expulsó anillos de humo.

—¿Tiene una perspectiva definitiva acerca del asunto Parker-Lake?

—Los dos están locos —dijo Ashida—. Están enamorados, pero su demencia es tal que ni siquiera lo saben.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / VIERNES, 19 DE DICIEMBRE DE 1941

16.02 horas

Volvía a estar en los calabozos de mujeres de la Comisaría Central. Mi primera visita fue hace once días. Había improvisado en el concierto de Paul Robeson, en mi esfuerzo para forzar un encuentro con Claire. Ahora ella estaba en la celda contigua, abandonando la adicción a los narcóticos a una velocidad vertiginosa. Nuestros camaradas varones se hallaban en los calabozos de hombres. Hideo Ashida probablemente estaba arriba en el laboratorio criminológico o en algún otro sitio corrompiendo la justicia al servicio de Dudley Smith.

Los calabozos de mujeres estaban atestados de japonesas. Permanecían sentadas en sus literas exactamente igual que sus camaradas once días atrás. Habían pasado doce días desde Pearl Harbor. ¿Existía el mundo antes de eso?

Observé agitarse a Claire. Llevábamos allí casi seis horas; nos habían tomado las huellas y nos habían obligado a ponernos batas carcelarias. Una celadora de la Oficina del Sheriff, una tal Dot Rothstein, nos miró mientras nos desvestíamos. En la vida había visto una marimacho así de grande; Andrea Lesnick me había hablado de ella. Vestía el uniforme verde de ayudante del *sheriff*, con porras achatadas en los bolsillos laterales del pantalón. Mascaba chicle Beemans con pepsina, vigorosamente.

Me habían confiscado el bolso. Dot Rothstein vio temblar a Claire y le arrebató el abrigo. Yo estaba al corriente de la inminente redada, y había dado por supuesto que los federales habían prevenido a Saul Lesnick. Quemé mi película y destruí ese rastro probatorio. Conservé dos trozos de cinta. Los escondí en un pequeño roto en el forro de mi bolso.

Claire se agitaba. Tendí el brazo a través de los barrotes y le acaricié el pelo. Nos habían fichado por imprudencia temeraria y nos habían puesto bajo custodia federal. Ed Satterlee se paseaba una y otra vez por la galería. Nos dijo que los verdaderos cargos los determinaría un jurado de acusación federal. «Os exponéis a una visita a la cámara de gas, así que os aconsejo que colaboréis».

Me sentí ingrávida. Fue como cuando tuve el sarampión y me fugué en medio de una ventisca. Tenía nueve años. Me subió la fiebre mientras jugaba en la nieve. Mi padre me encontró a unas manzanas de casa, en camisón. Yo no temblaba ni sudaba. A partir de entonces mi padre creyó que estaba poseída.

Claire se hundió en su almohada. Dos mujeres coinciden en la consulta de un médico nueve días atrás. Una mujer da fuego a una mujer, y ahora aquí estamos.

Claire se deslizó colchón abajo. Tenía la bata empapada, oscurecida por la humedad desde el dobladillo hasta el cuello. Me agarré al borde de la litera y me quedé allí sentada, de cara a las japonesas. Todas me dieron la espalda.

Se me adormecieron las manos en torno al borde; me aferraba a una afilada superficie metálica. Se desprendió un trozo en mis manos. Me solté y volví a colocar el fragmento en su sitio. Se me había clavado en los dedos, que casi me sangraban.

Me paseé por la celda. Conté cien recorridos desde los barrotes hasta la pared. Pensé en Bucky y Scotty.

Ed Satterlee se acercó.

—Hola otra vez, Katherine.

Me aproximé a los barrotes y me planté ante él.

—Llámame «camarada» —dije.

Satterlee se rio.

—Consíguele un médico a la señorita De Haven —dije.

—Cualquier médico que nosotros le traigamos la obligará a aguantarse. Esto no tiene por qué ser fácil. Pero si admite unos cuantos cargos federales, quizá le encuentre algo que le guste.

—El habeas corpus, gilipollas —dije—. Tenéis que establecer una fianza.

—No hasta pasadas sesenta y cinco horas y catorce minutos, «camarada». Tenemos aún todo ese tiempo para ponerte nerviosa. El domingo que viene a estas horas estarás delatando al tarado de tu abuelo allá en Sioux Falls.

—Tu problema, Ed, es que no se te empina. No has echado un polvo en la vida.

Satterlee sonrió, muerto de aburrimiento.

—Tengo una sobrina de tu edad, en Prairie du Chien, Wisconsin. Me recuerda a ti, sin las pretensiones. Prairie du Chien se le quedó pequeño. No sabía qué hacer, así que se fugó con un italiano y acabó preñada.

—Dame un cigarrillo. Si me lo das, estaré mejor dispuesta a hablar.

Satterlee negó con la cabeza.

—No estoy de humor para amabilidades. Creo que fuiste tú quien quemó la película en el camión. Normalmente sospecharía de los hombres, pero no con individuos como estos. Es entre las abejas donde las mujeres llevan la batuta, ¿no? Por eso sospecho de Claire y de ti, y ahora mismo ella no encaja con la imagen de pirómana.

—El habeas corpus, Ed —dije—. El lunes por la mañana a las diez.

Satterlee negó con la cabeza.

—De esta no escaparás a base de faroles. Ahora estás bajo custodia federal, y no puedes enseñar una placa de juguete y decir que eres novia de un poli.

Le enseñé el dedo corazón de la mano derecha. Satterlee fingió tomárselo a risa y se marchó. Me tendí en la litera y me tapé los ojos con un brazo. Las luces del techo

generaban una bruma roja.

Me sentí como si estuviera de nuevo en esa ventisca. La bruma roja era igual que Sioux Falls en medio de la nieve. Oí el sonido de una llave en la cerradura y el de una reja metálica corrediza al deslizarse. Abrí los ojos y vi a Dot Rothstein sentada en el borde de la litera.

—¿Has soñado con los angelitos, ricura? —preguntó.

—Llámame «camarada» —dije.

—Ese es un nombre para una chica dura. Tú no eres una chica dura. Eres un primor.

Apoyó una mano en el colchón. Llevaba anillos con sello en tres dedos. Su rodilla rozó la barandilla de la cama. Llevaba una porra en el bolsillo de esa pernera. El mango le quedaba a ras de la pantorrilla.

Me llegó un olor a brillantina y chicle Beemans con pepsina. Observé sus ojos, observé su mano.

—Eres una chica tierna.

Apoyó la mano en mi rodilla. La deslizó lentamente por mi muslo. Se inclinó y abrió la boca para besarme. Yo abrí la boca y deslicé una mano por su pierna, hacia la porra. Ella cambió de posición a la vez que se dejaba caer sobre mí. Desplacé la mano hacia el borde de la litera y desprendí el trozo de metal suelto.

Ella tenía la boca muy abierta. El chicle se le había pegado a los dientes. Nuestros labios estaban muy cerca. Agarré el pseudopincho y alcé el brazo.

Se lo clavé en el brazo. Se lo clavé en el costado. Se lo clavé en la espalda. Me aferré al pincho mientras ella chillaba y golpeaba con los puños. Me partió la nariz: rojo, negro, rojo. La sangre me entró en los ojos.

Rodé hacia un lado y abandoné la litera. Le clavé el pincho en la pierna al mismo tiempo que mi espalda alcanzaba el suelo. Ella chillaba con un falsete masculino. Su sangre impregnaba el pincho. Lo agarré aún con más fuerza. La pseudohoja me cortó la mano.

Rodó hacia un lado y abandonó la litera. Cayó sobre mí y me inmovilizó en el suelo con las rodillas. Armó el puño derecho y me lanzó un golpe directo.

Lo esquivé. Su puño fue a dar contra el suelo. Era un golpe impulsado por todo el peso de su cuerpo.

Se rompieron huesos. Lo oí.

Chilló. Le clavé el pincho en el hombro, se lo clavé en la espalda. Siguió aplastándome. Sentí que se me partía una costilla. Es otro beso, está bajando la cabeza, abre la boca.

Ella abrió la boca.

Yo abrí la boca.

Levanté la cabeza y le enseñé la lengua.

Ella cerró los ojos para el beso.

Le arranqué la nariz de un mordisco y se la escupí a la cara.

Chilló y se apartó de mí. Se limpió la sangre de los ojos y *chilló*. Me levanté y le asesté un puntapié allí donde antes tenía la nariz. Le clavé el pincho en la espalda, los brazos, las piernas. *Chilló* e intentó meterse debajo de la litera. Saqué la porra de su pernera y le aplasté las manos contra el borde de la litera. Dejó escapar un sollozo, diciendo algo así como «Ruthie».

Me quité la sangre de los ojos con un parpadeo. Unos hombres emitieron ruidos masculinos y se acercaron corriendo por la galería. Dot llamaba a Ruthie entre sollozos y se alejaba de mí a rastras.

20.22 horas

Él tocaba sus cosas.

Ella estaba encerrada a una manzana de allí. Aparcó en la esquina de la calle Uno con Hill, para estar cerca. No podía ir a casa. ¿De quién es ese bolso? *Helen Parker, te presento a Kay Lake.*

Había birlado el bolso en el depósito de efectos personales. Entró y salió, sin que nadie lo viera. Los esclavos de Claire De Haven se dedicaban a la instigación. La Reina parecía sedada. La señorita Lake cruzaba comentarios jocosos con el carcelero. El hombre la consideraba la monda.

Tenía la foto de Joan Conville colocada en el salpicadero. *Señorita Conville, le presento a la señorita Lake.*

Parker registró el bolso. Era de piel granulada. La señorita Lake poseía un encendedor barato. Era un recuerdo adquirido en una velada pugilística. Bleichert contra Saldivar, 12-4-39.

Pañuelos de papel manchados de carmín. Una bufanda de turquesas. El resguardo de una entrada para el cine Carthay Circle. Había asistido al estreno en Los Ángeles de *Lo que el viento se llevó*.

Esto no debería haber acabado así. Los dos deberían haber trabajado en colaboración hasta el final de la guerra. Ella debería haberse granjeado la confianza de Claire De Haven y haber llegado a conocer lentamente su perfidia. Los dos deberían haber trabajado en colaboración mientras los Aliados ganaban la guerra y la Reina se afanaba en promover los planes del Kremlin. Deberían haber reunido pruebas y bebido vodka ruso para brindar por el jurado de acusación constituido.

Una cruz colgada de una cadena. Todo demasiado protestante. Una peineta y un pasador de carey.

Esto no debería haber acabado así. Ella debería haber tomado fotografías en más de veinte lugares. Los dos deberían haber examinado la mentalidad subversiva en un millar de conversaciones a altas horas de la noche.

La cruz estaba desportillada en los cuatro extremos. Ella debía de haberla apretado entre sus manos en sus plegarias infantiles o en arrebatos de frustración escéptica. El cepillo hacía juego con la peineta y el pasador. Llevaba entrelazados pelos de color caoba.

Una barra de labios, una polvera, un pañuelo azul.

Se llevó la tela a la mejilla. Recordó su aroma aquel primer lunes bajo la lluvia.

Esto no debería haber acabado así. Los dos tendrían que haber creado un documento decoroso para el juzgado. Los dos tendrían que haber aniquilado una ideología bárbarica. Los dos deberían haber cruzado correspondencia y haberse tuteado a su debido tiempo.

Parker vació el bolso y volvió a guardarlo todo en perfecto orden. Vio una raja en el forro. Palpó algo en el interior.

Introdujo los dedos. Tocó una superficie resbaladiza. Sacó dos trozos de película.

Medían medio metro cada uno. Uno estaba totalmente revelado. Uno era un negativo blanco sobre negro.

Encendió la luz de cortesía. Sostuvo en alto los trozos de película, uno junto al otro. La cinta revelada mostraba imágenes de dos hombres en plena conversación. La cinta en negativo mostraba una silueta inmóvil.

Parker examinó los fotogramas en blanco sobre negro con los ojos entornados. Reconoció el corte del vestido. Era su alocución del día anterior.

Libelo de sangre.

«Se nos encomienda así la tarea casi imposible de llevar a efecto el amor de una manera mucho más despiadada, y con un sacrificio que no habríamos conocido si la Historia no nos hubiera emplazado. En este momento nuestras opciones se reducen a hacerlo todo o no hacer nada».

Katherine, la valiente y la necia.

Recorrió la cinta con la mirada. Ella apenas se movía.

La secuencia abarcaba solo unos segundos. La vio en un blanco sobre negro mudo. Oyó cada una de sus palabras.

Libelo de sangre. Obligación moral y miedos mezquinos. Sioux Falls y Deadwood. Indios borrachos y degenerados nativistas.

Examinó la cinta revelada. Reconoció los detalles y los siguió, fotograma a fotograma.

La esquina de la calle Uno con San Pedro. Conocía ese edificio, conocía a ese hombre alto, con ese sombrero. Es Ed Satterlee. Hay un chino menudo. Es Quon Chin, el lacayo de Ace Kwan.

Quon recaudaba al servicio de Llámame Jack. Quon chuleaba a chicas chinas al servicio de Brenda Allen. Quon sobornaba al Consejo Regulador de Calificación de Terrenos del condado.

Quon mató a dieciséis hombres del tong rival. Quon decapitó supuestamente a cuatrocientos soldados japoneses después de la Masacre de Nankín.

Parker examinó la cinta. Un bravo por Kay Lake. Ella sabía lo que veía.

Un recaudador, un federal corrupto, un pago. Un as en la manga utilizable como prueba: plasmado en celuloide.

Ahuyentó La Sed con una plegaria. En la misa del domingo llevaría cinco días en

estado de sobriedad. Oyó sirenas dirigirse en sentido este por la calle Uno. Era el tono de una ambulancia.

Vio girar luces de emergencia frente a la comisaría. Algo dentro de él dijo: «NO...».

Hill Street era un hervidero de gente en plenas compras navideñas. Los autobuses obstruían los carriles norte-sur. En un sistema de megafonía sonaba a todo volumen «Jingle Bells».

Echó a correr. No cerró el coche patrulla. Echó a correr y le faltó el aliento a los dos segundos. La pistolera se le agitaba y casi salió volando. Cruzó corriendo Hill Street. Esquivó a un Papá Noel delgado.

Había una ambulancia estacionada frente a la comisaría. Dos hombres metían una camilla. Sujeta a ella iba una mujer corpulenta. Vestía el uniforme verde de ayudante del *sheriff*. Era un cúmulo de cortes y sangre.

Chillaba. A *chillidos* llamaba a Ruthie y Huey. Parker esquivó la camilla y subió corriendo por la escalinata.

Cruzó la puerta. El sargento de guardia lo vio. *Joder, Whisky Bill, ¿qué tiene esto que...?*

Parker se abalanzó sobre el mostrador. Pronunció «Katherine Lake» en un solo aliento. El sargento de guardia tembló como un flan. Reaccionó en el acto y deslizó una llave por encima del mostrador.

—El loquero —dijo.

Parker agarró la llave. Giró sobre los talones y vio a una docena de policías de paisano, todos en un corrillo. Acordonaron el pasillo y lo miraron a la cara. Él les devolvió la mirada.

Esas miradas hacían mella. Esas miradas hablaban. Parker contuvo la respiración y se encaminó hacia ellos. Ellos se miraron y se transmitieron señales. Se apartaron y le franquearon el paso.

Él pasó. Llegó a una bifurcación en el pasillo y dobló a la derecha. La celda acolchada: es aquella puerta blanca.

Introdujo la llave y la hizo girar. La puerta pesaba como un muerto. La empujó con el hombro.

Ella llevaba una camisa de fuerza. Tenía los brazos firmemente inmovilizados, la cara hinchada y cubierta de sangre seca, el cabello apelmazado y manchado de negro y rojo.

Parker se acercó a ella.

Sus ojos le dijeron que la desatara.

Sus ojos le dijeron que le retirara esa costra de sangre seca de la mejilla.

Sus ojos le dijeron «Cójame en brazos. Usted puede. Para usted seré ligera».

Él hizo todo eso.

Sus ojos dijeron «Ahora lléveme».

20.47 horas

Apropiación de tierras. Fiebre bélica y planes para hacer dinero rápido. Putas operadas para parecerse a estrellas de cine.

Dudley componía un diagrama en la pared. Scotty Bennett y Dick Carlisle lo observaban. El diagrama era un paliativo. Subsumía el «algo espantoso» de Beth.

Había empapelado las paredes de su cubículo. El diagrama se extendía desde el suelo hasta lo alto de los tabiques. Estaba escrito en taquigrafía.

Presentaba con todo detalle El Caso y los casos conexos. Presentaba con todo detalle las conspiraciones financieras y sus proyectos con Ace Kwan. Para los fisgones, sería pura jerigonza.

Las iniciales representaban sustantivos. Los nombres propios aparecían designados con iniciales. Círculos y rectángulos enmarcaban negocios. Trabajaba de memoria y basándose en la confesión de Hideo Ashida. Estaba incluida la perorata de Buzz Meeks.

El diagrama era un gráfico clínico. Contrajo el caso Watanabe y le subió la fiebre bélica. El diagrama era un talonario de recetas. Se recetó benzedrina para mantenerse en marcha. Se recetó el diagrama para recordarlo todo.

Dudley componía el diagrama. Las benzis le avivaban la memoria. El fiasco Parker-Lake había pasado a la historia. El caso Shudo era noticia de primera plana. El diagrama era su chuleta. El diagrama aceleraría el viaje del Hombre Lobo a la sala verde.

Nombres, fechas, pistas. Oportunidades remarcadas. Rastros de dinero percibidos y seguidos. Fiebre bélica. Su ritmo enfebrecido desde hacía doce días.

Sonó el teléfono. Carlisle atendió la llamada. Dudley trabajaba. Scotty lo observaba trabajar. El muchacho era de una sagacidad y una retentiva endiabladas.

Dudley trabajaba. El cerebro le zumbaba. Las distracciones iban y venían.

Ruth Mildred telefoneó y dio el parte. Tojo Tom Chasco seguía bajo vigilancia. Una loca había herido a Dot con un pincho. Su cielito estaba ahora instalada en el Queen of Angels. Parker se abstuvo de sermonearla. Dot se lo había ganado a pulso. Llevaba años acariciando chochos en la cárcel. Ruthie se preguntaba si Terry Lux le arreglaría la jeta a Dot con cirugía plástica. Él dijo que precisamente en ese momento tenía una llamada de Terry. Seguro que Terry le cosería la napia.

Círculos de connivencia. Pierce Patchett se proponía chulear a putas operadas.

Por fuerza tenía que conocer a Terry Lux. Terry era el cirujano de Los Ángeles por antonomasia.

—Creo que lo entiendo —dijo Scotty—. «H. B. J. M.» significa «hombre blanco del jersey morado», ¿no? Ese es el auténtico sospechoso de los crímenes.

—Calla, lumbrera —dijo Dudley—. Tenemos a un Hombre Lobo cogido por el rabo.

Carlisle colgó el auricular.

—El doctor está en el Les Frères Taix. Lo espera allí dentro de media hora.

Dudley dejó la pluma y cogió la chaqueta. Bette danzaba en su cabeza. Era toda vapores. Él le había dejado tres mensajes. Le salieron con el consabido «La señorita Davis no está en casa».

Se puso en marcha tranquilamente. Les Frères Taix era un restaurante franchute, en Echo Park. Se echó al cuerpo dos benzis y se fue en coche hasta allí. Terry era un *gourmet*. Tenía un reservado permanente allí.

Dudley se reunió con él. Terry estaba inmerso en unos riñones trufados. Tenía encima de la mesa el maletín negro. Jalaba y echaba un vistazo a un historial médico.

La primera página llevaba prendida una foto con un clip. Claire De Haven aparecía pálida. Con ese peinado recordaba a Juana de Arco.

—Me aventuraré a adivinarlo, Terry. Los federales han permitido a la señorita De Haven una llamada telefónica, lo que significa una visita domiciliaria para usted.

Terry blandió el tenedor.

—Una visita carcelaria. Los federales creen que puedo relajar a Claire lo justo para que esté dispuesta a hablar.

Pasó un camarero rápidamente. Dudley pidió un *whisky* doble.

—Siento que se alinean las constelaciones, Terry. Diría que un tal Pierce Patchett se ha puesto en contacto con usted, y que el asunto guarda relación con jóvenes operadas para parecerse a estrellas de cine.

El camarero sirvió su copa a Dudley. Terry el esteta olisqueó su burdeos.

—Ese hombre me *encomendó* la tarea, Dud. Y puedo operar a sus chicas, porque representa un pequeño volumen de trabajo, a diferencia de ese juego de convertir a japos en chinos que se traen entre manos usted y Ace. Seguro que me endosarán más pacientes de la cuenta y con poco tiempo de recuperación, y a muchos de los japos de altos vuelos les han confiscado los bienes, así que dudo mucho que tengan la pasta necesaria para pagarnos a usted, a Ace y a mí. Por un lado está eso, y por otro el hecho de que ese asunto suyo me huele a delirio, al margen del aspecto eugenésico, que, lo admito, es seductor.

Dudley tomó un sorbo de *whisky*.

—Hábleme de Patchett, Terry. Según he oído, es un personaje de lo más ecléctico.

—Y que lo diga, irlandés. Usted ya me conoce, y sabe que soy de los que se informan, así que someto a mis posibles colaboracionistas a las severas investigaciones de solvencia de Dun & Bradstreet. Patchett acude a mí, y lo primero

que hago es establecer si el proyecto que plantea es viable, o si él tiene la plata para pagarme.

—Continúe, por favor —dijo Dudley.

Terry agitó la copa de vino.

—A Patchett le interesan las razas, a mí me interesan las razas. En ese sentido coincidimos, y eso nos facilita la conversación. Además Patchett, muy propenso a darse bombo, siempre está mencionando a personalidades conocidas suyas, y me cuenta que se ha asociado con Preston Exley para cierto negocio furtivo que consiste en apropiarse de tierras de japos en el Valle por calderilla, pero ahora mismo andan escasos de liquidez, y Exley, como expoli que es, jamás toleraría que Patchett se dedicara al negocio de la prostitución. Tomo todo esto en consideración y le digo a Patchett que quiero un porcentaje de sus ganancias totales a cambio de mis servicios médicos, y Patchett accede.

—Continúe, por favor —dijo Dudley.

—Y entonces pienso en mis amigos Ace y Dud —dijo Terry—. Les ronda esa idea de las pelis porno de la que yo estoy enterado. Ace tiene sus túneles. De prostis estrellas de cine a películas porno no hay más que un paso, y quizá exista una manera de combinar las dos cosas. Empecé a pensar: Si Dud encuentra un cauce para distribuir las películas, o contactos con posibles clientes, este negocio podría prosperar, porque ahora estamos en guerra, y los blancos encuentran cierto morbo en los japos, y verlos follar y ser humillados podría atraer a la clase adecuada de cretinos.

Dudley sonrió.

—Continúe, por favor.

—Ya ve por dónde voy, irlandés. Necesitamos contactos comerciales, equipo de rodaje y blancas con talento ante la cámara para compensar nuestra puta cuadra de actores, compuesta íntegramente por japos, hasta que yo opere a esas chicas y se parezcan a Myrna Loy, Joan Crawford y Bette Davis, etcétera.

—Tengo listas de direcciones y canal de distribución, por medio de un destacado comerciante de la incitación al odio. Tengo contactos para conseguir equipo de rodaje, y ahora mismo estoy recaudando dinero.

—Recaude *más* dinero —dijo Terry—. Eso mismo le he dicho a Ace, hace unas horas. Me ha anunciado que va a organizar otra partida de dominó en su local mañana por la noche, para aumentar sus ingresos. Le he dicho a él lo mismo que le digo a usted, Dud. Si creamos una entrada de dinero lucrativa ahora, podremos financiar nuestros negocios con japos y de paso embolsarnos una parte del negocio con japos de Patchett y Exley, aprovechando que andan escasos de capital.

El restaurante destellaba. Los asientos rojos *relucían*.

—Me viene a la cabeza la palabra «convergencia», Terry. La señorita De Haven tiene dinero y acceso a equipo cinematográfico, y ella requiere ahora sus servicios. Doy por supuesto que no tardará en salir bajo fianza, tiene facilidad para la

interpretación, y además es bastante atractiva. Sus *bons frères* Loftis y Minear comparten con ella la facilidad para actuar, y son hombres apuestos, aunque afeminados. ¿Necesita una sinopsis más explícita?

Terry negó con la cabeza. Terry lo captó *très rapide*.

Très rapide: engulló las últimas trufas. *Très rapide*: se dirigieron a sus coches. *Très rapide*: Dudley encabezó la marcha. *Très rapide*: viajaron en convoy hacia el centro.

Amenazaba lluvia. Brillaba una luna de hombre lobo.

Dudley aulló. La luna le trajo a la memoria Belfast, 1921. Voló un vagón de ferrocarril y mató a catorce miembros del Negro y Caqui. Regresó a Dublín por rutas de camioneros y paró a mear en los brezales. Un lobo se acercó a él. Se contaron sus respectivas vidas a gruñidos. Rezaba por el lobo todas las noches. Anhelaba el reencuentro de ambos en el reino de los cielos.

Amenazaba lluvia. Dudley aulló e instó a las nubes a descargar. Terry lo adelantó. Llegaron a la Comisaría Central, *très rapide*.

Terry llegó antes que él. Dudley aparcó en la zona reservada a la Unidad Central de Investigación y entró por la puerta de los calabozos. Era tarde. La comisaría estaba tranquila. Oyó sollozos de mujer y susurros de hombre.

Sigámoslos. Pasillo abajo, a la izquierda. La puerta blanca está abierta. Las paredes acolchadas están manchadas de sangre reluciente.

Claire De Haven llevaba una bata carcelaria. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. Se aplicó un torniquete con su propia mano y observó a Terry mientras le suministraba alimento por el brazo.

La aguja penetró. El émbolo bajó. La aguja salió. Dudley se quedó de pie en el umbral de la puerta. Vio levitar a Claire.

Ella arqueó la espalda. Descruzó las piernas y se desperezó. Levantó los brazos por encima de la cabeza y flotó.

Levitó. Aquello era real o no lo era. Dudley no lo sabía ni le importaba. Él volvía a estar en los brezales con su lobo.

Ella no les prestaba atención. Estaba en otra parte. Él la examinó. Era Juana de Arco.

Terry acometió su perorata. *Es usted una mujer encantadora, metida en un buen lío. Su cooperación garantizará su seguridad y la seguridad de sus camaradas. Dispone de cierto equipo que necesitamos. Yo seguiré atendiendo sus necesidades médicas. Es usted una intérprete nata y una libertina. Quizá encuentre interesante esta experiencia.*

Ella se desperezó. *Ella levitó*. Ella abarcó toda la celda.

—A usted le encantan las películas obscenas, Claire —dijo Terry—. He estado en alguna proyección en su casa. ¿Se acuerda de aquella película peruana al estilo Cocteau? Usted podría recrear la secuencia de la noche de bodas. Ya me la imagino en camisón.

Tronó. El lobo les trajo la lluvia.

Terry prosiguió con su perorata. Aquello era una necedad. Predicaba a una loba. *Las películas se distribuirán clandestinamente. Usted dará forma a su contenido radical. La sumisión es seducción activa. Se lo he oído decir a usted. Hay emoción en verse coaccionado.*

Dudley permaneció en el umbral de la puerta. Claire se volvió de cara a él. Menuda metamorfosis. Reina Roja, Loba, Juana de Arco.

—Yo a usted lo he visto en la iglesia. Es amigo de Su Eminencia. Monseñor Hayes me contó que ha matado a soldados ingleses. La fe da forma a este momento. Se impone a la codicia y la degeneración. ¿Es capaz de comprender eso?

22.53 horas

Ella echó la carta más alta. Él se marchó, sin replicar. Ella sabía quién era él. Ella actuó para él. Ella anuló su misión coactiva.

Ella *levitó*. Una estancia en la cárcel y una buena dosis de morfa la sumieron en la indiferencia. No se dejaría someter al asunto del porno. ¿Una chica creyente y buena amiga de monseñor Joe Hayes? Prueba de que el lobo andaba suelto.

Dudley se paseó por la comisaría. Recordatorio: mandar flores a Dot Rothstein. Recordatorio: ultimar la confesión formal de Fuji Shudo y apretar las tuercas a Tojo Tom.

El mostrador bullía de actividad. Cuatro japos se habían escapado de Terminal Island. Echaron abajo una alambrada y corrieron hasta un coche que los esperaba. La fuga se produjo a las 19.00 horas. Los japos se habían ido hacia *muuuuuucho* tiempo. Eran todos de tendencias *muuuuuuy* fascistas.

Los polis desbordaban el mostrador. El sargento del turno de noche a gritos por la radio.

¡Batida a gran escala en San Pedro! ¡Operativo de la Oficina del Sheriff! ¡Comunicados a todas las unidades! ¡Interrogatorios puerta por puerta! ¡Controles de carretera, tráfico cortado!

El *sheriff* Gene salió al aire. A juzgar por la voz, acababa de pillar la cogorza de los viernes por la noche. Anunció una partida de búsqueda a gran escala.

¡Llamando a todos los agentes! ¡Se ofrece exención de guardias! ¡Suplemento de doce dólares diarios en concepto de retribución antidisturbios!

Los polis se pusieron manos a la obra sin pérdida de tiempo. Subieron al piso de arriba y asaltaron los teléfonos de la sala de revista. El sargento de guardia agarró su teléfono. *¡Atrapen a los japos! ¡Atrapen a los japos! ¡A la mierda las llamadas entrantes y cualquier otro asunto de la policía de Los Ángeles! ¡Diversión antidisturbios y doce pavos al día!*

Dudley salió a la calle. La lluvia se le antojó placentera. Encendió un pitillo. Oyó

los avisos por radio y el parloteo telefónico procedente de la sala de revista. Alzó la mirada en dirección a las ventanas del segundo piso.

Estaban abiertas. Oyó más avisos. Vio a Hideo Ashida.

El muchacho trabajaba hasta muy tarde. *Llamando a todos los polis. Operativo. Controles de carretera.* Hideo sonreía en medio de los avisos.

Atención. El lobo irlandés levanta una oreja. El lobo irlandés capta un rastro.

Hideo vivía en Beverly, esquina con Loma. Dudley conocía el edificio. Estaba a tres minutos de allí.

Dudley cogió el coche y se acercó. El instituto Belmont se hallaba a un paso. Se alzaba frente a un edificio sin ascensor. Observemos las excelentes vistas de los campos de deporte.

Dudley aparcó y entró en el vestíbulo. Echó un vistazo a los buzones. H. Ashida, n.º 219.

Subió. El ¡JAPO! pintado en la puerta indicaba odio. *El lobo levanta una oreja. ¿Por qué Hideo no borra semejante blasfemia?*

Forzó la cerradura con su navaja. Penetró en el apartamento. Encendió las luces del salón.

Estaba impecable. Eso él ya lo suponía. ¿Un mechero de Bunsen en un pedestal? Un detalle muy propio de Hideo.

Dos chismes en una mesa auxiliar. Uno parece viejo, uno parece nuevo. Observemos los rebordes en el nuevo. Hideo perfeccionó su propio prototipo.

El dispositivo de activación por tensión. Hideo exonera a Fuji Shudo. Utiliza medios mecánicos, concebidos por él mismo.

Dudley acercó una silla. Dudley examinó el dispositivo nuevo. Palancas, obturadores, cables de activación. Carretes de película ocultos. Los neumáticos de los coches activan el objetivo y la cámara toma fotos. Las imágenes aparecen bajo una lente de aumento.

Accionó una palanca. Vio la matrícula trasera de un coche. En la foto constaba la fecha.

Instantánea: 9.18 horas, 6-12-41.

Dudley pasó las fotos. Pulsó palancas. Vio imágenes con sus correspondientes horas. Apareció Huey Cressmeyer. El muy estúpido: vaya una chapuza de atraco.

Dudley recorrió el día foto a foto. Coches, coches, coches. Tomas ladeadas de la acera. Clic / apertura / clic. 14.04, 14.17, 14.36 horas. *Un muchacho brillante: qué has creado.*

15.08 horas, 15.18 horas, 15.19 horas. El Hombre Lobo avanza por Spring Street.

Y se lo ve desaseado. Y podría estar tambaleándose. Y los blancos decentes en efecto parecen alterados.

Pero:

Los blancos decentes mantienen las *distancias*. Fuji Shudo ofrece un aspecto desconcertante. *No* ofrece un aspecto terrorífico. *¿Por qué los blancos decentes*

parecen alterados todos por igual?

Atención: el lobo levanta una oreja. Atención: aquí algo no cuadra.

Dudley examinó la imagen. Dudley miró la imagen con los ojos entrecerrados. Dudley recorrió la imagen con la mirada.

Ahí: ángulo inferior izquierdo. Un objeto cuadrado. Un recuadro blanco, que sobresale.

Dudley entornó los ojos. *Creyó verlo, casi lo vio, lo vio.*

Un expositor de prensa en la acera. Situado de cara a la calle. He ahí el titular: ¡ATAQUE JAPONÉS CONTRA LA FLOTA DEL PACÍFICO!

Esto, pues.

El dispositivo falló. No es sábado, 6 de diciembre. Es domingo, 7 de diciembre.

Los Watanabe llevan muertos un día. La noticia de Pearl Harbor llega a Los Ángeles a las 11.30 horas. Es la edición especial del *Herald*. Los blancos decentes están alterados porque hemos entrado en guerra. ¿Y el estafalario Shudo? Un bip de radar en la Historia.

Hideo Ashida la cagó. Hideo Ashida actuó con una precipitación autodestructiva. Hideo Ashida intentó librar de las sospechas a un compatriota japo y puso así de manifiesto su identidad eugenésica.

Dudley aulló. Dudley dejó vagar el pensamiento. Dudley jugueteó con el dispositivo viejo.

Le cogió el tranquilo. Accionó palancas y vio imágenes bajo la lente de aumento.

Superficies alicatadas. Un cubículo de ducha. Un joven desgarbado, desnudo. Tiene el pelo oscuro, es musculoso, le sobresalen los dientes. Un muchacho que le suena de algo. Un fenómeno en la ciudad. Dwight Bleichert, alias «Bucky».

Todo un peso semipesado. Incorporación inminente al Departamento de Policía. Delató a unos cuantos japos quintacolumnistas para acceder.

He ahí a Bucky, desnudo. He ahí el sórdido juguete de Hideo, oculto.

La lluvia tamborileaba en las ventanas.

Dudley aulló.

Dudley pensó: *Es esto, pues.*

23.52 horas

良治、貴殿はアメリカのファシズムの黄色い走狗だ。我ら一族は我らが母国、大日本帝国の影たる地にて何世紀も戦ってきたのである。いま我は、ここロサンゼルスにて、貴殿に宣戦を布告する。白人の抑圧者どもが我ら日本人のすべてを黄色い奴隷にせんとするこの土地で。

Ashida escribía en plantillas precortadas. Las cortó él mismo. Escribía con una pluma estilográfica y tinta roja. El color simbolizaba la psicosis de Fuji Shudo. El Hombre Lobo escribe con sangre simulada.

«Ryoshi, eres el perro amarillo y cobarde del fascismo americano. Nuestras familias han combatido durante siglos en la umbría tierra de nuestra verdadera nación: el Japón imperial. Ahora te arrojo el guante aquí en Los Ángeles, donde el opresor blanco pretende convertir a todos los japoneses en sus esclavos amarillos».

Envejeció el papel y el sobre. Usó un sello de 1933. Dibujó perfectamente el matasellos. Basó el texto en el interrogatorio de Dudley a Shudo.

Shudo tenía la intención de follarse a Nancy y matar a Ryoshi. Una discusión en los baños de Shotokan se descontroló. Shudo ya deliraba en 1933. Por entonces las hermandades tenían mucho peso. Su clan y el clan de Watanabe habían estado en guerra durante siglos. Shudo quería dejar embarazada a Nancy para que diera a luz a sus lobeznos. Él estaba en íntima comunión con animales parlantes. Esta carta era su primera declaración de intenciones formal.

Dejó embarazada a Nancy durante el permiso de salida concedido por el manicomio. Su demencia fue a más durante los años que pasó en el loquero. Nancy abortó y destruyó su camada de lobeznos. Él salió de Atascadero y se entregó a una bacanal de terpina. Su locura estalló el 6 de diciembre.

Ashida trabajaba en el laboratorio. La comisaría era un manicomio. Los federales ficharon a Claire y los otros participantes en su aquejarre. Cuatro hombres se fugaron de Terminal Island. Eso puso al Departamento de Policía en estado de sitio.

El zumbido telefónico era incesante. *Llamando a todos los polis. Partida de búsqueda del sheriff. Exención de guardias y doce pavos al día.*

De pronto se difundió este rumor. Se difundió por los tubos de la calefacción. Lo oyó en medio del fragor generado por la urgencia de atrapar a los japos. La novia de Lee Blanchard había cosido a puñaladas a Dot Rothstein.

Sí, esa nena, la Lake. Sí, esa lesbi enorme. ¿Cuánto pesa la Dot? ¿Ciento diez?

He oído que esa nena, la Lake, le arrancó la nariz de un mordisco. Ahora la Dot está en el Queen of Angels, recibiendo transfusiones de sangre.

Ashida se lo creyó. Ashida no se lo creyó. Era tarde. Estaba cansado. Tenía una sobredosis de *japos*.

Japos muertos en Highland Park. Shudo, el *japo* hombre lobo. Suicidios de *japos* en la cárcel. El *japo* muerto en la cabina telefónica. El *japo* muerto en la playa. Polis en busca de unos *japos* fugados.

Estaba cansado. Guardó su equipo de falsificación en el maletín y lo cerró con llave. Bajó por la escalera de atrás y, con la cabeza gacha, caminó bajo la lluvia hasta su coche.

Fue a casa por la calle Uno. Dejó el coche y subió por la escalera. Había un sobre pegado a su puerta.

Lo abrió. Leyó la nota que contenía.

Atestiguará ante el jurado de acusación del condado de Los Ángeles en el caso del estado de California contra Fujio Shudo. Declarará bajo juramento que fue usted quien descubrió la huella digital ensangrentada la mañana del 7 de diciembre de 1941 y que olvidó mencionar el hecho en sus informes iniciales.

Su dispositivo fotográfico nuevo es defectuoso y quizá esté ya obsoleto. La instantánea de Fujio Shudo fue tomada el 7 de diciembre a las 15.19 horas, no el 6 de diciembre. La agitación de los transeúntes es una reacción a la noticia del ataque contra Pearl Harbor. En la foto se alcanza a ver mínimamente un titular relacionado con el ataque.

La nota no estaba firmada. Al pie había un gran corazón dibujado.

Junto con una flecha. Junto con las iniciales: *H. A. + B. B.*

Ashida dejó escapar un grito.

Le pareció oír un aullido de lobo, en algún lugar cercano.

20 de diciembre de 1941

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 20 DE DICIEMBRE DE 1941

00.09 horas*Gasa.*

Era lo que veía y lo que me cubría. Sabía que estaba en una habitación de hospital y que me habían anestesiado. Las paredes eran blancas, las sábanas eran blancas. Entraba y salía de un estado de conciencia inmerso en bruma blanca. La gasa poseía la porosidad necesaria para permitirme vislumbrar el mundo. Todos mis recuerdos inmediatos eran de un blanco brumoso.

Recordé que Bill Parker me había cogido en brazos; los hombres de la ambulancia vestían batas blancas y me taparon con mantas blancas. Parker les dijo que me llevaran al Good Samaritan. Una aguja penetró en mi brazo. Recobré el conocimiento en una cama blanca, envuelta en gasa y flotando en blancura.

Tengo la nariz rota: se lo oí decir a un médico. Sé que llevo puesto una especie de entablillado, como los que llevaban Lee y Scotty después de su pelea. Tengo una vía conectada al brazo, que me suministra agua enriquecida. El sabor metálico en la boca me recuerda el sabor de la sangre de Dot Rothstein.

Ofrecí resistencia cuando los federales me sacaron por la fuerza de la celda; es lo último que recuerdo antes de que el mundo se tornara blanco. La celda acolchada era blanca, mi camisa de fuerza era blanca. Escupí sangre a la cara a Ed Satterlee: eso lo recuerdo.

Tengo una conmoción cerebral leve; se lo oí decir a una enfermera. Me pondré bien; oí una conversación entre dos médicos. No estoy en el pabellón reservado a los servicios penitenciarios; oí a Bill Parker pedir una habitación privada en el ala este. Estoy a una manzana del Pacific Dining Car y el mejor bocadillo de carne del mundo. Percibo su sabor por debajo del sabor a sangre en mi boca.

Me proponía matarla. Lo decidí en el momento mismo en que me tocó. Esa determinación no me sorprendió entonces; esa determinación no me sorprende ahora. Me disponía a matarla cuando los federales irrumpieron en la celda.

Sobrevivirá. Oí hablar a dos enfermeras. Está en el quirófano del Queen of Angels. Un médico está injertándole en la cara la nariz cercenada.

Todo es blanco. Toda sensación está alterada. El aturdimiento subsume el dolor, la bruma flotante engulle la incomodidad. La gasa es porosa. La gasa me permite fingir

que duermo mientras espío a los hombres que vienen a verme.

Vino Lee, de uniforme. Vino Scotty, con su traje de lana marrón y su pajarita de cuadros escoceses. Llegaron por separado; se sentaron en lados opuestos de la cama y me cogieron de la mano mientras hablaban entre sí. Bromearon sobre sus propias narices rotas. Scotty lloró y se enjugó la cara con mi sábana blanca brumosa. Lee dijo:

—La hostia, Bennett. Ha jodido bien a la Dot.

Bill Parker armó una pelotera de padre y muy señor mío. Lee se lo contó a Scotty. Parker telefoneó a Gene Biscailuz y no se mordió la lengua. Dot venía pasándose de la raya con sus juegucitos desde hacía años. El *sheriff* Gene se doblegó: no presentarían cargos contra la señorita Lake.

—Me habría gustado verlo —dijo Scotty.

—Sí. Tuvo que ser una trifulca mejor que la que tuvimos tú y yo.

En ese momento empecé a perder el sentido. Recuerdo que hablaron del Dining Car y de «echarse entre pecho y espalda unos cuantos *whiskys*».

Gasa y bruma blanca. Olores conocidos. Vinieron Brenda y Elmer. Olí el perfume de Brenda y el puro de Elmer.

Gasa y bruma blanca. Una enfermera dice:

—Una llamada, capitán.

William H. Parker dice:

—Gracias.

Gasa y bruma. Luego:

—Ya son más de las doce de la noche, sargento. —Una pausa y—: Sí, sé que yo propuse la reunión. —Silencio y—: ¿La rectoría? Por supuesto, si lo pide Su Eminencia.

Gasa y bruma blanca. Olores. El humo de su cigarrillo y la leve fragancia de la tormenta que yo había provocado por pura fuerza de voluntad. La lana húmeda de su uniforme.

Gasa y bruma blanca. Está sentado junto a la cama. *Cuéntame algo, William. Cuéntame quién es la pelirroja grandullona. Cuéntame qué quieres de ella.*

Gasa y bruma blanca. Está rezando. Tiene los ojos cerrados. Está acodado en las rodillas. Mantiene los dedos entrelazados y apretados contra la frente.

Gasa y bruma blanca. Voy, vengo. Ruido de sillas y pasos, alejándose. Un vislumbre a través de la bruma, pero él ya se ha ido.

Percibí el olor de la pradera. Lo dejó aquí, para mí.

1.53 horas

—Estoy encantado de recibiros, chicos —dijo el arzobispo—. He tenido un insomnio endemoniado desde que entramos en esta guerra, y actuar como mediador para conseguir una tregua entre dos seculares católicos excepcionalmente brillantes promete ser una excelente diversión.

El gabinete de Cantwell era una réplica del bar del club de campo Wilshire. Trofeos de golf engalanaban las paredes.

—Me alegro de haberme tomado la libertad de llamarlo, Su Eminencia —dijo Dudley—. El capitán Parker propuso un intermediario, y me complace mucho que nos reciba a hora tan intempestiva.

Estaban sentados en butacas. La lluvia azotaba las ventanas. Cantwell bebía coñac. Dudley bebía *whisky*. Parker bebía *ginger ale*.

Llevaba cuatro días sin probar el alcohol. Sus terminaciones nerviosas *chirriaban*. Se sentía como si le hubiesen metido el mundo libre entero por el culo. La tensión arterial le rayaba los 6.000.

Tenía el trozo de película de Kay Lake. Dudley llevaba una carpeta. Cantwell y Dudley retornaron a Dublín. Cantwell era una joven promesa papal. El Dudster era un niño asesino.

—Su Eminencia, ¿nos hallamos ahora en la esfera protegida del secreto clerical?

—Así es, Dud. Por lo que se refiere a mi discreción, los dos podéis quedaros tranquilos. Considerad este espacio un confesionario magníficamente amueblado, y consideradme a mí vuestro confesor.

Parker abrió la carpeta y leyó las hojas que contenía. Hideo Ashida: Dios bendito.

Eliminación de pruebas flagrante. El remilgado doctor se malea y se convierte en chivato. Admite todas sus acciones ilícitas. El documento era una antorcha. Reduciría a cenizas su vida entera.

Parker devolvió la carpeta.

—Admito mi delicada situación. No me cabe duda que coaccionó usted al doctor Ashida con gran brío.

Cantwell parpadeó. Dudley guiñó un ojo. Parker le entregó la cinta. Dudley la desenrolló y la examinó.

La recorrió con la mirada, de arriba abajo. La recorrió con la mirada seis veces.

—Sí, capitán —dijo—. Lo admito.

Parker se lo restregó.

—Su buen amigo Ed Satterlee y Quon Chin, el buen amigo de Ace Kwan. Permítame añadir un comentario a los argumentos que esta película expone tan claramente. Es el pago de un soborno. Ace y usted se proponen sacar provecho de las redadas y el inminente internamiento, y en previsión de eso están untando la mano a un federal bien situado. Me da igual si Ace actúa por su cuenta. A Ace y a usted no les conviene que esta cinta se haga pública o se registre como prueba policial. A Ace y a usted no les conviene que se ensucien las redadas oficialmente en modo alguno.

Dudley devolvió la cinta.

—Sus suposiciones están sólidamente razonadas y son totalmente correctas. Debo preguntar al señor Kwan por qué está haciendo entrega de dinero al agente Satterlee. Conociendo al señor Kwan, deduzco que guarda relación con algún negocio.

Cantwell parpadeó.

—Para mí todo esto es griego, pero estoy pasándomelo en grande.

—Describa su parte del acuerdo —dijo Parker.

—Con el debido respeto, solicito su palabra de que no obstaculizará los procedimientos judiciales previos a la condena de Fujio Shudo por los asesinatos de Ryoshi, Aya, Johnny y Nancy Watanabe. En el contexto de mi solicitud, ofrezco esta concesión. Usted, con el doctor Ashida o sin él, puede cultivar la magnífica distracción de buscar hombres blancos con jerséis morados, pero no presentará pruebas, pública u oficialmente, de que el asesinato de la familia Watanabe lo cometió nadie más que el señor Shudo. Con el debido respeto, solicito asimismo su palabra de que no obstaculizará en modo, forma o manera alguna mis actividades con Ace Kwan. Debo añadir que poseo documentación inequívoca de la paliza casi mortal que le dio usted a su primera esposa, Francine Pomeroy.

Cantwell se santiguó. Parker se obligó a apartar la mano de su arma.

—A Dios pongo por testigo: tiene usted mi palabra.

—Gracias, capitán. ¿Y su parte?

—Con el debido respeto, solicito su palabra de que no se presentará un puto cargo a nivel federal, estatal o municipal contra Katherine Lake, Claire De Haven, los hombres de su célula y el equipo de rodaje. No debe haber represalias contra la señorita Lake por su justificada agresión a su amiga Dot Rothstein. Con el debido respeto, solicito su palabra de que procurará obtener la oportuna liberación y retirada de todos los cargos presentados contra la señorita Lake y los demás. Con el debido respeto, le solicito que transmita mi amenaza de revelación pública a Richard Hood, el agente especial del FBI al frente de la delegación de Los Ángeles, inmediatamente. En el contexto de esta solicitud, ofrezco la siguiente concesión: nunca más intentaré tender una trampa a quintacolumnistas de ninguna clase, con o sin la participación de la señorita Lake.

Dudley se palpó lo que llevaba al cinto. Las estaciones del viacrucis. Nudilleras, porra, pincho.

—A Dios pongo por testigo: tiene usted mi palabra.

Parker se puso en pie.

Dudley se puso en pie.

Se dieron la mano.

Cantwell se puso en pie y aplaudió.

—Hombres blancos, los dos. Buenos chicos católicos. Tan fino ingenio, tal decoro.

Las paredes se comprimieron. La temperatura subió. El fuego de una chimenea invisible rugió. Aquí vienen el hormiguillo y los temblores.

Dudley dejó caer una ocurrencia. Cantwell enhebró banalidades. Parker se encaminó hacia la puerta.

Salió. Lo azotó la lluvia. Tambaleante, se adentró en un pasaje y vomitó en un seto. Las paredes se alejaron. La temperatura descendió. Le flojearon las piernas. Se sintió impulsado. Consiguió llegar al templo. La puerta lateral estaba abierta.

Ocupó un banco. Se arrodilló de cara al altar.

Se recompuso y acometió la tarea.

Padre santo, concédeme un respiro. Aparta de mí este fraudulento moralismo. Acaba con la arrogancia que me ciega a las penurias de los demás y me lleva a horribles errores y alianzas poco convenientes. Modera mi ambición con tu gracia, Señor mío. Perdóname por perseguir a Claire De Haven. Soy cómplice en el libelo de sangre. Protege a los japoneses inocentes de esta ciudad mientras los envuelve el caos. Tráeme a Joan Conville y dime qué presagia. Concede a Katherine Lake la voluntad de autorreprenderse, para que pueda arrepentirse y abandonar sus impulsos temerarios. Cumpliré la palabra que acabo de dar en tu nombre. Ese juramento de conveniencia me empequeñece a Ojos Tuyo. Sucumbo a la mundanidad en este asunto. Te hablo desde la más espantosa descalificación. Me resisto a perder aquello por lo que tanto he luchado, y no puedo por menos que tomar conciencia y hacer concesiones cuando otros intentan arrebatármelo.

Se quedó de rodillas. Rezó. Llegó al borde mismo y retrocedió. Conocía las palabras y se resistía a pronunciar las palabras. Vio amanecer a través de un vitral. La nueva promesa se alojó en él y le causó temblores.

Llegó al borde. Retrocedió. Pronunció las palabras para no enloquecer.

Dios santo, que esta sea mi última concesión a la maldad. Dios santo, no debo hacer esto nunca más.

8.35 horas

—Es extorsión —dijo Dick Hood—. Es puro chantaje.

—Tenemos que acceder —dijo Dudley—. Ese hombre cumplirá la amenaza sin vacilar.

—Dígame quién es «ese hombre». Admitiré que es una amenaza válida, y conseguiré el beneplácito del señor Hoover. Solo tiene que decirme quién es «ese hombre».

Estaban sentados en el cubículo de Dudley. Los diagramas cubrían las paredes. Flechas, recuadros, iniciales. Jeroglíficos desconcertantes. Hood lanzaba miradas de soslayo una y otra vez.

Dudley no dijo ni pío. Hood encendió un pitillo.

—Juraría que se trata de Thad Brown o Bill Parker. Son los firmes candidatos a jefe cuando se retire Jack el H. Parker es un borracho y un fanático religioso, y Thad es sutil. *Joder*. El señor Hoover va a subirse por las paredes.

Dudley se retrepó en la silla.

—Tendrá que hablar con el fiscal. Tendrá que poner en libertad a la señorita De Haven y los demás, y descartar esa parte de la investigación.

Hood hizo un gesto masturbatorio.

—Me armaré de valor, haré las putas llamadas y soportaré la puta presión. Y por si no se ha dado cuenta, esto en realidad no es una «investigación». Se reduce a cercar a los putos japos y convertir Los Ángeles en una ciudad sin japos en el plazo de sesenta días.

—He hablado con Ace Kwan hace una hora —dijo Dudley—. Me ha explicado qué eran esos pagos, y yo los describiría como acertados en cuanto a la intención. Eran una bonificación de Ace a los agentes que con tanta diligencia han trabajado para poner orden en este condenado lío. Ed Satterlee se lo habría explicado a usted antes de Año Nuevo. Ace se propone organizar una magnífica fiesta para todos ustedes, incluidos el Equipo de Tiro Hearst y unos cuantos chicos de nuestra Brigada de Extranjería. Disfrutarán de una semana en el Cal Drake's Blue Lion Lodge, allá en Victorville. Habrá *bourbon*, caza de aves y habanos. Será el obsequio de Ace, en cuanto los japos estén en el redil.

Hood sonrió.

—La puñetera guerra, los puñeteros japos. Ahora se las ven con unos japos

fugados. Gene Biscailuz está organizando su propia fiesta. Exención de guardias y doce pavos al día. Tiene entre manos una turbamulta de linchadores.

Lo del Blue Lion era una treta. Sí, llamó a Ace. Sí, Ace se sinceró. Ed Satterlee andaba dando voces respecto a las propiedades japonesas. Ace mandó a Quon Chin a adquirir algunas.

Telefoneó a Ed. Le habló del trozo de película y sus consecuencias. Ed se sinceró. Le dijo que pusiera en práctica la treta del Blue Lion.

—Ace me cae bien —dijo Hood—. Ha estado dando de comer a mis chicos a crédito. ¿Te entra un antojo de rollos de huevo a las tres de la madrugada? Ve a ver a Ace el Chino.

—Ace es un hombre considerado —dijo Dudley—. Sabe que su sobrina está a punto de casarse, y se ha ofrecido a aportar la comida del banquete, sin coste alguno.

Hood se puso en pie. El eco de «sin coste alguno» resonó en el cubículo.

—Vaya por Dios. El Blue Lion. ¿Nos acompañará usted?

—Desgraciadamente, no. Me incorporo al servicio en el ejército en Año Nuevo.

Hood se despezó.

—Voy a hacer esas llamadas. Dios mío, el señor Hoover va a mear sangre.

Dudley le lanzó el sombrero. Se estrecharon la mano y suspiraron. ¿No es la vida una jodienda? Hood se largó. Dudley se echó al cuerpo dos benzis seguidas de café. El diagrama reclamó su atención.

Tomó notas. Actualizó lo correspondiente a la apropiación de tierras. Describió la estrategia de participación del doctor Terry. Dibujó un lobo aullando.

Estaba tenso. La noche anterior apenas había dormido. Siguió telefoneando a Bette. Una criada negra siguió saliéndole con evasivas. Beth y Tommy estaban a punto de llegar. Hizo unas cuantas llamadas y localizó a los dos violadores de la Infantería de Marina.

Habló con Scotty. Lo reprendió por la agarrada con Lee Blanchard. Le pidió un favor en compensación. Scotty dijo «Cómo no».

Se pasó por casa de Carl Hull. El cobarde de Carl se fue de la lengua con Buzz Meeks. Eso exigía un severo varapalo.

Frau Carl lo esquivó. El alférez Carl se había incorporado ya a la Armada.

Estaba tenso. Necesitaba plata para invertir. Necesitaba planear la incursión en el alijo de Carlos Madrano.

Dudley dibujó lobos y símbolos de dólar. Dinero. El efectivo y la droga de Madrano. Dinero. La partida de dominó en el sótano del restaurante de Kwan mañana.

Dudley estudió su diagrama. Flechas, recuadros, iniciales, contracciones. Scotty se acercó. Scotty examinó el diagrama.

—Es interesante la repetición de iniciales. Si uno conoce los nombres, casi puede deducirlo todo.

—Muchacho listo. De un tiempo a esta parte estoy rodeado de jóvenes muy

sagaces.

Scotty sonrió.

—El Hombre Lobo está en la número dos. El señor Loew me ha pedido que lo avise.

Dudley agarró la chaqueta.

—Quiero que observes y estés atento a mis señas. Por un lado está esa tarea, y por otro un viaje a Oceanside más tarde. Guarda relación con ese desagravio que necesito. Te lo explicaré por el camino.

—Vale, Dud —dijo Scotty.

Se acercaron a la dos. Esta vez sin público. Sin taquígrafo, sin altavoz en el pasillo.

Ellis Loew estaba sentado al lado de Fujio Shudo. Había cerca otras dos sillas.

Shudo estaba esposado. Esta entrevista era la del acecho. Ese mismo día, más tarde, se cerraría el caso.

Loew jugueteaba con su llave de Phi Beta. Dudley y Scotty tomaron asiento. Shudo se puso en pie.

—Soy un exhibicionista —dijo.

Se abrió la bragueta y exhibió la polla.

Dudley hizo una seña a Scotty.

Scotty improvisó.

Agarró a Shudo por el cuello y lo levantó con una sola mano. Lo bajó y volvió a sentarlo en la silla.

Loew lo miró boquiabierto. Shudo se guardó la polla y puso cara de «Uf».

—Buenos días, señor Shudo. Lo he echado de menos. ¿Usted me ha echado de menos a mí?

—No —dijo Shudo.

Dudley sonrió.

—Dejamos la conversación en las avenidas de Highland Park, el sábado 6 de diciembre a eso de las doce del mediodía. Posó usted para una foto con una niña que le vio cierto parecido con un hombre lobo, parecido que en efecto existe y es de lo más cautivador. Había estado tomando hidrato de terpina, guarda un recuerdo borroso de ese día, y declaró que un «instinto» lo arrastró hasta Highland Park. Se alteró usted cuando mencioné sus visitas a las hermandades a principios de los años treinta, su relación áspera con un tal Ryoshi Watanabe, y sus discusiones políticas con él. ¿Se acuerda de eso? Mantuvimos esa conversación el pasado jueves por la noche.

Shudo se hurgó la nariz.

—No lo sé. Le dije que conocía a Ginzo Watanabe y a Charlie Watanabe, pero no recuerdo a ningún Ryoshi.

—Ya lo recordará a su debido tiempo, caballero —dijo Dudley—. Ha llegado a nuestro poder una carta que le escribió usted en 1933.

Loew miró la carta boquiabierto. Estaba enterado de que el objetivo era ir a por

Shudo. En cuanto al método de empapelamiento, no sabía nada. Hizo una seña a Dudley: «Ahora me toca a mí».

—Señor Shudo, ¿lleva usted cuchillos de muestra en su carrito? ¿Cuchillos bien afilados para enseñar lo bien que trabaja?

—Claro —dijo Shudo.

—Hemos recreado el escenario para usted, caballero —dijo Dudley—. Es sábado, 6 de diciembre, y ha ido usted a Highland Park movido por un «instinto». Ha estado bebiendo hidrato de terpina y lo ve todo borroso.

—No recuerdo haber escrito a Ryoshi Watanabe ninguna carta —dijo Shudo.

—Pero ¿sí recuerda a Ryoshi y sus discusiones con él en las hermandades?

Shudo se encogió de hombros.

—Sí, imagino que sí.

Elemento determinante. Ahora cambiemos de perspectiva.

—Nació usted en Yokohama, Japón, en 1903. ¿No es así, señor Shudo? Según su expediente de Atascadero, emigró en 1908.

—Exacto —dijo Shudo—. Vine al mundo en la tierra del sol naciente. No soy un advenedizo *nisei*.

—Su padre tenía un barco de pesca y faenaba desde San Pedro, ¿no, señor Shudo?

—Exacto.

—¿Participaba en actividades políticas?

—No, pero odiaba a los chinos, y despotricaba contra los tongos.

—¿Lo educó conforme a la tradición política del Japón imperial?

—No. Me educó con un mazo de cróquet.

—¿Y cuándo se inició esa práctica, caballero?

—Cuando yo tenía unos ocho años. Cuando me vio exhibirme delante de un niño mexicano.

—¿Y cuánto tiempo duró esa práctica?

—Hasta que me fugué. Tenía catorce años, creo. La Bestia me dijo que me diera el piro, y eso hice.

—¿Y quién es «La Bestia», señor Shudo?

—La Bestia es mi polla.

—¿Ve a su polla como un ser independiente de usted? ¿Como algo o alguien unido a su cuerpo pero capaz de actuar y hablar por su cuenta?

—Sí. La Bestia es La Bestia. A veces me da buenos consejos, a veces me lleva por mal camino.

Loew lo miraba boquiabierto. Scotty estaba fascinado con Shudo. *¡Desde luego esto es mejor que la escuela de Teología!*

—La Bestia es su consejera y su confidente, ¿no es así, señor Shudo? ¿Suele guiar sus acciones y aconsejarle qué hacer?

—Exacto —dijo Shudo—. La Bestia es mi criatura. Yo soy un exhibicionista. Si

veo algo que creo que le gustará a La Bestia, se lo enseñó. Este chico suyo es de los que atraen a La Bestia, y por eso le he dejado echar un vistazo.

—¿Se refiere a mi colega, el agente Robert S. Bennett? —preguntó Dudley.

—Exacto —dijo Shudo—. A La Bestia le gustan los hombretones.

—Señor Shudo, ¿es usted homosexual? —dijo Loew.

—No —contestó Shudo—. Yo solo soy el *ichiban* de La Bestia.

—Siento curiosidad por saber qué clase de consejos le ofrece La Bestia, caballero —dijo Dudley—. ¿Puede ponerme algún ejemplo?

Shudo se rascó los huevos.

—La Bestia me dice que coja el tranvía hasta Hollywood, y yo lo hago. La Bestia me dice que entre en una casa y olfatee los suspensorios, y yo lo hago. La Bestia me dice que comparta con él la terpina, y yo lo hago.

Dudley sonrió. Shudo se comía con los ojos a Scotty.

—Señor Shudo, hemos encontrado unas bragas en la habitación de su hotel. ¿Tenía usted conocimiento de la presencia de esa prenda?

Shudo se encogió de hombros. Unas bragas... ¿y qué?

—¿Ha entrado alguna vez en una casa con la expresa intención de olfatear unas bragas? Tiene usted entera libertad para consultar con La Bestia si lo necesita.

Shudo contrajo el rostro. Shudo adoptó una actitud de profunda reflexión. Shudo movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Sí. Me gusta entrar en casas y oler bragas.

—¿Le gusta follarse a alguna que otra chica, caballero? ¿Se entrega a esa práctica si no hay a la vista ningún joven agraciado?

Shudo contrajo el rostro. Shudo consultó con La Bestia. Shudo movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Sí, jefe. Busco una raja si no tengo a mano ningún ojete marrón apetecible.

Loew se estremeció. Dudley lanzó el señuelo.

—¿Se folló usted a Nancy Watanabe mientras disfrutaba de régimen abierto en Atascadero, con una autorización de trabajo, hace seis meses?

Shudo contrajo el rostro. Shudo consultó con La Bestia.

—Sí, me follé a Nancy. Me la follé bien follada.

Loew dio un codazo a Dudley. *Ya está en el saco. Tenemos un móvil parcial. Estamos ya a medio camino.* Scotty mascaba chicle. Shudo se lo comía con los ojos.

Ahí va el señuelo n.º 2.

—Lleva usted mucho tiempo con el señor Shudo. ¿No es así, Bestia?

Shudo adoptó voz de bajo profundo.

—Exacto. *Muuuuucho* tiempo.

—Sin duda usted le ha enseñado muchas cosas, me atrevería a decir.

Shudo, bajo profundo.

—Y que lo diga. Fuji era un capullo hasta que yo me hice cargo de él.

—¿Por qué usa usted palabras tan severas, Bestia?

—Porque es la verdad —dijo La Bestia—. Fuji era un mariquita hasta que yo lo convertí en bujarrón. Ponía el culo en el correccional de San Pedro y en el Preston. Yo lo llevé al vivero Murakami. Allí tenían tallos de bambú. Shudo «Tallo de Bambú». Fuji me debe a mí ese mote.

—¿Diría usted que el señor Shudo le debe toda su trayectoria delictiva, Bestia?

—Y que lo diga, *ichiban* —dijo La Bestia—. Yo le enseñé el oficio de afilador y lo convertí en un experto con el cuchillo. Le conseguí un empleo en un banco de sangre de Long Beach, para que pudiera robar la sangre de marineros guapos. Yo lo llevé al cine Marcal a ver *Drácula*. Secuestramos a un marinero en el aparcamiento, para poder rajarlo y bebernos su sangre. Le enseñé a mezclar terpina con sangre; sale un cóctel fenomenal. Le enseñé a rajarse él mismo cuando no encontraba ningún buen ojete marrón que rajar.

Loew se inclinó a un lado. Señalaba aspectos legales, en voz baja.

—Vuelva al día 6, y céntrese en sus armas. Nort excluyó las espadas, pero esto no hará mella en un jurado. Las espadas y el carrito de los cuchillos. Volvamos a eso.

Dudley asintió. Scotty formó una pompa enorme. Shudo soltó una risita y se revolvió en el asiento.

—Bestia, ¿conocen usted y el señor Shudo las espadas japonesas que se utilizan en la práctica del *harakiri*?

—Sí —dijo La Bestia.

—¿Y tenían en su poder el señor Shudo y usted cuatro de esas espadas el sábado 6 de diciembre?

—Sí, jefe —dijo La Bestia.

—Pero habían perdido ustedes las vainas, ¿no, Bestia? —preguntó Dudley.

—Exacto —dijo La Bestia—. Perdimos las vainas.

—¿Sabe usted qué son «vainas», Bestia?

—No estoy muy seguro, jefe.

—Bestia, ¿llevan el señor Shudo y usted un surtido de cuchillos de muestra en el carrito? ¿Cuchillos que enseñan a posibles clientes para demostrar la excelente calidad de su trabajo?

—Sí, tenemos unos cuantos cuchillos de muestra —dijo La Bestia.

Dudley cambió de tercio. Es una pregunta en serio. Es un misterio para ellos.

—Bestia, no hemos encontrado en su habitación del hotel Kyoto Arms el carrito de afilador.

—Fuji se lo vendió a un negro, delante del hotel Rosslyn.

—¿Y eso cuándo fue?

—El domingo 7 de diciembre de 1941 —dijo La Bestia—. Un día que quedará en la gloriosa memoria del poderoso Japón imperial.

Loew se inclinó a un lado.

—¿Y qué pasa con esa carta que escribió Shudo?

Dudley se inclinó a un lado.

—Hideo Ashida la encontró en la casa y me la transcribió. Se envió en octubre del año 33. Fuji y Ryoshi tuvieron vehementes discrepancias en una hermandad de japos, y según parece él ya por entonces estaba un tanto encaprichado de Nancy, pese a que ella tenía escasamente ocho años, y era de sexo femenino.

—Esa parte no la entiendo —dijo Loew—. Este individuo es maricón, y da por culo a hombres con tallos de bambú.

Dudley suspiró.

—El sexo es un fenómeno endemoniadamente complejo, señor Loew. Por un lado está eso, y por otro la circunstancia nada desdeñable de que el señor Shudo es un demente.

—Deje de dirigirse a su nabo, ¿quiere? Me pone los pelos de punta.

Dudley sonrió. Scotty formaba pompas. Shudo le hacía ojitos.

Loew se inclinó para acercarse un poco más.

—Llévelo en la dirección adecuada, sargento. Odia a Ryoshi, dejó embarazada a Nancy, pero ella abortó. Tenemos la carta y la huella en la sangre de Ryoshi. Tenemos testigos presenciales que lo sitúan en Highland Park ese día. La duda entre cuchillos y espadas resulta problemática, pero sabemos que va a confesar. Llévelo en la dirección adecuada y esta tarde, en el cierre del caso, llévelo hasta el final. Jack Horrall va a traer mandamases del ejército para el espectáculo. Habrá pleno aforo.

—Están ustedes cuchicheando y conspirando contra mí —dijo Shudo—. Me lo ha dicho La Bestia. Yo le he dicho que son ustedes de fiar. Los carceleros me traen la manduca de la Pagoda China de Kwan. Hoy al mediodía me toca pato al melocotón.

Dudley sonrió.

—Y tendrá dos raciones, caballero.

Shudo puso cara de «Ñam, ñam».

—No tengo nada contra los chinos. La eugenesia es la eugenesia, jefe. Los chinos se quedaron con la mejor manduca, pero nosotros los japos somos la raza superior.

Dudley tuvo una inspiración.

—Coincido con usted, caballero. Los japoneses son desde luego la raza superior. Pero, por curiosidad, dígame una cosa. En general, a la hora de elegir entre hombres y mujeres, prefiere a los hombres, y sin embargo conservó un vivo deseo por Nancy Watanabe a pesar del paso del tiempo.

—Sí, Nancy. Vaya bombón. Comparable casi a un ojete marrón.

—Estaba empeñado en dejarla embarazada, ¿no es así?

—Sí. Fuji y Nancy, y un cachorrillo en camino.

—¿Su principal interés con Nancy era propagar la raza superior japonesa? ¿Eso se impuso a su deseo sexual, habida cuenta de su arraigado y un tanto cruel anhelo de hombres jóvenes?

—Sí.

—¿Y la interrupción del embarazo por parte de Nancy lo sumió en un mar de desesperación?

—Sí.

—¿Y ese mar de desesperación era de hecho una marejada cuando empujaba usted su carrito de afilador por la avenida Cuarenta y cinco de Highland Park a primera hora de la tarde del sábado 6 de diciembre de 1941?

—Sí, jefe.

—¿Y se hallaba usted en el borroso estado de ensoñación propio de quienes consumen habitualmente hidrato de terpina?

—Sí, jefe. Terpina. Terpina y sangre del banco de sangre, sangre de hombretón blanco.

—La Bestia lo llevó por mal camino ese día, ¿no, señor Shudo? Lo empujó a cavilar sobre el aborto de Nancy y todas las indignidades que usted había padecido durante su conflictiva amistad con Ryoshi Watanabe.

—Sí, jefe. La Bestia me habló. Recuerdo ese día. Dijo que en el cine Wiltern ponían *Frankenstein*. Aquella niñita dijo que yo me parecía al Hombre Lobo.

—Los vecinos blancos de Highland Park lo miraron a usted con recelo mientras hacía su ronda aquel día, ¿no es así? Sabían que era usted miembro de la raza superior, a punto de entrar en guerra con nuestra nación blanca inferior.

—Exacto, jefe. Pearl Harbor se acercaba. *Banzai*, blancos de mierda.

—Percibió en el aire el inminente ataque, ¿no, señor Shudo? Sabía que se acercaba. Lo conmovía, lo excitaba y lo llenaba de euforia y de una rabia paradójica. Estaba usted en esa calle, estaba usted cerca de esa casa, tenía usted armas afiladas en su carrito y a su disposición. Sentía usted rabia. Deseaba hallarse en la cubierta de un portaviones japonés, camino de Pearl Harbor. Era usted sin duda un hombre lobo, pero deseaba ser un hombre lobo del cielo, al glorioso servicio del Japón imperial, y ese estado de desconexión despertó en usted un afán enloquecedor y asesino. Nancy estaba en esa casa. Ella había exterminado su aportación eugenésica a la raza superior japonesa. Ryoshi estaba en esa casa. Él lo había menospreciado en numerosas discusiones, que se remontaban casi una década atrás. Usted sabía que Aya y Johnny estaban en esa casa, y de pronto percibió, con toda su alma, que se acercaba usted a su propio Pearl Harbor.

Shudo soltó una risita.

—Exacto, *ichiban*. *Banzai*, japos de mierda.

Dudley tocó el brazo a Loew. Scotty se inclinó hacia él. Charla de trabajo, en voz baja.

—Llama a Kwan dentro de media hora. Pide pato al melocotón, *chop suey* y arroz frito con cerdo. Dile a Ace que añada dos frascos de hidrato de terpina.

11.14 horas

Los rojos salieron. Los cazanoticias permanecían atentos a su puesta en libertad. Ashida observaba. Una ventana del laboratorio le proporcionaba esa vista.

Claire encabezaba la marcha. La seguían sus esclavos. El equipo de rodaje iba detrás.

Los periodistas y los fotógrafos se abalanzaron hacia ellos. Sid Hudgens y Jack Webb precedían a la jauría. La redada Anti-Eje había llegado a la prensa.

Se le dio *cierto* bombo. Debería haber recibido *más*. La fuga de japos y el Hombre Lobo acaparaban la página impresa.

Se dispararon los *flashes*. Los reporteros vociferaron. Claire los atrajo como un imán y pasó entre ellos tan campante. Había dos limusinas aparcadas junto a la acera. Claire subió al primer coche. Sus esclavos montaron detrás de ella.

Las dos carrozas arrancaron. El equipo de rodaje se dispersó en la calle. Los reporteros no les hicieron ni caso. *¡Los rojos se largan en larguíiiiiiiiiimos Lincolns!* Los fotógrafos tomaron instantáneas de la salida.

La escena se evaporó. ¡Puf! Se acabó. Todo el mundo se fue.

Los rojos salieron. Ashida intuyó la intervención quijotesca de Bill Parker. La noche anterior sacó a Kay Lake del loquero. En la comisaría no se hablaba de otra cosa. El gesto Whisky Bill, propio de un baile de instituto.

Ashida se quedó ante la ventana. En el laboratorio no había un alma, como era normal en sábado. No tenía adónde ir.

Dudley había entrado en su apartamento. El piso de Mariko estaba sitiado por los federales. Los Ángeles se hallaba en estado de sitio. Libelo de sangre. Su mito de normalidad, truncado.

Ashida se quedó ante la ventana. Los teléfonos de la sala de revista no paraban de sonar. Los inspectores tomaban nota de rumores en relación con el objetivo «atrapad a los japos».

Entraron el Sidster y Jack Webb. Saludaron a Ashida con falsa efusividad y encendieron pitillos.

—Esa Claire De Haven es un bombón —dijo Jack.

—Sí, si te gustan los bombones con envoltorio rojo —dijo Sid.

—Podría mantenerme los pinreles calentitos en el Kremlin —dijo Jack.

—Hideo, ¿qué vamos a hacer con este chaval? Su precario empleo de comparsa al

servicio de William Randolph Hearst en tiempos de guerra se le está subiendo a la cabeza.

Ashida dejó escapar una risa forzada. *Sid, eres la monda.*

—El Dudster me ha encargado un trabajo para mañana por la noche. Ace Kwan está organizando una gran partida de dominó, y le ha llegado el soplo de que unos tiznajos se proponen dar un golpe. Mi misión consiste en observar la partida y llamarlo a un teléfono público.

Sid guiñó un ojo.

—Como decía, se le está subiendo todo a la cabeza. El Dudster y el señor Hearst. ¿Qué diferencia hay?

—¿Por qué no hablar claro? —dijo Jack—. Hasta el momento esta guerra me ha beneficiado.

Sid guiñó un ojo.

—No como a otros. No como a la mayoría de los japoneses que están en *El Pueblo Grande* en estos momentos, ¿no, Hideo?

Ashida se ruborizó. Sid era una mala combinación eugenésica. Era medio cucaracha, medio enano torpe.

—Exacto, Sid.

—Creo que voy a escribir un artículo sobre usted, Hideo. Dud atrapó al Lobo y usted ha desempeñado un papel importante en el caso. ¿A ver qué le parece esto? «Hideo Ashida ayudó a desentrañar el desconcertante caso Watanabe, y él mismo es japonés». Es un buen enfoque, dado el cariz que están tomando las cosas para usted y los suyos.

—No podrían empeorar mucho más —dijo Ashida.

—Claro que podrían —contestó Sid—. Esos fugitivos, los muy majaderos, tienen a la ciudad patas arriba, y esa partida de búsqueda quiere sangre. Todas las cárceles están llenas, y se habla de alojar a su gente en los *paddocks* de Santa Anita. ¿No es increíble? Está uno comiendo anguila asada en la Dos con Alameda y al cabo de un rato comparte una bala de sabroso heno con Seabiscuit.

Jack se carcajeó. Ashida se agarró a la repisa de la ventana. *Un despojo racial, cucaracha, enano.*

—Y para colmo lo de Fletch Bowron, como una cuba anoche en el club Jonathan ¿Acaso despotrica contra las fuerzas japonesas que actualmente arrasan Filipinas? No. Se mete con cierto *nisei*, químico de la policía.

La repisa de la ventana se agrietó.

—¿Usted lo oyó? —preguntó Ashida.

—Fletch el B. Quien sí se conoce bien los tejemanejes de ese hombre es Elmer el J —dijo Jack.

—Yo estaba presente, y lo oí —dijo Sid—. Hablaba de sus planes de aplicar un gravamen a las propiedades japonesas confiscadas, y aireaba los trapos sucios de Whisky Bill Parker y usted. Se metía con Bill el P por la treta de las escuchas

telefónicas gracias a la cual usted conserva su puesto en el Departamento de Policía, y lo llamó la «mancha amarilla en su impecable historial político».

Ashida se agarró a la repisa de la ventana. La pieza entera se desprendió.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 20 DE DICIEMBRE DE 1941

11.51 horas

La bruma blanca y la morfina habían desaparecido. Con el dolor que se extendía por todo mi cuerpo me sentía más yo misma. Volvería a casa a última hora de la tarde. Ya estaba casi recuperada de la conmoción cerebral. El entablillado de la nariz me hacía estornudar.

Lee y Scotty estaban sentados en lados opuestos de la cama y me tenían cogida de las manos. Todos presentábamos las heridas de altercados producidos en los inicios de la guerra.

Me señalé la nariz.

—Tendríais que ver a la otra chica.

Lee y Scotty se rieron; Scotty me ahuecó las almohadas. Lee dijo:

—He intentado alistarme. No iba a decirlo hasta que me aceptaran. Thad Brown ha conseguido el visto bueno de Jack Horrall. Me he sometido al reconocimiento médico, pero en la clasificación de aptitud me han puesto en el 4-F. Por ese tímpano perforado de mi combate contra Jimmy Bivens.

Scotty miró a Lee con expresión teatral. Lee dijo:

—No te lo tengas tan creído, Bennett. Tú no pegas igual de fuerte.

Todos nos reímos. Scotty me dirigió una mirada. Lee se dio cuenta. Me meneó los pies y dijo:

—Tengo que irme.

—Espérame abajo, Blanchard. Te llevaré al edificio municipal.

Lee me lanzó un beso y salió. Sentí una punzada de dolor en la mandíbula. Estornudé y noté un tirón al soltarse algún punto.

Scotty me dio un pañuelo de papel. Dije:

—Vas a decirme algo.

—Que rompo contigo —dijo—. Lo que está bien está bien y lo que está mal está mal, y todos sabemos en qué categoría entra esto nuestro.

Le apreté la mano.

—Yo habría dicho «una vez más cuando me encuentre mejor y tenga mejor aspecto», pero tienes razón.

—Lo que está bien está bien.

—Tendrás que conformarte con Joan Crawford.

Scotty se sonrojó.

—¿Quién te lo ha contado?

—Brenda Allen. Te vio con *La Grande Joan* en el Trocadero. Lo describió como un momento asombroso. Tú estabas con Joan Crawford, y Dudley Smith con Bette Davis. Fue entonces cuando ella tomó conciencia de que la guerra lo había cambiado todo.

Scotty se estremeció.

—No deberías avergonzarte de tenerle miedo —dije—. Es la reacción lógica.

—Colecciona protegidos y luego los desecha. Tú lo has visto. Lee Blanchard no dio la talla, y ahora me toca a mí.

Sonreí.

—Estás aprendiendo.

—Es como un ciempiés. Siempre va con las antenas extendidas, pero no se le ven. Ha colgado un diagrama en las paredes de su cubículo. Tiene que ver con el caso Watanabe y lo que podríamos llamar «oportunidades conexas», y está todo escrito con esa taquigrafía especial suya. He estado estudiándolo cuando nadie rondaba por allí, y he atado algún que otro cabo. Ni te imaginas a qué conclusiones he llegado.

—Eso es lo que uno hace con todo aquello que aprende.

Scotty se encogió de hombros. El buen chico, el chico malo. El chico listo que resolvía enigmas que no estaban al alcance de otros chicos. El chico inquieto, siempre.

—Me incorporo a la Infantería de Marina, justo después de Año Nuevo. Acabo de hablar con Dud al respecto, y ya tiene el visto bueno del jefe Horrall. Puedo ir a luchar en la guerra y reincorporarme luego al Departamento. Eso es lo que me maravilla de Dudley: es de lo más generoso.

Entrelazamos los dedos.

—No dejes que te maten, cielo.

—Eso a este chico no le pasará.

—Voy a intentar alistarme otra vez. Ward Littell me dijo que se han retirado muchas trabas federales.

Scotty me tocó la mejilla.

—Muy propio de ti, Kay. Le arrancas la nariz de un mordisco a esa marimacho enorme y te vas a la guerra. Es como lo que decías en aquella alocución tuya. Tus opciones son: hazlo todo o no hagas nada.

Se me empañaron los ojos. Scotty me dio un pañuelo de papel y se quedó pensativo. Dije:

—Dime qué piensas.

—Estaba pensando en Dud. Me tiene reservada una misión para hoy, más tarde, y Dios sabe cuántas más de aquí a Año Nuevo. Sabe que tengo ciertas inclinaciones, y me utiliza. Yo solo quiero ir a una islita segura, donde poder matar japos con la

conciencia tranquila.

—Háblame de ese diagrama —dije.

12.21 horas

Parker quemó los diagramas.

Prendió fuego al diagrama del tráfico y al diagrama de las redadas. Prendió fuego a *Caso Watanabe / Detalles-Cronología* y *Lake / De Haven*. Encontró una botella bajo el fregadero de la cocina e hizo una fogata a base de *bourbon*.

Armó un buen lío. Las llamas se elevaron a gran altura. Las roció con agua del grifo.

El fregadero se convirtió en un barrizal de ceniza. Parker metió el mejunje en una bolsa y la echó a un cubo de basura. Se lavó las manos y ventiló la cocina. Regresó a la leonera. Llámame Jack le había endosado más trabajo de mierda.

Era una medida punitiva. Se inmiscuyó en la primera intentona de Dudley con el Lobo. Ahora volvía a ocuparse de los «auxiliares» del Departamento de Policía.

Llámame Jack hizo buenas migas con los tiradores de Hearst. Eran sus favoritos entre los auxiliares. En ese momento participaban en el operativo del *sheriff* Gene. Llámame Jack estaba muy interesado en incorporar a más hombres como esos.

Parker leyó las solicitudes. Entraba la marea baja. La fauna abisal resplandecía entre el lodo.

Vigilantes de los estudios cinematográficos adeptos al Klan. Un predicador nudista. Un conserje negro del instituto Le Conte. Numerosas denuncias por estupro.

Marea baja. Moradores de las profundidades.

Parker ojeó los expedientes. Encontró cuatro historiales unidos por un clip.

Boudreau, Costigan, Gutridge, Palwick. Exceladores de Nevada. Todos dominaban el español. Todos despedidos de sus empleos funcionariales. Todos puestos en la calle por brutalidad.

Hombres duros. Los integrantes habituales de las cuadrillas de matones. Una hoja de ruta y fotos prendidas a los historiales.

Los recogió un mensajero. Un préstamo de documentación de una semana. Cuatro expedientes enviados a:

Construcciones Exley. Wilshire Boulevard 6402.

Hombres duros. Exceladores. Todos con dominio del español. La cosa se reduce a...

ESTO:

El Valle. Las tierras de labranza propiedad de japos. Los espaldas mojadas,

jornaleros proporcionados por Carlos Madrano. Los lazos de Preston con las fuerzas del orden. El plan de internamiento de Preston.

Atrapémosla ahora. Es una bola en globo, una bola fácil. Deberías haberla atrapado antes.

Preston estaba detrás de la compraventa de casas y tierras. Preston tenía algo que ver con el caso Watanabe.

13.04 horas

El Hombre Lobo leyó la carta de Hideo. Iba cargado de terpina. Movía los labios y leía despacio.

Dudley se hallaba allí sentado en compañía de Ellis Loew y un nuevo taquígrafo. El pasillo estaba de bote en bote. Los altavoces montados en la pared emitían un sonido nítido.

Llámame Jack recibía a unos cuantos amiguetes militares. Dichos amiguetes acudieron con sus hijos. Los chavales llevaban máscaras de hombre lobo. Shudo era todo un espectáculo infantil.

—¿Recuerda esa carta, caballero? —preguntó Dudley.

—Sí, claro. Supongo —dijo Shudo.

—Con eso en mente, caballero, volvamos al sábado 6 de diciembre.

—Vale, jefe.

—En su estado se combinaban la agitación y la premeditación. Iba usted, hablando claro, ciego de hidrato de terpina. Como usted mismo ha admitido, lo veía todo muy borroso.

—Terpina, jefe —dijo Shudo—. Es como los cereales. «El desayuno de los campeones».

—Tenía usted en su carrito unos cuchillos peligrosamente afilados —dijo Dudley—. Tenía las espadas rituales japonesas que adquirió en Little Tokyo, pero no recuerda dónde, y en su estado de ebriedad extravió las cuatro vainas. Había comprado cuatro bolsitas de un veneno oriental poco común a un químico que conocía de la época en que frecuentaba las hermandades, pero no recuerda su nombre... y una vez más ese período de tiempo aparece borroso a causa del consumo de hidrato de terpina.

Shudo se rascó el cuello.

—Creo que sí recuerdo a ese químico. Era amigo de La Bestia desde hacía mucho. Le vendí el carrito a un moreno delante del hotel Rosslyn. Eso sí lo recuerdo.

—De eso ya hablamos, caballero. Aclarado este punto, permítame que se lo recuerde: vendió el carrito el domingo 7 de diciembre. Ahora todavía estamos hablando del sábado 6 de diciembre.

—De acuerdo, jefe —dijo Shudo—. El sábado. Una niña dice que me parezco al Hombre Lobo, y su padre me saca una foto.

—Exactamente, caballero —dijo Dudley—. Y según nuestros cálculos conjuntos, eso ocurrió justo antes de que usted llamara a la puerta de Ryoshi Watanabe.

Shudo bostezó.

—Ryoshi era un mal bicho, jefe. Nos conocíamos desde los tiempos de las hermandades. He leído esa carta. Teníamos cuentas pendientes. Yo le guardaba rencor. La cosa andaba mal, *ichiban*.

—Él se sorprendió de verlo, ¿verdad, caballero?

—Sí, se sorprendió. «Hola, Ryoshi, ¿cómo va eso? Volvemos a vernos, muchacho».

—Al ver a Nancy, se llevó usted una sorpresa, ¿no, caballero? Ella era la portadora de su camada de lobeznos, pero había sacrificado a los cachorros que llevaba en su vientre.

—Sí, Nancy. Era un mal bicho. La Bestia la odiaba. Se portó mal conmigo.

Dudley encendió un pitillo. El Lobo agarró el paquete y se encendió uno también él. Loew dio un codazo a Dudley. Significaba: «Cierre el asunto ya».

Dudley dijo:

—Aya y Johnny estaban allí. Usted había dejado el carrito en el porche, donde no se veía desde la calle. Al principio el reencuentro con su odiado enemigo y la familia de este fue incómodo, pero usted propuso que compartieran tranquilamente una taza de té, todos juntos. El té contenía un veneno de acción lenta que inducía un estado de euforia antes de inducir la muerte. Los Watanabe, afectados por la droga, se vomitaron encima pero, dada su euforia, no pareció importarles. Usted se ofendió ante semejante dejadez, que desbarataba la fantasía que había estado cobrando forma muy vívidamente en su cabeza. Obligó a esas cuatro personas a cambiarse de ropa. Espió a Nancy y Johnny y se excitó ante su desnudez. Para que nadie lo viera fuera de la casa cargado con la ropa manchada de vómito, lo metió todo en la lavadora. Su fantasía dio paso a la improvisación. Ahora se imponía un rato de espera, posterior a la muerte. Tendría que aguardar a que la ropa estuviera lavada para tenderla a secar.

—Sí, echaron la papa, los muy cabrones —dijo Shudo—. Menudo cabreo pillé. Eso me... ¿cómo se dice? Eso me «desbarató» el plan.

Loew puso cara de «Uaaaaau». Dudley sonrió.

—Ryoshi había estado alardeando. Le contó que iba a producirse un ataque japonés contra la flota del Pacífico de manera inminente, y a usted su certidumbre lo enfureció. Se sintió impotente, porque su odiado enemigo seguía siendo un quintacolumnista vital y bien informado, mientras que usted había estado pudriéndose en un manicomio acusado de violación mediante tallos de bambú. Usted volvió a improvisar. Aprovechando el estado de euforia de sus víctimas, obligó a Ryoshi a escribir la nota de suicidio con relación al ataque que apareció pegada en la pared de su dormitorio. El escenario estaba montado, caballero. Sus víctimas habían entrado en un estado de sometimiento dócil y eufórico. «Fuji, el Afilador». Lo infravaloraban desde hacía mucho tiempo. Propuso usted un amistoso juego, una charada, y les pidió

que se tumbaran en posición supina, los cuatro, uno al lado del otro, en el suelo del salón.

Shudo levantó las manos. Shudo sacudió la cadena de las esposas. Shudo dijo:

—Sí, jefe.

—Y entonces sacó un cuchillo afilado del cinto y los destripó siguiendo el ritual del *seppuku*. ¿Es eso exacto, caballero?

Shudo adoptó pose de «*Heil Hitler!*». Shudo dijo:

—Sí, jefe.

—Y después sacó la ropa de la lavadora y la tendió. ¿Es eso correcto, caballero?

Shudo adoptó pose de «*Heil Hitler!*». Shudo dijo:

—Sí, jefe.

—Y entonces esperó a que anoheciera, cogió tranquilamente su carrito de afilador y observó con cautela el mundo exterior. Después se marchó con su carrito por Figueroa Street y se encaminó hacia el sur, hacia su hotel. Estaba exultante, y consumió todavía más hidrato de terpina, a modo de celebración. Subió a su habitación y durmió hasta el día siguiente. Ahora sí estamos ya en el domingo 7 de diciembre, caballero. Salió al mundo y descubrió que sus insensatos compatriotas en efecto habían atacado la flota del Pacífico. Se aventuró a alejarse hacia el sur y vendió su carrito de afilador a un hombre de color frente al hotel Rosslyn. Tiró el cuchillo con el que había matado a la familia Watanabe a una cloaca. ¿Es exacto, caballero?

—Sí, *ichiban* —dijo Shudo—. Hice todo eso. Ryoshi me sacaba de quicio. Nancy mató a mis cachorros, y Johnny dijo no a La Bestia. Aya me trataba mal, así que tenía que caer. Pearl Harbor, jefe. Este asunto no representará una visita a la cámara de gas cuando mi pueblo gane la guerra.

Ellis Loew suspiró.

El taquígrafo suspiró.

Dudley se puso en pie e inclinó la cabeza ante el espejo. De pronto la puerta se abrió de par en par.

El público entró en el acto. Se lanzaron sobre Dudley a modo de ataque relámpago y sobre El Lobo a lo *banzai*. Llámame Jack, Thad B., Fletch Bowron. Federales sueltos, mandamases del ejército, niños pequeños.

Dieron palmadas a Dudley en la espalda. Thad quitó las esposas al Lobo. Los niños se acercaron y lo abrazaron. El Lobo hizo muecas y les alborotó el pelo.

Los niños llevaban máscaras de la Momia y máscaras del Hombre Lobo. El Lobo empezó a brincar. Los niños le hincaron el dedo y chillaron.

Dudley se escabulló. Lo apremiaba otra tarea. Oceanside: ciento treinta kilómetros al sur.

Se echó al cuerpo dos benzis y bajó por la escalera de atrás. Scotty lo esperaba al volante del Dodge de su padre el pastor. Dudley había dejado la carga en el coche esa mañana.

Un petate de la Armada. Dentro, dos calibre 45. Equipadas con silenciador. Cargadas con balas explosivas. Eugenesia. Un cartucho eliminaba dinastías enteras.

Dudley subió al coche en el acto. Scotty arrancó. Dudley reclinó el respaldo del asiento y cerró los ojos. *No me hables.*

Había mantenido una conversación con Ace. La partida de dominó era exclusivamente entre chinos y las apuestas iban a ser altas. Telefonó a Harry Cohn y le dijo que se mantuviera al margen. Telefonó a Jack Webb y le encargó un trabajo.

Observe la partida por mí. Tome nota de los ganadores y los perdedores. Llámeme, de cabina a cabina. Temo que se produzca un atraco.

El cártel Smith-Kwan necesitaba dinero. Ahora Terry Lux estaba en el ajo con ellos. El buen ojo para los negocios de Terry permitiría sacar más provecho a sus planes. Terry opinaba que podían participar en el proyecto de Exley y Patchett. Eso exigiría una gran aportación de capital inicial.

Scotty conducía. Dudley aprovechó el impulso de una ola de benzi y urdió la incursión mexicana.

Era arriesgado. Implicaba jugársela a Carlos Madrano. Carlos estaba a partir un piñón con Exley y Patchett. Implicaba el saqueo de droga y dinero mexicanos. Implicaba confusión planificada y la previa eliminación de sospechosos convincentes.

Scotty conducía. Dudley abrió los ojos. Vio la carretera de la costa. Un indicador rezaba OCEANSIDE, 16 KILÓMETROS.

Aire salitroso. Bruma de media tarde. Una playa rocosa.

Scotty le entregó una nota.

—Es un mensaje que le han dejado por teléfono. Me lo ha dado Dick Carlisle.

Dudley se guardó la nota en el bolsillo. La topografía lo capturó.

Montículos cubiertos de maleza en el lado de tierra. Casas junto a la carretera en el lado de mar. Estrechos espacios de aparcamiento. Ningún coche en ellos. Unos nubarrones anunciaban tormenta al anochecer.

—Dos jóvenes infantes de Marina han causado un grave daño a una joven por quien siento gran aprecio. Según he podido saber, plantan la caña de pescar en el mismo sitio todos los sábados. Son muchachos intrépidos, que no se dejan disuadir por el viento ni por el aire frío. Los sorprenderemos cuando se suban a su coche.

Scotty parpadeó. Dudley le tocó la muñeca. A Scotty se le aceleró el pulso.

Vio el lugar de pesca de aquellos dos hombres. Vio su Ford cupé del 40. Señaló con el dedo. Unas largas cañas apuntaban hacia el sol poniente.

Scotty paró junto al Ford. Apagó el motor y echó el freno.

Dudley alargó el brazo hacia atrás y abrió la cremallera del petate. Los silenciadores estaban firmemente enroscados.

—Es una buena chica, ¿verdad? —dijo Scotty—. Lo que hicieron esos hombres está muy mal.

Dudley le entregó una pipa.

—¿Acaso soy un hombre frívolo, muchacho? ¿Es que no has percibido escrúpulos y un afectuoso respeto por las mujeres bajo mi vena brutal?

Scotty sonrió: «Que así sea».

Dos hombres caminaban entre las rocas. Vestían cazadoras de faena de la Infantería de Marina. Acarreaban cañas de lanzado y cestos de mimbre. De estos asomaban las colas de los pescados.

Se acercaron al Ford. Un hombre alto, un hombre robusto. El hombre robusto echó una ojeada al Dodge.

El hombre alto abrió el maletero. Cargó los cestos. El hombre robusto dejó las cañas en el asiento trasero.

Ocuparon los asientos delanteros. El hombre robusto arrancó el motor. El hombre alto encendió un pitillo.

Polis, ¿eh?

Lo sabían. Distinguían a un poli cuando lo veían. Mostraban excesiva despreocupación.

Dudley se apeó. Scotty se apeó. Se acercaron, cada uno por un lado.

Los violadores cayeron en la cuenta. La determinación, el destello del cañón del arma... *algo*.

El hombre alto dejó caer el pitillo. El hombre robusto manipuló torpemente el volante.

Dudley dijo:

—Por mi querida niña, Beth Short.

Disparó. Scotty disparó. Apuntaron a sus bocas, muy abiertas. Les volaron las caras y destrozaron todas las ventanillas.

Las balas rebotadas traspasaron la cubierta del motor. El cárter expulsó aceite caliente. El radiador expulsó vapor.

El Ford se balanceó sobre sus ejes. Dudley y Scotty subieron al Dodge y se marcharon.

El sol se puso. El Ford permaneció en el asfalto. Dudley encendió un pitillo y sacó la nota.

«Llame a Claire De Haven. CR-4424».

17.49 horas

La Mancha Amarilla.

Avanza con cautela.

Acecha en la noche.

No era *del todo* de noche. «Acecha» en sentido hiperbólico. En el edificio municipal reinaba un silencio sepulcral y no había peligro alguno. Se hallaba dos plantas por encima de la Unidad Central. Casi se mimetizaba.

«La Mancha Amarilla». Combinaba bien con «El Hombre Lobo» y los niños con máscaras de monstruos. Alcanzó a ver las secuelas de la confesión de Shudo. Shudo firmó autógrafos y posó con los niños. Fue un espectáculo esperpéntico y cómico.

En el pasillo reinaba un silencio sepulcral. Las oficinas de la alcaldía eran una tumba. El vigilante controlaba la puerta de Spring Street. La Mancha Amarilla ataca...

Ahora.

La puerta se abrió con una ganzúa del n.º 3. El haz de la linterna de bolsillo perforó la sala de espera. Sillas y el mostrador de recepción. El despacho de Fletch B.: justo allí.

La puerta cedió con una ganzúa del n.º 2. Ashida la cerró sigilosamente y recorrió el espacio con la linterna. En el despacho todo eran placas y sillones. He ahí el escritorio de Fletch Bowron.

Era presidencial. Un dictáfono de cilindro ocupaba el borde derecho. Un cable conectaba el dictáfono al teléfono. Fletch grababa sus llamadas.

Ashida examinó las paredes y el suelo. El dictáfono y el teléfono compartían una misma toma de corriente.

Fletch grababa sus llamadas. Tal vez Fletch encargara la transcripción de sus llamadas. Tal vez borrara la superficie de los cilindros.

Encontrar conversaciones pertinentes era una posibilidad remota.

Ashida se sentó en la butaca de Fletch B. e hizo una composición de lugar. Sostuvo la linterna entre los dientes y se puso manos a la obra.

Examinó el dictáfono. Abrió la bandeja y vio un cilindro colocado. Era un cilindro en uso. La cinta magnética había registrado llamadas telefónicas. El cilindro era todavía utilizable. Los cilindros ya agotados se expulsaban automáticamente.

Ashida consultó su reloj. Eran las 18.12 horas del sábado. El cilindro

probablemente tenía grabadas llamadas del viernes.

Ashida ajustó el mando del volumen. Ashida hizo retroceder el cilindro y pulsó el botón de reproducción. Oyó el susurro de la línea y aire enlatado. Fletch decía: «Estamos a viernes, 19 de diciembre». Eso significaba que había llamadas grabadas.

Ashida mantuvo bajo el volumen. Ashida escuchó. Ashida sobrellevó el fárrago de conversaciones aburridas.

Llamaron la compañía del agua y la compañía de la luz. Era aburrido. Ashida sobrellevó el fárrago. Llamaron cuatro concejales. Ahora estamos en guerra. ¿No deberíamos cancelar el partido del Rose Bowl?

Fletch llamó a Ace Kwan. Hablaron del menú de la francachela navideña ofrecida por el alcalde. Fletch charló con un general de una estrella. El asunto de la fuga de japos era un embrollo descomunal. La señora Fletch llamó y echó pestes de su criada de color. Ace devolvió la llamada. Propuso un asado de cerdo en la azotea del edificio municipal. Fletch contestó que una mierda, de eso ni hablar: podía llover.

Ashida escuchó. Se acumularon el aire estancado y las conversaciones estancadas. El tiempo estancado se hizo interminable.

Llamó el *sheriff* Gene. Últimas noticias. Los japos fugados huyeron a la sierra de San Gabriel. La partida de búsqueda estaba allí. Los chicos de Hearst enloquecieron y tirotearon un campamento de vagabundos. Heridas superficiales y ninguna baja.

Chasquidos en la línea. Aire estancado. Enhorabuenas por el caso Watanabe. ¿Ha visto el artículo del *Herald*? Llamadas del viernes. Llamadas del sábado por la mañana.

El tiempo se hizo interminable. Ashida consultó el reloj. Eran las 22.41. Aire estancado, otra vez Ace Kwan, el jefe Jack Horrall en la línea.

Chasquido, susurro, crepitación. Llámame Jack, belicoso.

«... y si cancelamos el desfile del Rose Bowl, quedaremos como gallinas. Da dinero y refuerza las relaciones con el Departamento de Policía de Pasadena».

Bowron decía: «Así sea, hermano».

Horrall decía: «Y puestos a quejarme, permítame que arremeta contra Dick Hood, el sarasa de Hoover y los federales en general».

Bowron decía: «A ese respecto soy todo oídos, Jack».

Horrall decía: «Alguien ha hecho presión para sacar de la cárcel a unos rojos que estaban rodando una película de rojos en el barrio japonés. El mediador ha sido el Dudster, pero no dice ni pío al respecto, y Hoover está que trina. Eso significa que se nos echará encima aún con más ganas en el asunto de las escuchas telefónicas. En eso Bill Parker nos sacó las castañas del fuego, pero Dick Hood cree que ha sido Parker quien ha presionado a Dud».

Bowron decía: «Parker. Ese soplapollas, el muy metomentodo. La caga con Ace Kwan, la caga en la primera intentona de Dud con el Hombre Lobo. Parker y ese compinche suyo, Ashida, el japo. Esos soplapollas me encienden la sangre».

Horrall decía: «Ashida tiene las horas contadas; le queda hasta febrero. Es el

curso de la Historia, hermano. De eso no podrán salvarlo ni Whisky Bill ni el Dudster».

Bowron decía: «Ashida me enciende la sangre. Es la mancha amarilla en mi impecable historial político. A él lo perderé de vista en febrero, pero Parker seguirá todavía por aquí removiendo la mierda».

Horrall decía: «Tengo que decirlo, Fletch. No quiero que ese soplapollas sea mi sucesor en el puesto. Empezará a criticar mi mandato en cuanto jure el cargo. Ese cabrón no tiene más objetivo que empequeñecer a los hombres corrientes. Como dice mi apreciado Elmer Jackson: “Habla con Dios y a la vez mueve los labios”».

Bowron decía: «Ahora que menciona a Elmer el J, me he acordado de una cosa. Tengo que llamar a Brenda. Quiero que me consiga una chica para el lunes por la noche».

Horrall decía: «Esto de Parker se está convirtiendo para mí en un forúnculo en el culo. No quiero que mancille mi legado un meapilas que se dedica a mamarle la gigantesca polla imperial a la Roma papista. Le salpicarán las secuelas, Fletch. Me difamará, y deshonrará su administración implícitamente. No se detendrá en el puesto de jefe de policía, Fletch. Aspirará a fiscal y gobernador».

Bowron decía: «Tiene usted razón, Jack. Agüémosle los planes ahora que el tiempo está de nuestro lado. Crearemos un retrato reprobable de él. A la que abra la bragueta y dé un solo paso en falso, nos enteraremos y dejaremos constancia. Cuando usted deje el cargo, le enseñaremos a Bill el lote entero. “Lo siento, Bill, pero usted se metió con quien no le convenía y pisó mierda demasiadas veces. El puesto es para Thad Brown, no para usted”».

Horrall decía: «Así sea, hermano. Eso haremos. Whisky Bill tiene las horas contadas, y el reloj está en nuestras manos».

Bowron decía: «Si tenemos a Parker, tenemos a Ashida. Es un maniobrero, ese soplapollas. Y tiene un gran concepto de él nada menos que Dud Smith».

Horrall decía: «“Un retrato reprobable”, Fletch. No podemos conformarnos con eso, o nos arrepentiremos».

Bowron decía: «Estoy de acuerdo, Jack. Pero ahora tengo que colgar. He de hacer mi encargo a Brenda».

Horrall decía: «Feliz cacería, señor alcalde».

Bowron decía: «Y ahora dejémoslo ya. No quiero llegar tarde a la Unidad Central. Dud va a volver a la carga con el Hombre Lobo».

Horrall decía: «Nos vemos abajo, *sahib*».

La llamada concluyó. Ashida pulsó el botón de apagado.

La Mancha Amarilla.

La Fiebre Amarilla.

El Peligro Amarillo.

El San Valentín de Dudley.

Febrero del 42: la Diáspora japonesa.

Ashida apoyó los pies en el escritorio del alcalde. Ashida hizo balance mentalmente.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 20 DE DICIEMBRE DE 1941

23.47 horas*Dudley Smith.*

No podía pensar en otra cosa. Fui a casa en taxi desde el hospital y pensé en Dudley Smith; tengo heridas infligidas por la secuaz de Dudley Smith, Dot Rothstein. Dudley Smith, el amorío de Bette Davis en tiempos de guerra; Dudley Smith y su maniobra para empapelar al Hombre Lobo, un individuo miserablemente patético. Dudley Smith y su confluencia de casos penales, su relación de connivencia con Ace Kwan, sus apropiaciones de tierras y sus planes ventajistas para sacar tajada de la guerra, que incluían la distribución de pornografía «Anti-Eje», en alianza con otro Smith tristemente famoso, Gerald L. K. Smith. Dudley Smith, el hombre cortés. Dudley Smith, tan proclive al asesinato despreocupadamente expeditivo. Dudley Smith y su tendencia a corromper a hombres jóvenes. Dudley Smith y su culto asombrosamente democrático a la familia.

Sus «chicos». Su arzobispo católico, su compinche la doctora lesbiana, y la malévola amada de esta. Más que cualquier otra cosa, la sincera y profunda estima en que tiene a Hideo Ashida.

Me senté en la terraza de mi habitación independiente y me tomé tranquilamente un *whisky*. Lee andaba por ahí en algún sitio; tenía toda la casa para mí sola y agradecí ese rato para reflexionar en silencio. Dudley Liam Smith había infravalorado gravemente las aptitudes mentales de Robert Sinclair Bennett, tal como había hecho yo. Ahora yo sabía todo lo que él había escrito en ese diagrama de la pared extraordinariamente amplio y concebido imprudentemente.

Era todo trabajo policial y negocios delictivos. Dudley Smith no maquinaba ni mataba por rencores mezquinos, sino porque veía la solución expeditiva como única opción. Actuaba a un nivel de engaño extraordinariamente complejo. Adhiriéndose a su sentido de la lealtad familiar, no señaló a su adlátere, el que atracó la farmacia Whalen y el furgón de la Oficina del Sheriff con dinero japonés incautado. Scotty dedujo que Dudley y Ace Kwan mataron a los tres hombres de Griffith Park, pero el acompañante de Dudley en esos homicidios aparecía designado como «CNI», que significaba «cómplice no identificado». Esos homicidios se derivaron de su actitud paternal y su deseo de vengar la atroz muerte de una joven. Scotty analizó el

diagrama tres veces. Me contó que Dudley había creado ese documento para poder recordar todo lo que había hecho desde el atraco en Whalen, los homicidios de los Watanabe y el ataque a Pearl Harbor. Lo concibió como material de estudio e instrumento nemotécnico. Ahora ardía dentro de mí, como una confesión de un hombre en esencia malo e inteligente. He estado cavilando al respecto durante horas. He llegado a la conclusión de que Dudley omitió algo —quizá aterrador, quizá trivial, y seguramente revelador—, y que deriva de su relación con Bette Davis.

Y me extraña que yo no deteste a ese hombre asombrosamente malvado. Y que esté en deuda con él tanto como lo estoy con Bill Parker. El intercambio de promesas entre ambos garantizó mi libertad. Y la libertad de Claire, y la libertad de todos los demás. El sargento Smith y el capitán Parker cumplirán sus promesas ante Dios, de eso no me cabe la menor duda. Esta promesa compartida me parece magnífica. La promesa —por expeditiva, corrupta e interesada que sea— reconoce el poder de lo infinito para mediar en el orden terrenal. El hecho de que hombres así de brutales acaten ese poder resta importancia a mis propias maquinaciones recientes y me vuelve insignificante a mis propios ojos.

Los detalles del diagrama siguen desplegándose. Estoy atascada en Pierce Patchett y su plan de recrear quirúrgicamente a mujeres como estrellas de cine. Tengo la nariz rota y entablillada; he obtenido una recreación parcial de mí misma. Mi pelea con Dot Rothstein es reflejo de los abusos que Claire padeció a manos de Dot. Me enteré de eso por un panfleto que Claire escribió. Lo escribió para G. L. K. Smith: el diagrama de Dudley así lo decía.

Sonó el teléfono. Entré y descolgué.

—¿Sí?

—¿Kay? —dijo Hideo Ashida—. Espero que no sea muy tarde para llamarla. — El lacayo de Dudley rezumaba deferencia.

—Para mí, siempre es una sorpresa saber de usted. Y siempre me alegra hablarle, así que la hora en realidad da igual.

—He oído el contenido de dos conversaciones telefónicas —dijo él—. Las mantuvo el alcalde Bowron, pero no puedo decirle cómo lo he averiguado.

¿Porque usted no sabe lo que yo sé de usted? ¿Porque piensa que me creeré todo lo que diga?

—Por favor, cuéntemelo igualmente.

—He oído una conversación entre el alcalde Bowron y el jefe Horrall. Están planeando crear un «retrato reprobable» del capitán Parker para impedir que llegue a jefe de policía. Por un lado está eso, y por otro el alcalde Bowron ha pedido una chica a su amiga Brenda, para el lunes por la noche.

Y por eso me llama a mí. Porque el capitán Parker sabe de qué lado está usted. Y por eso me llama a mí. Porque el capitán Parker rechazaría esta llamada. Por eso me llama a mí. Porque tal vez algún día necesite al capitán Parker y esta torpe advertencia podría llegar a serle útil.

Colgué. Pensé en Pierce Patchett; se me ocurrió una idea y volví a coger el auricular.

Telefoneé a Brenda. Estaba aún despierta a las doce de la noche. Empezó a preguntarme por mi estancia en el hospital. La interrumpí, le dije que emplazara a Elmer y se reuniera conmigo en el Dave's Blue Room, inmediatamente.

Brenda se apresuró a despedirse. Colgué, cogí mi abrigo y bajé al Strip. El Blue Room estaba tranquilo; encontré un reservado al fondo. El camarero miró dos veces mi nariz entablillada. Pedí un *whisky* y dije:

—Tendría que ver a la otra chica.

Sonrió y me dejó sola. Oí un informativo en la radio montada en la pared.

Se había detectado la presencia de submarinos japoneses cerca de Monterrey. Unos submarinos habían torpedeado cargueros al norte de San Francisco. Las noticias me llevaron de vuelta al diagrama y al ataque a la cala Goleta.

Llegó mi copa. Saqué la polvera y me examiné en el espejo. Tenía un considerable hematoma bajo los ojos; las heridas de la nariz se habían secado y ahora eran costras. Tomé un trago y me quité el entablillado. Me *dolió*, pero no sangré.

Brenda y Elmer se acercaron. Elmer dijo:

—Me gustabas más con la gasa. Te daba un aire de mujer más madura.

—Por tu bien, amiga mía, mejor será que esto valga la pena.

Les dejé espacio a los dos en el reservado. Los puse al corriente, con un riguroso grado de omisión.

Jack Horrall y Fletch Bowron se confabulaban contra Bill Parker. Había llegado a mí información fidedigna que podía representar para *ellos* drásticas pérdidas económicas. Un hombre de negocios protegido por la policía planeaba supervisar a un grupo de chicas operadas para parecerse a estrellas de cine. Brenda lanzó una exclamación al oírlo. Elmer toqueteó nerviosamente su puro.

Jack y Fletch estaban creando un «retrato reprobable» de Parker. Jack aprobaría sin duda la empresa de ese hombre de negocios. Parker sería un excelente aliado para ellos. Era muy posible que Parker llegara a jefe. Fletch les había encargado una chica para el lunes por la noche. Pensemos en extorsión. Pensemos en una amenaza de mala conducta hecha pública. Pensemos en «Atajar el tinglado de las chicas operadas antes de que despegue». Vuestras opciones son hacerlo todo o no hacer nada.

—No existe ninguna garantía de que Parker llegue a jefe —dijo Elmer—, y si no llega, no tendríamos protección.

—Ese es el riesgo que corréis —dije—. Mientras tanto, pondréis freno a ese tinglado, y nos habremos asegurado de que Fletch no le dice a Jack que lo han presionado. Esta es una estrategia para garantizar vuestra seguridad en el futuro. Si presionáis a Fletch ahora, él podrá preparar el terreno para decir: «Jack, en cuanto a eso, no lo veo muy claro».

—Extorsionamos al alcalde de Los Ángeles, *ya*. Paramos los pies a ese rival *ya*, y si entretanto tu amigo Bill no consigue el cargo y las cosas van de mal en peor, *ya* se

verá.

—Sí —dije—. Y este asunto sí va a salir adelante, y con las personas idóneas para llegar a buen puerto.

—Si Parker accede a participar en esto desde el principio, y con un convincente apretón de manos —dijo Elmer—, me decantaría por aceptar.

Brenda encendió un cigarrillo.

—No puedo arriesgarme a usar a una de nuestras chicas como cebo. La señorita Katherine Lake, reciente vencedora por KO en su combate contra la Dot, se come el mundo... pero no da ningún nombre relacionado con este asunto. Lo veo con escepticismo, amigos míos.

—Hay nombres que reconoceréis y nombres que respetaréis. Vais a querer que alguien como Parker esté de vuestro lado. Vais a querer que esté de vuestro lado porque no confiáis en él ahora, pero confiaréis en él si os da su palabra.

Elmer volvió a encender su puro.

—Me decantaría por aceptar, pues. Como parece que este tinglado es una apuesta segura en la que hay figurones implicados, sería una estupidez no intentar algo.

Encendí un cigarrillo.

—Yo seré el señuelo. Un poco de Helena Rubinstein n.º 9, y Fletch no se dará cuenta de que esta chica ha estado metida en un altercado.

21 de diciembre de 1941

00.52 horas

Parker patrulló por Palisades. Oscurecimiento en la franja costera: decimoquinta noche.

Ocean Avenue estaba fortificada. Alerta por submarinos, alerta por francotiradores. En los acantilados se sucedían los puestos de observación antisubmarinos. Grandes reflectores realizaban barridos.

El francotirador depravado acechaba en algún sitio. En Ocean Avenue se habían triplicado los efectivos. Thad Brown actuaba de enlace con el Departamento de Policía de Santa Mónica. El francotirador portaba una carabina de cañón recortado. Thad comprobaba las ventas de armas.

Los soldados acampaban en los acantilados. Se veían tiendas de campaña biplaza desde Pico hasta Wilshire. Los observadores antisubmarinos se hallaban apostados cada diez metros. El miedo a los submarinos tomaba forma de extraña superchería. Inducía a pensar en hombres lobo surgidos del mar.

El miedo al lobo. Parker pensó en Fujio Shudo. El miedo a los submarinos. Parker pensó en Hideo Ashida y el ataque a Goleta.

Atajó hacia el este por Wilshire. El tráfico era nulo. Los semáforos tenían las luces envueltas en celofán. El oscurecimiento abarcaba todo el término municipal de Los Ángeles. Patrulló, sin rumbo. Su casa era una trampa explosiva.

Su mujer le daba la tabarra. Las llamadas telefónicas lo agobiaban. No podía dormir. Esa última llamada lo *japuteó*.

Llamaba Hideo Ashida. El rumor de la tregua se había propagado. Ashida se disculpó por delatarlo. Adoptó un tono adulator y sonó a falso.

El tono de Parker sonó a áspero. El Dudster lo había aventajado como protector. Así se lo dijo a Ashida. Ashida le salió con el cuento de que por azar había escuchado dos llamadas telefónicas.

Una conversación entre Lláname Jack y Fletch Bowron. Urdían la preparación de un «retrato reprobable» para truncar la carrera de Parker. Una conversación entre Fletch y Brenda Allen. Fletch encargó una chica.

Ashida estaba muy alterado. Jugaba a dos bandas. Se había arrimado a Dudley. Con eso anulaba sus acciones ilícitas. No anularía su internamiento.

El miedo a los submarinos. Retrato reprobable. Parker patrulló. Parker se acordó de Dudley Smith.

«Usted, con el doctor Ashida o sin él, puede cultivar la magnífica distracción de buscar hombres blancos con jerséis morados, pero no presentará pruebas, pública u oficialmente, de que el asesinato de la familia Watanabe lo cometió nadie más que el señor Shudo».

Parker torció hacia el norte y aparcó. Hacía frío. Dejó el motor al ralentí y puso la calefacción.

Leyó teletipos. Aumentaba el número de víctimas mortales en accidentes de circulación. Los japos fugados estaban bien japuteados al norte de Monrovia. La policía pululaba por los montes. El Equipo de Tiro Hearst merodeaba por allí.

Retrato reprobable. Bumerán moral. Su retrato de Claire De Haven. Ahora Dios lo acusa a él.

Parker fue a Santa Monica Canyon. El *bungalow* de Larkin seguía allí. La calle seguía tranquila.

Cogió su palanca y una caja de comida para peces. Se acercó y abrió la puerta de un empujón.

La cerró al entrar. Encendió la luz y obtuvo luz. La compañía eléctrica estaba desbordada. Los muertos recibían suministro gratis.

En el salón, el canal de koi destellaba. Los koi subieron como flechas a la superficie y lo miraron. Vertió en el agua la mitad de la comida para peces. Los koi la engulleron.

¿Quién es el hombre blanco del jersey morado?

Parker entró en el dormitorio. Encendió la luz y vio el estanque de koi exterior. Abrió la puerta de la terraza. El estanque destelló. Los koi lo miraron.

Les dio de comer. Vacío el envase. Los koi se arremolinaron y manducaron.

Ese nuevo registro era un tiro al aire. Los escondrijos eran poco comunes. Los Watanabe tenían un escondrijo. Ashida lo describió en su confesión.

¿Quién es el hombre blanco del jersey morado?

Parker recorrió la casa.

Abrió armarios. Miró en los cajones. Golpeteó las paredes y aguzó el oído, atento a un posible ruido a hueco.

Montó en cólera. Se impacientó. Dijo a los koi que les construiría un agradable estanque en el jardín trasero de su casa. Los mantendría a salvo de perros y gatos.

Muy bien, pues.

Se dirigió al centro del salón. Agarró su palanca y la arrojó contra el suelo.

Hizo astillas el entarimado. Le quedaron los brazos doloridos. Debajo solo vio tierra.

Lo repitió.

Lo repitió.

Lo repitió.

Arremetió con la palanca contra el suelo del salón y las paredes del salón. Se interrumpió al llegar a cuarenta y tres. No vio nada más que cartón yeso y tierra. A

golpe de palanca retrocedió hacia el dormitorio. Le quedó el cuerpo insensibilizado. Entró en el dormitorio y lo destrozó.

Arremetió con la palanca contra el suelo del dormitorio y las paredes del dormitorio. No vio nada más que cartón yeso y tierra. Le quedaron las manos ensangrentadas. Reventó el entarimado alrededor de la cama y esta se hundió en la tierra.

Sudó hasta ennegrecérsele la ropa y le quedó el cuerpo insensibilizado. Se abrió camino hasta la terraza a golpes. A golpes atravesó las paredes hasta acceder a espacios vacíos y atravesó los suelos hasta acceder a astillas de madera y polvo.

Vio despuntar el alba. Le importó un carajo. Arremetió contra el suelo, golpeó el suelo, *japuteó* el puto suelo. Contó las arremetidas de palanca. Llegó a las doscientas ochenta y seis.

Y he ahí el cartapacio. Tirado en la tierra. Se parece a aquel primer cartapacio. Estuvo aquí con Ashida. Ellos lo encontraron.

Parker lo cogió y lo examinó. Estaba escrito en japonés.

9.17 horas

Vestía un traje de raya diplomática y llevaba flores. Fue allí nada más salir de misa. Whisky Bill no se había presentado. El arzobispo se sulfuró.

Una casa magnífica. Una mansión sureña, sin negritos. Un hombre alto cortaba el césped en el jardín contiguo. Era Serguéi Rachmaninoff.

Dudley llamó al timbre. Abrió la puerta Claire De Haven. Llevaba el pelo corto, oculto bajo un pañuelo azul.

Percibió en ella olor a iglesia. Era una mujer que encendía las velas del altar y se cubría la cabeza ante Dios.

Sonrió y aceptó las flores. Él se destocó.

—Señorita De Haven —dijo.

—Sargento Smith —dijo ella.

Dudley percibió el aroma de su jabón de baño. ¿Percibió ella el olor de Bette? Habían hecho el amor toda la noche. Ella lo dejó para ir a desayunar en los estudios. Él la dejó para ir a misa.

Claire se hizo a un lado. Dudley entró. Su hábitat lo dejó atónito.

Brocados de seda, caoba, jade. Cuadros modernistas. Lo clásico, lo exquisito, lo chic.

—¿Acaso desaprobaba yo las jaranas que se celebran aquí?

Claire cerró la puerta.

—No, porque usted iría más allá de la desaprobación y caería en el desconcierto. Quizá disfrutara del espíritu de las jaranas, pero montaría en cólera al oír las conversaciones.

Dudley le entregó el sombrero. Ella lo lanzó al otro extremo del salón. Cayó limpiamente en un perchero.

Dudley dejó escapar una exclamación. Claire le tocó el brazo y señaló un sofá de piel rojo. Tenía un té preparado. Servicio para dos. Preveía la llegada de una visita.

Dudley se sentó a su derecha. Claire sostuvo el ramo en el regazo.

—Sabía que, en lugar de llamar, se presentaría en persona.

—Habría enviado las flores, si usted no hubiese telefoneado y dejado el mensaje.

Claire lanzó el ramo. Este surcó el salón. Fue a caer limpiamente en el confidente.

—Es usted muy hábil —dijo Dudley—. Es una amazona destacada, una magnífica tenista y una golfista de hándicap bajo. ¿Sintió usted decepción por haber

desarrollado esas aptitudes con tal facilidad? Se solaza en la suntuosidad y al mismo tiempo la desprecia y conspira contra ella. ¿Acaso no le quedaban más caminos que la disipación y la revolución?

—Vaya labia la suya —dijo Claire—. Es usted un inquisidor y un interlocutor de inestimables dotes, y entiende plenamente que yo no acepto cumplidos sin reservas. Podría haber leído usted mi currículum deportivo en el *Anuario de la Alta Sociedad de Los Ángeles*, o haberlo obtenido por mediación de Terry Lux, como yo obtuve el suyo por mediación de Terry y Joe Hayes. Pero no ha sido ese el caso. Ha recurrido directamente a una deducción bien razonada, y eso me halaga y me impresiona en igual medida.

El pañuelo hacía juego con sus ojos. Ella vio que él se fijaba en ese detalle. Se desató el pañuelo y lo lanzó. Su pelo a lo Juana de Arco resplandecía.

—He visto la película de Dreyer muchas veces. Causó un verdadero revuelo en Dublín, según me han contado mis primos. El éxtasis religioso y el martirio, todo ello impregnado de Marx. Los *apparátchiki* eclesiásticos no sabían si cagarse en todo o hacer la vista gorda.

—Hicieron las dos cosas —dijo Claire—. Y Dreyer era protestante. La película entera les olía a Lutero.

—¿Ha existido alguna vez un tirano mayor que Lutero?

—Me viene a la cabeza Hitler.

—¿Y no el tío Iósif Stalin?

—Me viene a la cabeza la actual guerra en el frente ruso. El «tío Iósif» desangrará a Hitler por el este, y facilitará la alianza occidental en el reparto final de los territorios europeos. Eso a usted debe de disgustarle, habida cuenta de sus propios esfuerzos revolucionarios dirigidos contra Gran Bretaña.

—Los irlandeses encendían hogueras para iluminar el camino hasta Londres a los bombarderos de Hitler. Gerald L. K. Smith me lo recordó hace poco. También me dijo que usted compró muchos de sus panfletos izquierdistas, y que usted misma escribió uno.

Claire sirvió el té.

—Censuraba con contundencia los métodos de su Departamento de Policía. Señalaba concretamente a un colega suyo y lo presentaba como elemento emblemático. No le diré quién es, pero estoy segura de que usted lo conoce. Aun cuando no haya leído el panfleto, estoy segura de que puede hacer una extrapolación.

Dudley sonrió.

—No he leído el panfleto, y no me dejaré llevar por las conjeturas. Tal vez usted me haga esperar y me lo diga a su debido tiempo.

Claire le entregó la taza de té y el platillo. El aroma lo estimuló.

—Sargento, me confiaré a usted más de la cuenta antes de que se marche de aquí hoy. Sentiré curiosidad por ver qué no pregunta usted.

—El pastor Smith y yo hablamos de populismo, utilidad y esos imprecisos

intereses creados que desbancan y en gran medida definen a la izquierda y la derecha. Yo diría que nosotros dos coexistimos dentro de esa órbita. Me honra que sitúe usted mis actos de rebeldía en Irlanda en el contexto de la revuelta obrera, pero debo decir que soy tan zarista como su vecino el señor Rachmaninoff.

Claire sonrió. Sus escasas pero marcadas arrugas desaparecieron.

—¿Ha oído el *Preludio opus 32, número 10*? Es en gran medida un referéndum a ese respecto.

Dudley tomó un sorbo de té.

—Pongo esa pieza en mi gramófono repetidamente. En ella el autor ofrece un tratado sobre el exilio. La pongo cuando empiezo a añorar Irlanda más de lo debido. El maestro me recuerda que nunca podré volver.

Claire abrió una caja de caoba. Dudley extrajo dos pitillos. Claire sacó un encendedor. Dudley los encendió.

Ese magnífico placer. Los dos lo ansiaban desde hacía rato. Se rieron y expulsaron el humo al aire.

—¿Era Kay Lake informante de la policía? —preguntó Claire.

—Sí, pero en gran medida bajo coacción.

—Bajo coacción ¿de quién?

—El policía que ha descrito usted como «elemento emblemático», pero de quien, muy sensatamente, no ha dado el nombre.

—¿Cree usted que mi panfleto dio pie al interés de ese hombre en mí?

—Dudo que lo haya leído. Tiene una arraigada debilidad por las mujeres provocativas e incurre en insensateces por ellas.

—¿Y quién fue el responsable de mi puesta en libertad? —preguntó Claire.

—Ese hombre y yo cerramos un pacto, en presencia del arzobispo. Su puesta en libertad formó parte del acuerdo, a instancias de ese hombre. Tiene una debilidad por los gestos efusivos que yo no comparto.

Claire aplastó la colilla.

—Refutaré la última parte de esa declaración a su debido tiempo, y me remitiré a nuestro encuentro del viernes por la noche en la celda acolchada. Lo que me interesa ahora es saber por qué accedió usted a las condiciones impuestas por ese hombre.

Dudley aplastó su colilla.

—Yo no considero a sus camaradas ni a usted «sediciosos» ni traidores en modo alguno. La actual histeria bélica y su concomitante animadversión racial me resultan ofensivas. Como monseñor Hayes le ha ofrecido ya los datos básicos de mis orígenes, y yo la vi a usted por primera vez en un momento de profunda disipación que trascendió hábilmente, atribuí un significado a ese momento que ahora me consta que es cierto. Tenía que ver con la «fe». Eso me dijo usted, y no le faltaba razón. Me constaba que Terry Lux, siempre tan oportunista, le describiría a usted mis presentes actividades en colaboración con Ace Kwan, Preston Exley y Pierce Patchett, y que usted desearía asumir un riesgo considerable y un conflicto de ideales e invertiría.

Claire se atusó el pelo. Claire señaló una caja lacada que había en la mesita de centro.

—Kay Lake me ponía nerviosa. Yo sabía que era fraudulenta, pero me resultaba irresistible. Llevo dentro un sentido de la interpretación que ella me reinfundía y me inducía a revisar. He sido presa de un deseo de actuar en contextos peligrosos que cuestionan mis creencias pero me permiten conservar mi integridad natural. Terry me ha dicho que se incorporará usted a su destino en el Servicio de Inteligencia Militar en Año Nuevo. Sean cuales sean los conflictos a que lo llevan sus creencias, el hecho es que va usted a marcharse a combatir en esta guerra. Se me ha ocurrido que podría darse buen uso en la causa Anti-Eje a mis aptitudes naturales y a mis observaciones de la actuación de Kay Lake, y que usted y yo podríamos beneficiarnos de eso, personal y económicamente.

Dudley tomó un sorbo de té. Levitaba. La taza y el platillo temblaban.

—¿Y qué la ha empujado a eso? ¿Aparte de las razones que acaba de expresar?

—El viernes por la noche vi compasión en sus ojos. Vi en ellos reprensión hacia Terry Lux, junto con el deseo de no hacerme daño.

La caja era roja y dorada. La adornaban dragones y cortesanas. Claire la abrió. Contenía un fajo de billetes de cien dólares.

—Hay cincuenta mil. No es que apruebe sus proyectos; es que considero inevitable el internamiento. Insistiré en las salvaguardas para asegurarme de que los señores Kwan y Exley no desangran a quienes eludan el internamiento, y confío en que usted los trate más humanamente que el gobierno de Estados Unidos.

Dudley bajó su taza. El platillo traqueteó.

—Huelo en usted la presencia de una mujer —dijo Claire.

—Hay una bestia en mí —dijo Dudley—. Destruyo a aquellos a quienes no puedo controlar. Debo cerciorarme de que las personas cercanas a mí tienen intereses idénticos a los míos. Soy benévolo dentro de esa estructura. Fuera de ella soy un ser horrendo.

—Lo sé —dijo Claire.

—Albergo la esperanza de obtener un destino en México. Domino el español, y hay considerable actividad quintacolumnista en Ciudad de México, así como células derechistas alemanas en Acapulco, lugar asombrosamente hermoso. México es el sitio ideal.

Claire sonrió.

—Yo domino el español y el alemán.

Desviaron sus miradas. Dudley vio cosas.

El cuadro de Kandinsky. Una partitura en un marco dorado. Era el preludeo del exilio de Rachmaninoff. Lo supo.

Volvieron a mirarse. Él vio marcas en el puente de su nariz. Llevaba gafas de vez en cuando. Imaginó que eran de concha.

—Creo que sería un buen acompañante durante esta guerra —dijo ella.

—¿Precisamente *usted*? —dijo él.

10.27 horas

Claire tenía pecas. Para él eso fue mayor causa de placer que todo lo demás.

El recorrido por la casa. Los comentarios que ella hizo. El dormitorio, reservado para el final.

Lo asombraron todos los muebles y accesorios. La estética era una sátira de su riqueza y canonizaba su adhesión a la izquierda. El efecto era homogéneo y discordante a la par. Su biblioteca abarcaba desde los clásicos hasta el realismo social. Poseía la obra completa de san Agustín. Había estudiado la poesía religiosa y admitido que Marx se equivocaba en cuanto a Dios. Había leído los textos de Stanislavski sobre artes interpretativas y declaró que también Kay Lake los había leído. Tenía los discos colocados en orden alfabético desde Bach hasta Wieniawski. Le gustaban las sinfonías de Bruckner tanto como a él.

Alquilaba una habitación a dos de sus esclavos. Así los tenía a mano. Despreciaba a los hombres débiles y los utilizaba para permitirle realizar más fácilmente sus caprichos. Mencionó a Hideo Ashida y dijo que socavaba la verosimilitud de Kay Lake. El doctor Ashida fue la razón por la que a ella se le activaron las alarmas con respecto a la señorita Lake. Era un amante poco convincente. Ella cayó en las garras de *La Grande Kay*. Era *La Grande Joan* y sentía debilidad por un igualitarismo defectuoso. Kay Lake era chusma de Dakota del Sur. Lo supo ya de entrada. Probablemente Kay asistió al concierto de Paul Robeson siguiendo órdenes. Ella nunca debería haberle dado fuego a esa chica.

Nao Hamano y *La Grande Joan* adornaban el dormitorio de Claire. La suicida recordaba a Goro Shigeta. El recuerdo trajo consigo ecos de detonaciones y cristales rotos.

En su diagrama no aparecía ningún «G. S.». Eso se lo reservaba a Bette. Ella dijo: «Hazme el favor de matar a un japo por mí». Ya se lo comunicaría en el momento oportuno. Se preguntó si Claire todavía percibía el olor de Bette.

Ella le enseñó el panfleto que escribió para Gerald L. K. Smith. Era convergencia en el *spiritus mundi*. Su bestia negra de la policía era William H. Parker. El catolicismo de Parker desencadenó la conversión al humanismo izquierdista de ella. La cruzada anti-Parker de Claire se restringía a ese único panfleto. La cruzada anti-Claire de Parker no reconocía la existencia del panfleto ni el incidente histórico que lo había generado. Parker andaba buscando a mujeres a quienes tender una trampa y eligió a Kay y Claire. Era puro azar o el sino malévolos. Claire De Haven asistía a la misma iglesia que D. L. Smith y W. H. Parker. El sargento Smith y el capitán Parker no se habían fijado en la señorita De Haven. La señorita De Haven sí se había fijado en ellos.

Compartían un adversario. Dudley decidió no decírselo. Acaso entorpeciera lo que podía llegar a surgir entre ellos. Acaso entrara en conflicto con su promesa a ese hombre.

Leyó el panfleto con Claire a su lado. Se maravilló de la perspicaz semblanza del opresor de botas altas. El *spiritus mundi* cobra coherencia. Dod Rothstein acaricia a Claire en una celda de la Comisaría Central. Kay Lake agrede con un pincho a Dot. Claire yace comatosa, en la celda contigua.

Salieron a la terraza. La vista daba a Beverly Hills y las montañas de Santa Mónica. Dudley describió su diálogo con el lobo junto a los brezales. Claire describió cierta travesura, allá por el año 24.

Su padre la llevó a una gala en el club de campo Annandale. La horrorizó ver que el club no tenía ningún miembro judío. Fue furtivamente al cobertizo del jardinero y robó un saco de cal viva. En el *green* del hoyo número nueve trazó una estrella de seis puntas con la cal para quemar la hierba.

Eso no bastó. Se había enterado de que se celebraría una concentración de los Camisas Plateadas en lo alto de Angeles Crest. Le robó el coche a su padre y se dirigió hacia allí con intenciones incendiarias. Llevaba en el maletero una caja de aguardiente de estraperlo. Encontró el campamento de los Camisas Plateadas y abrió las botellas en el cobertizo donde guardaban el equipamiento. Formó un cordón con tiras de periódico. Bastó una cerilla para prender docenas de tediosos panfletos de incitación al odio y túnicas nativistas.

Él se echó a reír. Ella le tocó el brazo.

—Tengo pecas —dijo.

—Enséñamelas, por favor —dijo él.

14.17 horas

Eso hizo Claire. Él perdió la cuenta al llegar a doscientos y pico. Las besó por grupos.

Las ventanas de la terraza estaban orientadas hacia un sol en su cénit. El calor desprendido por el cristal dio paso al frío del atardecer. Mantuvieron los ojos abiertos y se explicaron mutuamente la razón. En una primera vez no debemos perdernos nada.

Él le enseñó la cicatriz de una herida recibida durante unos disturbios carcelarios en el Ulster. Era la huella de una llave. La llave de la celda de un miembro del Negro y Caqui previamente expuesta al calor de una llama. Ella lo transportó a Pershing Square, 1935. Aquel día sus camaradas de azul vestían camisas marrones. Los caballos embistieron. El bocado de una brida se le hincó en un hombro y le dejó una marca. El borde de un estribo le hizo un corte en la pierna.

Era más grande y más fuerte que Bette. Lo besó con mayor vehemencia. Lo recolocó a conveniencia de ella. Pronunció su nombre más veces.

Se ruborizaba más que Bette. Su piel quemaba más. Se besaron durante todo el tiempo que permanecieron entrelazados. Transpiraba como transpiraba aquella vez que la vio en el baño de vapor. El sudor le ennegrecía el pelo y se encharcaba en los labios de ambos.

Él le besó las axilas. Le rozó con la nariz el amago de vello. Se llevó sus dedos a la boca.

Se contagiaron la fiebre una y otra vez. Ella le estaba agradecida. Así se lo dijo. Pronunció su nombre y añadió: «Te estoy agradecida». Él perdió la cuenta del número de veces que se lo dijo. Lo estrechaba cada vez que él decía: «Precisamente tú, Claire».

22.27 horas

Ella se quedó dormida a su lado. El nombre de él se apagó en un susurro. Él supo entonces que ella estaba fuera del mundo.

Se vistió a oscuras y bajó por la escalera. Sustituyó la caja lacada por Shakespeare. Abrió el libro y lo plegó por el lomo. Ella vería la página e iría derecha a la cita.

Otelo. El irlandés loco en el papel del moro loco. «Que la perdición se lleve mi alma, pero te quiero».

Levitó hacia el coche. Fue derecho a Chinatown.

Breuning y Carlisle se reunirían con él. Aquel solar de Alameda era su lugar de encuentro. Breuning y Carlisle llevarían escopetas. Jack Webb telefonaría a la cabina de la esquina.

La partida de dominó se prolongaría toda la noche. El pelmazo de Jack informaría acerca del movimiento de dinero. El dinero de la banca no contaba. Para empezar, era dinero de Kwan y Smith. Tenían que embolsarse el dinero de las apuestas que los incautos llevaban consigo.

Eran chinos de un tong de San Francisco. Viajaban a Tijuana de partida en partida de dominó. Tenían planes para la Nochevieja. Aparezcamos allí con las campanadas del 42. Llegaremos a tiempo de ver el número del burro de las doce.

Ace había previsto que el dinero de las apuestas ascendería a sesenta de los grandes. Quizá lo llevaran todo encima. Quizá dejaran una reserva en el coche.

Dudley llegó a Chinatown. En el cruce de Alpine con Broadway se encontró la calle cortada. Rondaban por allí cuatro uniformados. Ray Pinker examinaba un cupé biplaza antiguo. Presentaba ventanillas angulares y guardabarros acampanados.

Un uniformado dio el alto a Dudley. Dudley paró y le enseñó la placa. El uniformado le dirigió un saludo militar en el acto.

—Han sido los japos, señor. Cuatro japos se han deshecho de esa tartana y han pillado un Ford del 36 achinado. El señor Pinker está ahora con el examen forense, y

hay un testigo presencial. ¿Quiere saber mi opinión? Han robado un coche en Chinatown para hacerse pasar por chinos.

Japos. *Los japos*. Llegados de la sierra de San Gabriel.

Dudley le devolvió el saludo. El uniformado apartó un caballete y le franqueó el paso. Dudley siguió hasta el solar. Breuning y Carlisle estaban allí junto a su modelo K. Breuning se acercó.

—Una buena noche para nuestro asunto, jefe.

—Me temo que va a salirnos el sol aquí, pero sí —dijo Dudley.

—¿Dónde está Scotty? Esto sería toda una bicoca para él.

—Empieza a vérselo un poco crispado, muchacho. Para ser un novato de dos semanas, ha presenciado ya una desquiciante cantidad de líos. Voy a concederle la licencia para incorporarse a la Infantería de Marina. Se la ha ganado a pulso.

—Ese chico saldrá en los diarios. Se lanzará sobre alguna isla de mierda y se comerá crudos a los japos.

—O no, muchacho. Es un chico atormentado, y solo tiene veinte años.

Breuning encendió un pitillo.

—He ido a echar un vistazo a la partida hace una hora. Ace estaba dándose un baño. Había una morterada de pasta en la mesa, pero no sé nada sobre la reserva de esos tongs.

Dudley señaló hacia el norte.

—Ray Pinker está examinando un cacharro en el cruce de Alpine con Broadway. Lo han abandonado los japos fugitivos, o unos chinos, según un mal testigo presencial. Id allí y apropiaos discretamente de alguna prueba indiciaria. Esos japos son mejores sospechosos que una panda de tiznajos desmandados.

Breuning guiñó un ojo y salió pitando. Dudley consultó su reloj y se echó tres benzis al cuerpo. 22.58, 22.59... 23.00 en punto.

Sonó el teléfono de la cabina. Como un reloj: Jack Webb.

Dudley se acercó. Descolgó al cuarto timbrazo.

—Hola, muchacho.

Jack estaba excitado. Era el perro faldero de Hearst y el Departamento de Policía. Busca, busca: esa era su misión en la vida.

—Los chinos están limpiando a Ace. Hablan de alargar el juego toda la noche, y no he visto a esos individuos de color de los que me habló.

—¿Ha visto el coche en el que han llegado los chinos? Me consta que a usted no se le escapa ni una sola matrícula.

—Es un sedán Cadillac del 39. Verde menta, con neumáticos de banda blanca y una bandera china en la antena. Matrícula de California BHO44.

—Magnífico trabajo, muchacho. Ahora váyase a casa. Haga alguna diablura para el señor Hearst no descanse.

—Entendido, jefe —dijo Jack.

Dudley colgó. Carlisle se acercó parsimoniosamente y puso cara de «¿Cómo está

la cosa?».

—Será por la mañana, muchacho. Esos capullos, los forasteros, están ganando. Doy por sentado, pues, que tienen la reserva guardada en el coche. Auguro que habrá un chino adormilado en el asiento delantero con un maletín prendido a la muñeca con unas esposas.

—Eso yo ya lo tenía previsto. No queremos cargar con billetes sueltos, así que he traído una sierra de arco.

Dudley le guiñó el ojo. Carlisle regresó parsimoniosamente al modelo K y jugó al solitario sobre el salpicadero. Dudley se acercó parsimoniosamente a su coche patrulla y reclinó el respaldo del asiento por completo.

Bette / Claire, Bette / Claire, Bette / Claire. Las vio desnudas. Las olió. Claire dijo: «Te estoy agradecida». Bette dijo: «Me has importunado».

Fumó un pitillo detrás del otro y orbitó en torno al forro del techo. Año Nuevo, el ejército. La camarada Claire y Acapulco. Jóvenes picadistas mexicanos se lanzan al mar por unos pesos. Buscad, muchachos, buscad.

El tiempo voló. Eso era efecto de las benzis. Apareció Breuning. Observemos esa bolsa de papel que trae.

—He conseguido fibras de la alfombrilla y polvo. Cuando Pinker estaba de espaldas, he encajado tres balas detrás de la rueda de repuesto. Se corresponderán con nuestros casquillos usados.

—¿Te has pasado por el restaurante de Kwan?

—He echado un vistazo al aparcamiento. El vigilante está en el asiento trasero, esposado a una cartera enorme, y lleva una pipa al cinto.

—Yo me ocuparé de él —dijo Dudley—. Iremos a por ellos cuando estén todos en el coche. Tú y Dick ocupaos de los otros tres.

Breuning dejó escapar un silbido. Carlisle cerró con llave el modelo K y acercó las herramientas. Magnums con silenciador. Una sierra de arco con dientes de tiburón.

Los muchachos subieron al coche. Fueron al restaurante de Kwan. Eran las 3.16 horas. El Cadillac era el único buga en el aparcamiento.

Dudley aparcó a una distancia de tres plazas. Carlisle destapó su petaca. El vigilante debía de estar en posición supina. No asomaba ninguna cabeza amarilla.

Mataron el rato dentro del coche. Hablaron de paparruchas. Básicamente de las mujeres y la guerra.

Breuning era boche de nacimiento. Quería liquidar a boches bajo las órdenes de George S. Patton. Carlisle anhelaba un poco de acción aérea. Tenía un hijo de ocho años. Montaban Zeros japoneses de juguete y los volaban con petardos.

Charla dispersa. La nena de Lee Blanchard había cosido a puñaladas a la Dot. Terry Lux le había reinjertado a la Dot aquella napia suya de judía. Breuning aludía una y otra vez a Bette. ¡Bette Davis me ha hablado! ¡La hostia!

Esa Nochevieja. Esa pista de baile. «Perfidia». Claire dice: «Te estoy

agradecida». Bette dice: «Me has importunado».

Se pusieron cómodos. Hablaron de paparruchas. Dick reveló su turbio enamoramiento de Ellen Drew. La vio en una película del Oeste... ¡Socio, menudo monumento!

Breuning echó el jarro de agua fría. Tiene cama en Los Altos. Es puta, al servicio de Brenda Allen. Elmer J. se la está tirando.

Volvieron a ponerse cómodos. Se fundieron la petaca. Breuning actuó de centinela. Dudley reactivó la subida de las benzis con Jim Beam.

Salió el sol. El buga de los tongs seguía allí. Las cuatro ventanillas estaban bajadas. El vigilante permanecía en posición supina.

6.09, 6.21, 6.43.

Se prepararon. Carlisle repartió pañuelos. Breuning cargó las Magnums. Se enmascararon, hasta la nariz.

Dudley sostenía en la mano su Magnum y la sierra. 6.44, 6.45, 6.46. Ahí: la puerta trasera de la cocina.

Salieron tres chinos.

Estaban radiantes. Hacían eses y chocaban entre sí. Ace servía unos *mai tais* que tumbaban.

Cargaban con cajas de comida para llevar de Kwan. Asomaban billetes verdes. Acarreaban dos cajas por cabeza.

El vigilante se revolvió y se incorporó. Llevaba esposada una muñeca. Los chinos llegaron al coche a trompicones y subieron.

Tres portazos. Dudley dijo:

—Ahora.

Se apearon a toda prisa. Se plantaron junto al otro coche en dos zancadas. Breuning se ocupó del conductor. Carlisle se ocupó del capullo sentado en el lado del acompañante.

Fue cuestión de tiro en la cabeza a bocajarro. Las balas explosivas eliminaron caras y volaron la columna de dirección. Dudley descerrajó un tiro al vigilante en la oreja y otro al otro capullo en el cuello. Los silenciadores se sacudieron y ahogaron las detonaciones.

He ahí el fragmento de cráneo. He ahí el parpadeo. Ahora empiezan a sufrir convulsiones.

Breuning y Carlisle se apresuraron. Abramos las puertas, cojamos las cajas, salgamos por piernas.

El vigilante se convulsionaba. Dudley abrió la puerta y le agarró la muñeca. Dudley serró la mano.

Breuning y Carlisle se apresuraron. Esparcieron las pruebas indiciarias, cogieron las cajas y miraron al jefe.

Dudley agarró la cartera. Repleta de dinero, pesaba lo suyo. Una mano cercenada se contraía en el asa.

22 de diciembre de 1941

6.49 horas

Sonaron sirenas. Parecían proceder de todas partes. Ashida calculó la distancia. Digamos que es cerca, al nordeste.

Quizá en Chinatown. Quizá en Lincoln Heights.

Estaba en el laboratorio. Ese lunes él fue el primero en fichar. Ray Pinker se había pasado la noche en el cruce de Alpine con Broadway.

Era un Código 3. Los fugitivos se deshicieron de un cupé biplaza y robaron un Ford del 36. Fugitivos «probables», remarcó Pinker.

El parloteo de la sala de revista entraba por los respiraderos. *Cuádruple homicidio ante el restaurante de Kwan*. Es reciente, reciente, reciente. Llamando a todos los coches, *ya*.

Ashida tomó un sorbo de café. En realidad no tenía trabajo. En realidad su tarea consistía en esperar. Era la Mancha Amarilla, desposeído.

Un hombre apareció tambaleante en la puerta. Era un vagabundo. Apestaba a moscatel de garrafa.

—Si es el doctor Ashida, traigo un paquete para usted. Un chico grandullón me ha dado un pavo y una botella para que lo buscara.

Arrastraba las palabras. Su pulsera de detenido indicaba que había dormido en el calabozo de los borrachos. Agitó un sobre marrón.

Ashida lo agarró. El vagabundo lo miró dos veces. «Eh, tú eres japo».

—Hábleme de ese chico.

—Bueno, lo curioso es que era un chico pero era un poli. Medía alrededor de un metro noventa y cinco y tenía pistola. Llevaba un traje marrón y una pajarita de cuadros escoceses.

Ashida aflojó un dólar al vagabundo. El vagabundo se dio media vuelta. Ashida cerró la puerta y se apoyó en ella.

Rompió el sobre. Contenía cuatro hojas mecanografiadas. Scotty había utilizado una máquina de escribir de la Unidad Central. Lo revelaban las características marcas de los tipos.

Pasó las hojas. *Entendió*. Scotty había descifrado el diagrama de Dudley.

Él había visto el diagrama. Era incomprensible. Scotty B. decodificó los delirantes jeroglíficos de Dudley.

El caso Watanabe. «Oportunidades conexas». La apropiación de tierras. Los «dos

fulanos blancos» nombrados. Su propia confesión, relatada. Bill Parker, coacusado. Los proyectos especulativos de Dudley y Ace Kwan para sacar provecho de la guerra.

Ashida leyó las páginas. Ashida se deslizó puerta abajo hasta quedar sentado en el suelo y se apalancó contra ella.

La guerra. Connotaciones quintacolumnistas. Espionaje. Diagramas, diarios personales, libros de registro. Notas de suicidio, cartas hechas con plantilla. Confesiones bajo coacción. Declaraciones en presencia de notario. Garabatos descifrados. Promesas en presencia de sacerdotes.

¿Quién es el hombre blanco del jersey morado? Tenemos TODO ESTO. ¿Por qué no sabemos quién es?

Alguien empujó la puerta. Alguien dijo:

—Eh.

Ashida sacó una moneda de diez centavos y la lanzó al aire. Scotty se salió de la fila. Contémoselo a alguien. No pensemos: Que lo decida la moneda. Cara para Dudley, cruz para Whisky Bill.

Lanzó la moneda. Salió cara. Se levantó y abrió la puerta. Entraron los vigilantes del turno de día y lo miraron con recelo.

Se marchó.

Bajó por la escalera y salió. Cruzó la calle Uno imprudentemente. La gente le lanzaba miradas de soslayo. Todos sostenían periódicos en alto y caminaban mucho más despacio que él, absortos en el *Herald* matutino y la noticia SUBMARINOS JAPONESES RONDAN ANTE LA COSTA.

Echó a correr. Llegó al edificio municipal y cogió el montacargas. Subió a la quinta planta. Despliegue total de efectivos: *¡Cuatro muertos ante el restaurante de Kwan!*

Dudley no estaba. No había nadie en su cubículo. Despliegue total en la Unidad Central. *¡Cuatro muertos ante...!*

He ahí el diagrama. Es una genialidad. Ese chico más bien bruto lo había descifrado.

Examinó el diagrama. Él sabía matemáticas superiores. Sabía criptología. Leyó dos láminas completas y no entendió nada.

Fue al lavabo. Se mojó la cabeza y se la secó con una toalla. Lanzó la moneda: cara, cara, cruz. Parpadeó. Dudley mata a personas. *¿Quién es el hombre blanco del jersey morado?* El impotente Bill Parker no mata a nadie.

Se dirigió al despacho de Parker. La puerta estaba abierta. Parker se hallaba tras su escritorio. Mantenía la mirada fija en un cartapacio. Era idéntico al que habían encontrado en casa de Jim Larkin.

La página inicial está en *kanji*. Buena cosa. Parker no sabe leerlo.

Parker lo vio. Ashida lanzó el sobre de Scotty a su mesa. Parker empezó a leer. Ashida dio la vuelta al cartapacio y leyó, allí de pie.

Parker leyó. Ashida leyó. Pasaron las hojas casi sincronizadamente. Parker

terminó primero.

Se levantó y cerró la puerta. Se apoyó en ella. Observó a Ashida mientras leía.

Ashida terminó. Parker corrió el pasador de la puerta.

—¿Quién ha escrito esto?

—Scotty Bennett. Tiene el visto bueno de Horrall para alistarse. Según parece, quería dejar las cosas claras en este asunto antes de marcharse.

—Thad Brown me mencionó el diagrama —dijo Parker—. Dud le comentó que era su chuleta.

Ashida asintió. Parker encendió un pitillo.

—Está todo ahí. Que yo sepa, lo único que falta son dos datos que yo nunca he dado a conocer.

—Cuenta —dijo Ashida.

—Presenció el abordaje del pesquero en San Pedro. Los tripulantes eran colaboracionistas. Los vi quemar billetes del Eje con nitrocelulosa justo antes de suicidarse y obtuve una pista sobre el almacén donde descargaban sus gambas. Accedí al almacén, pero lo habían vaciado y limpiado de huellas. Vi latas de gambas desechadas y noté el olor a aceite de gamba.

Ashida caviló al respecto. Parker señaló el cartapacio.

—Soy todo oídos, doctor. No se haga de rogar.

—Ese diario lo escribió Larkin —dijo Ashida—, y sabemos que él era el autor de los panfletos que aparecen una y otra vez en este cúmulo de casos, la persona con dominio del japonés al servicio de Gerald L. K. Smith. Ahí escribe acerca de su amistad con oficiales de alto rango del Ejército de Tierra y la Marina imperiales japoneses y declara que sabía que el ataque contra la flota estadounidense se produciría el 7 de diciembre, pero que él vivía con ambivalencia la indudable entrada de Estados Unidos en la guerra. Larkin no deseaba el conflicto entre Japón y Estados Unidos, por la sencilla razón de que sentía afecto por ambos pueblos. Era de un antisemitismo estridente, y no quería ver que se «desperdiciaran» vidas japonesas y estadounidenses en lo que consideraba «una guerra para proteger los intereses comerciales judíos».

—Siga —dijo Parker.

Ashida se aclaró la garganta.

—Larkin tenía un amigo de extrema derecha. No da su nombre, pero deduzco que es blanco. Ese hombre era un eugenista a ultranza, como lo era el propio Larkin, y tenía una radio de onda corta, como Larkin. Al igual que Larkin, ese hombre dominaba el japonés.

—Siga —dijo Parker.

—Ese hombre captó boletines radiofónicos en japonés acerca del inminente ataque a Pearl Harbor, como me consta que hicieron los Watanabe. Ese hombre deseaba una guerra entre Estados Unidos y Japón, y obligó a Larkin, mediante coacción, a guardar silencio cuando se acercaba la fecha del ataque. Larkin se deshizo

de su radio el día anterior al ataque y expresó por escrito su apremiante deseo de llevar a los chicos del Club Ciclista de Santa Mónica a algún lugar tranquilo y esperar allí el momento en que con toda probabilidad se sabría la noticia del ataque. En el resto de las entradas, Larkin ofrece sus opiniones sobre la eugenesia. Afirma reiteradamente que la propia ciencia ha sido «contaminada por la intelectualidad izquierdista judía», que desea engendrar seres humanos más saludables en lugar de crear una raza superior. Ciertos miembros de su «célula» y los «satélites» de estos habían entablado un diálogo filosófico con varios izquierdistas, lo cual enfureció a Larkin. Las entradas finales muestran el gradual deterioro mental de Larkin. El diario degenera en divagaciones irreverentes y un tratado sobre el *Mein Kampf*, concebido como el libro perdido de la Biblia.

Parker echó un vistazo al reloj de la pared. Tenía esa expresión que daba a entender: «He de marcharme».

—El radioaficionado amigo de Larkin es el hombre del jersey morado. Probablemente fue él quien mató a los Watanabe, y con toda certeza arrolló a Larkin.

—Sí, eso mismo pienso yo —dijo Ashida.

Parker miró el reloj.

—Tal vez descubramos algo en los registros de llamadas de esas cabinas. Las cabinas son nuestro vínculo circunstancial entre Larkin y los Watanabe. Los registros llegarán, pero sospecho que no será antes de una semana.

Ashida tosió.

—Y por otro lado están las huellas coincidentes. Seguramente no eran de Larkin, sino de alguien que tocó una de las Lugers de Larkin y dejó también su huella en la casa de los Watanabe. Esa huella establece la relación entre ese hombre, Larkin y la familia Watanabe.

—El hombre del jersey morado —dijo Parker.

Ashida asintió.

—Los Watanabe tenían una radio de onda corta y sintonizaban la misma frecuencia. Mi conclusión sería esta: al igual que Larkin, empezaron a vivir con ambivalencia el ataque a Pearl Harbor, y amenazaron con dar el soplo. Estaban aliados con Larkin y el otro radioaficionado amigo de este, y las cosas acabaron mal entre ellos.

Parker consultó el reloj de la pared. Parker consultó el de pulsera.

—Y hay otra cosa. Entre todas las personas que trabajan en este caso, ya sea por su cuenta o en colaboración, ninguna ha encontrado conexiones entre los Watanabe o Jim Larkin y Preston Exley, Pierce Patchett y su plan de compraventa e internamiento. Y ahora Dudley y compañía se proponen participar en la empresa.

Ashida movió la cabeza en un gesto de negación.

—Nunca lo sabremos. El Hombre Lobo pringará, y nosotros nunca conseguiremos encajar las piezas.

Parker movió la cabeza en un gesto de negación.

—No diga «nosotros», doctor. No puedo permitirme actuar por mi cuenta en esto, y usted tampoco. No le echo en cara que me mencionara en su confesión, porque sé lo persuasivo que puede llegar a ser Dudley Smith. He tomado ciertas medidas para protegerlo, pero eso se acabó. No incumpliré la ley por usted. Dudley Smith sí. Si su alternativa es él o yo, diría que lo más aconsejable es que tome este último derrotero.

Ashida movió la cabeza en un gesto de negación.

—Usted no es *él*. Usted nunca ha sido *él* y nunca *será él*. ¿Le irrita saber que es más poderoso que usted, y que siempre lo desbancará, por muchos inconstantes esfuerzos que dedique a imponerse a él?

—Está haciendo puchereros, doctor —dijo Parker—. Tiene una sonrisa estúpida en los labios. Le recomendaría que examine sus palabras y se replantee ese tono afeminado.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / LUNES, 22 DE DICIEMBRE DE 1941

9.41 horas

Parker llegaba tarde. Había dejado un mensaje para él a su sargento de guardia y no me había devuelto la llamada. La amiga Brenda había engalanado su casa y preparado un bufet de desayuno. El amigo Elmer no hablaba de otra cosa que de la matanza de Chinatown.

—El aviso iba dirigido a todos los efectivos de la Unidad Central, así que acudí. Tenemos cuatro chinos muertos en un automóvil, y un testigo presencial en un fonducho chino. Disparos a quemarropa, amigas mías. Roban a los chinos, los matan. Un fulano lleva una bolsa con dinero sujeta a la muñeca con unas esposas, y van y le cortan la mano. Según Ray Pinker, son los japos que se fugaron de Terminal Island. Abandonan un coche y roban un coche, justo allí en Chinatown. Ray encontró balas coincidentes en el maletero del vehículo abandonado y elementos indiciarios en el vehículo de los chinos. Había sesos y rollos de huevo desparramados por los asientos. Han puesto controles de carretera de aquí a la sierra de San Gabriel. La partida de búsqueda asciende ya a cuatrocientos hombres. Los federales están distribuyendo metralletas. Ace Kwan ha ofrecido una recompensa de veinticinco mil dólares, y el señor Hearst la ha igualado. Dud Smith y Thad Brown dirigen la investigación. Ace dijo a Llárame Jack que pagará cien de los grandes a quien traiga sus cabezas en un saco. Los chicos del Equipo de Tiro Hearst compraron unas cabezas reducidas de japos a cierto médico chino chiflado, Lin Chung. Lin es el no va más de la eugenesia china. Viene trapicheando con cabezas reducidas de japos desde la Masacre de Nankín. Los chicos del Equipo de Tiro Hearst las llevan colgadas del cuello.

—El amigo Elmer sabe despertar el apetito a una chica —dijo Brenda—. El amigo Bill llega con un retraso de veinticuatro minutos, y los huevos se enfrían. Empiezo a pensar que la amiga Kay no va bien encaminada en este asunto suyo y que deberíamos permitir que Fletch se dé la fiesta.

—Fletch es un exhibicionista —dijo Elmer—. Tampoco es que Kay tenga que llegar al punto de dejarse follar, ni remotamente. Fletch se limita a sacársela, y después espera ciertos comentarios. En esto seré benévolo: a Fletch le gusta que sus chicas exageren.

Me reí y encendí un cigarrillo. Me había pasado toda la noche envuelta en bolsas

de hielo; las magulladuras se habían deshinchado y decolorado; unos toques de polvos en la nariz y alrededor camuflaban la magnitud de mis recientes lesiones. Podía interpretar de manera convincente el papel de chica de servicio de acompañantes durante una noche.

Elmer blandió su puro.

—Lin Chung ha plantado un tenderete frente al restaurante de Kwan. Vende las cabezas reducidas por dos pavos la pieza. Yo me he llevado una para mi coche de paisano. Le he puesto nombre, «Tojo», y la he colgado del retrovisor. Lin está haciendo su agosto. Llámame Jack anda metido hasta el cuello en este negocio de las cabezas reducidas. Ha suministrado sierras de cadena y sacos de arpillera a los chicos del Equipo de Tiro Hearst. En cuanto el jurado de acusación apruebe el proceso contra Shudo, Lin y Jack empezarán a vender un combinado doble. Ofrecen una cabeza reducida y una foto en compañía del Hombre Lobo esposado. Cinco pavos el paquete, diez por tres. El jueves es Navidad, amigas mías. Cuando salgáis de compras, id a ver al doctor Chung y al jefe C. B. Horrall para satisfacer vuestras necesidades más saludables.

—A mí me apetece ya mi saludable copita de las diez de la mañana. Hice venir a la criada del barrio negro para adecentar la casa, y ahora el amigo Bill no da señales de vida.

Sonó el timbre. Elmer se levantó y abrió la puerta. Bill Parker entró. Llevaba un uniforme impecable y gafas nuevas.

—Buenos días, capitán —dijo Elmer.

Parker miró por encima de él. Advirtió mi presencia. Dijo:

—Señorita Allen, señorita Lake.

—Le tenemos preparado el alpiste, capitán —dijo Elmer.

Parker reparó en la bebida colocada sobre el bufet y apartó la mirada.

Yo aún no le había dado las gracias. Necesitaba dárselas por mí, y por Claire. Necesitaba pasar un rato a solas con él.

Parker se tocó el reloj.

—Les agradezco las molestias que se han tomado, pero tengo una reunión informativa en el edificio municipal.

—Muy bien, pues —dijo Elmer.

—Jack Horrall y Fletch Bowron están preparando un «retrato reprobable» de usted, capitán —dijo Brenda—. Opino...

Parker la interrumpió.

—Ya lo sé. Hideo Ashida me llamó y me lo dijo. Si ustedes tres han concebido una contramedida, les agradecería un resumen.

—La amiga Kay ha tramado algo —dijo Brenda—. Le cedo la palabra a ella.

Tomé la palabra. Hice hincapié en los intereses personales de Brenda y Elmer. El plan de las chicas operadas de Pierce Patchett hundiría su negocio. Esa noche yo me haría pasar por prosti. En la pared de la habitación que Brenda tenía reservada en el

hotel Roosevelt habría una mirilla. Presionaríamos a Fletch. Podía irse olvidando de dar el visto bueno al servicio de acompañantes de Patchett. Podía irse olvidando del retrato reprobable. *Parker* sí daría el visto bueno al servicio de Brenda y Elmer... si llegaba a jefe.

—Sí —dijo Parker.

Sin vacilar. Sin expresar el menor reparo.

Parker me miró.

—Yo estaré al otro lado de la mirilla. Limítese a las palabras, por favor. No quiero que él la toque.

11.09 horas

Ella se despidió desde la puerta. Tenía la sonrisa descentrada. A él le gustaba esa nueva nariz desigual.

Parker tomó por Crescent Heights en sentido sur. Llegaba tarde a la reunión informativa. Los temas de la reunión eran tres. Los ataques de submarinos en la costa, los japos fugados y los homicidios ante el restaurante de Kwan.

Había respondido al aviso de alarma. Desvió el tráfico para que circunvalara el restaurante de Kwan. Era un 187 endemoniado.

Aquello olía a conflicto interno. Algún camarero de los Hop Sing tuvo un pique con el tío Ace. Resentimiento en el seno del tong. El camarero puso la partida de dominó en conocimiento de las Cuatro Familias. Las Cuatro Familias pasó el dato a unos capullos colaboracionistas. Los capullos estaban en contacto con *Los Japos*.

El asunto olía a híbrido. Se trata de una convergencia entre la Quinta Columna y el afán de saqueo y homicidio. *Los Japos* salen de su escondrijo en las montañas y se plantan en Chinatown. Coches abandonados, coches para fugarse. ¿Se encaminan de regreso hacia el norte o se encaminan hacia el sur? La partida de búsqueda ronda por todos los rincones de las montañas. El asunto olía a cosa rara y *torcida*.

Parker atajó por Beverly hacia el este. *Él mismo* se sentía raro y torcido. Llevaba seis días sin bebercio. Estaba secundando un chantaje sexual. Eso lo obligaba a reexaminar su promesa ante Dios.

No la abrogaba. No incumplía las condiciones estipuladas por Dudley. Le proporcionaba una laguna por la que escapar.

Estaba hilando muy fino desde el punto de vista moral. Sabía por qué.

Era por la guerra y su querido *Pueblo Grande*. La guerra convertía la vida cotidiana en una *vida in extremis*. Una mínima línea separaba los gestos convenientes de las posturas morales. Los Ángeles bullía de causa común en marcada contradicción. La ciudad de Los Ángeles crecería a lo alto y a lo ancho después de la guerra. Sería irreconocible. La guerra le ofrecía un Los Ángeles colmado de propósitos delirantes. La guerra le permitía amar Los Ángeles una última vez tal como era.

Parker llegó al edificio municipal. Unos hombres de la partida de búsqueda permanecían ociosos en la escalinata. Bravo por Lin Chung. Los chicos lucían cabezas reducidas colgadas de cadenas.

Aparcó en el sótano. Un alférez de la Armada atendía el montacargas del alcalde. Subieron como una exhalación hasta la planta de Fletch B. Los asistentes a la reunión eran tantos que invadían el pasillo.

Mandamases del ejército charlaban con periodistas. Polis y políticos se arremolinaban en torno a una bandeja de donuts. Parker entró en la sala de reuniones. Había un comandante de la Armada junto a un atril y un mapa en la pared.

Los alfileres indicaban las aguas costeras y los recientes ataques de submarinos. El hombre de la Armada deslizaba un puntero. Submarinos japutean a cargueros estadounidenses. Submarinos japutean a buques cisterna estadounidenses. Submarinos amenazan la costa de México. Nuestros amigos de la Policía del Estado mexicana están *asustaaaaados*.

Recordemos la cala Goleta. Esos son submarinos *malévolos*. Las aguas costeras de Los Ángeles podrían ser su siguiente objetivo.

Entraron Ace Kwan y Lin Chung. Lucían cabezas reducidas. Llámame Jack y el *sheriff* Gene los abrazaron. El hombre de la Armada se sentó. Siguió un goteo de tibios aplausos. Dudley Smith se colocó tras el atril.

El Alegre Irlandés. Adiestrado en el púlpito eclesiástico. Recorrió la sala con la vista. Aguardó a que remitiera el barullo. Dando rienda suelta a su acento, se adueñó de la sala.

—El caos embiste nuestra hermosa ciudad. Para rechazar a los invasores, clamamos devastación y soltamos a los perros de la guerra. «Los laureles de esta tierra están marchitos y los meteoros asustan a los astros. La pálida luna nos mira ensangrentada y flacos videntes murmuran un temible cambio».

Los presentes vieron de qué iba. Poli grande, grandes palabras. Este no es americano. Semejante mierda, pues, es aceptable.

—¿Consentirían que su ciudad fuera menos hermosa? ¿Deberíamos recoger las redes de la belleza que atraen hasta aquí a tal mezcolanza de personas espléndidas y monstruos lobunos? El 7 de diciembre es el Génesis en la Biblia Profana. Se anulan las fases normales de la luna. Caminan entre nosotros hombres lobo, sin brújula lunar. Están extraviados. Solo saben que deben aniquilar la belleza que nos une a todos, la belleza que nos ha traído a todos aquí.

Dudley guardó silencio por un momento. Recorrió la sala con la vista. Vio a Parker. Fijó la mirada en él.

—Yo hablé con un lobo, hace veinte años. Me comunico con él en mis plegarias y de un tiempo a esta parte he disfrutado de apariciones terrenales. El lobo me dijo que los lobos solo son visibles para unos pocos. Mi obligación es detectarlos y seguirlos hasta lugares donde solo uno de nosotros puede sobrevivir. Portamos armas y lucimos en torno a nuestros cuellos cabezas que en otro tiempo eran hombres. Llevamos a los lobos muy dentro de nosotros. Son invisibles cuando nosotros nos volvemos visibles para aniquilarlos. Valoramos la belleza de un modo inasequible a ellos. La belleza subsume nuestros instintos más bajos y nos encamina hacia ellos. «Yo solo estoy loco

con el nornoroeste; si el viento es del sur, distingo un pico de una picaza». El lobo me dijo que no hay Quinta Columna, porque la Quinta Columna está en cada uno de nosotros. Seguiremos el rastro a los lobos. Somos locos con lealtad divina y ahora vemos claramente lo invisible. Hemos bebido del cáliz de la sangre profana y hemos pasado a ser ellos para poder acabar con ellos.

Parker salió al pasillo. Dudley peroró y pasó sin transición a la jerga policial.

Se oyen risas. Ahora cuenta chistes. Ya ha pronunciado su sermón. Su sermón suplanta su satánico intercambio de promesas.

Yo solo estoy loco con el nornoroeste. He explotado el libelo de sangre para sacar provecho. Somos como uno solo, William. Permitirás que las cosas sucedan.

13.29 horas

—¡DUD-LEY! ¡DUD-LEY!

Los aduladores se abalanzaron hacia el atril. Hombres adultos aullaron y agitaron cabezas reducidas.

Dudley salió pitando hacia el montacargas. Los admiradores le cortaron el paso. Sostenían en alto plumas y fotos del Hombre Lobo. Firmó «D. L. Smith» veinte veces.

Ahora las cabezas eran un elemento de rigor. Llámame Jack lucía una. Fletch B. lucía *dos*. Davis Dos Pistolas lucía *tres*.

Dudley alcanzó el montacargas y lanzó besos. Una mujer le entregó discretamente un papel con su número de teléfono. Las puertas se cerraron,

Pulsó S. El ascensor bajó. Ace tenía una limusina esperando. La Pagoda: a toda mecha.

Benzedrina y Shakespeare. Ochenta y tres de los grandes en el maletero. Ace recuperó el dinero de la banca, más otros cuarenta y uno. Estaba ligeramente molesto y exuberante. *Deberías haberme prevenido, Dudster. Has montado un tiroteo en mi aparcamiento.*

Las puertas se abrieron. El Lincoln aguardaba al ralentí allí cerca. Dudley corrió hasta él y subió a la parte de atrás. Ace esperaba. Una mampara los aislaba. El chófer agitó una cabeza reducida y arrancó.

—Mi hermano irlandés nunca me falla —dijo Ace—. Ha conseguido la plata, y conseguirá a los japos.

¿Que japos? No había japos. Abordó al testigo presencial del robo del coche. El hombre *creyó* ver japos. Padecía la fiebre bélica. Japos, chinos: ¿cuál es la diferencia? Aquí la fiebre bélica tenía una finalidad. *Los convertiremos en Los Japos.*

Beth y Tommy llegarían de un momento a otro. Envió un taxi a buscarlos. Los recibiría Harry Cohn. La Pagoda: a toda mecha.

Dudley encendió un pitillo.

—¿Cuánto te debe ahora Harry Cohn, hermano?

Ace acarició su cabeza reducida.

—La bestia judía me debe ciento dieciséis mil. Es el pus en el forúnculo de mi culo amarillo.

—Negociaré con Harry y obtendré equipo en lugar de dinero. Cuento con el

donativo de mi amiga Claire, y esta noche hablaré con mi amiga Bette. Debemos acumular efectivo, a fin de cerrar el trato con los señores Exley y Patchett. Nuestro amigo Terry me asegura que andan mal de liquidez, y estarán dispuestos a dejarnos participar.

Llegaron a la Pagoda. El aparcamiento estaba acordonado. Varios uniformados flanqueaban el coche de la muerte. Ray Pinker medía las marcas de los neumáticos. Hideo Ashida pasaba la aspiradora por el asiento trasero.

Mike B. y Dick C. hacían de perros guardianes. Lin Chung vendía cabezas reducidas en la acera. Harry Cohn compró una cabeza y entró con andar oscilante.

La limusina se arrimó al bordillo y los dejó bajar. Ace entró corriendo y fue directo a la cocina. *¡La sangre del infiel!* Siempre escuchaba en la sopa de Harry.

Dudley atravesó el aparcamiento. Los uniformados le dirigieron un saludo marcial. Pasó junto al buga de la muerte. Apestaba a disolventes. Hideo Ashida alzó la vista.

Cruzaron una mirada. Dudley guiñó un ojo. Hideo respondió con un gesto de asentimiento.

Dudley entró. Harry acaparaba un reservado junto a la vidriera. Lucía su cabeza reducida y sorbía sopa *wonton*.

Dudley se sentó con él. Harry cogió un trozo de cerdo flotante con la cuchara.

—Necesito que Ace me conceda una prórroga. Y no menciones tu absurdo negocio del porno, porque mi respuesta sigue siendo *nyet*, camarada.

—Camarada, tu nueva respuesta tendrá que ser *da* —dijo Dudley—. Proporcionarás equipo a petición. Nos dejarás usar los platós de esas magníficas películas de Frank Capra que ensalzan el espíritu humano y proporcionarás vestidos bonitos para nuestras actrices, que habrán sido sometidas a intervenciones quirúrgicas para parecerse a las más rutilantes de tus estrellas. Harás todo eso, y más, sin la menor queja.

Harry blandió la cuchara.

—¿O qué, querido? ¿Es eso, o me matas? ¿Como si fuera un atracador negro al que das el pasaporte para mantener la ciudad de Los Ángeles limpia y a salvo?

—No —dijo Dudley—. Pero haré públicas ciertas fotografías furtivas tuyas que tengo en las que apareces retozando con dos niñas de catorce años vestidas con uniformes de las Juventudes Hitlerianas.

Harry enrojeció. Se le contrajeron las arterias. Dudley encendió un pitillo y le echó el humo a la cara.

—Di que sí y disfruta de tu sopa, Harry. Ace la ha embellecido, especialmente para ti.

Harry tosió. Harry sorbió la sopa. Harry encendió un pitillo.

—Sí, soplapollas irlandés.

—Disfrutarás de augusta compañía, Harry. Nuestros amigos Joe y Ben van a invertir, y seguro que Bette Davis también.

Harry agitó su cabeza reducida.

—Yo te maldigo, soplapollas irlandés. Que unos elefantes de circo gigantes se caguen en tu jardín. Que gárgolas de ojos saltones devoren a tus crías.

Un taxi se detuvo. Ahí: un borrón amarillo ilumina la ventana.

Dudley salió corriendo. Se abrochó la chaqueta del traje para ocultar la pistola y se arregló la corbata. La bella Beth pisó la acera.

Tenía diecisiete años, ya. Estaba más alta. Su cabello había adquirido el color del de su padre.

—Hola, papá —dijo Beth.

—Mi niña querida —dijo Dudley.

Se abrazaron. Beth emanaba calor por efecto del abrigo. Él le besó la copa del sombrero.

—¿Qué pasa ahí fuera? Estoy ciego, pero tengo olfato para ciertas cosas.

Dudley se echó a reír. Beth se echó a reír. Se puso de puntillas y besó a su padre en la napa. Se metieron en el taxi y se apretujaron junto a Tommy.

Era un irlandés rechoncho. Trabajaba para Packard Bell y montaba radios valiéndose del tacto.

Dudley le dio un vigoroso apretón de manos.

—Me alegro de verte, muchacho. Se te nota divinamente preparado para nuestra magnífica aventura en Los Ángeles.

Tommy sonrió. Llevaba gafas oscuras y un traje de lo más postinero. Beth cuidaba de su arreglo personal. Él se dejaba alguna que otra zona al afeitarse. Beth lo adecentaba para el mundo.

—No te veo, tío Dud. Pero te oigo. Y sabes que no puedes engañarme. Si intentas colarnos una Bette Davis falsa, Beth lo verá y yo lo oiré.

Dudley se echó a reír. Beth se echó a reír. Dudley le guiñó el ojo y tocó al conductor.

—A Brentwood, por favor. Tome por Sunset hasta Mandeville Canyon.

El taxista cambió de sentido. Beth se apoyó en Dudley. Tommy se apoyó en ella. Beth contempló Los Ángeles. Vio Chinatown atestado de coches de policía. Dijo:

—Es un sueño.

Los periódicos de San Diego habían informado de las dos muertes de Oceanside. La policía de Camp Pendleton recibió el aviso. El consenso inicial era Rompecabezas. Podía ser obra del francotirador de Santa Mónica. Podían ser aquellos japoneses fugitivos.

Tommy bajó el cristal de la ventanilla. Arrugó la nariz y percibió aromas. Beth dijo:

—A tu derecha hay un muro de contención muy alto. Por encima asoman unos sicómoros.

—Los huelo —dijo Tommy—. Las ramas rebosan aceite. Es más oscuro que el eucalipto.

Beth dio un apretón a Dudley en la mano.

—Es oscuro, como el corazón irlandés de mi padre.

Dudley soltó una carcajada. Beth se echó a reír y se acurrucó entre sus brazos. Pasaron ante sucesivas casas de comidas mexicanas. Tommy dijo:

—Huelo a carne de cerdo frita.

El taxi se dirigió hacia el oeste. Beth describió Hollywood y Sunset Strip.

—Hay una valla publicitaria de los vuelos a Palm Springs... Hay un hombre paseando a un gran danés con manchas... Allí está el mundialmente famoso Mocambo. Quizá la señorita Davis nos lleve allí...

Llegaron a Beverly Hills. Tommy dijo:

—Ahora hay más verde. Noto más oxígeno en el aire.

Dudley simuló una tos y se echó al cuerpo tres benzis. Beth describió Will Rogers Park. A Dudley se le empañaron los ojos. Su bella hija y palmeras de quince metros. Un amor inexplicable.

Dejaron atrás las verjas de Bel-Air. Allí Sunset formaba una curva cerrada. El taxi descendió y giró. Beth y Tommy se rieron. Para el muchacho ciego era un viaje en montaña rusa. Disfrutaba allí donde podía.

Una gratitud inmensa. «Te estoy agradecida». Eso dijo su dulce Claire.

Brentwood, Mandeville Canyon. He ahí una casa de estilo Tudor. He ahí una casa de estilo español. He ahí un *château*. Papá, son *enormes*.

Vio primero al airedale. Bette, en su jardín, le lanzaba una pelota. El taxi entró por el camino de acceso. Beth levantó la voz. Beth se tapó la boca: «Dios mío».

Dudley se apeó. Bette corrió hacia él. Vestía un pantalón de gabardina y un jersey azul. Puso cara de «No delante de los vecinos» y lo abrazó. Le deslizó una mano pierna abajo.

Beth ayudó a Tommy a apearse. Se tranquilizó. Eso era *trés* decoroso. Era más Smith que Short.

Bette se acercó a ellos. Siguieron los abrazos, los saludos con las dos manos, los vuelcos de corazón.

El airedale saltó sobre Dudley. Lo acarició de la cabeza al rabo y le besó el hocico.

La Grande Bette. Se representa a sí misma. Nada de «señorita Davis esto, señorita Davis lo otro».

—Bette, por favor —dijo—. Yo por nada del mundo pienso llamaros señorita Short o señor Gilfoyle.

Beth y Tommy entraron en éxtasis. Bette señaló una limusina Rolls, aparcada junto al bordillo. Entregó un fajo de billetes al taxista y puso cara de «¡Largo!».

El taxi cambió de sentido. Bette echó al airedale al otro lado de la verja y regresó. Los atrajo hacia sí. Tocó a los tres. Miró a Dudley, miró a Beth.

Puso cara de «Mmmmmmmmmmm». Lo alargó nueve mil sílabas. Dijo:

—Sí, veo el parecido.

Dudley soltó una carcajada. Beth se tronchó. Tommy chilló y tiró a Bette de la manga. Ella entrelazó los dedos con los suyos.

—Sé que no lo ves, Tommy. Pero ¿no crees que estos dos rezuman Irlanda por todas partes?

Tommy se inclinó hacia Bette.

—No sé cómo es Irlanda, pero el tío Dud y Beth huelen los dos a verde.

A Dudley se le empañaron los ojos.

Bette sacudió la muñeca a Dudley. Beth dijo:

—Mi padre es más emotivo de lo que aparenta.

—Sí, y puedo dar fe de ello, en un sentido un tanto íntimo. En fin, antes de caer en lo obscuro, creo que deberíamos ir al cine. No he visto *Ciudadano Kane*, y ahora está reponiéndose en Hollywood. La sala no debería estar muy llena un lunes en primera sesión, y así podré observar la técnica de narración de Beth.

Beth miró a Dudley. *¿Podemos? ¿No será abusar?*

—¿Tú qué dices, papá? —preguntó Bette—. Los chicos y yo nos apuntamos.

—Por mí, que haya quórum, pues.

Bette se metió los dedos en la boca y silbó. Fue teatralidad pura y simple.

La limusina se acercó. Dudley abrió la puerta. Beth ayudó a Tommy a subir. Dudley guiñó el ojo a Bette.

—¿Cuántos corazones has roto con ese único gesto? —preguntó ella.

La dejó subir cortésmente. Tommy olfateó el aire. El muchacho era un sabueso para los olores. Esperemos su diagnóstico.

—El anterior ocupante se ponía colonia de lima y llevaba petaca. Derramó coñac en el asiento.

El dictamen arrancó aplausos. Bette silbó. Más teatralidad de poca monta. Fue un silbido estridente. Exageraba la pose plebeya.

La limusina arrancó. Permanecieron muy juntos en el asiento y desanduvieron el camino por Sunset, en sentido este. Beth *redescribió* el paisaje.

Bette observó a Beth. A la hora de la cena se conocería ya todos los tics de Beth. Llegado el postre imitaría hábilmente a Beth.

Dudley quería más a Beth que a sus hijas legítimas. Beth poseía una voluntad torcida de la que ellas carecían. Reafirmaba su inclinación por lo ilícito. No lo agobiaba con cuestiones prosaicas.

Dejaron atrás el Strip, en sentido este. Beth describió el Trocadero. Bette no le sonrió ni lo tocó. Fue allí donde Dudley la vio por primera vez. Hicieron el amor en el piso de arriba. Ella dijo: «Hazme el favor de matar a un japo por mí».

Claire era en apariencia áspera. Era alta y aristocrática, y se valía de eso para crear una impresión de brusquedad. Sucumbía plenamente al contacto. Bette pensaba que eso mismo le ocurría a ella, pero no era así.

La señorita Davis siguió siendo la señorita Davis, viva imagen del apetito descarnado. Eso tenía que ver con la memoria futura, el paso a la posteridad. La

pasión de Bette era un mecanismo de recolección de recuerdos.

Llegaron al cine Hawaii. Beth describió la marquesina. *Ciudadano Kane* tachonado de estrellas, sesión nocturna a diario. Palmeras como motivo decorativo. Junto a la taquilla carteles con la leyenda ACORDAOS DE PEARL HARBOR.

Bette llevaba gafas de sol. Era una táctica de lo señorita Davis. Dudley sacó un billete de cinco dólares. Beth se encargó de Tommy. Era una maniobra.

Se abalanzaron hacia la taquilla y compraron las entradas. El ciego proporcionó la distracción. Atravesaron el vestíbulo. La sala estaba casi vacía. Los tráilers habían terminado hacía un momento. Guiaron a Tommy por delante de ellos y accedieron a sus butacas.

Bette puso cara de «Uf». Tommy adoptó una expresión de ciego. Dudley ocupó la butaca del pasillo y estiró las piernas. Bette se sentó a su lado. Beth se sentó junto a ella. Tommy ocupó la última butaca.

Las luces volvieron a apagarse. Dudley se arrimó a Bette. Ella se apartó de él y se arrimó a Beth.

Empezó la película. Beth se arrimó a Tommy y susurró. Leyó los créditos. Describió un prólogo en el lecho de muerte. La película propiamente dicha dio comienzo.

La acción transcurría a finales del siglo XIX. Beth lo captó. Chica hábil, en tenue sincronización.

Dudley deslizó la mano por la pierna de Bette. Ella le sonrió y se volvió hacia Beth. La película se desarrolló. Las escenas a la luz del día proyectaban resplandor. Beth susurraba. Mantenía la mirada en la pantalla y estrechaba las manos de Tommy. La música lo conmovió. Los *crescendos* de los instrumentos de cuerda le arrancaron lágrimas.

Dudley los observó. Bette tenía la cabeza vuelta hacia el otro lado. Él retiró la mano de la pierna de Bette. Pensó que ella se la volvería a poner. Ella se acomodó la raya del pantalón.

La película lo irritaba. Era una monserga absurda y utilizaba una técnica invasiva. Beth percibió el estilo y lo transmitió, fotograma a fotograma. A Dudley se le aceleró el pensamiento. Viajaba en coche a México con la camarada Claire. Invadía México con sus chicos.

Esta idiotéz de película. Su Bette, boquiabierta. El niño prodigio regordete, Orson Welles. Harry Cohn conocía al joven Welles. El joven Welles recogía a criadas negras en las paradas de autobús de Beverly Hills. Las engatusaba con marihuana y pases mágicos. Las obsequiaba con su polla de pulga y luego las llevaba en coche a sus casas del barrio negro.

Dudley se echó dos benzis al cuerpo. Tamborileaba con los pies. Se sentía al límite de su aguante. Tenía anhelo de mujeres. Anhelaba a Bette, Claire, Bette. Tenía anhelo de hija. Anhelaba largas conversaciones con Beth.

La película se hacía interminable. Era más larga que el Antiguo Testamento.

Bette seguía dándole la espalda. Llegaron secuencias oscuras. No veía a Bette, no veía a Beth. Estaba aislado en Marte.

Terminó. El gran Kane cae. Su vida fue un baile desenfrenado en lo alto de una montaña de estiércol. Todo se reducía a un puto trineo de niño.

Sus acompañantes se pusieron en pie y aplaudieron. Bette repitió su silbido plebeyo. Dudley salió al vestíbulo y encendió un pitillo.

Sudaba. Benzedrina en una caja caliente. Esa película tortuosa. *Sacudidme con la manguera: confesaré.*

Bette y Beth condujeron a Tommy a la salida. Tenían la mirada vidriosa posterior al contacto con la cultura. Bette lo miró con frialdad. Aguafiestas. *¿Es que no te das cuenta de lo extraordinaria que era?*

Ella propuso el Brown Derby. Beth y Tommy entraron en éxtasis. Dudley ofreció el brazo. Bette entrelazó el suyo.

A Dudley se le antojó un gesto mecánico. Ella lo privó de sus ojos. Se los ofreció a Tommy y Beth.

Tommy repetía una y otra vez «¡Recórcholis, tío Dud!». Oyó decir a Claire «Te estoy agradecida». Beth se cogió de su otro brazo. Él se sintió exultante en el acto. A trompicones, entrelazados, fueron hasta la limusina.

La parte de atrás del coche estaba sofocante. Bette le soltó el brazo y se puso de charla con Beth. Orson es un *genio*, tienes que conocerlo, entiende *muy bien* las cosas.

Dudley se aflojó la corbata. Vine Street estaba a un paso de allí, en sentido oeste. El trayecto se alargó una eternidad. El gordo de Orson, el niño genial. En el puto asiento de atrás el ambiente era sofocante.

Llegaron al Derby. Bette se quitó las gafas de sol. Los precedió. Los condujo. Se mostró tal como era.

Huracán Bette.

El *maître* marica los adula y los acompaña a un reservado. Es *el* Brown Derby. Beth guía a Tommy y se lo describe todo centímetro a centímetro. Tommy tropieza con una mesa. Bruce Cabot le lanza una mirada de inquina. Era el ingenuo en *King Kong*. La Brigada Central Antivicio lo tiene fichado. Le gusta el chocho menor de edad.

Huracán Bette.

Saluda en voz alta a sus colegas del mundo del cine y lanza besos. Los precede a paso ligero. Los presentes vuelven la cabeza. ¡Es Bette! ¡Es Bette! Ella precede al hombre corpulento. Él es el guardián del ciego. ¿Quién es la chica mona con ese vestido barato? ¡Cielos, vaya procesión! ¡Son los desposeídos irlandeses de las chabolas!

Llegaron al reservado. El marica los acomodó y se esfumó. Dudley se apretujó contra Bette.

Ahucó la mano en torno a su rodilla. Ella se apartó y arrinconó a Tommy.

Adoptó un tono de superioridad. Introdujo un contrapunto y dio paso a la profunda compasión. Habló con voz *PUÑETERAMENTE ALTA*.

Cuéntame, cariño: ¿cómo *puede* uno montar radios sin el don de la vista?

Tommy se lo explicó. Daba tirones al mantel con los dedos. Ponía caras de ciego. Rebosaba ese amor derivado del hecho de que Bette Davis era amable con él.

Beth estaba en el otro extremo del reservado. Él no podía tocarla ni decirle ternezas. Ella daba palmaditas a Tommy en la cara y observaba a Bette. Al día siguiente llevaría el peinado de Bette. Se recosería los vestidos para parecerse más a Bette.

Bette se adueñó del espacio. La gente la miraba. Ese es Gary Cooper. Llevaba en el ojal una flor de veterano inválido.

Se acercó un camarero. Dudley lo acaparó primero. Pidió *bourbon* de marca, cuatro dosis. Llegaron las cartas. Beth se la leyó a Tommy, en alto. Dudley se acercó centímetro a centímetro a Bette. Bette se acercó centímetro a centímetro a Tommy. «Explícame cómo conectas los discos de la antena, cariño».

Llegaron las bebidas. Beth había pedido un *ginger ale*. El *whisky* con hielo y limón de Tommy llevaba una pajita. Sorbió por ella. El sonido reverberó. Bette tomó un martini y recorrió el local con la mirada.

Echaba la red en busca de reconocimiento. Concedía sonrisas y lanzaba besos. Mimaba a Tommy y mantenía un ojo atento al restaurante.

Dudley echó un buen trago de su copa. Tocó la espalda a Bette. Ella se llevó la mano atrás y le dio unas palmadas. El camarero reapareció. Dudley levantó cuatro dedos.

El camarero anotó los pedidos. Bette pidió por Beth y Tommy: el filete de Nueva York, poco hecho. Dudley pidió una hamburguesa bien hecha. Bette permaneció inexpresiva ante el chiste.

Dudley apuró su copa. Llegó la segunda. Despachó la mitad en el acto. El local se reacomodó. Se le aplacaron los nervios. Improvisó una conversación trivial.

Seamos atrevidos en atención a la progenie. Orson Welles se folla a criadas negras, el señor Hearst se lo follará *a él... y pronto*.

Se aclaró la garganta.

Bette dio un apretón en la mano a Tommy y se apretujó para salir del reservado.

Conquistadora.

Como un remolino, fue de reservado en reservado. Agarró la pluma de un camarero y exigió compromisos de compra de bonos de guerra. Todos aflojaban. Bette se anotaba los nombres y las cantidades en el brazo. Gary Cooper aflojó. Jean Arthur aflojó. Un coronel del Ejército de Tierra le extendió un cheque. Bette hizo una reverencia y secó la tinta de un soplido.

Dudley apuró su copa. Lo trastocó. Sintió la oleada que le subía por las piernas. Observó el remolino de Bette. Por pura fuerza de voluntad la instó a mirar hacia él y darle *algo*.

Ella seguía en su remolino. Permanecía atenta a su público. Se cubría el brazo de tinta azul.

El vaso de Dudley se esfumó. Apareció uno nuevo. Se bebió un par de dedos y observó el remolino de Bette. John Wayne le cogió la muñeca y le besó el brazo por encima de la línea de tinta. Dudley sacó la pistola.

Notó algo en la mano. Bajó la vista y se preguntó cómo había llegado hasta ahí. Beth lo vio. Nadie más se dio cuenta. Bette acaparaba la atención de los presentes.

Beth lo miró. Hizo un discreto gesto. Significaba «Papá, por favor». Él enfundó la pipa. John Wayne soltó el brazo a Bette. Bette se alejó como un remolino.

Dudley cerró los ojos. Beth susurró algo. Tommy golpeó la mesa con las rodillas. Dudley abrió los ojos. Tommy, guiado por Beth, esquivó a un camarero.

El vaso contenía de nuevo cuatro dosis. Tomó la mitad de un trago. La sala se desdibujó y cobró nitidez. Vio a Bette avanzar hacia él como un remolino.

Se sentó. He ahí tres Bettes, dos Bettes, *una*. Sonrió. Enseñó el brazo. Iba remangada hasta el hombro. La tinta le cubría hasta el último centímetro.

—Para la guerra —dijo.

A eso siguió el eco: «Hazme el favor de matar a un japo por mí».

Dudley tendió la mano hacia su muñeca. Ella retiró el brazo bruscamente.

—No, no lo hagas —dijo.

Él apuró su copa. He ahí tres, dos, *una* Bette.

—Estás viendo cien mil dólares para la guerra, con quince minutos de trabajo —dijo ella.

Dudley agarró el vaso.

—Yo puedo conseguirte cinco veces más por una inversión de cincuenta mil dólares que ni siquiera echarás en falta. Se trata de películas porno, querida, de un nivel artístico y un sentido de la degeneración que pondrá en evidencia a esa muestra de cine que acabamos de ver. No finjas que no te encanta la bazofia disfrazada de arte. No finjas que yo no entiendo esa parte de ti. No finjas que no quieres que te folle esta noche, y no finjas que no extenderás ese cheque.

Bette se deslizó hacia él. Bette bajó la cabeza. Un *tête-à-tête* entre amantes.

—¿Cómo te atreves a achacarme tan vil presunción en un momento como este? ¿Cómo te atreves a atribuirme tus propios bajos instintos? ¿Cómo te atreves a plantear esa propuesta obscena con tu hija y su querido amigo a cinco metros de distancia, en lo que sin duda es la noche más maravillosa de sus vidas? ¿Cómo te atreves a pensar que tú y yo somos algo más que una trivial y excitante nota a pie de página en este horrendo momento de la historia, y que *tú* puedes imponerme a *mí* tu brutal voluntad de manera tan cruel y despreocupada?

Dudley agarró el vaso. La mano se contrajo en un espasmo. El cristal se hizo añicos.

El *bourbon* se derramó. Las esquirlas se dispersaron. Tenía en la mano pura metralla y cerró el puño con fuerza. El cristal le traspasó la piel. Sintió el escozor

producido por el alcohol de alto octanaje.

Bette se puso en pie y se marchó. La sangre corrió entre los dedos de Dudley y empapó el mantel. La gente miró en dirección a él. Llevaba la chaqueta desabrochada y muy abierta. Su pistolera quedaba claramente a la vista.

Se miró la mano. La tenía ensangrentada. Le ardía por efecto del alcohol, de lo lindo. Vio tres salas, dos salas, *una*. Agarró las servilletas de la mesa. Se envolvió la mano y vio filtrarse el rojo.

La gente lo miró. Las estrellas de cine se quedaron boquiabiertas. Beth ayudó a Tommy a salir del lavabo. Bette los acompañó hacia la puerta.

Dudley Liam Smith. Has patinado. Márchate, ahora mismo.

Sacó dos billetes de cien y los dejó en la mesa. Se levantó y salió del reservado. Le ardía y palpitaba la mano. El dolor ahuyentó el mareo.

Dejó un rastro de sangre hasta la acera. Subió a la limusina. Todos evitaron mirarlo a la cara.

La limusina arrancó. Las servilletas blancas rezumaban puro rojo. Beth y Tommy se apearon en el Roosevelt. Tommy buscó a tientas la mano de él. Beth susurró algo asombroso. Dijo:

—Lo sé, papá.

Se apearon. Beth guio a Tommy hacia el Grauman's Chinese. Dudley cerró los ojos y se fue a otra parte. Supo que estaba en movimiento. Le palpitaba la mano. Olía el humo de Bette.

La limusina se movía. El murmullo de las ruedas lo apaciguó. *Dudley Liam Smith: estás en otra parte. Ese es el humo de ella.*

Conquistadora.

Hay humo, no hay humo. Ella está, ya no está.

La limusina avanzó hacia el este por Sunset. Dudley tenía el regazo embebido de sangre. La tapicería del asiento estaba pringosa.

Golpeteó la mampara. Dijo:

—A Roxbury con Elevado, por favor.

Tardó cinco minutos. La casa estaba totalmente iluminada. Oyó música quintacolumnista. Subversión atonal. Disidencia disonante.

Lanzó un billete de cien al chófer y, haciendo eses, se encaminó hacia el porche. Pulsó el timbre con el codo. La mano le goteaba sangre y palpitaba.

Ella abrió la puerta. La Emperatriz Roja. *Perdición, atrapa mi alma.*

Ella sonrió. Dijo:

—¿Precisamente tú?

20.11 horas

Trabajo de jardinería. Trabajo nocturno, a la luz de los reflectores. Del diagrama de Dudley al soplo de Scotty y después Aquí.

Ashida llevaba una mochila y una linterna. Era trabajo de constatación y el último adiós. Recorrió la distancia entre La Casa y la autovía. Hasta el momento había recogido cuatro muestras de tierra en frascos.

Dos apestaban a aceite de gamba. Eso constataba el diagrama y el soplo.

Dudley realizó ese mismo trayecto el pasado viernes. Dudley hilvanó teorías.

Preston Exley y Pierce Patchett eran magnates del sector inmobiliario. La conjetura resultante de Dudley:

Compran tierras y las inutilizan para el cultivo. Construyen accesos de autovía y edificios comerciales justo Aquí.

Llevaba fuera todo el día. Constataciones, adioses.

Fue hasta el Valle. Pasó ante cuatro granjas donde espaldas mojadas labraban la tierra. Cuadrillas de esclavos recolectaban cosechas de apariencia enfermiza.

Recogió cuatro muestras de tierra en frascos. Todas contenían aceite de gamba. Pasó ante tres granjas donde *solo* había japoneses. Allí los cultivos ofrecían un aspecto saludable. Recogió muestras de tierra en frascos. No despedían aroma a aceite de gamba.

Eso constataba la teoría de Dudley. Destruyamos los cultivos. Construyamos centros de internamiento. Usurpemos las granjas donde solo haya japoneses. Construyamos centros de internamiento Ahí.

Abandonó el Valle y fue al restaurante de Kwan. Trabajó en el coche de la muerte y se le ocurrió *Una Idea*. Dio por concluida la jornada y fue a la Unidad Central.

Dudley no perseveró en la investigación. No constaba en su diagrama.

Consultemos los listines telefónicos inversos, por direcciones. La casa de los Watanabe era un posible acceso y emplazamiento. Dudley conjeturó otros accesos y emplazamientos. Dudley no investigó más.

Se habían comprado otras casas. Eso era sabido por todos los que intervenían en el caso. Buzz Meeks localizó ventas en Glassell Park y South Pasadena. South Pasadena era una zona contigua a la autovía. Glassell Park era una zona cercana pero no contigua. Las casas de Glassell Park eran valiosas pero no esenciales. Las casas situadas justo al lado de accesos eran oro puro.

Llegó a la Unidad Central. Cogió el listín inverso de la zona centro. Miró en el índice de calles y propietarios de casas. Los Watanabe eran los únicos japoneses en Highland Park. Un *puñado* de japoneses vivía en South Pasadena.

Encontró tres. Nagoya, Yoshimura, Kondo: todos en una zona contigua a la autovía.

Lincoln Heights ocupaba una franja paralela a la autovía. Empezaba justo al norte de Chinatown y abarcaba cuatro kilómetros desde allí. Un riachuelo de aguas residuales descartaba las viviendas a ras de autovía en el lado este. ¿Y más allá del riachuelo pero todavía cerca? Consultemos justo Ahí.

Encontró tres más. Takahama, Miyamo, Hatsuma. Todos cerca del riachuelo.

Pasó en coche frente a las seis casas. Las seis estaban a ras de la autovía o a ras del riachuelo. Dio una vuelta a pie por las inmediaciones. Las seis casas habían sido desocupadas.

Dudley descubrió la mayor parte. Él descubrió el resto.

¿Quién es el hombre blanco del jersey morado? Los dos queremos saberlo.

Ashida se acercó a la puerta trasera. Entró. Encendió las luces y se paseó. Despidámonos de La Casa.

El mobiliario seguía intacto. El registro de entradas seguía allí.

Lo hojeó. Las entradas iban del 7-12 al 19-12. Él había accedido catorce veces. Dudley había entrado doce veces.

Consultó las casillas marcadas. Espolvorear todas las superficies de contacto: marcada. Espolvorear todas las superficies de sujeción: marcada. Enumeración de objetos de la cocina. Enumeración de objetos de los dormitorios. Enumeración de objetos del salón.

Casillas para huellas latentes. Casillas para el inventario. Vaciar las rejillas de los desagües. Analizar todos los disolventes. Espolvorear en busca de huellas en todos los objetos de cristal. Hojas de papel carbón junto al registro de tareas. El contenido completo de La Casa, enumerado.

Recorrió las casillas. Reconoció sus propias marcas. Cuarenta y dos casillas independientes marcadas, hasta llegar a...

«Armario del dormitorio principal / ropa de las víctimas (identificadores de la tintorería, dinero, recibos, etcétera).»

Casilla número 43: *sin* marcar.

Un lapsus. A veces pasaba. El trabajo de mierda se acumulaba. Los casos perdían interés.

Casilla 43. Comprobémoslo ahora. Formalicemos esta despedida.

Ashida subió al piso de arriba. La casilla 43 se correspondía con el paso «Vaciado de bolsillos». A menudo se pasaba por alto. Las prendas de las víctimas en el momento de la muerte sí habían sido examinadas.

Entró en el dormitorio. Abrió el armario. Aya dejó atrás tres vestidos. No tenían bolsillos ni por fuera ni por dentro. Ryoshi dejó dos americanas de *sport*: sarga azul,

espiga gris.

Cuatro pares de zapatos. Corbatas colgadas de un gancho. Cinturones colgados de una estaquilla en la pared.

Ashida examinó la americana azul y no encontró nada. Ashida dio unas palmadas en el bolsillo del pecho de la chaqueta de espiga y notó un bulto.

Introdujo la mano y lo extrajo. Eran unos calcetines de hombre, vueltos del revés.

Color tostado, hilo trenzado, cachemira. Talla de pie pequeño. Manchas de color granate en las plantas. Materia coagulada: dentro y fuera.

Calcetería masculina. Cara... y pequeña. Ryoshi y Johnny Watanabe tenían los pies grandes.

Ashida tocó las manchas. Ashida las olió. Era sangre seca.

El asesino se paseó por la casa descalzo. El asesino pisó sangre. El asesino se asustó y se deshizo de los calcetines.

No. Eso no era así. Eso no cuadraba. Su asesino no actuaría de ese modo.

Ashida reflexionó. Ashida retrocedió en el tiempo. Las esquirlas de cristal manchadas de sangre: 7-12-41.

Los Watanabe se untaban los pies de aceite. Eran contaminadores de la tierra. Esparcían las esquirlas previamente hincadas en sus pies. Así aireaban el terreno. Los Watanabe tenían *las plantas muy encallecidas*. Las esquirlas de cristal incrustadas en sus pies no provocarían tal pérdida de sangre. Esos eran calcetines de hombre. No eran de la talla de Ryoshi ni de Johnny. Podían ser de la talla de Aya y/o Nancy.

Ashida corrió escalera abajo. Ashida leyó todas las copias en papel carbón. Figuraban todas las prendas presentes en la casa. No se mencionaba ningún calcetín de cachemira de color tostado. No se mencionaba ningún calcetín de color tostado ni ningún calcetín de cachemira, ni masculino ni femenino, y punto.

Salió por la puerta principal. Se subió al coche y fue al depósito de cadáveres. Entró corriendo. Un ayudante le salió al paso. Dijo algo sobre el crematorio.

Ashida fue allí sin pérdida de tiempo. Nort estaba cebando un incinerador. Cuatro cadáveres cubiertos con sábanas yacían en camillas. Las sábanas estaban empapadas en disolvente y preparadas para prenderse.

—Dios santo, tiene el don de la oportunidad. ¿Ha venido a despedirse?

—¿Están muy descompuestos?

Nort movió la cabeza en un gesto de negación.

—Ha averiguado algo, hijo. Dígame qué es antes de que desaparezcan.

Ashida le lanzó los calcetines.

—Los he encontrado en la casa. No estaban enumerados entre el resto de los objetos inventariados, y son demasiado pequeños y demasiado caros para Ryoshi y Johnny. Fíjese en estas manchas de sangre. No pueden ser fruto de unas esquirlas de cristal y aceite de gamba en las plantas de unos pies muy encallecidos.

Nort asintió. Ashida percibió El Olor. Se habían descompuesto más allá de su fecha de caducidad. La carne se desprendía del hueso.

Retiró las cuatro sábanas. Los pies permanecían intactos. Nort sostuvo los calcetines junto a ellos.

Eran muy, muy pequeños para Ryoshi y Johnny. Eran muy pequeños para Aya y Nancy. El Hombre de los Calcetines de Cachemira tenía los pies *minúsculos*.

Había un microscopio atornillado a una mesa de trabajo. Una pila de carpetas se alzaba junto a él. Nort arrancó una muestra de un calcetín y la inmovilizó en el portaobjetos.

Acercó la platina. Miró. Cogió una carpeta y consultó una autopsia. Volvió a mirar a uno y otro lado seis veces. Se dio media vuelta y sonrió.

—Pisó sangre de las vísceras. Era de Ryoshi. Había tenido recientemente una infección intestinal. Esa mancha está plagada de leucocitos.

¿Quién es el hombre blanco del...?

—Los hombres lobo no tienen los pies pequeños —dijo Nort—. Aunque no es que yo no supiera que era todo un montaje.

El incinerador se puso en marcha. Ashida sintió una gran bocanada de calor.

Elevó las camillas con la manivela y las acercó al borde. Echó los cadáveres a las llamas.

—*Sayonara*, gente —dijo Nort—. Ojalá nos hubiésemos portado mejor con ustedes.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / LUNES, 22 DE DICIEMBRE DE 1941

22.39 horas

Me sentía ridícula.

Me hallaba delante del hotel Roosevelt, enfrente del patio del Grauman's Chinese. No parecía una puta. Parecía una chica de la pradera que no había sabido prever el clima local.

La falda, plisada, tenía el grosor de una prenda de invierno y me llegaba por debajo de la rodilla; la chaqueta a juego me quedaba holgada. La blusa de seda roja era muy poco escotada. Mi abrigo de visón era excesivo para Los Ángeles en Navidad. El olor a alcanfor me hacía estornudar.

Elmer, Brenda y Bill Parker estaban en la *suite* 813. Se hallaban apostados detrás de la mirilla de una pared. Una cámara montada en un trípode apuntaba al salón. Había micrófonos colocados en la habitación. Elmer y Brenda conocían la «rareza» de Fletch B. y me aseguraron que el asunto en ningún caso iría más allá del salón.

Parker parecía fuera de su elemento. Impartía órdenes repentinas y se comportaba con brusca cortesía. Había accedido al chantaje sin la menor vacilación. Eso me dejó atónita.

Esperé. El alcalde Fletch debía llegar de un momento a otro. Por medio de la cosmética me había camuflado la nariz rota, que no presentaba el menor indicio de fractura reciente. Fumé un cigarrillo detrás de otro; observé a los pueblerinos congregarse frente al Grauman's y colocar sus pies en las huellas de las estrellas de cine. Una chica mona guiaba a un ciego a través del patio y lo ayudaba a comparar sus pies con los de Cary Grant. Era una escena conmovedora.

Un sedán Lincoln se detuvo junto al bordillo, justo delante de mí. El conductor hizo dos ráfagas con los faros: mi señal. Me incliné junto a la ventanilla del acompañante. Pellízcame: era Fletcher Bowron.

Me miró de arriba abajo con expresión lasciva. Llevaba insignias de las fraternidades Kiwanis, Moose y Elks, junto con un brazalete negro en señal de luto por Pearl Harbor. Dije:

—*Suite* 813. Concédame unos minutos, por favor.

Fletch levantó un dedo en un gesto de beneplácito. Entré en el hotel, tomé el ascensor y accedí a la *suite*.

Era el lugar de encuentro permanente de Brenda. El salón y el dormitorio estaban provistos de mirillas, instaladas en espejos empotrados en la pared. Detrás, en huecos del muro, había puestos de observación con cámaras ocultas; tres personas podían esconderse allí y filmar las citas encubiertamente. Brenda, Elmer y Parker se hallaban detrás de la mirilla del salón. Me habían indicado que me colocara de costado, a dos metros y medio de la pared. Elmer me advirtió que Fletch podía estar nervioso y me dijo que tuviera a punto una copa potente.

Di unos pasos de claqué y saludé en dirección a la mirilla. Brenda vociferó:

—Nada de morisquetas, amiga mía. Esto no es la obra de teatro del instituto.

Me reí y me dirigí al bar. Serví un triple para Fletch y añadí sifón. Me atusé el pelo y oí el timbre de la puerta.

Con la copa en la mano, abrí la puerta. Fletch agarró el vaso y se lo pimpló. Cerré la puerta y eché el cerrojo.

—Tú crees que soy Fletcher Bowron, pero no lo soy. Ese es un calzonazos. El Departamento de la Guerra me exige que viaje de incógnito, y reconozco que me parezco un poco a Fletch. Oigámoslo, hermana. Dime a quién tienes delante.

Fletch siempre actuaba conforme a un guión. Yo había memorizado mi papel.

—Es usted Race Randall, el superespía —dije—. Ha estado transportando documentos secretos desde Europa, y está molido.

—Exacto. He estado observando la evolución de la guerra en el frente oriental, y empiezo a pensar que deberíamos llegar a un acuerdo con Hitler ahora que aún tenemos ocasión. Esos nazis rebosan vigor, y como soy un hombre con tinta en la pluma, distingo el vigor cuando lo veo.

Me acerqué al bar y preparé otro triple. Dije:

—La geopolítica me fascina. Cuénteme más, por favor.

Race agarró el vaso. Se pimpló la copa y se paseó con un pavoneo.

—Rusia no está mal, si a uno le gustan las gachas y las lanzadoras de disco lesbis, pero Deutschland se lleva la palma. Estuve allí con la Cámara de Comercio de Los Ángeles en el 38, y opino que a *der Führer* le están dando un varapalo que no se merece. La Abwehr intentó reclutarme, pero Race Randall es fiel a su querido Estados Unidos de toda la vida. Ya sabes lo que dicen de mí, ¿verdad, hermana?

Yo sin duda lo sabía.

—Todo el mundo ha oído hablar de *usted*, señor Randall. Usted es quien la tiene más grande y mejor.

Race se balanceó y salpicó *bourbon*.

—Marlene Dietrich puede dar fe de ello, hermana. Estuvimos con unos muchachos en el palacio del *schnitzel* en Goetheplatz. ¿Conoces la canción de Horst Wessel? «Die Fahne hoch! Die Reihen dict geschlossen! SA marschier mit ruhig festem Schritt».

Estábamos justo enfrente de la mirilla. Raceapuró su copa y empezó a marchar a paso de ganso. Recorrió el salón a paso de ganso, tres veces. Yo permanecí inmóvil y

observé; oí ruido de pies en el hueco del muro y observé el clímax de la velada antes de que el superespía Race Randall se diera cuenta.

Los amigos Elmer, Brenda y Bill estaban junto a la puerta del dormitorio. Race los vería en cuanto se diera media vuelta e iniciara de nuevo la marcha del ganso.

Inició la marcha del ganso.

Se quedó paralizado a medio paso.

Dejó caer la copa y soltó un alarido.

Brenda dijo:

—Nos conocemos desde hace una eternidad, Fletch. Pero el negocio es el negocio.

Parker dijo:

—Nada de «retrato reprobable». Mañana a las ocho de la mañana sesión a puerta cerrada, autorizada por el jurado de acusación. Citaciones inmediatas para Preston Exley y un tal Pierce Morehouse Patchett. Pueden llevar un abogado. Yo seré el letrado ad hoc del gran jurado.

Yo dije:

—Race, usted es quien la tiene más grande y mejor.

23.42 horas

Fletch empezó a sollozar. Brenda se puso maternal.

Seguimos siendo amigos, cielo. Seguiré procurándote chicas. Vamos a darte un café. Todo saldrá a pedir de boca.

El patetismo era irritante. Parker se escabulló. Bajó en ascensor. El coro del vestíbulo lo irritó. Se escabulló a la calle.

Había aparcado a un paso del bulevar. Llevaba sus manuales jurídicos y sus apuntes. Se acercó al trote y subió.

Consultó su reloj. A las 2.00 horas se cumplirían seis días de sobriedad. Miró hacia las ventanas de la 813. Fletch lloriqueaba. La señorita Lake hablaba con sus amigos.

Parker sacó sus lápices y su cuaderno. Una chica que llevaba a un ciego del brazo pasó por delante del coche. Elevó una plegaria por ellos.

Con la plegaria se le ocurrió la idea. Daba mayor densidad al chantaje a Bowron. No bastaba con un «cese y desista». La sesión a puerta cerrada implicaba un riesgo mayor para Fletch. Aumentaba las probabilidades de que no rompiera filas y pasara el soplo.

La idea se apartaba de La Promesa. Intentó pactar con Dios solo por esa vez. El despreocupado sermón de Dudley lo convenció de que debía intentarlo.

Así quizá convenciera a Exley y Patchett de que abandonaran su proyecto del campamento de esclavos. Quizá les suscitara solo *ese poco* de duda.

Parker trabajó. Estudió las leyes. Marcó las páginas doblando las esquinas. Subrayó razonamientos jurídicos. Fumó hasta la ronquera. Engulló café pasado y meditó. Pensó en la teniente Conville. Pensó en la señorita Lake.

El día anterior pasó en coche por delante de Coulter's. Vio una falda de *tweed* en el escaparate y pensó en la señorita Lake. Esa falda y medias blancas. La señorita Lake con guantes blancos en la iglesia.

La teniente Conville era más alta. Ahora vestía el uniforme de invierno. Se pondría el caqui en primavera. Quedaría bien con su pelo rojo.

Parker trabajó toda la noche. Anotó series de preguntas y las redactó de manera que no quedaran lagunas. Al amanecer fue en coche al centro de la ciudad.

Descabezó un sueño en el cuarto de camastros. Durmió entre Thad Brown y Lee Blanchard. Se levantó a las 7.40. Se aseó y se afeitó en el lavabo.

Un asunto incierto. La sala del jurado de acusación del condado: 546.

Parker bajó. Fletch cumplió. La sala anexa estaba preparada.

Una mesa, cinco sillas. Una taquígrafa. Las partes, más los letrados.

Bill McPherson y Preston Exley. Pierce Patchett: alto y enjuto. ¿Letrado? Sam Rummel, el hombre de Ben Siegel.

El espacio era exiguo. Una sala pequeña y seis personas. Exley, displicente. Patchett, displicente. El fiscal: en el estado de alerta de la mañana temprano. Un picapleitos de altos vuelos y citaciones a primera hora del día.

—Ya estamos todos aquí —dijo McPherson—. No finjamos que esto no es una inconveniencia y vayamos al grano.

La taquígrafa preparó su aparato. Rummel colocó tres hojas de papel sobre la mesa.

—Los impresos de confidencialidad. Necesitamos las firmas del señor Exley, el señor Patchett y el capitán Parker.

Aparecieron las plumas. Exley firmó. Patchett firmó. Parker firmó. Rummel se aclaró la garganta.

—¿Está usted aquí en calidad de policía, o de abogado especialmente designado y representante del jurado de acusación del condado, capitán Parker?

—Lo segundo, señor Rummel. Añadiré que, por ley, tengo prohibido reproducir los testimonios realizados aquí esta mañana bajo juramento ante cualquier agencia externa, lo cual incluye el Departamento de Policía de Los Ángeles.

McPherson se toqueteó el reloj.

—Empecemos ya. Caballeros, levanten la mano derecha.

Obedecieron. McPherson recitó el juramento.

—¿Juran los testigos que el testimonio realizado aquí en privado bajo juramento será plenamente veraz y estará libre de toda ocultación y toda evasiva? ¿Jura el letrado que sus preguntas serán formuladas con pleno conocimiento de las leyes estatales de California y federales, y que esta investigación se lleva a cabo de conformidad con los intereses de todos los ciudadanos del condado de Los Ángeles? ¿Comprenden todas las partes que, una vez terminada esta sesión, yo decidiré si debe o no debe procederse a una investigación en toda regla, y que mi decisión será definitiva y vinculante de manera concluyente?

—Lo juro y lo comprendo —dijo Exley.

—Lo juro y lo comprendo —dijo Patchett.

—Lo juro y lo comprendo —dijo Rummel.

—Lo juro y lo comprendo —dijo Parker.

La taquígrafa tomó nota. Rummel se aclaró la garganta.

—Doce preguntas, capitán Parker. Si mis clientes se niegan a contestar, por favor no haga comentarios ni los importune.

Exley y Patchett se sentaron. Parker se sentó frente a ellos.

—Todas las preguntas van dirigidas tanto al señor Exley como al señor Patchett.

Pueden contestarlas cualquiera de ellos o los dos, y pueden dar explicaciones si así lo desean.

Rummel negó con la cabeza.

—No desean ni desearán «dar explicaciones».

McPherson se sentó a horcajadas en una silla.

—Acelerémoslo. En esta sala hay tres abogados del máximo nivel. No tiene por qué haber tejemanajes.

Rummel se sentó. Parker examinó a Patchett. Observemos la pupila contraída. Probable consumidor de morfa de farmacia.

—He aquí mi primera pregunta. Caballeros, ¿constituyen ustedes un consorcio que ha adquirido, que ha intentado adquirir y que intenta adquirir actualmente inmuebles propiedad de japoneses en Highland Park, Glassell Park y South Pasadena, junto con tierras de labranza propiedad de japoneses en el valle de San Fernando?

—Sí —dijo Exley.

—¿Es su intención demoler esos inmuebles a fin de construir accesos a la autovía de Arroyo Seco y centros comerciales cerca de la autovía de Arroyo Seco? —dijo Parker.

—Sí —dijo Patchett.

—Construcciones Exley ha presentado una propuesta a la alcaldía y el consistorio —dijo Parker—. La propuesta teóricamente sustituye planes preexistentes que en la actualidad está aplicando el gobierno federal. El señor Exley desea construir campos de trabajo penitenciarios para alojar en el valle de San Fernando a los subversivos japoneses mientras dure la guerra. Señor Exley, ¿ha adquirido usted tierras de labranza propiedad de japoneses, e intenta usted adquirir tierras de labranza propiedad de japoneses a fin de demoler dichas propiedades para crear campos de trabajo penitenciarios?

—Sí —dijo Exley.

—¿Da empleo a jornaleros mexicanos ilegales en la recolección de los cultivos? —dijo Parker.

Exley y Patchett se inclinaron hacia Rummel. A Patchett se le subieron los puños de la camisa. Observemos los tatuajes de símbolos asiáticos.

—Una cuestión de procedimiento, capitán —dijo Rummel—. Esos jornaleros disponen de visados temporales concedidos por el capitán Carlos Madrano, de la Policía del Estado de México.

Polvo en grupo. El Capitán Carlos. El Jefe, muy fascista.

—Lo expresaré de otra manera. Caballeros, ¿destruyen sus jornaleros sistemáticamente las tierras de labranza mediante la aplicación de aceite de gamba en el mantillo con la intención de proporcionar un fundamento a los cimientos de las estructuras de sus campos de trabajo penitenciarios?

—Sí —dijo Exley.

—¿Han creado una empresa fantasma y registrado en secreto sus adquisiciones de

inmuebles y tierras? —dijo Parker.

—Sí —dijo Patchett.

—¿Presentarán la documentación de sus adquisiciones al jurado de acusación del condado de Los Ángeles?

—Solo en caso de que el jurado de acusación lleve a cabo una investigación completa, y solo por orden oficial —dijo Rummel.

—¿Adquirieron ustedes la casa en Highland Park y la granja de Ryoshi Watanabe en la zona este del Valle? —dijo Parker.

—Sí —dijo Exley.

—¿Indicaron ustedes al señor Watanabe y/o los miembros de su familia que se pasearan por la extensión de tierra que hay detrás de su casa con aceite de gamba y/o fragmentos de cristal aplicados a los pies a fin de airear el terreno y proporcionar una base para el vertido de cemento?

—Sí —dijo Patchett.

—Las fincas situadas detrás de las casas que han adquirido o intentado adquirir son tierras públicas escrituradas a nombre del condado de Los Ángeles, con derecho de primera opción de compra otorgado a Construcciones Exley, en virtud de su proximidad a la autovía de Arroyo Seco —dijo Parker—. Caballeros, ¿intentaban ustedes reducir sistemáticamente el valor de esas tierras mediante la estratagema de destruir el mantillo, y eran conscientes de que si unas cuantas personas *se paseaban* por esos terrenos su estratagema tenía menos probabilidades de ser detectada que si se llevaba a cabo la aplicación mecanizada del aceite de gamba?

—Sí —dijo Exley.

—¿Asesinaron ustedes a Ryoshi, Aya, Johnny y Nancy Watanabe el 6 de diciembre de 1941? —dijo Parker.

—No —dijo Patchett.

—¿Saben quién los mató?

—No —dijo Patchett.

—¿Tienen coartadas verificables para el sábado 6 de diciembre entre las 14.00 y las 17.00 horas? Desearía que contestaran los dos, por favor.

—Sí —dijo Exley.

—Sí —dijo Patchett.

—¿Presentarán pruebas válidas de esas coartadas corroboradas por terceros? —preguntó Parker.

Rummel se aclaró la garganta.

—Solo en caso de que el jurado de acusación lleve a cabo una investigación oficial completa, y solo por orden judicial directa.

Doce preguntas. Aclaraciones añadidas. Treinta y cuatro minutos, puerta a puerta. Parker miró a McPherson.

—Como ayudante suyo, solicito una investigación completa.

McPherson se puso en pie.

—Petición denegada. El Lobo es válido para esos homicidios. Aceite de gamba, granjas y accesos de autovía... ¿a quién coño le importa eso?

23 de diciembre de 1941

8.53 horas

—¡*BET-TE!* ¡*BET-TE!*

Tomaron por asalto Miracle Mile. Requisaron los aparcamientos y bombardearon a los transeúntes que hacían sus compras navideñas. Compren bonos de guerra. Conozcan a la señorita Davis. Ella es el Tío Sam... ¡y ella *TE* necesita!

Las compras de última hora. Hollywood. La fiebre bélica.

En Wilshire se sucedían los grandes almacenes. Desmond's, Silverwood's, Coulter's. Los aparcamientos se hallaban en la parte de atrás. Había tarimas junto a las salidas. Bette se erguía por encima de la multitud y se desgañitaba ante los micrófonos.

Encandilaba a los admiradores. La flanqueaban soldados de color. Los polis controlaban las colas de compradores de bonos. Bette estrechaba la mano a todo el mundo. Bette posaba para las fotos. Policías militares se ocupaban de los vales de garantía y el dinero.

Beth y Tommy permanecían cerca de Bette. Dudley se mantenía no demasiado cerca. Bette se mostraba impasible con él. La noche anterior los envolvía.

La mano le dolía de lo lindo. Claire le extrajo cristales de los cortes durante dos horas. Le momificó la mano. No pudo tocarla con ella. Hicieron el amor torpemente.

Echó la culpa a un sarao de polis. Oyó un chiste magnífico y apretó el vaso más de la cuenta. La Emperatriz Roja puso cara de escepticismo.

Comentaron sus planes mexicanos. Hablaron por los codos. Ella le dio un calmante. Se durmieron, entrelazados.

Él abandonó su cama a las siete. Ella le preguntó por su agenda para ese día. Él dijo que le habían asignado la protección de Bette Davis. Claire, escéptica, soltó una carcajada.

—Es a ella a quien olí en ti el domingo. Coincidimos una vez, en un estreno. Recuerdo su perfume.

Él se echó a reír. Claire cogió un atomizador y lo marcó con su propia fragancia.

—¡*BET-TE!* ¡*BET-TE!* ¡*BET-TE!*

Dudley observó al gentío. Polis con los brazos entrelazados mantenían a raya a la multitud. Silverwood's era la Parada n.º 2. En Desmond's se habían presentado quinientas personas. Los más acérrimos seguidores durmieron en el aparcamiento.

—¡BET-TE! ¡BET-TE!

El gentío voceaba su nombre. El día anterior era el nombre de Dudley el que voceaba otra multitud. Bette se mostraba impasible con él. «Me has importunado».

—¡BET-TE! ¡BET-TE!

En Desmond's usó el teléfono de la policía interna de los grandes almacenes. Llamó a Huey. Huey dio el parte. Huey dijo que Tojo Tom seguía bien arropado. Habló con Tojo Tom. Lo interrogó acerca del alijo de droga y dinero de Carlos Madrano. Tojo dio un parte creíble y rogó que lo soltaran. Huey dijo: «Feliz Navidad, muchacho. Quedarás en libertad en Año Nuevo».

Empezó a *verlo*. La propia incursión. Utilicemos esos submarinos japoneses avistados en Baja.

Llámame Jack estaba obsesionado con los submarinos. Temía ataques en las aguas de Los Ángeles. Dudley telefoneó a Llámame Jack y lo embaucó.

Jefe, me preocupan las incursiones de submarinos. Permítame actuar como enlace con la Policía del Estado mexicana. Me llevaré allí abajo a mis chicos.

En ese momento todo confluyó en su favor. Intervino el destino.

Carlos Madrano estaba obsesionado con los submarinos. *Él mismo* había telefoneado a Llámame Jack. Esos submarinos avistados en Baja lo asustaban. Llámame Jack cayó de pleno.

—Vaya de extranjis, Dud. No le diga a Carlos que está allí. Tome nota de los rumores referentes a los submarinos. Hoy Ellis Loew presenta el caso ante el jurado de acusación, y el lunes se habrá aprobado el procesamiento. A usted le asignarán destino en Año Nuevo, y sé que quiere un puesto en México. Prepare el terreno y cepílese a unas cuantas señoritas. Si se entera de algo, hágamelo saber.

Entendido, jefe. Eso haré.

—¡BET-TE! ¡BET-TE! ¡BET-TE!

Ella se mostraba impasible con él. «Me has importunado». Se negaba a mirarlo.

Beth la tenía tomada con él. Lo miraba de reajo una y otra vez. A Dudley le palpitaba la mano. El gentío aclamaba a Bette.

Los polis acompañaban a los fulanos que se acercaban a conocerla.

Ella sonreía a todos y cada uno de ellos.

Posaba para las fotos y repartía abrazos.

Era una estadounidense. Él era morralla inmigrante. Ella era protestante de nacimiento. Él era chusma papista. Era la guerra de ella, no la de él.

Pensó en la Emperatriz Roja. Pensó en México y en el dinero. Unos colegiales invadieron la tarima. Agitaban banderines de Estados Unidos.

11.04 horas

Ashida vio humo. Ondeaba hacia el nordeste. Podía ser que estuvieran quemando maleza. Podían ser los Watanabe en forma de hollín procedente del depósito de cadáveres.

¿Quién es el hombre blanco del jersey morado? Pisó la sangre de Ryoshi. Lleva calcetines de cachemira y tiene los pies muy pequeños.

Se hallaba sentado frente al edificio de Mariko. Ella estaba en el piso, dormida. En Little Tokyo reinaba la paz. Los federales se tomaron un respiro por las fiestas. Nada de batidas callejeras, nada de incursiones en bancos.

Una población diezmada. Árboles de Navidad en las aceras.

Ashida leyó el *Herald* matutino. Era su respiro. Tenía que estar de vuelta en el restaurante de Kwan después del almuerzo.

Estaban desmontando el coche de la muerte. Era puro formulismo. Los japos fugados habían sido precondenados. Dudley maltrataría a los camareros Hop Sing y localizaría al soplón. Era todo un hecho consumado.

Echaba de menos a Dudley. Deseaba sentarse a su lado. Deseaba verlo guiñar el ojo.

En el *Herald* se hablaba solo de los japos y la Navidad. ¡LOS COMPRADORES INVADEN MIRACLE MILE! ¡BETTE DAVIS ESTARÁ EN COULTER'S! ¡PROMOCIÓN DE CAMISAS ARROW EN LOS GRANDES ALMACENES MAY COMPANY DE WILSHIRE!

Dudley y Bette. Le encantaría verlo. Su cámara, una mirilla en la pared.

Situación de alerta en Baja por la presencia de submarinos japoneses. Eso está a menos de doscientos kilómetros. *Podría* ocurrir aquí.

Habían visto a los japos fugados en el condado de San Diego. Eludían el operativo. La partida de búsqueda iba en camino.

Ashida tiró el diario. Los vecinos más aguerridos rondaban por la calle. Se habían dispersado dos tercios de la población. Los edificios cerrados a cal y canto confirmaban esa cifra. Se acercaba febrero. Los periódicos recurrían al eufemismo «campos de concentración».

Se detuvo un taxi. Se apeó Bucky Bleichert. Vestía su cazadora del Belmont.

El taxi cambió de sentido. Bucky sacudió las monedas de sus bolsillos con un tintineo y miró hacia él.

Era más alto que Dudley. Los dos tenían ojos castaños y pequeños. Los brazos de

Bucky eran más largos. Las manos de Dudley eran el doble de grandes.

Bucky se acercó. Titubeó de aquella manera tan propia de Bucky. Tendió un sobre. Al tacto parecía dinero.

—¿Es un pago en penitencia? Delataste a mi familia, ¿y ahora crees que esto lo reparará?

Bucky se encogió de hombros. Era un gesto característicamente suyo. Su gracia se ponía de manifiesto incluso en las posturas más displicentes.

—Son los ahorros de toda mi vida. Creo que los necesitarás.

—Completa el pensamiento, Bucky. ¿Por qué los necesitaré?

—Estaba jugando al baloncesto en la Academia, y he oído hablar a unos federales —dijo Bucky—. Decían que participaste en una película de rojos o algo así, pero por alguna razón se retiraron los cargos contra ti y contra los rojos. Andan buscando chivos expiatorios, así que después de las navidades pasarán por encima de tu amigo Ward Littell y os detendrán a tu familia y a ti. Decían que todos vosotros sois quintacolumnistas desde hace tiempo.

—Gracias, Bucky. No tenías por qué decírmelo, pero me lo has dicho.

Bucky sacudió las monedas con un tintineo.

—Siempre supe lo que sentías por mí. No me importaba, hasta que te interpusiste en mi camino.

—Te busca una mujer —dijo Ashida—. Estoy seguro de que algún día te encontrará.

11.45 horas

Se apresuró. Se desentendió de Bucky y de la tarea pendiente en el coche del restaurante de Kwan.

Fue al edificio municipal y se apresuró escalera arriba. En Homicidios todo eran japos y chinos. Mike Breuning y Dick Carlisle trabajaban en salas de tormento contiguas. Ashida echó un vistazo a los espejos del pasillo.

Había chicos de los Hop Sing esposados a tuberías. Los muchachos les atizaban con listines.

Thad Brown trabajaba en la sala de reuniones principal. Trazaba rutas en un mapa colgado en la pared. Predicaba ante cuarenta hombres con indumentaria de cazadores.

Los japos huyeron a San Diego desaladamente. Van camino de la frontera. La Policía del Estado de México espera. Los aviones de reconocimiento están en el aire. Deben de haber acampado en algún rincón perdido. Viajarán por carreteras secundarias en dirección sur. Entonces nos echaremos sobre ellos.

Ashida contó las cabezas reducidas. Llegó a veintitrés y paró. La mitad de los hombres llevaban sierras de arco.

Ya bastaba.

Ashida fue al despacho de Bill Parker. La puerta estaba abierta. Parker vestía un traje de faena militar.

Se disponía a sumarse a la partida de búsqueda. Fijémonos en su despacho. Es una zona de carga.

Mascarillas antigás, granadas, escopetas Ithaca. Los aviones de reconocimiento gasearían los montes. Obligarían a los japos a abandonar su escondrijo.

—¿Ha hecho usted algo? —dijo Ashida—. ¿Podemos hacer algo más?

—He intentado una táctica con Exley, Patchett y el jurado de acusación. McPherson se ha negado a entablar proceso.

Calcetines de cachemira. Calcetines ensangrentados. ¿Quién es el hombre blanco del...?

—¿Podemos hacer algo más?

—Podemos esperar la respuesta a mi petición respecto a los registros de llamadas de los teléfonos públicos.

Ashida recorrió el despacho con la mirada. Contó veinte metralletas Thompson.

—Los federales irán a por mi familia.

—Lo siento —dijo Parker.

—¿No puede llamar usted a alguien?

Parker consultó el reloj de la pared.

—Ya no soy bien recibido por los federales, doctor. Eso no debería sorprenderle.

Dos policías militares pasaron por el pasillo empujando un carrito con munición. Las ruedas metálicas se hincaban en el suelo.

Ashida se apresuró. Recorrió el pasillo. Llegó a Homicidios. Llegó al cubículo.

Dudley estaba sentado tras su mesa. Tenía la mano derecha vendada. Llevaba un traje de *tweed* y zapatos bajos marrones.

Nadie debería ser tan mortífero. Nadie debería ser tan apuesto. Nadie debería ser tan hábil y desenvuelto.

Dudley sonrió. Lo rodeaban las láminas del diagrama. Trazos de tinta cubrían las cuatro láminas.

«CASO WATANABE RESUELTO/DEL 7-12 AL 23-12-41».

—Hola, muchacho —dijo Dudley.

Ashida sintió agitación.

—El FBI irá a por mi familia y a por mí. He pensado que quizá usted pudiera ayudarme.

—Me ocuparé de eso inmediatamente —dijo Dudley—. A cambio, requeriré su presencia en una magnífica incursión en México.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / MARTES, 23 DE DICIEMBRE DE 1941

12.39 horas

No existe nada anterior a este momento. Se acerca la guerra. Voy a alistarme.

Escribí estas palabras en este mismo lugar, hace diecisiete días. Sabía que la guerra era inevitable, y creía que sería capaz de controlar la arremetida con acciones autónomas y declaraciones de intenciones. Chica inmadura. Mírate en el espejo y afirma de manera convincente que ahora aún lo piensas.

Scotty Bennett se ha alistado. Dudo que su servicio militar en el Pacífico pueda equipararse a sus dos semanas en la policía como agente contratado en tiempos de guerra. Recibí una carta de Scotty hace unas horas; me escribía de camino al centro de instrucción de reclutas de la Infantería de Marina. No hacía mención de Dudley Smith, ni del homicidio de los Watanabe, ni del presunto asesino a quien mató en Chinatown, ni de su audaz irrupción en la guarida del Hombre Lobo, ni de ningún otro de los siniestros encargos que podía haber llevado a cabo bajo el hechizo del Dudster. No hacía mención de su interpretación del diagrama que envió a Hideo Ashida asumiendo un gran riesgo, ni revelaba que su huida a la guerra era un repudio horrorizado de la maldad y de su propio sometimiento a ella. Afirmaba que procurará servir a su país como ayudante de capellán castrense y me daba las gracias por el amor que le había concedido durante el mes en que Estados Unidos entró en guerra y él se convirtió en policía.

Entonces lloré. Rescaté la medalla de san Cristóbal que me habían dado en la iglesia luterana de la Santísima Trinidad en 1929. Sé que nunca volveré a ver a Scotty Bennett. Llevaré la medalla hasta que me entere de que ha regresado sano y salvo o ha muerto.

Hace diecisiete días no conocía a Scotty. No conocía a William Parker, ni a Hideo Ashida, ni a Claire De Haven. No me había alistado en un pogromo político ni había maniobrado a diez niveles distintos de lealtad y traición. No había chantajeado a un destacado cargo público, ni había luchado por salvar la vida valiéndome de un pincho carcelario. La guerra me trajo todo eso. Llegó a mí en la forma de un hombre que había malinterpretado la guerra con sus propias acciones autónomas y declaraciones de intenciones. No me consuela en absoluto saber que el capitán William H. Parker fue igual de temerario y necio que yo.

Telefoneé repetidamente al apartamento de Hideo sin obtener respuesta. Él me traicionó. Traicionó a Claire, traicionó un proyecto cinematográfico que habría sacado a la luz el brutal libelo de sangre contra los suyos. Lo telefoneé porque estamos en guerra y me he imbuido de una acentuada comprensión de la lealtad instantánea y la traición repentina. Telefoneé repetidamente a Claire sin obtener respuesta. Yo la traicioné. Traicioné mis mejores ideales. Traicioné la valentía de Claire para hacer frente a la injusticia y su capacidad para superar la sofistería y la disipación profunda.

Telefoneé a la consulta de Saul Lesnick. Dejé mensajes a su secretaria, y no me ha devuelto las llamadas. Telefoneé a Reynolds Loftis y hablé con él. Me contó que Claire había llegado a la conclusión de que yo era informante de la policía. Reynolds dijo: «Claire piensa que posees mucho arte, pero careces de personalidad y convicción». Me preguntó si era verdad que yo era informante. Dije: «Sí». Dijo: «Pedazo de tonta», y colgó.

No puedo ampararme en la guerra para rebatir la acusación de Claire. Es una descripción precisa de mi vida hasta la fecha.

La guerra. Esta tormenta. Esta tormenta que ahora me condena.

Dudley Smith y su diagrama. Apropiación de tierras y los Watanabe muertos. Lee Blanchard mata a un testigo del mundo del hampa. La marcha a paso de ganso de Fletch Bowron en estado de ebriedad. Un rumor que Brenda me dio a conocer. Dudley fuma opio en el sótano de Ace Kwan.

Echo de menos a Scotty. Echo de menos a Hideo. Echo de menos a Claire. Ponen *La pasión de Juana de Arco* en el cine Filmarte. Iré a verla y pensaré en ella.

Pienso en Dudley. Me persigue. Veo una y otra vez su intercambio de miradas con Bette Davis. Miradas de amantes separados por una pista de baile.

La guerra. Mi propia invasión japonesa. Hideo. La cala Goleta. Submarinos, desde Monterrey hasta México. Los suicidios en la cárcel. Goro Shigeta en la cabina telefónica. No sé dónde está Lee. Supongo que estará con la partida de búsqueda. Los hombres llevan cabezas reducidas. Lee compró una para colocarla en el coche a modo de adorno.

No sé dónde está Hideo. Compartimos el amor por un pérfido boxeador con grandes dientes de conejo.

La guerra. Actos precipitados e injusticia. Poseo mucho arte, pero carezco de personalidad y convicción. Echo de menos a las personas a quienes he traicionado y me han traicionado a mí. Solo sé dos cosas. Estados Unidos ganará la guerra, y estoy sola con William H. Parker.

14.06 horas

Partida de búsqueda. Convoy. Ataque en tenaza. Veinte vehículos y un biplano fumigador.

Avanzaban hacia el sur. Doscientos cazadores de japos. La topografía los favorecía.

Avanzaban en dos flancos. Tenían la ventaja de la altitud. Carreteras asfaltadas ofrecían una vista de una quebrada que discurría de norte a sur. Espeso follaje, montículos cubiertos de maleza, caminos a medio pavimentar. Un lugar al amparo de los árboles y a tiro de piedra de México.

Los japos estaban allí abajo, en algún sitio. Los superaban en número y los tenían rodeados.

Con *jeeps* y semiorugas militares. Con coches de la policía provistos de ejes todoterreno. Con escopetas, metralletas y granadas. Con equipo de decapitación. Con la magia *neeeeeegra* de las cabezas reducidas.

Los flancos empujaban hacia el sur. Tenaza. Las carreteras a izquierda y derecha del desfiladero ofrecían una buena panorámica de esa quebrada. El biplano volaba a baja altura por detrás de ellos. Rociaba mierda amarilla desde treinta metros de altura.

La mierda obligaba a salir a bandadas de aves y espaldas mojadas. Empujaba a todo bicho viviente hacia el *sur*. La mierda abrasaba y devoraba la carne. La mierda caía y allí se quedaba. Salgamos, respiremos aire fresco, vayamos al *sur ya*.

Parker viajaba hacia el *sur*. Viajaba en el flanco oeste. El mar se hallaba a cierta distancia a la derecha. Su coche de policía iba provisto de radio. Lo conducía un hombre del Equipo de Tiro Hearst.

Parker ocupaba el asiento del acompañante. En la parte de atrás se apilaban las bombas de gas lacrimógeno y las mascarillas antigás. Se hallaban en algún lugar cerca de San Marcos. Esa mierda amarilla flotaba por debajo de ellos. Una brisa la empujaba hacia el *sur*.

El suelo era irregular y el trayecto tortuoso. Parker alargaba el cuello y miraba *abajo*. Espaldas mojadas salían corriendo de entre los árboles. Se enjugaban los ojos. Iban en desbandada. Huían de la mierda amarilla y corrían hacia el *sur*.

Los japos estaban en algún sitio entre los árboles. El biplano los localizó e informó por radio.

Japos. Van en un coche marrón. Están ahí abajo. Tenemos que obligarlos a salir

a campo abierto. Tenemos que obligarlos a dirigirse hacia el sur.

Allí abajo las carreteras se dirigían hacia el *sur*. Tenían la anchura de un solo carril y estaban asfaltadas solo en parte. Eran rutas de huida. La policía local llamaba «Callejón de la Sangre» al conjunto de todas ellas. El Callejón llevaba directamente a México. Soslayaba los cruces fronterizos y quedaba cortado en una alambrada. Cien fugitivos lo habían intentado. Cien fugitivos habían muerto.

Partida de búsqueda. Convoy. Turbamulta de linchamiento. Maniobra kamikaze.

Parker reflexionaba. Volvió a pensar en la perorata pronunciada por Dudley el día anterior y apartó la idea de su cabeza. Quizá lo había interpretado mal. Estaba obsesionado con Dudley y veía a Dudley hasta en la sopa. Era Dudleymanía y Dudleyparanoia. Quizá él robó y mató a los chinos. Quizá no fue él. Quizá él disparó contra el presidente Lincoln y bombardeó Pearl Harbor personalmente. Estaba atrapado en la magia *neeeeeegra* de Dudley.

Todavía.

Esa fuga tenía algo de extraño. ¿Por qué huir en dirección a México? Los japos tenían el dinero de la partida de dominó y podían pagar a otros japos para que los escondieran. ¿Por qué cambiar de coche en Chinatown? ¿Por qué afanar un coche tan cerca del lugar donde preveían realizar el atraco? Aquello tenía toda la pinta de Convergencia Dudley y cierta Intuición Dudley.

La radio crepitó y dio información. La sección de la partida de búsqueda situada en el flanco de San Gabriel emitió un parte. Habían descubierto el campamento de los japos. Se parecía al lugar de la matanza de Griffith Park. Encontraron roedores empalados. Encontraron una radio de onda corta y papel chamuscado. La radio estaba averiada y no podía recibir ni emitir señales.

Los Watanabe disponían de equipo de onda corta. Este proporcionó a Hideo Ashida el dato del ataque a Goleta. Submarinos japoneses rondaban *ahora* ante la costa mexicana.

Confluencia. Superposición. Hebras deshilachadas que inducían a pensar *Extraño*.

El convoy avanzó hacia el *sur*. Circulaban por encima de la mierda amarilla de la quebrada.

La radio escupía un incesante galimatías y avisos *ESTRIDENTES*.

Alerta japo. Abandonan el monte. Huyen de la mierda amarilla. *Ahí está el coche. Ahí está el coche*. Va a toparse con un control de la Policía del Estado mexicana. Atajemos a la izquierda entre esos árboles que hay al frente.

He ahí los árboles: justo delante.

Parker miró hacia abajo. Parker miró hacia el *sur*. Mierda amarilla, mierda amarilla, Callejón de la Sangre. He ahí el coche. Está ahí abajo y se dirige hacia el sur. Sale de la mierda y entra en campo abierto.

El conductor dio un volantazo a la izquierda. El coche de policía descendió por un terraplén a medio asfaltar. Parker vio el control de carretera. Tenía la anchura de seis caballetes. Lo controlaban policías estatales mexicanos. Vestían camisas negras a lo

Mussolini y pantalones de montar. Empuñaban metralletas, apuntadas hacia *fuera*.

El coche de policía derrapó y se detuvo. Parker y el conductor bajaron. Parker miró hacia el otro lado de la quebrada. Vio ocho vehículos, entre *jeeps* y semiorugas, estacionados en un terraplén idéntico.

Hombres. Treinta y pico.

Llevan metralletas y fusiles. Llevan escopetas cargadas con posta. Están agazapados y apuntan sus armas hacia *abajo*.

Parker cogió sus prismáticos. El conductor apuntó un Mauser con mira telescópica. He ahí el coche. Se acerca al control de carretera. Aparece aumentado por los prismáticos, *ahora mismo*.

Las armas detonaron. *Todas* las armas detonaron. *Todas* las armas detonaron apuntadas hacia *abajo*.

Parker lo vio, aumentado. *Vio* el impacto del metal contra el metal. *Vio* el metal traspasar el metal. *Vio* volar los cristales de las ventanillas. *Vio* volar los neumáticos y virar el coche sobre las llantas desnudas.

Vio un enjambre de balas. Era visiblemente *negro*. *Vio* perdigones: una densa bruma.

Parker miró a la izquierda. Ahora su terraplén estaba atestado. Sesenta hombres disparaban hacia *abajo*. El coche coleó. Los policías estatales se desplegaron y dispararon. El coche se convirtió en un estallido rojo.

Los japos salieron y echaron a correr. Japos en llamas, japos intentando apagar el fuego a manotazos. Enjambres negros se abatieron sobre ellos: balas, perdigones, posta. Los japos volaron en pedazos. Él lo *vio*, aumentado.

Tenían cabezas. No tenían cabezas. Sus brazos y sus piernas desaparecieron. Se evaporaron.

Entonces una pausa.

Entonces el eco y el viento.

Entonces la pausa se prolonga.

Entonces los hombres de la partida de búsqueda corren hacia *abajo*.

Parker corrió hacia abajo con ellos. Llegó a trompicones al pie del terraplén y siguió como una flecha hacia el control de carretera. Un centenar de hombres convergieron y se quedaron allí inmóviles, sin más. Los japos eran pulpa en la tierra.

Los policías estatales se acercaron. Parker miró el coche. Ardía y expulsaba humo negro. Se fijó en los restos esparcidos por el suelo. Se acercó y los miró detenidamente.

Astillas de madera. Una lámpara de radio. Tres objetos redondos metálicos. Fichas de teléfono público.

14.48 horas

En la cumbre. El consorcio Smith-Kwan se reúne con los chicos Exley-Patchett.

Había reservado la trastienda del Lyman's. Tenían un bufet preparado. Él representaría al consorcio. El tío Ace y Terry Lux lo respaldarían.

Exley y Patchett se representarían a sí mismos. Irían al grano y cerrarían el trato con un apretón de manos. Después le esperaba una merienda navideña. Beth va a conocer a la Emperatriz Roja.

Él tenía dos amantes. Beth nació de una relación ilícita. Contaba diecisiete años. Boston era una ciudad de provincias. Ella debía observar el tono moral de un núcleo urbano de primera línea en tiempos de guerra.

Había conocido a Bette. Casi todo salió mal. Aun así, ella seguía fascinada. El número de los bonos de Bette lo extenuó. La mano todavía le palpitaba y las punzadas de dolor le subían por el brazo. Había telefoneado a Bette una hora antes. Una criada morena lo rechazó.

Telefoneó a Terry Lux y no obtuvo respuesta. Necesitaba a Terry aquí. Era un respaldo esencial.

Terry consideraba arriesgada esa jugada de los japos operados. Era inverosímil desde el punto de vista médico e insensata desde el punto de vista logístico. La eugenesia le despertaba cierta curiosidad. Su interés no pasaba de ahí.

Terry debería estar aquí. Dijo que estaría aquí. Ace lo ha organizado todo esta mañana. Terry dijo que llamaría para confirmar su presencia.

Dudley se echó tres benzis al cuerpo. Dudley se paseó por la sala.

Todo iba como la seda. Mike y Dick sacudían a unos Hop Sing con los listines en ese preciso momento. Eso daba soporte a la farsa del «conflicto interno». Los crímenes de Oceanside quedarían sin resolver. Acababa de leer un teletipo. La partida de búsqueda había localizado a los japos en las afueras de San Diego. Los presuntos asesinos de la partida de dominó: muertos.

Dudley se paseaba. Dudley fumaba un pitillo detrás de otro. La mano le palpitaba de lo lindo.

Las cosas estaban en orden. Todo iba como la seda. Faltaban nueve días para Año Nuevo. Atemos los cabos sueltos.

Habló con Hideo. Comentaron lo de México. Hideo dijo que prepararía material para un montaje. Llevaría pelo y muestras de tejido y portaobjetos con semen.

Llevaría diversos casquillos de bala.

Escenificarían una reyerta entre ladrones. Ciertos tipejos roban el dinero y el caballo a Carlos Madrano y emprenden su propio negocio con la droga. Se desatan las iras. Se dispara la psicopatía. El resultado son tres muertes.

Mike tenía localizados a tres yonquis. Son chusma de Tijuana. Trincan el alijo y se esconden. El dinero y la droga desaparecen. Se chutan barbitúricos como sucedáneo del caballo. Mueren de sobredosis.

Concibió el plan con Hideo. Colaboraron en todos los detalles. Telefoneó a Dick Hood y lo presionó. Dick accedió a aplazar la detención de la familia de Ashida. Dick se comprometió a concederle trato preferente a partir de ese momento.

Eran las 15.00 horas. La cumbre estaba preparada. ¿Dónde se ha metido Terry Lux?

Le palpitaba la mano. La benzedrina impulsaba la sangre hacia la herida. Se sirvió un *whisky* doble y bebió despacio. Con el alcohol la palpitación se convirtió en escozor.

Entró el tío Ace. Lo siguió Preston Exley. Vio la mano herida de Dudley y se abalanzó sobre él. Un abrazo: ese cordial gesto mexicano.

—Preston, encantado de verlo. Ya conoce al señor Kwan, naturalmente.

Exley se abalanzó sobre él.

—¿Cuántas cenas de balde le habré gorroneado, Ace? Usted ha puesto la comida de la mitad de los acontecimientos importantes de mi vida.

—Langosta a la Kwan y cerdo *lo mein* —dijo Ace—. Eso significaba: «El inspector Exley se queda trabajando hasta tarde».

Dudley se rio. Entró un hombre alto. Pierce Patchett, sin duda. Fijémonos en su aspecto, todo de negro.

Traje negro, camisa negra, corbata negra. Muy fascista. La misma apariencia que Carlos Madrano.

—Sargento Smith, señor Kwan. Menudo refugio para hombres tienen aquí montado.

Sin apretón de manos. Sin abrazo. Ace lo olfateó. Ace lo miró con sus ojos de chino. ¿Tú de qué vas?

—Tenemos planes trascendentales de los que hablar —dijo Dudley—, a pesar de que, según parece, nuestro socio Terry Lux está ausente. Creo que...

Exley le apretó el brazo.

—Va a venir un colega nuestro, Dud. Creo que deberíamos esperarlo.

Ace miró a Exley con sus ojos de chino. Patchett se preparó un *whisky* con hielo. A Dudley le escocía la mano. Sentía cristales en lo más hondo de los cortes.

Entró Sammy Rummel. ¿*Un colega*? El asesor jurídico de Ben Siegel en el asesinato de Greenie Greenberg.

Rummel dejó caer su maletín. Rummel exudaba brusquedad.

—Hola, Sam —dijo Dudley—. Cuánto tiempo.

—Le daría la mano —dijo Rummel—, pero los apretones con la zurda traen mala suerte.

—Yo a usted lo conozco, Sam —dijo Ace—. Mi amigo Lin Chung le arregló la nariz a su hija.

—Lo sé —dijo Rummel—, y no salió nada bueno de eso. Acabó casándose con un gentil, el cocinero del Don the Beachcomber's. Allí la manduca es bazofia, no como la de ese fonducho suyo.

Todos rieron. Eran risas forzadas. A Dudley se le erizó el vello.

—Para resumir, diré que el señor Kwan, el ausente doctor Lux y yo formamos un cártel bien organizado. Estamos interesados en fusionarnos con ese cártel de ustedes, igual de bien organizado, en un esfuerzo para ampliar los planes de contingencia en tiempos de guerra de ambas facciones, que cada una ha concebido independientemente pero que sería mejor llevar a la práctica de manera conjunta. El señor Kwan les ha hablado de nuestros planes, y nosotros nos enteramos de sus planes por un cauce clandestino y un tanto tortuoso. Hombre prevenido vale por dos, caballeros. Nosotros conocíamos lo de ustedes, y ahora ustedes están al corriente de lo nuestro. Nosotros no somos los causantes de este conflicto mundial, ni hemos ordenado el encarcelamiento masivo de los japoneses de la zona. Aclarado este punto, sería un error no sacarle provecho.

—Bien dicho, Dud —dijo Rummel—, aunque un tanto florido para mi gusto. A todos se nos han ocurrido ideas brillantes, aunque las suyas son más cuestionables desde un punto de vista jurídico que las nuestras. Digo «nuestras» porque soy socio de pleno derecho del señor Patchett y el señor Exley, además de abogado suyo. Sus ideas complementan y enriquecen las nuestras, y ambas facciones aportan a la mesa de negociación sentido común, seriedad y planteamientos sensatos. Listo, esa es la conclusión. ¿La versión corta? Si quieren acceder, ya están dentro. ¿El circunloquio? Tienen que aportar un capital inicial para que esta sociedad cuaje. Aceptamos ofertas de entrada en concepto de anticipo sobre los posibles beneficios, y la oferta de acceso es cuatrocientos de los grandes, a tocateja, entregados en el momento de cerrar el acuerdo con un apretón de manos. Yo negocio en nombre de mis chicos, ustedes traigan a su propio abogado. Marchando, caballeros. No son ustedes las únicas chicas en nuestro carnet de baile.

Pumba. Cae la bomba. Sin palmadas en la espalda, sin guiños de ojo, sin campechanas despedidas.

Exley salió. Patchett salió. Rummel los acompañó.

Dudley parpadeó. La puerta se abrió de par en par. Los mierdas se dispersaron en el restaurante.

Pumba. Cae la bomba. Es una cifra de entrada prohibitiva.

—Soplapollas blancos —dijo Ace—. Se ha presentado algún soplapollas con plata inicial y nos ha jodido bien jodidos.

Dudley parpadeó. Le palpitaba la mano. El restaurante propiamente dicho bullía

de actividad. Beth y Claire estaban de pie junto a la barra. Se habían reconocido mutuamente. Observemos su charla fraternal.

Ace salió parsimoniosamente. Indignado, se alejó. Sacó su cabeza reducida y la acarició. *Sayonara*, mi hermano irlandés.

Dudley se echó dos benzis al cuerpo. La mano le palpitaba de lo lindo. No había acuerdo. Los habían jodido bien jodidos. Rummel, ese judío maniobrero. Tenían una oferta preferente.

Dudley caviló al respecto. Cerró los ojos y habló con el lobo de los brezales.

Entraron Beth y Claire. Se abalanzaron sobre él. Sintió un dolor mortal en la mano y lanzó un rugido.

Las estrechó. Ellas permanecieron entre sus brazos. Claire cerró la puerta con un pie.

—He reconocido a la señorita De Haven por tu descripción y he empezado a charlar sin más —dijo Beth—. Una actitud muy propia de bostoniana e irlandesa barriobajera.

Dudley sonrió. Los ojos azules de ambas. Sus elegantes trajes. Pecosas, las dos.

—Estaba impartiendo a tu hija el abecé sobre las relaciones entre hombres y mujeres, y el sesgo que la guerra ha dado a ese fenómeno. Espero no apagar su entusiasmo antes de que llegue a la edad núbil.

—Consiste en poneros a ti, la señorita De Haven y la señorita Davis en perspectiva —dijo Beth.

Dudley se rio.

—Cuéntamelo, cariño. Serás mayor de edad en julio. Cuéntamelo, ahora que todavía posees cierta inocencia.

Beth le agitó la mano ilesa.

—De acuerdo. La guerra lo ha trastocado todo, y los hombres y las mujeres se entrecruzan e intentan pasárselo bien cuando surge la oportunidad.

Claire le agitó la mano ilesa.

—Es tu hija, querido. Estos días está un poco soñadora, pero pronto volverá a Boston con sus hermanas y sus tareas escolares, y eso en sí mismo es una perspectiva.

Dudley le tocó el pelo.

—¿Has visto a Terry Lux, cariño? Tendría que haber llegado hace un rato.

—Ha estado ayudándome a desengancharme —dijo Claire—, y ha venido hoy a casa. Lo acompañaba Lin Chung. Ya lo conoces, ¿verdad? Es un cirujano plástico, y asiste a mis fiestas.

Pumba. Cae la bomba. Helo ahí: es eso.

Doble juego. Volvamos al martes, 9-12. Lin Chung opera a Jimmy Namura para que parezca chino. Terry le mintió. Terry consideró que las operaciones para convertir a japoneses en chinos eran insostenibles. La ciencia de la raza. La Hermandad Eugenésica. Terry trató el asunto con Lin Chung. Se hablaron en confianza de cirujano a cirujano. Las operaciones podían ser o no ser factibles.

Terry y Chung se comprometieron a desarrollar la idea y formaron su propio cártel. Eran ellos quienes aportaban capital al cártel de Exley. Lin Chung era la oferta de entrada. Dudley, al plantear sus propias ideas, convenció a Terry de la conveniencia de acelerar el proceso de acceso a la sociedad.

—Mi padre parece abstraído —dijo Beth.

—Está pensando —dijo Claire.

Dudley le tocó el pelo. Tenía que ver otra vez esa película de Juana de Arco. La ponían en Hollywood.

Claire le acarició la mano ilesa con los labios.

—Hoy Bette salía en el *Herald*. Siempre se asegura de que sus buenas acciones reciban publicidad. Su marido y ella acogen a un grupo de soldados en una cena navideña con un día de retraso. No creo que te invite, pero Beth y tú podéis acompañarme a mí y a unos cuantos amigos izquierdistas.

16.03 horas

¿Quién es el hombre blanco del jersey morado?

Ashida había accedido furtivamente a la biblioteca de derecho de la Universidad del Sur de California. Los estudiantes blancos lo miraban con recelo. Trabajaba con un cuaderno y manuales. Trabajaba con anotaciones birladas de la mesa de Bill Parker.

Parker estaba en San Diego. Había salido del cubículo de Dudley y revuelto los cajones de Parker. Parker dijo que había recurrido a una «táctica ante el jurado de acusación». Parker pretendía trincar a Preston Exley y Pierce Patchett. Probablemente se había preparado el material antes de la sesión insinuada. Quizá había dejado anotaciones.

Parker en efecto dejó anotaciones. Ashida las encontró y las robó. Parker podía haber pasado algo por alto. Esa idea lo incitó al robo.

Su suposición era pura cuestión de orgullo. Sabía que él mismo pasó algo por alto. Alguien vio algo / hizo algo / dijo algo. Eso le revelaría algo que le daría respuestas.

¿Quién es el hombre blanco del...?

Pasó algo por alto. Como en el caso de las vainas ausentes en La Casa de los Watanabe. Cobró conciencia de la Gestalt del Algo Ausente esa mañana. Alguien dijo algo / hizo algo / vio algo. He ahí una pieza del rompecabezas. No consigue encajarla del todo.

Parker dejó anotaciones. Parker referenció los textos jurídicos que había consultado y los marcó. Ashida consultó los libros que consultó Parker. La letra era minúscula. Se le cansó la vista. Los chicos blancos lo miraban con hostilidad. *¿Quién es ese puto japo?*

Ashida revisó las anotaciones de Parker. Parker escribió: «¿N.º de preguntas permitidas?» y «¿Limitaciones a las preguntas?». Eso significaba lo siguiente: no podía formular todas sus preguntas.

Pensemos desde esa perspectiva. ¿Qué dejó de preguntar Parker a Exley y Patchett?

Ashida examinó las anotaciones de Parker. Ashida siguió el rastro de las notas hasta los manuales. Trabajó a partir de las notas y su lectura del soplo de Scotty B. Añadió sus conocimientos personales. Se planteó las preguntas potenciales y obtuvo

lo siguiente:

¿Exley y Patchett tenían conocimiento previo del ataque a Pearl Harbor? ¿Fue eso lo que desencadenó la compra de casas / tierras y los proyectos para beneficiarse de la guerra?

Parker no formuló esa pregunta. Parker debería haberlo hecho. De vuelta a la Gestalt del Algo Ausente.

Algo lo corroía. Alguien hizo algo. Alguien vio algo. *ALGUIEN DIJO ALGO.*

Plop.

Flop.

Clic.

Las ruedas dentadas engranan. Las sinapsis crepitan. «Dijo algo» era la clave. Es un recuerdo reciente.

Jueves, 11 de diciembre. A eso de las dos de la madrugada, Beverly Hills. Se dispone a partir camino de Goleta. Está sentado en la tienda de comida preparada Linny, abierta toda la noche, con Kay Lake.

Kay dijo: «Precisamente ayer vi a Preston Exley. Salía de una oficina a cuatro manzanas de aquí».

Plop. Flop. Clic. Ahora pasemos a *esto*:

Linny estaba en Beverly Drive. Pasemos al lunes siguiente. Él habló con Saul Lesnick en la fiesta de Claire De Haven. Lesnick dijo que tenía la consulta en Bedford 416. Bedford Drive estaba a cuatro manzanas de Beverly Drive. Kay dijo que inició su misión de infiltrada con una visita a una consulta. Alguien dijo algo: sí. De momento esos ya son *dos* alguien. Ahora bien, no olvidemos lo siguiente:

Alguien Vio Algo. Alguien Hizo Algo. Alguien Escribió Algo. Un momento: he ahí un plop, flop, clic.

Ashida repasó las anotaciones de Parker. Sí: ahí está.

Alguien Escribió Algo. *Parker* Escribió Algo. Parker escribió lo siguiente:

«Razones sociales. Exley: Wilshire Boulevard 6402. Patchett: Bedford Drive 416, Beverly Hills».

Clic.

Clic.

Clic.

Ashida recogió sus cosas y se marchó. Los chicos blancos lo miraron de arriba abajo. *Eh, japo, ¿dónde has dejado el Zero?*

Eran las 16.53. Unos nubarrones se habían formado a baja altura y habían adelantado el anochecer. Ashida llegó a su coche y se encaminó hacia Beverly Hills.

Tomó por Bedford. Encontró aparcamiento junto a la acera y sacó sus herramientas. El número 416 era un falso *château* blanco.

Tres plantas. Inocuo. Cerrarán el edificio con llave a las 18.00 horas.

Ashida se acercó. El anochecer adelantado lo encubrió. Se sintió invisible como un *no japo*. Entró en el vestíbulo. Consultó el directorio de oficinas.

Saul Lesnick: oficina 216. Pierce Patchett: oficina: 217. Plop, flop, clic. Confluencia y convergencia.

Subió a la primera planta por la escalera y se metió en el lavabo de hombres. Se encerró en un cubículo y se encaramó al inodoro. Se obligó a permanecer inmóvil.

Se quedó allí encogido. Oyó portazos. Oyó pasos en el lavabo de hombres. Oyó correr el agua y vaciarse la cisterna de los urinarios.

Las piernas le aguantaron.

Alguien entró en el lavabo de hombres. Ese alguien apagó las luces.

Eran las 18.11 horas. Más portazos. Cesaron los portazos. Todo quedó en silencio y totalmente a oscuras.

18.21, 18.37, 18.49 horas, 18.53, 18.58, 19.00.

Actuemos ya.

Ashida bajó del inodoro. Pateó el suelo para que la sangre le circulara otra vez por las piernas. Sacó la linterna y proyectó un haz. Patchett, primero. Él es ese Alguien Desconocido.

Salió tranquilamente del lavabo de hombres y recorrió el pasillo. La oscuridad era profunda. La moqueta acalló sus pasos.

He ahí la 217. Tiene cerradura de resbalón.

Insertó una ganzúa del n.º 4 y entró tranquilamente. Sostenía la linterna con la boca. Giró la cabeza y dirigió el haz. Se encerró en la sala de espera. Iluminó lo siguiente:

Una mesa de recepción, dos sillas, un sofá. Un grabado en la pared representaba el monte Fuji. Una imprudencia de Patchett. Ahora estamos en guerra. El Fuji es un monte japonés.

Registros telefónicos. Rolodex o agenda. Libros contables. Busquemos esas cosas.

La puerta del despacho interior estaba entornada. Ashida entró y asaeteó el espacio con el haz de la linterna. Los grabados de las paredes representaban *geishas* y macacos de cara roja. Una imprudencia de Patchett, reproducida.

El imprudente Patchett tenía un escritorio amplio. A un lado se alzaba un armario. Los cajones del escritorio estaban entreabiertos. La puerta del armario se hallaba entornada.

Ashida regresó a la sala de espera. Se sentó en la silla de la recepcionista y revolvió la mesa.

No había nada cerrado con llave. Aquello olía a asuntos turbios. La oficina entera olía a tapadera. Pierce Patchett era un «empresario» corrupto. Pierce Patchett rezumaba incompetencia.

Ashida enfocó el cajón superior. Vio lápices, plumas, hojas de papel carbón, clips, sellos de correos, gomas de borrar. Cerró el cajón superior y enfocó el cajón central. Vio las facturas telefónicas de agosto a diciembre.

Sobres de la compañía telefónica Bell. Observemos los matasellos. Bell enviaba

facturas parciales correspondientes a diciembre. Él había recibido su factura esa mañana. Incluía sus llamadas hasta el 21-12. Era una estrategia relacionada con las urgencias de las fiestas.

Revisó los sobres. Agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre. Las facturas recogían las llamadas desde el 1-8 hasta el presente. Desplegó las listas de llamadas. Las ordenó por meses. Empezó por agosto y las examinó hasta el presente.

Primero buscó nombres conocidos.

Vio nombres inocuos. Vio floristerías, sastrerías, farmacias y tiendas de suministros radiofónicos. Enseguida llegó a los nombres conocidos.

Nombres conocidos. Nombres corroborantes. Pero ¿con qué fin?

Patchett telefoneó a *Preston Exley*. Telefoneó a su casa y a su despacho muchas veces. Las llamadas se remontaban al 3-8-41.

Patchett telefoneó al *doctor Saul Lesnick*. Telefoneó a su casa muchas veces. Las llamadas se remontaban al 4-8-41.

Patchett telefoneó al *doctor Terry Lux*. Telefoneó a su casa y a su clínica de desintoxicación muchas veces. Las llamadas se remontaban solo a tres meses atrás. Empezaban el 9-9-41.

Ashida leyó las facturas. Fue línea por línea. Apartó la factura parcial de diciembre y la reservó para el final. Agosto, septiembre, octubre, noviembre. Llamadas inocuas. Llamadas a *Exley, Lesnick, Lux*. Un número se repetía una y otra vez. Parecía fuera de lugar. No constaba al lado ningún apellido ni razón social.

GLadstone-4782.

Ahora pensemos.

Es conocido.

Ahora pensemos.

Despertemos esa intuición. Encendamos esa bombilla.

Plop.

Flop.

Clic.

Tic, tic, tic. Eso no es un reloj. Eso son los latidos *enloqueciiiiidos* de tu corazón.

GLadstone-4782.

Ahí, ahí, sí: eso es.

El número indicaba un teléfono público. La cabina estaba en Lincoln Boulevard. Eso estaba en Santa Mónica. Eso estaba cerca de la Boeing, la Lockheed y la Douglas. Los Watanabe telefoneaban a esa cabina. Jim Larkin vivía cerca de esa cabina. Jim Larkin podría haberla utilizado / probablemente la utilizó. Bill Parker solicitó los registros de llamadas de esa cabina y de otras dos. Actualmente la compañía telefónica Bell acumulaba retrasos.

Ashida tembló. Le entró sudor en los ojos. Le castañetearon los dientes. Se le cayó la linterna.

La recogió. Se enjugó la cara. Acometió la factura de diciembre. ¿Dónde está GL-4782?

Justo ahí. Hay nueve llamadas: 1, 2, 3 de diciembre. Hay seis llamadas los días 4 y 5 de diciembre. No hay ninguna llamada a partir del 5-12.

Llegamos al 6-12-41. *Los Watanabe mueren asesinados ese día.*

Ashida examinó la factura. Las llamadas de *Patchett* a *Exley* disminuyen. Las llamadas de *Patchett* a *Lesnick* aumentan y se interrumpen el 6-12-41. Las llamadas de *Patchett* a *Lux* son esporádicas. Se interrumpen el 19-12-41.

Entonces encontramos *lo siguiente*:

Patchett telefona a *Lux* *dieciséis* veces: 19, 20, 21 de diciembre.

Confluencia, convergencia, coincidencia. Cronología *enloqueciiiiida*. Ninguna prueba de nada.

Aquí hay más convergencia. Son los días 19, 20, 21 de diciembre. *Patchett* telefona a *Lin Chung*, doctor en medicina.

El doctor *Chung* es cirujano plástico. Él conoció al doctor *Chung* en la fiesta de *Claire De Haven*. El doctor *Chung* discutió con *Saul Lesnick*. La discrepancia tuvo que ver con la eugenesia.

Eugenesia. Cirugía plástica. La interpretación del diagrama según Scotty. El plan de Dudley: operar a japoneses para que parecieran chinos. La operación de Lin Chung a Jimmy Namura fue una chapuza. Lin Chung, empresario. Un próspero comerciante de cabezas reducidas.

Convergencia. Confusa, por su...

Ashida contuvo la respiración.

Metió otra vez las facturas en los sobres. Metió otra vez los sobres en el cajón. Revolvió los otros cajones. Vio más material de escritorio en desorden. Fue al despacho. Revolvió los cajones de ese otro escritorio.

Estilográficas elegantes. Artículos de papelería. Naipes pornográficos. Una caja de profilácticos *Sheik*. Un abrecartas con esvásticas en relieve.

El tesoro oculto de un degenerado. Nuevamente *toooooodo* confirmado. Pruebas *sólidas*: ninguna.

Ashida cerró los cajones y se situó ante el armario. La puerta estaba entornada. La abrió de par en par e iluminó el interior.

El imprudente *Patchett*: como si tal cosa.

Una radio de onda corta. Un libro de registro encuadernado en piel. Era idéntico al libro de registro hallado en casa de los *Watanabe*: *como si tal cosa*.

Ashida tembló. El haz de la linterna viró. Recorrió los diales de la radio e intentó captar una señal. El aparato no emitió sonido alguno. Las bandas no se iluminaron.

Siguió el cable hasta un enchufe en la pared. La radio estaba conectada, la radio estaba averiada.

Vio unas hojas sujetas con un clip. Allí en el estante, como si tal cosa.

Las cogió y las miró por encima. Era un informe geológico.

Describía pormenorizadamente la composición del suelo. Mostraba la zona oriental del Valle, South Pasadena, Glassell Park y Highland Park. Confirmaba la apropiación de tierras. Recordaba la táctica de Parker ante el jurado de acusación.

Ashida dejó las hojas. Ashida cogió el libro de registro y lo hojeó. Todas las páginas estaban en blanco.

Cayó un papel plegado. Lo desdobló y lo iluminó con la linterna. Era el mapa de un niño loco.

La costa oeste, bosquejada a lápiz. Tiburones y submarinos a lo largo del rompiente. Los tiburones exclaman: «¡Muerte a los judíos!». Los bocadillos eran el doble de grandes que los tiburones.

Esvásticas salpican el agua. Están dispuestas a bulto. Hay equis a lo largo de la costa. Los submarinos rondan. Observemos sus soles nacientes.

Es un dibujo de palotes unidimensional. El imprudente Patchett. Ahora el *demeeeeente* Patchett.

He ahí la zona interior del condado de Los Ángeles. He ahí los números y las equis. He ahí los pequeños submarinos costa arriba y costa abajo. He ahí un tiburón gigante surcando las aguas mexicanas.

Exclama: «¡Muerte a los judíos!». Un submarino patrulla junto a él. En el casco se ven soles nacientes y símbolos de dólar. Se dirige hacia la cala Colonet.

Ashida advirtió algo. Ashida adoptó la actitud «No tan deprisa».

Sí, es una locura. Pero veo algo. Denota intención.

Los números. Constituyen una lista de megahercios y kilohercios. Las equis designan ubicaciones reales. Los pequeños submarinos indican calas en la costa.

Eso es el condado de Los Ángeles, bien dibujado y con su debida proporción. Ahora fijémonos en *esto*:

El nordeste de Los Ángeles aparecía representado con todo detalle. Una equis indica la casa de los Watanabe. Santa Mónica y Malibú aparecen representados con todo detalle. Hay una equis cerca de la clínica mental de Terry Lux.

Hay una equis en las cabinas de Lincoln Boulevard. ¿El pequeño submarino por encima de Santa Bárbara? Designa el ataque a Goleta.

Ashida empezó a sudar. Las gotas caían en el mapa. Se enjugó los ojos y extendió el mapa contra la pared.

Enfocó el haz en ángulo descendente para ver el mapa de cerca. Lo recorrió de norte a sur y de este a oeste. Vio el submarino dibujado junto a la cala Colonet. Los periódicos preveían incursiones de submarinos en Baja. *Confluencia*. Llámame Jack dijo a Dudley que reconociera la zona. Dudley dijo que se había reído. La labor de reconocimiento servía de respaldo a la «misión mexicana».

Aquí: doble equis. Aquí: la sierra de San Gabriel. Aquí: una posible convergencia. Los fugitivos se escondieron *aquí*, y luego huyeron hacia *México*.

Ashida se secó las manos en las perneras. Volvió a plegar el mapa. Lo metió de nuevo en el libro y recorrió el despacho con la mirada.

Registró el despacho por segunda vez. Registró el despacho por tercera vez. Salió a la sala de espera y la registró por tercera vez.

¿Intacta? Sí.

Entreabrió la puerta del rellano y se asomó. *¿No hay peligro? No.* Todo a oscuras a las 20.14.

Salió de la oficina de Patchett el Loco. Se arrimó a la pared del rellano. Tiró de la puerta con la punta del pie y sacó su ganzúa del n.º 4.

Se dio la vuelta y quedó frente a la puerta del doctor Lesnick. Iluminó el picaporte. Dedos torpes: se le cayó la ganzúa.

La recogió. Dedos torpes: se le volvió a caer. La recogió. Mordió con fuerza la linterna y se desportilló un diente. Sostuvo la ganzúa con las dos manos e intentó insertarla en el ojo de la cerradura.

A la *octava* atinó en el orificio. Se enjugó las manos y desplazó los pines. A la *decimosegunda* tentativa la puerta se abrió.

Vértigo.

Entró y cerró la puerta. Recuperó cierto equilibrio. Movié la cabeza de uno a otro lado y barrió la sala con el haz de la linterna. *Esta* oficina presentaba una apariencia profesional. *Esta* oficina estaba bien amueblada. *Esta* oficina *no* parecía la tapadera de un chuloputas fascista.

Un sofá. Un revistero. Estanterías y archivadores. La mesa de la recepcionista. La puerta del despacho: cerraduras de acero reforzado.

Sacudió las puertas de los archivadores. Estaban todas cerradas con llave. Sacudió los cajones de la mesa. Estaban todos cerrados con llave. Probó con la puerta del despacho. Estaba cerrada a cal y canto.

El doctor Lesnick era cuidadoso. Tenía cerraduras a prueba de ganzúa. Esta era una oficina a prueba de registro.

Ashida se sentó en el sofá. Recobró el aliento. Asaeteó la sala con el haz de la linterna. Los libros de los estantes eran todos de Marx y Freud.

Vio cuatro libros en la mesa. Se levantó y echó un vistazo a los lomos.

Libros de medicina. Libros de medicina *nazis*. Textos de eugenesia. Él sabía un poco de alemán. Hojeó los libros y captó la esencia.

Guías quirúrgicas nazis. La ciencia de la raza. «Cirugía reconstructiva». Eslavos operados para parecer arios.

Una nota, colocada bajo los libros.

«Lynn: ya sé que es un encargo un tanto horrendo, pero ¿podrías, por favor, enviar esto al doctor Chung con un mensajero? Tiene que ver con una conversación que hemos mantenido».

Plop.

Flap.

Clic.

Ashida salió de la oficina. Apagó la linterna y bajó por la escalera a oscuras. La

puerta de la calle tenía una curiosa cerradura de resbalón. Salió y la dejó cerrada.

Eran las 21.08. Se dirigió a su coche. El aire frío le quemó los pulmones y le heló el sudor.

Atravesó Beverly Hills y salió por Coldwater Canyon. Llegó al Valle. Desanduvo el camino hasta Malibú. Había memorizado el mapa. Las equis eran sin duda emplazamientos de radios de onda corta.

Había memorizado las perspectivas. Podía situar casi con toda exactitud los emplazamientos correspondientes a las equis.

Salió a la carretera de la costa. Situó. Sí: Pacific Sanitarium es el emplazamiento de una radio de onda corta.

Convergencia. Terry Lux y Pierce Patchett son contertulios vía radio de onda corta.

La carretera de la costa iba directa hasta Santa Mónica. Debía eludirla. Los observadores militares atestaban la primera línea de playa. Él era un japo suelto en plena noche.

Desanduvo el camino tierra adentro y llegó a Lincoln Boulevard. Pasó por delante de los tres teléfonos públicos. Sí: las cabinas se correspondían con emplazamientos de radios de onda corta marcados con equis.

Alguien en las inmediaciones tenía una radio de onda corta. Era contertulio vía radio de onda corta de Pierce Patchett.

Ashida cambió de sentido y se encaminó hacia el este. No tardó mucho. Tomó la autovía de Arroyo Seco por encima de Chinatown. Recorrió tres kilómetros hacia el norte. Llegó a la casa de los Watanabe.

Concordaba con el mapa de emisiones radiofónicas. La certidumbre y la fatalidad lo asombraron. *Los Watanabe eran contertulios vía radio de onda corta de Pierce Patchett.*

Quedaba un solo emplazamiento marcado con equis. Estaba marcado con una doble equis. Corroboraría o refutaría sus aproximaciones.

Primero fue hasta una cabina. Consultó el listín de la zona centro. Encontró la dirección del domicilio / consulta de Lin Chung, doctor en medicina. Vivía en el número 282 de Ord. Eso estaba a cuatro manzanas de la Pagoda China de Kwan.

Ashida accedió de nuevo a la autovía. Salió y atajó hacia el este por San Marino. La doble equis se correspondía con los montes de Monrovia. Thad Brown debía de seguir allí. El lugar de acampada era ahora una amplia zona de búsqueda.

Tomó por una carretera de acceso a las estribaciones. Subió con una marcha corta. Vio luz enfrente, a lo lejos. Tenía que ser el resplandor de las lámparas de arco de la policía.

El resplandor se intensificó. Ashida rebasó una cresta y vio el lugar de acampada. He ahí a Thad. He ahí a los polis recogiendo pruebas.

Ashida estacionó y se apeó. Thad lo vio y lo saludó con la mano. Ashida le devolvió el saludo. Dos polis guardaban una radio destrozada en una caja.

Pierce Patchett tenía algún lazo con los japoneses fugados. Eran todos contertulios vía radio de onda corta.

Oyó barullo. ¡La partida de búsqueda había alcanzado a los japos en el Callejón de la Sangre! ¡Huían hacia México!

Sí, así era. He aquí el porqué. Tenían una cita importante con un submarino. Llamémoslo desembarco de un saboteador. ¿Advertimos esa equis en el mapa de ese niño nazi? Señala una cala en Baja, México.

Thad se levantó el sombrero y lo saludó con la mano. Ashida le devolvió el saludo. Thad parecía contento.

La partida de búsqueda alcanzó a los japos. Eso resolvía el caso del restaurante de Kwan. El Hombre Lobo resolvía el asunto de los Watanabe.

Se acercaban las doce de la noche. Ashida fue a Chinatown. Pasó ante el restaurante de Kwan. En el aparcamiento no había policía. Se había retirado el cordón. El buga de la muerte había desaparecido.

Caso resuelto. La partida de búsqueda alcanzó a los japos en el Callejón de la Sangre.

Ashida fue a Ord 282. Se veía luz en las ventanas delanteras. Lin Chung era un ave nocturna. Ashida aparcó e inició una operación de vigilancia pasiva.

Lin Chung vivía para la medicina. Las paredes de la sala estaban empapeladas con esquemas anatómicos. Esquemas maxilofaciales. Esquemas occipitales. Esquemas de porciones de piel retiradas.

Ashida observó las ventanas. Las luces interiores resplandecían. Aparecieron Lin Chung y Saul Lesnick.

No lo sorprendió. Nada lo sorprendía. La guerra había empezado hacía dieciséis días. El mundo es oscuro y uniforme. Los coches son submarinos.

Lin Chung y Saul Lesnick iban de esquema en esquema. Discutían y señalaban con punteros. Lesnick se paseaba por la habitación. Ashida reparó en sus pies pequeños. No lo sorprendió. Nada lo sorprendía.

Deambularon y discutieron toda la noche. Aporrearon los esquemas y fumaron diez millones de pitillos. Ashida los observó. Amigos en disputa. El chino vendedor de cabezas reducidas y el judío izquierdista.

Apropiación de tierras, cirugía plástica, libelo de sangre. Polis corruptos, ataques de submarinos, un linchamiento. Teléfonos públicos. Un hombre blanco con un jersey morado. Radios secretas y *seppuku* simulado. La altiva izquierda y la belicosa derecha. Una gran alianza de ventajistas en tiempos de guerra.

Se lo contará todo a Dudley Smith o a William H. Parker. No se lo contará a nadie si es lo que más le conviene. Ha descubierto a la verdadera Quinta Columna. No es lo que todos piensan.

24 de diciembre de 1941

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / MIÉRCOLES, 24 DE DICIEMBRE DE 1941

9.16 horas

Me aburría. Poseía «mucho arte», pero carecía de «personalidad y convicción». Estaba cansada de mirar mi nueva cara. Mis amigos izquierdistas me habían retirado la palabra. Hideo Ashida no atendía las llamadas telefónicas. No disponía de ningún hombre con quien acostarme en ese estado de hastío propio de los inicios de la guerra. Elmer y Brenda estaban sumidos en los vapores del trabajo policial y la prostitución. Lee había vuelto del «Callejón de la Sangre» y estaba asignado al control del excedente de presos japoneses en la cárcel de Lincoln Heights. El primer pase de *La pasión de Juana de Arco* era a las once de la mañana. Yo oía las palabras de Claire una y otra vez y pensaba en Dudley Smith una y otra vez. Oía mis propias palabras una y otra vez: «hacerlo todo o no hacer nada». Fumé y me paseé por la casa. Empezaba a estar muy crispada.

La propia casa me sacaba de quicio. Su perfección ponía de manifiesto la superficialidad de mis preocupaciones. Pensé en Scotty y releí su carta. Leí el periódico, tres veces. La isla Wake cayó en manos de los japos. Los japos fugados fueron abatidos en el condado de San Diego. Un filipino oyó por la radio una canción titulada «Johnny the Jap Killer» y la interpretó como una señal de Dios. Acto seguido salió de su casa, encontró a un japonés y lo mató a puñaladas. El hombre en realidad era chino.

Me aburría. El aburrimiento es un estado corriente entre personas superficiales como yo. Nos irritamos y sucumbimos a ideas estrambóticas. Busqué «Bleichert, Dwight W.» en el listín de la zona centro y llamé al número solo para oír la voz de Bucky. Su «Diga» se correspondía con una voz de barítono de gama media y sonaba un poco atribulado. Riéndome, colgué el auricular. Me sentía ridícula.

Era el día de Nochebuena. No tenía ningún plan ni había recibido invitaciones. En la casa Blanchard-Lake no había árbol de Navidad rodeado de regalos envueltos. Mi único plan era interpretar los últimos cuartetos de Beethoven y evocar la pradera incomunicada en invierno.

Fui a dar una vuelta en coche. Lo miré todo y me abstraí en el acto de la memorización. Lancé miradas a personas extrañas. Sí, lo recordaré. Sí, la recordaré. No me conoces y no sabes que te he elegido. Me sentiré menos sola si recuerdo tu

cara dentro de veinte años.

Me dirigí hacia el instituto Belmont, al este; imaginé a Hideo y Bucky en el terreno de juego y a Jack Webb rebañando votos para la presidencia de la clase. Un borracho pasó por la acera haciendo eses. Bajé del coche y le di cinco dólares. Ejecutó unos jubilosos pasos de baile y me abochornó. Volví al coche y me encaminé hacia Hollywood.

El cine acababa de abrir sus puertas; compré la entrada y me acomodé en una butaca de la galería. Vi a unas cuantas personas sentadas abajo: artistas vagabundos sin ningún sitio adonde ir en Nochebuena.

Empezó la película. Me repantigué en el asiento y me descalcé. La cinta tenía manchas y una textura granulada; la música no estaba sincronizada con las imágenes. Contemplé a Renée Falconetti en el papel de Juana de Arco y la vi simultáneamente como Claire Katherine De Haven. Claire en el papel de Juana me habló y me fustigó por mi pasividad. Percibí su furia. La devota Juana, la quejumbrosa Juana, Juana arrastrada a una rabia quijotesca. Mis opciones eran hacerlo todo o no hacer nada. Mi mucho arte compensaba mi falta de personalidad y convicción.

Abandoné corriendo la sala. Crucé apresuradamente el vestíbulo, medio cegada por las lágrimas. Un hombre alto con traje de *tweed* me rozó al pasar. Tuve la momentánea sensación de que era Dudley Smith, pero descarté esa idea delirante. Llovía. La meteorología me ofreció la opción de correr hacia algún sitio y esconderme estando a la vista de todos. Llegué al coche y fui a Little Tokyo. Se hallaba justo a la distancia adecuada. Disponía de tiempo para concentrarme en las calles mojadas y serenarme.

El salón de té Friendly Moon proporcionó un destino. Era un venerable local del barrio japonés, y lo habían frecuentado polis durante las dos primeras semanas de las redadas. Era una arbitrariedad y una burda injusticia, pero el propietario y toda su gente se habían librado del encarcelamiento. ¿Por qué? El pastel de arroz era legendario y el dueño permitía a los polis entrar botellas.

En Little Tokyo reinaba el ambiente tranquilo previo a las fiestas; Lee me dijo que los federales iniciaban un paréntesis hasta el comienzo de la gran redada después de Año Nuevo. La Brigada de Extranjería del Departamento de Policía había sido retirada y reservada para las batidas del 2-1-42.

Se presagiaba que febrero del 42 sería un mes brutal. La «evacuación masiva» y el traslado a los campos, la investigación de las escuchas telefónicas en el Departamento de Policía a cargo del FBI. Esta tormenta. Todos cuantos conocía padecerían sus efectos.

Aparqué junto al bordillo y, agachada para protegerme de la lluvia, entré en el café; colgué el abrigo en el perchero de la puerta y oí a alguien decir: «Señorita Lake». Me volví y vi a Ward Littell, sentado a una mesa junto a la vidriera. Tenía una tetera y un plato de pasteles de arroz delante; señaló una silla vacía.

Me acerqué y me senté. Littell dijo:

—Estoy tomándome un respiro de Mariko Ashida.

—Ya sé que es una persona difícil —dije—. Hideo me ha contado cosas. Littell me sirvió té.

—Yo me crié en un orfanato. Me acojo a una familia allí donde la encuentro.

—Yo ni me acuerdo de las caras de mi propia familia.

—Probablemente se parecen a usted, antes de esa nueva nariz suya.

Me reí y encendí un cigarrillo.

—Estuvo usted muy atento con Claire y conmigo en la detención. Esta es una buena oportunidad para expresarle mi agradecimiento, y así lo hago.

—Usted y Dot Rothstein son la comidilla de la delegación de Los Ángeles —dijo Littell—, junto con Dudley Smith, Bill Parker y el pacto del diablo al que llegaron, sea cual sea, para que usted y los otros salieran en libertad.

Littell andaba en busca de chismorreos. Lo eludí mediante una pregunta.

—Pronto se quedará sin su cómoda misión. Pronto detendrán a los Ashida, y eso a usted no sé cómo le sentará.

—No tan pronto por lo que se refiere a los Ashida, me complace decir. Dudley Smith ha movido los hilos y ha conseguido retirarlos de la lista de detenciones. Los escoltarán al compartimento privado de un tren en el último momento.

Sonreí.

—Hideo es *valioso*. Hay hombres poderosos en deuda con él.

Littell sonrió. Siguió un silencio decoroso. Pensé en Dudley Smith, ubicuo. Imaginé los cónclaves papales, 1514. Corren los tiempos de las Confesiones de Augsburgo. Lutero está instalado en Wittenberg y hay que ocuparse de él. Envían al Dudster a lomos de su caballo. Se establecen acuerdos y ruedan cabezas secretamente.

—¿Qué *sabe* usted de Dudley Smith, señor Littell?

—Todo y nada. Amaña pruebas por norma, o solo in extremis y a la desesperada. Hace favores a la gente. Mata personas o no las mata. En el caso Watanabe hay juego sucio o no lo hay, según con quien hable. En cualquier caso, da igual, porque el jurado de acusación ha declarado fundados los cargos.

Aplasté la colilla.

—¿Y solo sabe eso?

Littell sonrió e hizo girar la taza.

—Corre el rumor de que se acuesta con Bette Davis. Cosa que opto por no creer, porque siempre me ha gustado el trabajo de la señorita Davis.

Me eché a reír. Una mujer levantó la voz desde el mostrador.

—Su oficina, señor Littell.

Littell se levantó y atendió la llamada; tomé un sorbo de té y me comí los dos pasteles de arroz restantes. Littell regresó con su gabardina y su sombrero en la mano.

—Debo irme —dijo—. Me esperan en el juzgado.

Me puse en pie y le tendí la mano.

—Feliz Navidad, señor Littell. Y gracias. Dadas las circunstancias, se comportó usted con una gran gentileza.

—Cuídese, señorita Lake. Y procure ser prudente.

Sonreí. Littell se puso el abrigo y el sombrero y salió bajo la lluvia. Me senté a la mesa y vi abrirse las nubes. Pensé en Scotty y en la cena de Navidad en el centro de instrucción. Apreté mi medalla de san Cristóbal.

Asomó el sol. Salí y me entretuve delante de la tienda de al lado. Era algo más que una tienda de curiosidades y algo menos que una galería. El escaparate exhibía unos tapices preciosos junto con máscaras kabuki pintadas y dispuestas en un estante.

Los rostros estaban representados artísticamente, pintura sobre madera tallada. Las facciones eran indistinguibles, en todas salvo en una.

Enseguida percibí el parecido. Era la máscara de un mártir. Conmemoraba un alma en pena estragada. La máscara procedía de la tradición teatral. Supuestamente solo clamaba venganza y permitía encontrar el descanso al portador del alma estragada.

Los rasgos pintados representaban a Goro Shigeta. Fue asesinado a tiros en una cabina, hacía unos diez días. Yo había visto su retrato en la prensa. El caso seguía sin resolverse.

Entré y compré la máscara. Costaba treinta y dos dólares. La cajera no vio con buenos ojos la adquisición. Eso me quedó muy claro.

12.14 horas

La cola llegaba a la acera. Los oficiales del reclutamiento lucían gorros de Papá Noel. Diecisiete días desde Pearl Harbor. El negocio del alistamiento seguía viento en popa.

Ahora las mesas estaban colocadas dentro. Las delegaciones regionales aligeraban la afluencia al edificio federal. La cola avanzaba despacio. Parker estaba allí desde hacía dos horas.

Iba vestido de paisano. Llevaba la partida de nacimiento. Aquello era un palo de ciego. La guerra engendraba el caos burocrático. Las denegaciones de permiso de alistamiento de Llárame Jack tal vez se habían traspapelado.

La cola se movía centímetro a centímetro. Percibía aún el olor del Callejón de la Sangre. La isla Wake no podía ser mucho peor.

Una cola de mujeres discurría paralela a la cola de los hombres. Equivalía a una décima parte de esta. Él la veía de soslayo.

Kay Lake era la tercera empezando por el final. Ella no lo veía.

Él huía. Ella huía. La guerra atraía a los fugitivos. Un filipino apuñaló a un chino la noche anterior. Tenía coartada: «Pensaba que era un japo».

Parker llegó a la mesa. Mostró su placa y su partida de nacimiento. El oficial consultó su lista de excluidos.

Miró a Parker. Negó con la cabeza.

—Lo siento. Tiene denegado el alistamiento. Lo han declarado «esencial para la vida civil».

Parker abandonó la cola. Miró hacia la mesa de las mujeres. La señorita Lake se hallaba allí.

Un oficial de reclutamiento decía algo. Era fácil adivinarlo. El hombre decía: «No, señorita».

Katherine, la cazadora majadera. Se me escapa la razón por la que estamos aquí.

12.29 horas

Dudley atajó por Mandeville Canyon. Le palpitaba la mano y las punzadas de dolor le subían por el brazo. Llevaba el traje gris de *tweed* con una flor navideña en la solapa.

Bette toda esta noche. México mañana. Robemos y matememos. Regresemos para la cena de Navidad. Claire servía oca estofada.

Bette telefoneó de improviso y lo invitó a su casa. Llamó justo cuando se disponía a salir para ver la película de Juana de Arco. Le pareció reconocer a Kay Lake en el vestíbulo. Fue inquietante.

La película fue inquietante. Era una guía para entender a Claire. Le proporcionó una mejor comprensión de su martirio. Se prometió enseñarle la alegría espontánea.

Dudley conducía con una sola mano. Fumaba un pitillo detrás de otro para sofocar el dolor. Sus muchachos se reunirían con él frente a la casa de Bette, al día siguiente. Llevaba el maletero a rebosar de pertrechos.

Entró en el camino de acceso y se adecentó con una sola mano. Corbata, cuello de la camisa, puños almidonados, todo en su sitio. Enarbolaba un ramo de rosas blancas. Me rindo, querida.

Atravesó apresuradamente el jardín y llamó al timbre. Las punzadas le recorrieron el brazo y le llegaron al cuello.

Bette abrió la puerta. Llevaba calzón y botas de montar. Dudley la abrazó. Ella se zafó y retrocedió. Una rodilla bloqueó la puerta.

Le palpitaba la mano. Ella agarró el ramo y lo tiró al suelo.

—Tenemos que poner fin a esto, Dudley. Se nos ha escapado de las manos. Sé que es Navidad, pero...

Punzadas.

Le palpitaba la mano, le palpitaba el brazo, le palpitaban sobre todo las rodillas. Cayó de bruces. El cielo se vino abajo. Vio a Jesucristo y a Bette Davis, del revés.

13.12 horas

Del revés, patas arriba. Un airdale saltarín y Ruth Mildred. Una aguja en el brazo.

Esa repentina acometida de calidez. No era opio ni era el sótano de Kwan. Estaba en la cama donde se folló a Bette antes de que ella se volviera cruel.

Irlanda. Aquella monja del convento. Pon la boca aquí, chico. Otra inyección. Un viaje en cohete a través de la Biblia. El airedale yace con el león y el cordero.

Una caja negra. Un confesionario. Monseñor Joe Hayes y un aluvión de pecados.

El cohete, en órbita. Ruth Mildred, con un estetoscopio. Bette dice:

—¡Qué manera de *importunar!*

Ruth Mildred dice:

—Le ha bajado la fiebre. Es un irlandés fortachón.

Bette. Todo un pase de modelos. Súcubo / amazona / monja. Lo azota con una fusta. Dominátrix, amazona.

No me pegues.

No me pegues.

Un pinchazo. Esta vez silencio. Has empapado las sábanas de sudor. Ace y los túneles. La ciencia de la raza y la oferta de entrada. Bette dice: «Hazme el favor de matar a un japo por mí».

Estalla la cara de Goro Shigeta. Ahora Bette empuña un cuchillo. Ha bajado del cielo de permiso o está al lado de la cama.

Ruth Mildred, con esponjas. Bette, con su fusta.

—¡Qué manera de *importunar!* Tenía *invitados*. Es Nochebuena.

Perdón.

No me pegues.

Perdón.

No me pegues.

Ruth Mildred dice:

—Calla, Dud. Esto no es una confesión. No cuentes tu vida y milagros.

—Maldito sea este hombre, Ruthie. Yo tenía *planes*. ¡Joder, qué manera de *importunar!*

No me pegues. No me pegues. Pon la boca aquí, hijo.

El cohete aparcó en la caja negra. El airedale subió de un salto a la cama. Hablaron del trabajo en la policía y de las cacerías de gatos. El perro contó que había mordido al marido de Bette. Sienta bien morder a humanos. Deberías probarlo.

La caja negra se comprimió. Joe Hayes dijo: «Ego te absolvo». Claire dijo: «No es ella, soy yo».

8.00 horas

Sonaron campanas. El cohete se esfumó. La caja negra se desvaneció a la luz del día.

El airedale dormía a su lado. Bette había dejado una nota prendida en el cabezal de la cama.

«Me he ido a casa de una amiga. Esto se acabó. Me has importunado».

Ruth Mildred dormía en dos butacas colocadas una junto a otra. Él tenía un gotero

conectado al brazo. Se arrancó la aguja.

Estaba desnudo. Llevaba la mano recién vendada. El dolor había desaparecido.

Campanas de iglesia. Era el día de Navidad. *Dudley Liam Smith: has tenido un tropezón.*

Besó al airedale. Se puso en pie y permaneció en pie. Le daba vueltas la cabeza. Tenía hambre. Se tambaleaba. Valiéndose de los respaldos de las butacas a modo de asideros, se acercó a la ventana. Se asomó y miró abajo.

He ahí a Mike y Dick. He ahí a Hideo. Esperan de pie junto al coche de Dudley. Están recién aseados para la Navidad.

Ruth Mildred roncaba. Tenía en la mano un frasco de píldoras antibichos. Se lo desprendió de entre los dedos y se echó tres al cuerpo. Ruthie siguió roncando.

Dudley fue al baño. Se afeitó y se duchó. Se peinó y se secó con la toalla. En el dormitorio, echó un vistazo alrededor.

Le habían lavado la ropa. La pistolera colgaba de una silla. Se vistió y notó que su cuerpo recobraba las fuerzas.

Elevó una plegaria por el airedale. Agarró las píldoras y dio un beso a Ruthie. La magnífica bestia y la lesbi siguieron roncando.

Bajó y salió. Los chicos los saludaron. Dick Carlisle tenía los ojos empañados. El joven Hideo acarreaba un maletín. Mike Breuning se había salpicado de migas de donut.

—La señorita Davis nos ha dado de comer. Ha dicho que a lo mejor seguirías grogui un rato.

—Es buena con las personas corrientes —dijo Dudley—. Le permiten sentirse auténtica. Ansía su aprobación en pequeñas dosis.

Carlisle abrió la puerta trasera del coche. Dudley bostezó y lanzó las llaves a Breuning. Ashida subió detrás. Dudley se sentó con él.

Ashida dijo:

—Tengo información sobre ese submarino que ronda por Baja con malas intenciones. Creo saber dónde podría haber echado amarras. Se lo explicaré después.

Dudley le guiñó un ojo. Hideo se ruborizó. Breuning arrancó. Dudley bostezó y cerró los ojos.

Mantuvo la mano herida sobre el regazo. Contó las pecas de Claire y desistió al llegar a ochenta. Repasó su «robar y matar», Navidad del 41.

Los pasos fronterizos eran pan comido. Los policías estatales mexicanos relajaban los turnos en Navidad. El capitán Carlos no se enteraría de que estaban allí.

Había visitado la clínica. Tojo Tom describió el alijo convincentemente. Matarían a los vigilantes hacia la mitad del turno. Eso les dejaría seis horas para despachar a los chivos expiatorios y colocar las pruebas. No podían liquidarlos a ellos antes de liquidar a los vigilantes. Tenían que colocar un poco de heroína sustraída en el escenario de la muerte.

Él hablaba el español con fluidez. Simularía un soplo por teléfono a la jefatura de

la Policía del Estado. Hola, hombres: se ha armado un buen lío en Calle Calderón. Los policías estatales descubrirían muertos y un poco de H robada. Eso se relacionaría con el hallazgo de los vigilantes muertos al final de su turno.

La alarma sería muy explosiva. ¿Dónde está el dinero? ¿Dónde está el resto de la H? Los policías estatales deducirían que se trataba de una calamidad a causa de la droga o un atraco con complicaciones. No deducirían que los autores habían sido unos polis americanos en misión de observación ante la posible presencia de submarinos.

Dudley cerró los ojos. Dudley se adormeció. Dudley abrió los ojos en Tijuana.

Feliz Navidad. Próspero año y felicidad.

Niños mendigos. Enjambres de crías de roedores. Vendían medallas religiosas y asaltaban para birlar calderilla. Clubes nocturnos rancios. El Blue Fox, El Perro Blanco, El Gato Rojo.

El número del burro era un señuelo. Lo organizaba la Policía del Estado mexicana. Los propietarios de los locales colaban somníferos a blancos con pasta y los desplumaban. Tiendas de tapicería de coche. Los artesanos confeccionaban fundas para los asientos y las rellenaban con bosta de caballo. Putas con chancros. Marineros de permiso. Transexuales vestidos de torero.

Avenida Revolución. Polis de patrulla vendiendo pesebres. Los construían los reclusos. Los hacían con libritos de cerillas y palos de helado.

Dudley encendió un pitillo y se echó al cuerpo tres píldoras antibichos. Carlisle se volvió. ¿Qué pasa, jefe?

—Dobla a la derecha en la próxima. Calle Calderón. Afloja la marcha al pasar por delante del 229. Ahí viven nuestros chivos expiatorios.

Carlisle miró a Ashida. ¿Es de fiar, jefe? Breuning lo mandó callar. El Jefe sabe lo que se hace.

Torcieron. Breuning aflojó la marcha. He ahí la dirección indicada. Es una chabola con tejado de hojalata, levantada sobre barriles de cerveza aplastados a modo de pilotes.

—Los encontraremos dentro. Sus expedientes policiales los describen como «caseros». Se las arreglan con sedantes inyectados si no hay caballo a mano. Seguro que los encontramos dentro, y oportunamente dóciles.

—En la frontera no nos han parado —dijo Breuning—. Nadie sabe que estamos aquí.

—Llámame Jack lo sabe —dijo Carlisle—. Hemos venido por esa delirante misión de la caza del submarino, ¿recuerdas? Jack está a partir un piñón con el capitán Carlos. Le dirá: «¡Qué casualidad! El Dudster estaba en Baja cuando os salpicó la mierda».

Dudley negó con la cabeza.

—Carlos no se lo contará a Jack. Jack no sabe que Carlos trafica con caballo. Carlos no le dirá nada de los robos.

Breuning negó con la cabeza.

—A mí lo que me preocupa es el aspecto forense de este asunto. La Policía del Estado manda sus pruebas a un laboratorio de Juárez. Tienen un equipo de lo más moderno.

—Sí, muchacho, y nosotros tenemos al doctor Hideo Ashida, que compensa eso más que sobradamente.

Ahí: Hideo entra en éxtasis.

—Lástima no haber estudiado el terreno de antemano —dijo Breuning—. Sí, es verdad que revolví los archivos en busca de documentación sobre esa gente, pero solo encontré un expediente de la Policía del Estado, y a saber si la información es muy actual.

—Son yonquis —dijo Carlisle—. Esos lo único que hacen es chutarse y palmar. Tú no has requerido *oficialmente* el expediente, así que nadie puede relacionarlo contigo. No te me pongas tocacojones el día de Navidad.

Breuning hizo un corte de mangas a Carlisle. Atravesaron Tijuana. Llegaron a la carretera de la costa. Observemos el miedo a ese submarino *maaaaaalo*.

Los observadores de la Policía del Estado de México. Sacos de arena y reflectores. La costa de Los Ángeles, replicada. Camisas negras de patrulla por la playa.

Dudley sacó el mapa. Lo había dibujado a partir de la descripción de Tojo Tom. Tojo Tom lo repasó con él tres veces.

Dejad atrás Ensenada. Torced tierra adentro en San Vicente. Recorred siete kilómetros. Tomad en la bifurcación a la derecha. La maleza os dará cobertura. Recorred dos kilómetros. Hay una cueva abierta.

Habrán tres policías estatales. Hacen turnos de doce horas. Hay dos cajas de caudales. Una contiene el dinero, una contiene la H.

Los policías estatales conocían la combinación. Son hombres muy feos. Bien podría ser que no hablaran.

En ese caso matadlos. En ese caso debéis saber lo siguiente:

Carlos tiene guardados cuatro frascos de nitro. Alejaos doce metros, a la derecha. La encontraréis en una caja fuerte forrada de plomo, bajo un matorral.

Dudley estudió el mapa. Ashida se abrazaba al maletín. El chico era incondicional a la manera de los nipones reprimidos. Se comportaría valientemente.

Dejaron atrás Ensenada. Tejados de tejas y tejados de hojalata. Cementerios de coches. Muelles en el lado de mar y casitas en el lado de tierra.

Lo vio. Movimiento circundante y escopetas. Apuntemos a las piernas. Entran en *shock* y facilitan las combinaciones.

El indicador. SAN VICENTE: 10 KM.

Breuning giró tierra adentro. Dudley calculó mentalmente los siete kilómetros. Flexionó la mano ilesa. Podía disparar con la izquierda. La precisión no importaba. Los perdigones se dispersaban.

Breuning dobló a la derecha. Puso una marcha corta. El ruido del motor disminuyó.

Avanzaron lentamente. Breuning permanecía atento al cuentakilómetros. En el salpicadero fueron saltando los números. Breuning frenó y paró al llegar a 1,5.

Montículos cubiertos de maleza flanqueaban el camino. Este descendía y se hundía hacia la izquierda. La cueva debía hallarse justo detrás.

—Por favor, Hideo, espere aquí —dijo Dudley.

Ashida asintió. Breuning y Carlisle salieron y abrieron el maletero. Dudley se acercó a ellos. Soplaban una brisa en dirección a la cueva. Matorrales sueltos arañaban el camino.

El silencio era excesivo. Algo no cuadraba. Todos lo percibieron. Sabuesos de monte: sus dos muchachos.

—Deberían oírse voces —dijo Dudley—. No puede ser que todos estén durmiendo.

—Es imposible hacer callar a los polis mexicanos —dijo Breuning.

—Y más si están de brazos cruzados y aburridos —dijo Carlisle.

Dudley le entregó los prismáticos. Carlisle se encaramó al capó del coche. Miró hacia abajo y a la izquierda. Breuning sacó las escopetas.

Carlisle bajó.

—No hay policías estatales. Están la boca de la cueva y las dos cajas de caudales, ahí mismo. No hay nadie cerca. No podría decirlo con exactitud, pero parece que las puertas de las cajas están medio abiertas.

Dudley señaló hacia la maleza. Nos acercaremos en diagonal. Atraeremos fuego a ciegas o no atraeremos fuego.

Se adentraron. Dudley encabezó la marcha. La maleza oponía resistencia. Llevaban las escopetas cruzadas ante el pecho.

Dudley vio la cueva y las cajas de caudales. Vio huellas que se alejaban. Disparó al aire una vez.

La detonación fue muy sonora. No suscitó respuesta alguna. Contó diez segundos de *nada*.

Echó a correr hacia allí. Breuning y Carlisle corrieron tras él. Salieron de la maleza e irrumpieron en la cueva.

Las cajas de caudales *sí* tenían las puertas medio abiertas. Dentro no había *nada*.

Dudley salió de la cueva y miró en todas direcciones. Estaban expuestos a una emboscada y en espacio abierto.

—Huey —dijo Breuning.

—Ese capullo nazi ha dado el soplo —dijo Carlisle.

—No lo creo —dijo Dudley—. Creo más bien que tal vez le permitió a Tojo Tom hacer una llamada, lo que explicaría las cajas vacías.

—Entonces ¿cómo es que no estamos muertos? —dijo Breuning—. Aquí somos un blanco fácil.

—Yo soy demasiado valioso para Carlos, muchacho —dijo Dudley—. No me mataría. Me telefonaría a Los Ángeles y me diría educadamente que lo dejara correr.

—En fin, siempre nos queda la Navidad en Los Ángeles —dijo Breuning.

—Y está la nitro —dijo Carlisle—. Desde luego con eso mi hijo y yo podríamos divertirnos un rato.

Dudley caminó hasta la maleza. La encontró exactamente a doce pasos. Vio la caja fuerte y la agarró. Estaba revestida de plomo y medía diez por diez centímetros. Pesaba lo suyo, pero era manejable con una sola mano.

Breuning se acercó y la agarró. Carlisle se arrimó a ellos. Llevaron la caja al coche.

Ashida permanecía en la misma postura. Seguía abrazado al maletín con la mirada al frente.

Guardaron las escopetas y la nitro en el maletero. Dudley subió al asiento de atrás. Ashida puso cara de «¿Y...?».

—Alguien se ha chivado a la Policía del Estado —dijo Dudley—. Necesitamos averiguar si nos han delatado. Tenemos una caja llena de nitroglicerina en pago por nuestros esfuerzos.

—Deberíamos detonarla antes de volver a Los Ángeles —dijo Ashida—. Soporta mal los viajes. No nos conviene correr el riesgo de que se produzca una explosión repentina.

Dudley le guiñó el ojo. Ashida se ruborizó. Breuning y Carlisle subieron al coche. Volvieron a la carretera de la costa y enfilaron hacia el norte.

En los acantilados se sucedían los observadores antisubmarinos. Manejaban reflectores y recorrían el horizonte con prismáticos. Breuning conducía rápidamente. Dudley vio una cantina más adelante.

Sin nombre, tejado de hojalata, sillas disparejas en el exterior. Tocó a Breuning y señaló en esa dirección. Breuning paró.

Dudley se apeó y entró. Era un antro de bebedores. Los borrachos pimplaban mezcal directamente de la botella y se disputaban los gusanos flotantes. El local suscitaba visiones y sudores nocturnos.

Dudley abordó al caballero del delantal. Se lo veía sereno y con las cosas bajo control.

—Un teléfono y una oficina privada para llamar a Estados Unidos, por favor, señor. Pagaré sesenta dólares norteamericanos por este privilegio.

El hombre señaló una puerta. Dudley lo untó y se dirigió hacia allí con parsimonia. El despacho medía tres metros por tres. Revestían las paredes botellas de mezcal. Doscientos gusanos se arremolinaban en sedimentos tóxicos.

Una mesa, una silla, un teléfono. Allí donde fueres...

Dudley agarró el auricular y movilizó a una operadora. Su español con acento irlandés la fascinó. Destapó una botella y agitó el brebaje. El gusano subió a la superficie. Lo partió de un bocado y se comió la mitad superior.

—Los Ángeles, AX-catedral-2921, por favor. Y llamo a cobro revertido. Su nombre es Hubert Cressmeyer. Mi nombre es Dudley Smith.

La operadora se deshizo en *sí, sí, sí*. Pasó la llamada entre crepitaciones de interferencia estática. Se puso una enfermera. Dudley repitió la andanada del cobro revertido en versión bilingüe. La operadora se despidió.

La enfermera parecía aturullada. Dudley pimpló mezcal y mordisqueó el gusano. *Ponme ya con Huey, encanto. Su tío Dud lo reclama.*

Aturullada, la enfermera se alejó. La crepitación de la línea continuó. Dudley chupó mezcal y engulló el resto del gusano. Sintió un calor volcánico. Esa mierda tenía noventa grados como mínimo.

Huey se puso al teléfono. Gimoteó y lloriqueó. Dudley lo cortó.

—La has cagado, muchacho. Has permitido que Tojo Tom telefonara a México.

Huey se rio como un estúpido y lloriqueó. Huey se trabucó y tartamudeó. Huey estaba cagado de miedo.

—No ha hecho ninguna llamada, tío Dud. Una lesbi de la residencia se ha colado aquí y lo ha soltado esta mañana.

Dudley dejó el auricular. Huey emitió un bua bua a larga distancia.

Esperarán en la frontera. Pondrán controles de carretera. Deberían haberme disuadido y escoltado a...

Unos Camisas Negras echaron la puerta abajo. Calzaban botas altas. Tenían pequeños bigotes como cepillos de dientes a lo Hitler...

13.49 horas

Le palpitaba la mano. Eso lo despertó. Trinquetes de acero se le hincaban en las muñecas.

Estaba esposado a una silla. La silla estaba fijada al suelo. Distinguió los contornos de la habitación.

Era de cuatro por cuatro metros. Para tratarse de una sala de tormento, resultaba un tanto estrambótica. Una mesa, dos sillas. Tomas de corriente en las paredes para aplicar electrodos en los huevos. Un cuchillero. Escorpiones chupadores de sangre, enjaulados.

Carlos Madrano se hallaba de pie ante él. Lucía un conjunto a lo Mussolini, con una capa a lo FDR.

—Lo ha llamado Tojo Tom —dijo Dudley.

Carlos blandió el pitillo emboquillado. Era puro FDR.

—Así es. Pero si fuera solo por esa llamada todo habría quedado en una simple advertencia para usted: «Mi querido amigo, haga el favor de no robarme el dinero y la heroína». Ha sido la otra llamada lo que me ha inquietado.

Dudley flexionó los brazos. Carlos le quitó las esposas y le dio un pitillo.

—Hábleme de esa llamada. ¿Era Patchett o Exley? ¿Les preocupaba que yo pretendiera introducirme en actividades en las que usted tiene un interés tangencial?

Carlos echó la ceniza en la mesa. Mike Breuning lanzó un alarido en la sala contigua.

—Ha llamado Sam Rummel. Ha dicho que Bill Parker se ha descolgado con una de las suyas, y que intuye la presencia de usted en la periferia. Tenía que ver con ese asunto mío de los jornaleros y su caso Watanabe. Ha dicho que nunca había visto a Parker tan obsesionado, y ahora veo que ha sucumbido usted a un desliz muy poco profesional.

Dudley se frotó las muñecas. Le palpitaban las manos. Le palpitaba la cabeza. El alpiste de noventa grados y los gusanos tóxicos.

—Exponga las condiciones de mi liberación y la liberación de mis hombres.

—Usted será puesto en libertad una vez cumplidas todas las condiciones. Procurará que su destino en el Servicio de Inteligencia Militar lleve el sello «México» y colaborará conmigo para frustrar los intentos de sabotaje del Eje, pese a nuestras simpatías por el Eje. Una suma considerable de dinero garantizará la liberación de sus hombres. No puede telefonar a Ace Kwan a fin de obtener una entrega rápida. Estoy decidido a mantener su misión en la mayor reserva.

La sala de tormento disponía de ventanas laterales. Dudley se levantó y echó un vistazo. Vio a Mike Breuning a la izquierda, a Hideo a la derecha.

Dos hispanos se trabajaban a Mike. Le sacudían con la manguera y le aplicaban corriente en las orejas con electrodos. Hideo permanecía sentado sin esposas. Unos escorpiones rondaban cerca de su silla. Hideo permanecía en una inmovilidad remilgada.

Miró hacia la ventana. Vio a Dudley. Sonrió y dibujó un símbolo de dólar en el aire.

Dudley dijo:

—Carlos, le aconsejo que hable con el doctor Ashida. Puede que tenga algo que decirle, creo.

14.16 horas

Se adormeció en la silla. Le dejaron su penicilina y, para comer, le dieron arroz con pollo y cerveza. Le palpitaba la mano. Le palpitaba la cabeza. Era hombre muerto y estaba hecho mierda.

Se adormeció y se revolvió. Contó los días que habían pasado desde Pearl Harbor y los días que faltaban para Año Nuevo. Contó las pecas de Claire. Se adormeció / se revolvió, se adormeció / se revolvió.

Miró hacia la ventana de Mike B. Mike ya no estaba. Miró hacia la ventana de Hideo. Hideo ya no estaba. Vio el suelo impregnado de pulpa de escorpión. Los muy

hijos de puta habían quedado reducidos a jugo de bicho a pisotones.

La mano dejó de palparle. Meó en un agujero del suelo.

Se adormeció. Despertó y fumó. Vio deslizarse un papel por el suelo.

Se levantó y lo leyó. Reconoció la letra de Hideo.

«He intentado algo. Tiene que ver con ese submarino que le he mencionado. De momento el capitán Madrano está interesado».

Dudley sonrió. Dudley contó las pecas de Claire. Dudley se adormeció en su silla fijada al suelo.

9.29 horas

Se oyó el ruido metálico de la cerradura de la puerta. Dudley echó mano a su arma y no encontró arma. Entró Hideo. Tenía los zapatos cubiertos de pulpa de insecto.

—Convencí a Madrano para que apostara a una docena de hombres en la cala Colonet. Dio resultado. Capturaron un submarino.

—¿Y cómo adivinó usted dónde echaba amarras?

—Vi un mapa delirante en el despacho de Pierce Patchett. Tenía dibujos de submarinos con símbolos de dólar. Me recordó a ese diagrama que usted hizo.

Dudley sonrió. Fuera se oía caer la lluvia. Detrás de Hideo había cuatro fascistas.

—¿Y cuál es su actual misión, muchacho?

—Registramos el submarino. Interrogo a la tripulación.

Dudley agarró su chaqueta. Los Camisas Negras los sacaron a empujones. Dos sedanes Cadillac esperaban al ralentí frente al cuartel. Eran vehículos confiscados a turistas. A los polis hispanos les encantaban las canoas judías.

Los bugas disponían de puertas de apertura inversa y doble asiento en la parte de atrás. Los Camisas Negras los obligaron a subir. Breuning y Carlisle estaban ya allí sentados.

Tenían mal color. Los habían torturado. Se les veían las quemaduras de los electrodos en el cuello.

Los bugas arrancaron. Dudley se pasó el dedo por la garganta simulando un degüello y formó con los labios la palabra «Madrano».

Mike y Dick sonrieron. El Cadillac llegó a la carretera de la costa y la enfiló en sentido norte. Llovía a mares. Los bugas de la Policía del Estado avanzaban muy *despaaaaaacio*.

Los negros nubarrones estaban a baja altura. El sol se hallaba sumergido en la nada. Dudley vio el resplandor de unas lámparas de arco: más adelante / en posición noroeste.

Un campamento en un promontorio junto a la playa. El escenario de un registro. Los Camisas Negras y los japos capturados. Tiendas de campaña para proteger de la lluvia.

Los bugas se detuvieron en el promontorio. Había encendidas diez lámparas de arco. Rondaban por allí veinte policías estatales. Vestían impermeables negros sobre las camisas negras.

Dudley salió primero. Se abrió paso entre los policías estatales y entró en la tienda más cercana. El capitán Carlos estaba sentado en una hamaca. Había seis japos engrilletados, tumbados cara abajo en el suelo.

Vestían uniformes empapados. Los habían maltratado y molido a patadas. Tenían las bocas tapadas con cinta adhesiva.

—El doctor Ashida me ha prometido dinero —dijo Carlos—. Espero que no se haya equivocado. Hasta el momento la información ha demostrado ser creíble.

10.51 horas

El submarino estaba amarrado en la arena dura contra las rocas. Carlos cedió el registro a Dudley e Hideo. Subieron a bordo del puto artefacto y descendieron bajo cubierta. Cinco policías estatales montaban guardia junto a la escotilla.

Allí la cuestión era registra y encuentra o registra y muere. Todo se basaba en los demenciales jeroglíficos de Patchett.

Registraron. El protagonista del espectáculo era Hideo. El submarino era todo láminas atornilladas, paneles con indicadores, instrumentos en las paredes. Hideo conocía bien todo lo mecánico. Hideo conocía bien los conceptos aguja en un pajar y misión imposible y la *gestalt* de los jeroglíficos demenciales.

Registraron. Primero revisaron los alojamientos de la tripulación. Registraron las taquillas. Encontraron guías turísticas de Los Ángeles y manuales sobre la cultura china en Los Ángeles. Encontraron guías de la lengua china. Dudley caviló al respecto.

Aquello rezumaba infiltración y sabotaje quintacolumnista. Hagámonos pasar por chinos para ocultarnos a plena luz del día y aniquilemos Los Ángeles desde dentro.

Registraron. Hideo trabajaba con llaves de tubo y las manos desnudas. Desatornilló pernos y buscó detrás de los paneles. Desconectó grupos de instrumentos y deslizó las manos por paredes lisas. Desatornilló la montura interior del periscopio y escrutó los engranajes con una linterna.

Registraron. Carlos se reunió con ellos. Sus temas de conversación se reducían al fútbol americano y la guerra. Los Chicago Bears. El zaguero judío Sid Luckman. Los japos invaden la isla Wake. ¿Siente el tirón de la raza, doctor Ashida?

Carlos se relajó. Dudley se acercó a pedirle las llaves de su coche. Su coche estaba en el promontorio. Se había quedado sin tabaco.

Carlos le lanzó las llaves. Dudley fue a su coche, escoltado. Cogió el tabaco. Escondió en la palma de la mano un frasco de nitroglicerina.

Regresó al submarino. Guiñó un ojo a Hideo. Hideo se lo guiñó a él.

Registraron. Dudley arrastraba láminas de acero con una sola mano. La mano herida le palpitaba. Se echó al cuerpo benzis y píldoras antibichos. Carlos no era un frijolero tonto. Sabía que podían pirarse. Mantenía una mano en el arma.

Registraron. El submarino era una caja sofocante y claustrofóbica. Empaparon la ropa de sudor. Se hicieron cortes en las manos. Dudley se arrancó media uña.

Registraron sistemáticamente. Pasaron de paredes acorazadas a pasarelas acorazadas. Todo era estrecho, tamaño japo. Dudley se golpeaba la cabeza una y otra vez.

Registraron. Hideo retiró una lámina del suelo y sonrió.

Pierce Patchett. Los jeroglíficos de un niño loco.

Cinco petates metidos en un agujero. Todos estaban llenos a rebosar de billetes de cien yanquis.

Carlos quedó satisfecho.

—El destino ha dictado que ustedes vivan. Ahora el doctor Ashida debe pasar al interrogatorio.

14.37 horas

La lluvia persistía. Trabajaban en una tienda de campaña. Los Camisas Negras desengancharon a los japos y volvieron a engancharlos a las sillas. Hideo les arrancó la cinta de la boca. Los bigotes a lo Hitler se desprendieron.

Dudley observaba. Breuning y Carlisle observaban. Tenían esa favorecedora expresión de «Uf, no hemos muerto». Carlos proveyó de mezcal. Todo el mundo echó un trago. Hideo hizo gala de una gran presencia de ánimo y se comió el gusano.

Los japos parloteaban y sacudían las cadenas. Eran «fujishudoescos». Hideo les dirigió unas palabras intimidatorias. Se alargó y alargó. Aquello empezó a resultar aburrido e irritante. No requería traducción. Los japos no iban a soltar prenda.

Hideo miró a Dudley.

Dudley miró a Carlos.

Carlos entregó a Hideo sus guantes.

Eran fetiches fascistas y tenían las palmas lastradas. Hideo se los calzó.

Los japos miraron al techo y ahogaron risitas. *Capullo, pero si tú no tienes agallas.*

Hideo los golpeó.

Sacudió a diestra y siniestra. Las cabezas de los japos giraban casi en ángulo recto. Volaron dientes. Saltaron porciones arrancadas de cuero cabelludo.

Escupieron dientes.

Tosieron sangre.

Las cejas les cayeron sobre los ojos.

Emitieron sonidos ininteligibles y lo soltaron todo.

Era el parloteo de seis hombres, de japo a japo. Hideo se acuclilló y lo captó todo. El parloteo se superpuso y se prolongó. Hideo lo asimiló todo.

—Se trata de Terry Lux y Pierce Patchett, con Preston Exley en segundo plano. Patchett tiene contactos en el Servicio de Inteligencia Naval. Ha estado pasando información para dirigir los ataques de los submarinos contra los cargueros a lo largo de la costa, y estuvo en comunicación por radio de onda corta con los japoneses fugados. Lux se apropió del plan concebido por usted y Ace Kwan y lo perfeccionó para convertirlo en un frente de sabotaje. Los fugitivos venían hacia aquí para reunirse con el submarino cuando la partida de búsqueda los localizó. Lux va a trabajar con Lin Chung y a esconder a los saboteadores en Chinatown. Chung tiene planes eugenésicos para ellos, lo cual suena draconiano. Como mínimo va a infiltrarlos en la comunidad china para que perpetren su sabotaje desde allí.

Dudley sonrió.

—Una lumbrera, una auténtica lumbrera. Qué grandes dotes las suyas.

Un japo gordo se revolvió y escupió sangre a Hideo. Recordó algo de inglés.

—Maricón —dijo.

Hideo agarró la Luger de Carlos Madrano y se acercó a él. Los otros japos se quedaron de una pieza. Todos los presentes en la tienda se quedaron de una pieza.

Dudley observó los engranajes de Hideo en movimiento. Sí / no, sí /no, sí / no.

Hideo bajó el arma.

Hideo dijo:

—Soy estadounidense.

17.18 horas

Gozaban ahora de una exculpación más amplia. Los Camisas Negras se relajaron. Dejaron que los gringos se pasearan en libertad.

Dudley deambuló por el promontorio. Se empapó bajo la lluvia. Localizó el coche de Madrano. Encajó la nitro en el hueco de la rueda posterior izquierda.

Ataron a los japos de pies y manos y los echaron al interior del submarino. Los japos se revolviéron, chillaron y suplicaron. Breuning les tapó la boca con cinta aislante. Hideo improvisó un dispositivo de detonación junto a ellos.

El propio Hideo había diseñado el dispositivo. Contenía nitroglicerina y cartuchos de escopeta.

Rompamos tres pantalones en tiras y formemos con ellas un cordón que asomará por la escotilla. Empapémoslo de gasolina. Alejemos el submarino veinte metros. Disparemos contra el casco y provoquemos la combustión.

Hideo examinó el motor del submarino. Leyó una serie de manuales en japonés y captó lo esencial. Breuning y Carlisle despedazaron los pantalones y anudaron la mecha. Dudley la empapó de gasolina y metió dentro el extremo explosivo de la

mecha junto con la nitro y los cartuchos.

Impregnaron la mecha de ácido sulfúrico para impermeabilizarla. Dejaron el dispositivo al lado de los japos. El otro extremo de la mecha asomaba sobre el casco.

Hideo encendió el motor y puso marcha atrás. El submarino retrocedió en medio de sacudidas y vibraciones.

Saltaron a tierra. La lluvia tamborileaba y los empapaba.

Se quedaron con los Camisas Negras e hicieron circular el mezcal. El submarino encontró tracción en el agua. Los Camisas Negras repartieron escopetas cargadas con cartuchos de gran calibre.

Todo tenía un aire ceremonial. Todo ocurría en medio de la lluvia y la oscuridad.

El submarino se alejó entre sacudidas unos veinte metros. Muy bien, ahora...

Uno, dos, tres...

Dudley se ocupó de contar. Todos dispararon a la de cuatro.

Dispararon veinticuatro hombres. Veinticuatro cartuchos traspasaron el casco. El submarino voló en mil pedazos.

19.08 horas

El cielo se tiñó de rojo. Todo el mundo exclamó «Adiós» a voz en cuello. En el acto se dirigieron a sus coches. Carlos se marchó con cuatro Camisas Negras.

Las olas apagaron las llamas. Se elevó una nube de vapor desde el agua. Breuning sacó humo a los neumáticos. Carlisle se sumió en un ánimo pesaroso. Dudley e Hideo iban en el asiento trasero.

Se había acabado. El caso Watanabe. El cartel Smith-Kwan. Duró veinte días, de puerta a puerta.

Dudley tocó el brazo a Hideo.

—No me lo tomaré a mal si lleva a cabo usted un último intento con el caso Watanabe. Haga lo que considere prudente, sin mencionar mi nombre. Será internado a finales de febrero. Yo lo sacaré a primeros de mayo.

Hideo sonrió y le guiñó el ojo. Dudley soltó una carcajada y se palmeó las rodillas.

El viaje fue largo y arduo. La puta lluvia. Cascotes caídos, coches abandonados, peones cabeceando. Carlos vivía a dos horas al sur de Ensenada. Quizá llegara a medio camino de allí.

De vuelta en Estados Unidos. Sin problemas en el paso fronterizo. Un tramo a marcha de caracol a través de San Diego. Su punto de encuentro había sido la mansión de la Davis. Tenían que regresar allí y dispersarse.

Pararon en el autorrestaurante Friar Tuck. Las camareras llevaban impermeables por encima del uniforme. Hideo se abalanzó sobre su cena. Engulleron hamburguesas con queso y batidos con un toque de mezcal.

Marcha de caracol. Avanzaron muy *despaaaacio* por la carretera de la costa hasta Sunset. Eran casi las doce de la noche. Dudley se despejó. Echaría una última ojeada a la casa.

Sunset este. Mandeville Canyon norte. De vuelta a la calle y la casa de ella. Todas las luces estaban encendidas.

La banda se dijo adiós en la acera. Los abrazos se prolongaron. Los muchachos salieron escopeteados. Dudley se acercó y miró por una ventana delantera. Los altos árboles lo protegían de la lluvia.

«La cena navideña con un día de retraso» de Bette. Los periódicos la habían anunciado.

Ella actuaba ante un grupo de soldados. Vestían el uniforme de invierno. El maridito de Bette se pavoneaba. El airedale se subió de un brinco al regazo de Tommy Gilfoyle.

Bette estaba rodeada de admiradores. Los asistentes al sarao bebían ponche de huevo. Beth apareció bailando en su ángulo de visión. Un apuesto soldado la hacía girar. Ella llevaba su vestido verde irlandés de los dulces dieciséis años.

Se deslizó ante la ventana y desapareció. Dudley contuvo unos sollozos.

CUARTA PARTE

LA CAZADORA

(27 - 29 de diciembre de 1941)

27 de diciembre de 1941

00.04 horas

Dudley estaba de pie ante la ventana. Ashida lo vio. Pasó un semáforo en verde y atajó hacia el este. Dudley desapareció.

La lluvia amainó. Cada tantos segundos echaba un vistazo al espejo retrovisor. Su cara seguía siendo la misma.

Había visitado México con el Dudster. Pensaba que después de eso tendría una apariencia distinta.

Kay Lake había apuñalado a una mujer y ahora tenía un aspecto distinto. Pensaba que él seguiría el mismo camino.

Era el fin de semana posterior a la Navidad. Llovía. No había tráfico. Dudley dijo: «Omita mi nombre. Haga lo que considere prudente».

Lo sabía casi todo. Entendía las pautas de la Quinta Columna. Saul Lesnick tenía los pies pequeños. No era una prueba concluyente. No podía determinar la identidad del hombre blanco del jersey morado. Jack Webb describió a ese hombre. Era «corpulento» y «de mediana edad». Saul Lesnick era mayor y delgado.

La biblioteca de la Universidad del Sur de California abría toda la noche. Los estudiantes de derecho eran aves nocturnas. Él era ave nocturna. Elaboró un plan en el camino de vuelta.

Se había marchado del número 282 de la calle Ord a las ocho del miércoles. Lin Chung y Saul Lesnick se paseaban y discutían. Se dejó guiar por una corazonada y fue al Registro de la Propiedad. La corazonada se inspiraba en las llamadas de Pierce Patchett a Lin Chung.

Dichas llamadas: 19-12, 20-12, 21-12. Las únicas llamadas de Patchett a Chung. Patchett telefona a Terry Lux *dieciséis* veces durante esos tres días.

El Registro estaba empantanado. Leyó rápidamente una lista reciente de transacciones. Lin Chung era dueño de doce casas en el valle de San Gabriel. Las tenía *todas* rehipotecadas. *Todas* las transacciones se produjeron el lunes 22-12-41.

Patchett, Lux, Chung. Listas de teléfonos. Recaudación apresurada de dinero. Su teoría era la siguiente:

Lux y Chung querían entrar en el negocio de los campamentos-prisiones. Patchett los exhortó a reunir la pasta. Se guisaban planes convergentes. Vamos: ofrezcamos más que Dudley y Ace Kwan.

Pasó después por las doce casas. Miró por las ventanas. Vio cámaras de cine en

trípodes y dormitorios que parecían los decorados de películas porno. Vio habitaciones con los suelos cubiertos de colchones.

Alojemos a japos a la vista de todos. Las grandes mentes piensan de manera similar. Dudley y Ace ingeniaron el plan. Ahora usurpemos nosotros el plan.

Ahora sabía lo siguiente:

Las casas eran decorados de películas porno. Solo esa explicación bastaba. Las casas ocultarían también a saboteadores japoneses.

Locura. Demencia racial.

Lin Chung era chino y antijaponés. Era un eugenista fascista. Y amigo del izquierdista Saul Lesnick. El ventajismo propiciado por la guerra estaba por encima de los lazos político-raciales. Embolsémonos un dinero a costa de japoneses inocentes y ayudemos al enemigo japo.

La lluvia arreció. Ashida llegó a la Universidad del Sur de California y aparcó frente a la biblioteca. Entró corriendo. Ya se la conocía. Conocía libros de derecho concretos.

«Lo que considere prudente».

Prevenamos más sabotajes. Frustramos el negocio de los campamentos de esclavos. Exley, Patchett, Lux y Chung quizá desistieran. Podían ser disuadidos con argumentos jurídicos. No eran asesinos de la ralea de Smith-Kwan.

Ashida leyó manuales y tomó notas. Constituían un informe jurídico.

Comunicado a William H. Parker. He aquí doce preguntas para Terence Lux, doctor en medicina.

Todas requieren respuestas «sí» o «no». Ninguna de ellas alude a Dudley. Se circunscriben a Bedford Drive y las revelaciones mexicanas. No revelarían casi nada a Parker. Darían a entender a Lux lo siguiente:

Lo sé todo al respecto. Usted y los otros deben DESISTIR.

Ashida lo escribió todo. Ashida metió las notas plegadas en una postal navideña y las introdujo en un sobre.

Se sentía ingrátido. Percibía en su propia piel el olor a *tweed* mojado de Dudley.

La biblioteca estaba sofocante. Ashida salió y tomó una bocanada de aire frío. Llegó a su coche y fue a Silver Lake. Aparcó frente a la casa de Parker.

La luz del salón estaba encendida. Subió por la escalinata y echó la postal por la ranura del buzón de la puerta. Miró por la ventana.

Parker estaba sentado en un sillón. Contemplaba una fotografía. Probablemente era de la pelirroja corpulenta.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 27 DE DICIEMBRE DE 1941

2.11 horas

—No ha sido una gran Navidad —dijo Lee.

—No —dije yo—. Pero es que ha sido un mes espantoso.

Estábamos sentados en la terraza de mi habitación y bebíamos *whisky* envejecido en barril. Era un regalo del tío Ace Kwan. Todos los hombres de la partida de búsqueda recibieron una botella, una cabeza reducida y un vale por una comida gratis en la Pagoda China de Kwan.

—Uno de estos días deberíamos ponernos mutuamente al corriente de todo. Scotty se ha ido a la guerra, los dos recibimos unos buenos golpes, y a ti te han arreglado la cara más que a mí. He estado escondiéndome de ti, pero sé que aquí hay algo que contar.

Nuestras sillas estaban orientadas al sur. Los clubes del Strip habían apagado las luces hacía unos minutos. Era una noche fresca y despejada; el zumbido del tráfico de altas horas me hipnotizaba.

—Primero dame tu versión. Es tu trabajo de fin de trimestre en la universidad y se titula «Un mes espantoso».

—Aquí la universitaria eres tú —dijo Lee—. Eres tú quien escribe cosas.

Sonreí y tomé un sorbo del *whisky* de Ace Kwan. El tío Ace y su mejor amigo, el Dudster. Todos los caminos llevan a Dudley Smith. Todos mis pensamientos trazaban un círculo y volvían a él.

—Eso son evasivas —dije—. Sé cuándo te guardas algo en lo que has estado cavilando. En este asunto cada cual tiene su propia percepción. Vamos a quedarnos aquí sentados disfrutando de la generosidad de Ace Kwan hasta que hables.

Lee agitó su vaso.

—Llámame Jack ha conseguido a Count Basie para el sarao de Año Nuevo en la Unidad Central. Count chocó con un coche de policía frente al club Alabam, y los uniformados le encontraron marihuana encima. Era ese bolo, o seis meses en la trena.

Le hiqué el dedo en el brazo.

—Eso son evasivas. Explícame tu percepción y luego pasaremos a hablar de intrascendencias.

Lee dejó el vaso y se preparó para presentar su relato en forma de titulares de

periódico. Era el código de Leland C. Blanchard: así ridiculizaba los grandes momentos de su vida antes de enterrarlos.

«¡Bivins tumba a Blanchard en el Olympic!» «El poli héroe rescata de las garras del cerebro del atraco a la chica de la banda!» «¡“La Gran Promesa Blanca” se incorpora a la policía de Los Ángeles!»

Me reí. Esos eran algunos de los mejores.

Lee se puso pum-pum-pum y dijo:

—«¡Injusticia épica contra los japos de la ciudad!». «¡Expúgil de los pesos pesados destapa el pastel! “La mayoría de estos hijos de puta no han hecho una mierda —declara el agente L. C. Blanchard—. ¡Todo es fiebre bélica y paparruchas salidas de madre!”»

Aplaudí el punto de vista y la interpretación. Lee inclinó la cabeza y volvió a su bebida. Dijo:

—Esta guerra está dejándome rezagado. Dud va a entrar en el Ejército de Tierra con el rango de capitán, el puñetero, mientras yo acompaño a japos que no han hecho una mierda hasta vagones de ganado y meto a borrachos en el trullo. Tú entretendrás a la tropa en la cama, y probablemente escribirás un libro sobre el tema.

Se interrumpió e inventó más titulares:

—«¡Cortesana en el frente nacional lo cuenta todo en unas memorias subidas de tono! ¡Southland contiene el aliento mientras ella da nombres!».

Aproveché el hueco que Lee me dejó. Dije:

—Empecemos por este nombre: Dudley Smith.

Lee se vino abajo. Sencillamente se derrumbó. Dijo:

—Joder, nena.

—Puedes esmerarte un poco más.

—Vamos, Kay —dijo él.

Inventé titulares de periódico: pum-pum-pum en el aire.

—«¡Poli irlandés mata a un hombre de una paliza en la comisaría de Newton!» «¡Poli irlandés empapela al Hombre Lobo! ¡Se cierne sobre este una visita a la cámara de gas!» «¡Poli irlandés soborna a polis jóvenes para introducirlos en un aquelarre de polis corruptos!» «¡Un poli, casi un crío, huye a un peligroso destino militar! ¡Teme más al sargento D. L. Smith que a los japos!»

—Vamos, Kay —dijo Lee—. Dudley es Dudley, y el mundo necesita tipos como él.

Estaba cansado. Estaba derrotado. La guerra, las redadas, su pelea con Scotty. Su viaje a Nueva York a mediados de noviembre. Mató a un hombre con el Dudster. Podría haberse enfrentado a él o haberse negado. Existían opciones, pero fue derrotado, y me tenía a mí esperándolo en casa. Y yo poseía mucho arte, pero carecía de personalidad y convicción. Y estaba demasiado atrapada por su mundo de viles intrigas para ejercer mi propia opción de abandonarlo.

Lee alzó la vista al techo. Estaba aburriéndolo. Estaba acosándolo con un

idealismo de colegiala. Alzó la vista al techo; consultó su reloj; me dirigió una mirada. «Vamos, Kay. Vamos, Kay. Vamos, Kay».

Inventé titulares: pum-pum-pum.

—«¡Poli exboxeador mata al testigo de una banda! ¡El canario sabe cantar pero no sabe volar!» «¡El homicidio facilita la puesta en libertad del mafioso!» «El poli exboxeador lloriquea ante el poli irlandés: Soy solo un niño incapaz de decir que no».

Lee lanzó su vaso por encima de la barandilla; se hizo añicos en el camino de acceso. Dio una patada a su silla y me miró. No estaba indignado ni dolido. Solo estaba derrotado. Yo sabía qué diría antes de que lo dijera. Dijo:

—Maldita seas, Kay.

Era lo único que le quedaba. Me dejó a solas con eso. Entró en la casa y se marchó y dio portazos a su paso. Se subió a su coche y dio un portazo y descendió hacia el Strip quemando goma.

Me dejó a solas con Dudley Smith.

3.08 horas

Ave nocturna. Café solo y la foto. Once días sin probar el alcohol.

Teniente Joan Conville. La díscola campesina asciende de rango. La foto estaba muy manoseada. No debería tardar en tirarla.

Helen roncaba en el dormitorio. Ahora ella lo odiaba. Se había ausentado en Navidad por dos accidentes de tráfico y la misión de los koi.

Tres mexicanos habían excavado un gran estanque en el jardín trasero y lo habían revestido de impermeabilizante. Colocó la cerca él mismo. Fue en coche al *bungalow* de Jim Larkin y trasladó los koi en cubos.

Todos sobrevivieron. Les encantaba su nuevo hogar. Los alimentaba con comida para peces de gama alta. La cerca impedía el paso a perros y gatos y los mantenía a salvo.

Helen lo odiaba. Él había desertado de su matrimonio por unas fotos y unos peces de colores. Se sentaba en el jardín y miraba los koi. Se sentaba en esa silla y miraba la foto. Pensaba en la señorita Lake.

Parker se frotó los ojos. El salón se desdibujó. Lanzó una mirada hacia la puerta. Vio un sobre en el suelo, bajo la ranura del buzón.

Se acercó y lo cogió. Vio su nombre en el anverso. No llevaba matasellos. Debía de ser una felicitación navideña con retraso.

La abrió. La postal mostraba un reno en Wilshire Boulevard. Contenía una nota plegada. El doctor Hideo Ashida le desea buenas fiestas.

Ashida había registrado su despacho y encontrado sus anotaciones preparatorias para el jurado de acusación. Ashida las estudió y leyó él mismo los manuales de derecho referenciados. Sin dar ninguna explicación, hacía afirmaciones acerca de un grupo que se comunicaba por radio de onda corta. Patchett, Terry Lux, los Watanabe.

El Dudster no aparecía mencionado. Llamaba a Preston Exley «connivente no quintacolumnista». La nota aportaba aclaraciones sobre el Callejón de la Sangre. Implicaba a Pierce Patchett en los ataques costeros de los submarinos. Empleaba un lenguaje atenuante. Preparaba un guión. Hay que apretar las tuercas a Terry Lux: podría doblarse.

Elíptico. Condenatorio mediante la insinuación. No verificado probatoriamente, sólido indiciariamente.

Le sobrevino un estado de aturdimiento, casi de ebriedad. Tropezó con la consola

de la entrada. Una pila de cartas cayó al suelo.

Las recogió. Agarró felicitaciones navideñas rezagadas en sobres cuadrados. Sobresalía un sobre rectangular.

El remite captó su atención. Compañía telefónica Bell / South Olive 642 / «Respuesta a solicitud oficial de información».

Siempre contestaban por *teléfono*. Nunca por *carta*. Pensaba que contestarían por *teléfono*.

El matasellos era del 23-12. Con la acumulación de correo propia de esas fiestas, se había retrasado la entrega.

Parker abrió el sobre. Por fin: la lista de llamadas salientes del teléfono público.

Miró por encima la primera página. La pared lo sostuvo.

Un solo vistazo reveló *ES ÉL*.

3.21 horas

Ave nocturna. Aves nocturnas, en plural. Estaría despierto. El insomnio de la guerra había adquirido carácter epidémico.

Volvía a llover. La calzada está mojada. Estás aturdido, casi ebrio. Mantén la vista fija en la carretera.

Parker fue a Santa Mónica. Recorrió Sunset hasta Lincoln y enfiló hacia el sur. Había dos cabinas a una manzana de allí. *La* cabina estaba en la acera de enfrente.

Aparcó junto al bordillo. Una valla de alambre de espino circundaba la fábrica. Se acercó a la verja y enseñó la placa al vigilante. Era expolicía. Puso cara de «Sí, el jefe está».

El jefe tenía su propio barracón. Parker se agachó y pasó al otro lado de las redes de camuflaje. Estaba aturdido, casi ebrio. La lluvia lo llevaba.

La puerta estaba abierta. Encontró a Jim Davis arrellanado en un sofá de piel verde. Tenía el despacho repleto de armas expuestas en vitrinas y banderas militares.

Davis llevaba al cinto dos calibre 45 y se hurgaba los dientes con un cuchillo. Era El Cuchillo.

La bandera del sol naciente estaba manchada de sangre. La bandera china estaba acribillada a balazos.

—¿Las cabinas?

Parker asintió.

—Una noche me dejé las llaves en el despacho y me vi en un apuro —dijo Davis—. Como en la verja no había vigilante de guardia, llamé a casa desde esa cabina. Bill Parker a cargo del caso. La cago una sola vez, y me pilla. Supuse que Dudley llegaría aquí antes, y que alargaría la mano.

Parker echó el pasador de la puerta. Davis empujó una silla con el pie. Esta se deslizó por el suelo y golpeó a Parker en las rodillas.

Parker se sentó. Desenfundó la pistola que llevaba al cinto. Davis desenfundó. Colocó sus calibre 45 en el suelo y los apartó con el pie. Toparon con los pies de Parker.

—Era mi caso, más que de Dudley. Debería haber caído en la cuenta cuando surgió lo de Larkin. Constaba en todos los informes sobre los Watanabe, pero nadie se fijó. Llamaban a cabinas de las inmediaciones de la Lockheed, la Boeing y la Douglas. Tú estás al frente de los efectivos policiales de esta fábrica desde el año 38. Eres más fascista que Hitler. Una vez fuimos a cazar codornices. Llevabas un jersey morado.

—Tengo tres jerséis morados —dijo Davis—. Y el caso no es tuyo, es de ese chico, el japo. Si ardo por esto, quiero que sea un japo quien encienda la mecha.

—Lo huelo en ti, Jim. En este asunto todo lleva tu sello.

El despacho apestaba a tabaco empapado en alcohol. Davis agarró una escupidera del suelo.

—Tú eras mi ayudante de confianza. Debo contarte cómo han sido las cosas.

4.09 horas

Ya me conoces, Bill. Adoro la cultura oriental y la raja oriental, pero me doblegué ante la presión eugenésica y me casé con una blanca. Aprendí a hablar el chino en un burdel chino, cosa que representó una ventaja en cuanto a cultura china cuando, de novato, trabajé en Chinatown. Me enganché a la cultura japo cuando Hirohito empezó a armar jaleo, y ya había entregado mi corazón a Hitler en los tiempos del Putsch de la Cervecería. Conocí a un inglés muy simpático, el bueno de Jim Larkin, en un bar a unas manzanas de aquí. Había sido una especie de descifrador de códigos de tres al cuarto durante la guerra del 14, y albergaba un odio bien fundado hacia los rojos y un conocimiento bastante exhaustivo de las raíces judías de la revolución rusa. Jim era todo un japófilo, y se meaba en los vaqueros por llegar a ver una revuelta estilo «Japón conquista Rusia», para compensar toda la política de apaciguamiento y estancamiento de la guerra sino-soviética. Jim me enseñó a leer y escribir en japonés, lo cual fue fácil para alguien que ya dominaba el chino, como era mi caso. La banda empieza a formarse. Date cuenta, Bill. He conocido a Jim, y ya conozco a Preston Exley de mis tiempos en el Departamento de Policía. Ahora bien, a Jim le gustaba el chocho japo, y conocía a un japófilo, un chuloputas en ciernes y supuesto hombre de negocios que se llamaba Pierce Morehouse Patchett. Pierce era químico de formación, con especial interés en la eugenesia y la química asiática. A decir verdad, era drogadicto, y complementaba sus actividades proporcionando raja japo a los marineros y los infantes de Marina en San Diego. Si algo es rentable e ilícito, Pierce lo ha hecho o se lo ha planteado, pero yo no acababa de fiarme de él. Para mi gusto, era demasiado igualitario. Era demasiado

populista y se enfrascaba en conversaciones extrañas. Hablaba sobre la ciencia de la raza con toda esa patulea de entusiastas de la salud hindú y la beneficencia, incluido ese rojo forfofo de la eugenesia que tiene la consulta justo al lado de su despacho. Me refiero al doctor Saul Lesnick. Su objetivo era construir seres humanos perfectos para combatir a la bestia fascista. Como yo soy la bestia fascista, no trago al bueno de Saul, pero Pierce el P lo adora.

A Preston no le interesaba la política. Corre el año 1937, y hay mucha agitación en la derecha, pero a Preston todo eso le trae sin cuidado. Se queda al margen, pero Jim, Pierce y yo somos fascistas a ultranza. Están América Primero, los Camisas, la Federación, los Víboras Cobrizas, la Legión Relámpago. Yo soy un personaje público, y por tanto no me muestro tan fervoroso como Jim y Pierce, quien siempre me ha parecido un individuo descuidado y poco diplomático, cosa que es mucho decir viniendo de alguien como yo.

Nos enredamos en hermandades japos con nombres que ningún hombre blanco, como no sea yo y algún otro como yo, puede pronunciar. Así conocimos a Ryoshi Watanabe. Por entonces Ryoshi era el fascista ichiban número uno del puto hemisferio oeste. Yo sigo apreciando a los chinos, pero los chinos odian a los japos. No es que sienta confusión o ambivalencia; sencillamente voy con el espíritu de los tiempos, si es que eso sirve de algo. Ryoshi es un excolaboracionista, y su hijo Johnny es un procolaboracionista de segunda generación, para consternación de Ryoshi. Ryoshi tiene una cicatriz de una herida de cuchillo que lo dice todo, y nuestro amigo Jim Larkin, el excolaboracionista, tiene una igual. Los colaboracionistas celebraban un ritual, Bill, y los blancos civilizados como tú probablemente no acabarán de creérselo. Combaten entre sí con cuchillos impregnados de veneno para ver quién sobrevive, cosa que Jim y Ryoshi hicieron unas cuantas veces. Los colaboracionistas eran ruidosamente projapos y antichinos pese a su ascendencia mestiza. Por eso consideraron el fascismo japonés la vanguardia del nuevo orden racial asiático. Los colaboracionistas eran encarnizadamente antitongs, porque los tongs eran encarnizadamente antijapos y representaban un desafío para la hegemonía del Japón entre los pueblos de ojos oblicuos. Lo entiendes, ¿no, Bill? El mundo está metido hasta el cuello en el caos económico, y algunos visionarios con tendencia al alboroto y los rituales estrafalarios ven una escapatoria. Los colaboracionistas reclaman su derecho a usurpar el lugar de los tongs y adueñarse de sus negocios turbios, y el medio elegido es la táctica del terror. ¿Qué te parece eso como ritual? Matemos a chinos con cuchillos impregnados de veneno, violemos y matemos a los miembros femeninos de las familias de los jefes tong, vivamos de puertas afuera en armonía y colaboración entre las razas. ¿Te suena de algo, Bill? ¿Ese asesinato múltiple de Griffith Park? Me juego lo que sea a que Dude S. y Ace K. mataron a los chicos que violaron y mataron a la sobrina de Ace.

Así que Jim, Pierce y yo nos enredamos con los Watanabe. Tenemos a nuestros jóvenes auxiliares: Johnny y Nancy W., y el soplón nazi del Dudster, Huey

Cressmeyer. Huey es la excepción en medio de todo esto, y procuré que Jim, Pierce y yo nos mantuviéramos lo más lejos posible de él por su estrecha relación con Dud S. Somos todos una familia de mentalidad afín. Pierce tiene sus planes inmobiliarios y su cuadra de chochos japos y vende réplicas de cuchillos feudales a los colaboracionistas de toda la costa. Les enseñé a los dos a eliminarse las huellas dactilares con ácido para evitar la identificación, cosa que hicieron sin pensárselo dos veces. Yo soy el célebre exjefe de policía, que acabó crucificado por el jurado de acusación judío local y castigado por cepillarme un chocho menor de edad en Ventura County, así que mantengo la cabeza gacha aquí en la Douglas como jefe. Larkin corrompe a menores con su pasatiempo del «Club Ciclista de Santa Mónica» y escribe panfletos desde todas las perspectivas, y en alemán y en japonés. Hay dinero de por medio, pero yo no invierto. Ahí admito cierta falta de vista. Bill, reconozco que me dejé llevar un poco. Sé que la guerra es inevitable, y creo firmemente que ganarán los chicos del Eje. Gano algo de dinero acumulando y cambiando con Ryoshi, los colaboracionistas y los chicos de la Deutsches Haus. Me entra el afán por los yenes y los marcos, porque sé que se acerca la guerra y ganarán los buenos como tres y dos son cinco.

Pero la mierda tiene cierta tendencia a dispersarse, Bill, sobre todo cuando se juntan el dinero y la ideología. Porque Preston conoce a un agente federal muy espabilado que se llama Ed Satterlee. Ed dice que los federales están elaborando expedientes de japos quintacolumnistas de esta zona, porque los federales planean redadas cuando estalle esta inevitable guerra. Preston es un importante promotor inmobiliario y un magnate de la construcción, y Pierce ha hecho dinero con las transacciones inmobiliarias. Pierce es químico y conoce los métodos de tratamiento del suelo. Preston construyó la autovía de Arroyo Seco y siempre ha tenido el anhelo de construir más accesos, con centros comerciales adyacentes para llenar el hueco entre la ciudad de Los Ángeles propiamente dicha y Pasadena. Pero resulta que esta guerra inevitable y este inevitable encarcelamiento masivo avivan sus ideas no fascistas pero sí utilitarias. Me conoce a mí, conoce a Pierce, ha conocido a Jim Larkin. No sabe nada de la familia Watanabe. Pero se le ocurre un plan para comprar casas de japos colindantes a la autovía y tierras de japos en el extremo oriental del Valle, para llevar a la práctica su plan de la autovía y complementarlo con el plan local de internamiento de japos, al margen de los proyectos del gobierno federal.

Llegamos al año 40, Bill. Todo el mundo sabe que se avecina la guerra. Preston es un individuo que no se anda con rodeos, y manda a Pierce y Jim, ambos con dominio del japonés, a hablar a las claras con los japos que podrían estar interesados en desprenderse prudentemente de sus propiedades. La guerra se acerca, estás jodido. Te meterán en la cárcel, se incautarán de tus casas y tus tierras. Esta no puedes ganarla, Tojo. Pero te enviaremos plata mientras estés en el trullo. Estas son tus opciones: dejarte joder bien jodido por el Tío Sam, o dejarte explotar

prematuramente por nosotros a cambio de ayuda encubierta. Tú y Dud habéis descubierto casi todo esto, Bill. De eso estoy seguro. Encontramos japos cerca de la autovía y japos agricultores con propiedades que vender, pero algunos se niegan. Traemos a Carlos Madrano y su legión de espaldas mojadas y empezamos a joder las tierras, para poder construir accesos de la autovía y campamentos-prisión. Se aplaca la conciencia no fascista de Preston, lo cual es un imperativo financiero. Él es el pez gordo de la construcción en este estanque nuestro, y nos conviene tenerlo contento. Sí, apreciamos a los japos, pero en su mayoría no son fascistas a ultranza como nosotros. Un pavo es un pavo, y ante todo somos estadounidenses.

La ideología y el dinero forman una extraña pareja. ¿Sabes cómo se dice «prostituta» en japonés? Sinochingo Nocomo. Lo que Preston necesita ahora es un enfoque desde el que vender su proyecto de campamentos-prisión dentro del proyecto de campamentos-prisión a nuestros capitostes municipales y los federales. El enfoque de la autonomía y el fomento de la economía local es un gancho para Fletch Bowron, pero Preston necesita otro elemento para atraer a J. Edgar Hoover. ¿Sabes quién se lo da? Saul Lesnick, que ha estado enfrascado en conversaciones sobre eugenesia con Pierce el P y un médico chino llamado Lin Chung.

El elemento en cuestión es la eugenesia. ¿Lo captas, Bill? Alojamos a los japos mejores, los japos más listos, los japos más robustos, y los estudiamos para establecer qué los diferencia de nosotros. Eso se le ocurrió a Lesnick. A Hoover le encantó. Hoover detesta a los judíos y los rojos, Lesnick es un rojo judío y un topo de los federales, pero el populismo no es más que el gran plan común. ¿Se reducirá a estudios sobre la tortura y métodos para reconectar cerebros de japos a las zarpas de uómbats feroces? Dímelo tú, Bill. Volveremos a reunirnos en algún momento del 43 para hablar del asunto.

Bien, pues, todos sabemos que la guerra se avecina. Formamos un corrillo con nuestras radios de onda corta, excepto Preston, que no sabe ni un carajo de ondas cortas. Pero Jim Larkin tiene cierto amigo japófilo, Terry Lux, que dispone de un aparato de onda corta de tamaño mayúsculo y que le operó la nariz a una de las amiguitas japonesas de Jim. Nuestros planes se están cociendo. Vamos a destruir los cultivos y el mantillo y vender aceite de gamba enlatado y cristales a los envasadores japos que quieren matar a estadounidenses blancos. Ya sé que estuviste presente en el abordaje del pesquero, Bill. Nuestros amigos colaboracionistas y nuestros amigos del almacén se te adelantaron. Sé que en realidad lo tuyo no es la investigación, pero veo que me sigues.

Todo se redujo a las radios, al final. Estamos Pierce, Jim, Terry, yo. Jim enseña japonés a Terry. Todos seguimos de cerca los preparativos para la guerra en japonés. Ryoshi apareció por ese cauce. Se conocía todas las frecuencias codificadas de la Marina japonesa.

Nuestros planes se propagan. ¿Tienes un antojo de gambas rebozadas en cristales? Ya sabes a quién ir a ver. Preston está en la sombra. Terry vive pegado a su radio y

poco más, porque está muy ocupado chupando la sangre a los adictos de la alta sociedad. Ed Satterlee nos mantiene informados sobre las posibles redadas. Pierce planea operar a putas para que se parezcan a estrellas de cine, y Terry reflexiona sagazmente al respecto. Pierce y Terry financian a los pueblos colaboracionistas. Eso es una transgresión de los códigos de lealtad japoneses, pero Estados Unidos es una democracia, aunque no nos guste. Los habitantes de esos pueblos blanquean dinero y venden esas excelentes gambas con cristales. Entretanto, basta con que sintonicemos nuestras radios para oír las últimas noticias militares en clave, directamente de fuentes de la Marina japonesa. Seguimos en 1940, Bill. Y entra en escena un personaje draconiano que se llama Hikaru Tachibana.

Yo sentía afecto por Tachi, pero el muy soplapollas era un espía japo de los pies a la cabeza. La poli de Santa Mónica trincó a ese amarillo a un paso de aquí, en Lincoln Boulevard. Llevaba encima una minicámara Minox de espía, por lo que se inició su proceso de deportación. Le pagué la fianza discretamente y lo convertí en mi espía. Yo había empezado a pensar que Ryoshi W. no era precisamente un fascista fervoroso y no era precisamente leal a nuestra pequeña camarilla. Como si fuera un judío, nos exigió más dinero del que queríamos pagar por su casa y sus tierras, lo cual no nos sentó nada bien, porque nosotros lo habíamos elevado eugenésicamente al rango de Hombre Blanco Sagrado y teníamos un gran concepto de él. Le conseguí un empleo a Tachi en la granja de los Watanabe, en algún momento a mediados del 40. Vino a darme el parte y confirmó mis sospechas de que Ryoshi en efecto se andaba con medias tintas.

Había que coger con pinzas todo lo que decía Tachi, Bill. Era temperamental y caprichoso, y le iban las menores aún más que a mí. Chuleaba a putas callejeras y vendía marihuana a chicos de instituto, cosa sumamente inmoral para alguien que suscribe el código del honor samurái. Dicho esto, admito que dejé correr las cosas durante un tiempo, porque todos disfrutábamos de los preparativos militares de los japos, gratamente a nuestra disposición a través de nuestros aparatos de radio. Eso por un lado, y por otro yo sentía afecto por Tachi. Hasta el verano del 41, cuando todos llegamos a la conclusión de que había dejado preñada a Nancy Watanabe.

Aya se enteró de que Nancy estaba embarazada, y se lo dijo a Ryoshi. Ryoshi nos lo soltó a Pierce y a mí. Llegamos a la conclusión de que tenía que ser Johnny, porque Johnny perdía el culo por Nancy y le contó a Pierce que le daba somníferos y se la follaba con condones, porque no quería hijos mongólicos. Ryoshi dio una paliza a Johnny y determinó que él no era el papá de la criatura, así que nuestras sospechas recayeron en Huey Cressmeyer. Ryoshi apretó las tuercas a Huey. Huey dijo que un colaboracionista mexicano japonés andaba alardeando de haber dejado preñada a Nancy. Terry Lux le hizo un análisis de sangre a Nancy y a Huey y exoneró a Huey. Sospechamos de Tachi y pedimos a Terry que le hiciera un análisis. Terry comparó el grupo sanguíneo de Tachi con el del cigoto de Nancy. El precio del pecado es la muerte, Bill. Johnny y yo despachamos a Tachi. Lo apuñalamos con cuchillos

impregnados de veneno y echamos a ese amarillo a un pozo de la granja. La cuestión era esta, Bill. Yo estaba enamorado de Nancy. Ryoshi ya me la había vendido. Ella se había comprometido a ser mi concubina, pero yo aún no me la había cepillado. Pensábamos vivir juntos en Tokio o Los Ángeles, según quién ganara la guerra. No me mires con esa cara, Bill. Ya sé que tenía dieciséis años, pero estaba dispuesto a esperar, pese a que ya era mercancía de segunda mano.

Llegamos ya al otoño del 41. Nuestras actividades progresan, y todos tenemos nuestros pequeños proyectos. Pierce es un descuidado. Ronda por todas las frecuencias de onda corta, de palique con sus contertulios fascistas, mientras que yo tengo mi propia frecuencia en la fábrica bloqueada por medio de un transistor simulado. Pierce se toma un café con el doctor Lesnick en cuanto se le presenta la ocasión, porque sus oficinas están puerta con puerta. Eugenesia, Bill. Lesnick en el fondo de su alma es un nazi aficionado a la beneficencia, judío o no judío. Quiere construir seres humanos más eficaces, y sabe que eso conlleva trabajo de laboratorio. Aspira a crear Übermenschen con la polla gigante de un negro, el cerebro de un judío, la astucia de un japo, la resistencia de un ruso a la enfermedad y la buena presencia nórdica. No te lo vas a creer, Bill: Lesnick dejaba escuchar a Pierce a escondidas en sus sesiones psiquiátricas, y el bueno de Saul siempre anda inculcando la ciencia de la raza a sus pacientes.

Bien pues, este otoño las cosas progresan. Estamos pegados a nuestras radios, y sabemos que los japos van a bombardear Pearl Harbor. Pierce tiene contactos con el Servicio de Inteligencia Naval y con las compañías de transporte de mercancías, y transmite a la Marina japo y a nuestros amigos colaboracionistas información sobre fletes de pertrechos. La Marina japo y los colaboracionistas se odian mutuamente, pero a nosotros nos da igual. Lo único que queremos es más destrucción. ¿Y los ataques de los submarinos a los cargueros ante la costa? ¿Pregonados en los periódicos? Se debe todo a la información facilitada por Pierce el P. ¿Y esos japos que se fugaron de Terminal Island? Pierce les proporcionó dinero, fichas para teléfonos públicos, datos sobre dónde esconderse y toda la pesca. Financió la puta fuga de principio a fin, y esos hijos de puta se dirigían al sur para enlazar con un submarino en Colonet, México, cuando vosotros los polis los liquidasteis en el Callejón de la Sangre.

Algunos somos temerarios, otros somos cautos. Yo tengo la frecuencia bloqueada; Pierce y Terry, en cambio, están continuamente en las ondas. Cada vez que estoy en el aire, Jim está en el aire. Él tiene un aparato de onda corta escondido en un garaje cerca de la clínica de Terry en Malibú. Las cabinas se usan a todo tren, lo cual fue una medida de seguridad que se me ocurrió a mí. En medio de todo el jaleo previo a la guerra, veo que Ryoshi y Jim empiezan a tener sus dudas en cuanto a la guerra en general y a Pearl en particular. Yo me temo que pasen el soplo del ataque y jodan la historia mundial hasta el fin de los putos tiempos. Yo soy un hombre optimista, Bill. Lo mío es dejar hacer. Vamos a entrar en guerra. Si los japos y los boches ganan,

estupendo. Ídem de ídem si gana Estados Unidos. Paso ratos con Nancy. Quiero que traiga a ese niño al mundo, para tener un hijo japo de pura sangre con quien hacer el ganso, pegar tiros y jugar a corre que te pilló. Pero entonces ella me la juega y aborta con un curandero mexicano de Tijuana. Decido que toda la familia tiene que desaparecer, e ídem de ídem ese hijo de puta inglés, Jim Larkin. Hay un doble motivo, Bill. Está la venganza por el aborto y está mi lealtad al esfuerzo bélico japonés.

No sé exactamente cuándo van a atacar Pearl los japos, Bill. Para serte sincero, me he pasado todo el otoño macerándome en bourbon e hidrato de terpina. Saul Lesnick vendía anestésico de dentista a base de cocaína a Pierce, que me dejaba meter la napia tanto como me apeteciera. Le dije a Pierce que los Watanabe tenían que desaparecer, y estuvo de acuerdo conmigo. Preparo una infusión venenosa que los trastocaría antes de que yo hundiera la hoja, y repartió el polvo en bolsitas. Fijé la fecha, el 6 de diciembre, y compré las espadas en una tienda de curiosidades de Alameda. Pero me olvidé de comprar las vainas para completar el engaño. Aquel fatídico día yo estaba confuso, Bill. Había fijado la fecha, y entonces va y capto por la radio la información de que los japos van a atacar Pearl a la mañana siguiente. Jim me dijo que iba a llevar a los chicos del club ciclista de excursión a San Berdo el domingo al amanecer, así que decidí zanjar todos mis asuntos, marcharme a casa, dormir la mona y estar despierto y bien despejado para cuando se supiera la gran noticia.

Así pues, voy a Highland Park, pero en el camino me entran las dudas. Paro en una cabina de Figueroa, llamo a Pierce para que me dé ánimos. «¿Puedes venir a mirar, socio? ¿Solo por el aspecto eugenésico del asunto?» Pierce no accedió, porque tenía entradas para el partido entre los Trojans y los Bruins en el Coliseum, pero me dijo que telefonara a Saul Lesnick, porque el bueno del judío podía ponerse a cien con un seppuku múltiple. Así que telefoneé a Saul, y dijo que intentaría pasarse por allí, y yo fui a la puta casa de los Watanabe con las ideas no poco revueltas. Por suerte para mí, estaba allí toda la familia y se mostraron receptivos a la idea de tomar un buen tazón de una infusión «especial», proporcionada por su Kamerad blanco, Jim de la Selva Davis. Yo estaba grogui, ellos acabaron groguis. La infusión les provocó náuseas, y se vomitaron encima. Los obligué a cambiarse de ropa, cosa que hicieron en ese estado de aturdimiento. Dije a Ryoshi que escribiera esa nota del «inminente apocalipsis» en kanji en la pared, refiriéndose al internamiento que se avecinaba. Ryoshi lo hace, y entonces aparecen Saul Lesnick y Lin Chung en la puerta de atrás, y yo por poco me cago por la pata abajo, porque ya no me acordaba de que había llamado a Saul, y encima él va y se trae a su amigo chino, para poder ver al exjefe de la policía de Los Ángeles, James Edgar Davis, alias «Dos Pistolas», cometer un asesinato múltiple en primer grado.

Pero Saul y Lin eran cautos, cosa que agradecí. Dejaron los coches en Figueroa y vinieron a pie, pegados a la alambrada de la autovía, así que nadie los vio. Me

dijeron que necesitaban un rato para armarse de valor antes del espectáculo, y se quedaron junto a la alambrada, fumaron unos cuantos pitillos y pensaron: Bueno, esto no nos lo podemos perder.

Ryoshi, Aya y los chicos estaban tan groguis que apenas advirtieron la presencia de Saul y Lin, allí presentes para observar desde el punto de vista científico todo ese episodio y catalogarlo desde sus perspectivas divergentes. Así que digo «Disculpádmelo», salgo corriendo al coche y cojo las espadas, todas envueltas en una manta. Saul y Lin miran desde muy cerca, se descalzan, por la absurda idea de que los zapatos pueden dejar huellas. Cuanto más me acerco al momento, más borroso se vuelve todo. Pero los obligo a tenderse en el suelo del salón, y saco mi cuchillo feudal y los destripo, desde el vientre hasta el esternón. Entran en convulsiones y mueren, y hay sangre por todas partes, y Saul la pisa, se le mojan los calcetines, se los quita y sube corriendo al piso de arriba hecho un manojo de nervios. Limpio la sangre de las espadas y las coloco sobre los cuerpos, pero me había olvidado de las vainas y toda esa mierda del ritual japo necesaria para representar convincentemente un seppuku. Lin Chung mantuvo el tipo, observó y me hizo preguntas sobre mi estado mental, cosa que me cabreó, porque él no era precisamente ese judío rojo, Sigmund Freud, y yo no era una neurasténica. Dije a Lin y Saul que se largaran y me dejaran solo, así que salieron pitando por la puerta de atrás. Lavé la ropa vomitada y la tendí a secar, y busqué el escondrijo donde Ryoshi tenía la radio de onda corta, pero, joder, no encontré una mierda. Me quedé mirando los cadáveres, hablé con ellos, me limpié y salí por la puerta al amparo de la noche. Está todo muy borroso, Bill. Me echo una cabezada, despierto, acudo a ese aviso de tráfico y largo un rato contigo, justo allí en el cruce de Wilshire con Barrington. Después de la charla con mi viejo amigo Bill Parker, voy a Valley Boulevard, donde atropello a mi viejo amigo Jim Larkin. Luego me marchó a casa a dormir la mona, y mi mujer me despierta y dice: «Jim, los japos han bombardeado Pearl Harbor».

Así pues, el Departamento de Policía se ocupa del caso. Dudley Smith está al frente, y es el blanco más listo del planeta, está a tu altura. Contengo la respiración. Luego Dud se entera de la apropiación de tierras, luego el proyecto de Pierce y Terry de las operaciones para convertir chicas en estrellas de cine alza el vuelo, luego Dud y Ace Kwan maquinan sus propios proyectos afines, que Lin Chung transmite a Pierce. Luego Dud cuenta los proyectos a Terry, y Terry hace extrapolaciones y enloquece con la idea y se comunica por radio con la Marina japonesa: podemos introducir a japos en la Quinta Columna, y todos los blancos de Los Ángeles pensarán que son chinos. En un visto y no visto Dud y Ace se enzarzan en una guerra de ofertas con Lin Chung, y tú llamas a mi puerta, porque yo, borracho y perezoso, telefoneé a mi casa desde una de nuestras cabinas de fascistas a ultranza.

Davis se interrumpió. Estaba pálido. Rayaba en verde.

Cayeron diez millones de alfileres. Parker cogió las armas del suelo y las descargó.

—Tengo insuficiencia cardíaca, Bill. No viviré hasta el día del Armisticio, sea quien sea el ganador de la guerra. No superaría el procesamiento ni llegaría a la cámara de gas en lo que me queda de vida.

—¿Estás lúcido, Jim? —dijo Parker—. ¿Ves cosas que no existen? ¿Hablas con personas que no están presentes?

—Eso te pasa a *ti* —dijo Davis—. No a *mí*. Y nada de manicomios. Yo no soy el Hombre Lobo, y no iré por ese camino. Solo hay dos maneras de resolver esto. La primera es que el capitán William H. Parker, antiguo ayudante y lacayo del ampliamente difamado exjefe de la policía de Los Ángeles, sale de aquí con el exjefe esposado y lo pone en manos del fiscal. Este es el primer mes de un asombroso conflicto mundial, y el exjefe Davis es justamente acusado del horrendo homicidio de cuatro japos, dos de ellos mujeres. Es la noticia más sensacional del siglo, el poco prestigio que ha acumulado el Departamento de Policía de Los Ángeles desde que defenestraron al exjefe Davis se va a pique, y el mandato del exjefe Davis como jefe se examina con lupa. El hecho recibe gran difusión. El esbirro del exjefe Davis era un papista mojigato y alcohólico llamado Bill Parker, un hombre implacable de una ambición desmedida que siempre ha sacrificado sus ideales necios ante la menor posibilidad de promoción personal o profesional. Bill Parker es la mayor víctima secundaria del proceso contra Jim Davis por asesinato en primer grado. En el juicio, el extravagante Davis acusa al Departamento de Policía de Los Ángeles con la sobrecogedora claridad de un hombre que lo ha visto y hecho todo, y lo ha hecho con hombres que siguen al servicio de ese Departamento de Policía. Tú serás el primero, Bill. Tengo una declaración jurada y firmada por tu exesposa en la que te denuncia por malos tratos. Jack Horrall será el siguiente. Tengo una grabación en la que Brenda Allen le hace una mamada. Durante mi mandato planté micrófonos en la sala privada del Mike Lyman's. Tú saltas, Thad Brown salta. Para cuando yo acabe, el jefe de policía será un negro del Congo Belga. Se reduce a eso, Bill. Si me entregas, os daré por el culo a ti y al Departamento de Policía de Los Ángeles de tal manera que se oirán los gritos desde Tokio y Berlín. He aquí tu segunda opción, Bill. Sales de aquí ahora, le rezas unas cuantas oraciones a ese malvado Dios tuyo, ese soplapollas de la Roma papal, y luego te la cascás mirándote en el espejo y deseando a unas cuantas universitarias a las que no tienes los cojones de abordar. ¿Me entiendes, *papa-san*? Maté a cuatro japos el día anterior a Pearl Harbor, y hacerme pagar por ello tiene un coste mayor de lo que vale. Estoy aquí tan ricamente porque tengo la historia de mi lado.

Parker se puso en pie.

Davis dijo:

—Largo, Bill.

Parker salió a la lluvia.

9.32 horas

Hora del té. Servicio para tres.

Proporcionado por Ace Kwan. Se distendían en el cubículo de Dudley. El té de él estaba alegrado con benzis. No así el de Beth y Tommy. Tommy leía la versión en braille del *Herald*. El titular ¡EL JURADO DE ACUSACIÓN ACEPTA LOS CARGOS CONTRA EL HOMBRE LOBO! lo asombró.

Beth comía galletas de almendras. Dudley fumaba y danzaba al son de las benzis. Hojeaban catálogos. Phelps-Terkel ofrecía uniformes a medida. Bullock's Wilshire anunciaba su línea femenina.

—El azul es el color de Claire, pero no es una tonalidad invernal —dijo Beth—. En México no hará mucho frío, así que debería preferir los vestidos a los trajes.

Dudley no podía lamentar lo de México. Sus pérdidas le sabían a victoria. Hideo fue toda una revelación.

—¿Puedo sacarme una foto con el Hombre Lobo, tío Dud? —dijo Tommy—. Yo no la veré, pero a mis amigos del trabajo los impresionará.

Cuánta bondad. Cuánta gratitud.

—Cómo no, muchacho —dijo Dudley—. Lo organizaré inmediatamente.

Se acercó Lláname Jack. Estaba pálido. Rayaba en verde.

—Carlos Madrano ha muerto. Su coche voló en la carretera de la costa, al sur de Ensenada. Acabo de ver el teletipo. Tiene algo que ver con los japos.

—Lo echaré de menos —dijo Dudley—. Era un fascista magnífico.

9.35 horas

—No sabemos adónde lo enviarán —dijo Littell—, pero no será hasta finales de febrero. Entretanto Dudley Smith ha conseguido un alojamiento agradable para usted y su familia. Tendrán una *suite* con tres habitaciones en el Biltmore, todo de balde. Los hermanos de Mike Breuning trabajarán en sus tierras hasta que ustedes salgan. Seguirá ingresando la paga y conservará su antiguo empleo. Dudley lo ha acordado con Jack Horrall.

Estaban en la escalera de incendios. Ashida recorrió el salón con la mirada. Akira guardaba cosas en cajas. Mariko dormitaba en el sofá.

Alguien silbó, al este. Ashida localizó la procedencia. Elmer Jackson vigilaba en la azotea vecina. Agitó la escopeta.

—¡Eh, Hideo! —saludó a voz en grito.

—¡Eh, Elmer! —contestó Ashida a voz en grito.

Ashida pensó: *SOY ESTADOUNIDENSE.*

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / SÁBADO, 27 DE DICIEMBRE DE 1941

9.42 horas

Brenda me facilitó la dirección, pero se abstuvo de presentarme. Habría sido violento. El marido pedía jovencitos a un servicio de chicos de compañía dirigido por un amigo de Brenda. Aquello era Los Ángeles. Todo el mundo conocía a alguien importante, y esencialmente en un contexto ilícito. Yo tenía un nombre que mencionar. Ella picaría el anzuelo o no. Me acerqué a la puerta y llamé al timbre.

Las pisadas que se acercaron eran de *Ella*. Zapatos de tacón armado sobre madera noble. ¿Qué es esta interrupción no solicitada?

Bette Davis abrió la puerta. Vestía una camisa a cuadros, pantalón vaquero y botas de montar. La expresión era *antipática*. Ahí no surtirían efecto las palabras amables. Dije:

—Dudley Smith.

Se quedó de una pieza. Su expresión pasó de antipática a «Joder». Dijo:

—¿Usted quién es, y qué espera conseguir mencionando ese nombre?

—Me llamo Kay Lake, y no pretendo conseguir nada —dije—. Espero que las dos podamos beneficiarnos, o al menos obtener cierto grado de alivio, a partir de una conversación.

Mantuvo la puerta abierta.

—Puedo concederle unos minutos —dijo, y se apartó para dejarme pasar.

Señaló dos butacas semejantes a tronos. Significaba «Siéntese, usted».

La seguí y obedecí. «Hecho, ya está». Se alejó hacia el fondo de la casa.

Que era poco acogedora y concebida desde el exceso. Vigas grandes y muebles demasiado grandes. Demasiada madera oscura. La casa de una baronesa británica... y un airedale revoltoso brincando hacia mí.

Lo abracé y lo mantuve a distancia; hizo caso omiso de mis invitaciones a *sentarse*. Deseaba toda mi atención y parecía saber lo cautivador que era. Me rendí y me volqué efusivamente en él.

La señorita Davis volvió y reanudó su interpretación. Estaba áspera, pero ahora tratable. Sostenía en equilibrio una bandeja de peltre como la camarera de un autorrestaurante, y se abatió sobre mí. Colocó la bandeja en una mesa junto a nuestros tronos. La baronesa, su peticionaria. La jarra de peltre y los cuencos. El

atrezo camuflaba su frivolidad. Se moría por saber qué tenía yo que decir.

Llenó los cuencos de ponche de ron. Abrió una caja de peltre y señaló un mechero de peltre. Encendí un cigarrillo y me recosté en mi trono; la señorita Davis hizo lo mismo. El airedale subió de un brinco a una otomana y se durmió.

—Dudley adoraba a ese perro. Ciertos hombres se comportan con los animales de una manera peculiar. Experimentan cierta regresión. Dudley *besaba* al perro, cosa que a mí me desconcertaba.

Tomé un sorbo de grog.

—Vivo en un mundo de policías. En cierto sentido ese mundo me ha seducido. Esa es mi carta de presentación en cualquier conversación acerca de Dudley Smith.

La señorita Davis encogió las piernas sobre el asiento del trono. Puso un cenicero de peltre en una repisa entre las dos.

—Yo sé bien lo que es la seducción, como quizá usted ya imagine. Creí adivinar qué clase de hombre era, y luego me convencí de que lo conocía y podía circunscribirlo a los límites que impongo a mis hombres. Ahí me equivoqué, y nunca volveré a verlo. Lo cual no significa que haya dejado de obsesionarme.

—No me ha pedido explicaciones sobre mi carta de presentación —dije—, ni me ha preguntado si mi visita tiene un objetivo concreto.

—¿Por qué iba a hacerlo? Usted me ha importunado de una manera ingeniosa, y su planteamiento atrae momentáneamente mi atención. Es una mañana fresca de sábado, y estamos de charla. Vamos a pillar una curda y a tomarnos demasiadas confianzas, porque la guerra ha autorizado esas conductas indecorosas. Su preámbulo ha sido más que suficiente.

Tomé un sorbo de ponche. Ron oscuro, Pernod, zumo. Pellízcame: ¿de verdad estoy aquí?

—Hábleme de la relación entre usted y Dudley Smith, por favor.

—El miércoles por la tarde ese hombre se indispuso en esta casa —dijo la señorita Davis—. Empezó a delirar y murmuró ciertas cosas en sueños.

10.26 horas

No fue una revelación rápida. Supe por qué, al instante. La señorita Davis estaba ociosa. Se sentía sola y necesitaba un público; sabía que podía mantenerme embelesada, en mi butaca de primera fila. Me pediría que hablara, a su debido tiempo. Prescindiría de las llamadas telefónicas y otras intrusiones, tales como su marido y cualquier amante que pudiera tener comiendo de la palma de su mano. Yo esperaba una autobiografía, y eso obtuve.

La señorita Davis, la ingenua de Broadway. Se enemista con su familia y se abre paso hasta la Gran Ciudad. Los años veinte. La Prohibición. Los intelectuales judíos, deseosos de follársela. George Gershwin lo consigue. Pobre George. Puede que fuera

maricón o puede que no. Ella está presente en el estreno en el Carnegie Hall del *Concierto para piano en fa*. Fuma hachís con Scott Fitzgerald y un día aparece llorando en la catedral de San Juan el Divino. Presencia un desfile del Primero de Mayo que se salda con tres muertos. Está frente a la cárcel cuando fríen a Sacco y Vanzetti. Permanecí en silencio, con mirada serena. No hice el menor intento de entrometerme en su monotema: ella misma.

Las anécdotas prosiguieron. El día transcurrió en un largo monólogo. Pasamos de una habitación a otra. La señorita Davis sacó unos creps y los frío para preparar unas enchiladas rellenas de huevo. Cada uno de sus movimientos era elegante y estaba estudiado para afectar despreocupación. Me enseñaba a actuar en el mundo. La baronesa y su protegida. Sabía que yo la observaba y creía que la imitaría durante el resto de mi vida. La señorita Davis carecía de perspicacia y sobresalía en técnica. En eso era todo lo contrario de Claire De Haven. Claire acogía el dramatismo y lo utilizaba solo como un enfoque para su feroz asignación de tareas.

Bebimos grog, fumamos y nos quedamos al borde de la curda. La señorita Davis no tenía más que una historia que contar: la suya propia. Esta carencia se impuso a la novedad y empezó a cargarme al cabo de un rato. Me resistí a su historia, pese a su consumada seducción. Vi en qué medida ella era presa del *Glamour* y con qué obcecación lo reconstruía como la Gran Aventura Amorosa de la Vida. Su Forzada Marcha a Hollywood. Sus Conquistas de Hombres Famosos, todos más débiles que ella. Sus Trifulcas con los Magnates de los Estudios y los Directores.

Se prolongó a lo largo de la noche y dos botellas de vino tinto acompañando un *coq au vin*. El airedale aparecía a intervalos encantadores. En cierto momento trajo a la baronesa una ardilla recién cazada. Muy servicial, limpié el pringue mientras Dudley Smith asomaba elípticamente. El perro me recordaba a él. La señorita Davis era puro artificio, salvo por su miedo y su rabia. Era el miedo a la nada y la rabia ante la perspectiva realizada. Era su apetito de hombres en conflicto con su necesidad de organizar todos los momentos de su vida. Dudley Smith la aterrorizaba. Era la brutal página en blanco de su inconsciente y había escapado a su comprensión. Los dos habían abierto brechas en sus respectivas fachadas.

La señorita Davis va a Hollywood. La señorita Lake va a Hollywood. La estrella de cine, la camarera de autorrestaurante ligera de cascos. Estuvo en el estreno de *Lo que el viento se llevó...* y casi entró en el reparto y deberían haberle asignado el papel de Scarlett O'Hara. Yo asistí a la primera proyección pública y todavía guardaba el resguardo de la entrada en el bolso.

Mi visita se alargó hasta altas horas y continuó hasta el amanecer. Caí en la cuenta de que ella había hecho eso mismo muchas veces. Se sentía sola y se aburría de todas las personas presentes en su vida. Necesitaba un público nuevo. Alguien podía ofrecerle un nuevo reflejo perfecto. Eso le permitiría ser una persona menos furiosa y menos arrogante.

Me proporcionó la vía de entrada. Fue su crítica a Victor McLaglen en *El delator*.

Le dije que Dudley Smith me recordaba a McLaglen, este en versión sofisticada.

Entonces me lo contó. Lo presentó como una Anécdota de Bette Davis. La señorita Davis y su Amante Demoníaco. Su mano infectada, su delirio, la médico abortista de los estudios cinematográficos que ella mandó llamar. Lo había invitado a su casa para tirárselo una última vez y luego expulsarlo. En la puerta cambió de idea. Él se desplomó y habló en sueños.

¿Qué dijo, señorita Davis? Cuéntemelo, por favor. Veo que eso la alteró.

Dijo que oyó confesar a Dudley. Balbuceaba en latín católico e inglés. Sus palabras le causaron consternación.

Extorsión y robos. Asesinato. El homicidio que escapó a su comprensión: *Porque Lo Causó Ella.*

—Hubo una fiesta en homenaje a Ben Siegel, hace poco más de dos semanas. Fue en el Trocadero. Yo tengo allí una habitación, encima del club.

Sí, señorita Davis. ¿Y entonces?

—Pasé allí la noche con Dudley, y antes de dormirme hice una broma inocente. Dije: «Hazme el favor de matar a un japo por mí». Al día siguiente leí el periódico, y allí salía la espantosa noticia de aquel japonés a quien mataron a tiros en una cabina. Dudley confesó el asesinato en sueños.

En ese momento la señorita Davis rompió a llorar. Fue la culminación de su interpretación. Deseaba que la abrazaran, así que la abracé. Pensé en mi máscara kabuki y oí música japonesa. Abracé a Bette Davis y la dejé sollozar junto a mí.

28 de diciembre de 1941

7.53 horas

Iglesia. Una Misa Mayor por los difuntos de Pearl Harbor.

El arzobispo pronunció la homilía. Encomió la bondad en un mundo enloquecido. Mencionó datos estadísticos: vidas perdidas y buques de guerra hundidos.

Parker estaba sentado en la cuarta fila. Dudley estaba dos filas más adelante. El arzobispo arremetió contra la locura de las naciones y los hombres.

Parker percibió un olor a tabaco remojado en *bourbon*. Parker vio a Pierce Patchett ante su radio de onda corta. Parker oyó las explosiones de los cargueros civiles.

Pasó por La Casa al alba. Se acercó a la autovía y vio las colillas. Saul Lesnick y Lin Chung mataron el tiempo allí.

El arzobispo pronunció su homilía. Predicó ante la iglesia llena. La misa atrajo a no creyentes, que se presentaron solo por el espectáculo. Fletch Bowron se presentó. Bill McPherson se presentó. Llámame Jack se presentó. El carmín de Brenda Allen presente en su cuello.

Guerra. La voluntad de cometer atrocidades. La subversión invisible. Detectable y erradicable. El deber de hombres impulsados por Dios.

Parker miraba a Dudley. El arzobispo pasó sin transición a la propaganda. Se ha organizado un acto para vender bonos de guerra. Hollywood, mañana por la noche. Estará plagado de estrellas y será gratuito. He aquí el toque entrañable: un setter católico y un spaniel protestante se enamoran en la perrera.

Los asistentes prorrumpieron en carcajadas. Dudley prorrumpió en carcajadas: *¡Su Eminencia, esa sí que es buena!*

El arzobispo anunció el «Gloria». Los asistentes se pusieron en pie. Hideo Ashida entró en la iglesia.

Suscita rayos. «Japo, japo, japo». He ahí las miradas y los cuchicheos. Entra en la segunda fila. El arzobispo se sulfura.

Ashida fue directo al Dudster. Dudley le echó un brazo al hombro.

Ahora las exclamaciones ahogadas. Ahora los estremecimientos. Ahora el gran NO.

El arzobispo le puso el freno a aquello. Dio por concluido el espectáculo.

«Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en un princi...»

Parker se puso en marcha. Abandonó el banco a trompicones. Tambaleante, llegó

al pasillo y salió por la puerta lateral. Un portero tragó saliva y apartó la mirada.

Llegó al aparcamiento y a su coche de policía. Dio un puntapié a una botella de refresco vacía y la hizo añicos. Una bandada de monjas se santiguó.

Parker pisó a fondo y tomó por Wilshire en sentido oeste. En Miracle Mile y Beverly Hills reinaba la paz de los domingos. Enfiló hacia el norte y paró en el cruce de Bedford con Dayton. Buscó bajo el asiento.

Ahí: guantes lastrados. El policía del turno de noche los dejaba ahí escondidos, a mano.

La puerta de la calle estaba abierta. Parker cruzó el vestíbulo y subió por la escalera. La primera planta estaba en silencio. La puerta de Saul Lesnick estaba cerrada. La puerta de la 216 estaba abierta. Parker entró sin llamar.

Patchett revisaba el correo. Vestía ropa de tenis. El calzón corto y el jersey de punto trenzado. El polo.

—Pero si es el poli-abogado. ¿Y esos guantes? Son demasiado *sexys* para un tipo como...

Parker se abalanzó sobre él y lo golpeó. Un gancho cerrado le partió el mentón a Patchett y lo arrojó hacia atrás. Parker se vio arrastrado por el peso del guante. Se acercó y advirtió que Patchett *se amedrentaba*.

Levantó las manos. *No me pegue; podemos resolverlo hablando*. Parker se acercó y fue a por la cara.

Lo golpeó. Crujir de huesos. Llevaba plomo cosido en los dos puños. Patchett se tambaleó y chocó contra la puerta. Parker lo inmovilizó allí.

Parker lo golpeó. Alternó zurdazos y derechazos. Le rompió la nariz. Le rompió la mandíbula. Le arrancó una aleta de la nariz y el labio inferior.

Salía sangre a borbotones. Debajo asomaba el hueso blanco. Patchett chillaba. Parker levantó la voz más que él. Nada de Sabotaje. Nada de Prisiones. Nada de Autovía. Nada de Eugenesia.

Patchett puso los ojos en blanco. Parker percibió el olor a orina y mierda esparcida.

Lo golpeó. Alcanzó la nariz. Lo golpeó. Alcanzó la boca. Lo golpeó. Le partió los dientes a la altura de la encía. Ahí, una oreja colgando. Ahí, el cuero cabelludo desaparecido. Ahí, sin cejas. Ahí, tienes los brazos empapados de rojo.

Ahí, está medio muerto.

Ahí, ha sido erradicado.

Ahí, ahora eres un hombre impulsado por Dios.

9.02 horas

Opio.

El jergón, la goma, la pipa. Descalcémonos, encendamos esa llama.

El humo le llegó a la sangre. Fue inmediato. Todo su cuerpo era conducto. Monseñor Meehan daba clases de biología y hacía contrabando de armas por la noche. Dublín, 1918. Ametralladora Meehan entendía de sangre.

Opio. La cerilla prende a la tercera. El jergón flota.

Escala, Los Ángeles. Los aviones llegan y se van. El airedale mira por una ventanilla, expectante.

Había llevado a Beth y Tommy al aeropuerto. Fue un tierno *adieu* de tiempos de guerra. Mañana tiene la jura de bandera. Joe Kennedy vendrá en avión.

Invitó a Hideo. Eso complacería a Claire.

Escala, Acapulco. Picadistas y ensalada de langosta. Claire con vestidos de catálogos postineros y Claire paseándose desnuda entre el vapor.

Dudley fumaba opio. Flotó a la deriva dentro de su propio cuerpo y nadó en arterias rojas.

Oyó algo. No procedía de este estado de flotación en este jergón. Era un *chasquido*. Era un *crujido*.

Oyó algo. Era una pisada. Era un *crujido*.

AQUELLO rozó el jergón.

Abrió los ojos.

AQUELLO tenía un cuchillo.

AQUELLO era Goro Shigeta, resurrecto. Había regresado con la cara de madera lacada.

Se tapó él mismo la cara. Le faltó la voz para decir «No me pegues, por favor».

Descendió un cuchillo. Aquella cosa lo apuñaló. Aquella cosa le rajó los brazos y el cuello. Escondió la cara. Aquella cosa lo apuñaló. Le faltaba la voz. Aquella cosa lo rajó: la espalda, las piernas, los pies.

Oyó voces en chino. Estaban lejos, estaban cerca. Aquella cosa desapareció. El jergón se precipitó por un agujero abierto en el mundo. Su sangre era hielo en los labios.

9.43 horas

El Hombre Lobo duerme.

Tenía su propia hilera de celdas. Acogía a sus admiradores. Los carceleros vendían fotos. El Hombre Lobo gruñe. Te muerde el cuello por cinco pavos.

Ashida lo observó dormir. El deseo de verlo lo asaltó de improviso. Le sirvió para apartar la mente de México.

El Hombre Lobo duerme. Está hecho un ovillo en torno a las almohadas. Está sin afeitarse y en otro mundo por efecto de la terpina.

Ashida se hallaba en el pasillo. En las galerías contiguas todos eran japoneses. Ahora vivía en el hotel Biltmore. Su *suite* daba a Pershing Square.

Ray Pinker se acercó.

—No sé qué significa esto, así que explícamelo. Dudley Smith ha sido atacado, en el restaurante de Kwan. Tu nombre aparece en una tarjeta que llevaba en el billetero. Ya sabes, «en caso de emergencia».

9.51 horas

Su coche estaba encajonado. Pisó el acelerador y embistió una fila de cubos de basura. Accionó el embrague y coleó hacia el este. Se saltó un semáforo en rojo y llegó a Main.

Lo retuvo un embotellamiento. Temple Street estaba cortada. Gente con banderas y tambores había detenido el tráfico. Era un abigarrado desfile. *¡Acordaos de Pearl Harbor! ¡No nos olvidemos!*

Ashida tocó el acelerador. Rozó el coche de delante. El conductor volvió la cabeza y vio *Japo*. Miró a Ashida con el dedo corazón en alto: *¡No nos olvidemos!*

El embotellamiento se disolvió. Ashida esquivó al hombre del dedo en alto y se saltó dos semáforos en rojo.

Coleando, atravesó Temple y tomó por Broadway. Vio revuelo frente al restaurante de Kwan.

Mike Breuning y Dick Carlisle salían de un modelo K. Lin Chung empujaba una camilla. Bolsas con líquido oscilaban en un portasueros.

Giró y aparcó junto al bordillo. Un gentío se apelotonaba ante la puerta del

restaurante de Kwan. Nort Layman y una mujer alta entraron apresuradamente.

El coche expulsaba aceite caliente y vapor. Ashida se apeó torpemente y combatió los calambres en las piernas. Medio caminó, medio corrió. Le llegó un tufo a antiséptico. Se abrió paso.

Habían apartado las mesas para despejar el espacio. Dudley estaba tendido sobre un mantel ensangrentado.

Lin Chung le conectó los líquidos. Ace Kwan blandía una cabeza reducida. Creyó ver / vio a Claire De Haven. Era la mujer alta. Tenía el puño cerrado en torno a las cuentas de un rosario.

Todas las miradas estaban puestas en Dudley. Todas las oraciones eran por Dudley. Estaba en calzoncillos. Presentaba cortes y puñaladas.

Nort Layman improvisó torniquetes con servilletas. Lin Chung le limpió la sangre del cuello y clavó una jeringuilla. Una mujer delgada instalaba bolsas de líquido. Mike Breuning la llamó «Ruthie».

Dick Carlisle dijo:

—Menos mal que estaba usted cerca.

—Últimamente Dud tiene la negra —dijo Ruthie.

Ashida se acercó. Dudley se desangraba, de rubicundo a pálido. Claire estaba cerca. Sus pies tocaban el mantel. Sus zapatos embebían la sangre.

Los camareros hablaban en pidgin. *Las Cuatro Familias atacan Dudster. Chico pañuelo azul. Muy pequeño. Cara tapada pañuelo. Cruza despacho corriendo. Escapa callejón.*

Nort limpió la sangre de los brazos a Dudley. Lin Chung puso de espaldas a Dudley y le limpió la sangre de las heridas posteriores. Nort dijo:

—El corte del cuello es superficial.

—Los cortes de la espalda también —dijo Chung.

Ruthie colgó una bolsa de plasma. Nort contó las heridas. Ace se acercó corriendo con una botella de vodka. Ruthie enjuagó la espalda de Dudley con Smirnoff de alto octanaje. Nort dijo:

—De momento vamos bien. No hay arterias afectadas.

Los torniquetes restañaban la sangre. Ruthie rebuscó en un maletín médico. Sacó hilo de sutura y grapas para vendaje. Breuning levantó la voz. Carlisle levantó la voz. Repetían *nada de hospitales / nada de polis.*

Ruthie enhebró las agujas. Chung sostuvo en alto los brazos de Dudley. Nort le conectó tubos en las venas y repartió bolsas de líquido. Los camareros se ponían de puntillas y las colgaban de las vigas del techo.

El vodka circuló. Nort y Ruthie echaron tragos. Dudley se movió y tosió. Levantó las manos y cerró los puños. Todos los circunstantes prorrumpieron en vítores. Ruthie guiñó un ojo a Claire. Fue un excelente guiño pseudo-Dudley.

Ashida retrocedió hasta el callejón. Le flojearon las piernas. Se sentó en una pila de neumáticos gastados y sollozó.

Dentro del restaurante seguían los vítores. Nort entonó aquella vieja canción irlandesa: «Kilgarry Mountain». Ace anunció bandejas de aperitivos chinos variados y bebida gratis.

Ashida se enjugó la cara y lanzó piedras a puntapiés al otro lado del callejón. Tenía la bata de laboratorio manchada de lágrimas.

—¿De verdad fue usted amante de Kay?

Ashida se volvió. Claire estaba sentada en otra pila de neumáticos. Tenía el vestido teñido de rojo. Tenía las mejillas ensangrentadas. Se había arrodillado para besarlo.

—No. No lo fui.

—Me pareció una mujer milagrosa y perturbadora. Me enseñó alguna que otra cosa.

Ashida asintió. Claire le secó las mejillas.

—Hay una gran intensidad en querer a quien no se debe.

—Sí. Sé a qué se refiere.

DIARIO DE KAY LAKE

LOS ÁNGELES / DOMINGO, 28 DE DICIEMBRE DE 1941

13.28 horas

Quemé las pruebas en la incineradora del jardín trasero. La ropa ensangrentada, el pañuelo azul, la máscara. Arrugué papel de periódico y lo cubrí todo. Bastó una sola cerilla para que todo ardiera.

Mi intención era matarlo, y quizá lo conseguí o quizá no. Los informativos radiofónicos confirmarán el asesinato. Si no hay ninguna noticia, deberá atribuirse a una convalecencia clandestina y tendré que prepararme para una fatídica llamada a la puerta. En cualquier caso, estaré preparada.

Podría salirme de rositas sin más. Podrían mandarme a la sala verde de la cárcel de San Quintín. Recorreré esa última milla con la actitud desafiante de Bette Davis o el ánimo de Claire De Haven en el papel de Juana de Arco. Exhibiré mucho arte en cualquier caso. ¿Personalidad y convicción? Quizá sí, quizá no. Solo tengo veintiún años, y esta guerra empezó hace solo tres semanas. Estos últimos días confirman mi anhelo de aventura imprudente. Puede que se me presente la oportunidad y puede que no. Entretanto me quedaré totalmente inmóvil.

Unas pisadas que se acercaban me habían obligado a huir. Los camareros me vieron escapar por el callejón, disfrazada de chino pequeño. Me quité la ropa de hombre en el lavabo de hombres de una gasolinera y salí vestida de mujer con blusa y pantalón. Nadie me vio entrar ni salir del lavabo, y había escondido una bolsa de mano bajo unas piedras cerca del cruce de Temple con Main. Dentro metí la ropa ensangrentada y la máscara; el cuchillo ensangrentado acabó en una cloaca. Me mezclé con un desfile que pasaba y entoné la consigna «¡No nos olvidemos!».

La ropa y la máscara ardieron. Observé el humo elevarse por encima de Wetherly Drive y flotar hacia el Strip. Me senté a la mesa del jardín trasero y escribí una carta a Scotty.

«Mi querido muchacho, llevaré la medalla de san Cristóbal hasta que vuelvas sano y salvo. ¿En qué piensas ahora? ¿Te parecerá prosaica la guerra a gran escala después de lo que has visto aquí? Ojalá pudiera marcharme a Escocia contigo. Haríamos el amor en una cabaña en el páramo y retozaríamos con un perro bravucón al que acabo de conocer. Solo disfrutamos de unas pocas semanas juntos y nunca te vi con falda escocesa».

Dejé el sobre fuera para el cartero y me senté al piano. Había perdido la práctica, pero cobré impulso a medida que tocaba. Lee no apareció. El teléfono no sonó. Nadie llamó a la puerta. El Chopin era para Claire, el Grieg era para Scotty, el frío estudio de Rachmaninoff era para Hideo. Dedicué el magistral Beethoven al único que se lo merecía.

Aprendí a tocar a oscuras. Dio la impresión de que adquirí esa habilidad al instante. Ensarté variaciones sobre armonías ya aprendidas y las fraseé en una larga sonata *reminiscenza*. Me quedé en vela toda la noche y todo el día siguiente; improvisé temas en marcado contraste y los construí a partir de la materia prima de la guerra reciente y de hombres y mujeres en bruto. Toqué acordes graves para anunciar los conflictos del hombre que tanto había llegado a amar.

Guerra. Libelo de sangre. Veintitrés días, esta tormenta, *reminiscenza*. Era para todos ellos y sobre todo para él. Eran unas memorias trascendentales. Aquí estábamos, en Los Ángeles. Estábamos enfrentados el uno al otro y nos arrastró un sentido del deber delirante. Éramos como una sola persona y nos unió una atroz lealtad en el momento de Pearl Harbor.

29 de diciembre de 1941

18.17 horas

Dudley juró lealtad.

Fue una ceremonia junto al lecho. Un comandante del Ejército de Tierra leyó el juramento. Joe Kennedy e Hideo Ashida fueron los testigos. El tío Ace proporcionó una habitación encima de la Pagoda. Había hecho el amor con Bette Davis en esa mismísima cama.

Repitió las palabras del comandante. La voz se le quebró y aguantó. Claire le prendió unos galones de capitán en el camisón. Ace trajo en un carrito rollos de huevo y *mai tais*.

Capitán D. L. Smith, Ejército de Estados Unidos. *Dudley Liam Smith: te atacó un fantasma.*

Sobrevivió. Ruth Mildred lo atribuyó al gran O. El opio previno el estado de *shock* y proporcionó la anestesia básica. Restañó la hemorragia.

Los muchachos propusieron una batida en los tongs. Busquemos al chico y despellejémoslo. Ese ha pringado bien.

—No era una criatura humana, y la invoqué yo mismo. Últimamente he tenido un comportamiento pendenciero, y me he ganado a pulso el castigo. Hasta los mejores de nosotros erramos y pecamos, y solo puedo dar gracias al Creador por haber decidido salvarme.

Pensaron que estaba mal de la cabeza. Ellos eran realistas empíricos. Él era un místico. Los lobos le hablaban.

Claire se quedó a su lado. Se había arrodillado en su sangre. *Chica inquebrantable, ¿quién eres? ¿Te he invocado yo o me has invocado tú a mí?*

Ace repartió tentempiés y bebidas. La banda repartió brindis.

El comandante dijo:

—Enhorabuena, capitán.

Joe dijo:

—Eres un irlandés con suerte.

Hideo dijo:

—Es un honor para mí estar aquí.

Ace dijo:

—Lo cual lo convierte a usted en un chino honorario.

Claire se rio y le ahuecó la almohada. Dudley le besó la mano y le guiñó el ojo.

18.29 horas

Turbamulta. Hollywood Boulevard esquina con Las Palmas Avenue.

La multitud ascendía a dos mil personas. Los efectivos policiales ascendían a doscientos agentes. Observemos la doble barricada y los altavoces instalados en farolas.

Los haces de reflectores realizaban barridos. Un estrado de siete metros de altura que abarcaba de bordillo a bordillo. La muchedumbre de cretinos se extendía a lo largo de casi un kilómetro.

Travesías cortadas. Coches desviados y redirigidos. Embotellamientos al sur hasta Melrose y al norte hasta el Hollywood Bowl.

La concentración empezaba a las 19.00 horas. Ann Sheridan y Ellen Drew. Ronald Reagan y Joan Crawford. Dos hermanos Ritz medio beodos.

Los Ángeles era polvo en grupo. La señorita Sheridan era soplona al servicio de la Estupa. Elmer Jackson se tiraba a la señorita Drew.

Parker se paseaba por un trecho de acera. El barullo de la multitud lo embestía. Ídem de ídem un reciente rumor. Un tipejo tong había rajado al Dudster en el restaurante de Kwan el día anterior.

Dudley sobrevivió. Ahora era oficial del Ejército de Tierra y su destino sería México.

Las celebridades estaban cómodamente instaladas en el Musso & Frank's. Se había preparado un «Bufet EE.UU.». Los hermanos Ritz pellizcaban el culo a la señorita Sheridan y la señorita Drew.

Tenía los nervios destrozados. Llevaba sobrio trece días. Todo eso era una mierda, y maldita la falta que le hacía.

Se metió en el Musso's. El barullo menguó. El camarero de la barra lo vio y alzó el auricular de un teléfono.

Se acercó. Las celebridades tenían fotos lacadas prendidas en los abrigos. Las fotos honraban a Nuestros Chicos en el Servicio. Un polvo en grupo. La foto de la señorita Crawford mostraba a Scotty Bennett, de la Infantería de Marina de Estados Unidos.

El camarero le entregó el auricular. Parker se tapó el otro oído.

—¿Sí?

—Soy Preston Exley, Bill. Llamo para decirle que cerramos el tenderete. Eso

significa en todos los frentes. Nos ha convencido usted de que tantas molestias no merecen la pena. Por si sirve de algo decirlo, usted gana.

—Gracias —dijo Parker.

Exley dijo algo más. El restaurante empezó a ponerse sofocante. Parker colgó y salió.

Se quedó en la acera. Se sentía aturdido, hecho mierda. Ese gran barullo lo envolvía.

Fumó y observó a la multitud. Los haces de los reflectores se deslizaban a baja altura. Iluminaban a gente extraña.

Fijó la mirada en la multitud. El gran barullo fue en aumento. Las celebridades subieron al estrado. Los reflectores iluminaban a los cretinos que estaban cerca.

La medio atisbó. El haz se desvió. Había entrevisto su considerable estatura y su pelo rojo. El haz volvió. Le alumbró la cara. Vio el galón dorado en su uniforme.

Corrió hacia ella. Saltó del bordillo y apretó el paso. La gente vio *Poli* y retrocedió. La gente advirtió un movimiento borroso y se quedó inmóvil. La vio, la perdió, la vio. Le pareció verla expulsar humo.

Llegó a la multitud. La perdió. Se abrió paso a codazos entre la multitud. La gente se apartó a trompicones. Él se tambaleó y se le cayó la gorra. La vio, la perdió.

Apartó a la gente a codazos. Apartó a la gente a empujones. La vio, la perdió. Embistió a la gente. La gente lo embistió a él. Tropezó y permaneció en pie. La vio cerca, la perdió, la vio un poco más lejos.

Intentó volverse hacia ella. La gente le cortó el paso. Los embistió. Lo embistieron. Embistió con más fuerza. Embistieron con más fuerza. Vio el galón dorado de su uniforme.

Recibió un codazo. Recibió pescozones. Alguien le derramó un café encima. Alguien tendió el pie y lo zancadilleó. Cayó al asfalto y oyó las risas de la gente.

Se levantó como pudo e intentó seguir corriendo. Lo zancadillearon de nuevo. Se levantó, cayó, se levantó. Creyó verla. Tropezó y la perdió. La gente se rio de él y lo pateó. Él se agachó y corrió. Derribó a un gordo y alcanzó el bordillo sur.

Tenía un roto en el pantalón. Había perdido la gorra. Tambaleándose, llegó a una farola y se encaramó a un saliente. Miró por encima de la multitud y entre la multitud e intentó localizar su pelo rojo.

Le resbaló la mano. Se cayó de la farola y fue a dar contra el bordillo. La gente se rio de él. Sonaba música patriótica a todo volumen. Dos mil necios chillaban.

Recobró el equilibrio y se marchó del bulevar. En Las Palmas vio un letrero donde se leía CÓCTELES.

Fue derecho hacia allí. Mantenían la puerta abierta con una cuña. La hilera de botellas por encima de la barra estaba iluminada desde atrás.

El camarero lo vio y le leyó el pensamiento al instante. Colocó una servilleta de papel. Parker señaló el Old Crow y alzó dos dedos.

El camarero le sirvió un doble. Él se lo bebió de un trago. El camarero le rellenó

el vaso. Se lo bebió de un trago. El camarero le rellenó el vaso. Se lo bebió de un trago y dejó un billete de veinte en la barra.

Al instante se sintió abrasado. Salió con sofoco. Los haces perdidos de los reflectores lo alcanzaron. Vio un taxi.

Subió al asiento trasero. El taxista puso cara de «¿Adónde?». Él dio a entender «A un paso del Strip».

El taxi cambió de sentido. Parker le indicó cómo sortear los embotellamientos y alejarse de la mierda. Llegaron a un tramo tranquilo. Encontraron todos los semáforos en verde hasta el Strip. Señaló cuesta arriba.

Había luz en el porche. El coche de Blanchard no estaba. El coche de ella sí estaba.

Pagó al taxista y subió. El salón estaba a oscuras. La puerta estaba entreabierta. No había más luz que el resplandor de la chimenea.

Ella estaba allí. Dormía acurrucada en el sofá.

Él entró. Cogió una silla y la acercó. Se sentó frente a ella. Un brazo colgaba hacia él. Vio los rasguños recientes de un cuchillo. Dios bendito, lo hizo ella.

Acercó más la silla. Topó contra el sofá con las piernas. Ella parpadeó.

—William —dijo, y volvió a dormirse.

Un soplo de brisa avivó el fuego y su cabello se tiñó de rojo. Él percibió el olor de la pradera. Le tocó la cara y dijo:

—Katherine, cariño.

DRAMATIS PERSONAE

Perfidia es el primer volumen del Segundo Cuarteto de Los Ángeles. El Cuarteto de Los Ángeles —*La Dalia Negra, El gran desierto, L. A. Confidential y Jazz blanco*— abarca desde 1946 hasta 1958 en Los Ángeles. La Trilogía Americana —*América, Seis de los grandes y Sangre vagabunda*— abarca desde 1958 hasta 1972, a escala nacional.

El Segundo Cuarteto de Los Ángeles sitúa a personajes reales y ficticios de los dos primeros bloques en Los Ángeles durante la Segunda Guerra Mundial, todos ellos considerablemente más jóvenes. Estas tres series comprenden treinta y un años y constituirán una historia novelística. En la siguiente lista figuran las apariciones anteriores de los personajes de *Perfidia*.

BRENDA ALLEN: la Allen de la vida real aparece en *El gran desierto*.

AKIRA ASHIDA: hermano del químico de la policía Hideo Ashida.

HIDEO ASHIDA: se hace referencia a este personaje en *La Dalia Negra*.

MARIKO ASHIDA: madre de Hideo y Akira Ashida.

AGENTE SCOTTY BENNETT: Departamento de Policía de Los Ángeles. Bennett aparece en *Sangre vagabunda*.

LEONARD BERNSTEIN: el pianista, director y compositor en la vida real.

EUGENE BISCAILUZ: el *sheriff* del condado de Los Ángeles en la vida real.

AGENTE LEE BLANCHARD: Departamento de Policía de Los Ángeles. Blanchard aparece en *La Dalia Negra*.

BUCKY BLEICHERT: este personaje aparece en *La Dalia Negra*.

FLETCHER BOWRON: alcalde de Los Ángeles en la vida real.

SARGENTO MIKE BREUNING: Departamento de Policía de Los Ángeles. Breuning aparece en *El gran desierto, Los Angeles Confidential y Jazz blanco*.

TENIENTE THAD BROWN: Departamento de Policía de Los Ángeles. Destacado policía en la vida real.

ARZOBISPO J. J. CANTWELL: cabeza visible de la diócesis de Los Ángeles.

SARGENTO DICK CARLISLE: Departamento de Policía de Los Ángeles. Carlisle aparece en *El gran desierto, Los Angeles Confidential y Jazz blanco*.

«TOJO TOM» CHASCO: delincuente y quintacolumnista mexicano-japonés.

DOCTOR LIN CHUNG: cirujano plástico y defensor de la eugenesia.

MICKEY COHEN: el Cohen de la vida real aparece en *El gran desierto, Los Angeles Confidential y Jazz blanco*.

HARRY COHN: jefe de Columbia Pictures en la vida real.

TENIENTE JOAN CONVILLE: Reserva Naval de Estados Unidos. Una enfermera de la

Armada a la deriva en Los Ángeles.
JOAN CRAWFORD: la actriz de la vida real.
HUEY CRESSMEYER: este personaje aparece en *América*.
DOCTORA RUTH MILDRED CRESSMEYER: la doctora Cressmeyer aparece en *América*.
BETTE DAVIS: la actriz de la vida real.
JAMES EDGAR DAVIS, «DOS PISTOLAS»: exjefe del Departamento de Policía de Los Ángeles en la vida real.
CLAIRE DE HAVEN: la señorita De Haven aparece en *El gran desierto*.
ELLEN DREW: actriz de serie B en la vida real.
PRESTON EXLEY: este personaje aparece en *Los Angeles Confidential*.
ARTHUR FARNSWORTH: segundo marido de Bette Davis en la vida real.
TOMMY GILFOYLE: este personaje aparece en *La Dalia Negra*.
SEÑORA NAO HAMANO: ama de casa japonesa en la vida real.
MONSEÑOR JOE HAYES: sacerdote católico y confesor del capitán William H. Parker.
EQUIPO DE TIRO HEARST: miembros del Ku Klux Klan y tiradores al servicio del magnate William Randolph Hearst.
DOCTOR FRED HILTZ: este personaje aparece en *Sangre vagabunda*.
WALLACE HODAKA: presunto quintacolumnista japonés.
RICHARD HOOD, FBI: jefe de la delegación del FBI en Los Ángeles en la vida real.
J. EDGAR HOOVER, FBI: el Hoover de la vida real aparece en *América, Seis de los grandes y Sangre vagabunda*.
BOB HOPE: el cómico cinematográfico y radiofónico de la vida real.
CLEMENCE B. HORRALL, «LLÁMAME JACK»: jefe del Departamento de Policía de Los Ángeles en la vida real.
SID HUDGENS: este personaje aparece en *Los Angeles Confidential*.
LAURA HUGHES: hija ilegítima de Joseph P. Kennedy, padre, y Gloria Swanson.
TENIENTE CARL HULL: Departamento de Policía de Los Ángeles. Amigo y correligionario ideológico del capitán William H. Parker.
SARGENTO ELMER JACKSON: Departamento de Policía de Los Ángeles. Policía de mala reputación en la vida real.
ALFÉREZ JACK KENNEDY: el Kennedy de la vida real aparece en *América*.
JOSEPH P. KENNEDY: el Kennedy père de la vida real aparece en *América*.
SARGENTO BILL KOENIG: Departamento de Policía de Los Ángeles. Koenig aparece en *La Dalia Negra*.
ROSE EILEEN KWAN: sobrina de Ace Kwan.
TÍO ACE KWAN: este personaje aparece en *Los Angeles Confidential*.
FIORELLO LA GUARDIA: alcalde de Nueva York y director del Departamento Estadounidense de Preparación para la Guerra en la vida real.

KAY LAKE: la señorita Lake aparece en *La Dalia Negra*.

JIM LARKIN: espía británico en la vida real, retirado en Los Ángeles.

DOCTOR NORT LAYMAN: el doctor Layman aparece en *El gran desierto* y *Los Angeles Confidential*.

ANDREA LESNICK: la señorita Lesnick aparece en *El gran desierto*.

DOCTOR SAUL LESNICK: el doctor Lesnick aparece en *El gran desierto*.

WARD LITTELL, FBI: Littell aparece en *América y Seis de los grandes*.

ELLIS LOEW: este personaje aparece en *La Dalia Negra*, *El gran desierto* y *Los Angeles Confidential*.

REYNOLDS LOFTIS: este personaje aparece en *El gran desierto*.

DOCTOR TERRY LUX: el doctor Lux aparece en *El gran desierto*.

CAPITÁN CARLOS MADRANO: Policía del Estado de México. Simpatizante nazi y presunto quintacolumnista.

FISCAL BILL McPHERSON: este personaje aparece en *Los Angeles Confidential*.

SARGENTO TURNER MEEKS, «BUZZ»: Departamento de Policía de Los Ángeles. Meeks aparece en *El gran desierto* y *Los Angeles Confidential*.

CHAZ MINEAR: este personaje aparece en *El gran desierto*.

«JIMMY EL JAPO» NAMURA: quintacolumnista japonés.

ROBERT NOBLE: simpatizante nazi en la vida real.

CAPITÁN WILLIAM H. PARKER: Departamento de Policía de Los Ángeles. El Parker de la vida real aparece en *Los Angeles Confidential* y *Jazz blanco*.

PIERCE PATCHETT: este personaje aparece en *Los Angeles Confidential*.

JEROME JOSEPH PAVLIK: violador en serie de Los Ángeles.

RAY PINKER: Departamento de Policía de Los Ángeles. El Pinker de la vida real aparece en *Los Angeles Confidential* y *Jazz blanco*.

SERGUÉI RACHMANINOFF: el pianista y compositor de la vida real.

PAUL ROBESON: el actor / cantante y agitador político de la vida real.

ELEANOR ROOSEVELT: la primera dama de la vida real.

HOOKY ROTHMAN: un matón de poca monta en la vida real.

DOT ROTHSTEIN: la señorita Rothstein aparece en *Los Angeles Confidential*.

SAM RUMMEL: abogado criminalista en la vida real.

ED SATTERLEE, FBI: Satterlee aparece en *El gran desierto*.

GORO SHIGETA: hombre de negocios japonés y víctima de asesinato.

ELIZABETH SHORT: la señorita Short aparece en *La Dalia Negra*.

FUJIO SHUDO «TALLO DE BAMBÚ»: psicópata japonés.

BENJAMIN SIEGEL, «BUGSY»: el Siegel de la vida real aparece en *El gran desierto* y *Los Angeles Confidential*.

SARGENTO DUDLEY SMITH: Departamento de Policía de Los Ángeles. Smith aparece en *El gran desierto*, *Los Angeles Confidential* y *Jazz blanco*.

GERALD L. K. SMITH: nativista fascista en la vida real.

GLORIA SWANSON: la actriz cinematográfica de la vida real.

SARGENTO FRITZ VOGEL: Departamento de Policía de Los Ángeles. Vogel aparece en *La Dalia Negra*.

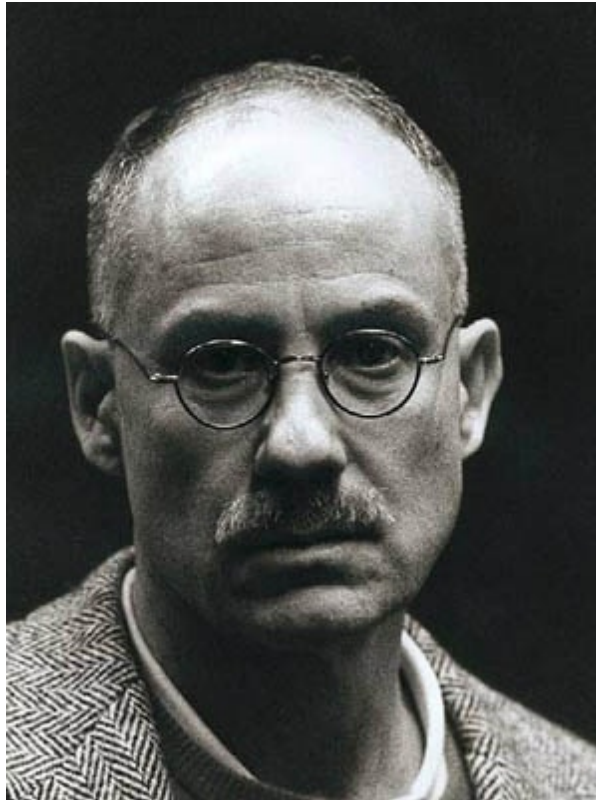
AYUDANTE DOUGLAS WALDNER: Oficina del Sheriff del condado de Los Ángeles. Policía local adepto al Ku Klux Klan.

AYA WATANABE: la matriarca de una familia japonesa traidora.

JOHNNY WATANABE: hijo de Aya y Ryoshi.

NANCY WATANABE: hija de Aya y Ryoshi.

RYOSHI WATANABE: el patriarca de una familia japonesa traidora.



JAMES ELLROY (Los Ángeles, California, 4 de marzo de 1948). Su verdadero nombre es Lee Earle Ellroy. Es uno de los más famosos escritores de novela negra contemporánea, así como también un escritor de «ensayos» o artículos dedicados a analizar y desglosar crímenes reales. Se caracteriza por poseer una narrativa «telegráfica», la cual omite palabras que otros escritores considerarían necesarias o fundamentales, en otras palabras aprovecha la dureza y fuerza de la lengua inglesa para dar frases duras, cortantes y ambiguas. Decir mucho con pocas palabras como si la economía verbal fuese fundamental. Emplea mucho la llamada «aliteración» que es una figura literaria en la cual las frases riman unas con otras y son cadenciosa y repetitivamente subyugantes para el lector.

Publicó su primera novela, *Réquiem por Brown*, en 1979 y adquirió celebridad con *La Dalia Negra* (1987), primer título del Cuarteto de Los Angeles, al que seguirían *El gran desierto* (1988), *L. A. Confidential* (1990) y *Jazz Blanco* (1992). Así como *Clandestino*, aparecida en 1982, vinculada por su tema y estilo a los cuatro títulos anteriores. Autor hoy en día de renombre internacional, muchas de sus novelas han sido llevadas a la gran pantalla, destacándose la adaptación de *L. A. Confidential*. Ellroy ha escrito también relatos (*Ola de crímenes*), unas memorias honestas y esclarecedoras de su mundo personal y literario: *Mis rincones oscuros* (1996), y ha iniciado con *América* (1995) y *Seis de los grandes* (2001) la Trilogía Americana, en la que desvela la historia oculta de Estados Unidos.

Sus libros se caracterizan por su oscuro humor y retrato de la Norteamérica autoritaria, racista y conservadora. Otro punto es el pesimismo que envuelve a los

personajes, la decadencia y la ausencia total de esperanza. Ello explica el sobrenombre que se la ha dado como *Demon Dog of American Crime Fiction*. (El Perro Demoníaco de la literatura policíaca de Estados Unidos).

Ellroy forma parte de la última constelación de la novela negra norteamericana, formada por James B. Sallis, Walter Mosley, Elmore Leonard, James Crunley y Ed McBain.